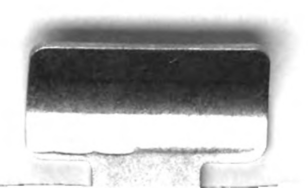
Historia patria

Arístides Rojas





HDN
Rojas

HISTORIA PATRIA

LEYENDAS HISTORICAS

DE

VENEZUELA

POR

ARISTIDES ROJAS

PRIMERA SERIE

CARACAS

IMPRENTA DE LA PATRIA

1890



INTRODUCCION

"Dilatado el campo y rico de mieses encontramos el camino, á medida que avanzamos por las regiones no exploradas de nuestra historia pátria." Así escribimos ahora doce años al publicar nuestro libro titulado: *Estudios Indígenas: Contribución para la historia antigua de Venezuela.* Hoy, al comenzar otra publicación, recogemos patrios frutos que ofrecemos á nuestros compatriotas, y continuamos, que el terreno ha sido de nuevo arado, propicio se anuncia el tiempo y el ánimo está tranquilo. El espíritu para nutrirse y sostenerse exige trabajo constante; y si logramos aprender, lograremos enseñar. La enseñanza es una de las conquistas del progreso. ¿Por qué no aspirar á ella? Contribuyamos por una vez más, con nuevos granos de arena y con buena voluntad, al monumento

que levante á la historia patria la juventud del porvenir. Al bajar la pendiente de la vida, la tolerancia nos acompaña en el estudio meditado, y el corazón se inclina al bien, porque ha podido emanciparse de esos fuegos fatuos, hijos del amor propio y de las vanidades sociales. *Ni envidiosos ni envidiados.*

Quisiéramos hacer preceder este primer volumen de nuestro nuevo trabajo, de una disertación acerca de la leyenda, sus orígenes, sus tendencias, su carácter vulgarizador, etc. etc.; pero tal trabajo cuadraría mejor á aquellos de nuestros compatriotas que, ricos de erudición, poseen el bien decir, la atildada frase del idioma castellano; pero si en este tema no entramos, porque nos place ser humildes, aceptemos otro, quizás más trascendental y en armonía con el espíritu y tendencias de esta obra: *la literatura de la historia de Venezuela.*

Muy someramente trataremos esta materia, lo suficiente para que nuestros lectores queden en capacidad de continuar en el estudio de tan variado tema. Indicaremos las fuentes principales de nuestra historia, desde sus orígenes: la conquista castellana. Acerca de los cronistas antiguos de Venezuela, disertaremos en este primer resumen, y así continuaremos después con los historia-

dores, narradores y compiladores americanos y europeos que, desde el comienzo de nuestra revolución de 1810, han dejado un acopio de obras, de documentos y de apreciaciones que constituyen la literatura de la historia de nuestra Independencia. Así podrán nuestros jóvenes lectores que quieran dedicarse al estudio de los anales patrios, inspirarse en puras fuentes, y poner de lado la maleza. Respecto de nuestro trabajo, nosotros no aspiramos al fallo sino tan luego como estén publicados los ciento cincuenta cuadros que constituyen la obra. Remontarnos á los orígenes de nuestra historia, en cada una de sus grandes etapas; aplicar al estudio de los hechos la crítica filosófica; rectificar sucesos muy mal apreciados por ausencia de documentos y de estudio; sacar del olvido figuras históricas que traen á la memoria hechos gloriosos; estudiar las costumbres y tendencias de cada época; presentar, en suma, á la historia lo que sea digno de la historia, según la célebre frase de Voltaire: tales son los propósitos que nos guían en esta labor continuada hace ya algunos años.

Departamos.

En estos días en que se publican los documentos de nuestros anales patrios, y la prensa nacional no desper-

dicia ocasión en que pueda ilustrarnos acerca de la historia de hechos consumados, es de toda necesidad dilucidar una cuestión de interés vital, porque la solución de ella echa por tierra opiniones inveteradas y sostenidas por la tradición durante siglos: es necesario despojar á nuestra historia de los mitos con que hasta hoy la han hermoseado los pasados cronistas, restablecer la verdad de los sucesos y fijar el verdadero punto de partida de los futuros historiadores de Venezuela. Reconstruyamos la historia: nó, que esto sería excesiva presunción de nuestra parte: tratemos de despejar las incógnitas marcando rumbo seguro á los que nos sucedan. En materias históricas, más que en ninguna otra, todo aquello que no esté apoyado en documentos auténticos y narraciones fieles, debe despreciarse como una cantidad negativa, y toda aseveración que no haya sido inspirada por la verdad, basada en el estudio y la crítica, es de ningún valor.

Nuestra historia no ha sido todavía escrita, porque así lo han exigido el tiempo y los acontecimientos; pero hemos llegado ya á la época en que deben aglomerarse todos los datos, aclararse los puntos dudosos, rechazarse las fábulas, estudiarse los pormenores á la luz de la filosofía, cotejarse, restablecerse las épo-

cas y descubrir el verdadero carácter, tendencias, influjo de cada uno. Siguiendo un orden metódico y sintético podremos reunir los materiales del edificio, y fijar la base sólida y levantar las columnas que llevarán por capiteles los trofeos gloriosos de nuestra emancipación política.

No son ni los dichos vulgares, ni las patrañas validas lo que deberá servir para el trabajo de reconstrucción de la historia pátria, sino los escritos de más de tres siglos, las mono grafías, los documentos inéditos, las diversas apreciaciones de amigos y enemigos en la narración de los acontecimientos: el estudio acerca del influjo de las razas, de las costumbres y de las creencias, y hasta del carácter que ha debido imprimir á nuestra civilización la fecunda naturaleza que nos vivifica. La historia de Venezuela está conexionada, no sólo con la del pueblo primitivo que habitó nuestra zona, el hombre prehistórico, y después con la del pueblo que supo conquistarlo, sino también con la historia de las naciones europeas, durante los dos siglos que siguieron al descubrimiento de la América. Lo está igualmente con la época sangrienta de los filibusteros en el mar antillano y en todas las costas del continente, y con las guerras sostenidas por España desde

el siglo décimo sexto, contra las poderosas naciones del viejo mundo.

Cuando se estudia esta época que siguió al descubrimiento de América, resumen de más de dos siglos de lucha sangrienta, de incendio, de vejaciones, de pillaje y de crímenes de todo género, parece un milagro el haber podido conservar España su conquista americana. Todos los odios estuvieron contra ella, en Europa y en América; y cuando no debía aguardar de sus propios hijos sino el apoyo, contra estos resistió en los primeros años de la conquista. No hay costa en los mares del Nuevo Mundo, no hay lugar en las regiones del continente, donde no empeñase el combate brazo á brazo contra el indígena ó contra el extranjero: así pudo España conservar nna obra que estaba reservada para sus descendientes; y no fue culpa de la intrépida leona el haberse adormecido sobre sus laureles, sino el haber amamantado á los cachorros que debían despojarla de la corona de América, para guardar lo que aquella nos legaba: idioma, religión, costumbres y las virtudes de la familia.

¿Cuál es la primitiva fuente de la historia de Venezuela? He aquí una cuestión que necesita del más profundo

estudio, porque su solución va á descifrar un enigma para muchos, y á disipar para otros la falsa opinión que tiene la actual juventud acerca del verdadero historiador de Venezuela.

Desde la introducción de la imprenta en Caracas, á principios del siglo actual, y muchos años antes, no ha habido escritor que refiriéndose á la época de nuestra conquista y á la historia de la colonia hasta 1600, no considere á Oviedo y Baños como el primero de nuestros historiadores antiguos, y el único á quien deberíamos apelar en los casos de duda y en el estudio de los sucesos. Pues bien: aquí estriba precisamente el error en que han incurrido les historiadores modernos, los compiladores, los publicistas, hace ya más de un siglo. Oviedo y Baños no es el historiador primitivo de Venezuela sino un compilador del verdadero, que es fray Pedro Simón. Oviedo y Baños para la elaboración de su historia no tuvo necesidad de apelar á los archivos, en los cuales nada podía hallar respecto á la conquista de Venezuela, sino á la lectura y estudio de su predecesor, tan rico en pormenores, tan minucioso en la narración de los incidentes. En el primer volumen de la Historia de Venezuela por Oviedo y Baños, el único que vió la luz pública, hay poco original. Su libro

fue escrito con vista del hermoso trabajo de Simón, á quien cita muy pocas veces; de la historia de Nueva Granada por Piedrahita, y del libro de Gil González Dávila: *Teatro eclesiástico de las iglesias en América*, obra defectuosa y de escaso mérito. Sólo tres puntos tiene la historia de Oviedo y Baños que no trata fray Simón: la conquista de los Caracas; la descripción de Caracas después de fundados sus templos (siglo décimo séptimo); noticias acerca de la provincia de Barcelona, y algunos pormenores referentes el gobierno de Osorio á fines del siglo décimo sexto. Por lo demás, puede considerarse su historia como un extracto parcial de la importante obra del cronista franciscano.

¿Quién fue Fray Pedro Simón? Para conocer á este escritor es necesario conocer su origen, la época en que escribió y los recursos que tuvo á la mano para la elaboración de su historia. En este respecto nos servirá de guía el distinguido escritor colombiano Vergara y Vergara cuando escribe: "Fray Pedro Simón, natural de las Parrillas en el obispado de Cuenca (España) nació por los años de 1574. Educóse en el convento de Cartagena en España, de donde pasó á principios del siglo XVII (1604) á Santa Fe de Bogotá, con el objeto de establecer la enseñanza de teología

y artes, que no existía aún, pero que se estableció también por aquel año en otros conventos. Cuando tuvo discípulos que le subrogaran en su cátedra, pasó al curato de Tota, cuya doctrina pertenecía á su convento. Acompañó en 1607 al Presidente Don Juan de Borja en la campaña y reducción de los Pijaos. Hizo en seguida viajes á Venezuela como visitador de los conventos de su orden, y dando la vuelta por las antillas volvió á Santa Fe, visitando de paso á Santa Marta, Cartagena y Antioquía. Completó los materiales que había ido acopiando durante muchos años, y apoyado en el conocimiento práctico que de estas tierras y gentes había adquirido en sus viajes, aprovechó el primer descanso que tuvo en su agitada y útil vida, con motivo de haber sido electo provincial en 1623, para ocuparse en escribir la historia de esos reinos." (1)

De la obra de Fray Simón no se publicó sino la primera parte que tiene por título: PRIMERA PARTE DE LAS NOTICIAS HISTORIALES DE LAS CONQUISTAS DE TIERRA FIRME EN LAS INDIAS OCCIDENTALES, compuesta por el padre Fray Pedro Simón, provincial de la seráfica orden de San Francisco del

1 VERGARA Y VERGARA.—Historia de la literatura en Nueva Granada. Bogotá, 1 vol.

Nuevo Reino de Granada, en las Indias, Lector jubilado en sacra teología y Calificador del Santo oficio, hijo de la Provincia de Cartagena en Castilla, natural de la Parrilla, obispado de Cuenca.

Está primera parte está dedicada á Felipe IV en 1 vol. en 4º de 708 páginas de dos columnas, publicado en Cuenca en 1625, Comprende la historia de Venezuela desde la conquista hasta el año de 1622. La segunda y tercera que se refieren á la historia antigua de Nueva Granada se hallan inéditas en el archivo de la Academia de la Historia, de Madrid, y en la biblioteca de Bogotá. (1)

Fray Simón debió haber escrito su historia en vista de los trabajos de Fernández de Oviedo y Valdés y de Antonio de Herrera, cronistas mayores de la conquista española. A lo menos, él cita á Herrera y á Acosta.

---

1 Dentro de poco la bibliografía de la historia de la conquista americana será enriquecida con la publicación de los memoriales de Pedro Simón (segunda y tercera parte de las *Noticias Historiales de Costa Firme*), que durante 264 años, se han conservado en la biblioteca de Bogotá. Debemos esta adquisición á las diligencias oportunas que cerca del Presidente de Colombia, Doctor Don Rafael Núñez, acaba de hacer el notable americanista Doctor A. Ernst, director del Museo Nacional y catedratico de historia natural, en la Universidad de Caracas. Al felicitar al Doctor Ernst por este triunfo, en sus estudios americanos, presentamos muy respetuosamente al Gobierno colombiano, nuestros parabienes por el notable servicio que presta á la *Literatura de la historia de la conquista americana*, dando á la estampa los manuscritos de Fray Pedro Simón, de los cuales sólo se conservan hoy ligeros fragmentos. Véanse las cartas cruzadas entre el Doctor Ernst y el Presidente de Colombia, Doctor Rafael Núñez, en *La América Ilustrada y Pintoresca*, Nº 40, 15 de mayo de 1890.

A Fray Simón pertenece la historia de la conquista desde 1498 hasta 1622. Fray Simón fue por lo tanto, el primero que registró y estudió los archivos de Caracas, y el primero que escribió de una manera metódica la historia de Venezuela. Su puésto de primer cronista de nuestra historia le pertenece, y los que hayan escrito después no han tenido necesidad sino de extractar las copiosas noticias en que abunda su trabajo.

Pero, al proclamar nosotros á Fray Pedro Simón como el historiador primitivo de Venezuela, no debemos por esto olvidar á los cronistas de Indias, de nombramiento regio, y cuyas obras han servido y servirán siempre, en todo aquello que se refiera á la historia antigua de la América española. Queremos hablar de las célebres lucubraciones de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, cronista mayor de Carlos V, y de Antonio de Herrera, cronista de Felipe II. La obra del primero, publicada en 1535. tiene por título: HISTORIA GENERAL Y NATURAL DE LAS INDIAS, ISLAS Y TIERRA FIRME DEL MAR OCÉANO.—Sevilla 1535. La Academia de la Historia de Madrid, poseedora de los manuscritos de Fernández de Oviedo, publicó de 1851 á 1855, una nueva edición de esta obra inmortal

bajo la illustrada dirección del conocido literato Amador de los Ríos—4 volúmenes en 4º, en dos columnas, exornados con mapa y paisajes. La parte de esta obra que se conexiona con la historia de Venezuela, está en las últimas páginas del tomo I, y en una porción del II.

Una obra todavía más extensa, por lo que respecta á la historia antigua de Venezuela, es la de Antonio de Herrera, publicada en Madrid de 1601 á 1615, con el título de HISTORIA GENERAL DE LOS HECHOS DE LOS CASTELLANOS EN LAS ISLAS Y TIERRA FIRME DEL MAR OCÉANO (desde el año de 1492 hasta el de 1554) 8 décadas—4 volúmenes en folio, ilustrados con mapas y figuras. No hay volumen de esta obra en el cual no hallemos algunos datos referentes á la conquista y colonización de Venezuela; y es de suponerse que tanto este cronista como su predecesor Fernández de Oviedo, servirían de base á Fray Simón para la elaboración de su libro. No puede escribirse la historia antigua de Venezuela ni de las otras secciones de América, sin tener á la vista los inmortales trabajos de estos dos célebres cronistas, como también la obra inmortal de Fray Bartolomé de las Casas que lleva por título: HISTORIA GENERAL DE LAS INDIAS, ETC., 5 vol, en 8º 1875.

Fue tan notable varón uno de los actores y testigos de la conquista de Venezuela, y uno de los historiadores y cronistas más honrados que puede servir de guía á los futuros historiadores de la antigua Nueva Andalucía. (1)

Después de las *Décadas* de Herrera y de los importantes trabajos de Las Casas, debemos mencionar una obra interesante, en la cual está descrita en verso la conquista española: LAS ELEGÍAS DE VARONES ILUSTRES por Juan de Castellanos, publicadas en Madrid en 1589. La primera parte fue la única publicada en esta fecha; pero en 1847, el señor Aribau pudo conseguir los manuscritos inéditos del resto de la obra, y formar un volumen en 4º, de dos columnas que agregó á la colección de autores españoles publicada por Rivadeneira (Tomo V de la colección).

" Bajo el título de *Elegías de Varones ilustres de Indias*, se propuso cantar todos los grandes hechos de la conquista, dividiendo su obra en cuatro partes, cada parte en elegías y cada elegía en cantos. Lo que él llamaba *Elegías*, y que no era tal cosa, constituía una historia pintoresca, animada y su-

1 Al hablar de Las Casas, nos viene á la memoria el brillante estudio que, acerca de tan insigne apóstol, corre inserto en QUINTANA, Vida de los Españoles célebres. 2 vol. cuya lectura recomendamos á nuestros lectores.

mamente expresiva, de las hazañas que encabezó el héroe que canta, las que terminan con la muerte del protagonista." (1)

Las *Elegías* en que Castellanos se ocupa en la historia de Venezuela son: *Muerte de Diego Ordaz.—Conquista de la Isla de Trinidad.—Muerte de Jerónimo de Ortal.—Muerte de Antonio Cedeño.—Elogio de la Isla de Cubagua.—Elogio de la isla de Margarita.—A la muerte de Miser Ambrosio.—A la muerte de Georje Espira.—A la muerte de Felipe de Uten, y Relación de las cosas del cabo de la Vela.*

No obstante la belleza y colorido en que abundan las descripciones de Castellanos, su obra adolece de errores capitales, ya en la narración de los sucesos, ya en las fechas cronológicas. Debe por lo tanto consultarse con cuidado. (2)

---

1 VERGARA y VERGARA.—Obra citada.

2 La parte que faltaba por publicar de las *Elegías* de Castellanos ha salido en Madrid, hace pocos años, con el siguiente título: *Historia del Nuevo Reino de Granada por Juan de Castellanos*, 2 vol. en 8º menor, 1886. Edición publicada por la primera vez por Don Antonio Paz y Melia. Y en 1889 salió igualmente en Madrid, una obra de Jiménez de la Espada, titulada: *Juan de Castellanos y su historia del Nuevo Reino de Granada*, 1 vol. en 8º

Demasiado fuerte es la crítica que hace este escritor español de las crónicas de Castellanos, lo que nos parece injusto Nosotros hemos cotejado alguna que otra de las *Elegías* de Castellanos, las referentes á la conquista de Venezuela, con escritos de los más notables cronistas de la conquista, y nada tenemos que desear. Castellanos puede adolecer de algunos errores, sobre todo, de cronología y geografía, pero tiene narraciones muy fieles. Este es el único cronista que

Entre los cronistas de que acabamos de hablar, unos se ocuparon en dejarnos la historia de casi toda la conquista castellana del Nuevo Mundo, como fueron Oviedo y Valdez, Herrera, Casas y algunos más. (1) Otros, como Castellanos y Fray Pedro Simón, comprendieron en sus trabajos determinadas regiones. Así pudieron estos últimos dejar las historias de Venezuela y del antiguo Reino de Granada.

¿Qué papel desempeña entonces Oviedo y Baños en la historia de Venezuela, no siendo el primer cronista, cuya primacía sólo pertenece á Fray Pedro Simón? Debemos recordar á nuestros lectores que el área que ocupa actualmente la Nación Venezolana estuvo dividida, en los primeros tiempos de la conquista, en dos secciones ó provincias: llamóse á la Oriental, Nueva Andalucía ó Guayana, y á la Occidental, Coro ó Venezuela. Esta se extendía por el Oriente hasta Maracapana, y después, por la conquista de Cobos á favor de la Nueva Andalucía, la línea divisoria fue el

---

habla del primer viaje de Nicolás Federmann, desconocido por completo de Oviedo y Valdez, Herrera, Las Casas, Fray Pedro Simón, etc. etc. En los estudios inéditos que acerca de este viaje hemos hecho, tanto el Doctor Ernst, como nosotros, al cotejar la crónica de Castellanos con el itinerario del viajero alemán, no hemos encontrado discrepancia alguna. Este solo hecho basta por sí solo, para conceder al cronista-soldado, el mérito que supo conquistar.

1 Nos referimos solamente en estas citas á los cronistas que contienen algo ó mucho referente a Venezuela.

Unare. Esta Venezuela, donde figuraron más tarde las renombradas provincias de Caracas, Carabobo, Coro, Maracaibo, Trujillo, Mérida, Barinas, Apure, es la Venezuela descrita en parte por Oviedo y Baños. De manera que este notable cronista no es sino historiador de una sección limitada de la antigua colonia de Venezuela, á la cual pertenecieron las provincias primitivas de Venezuela y de Nueva Andalucía. Y en este respecto, la obra del historiador es digna de todo elogio, á pesar de que no conoció los trabajos de Castellanos, los referentes al gobierno de los Welser, ni los ingleses de la época de los filibusteros, etc. etc. (1)

Como complemento á las obras de que hemos hablado, recomendamos á nuestros lectores, primero: la del misionero CAULIN, titulada: "Historia corográfica, natural y evangélica de la Nueva Andalucía" que comprende la historia de la sección Oriental de Venezuela, (antiguas provincias de Cumaná, Barcelo-

1 Esta confusión de las dos Venezuelas, (pro incia primitiva y después colonia venezolana, hoy República), ha sido la causa de la disputa referente á la época de la primera misa en Coro, en 1527, que suponían los corianos ser la primera en Venezuela, cuando este suceso se verificó en las costas de Cariaco y de Santa Fe, durante los primeros años del siglo XVI. (Véase nuestro estudio, titulado: "La primera misa en Venezuela"—publicado en 1884.

Véanse las leyendas tituladas: RESOLUCIÓN DE UN MITO BIBLIOGRÁFICO, páginas 223 á 234; y DRAKE Y LOS HISTORIADORES DE VENEZUELA, páginas 288 á 303 de este volumen.

na y Guayana); y segundo: la del misionero GUMILLA, titulada: "Historia natural, civil y geográfica de las naciones del Río Orinoco," que tantas noticias nos suministra acerca de las naciones indígenas de esta grande hoya. Los trabajos de los misioneros Cassani y Zamora acerca de las nacionos indígenas, en los límites de la antigua Cundinamarca con Venezuela, y las diversas lucubraciones de los misioneros capuchinos, jesuítas y padres observantes que tanta luz han proporcionado á la historia de la patria venezolana, desde remotos tiempos, son trabajos que constituyen por sí solos una rica biblioteca de consulta. No debemos olvidar que una gran porción de los pueblos de Venezuela fue obra de los misioneros, durante dos siglos, y que á ellos se deben exclusivamente las noticias que enriquecen hoy la ciencia antropológica, acerca de las lenguas y costumbres de nuestros aborígenes. (1)

Respecto de los *Coleccionistas españoles,* la obra de Fernández de Navarrete, titulada: "Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles, desde fines del siglo XV, publicada en 5 vols. 1825–1837," es uno de los más ricos trabajos de los tiempos modernos. Ella abre la serie

1 ROJAS.—Estudios indígenas.—Estudio intitulado: "Literatura de las lenguas indígenas de Venezuela."

de estas compilaciones que suministran ricos materiales á la historia de la conquista castellana en el Nuevo Mundo. (1)

Por otra parte, la colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y colonización de las posesiones españolas en América y Oceanía, sacados de los archivos españoles bajo la dirección de Pacheco y Cárdenas, que sale en Madrid desde 1864, constituye el más brillante corolario de la obra de Fernández de Navarrete. Si ésta nos suministra cuanto nos interesa respecto de los viajes de Colón y sus compañeros, la colección de Pacheco y Cárdenas nos proporciona mucho material respecto de la historia antigua de

1 La obra del Coronel Antonio de Alcedo titulada: "Diccionario Geográfico-histórico de las Indias Occidentales, etc. etc." Madrid 1786–1787 5 vols. en 8º, contiene muchos datos interesantes respecto de Venezuela; pero debe verse con cierta desconfianza la parte cronológica. Por haber seguido los cronologistas é historiadores de Venezuela fielmente á este autor aparece por todas partes inexacta la lista de los Prelados y Gobernadores de Venezuela. Nosotros no hemos conocido hasta hoy nada más satisfactorio respecto de esta materia. sino los apuntes manuscritos del Dr. Don Blas José Terrero que aun no han visto la luz pública. Este curioso trabajo, que es un resumen de las noticias que extractó el autor de los archivos de la Metropolitana y del antiguo ayuntamiento de Caracas, tiene el siguiente título: "Teatro de Venezuela y Caracas." Dispónelo de varios instrumentos auténticos y concordantes dividido en dos Eras; Eclesiástica y Política, el Doctor Don Blas José Terrero. Año de 1787.

En diferentes ocasiones hemos tenido la satisfacción de palpar la honradez con la cual obró el autor al valerse del estudio de los archivos que nos son tan conocidos. Creemos que el volumen manuscrito del señor Terrero que debía figurar en toda biblioteca, merece la protección que presta el gobierno actual de Venezuela á producciones de este género. Y como hay en la narración cuadros que merecen ampliarse, desearíamos ver el trabajo de Terrero acompañado de notas ilustrativas y aun de documentos inéditos.

Venezuela. Atravesamos, puede decirse, una época de gestación histórica, tanto en España como en América. Existe en la sociedad actual una necesidad de conocer el Nuevo Mundo, tanto en la historia de su naturaleza como en la de su conquista y desarrollo. No podremos sustraernos de este empuje civilizador.

Pero el estudio de los autores españoles y americanos, en lo que cada uno tiene de la conquista y colonización de Venezuela, nc es lo único que constituye la historia de nuestra literatura histórica. En la conquista del Nuevo Mundo entraron igualmente, como elementos activos, diferentes nacionalidades que contribuyeron de por sí, cuando llegó el momento, al estudio de la conquista americana. En estas diversas nacionalidades figuraron la italiana, la francesa, la inglesa, la holandesa y también la alemana, que no puede separarse de nuestra conquista el papel que en ella tuvieron los Welser de Augsburgo, en los años que siguieron á la fundación de Nueva Cádiz y entrada de los primeros misioneros en las costas de Nueva Andalucía, antes de que surgiera la primitiva provincia de Venezuela. No debemos olvidar que entre los misioneros españoles figuraron también misioneros italianos y franceses.

Lo que forma hoy la biblioteca colombina, en todos los idiomas, es lo que nosotros queremos llamar la espléndida constelación de la bibliografía americana. Al presentarse la cuarta centuria del descubridor de América, nada podrá celebrar la memoria de tan insigne varón de una manera más elocuente, que la sección de bibliografía americana, es decir; las producciones del espíritu humano, durante cuatro siglos, acerca de un mismo tema: el continente de Colón.

Después de cuanto se ha escrito en Italia acerca de Américo Vespuci, este compañero de Colón que visitó y comerció en nuestras costas, nosotros no hemos encontrado, como autores italianos que hayan contribuido á la historia de Venezuela, con sus observaciones personales, más que dos escritores: el uno es GIROLAMO BENZONI. "La historia del mundo nuevo" publicada en Venecia en 1565, que es una historia de sus viajes á América y sobre todo, á las costas orientales de Venezuela, é islas de Margarita, Coche y Cubagua, esta primera colonia de Venezuela. (1) La otra obra lleva por título: SALVADORE GILII "Sag-

1 Del interesante libro de Benzoni salieron en Italia dos ediciones. La obra fue vertida al latín (8 ediciones); en francés dos ediciones y en alemán otras dos. Los holandeses conocen una, y los ingleses extractos. Solo en el idioma español no figura esta obra.

gio de Storia americana en 4 vols. en 8°, Roma, 1780." Comprende la obra del insigne jesuíta italiano, la historia de los Tamanacos y otros pueblos antiguos del Orinoco. El autor nos ha dejado escrita, no sólo la historia de estos pueblos, de sus costumbres, ritos, etc. etc., sino que ha enriquecido su trabajo con catálogos muy interesantes de infinitas lenguas americanas.

Acerca de los escritores ingleses, holandeses y franceses que nos proporcionan noticias importantes respecto de la época de los filibusteros, ya en otra ocasión hemos hablado; pero recordaremos á nuestros lectores las obras de Charlevoix, Du Tertre, Reynal Labat; y las de Oexmelin, (Esquemeling), Hakluyt, etc, que nada dejan que desear respecto de la época de los filibusteros en la dilatada Costa Venezolana, lago de Coquibacoa, y aguas del Orinoco. Por cuanto se refiere al Dorado de Manoa, y expedición de Sir WALTER RALEGH al Orinoco, en 1595, recomendamos á los futuros historiadores de Venezuela el libro en inglés, que lleva por título : " Descubrimiento del extenso, rico y bello imperio de Guayana, etc. etc., Londres 1 vol. en 8º de 176 páginas." La historia de *El Dorado*, es uno de los más interesantes capítulos de la historia antigua de Venezuela.

La contribución de los escritores alemanes á la historia antigua de la primitiva Venezuela, es materia que merece nuestras simpatías. En primer lugar figura la *historia del primer viaje de Nicolás Federmann*, que fue publicada en alemán en 1557, y reimpresa en 1859. La traducción francesa salió en 1837, y hace parte de la colección de Ternaux, titulada: " Voyages, relations et memoires originaux pour servir a l'histoire et decouverte de l'Amerique. "—Esta obra es de interés creciente.

Y no es sólo la historia de este viaje el único contingente de Alemania á la literatura de la historia de Venezuela. El estudio de aquella narración ha proporcionado varias lucubraciones, entre otras las siguientes: "*Participación de los alemanes en el descubrimiento de la América Meridional:*" "*Los Welser de Augsburgo como poseedores de Venezuela y las expediciones de los alemanes que enviaron á ella.*"

A estos trabajos debemos agregar la publicación del manuscrito original de Felipe de Hutten, uno de los gobernadores de la antigua Venezuela, que lleva por título: "Historia de la India por el hidalgo Felipe de Hutten."

Por noticias que nos comunica el Doctor Ernst, sabemos que una parte del archivo de los Welser pasó á la

municipalidad de Augsburgo, y otra al archivo de la familia de Fugger, en la misma ciudad, y en el castillo de Babenhausen. Por cartas al Doctor Ernst del Doctor Dobel, archivero del castillo, sábese que en esta rica colección figuran muchos documentos desconocidos referentes á la historia de los Welser y conquista de la antigua Venezuela: ¿Cuándo llegará el día en que el Gobierno de la República patrocina la publicación de tanta riqueza histórica?

De manera que el estudio de los cronistas italianos, alemanes, ingleses, holandeses y franceses, nos trasporta á los primeros años del siglo décimo sexto, á la época de los Welser, á las expediciones de los filibusteros ingleses, franceses y holandeses, desde mediados del mismo siglo hasta los primeros años del siglo décimo octavo.

De los historiadores venezolanos que han escrito acerca de la conquista de Venezuela, sólo uno, Montenegro, conoció la obra de Fray Pedro Simón, como se desprende por la cita que hace de aquel en la nota que corre al folio 32, (tomo 4º de la Geografía general). Ni Yanes, ni Baralt en sus obras, ni los autores de la Cronología venezolana y compendios de la historia de Venezuela, han conocido las NOTICIAS HISTORIALES del fraile franciscano. Ya en

varias de nuestras leyendas hemos llamado la atención acerca de este particular.

Los autores que Baralt tuvo á la vista para escribir la historia antigua de Venezuela, fueron los siguientes, como se desprende de la nota 21 en la página 414 de su libro: "Los autores que hemos consultado, dice para escribir la historia de la conquista venezolana son: Oviedo en primer lugar, Herrera; Feliciano Montenegro Colón, en sus estimables apuntes sobre la historia de Venezuela, Francisco Javier Yanes, en su reciente historia de la misma, Robertson, Humboldt, Depons y otros varios."

Desconoció por completo al primer cronista de Venezuela Fray Pedro Simón y tuvo más abundancia de compiladores que de historiadores primitivos.

También consultó al cronista Muñoz, en su Historia del Nuevo Mundo, y la famosa colección de Navarrete, obras que le suministraron muchas noticias respecto de Colón y de sus compañeros. A estas obras se agregan "las vidas de Españoles célebres" por Quintana, los "Viajes de Colón y de sus compañeros" por Washington Irving, y el primer viaje de Federmann.

De manera que sin haber conocido Baralt á Oviedo y Valdez, Las Casas,

Castellanos, Benzoni, Fray Simón, Caulin, etc. etc. ni los cronistas ingleses, holandeses y franceses de la época de los filibusteros, obras muchas de ellas de muy fácil adquisición en estos días, el trabajo de Baralt, acerca de la historia antigua de Venezuela, á pesar de sus lagunas, puede reputarse como brillante síntesis, tanto por la belleza y claridad del estilo cuanto por lo selecto de cada resumen histórico.

Caracas: 28 de octubre de 1890.

ARÍSTIDES ROJAS.

LA LEYENDA DEL MORICHE *

Los poetas de todos los tiempos, los viajeros que han visitado las fértiles campiñas de nuestro Continente, así como los pintores que han contemplado el paisaje tropical, están de acuerdo en conceder á la palmera el primer rango entre los diversos tipos del reino de Flora. El árbol de la palma ha sido llamado por dondequiera, *el príncipe del reino vegetal*; simbolizando el triunfo de la fuerza y de la belleza. Tal es su porte, tales sus atractivos, que, si el mundo antiguo hubiera conocido

---

(*) Respecto de la etimología del nombre *moriche*, debemos á la bondad del Doctor Ernst, catedrático de historia natural en la Universidad de Caracas y Director del Museo Nacional, la siguiente nota:

"El nombre genérico de *Mauritia* fue creado por el hijo de Linneo (en 1771), y viene del nombre del Príncipe Mauricio de Nassau [muerto en 1665], quien estuvo de Gobernador del Brasil, cuando este país pertenecía á los Holandeses [1624 á 1648].

"El nombre *moriche* es corrupción del tupi *muriti*, y éste se compone de *mbur* (alimento) é *iti* (árbol alto): de modo que significa "á bol alto del alimento" ó "árbol de la vida." *Pan de vida*, lo llamó el misionero Gumilla.

"El género *Mauritia* tiene 6 ó 7 especies, siendo las más notables las *M. flexuosa*, *M. armata*, *M. vinifera*, *M. setigera* y *M. subinermis*.

"Existe en Venezuela un pájaro llamado *moriche:* es el *Icterus chrysocephalus*, que se encuentra en muchos puntos de la América meridional v. g. Guayana, Alto Amazonas, Ucayale, Bogotá, y también en los alrededores de Caracas, donde obtuvo Goering un ejemplar adulto; yo mismo lo encontré una vez en Tócome, cerca de los Chorros. Es un pájaro de agradable canto y en cuyo plumaje figuran los colores amarillo y negro, á semejanza del llamado arrendajo."

los más esbeltos tipos de esta familia, cuya aparición data del descubrimiento de América, de Africa y Oceanía, el arte escultural se hubiera enriquecido con nuevos modelos que aparecerían hoy en las ruinas de pasadas civilizaciones.

El día en que fue descubierto el Nuevo Mundo, la palma apareció en toda su belleza y majestad. Las islas que saludaron á Colón, el Continente que surgió más tarde, el Africa que acabaron de descubrir los portugueses, las costas que escucharon los cantos de Gama, aparecieron á la mirada del hombre europeo, exornadas de palmas. Saludaron éstas á los nuevos conquistadores, como habían saludado á los primeros y los acompañaron hasta las nevadas cimas de los Andes, después de haber descubierto las costas, los oasis, los valles, las altiplanicies y las cimas encendidas del dorso del planeta. Complementado el relieve geográfico, de éste apareció la zona de las palmas ciñendo el ecuador terrestre y vistiendo de verde follaje la fecunda zona que al "sol enamorado circunscribe."

Si fuera posible contemplar desde el espacio semejante anfiteatro de verdura, nada habría más sorprendente que esta Zona Tórrida bañada por los grandes océanos y coronada por las inaccesibles nevadas y los volcanes del planeta. En ella figuran todas las alturas, todos los colores, todos los climas, todas las formas; la gerarquía vegetal y geológica, siempre ascendiendo hasta ocultarse bajo las eternas nieves. Ora es el templo, ora es la gruta, ya el pórtico, ya la columna solitaria: acá el bosque, las palmas apiñadas queriendo estrangular la roca secular de los Andes; allá en lontananza, el oasis con sus palmas solitarias á cuyos pies apaga la sed la caravana, y más allá las hoyas de los grandes ríos, las costas y los archipiélagos que hacen horizonte. Seguid y cavad en uno y otro mundo la tierra, penetrad en las

cuencas carboníferas: en éstas hallaréis las palmas que acompañaron en su cuna á los continentes, y á los archipiélagos en sus tumbas. En las viejas hulleras reposan ya carbonizadas y fósiles las palmas del mundo primitivo, cuando el hombre estaba muy lejos de aparecer sobre la costra terrestre.

He aquí la palma en el reino vegetal y en las entrañas de los continentes; buscadla ahora en la Historia y la hallaréis acompañando al hombre desde sus primitivos días. La esbelta palma es el vegetal que presencia el nacimiento de las primeras familias. Los pueblos bíblicos aparecieron en su cuna coronados de dátiles. Recuerda esta palma á Persia, á Arabia, á Egipto y las costas del Mediterráneo. Aceptaron los romanos la palma como símbolo y dió ésta su nombre á Palmira. No puede hablarse del Lago de Genezaret, de la peregrinación de Jesús y de la entrada de Éste á Jerusalén, sin recordar al pueblo que, llevando palmas, saludó al Salvador del Mundo. Tamariz llamaron los hebreos la palma, para recordar así la elegancia, majestad y belleza de aquella mujer del mismo nombre que cautivaba á cuantos la veían; y Jericó fue llamada igualmente la ciudad de las Palmas. El dátil de hoy es bella reminiscencia del de los tiempos bíblicos, cuando la sociedad antigua, desde la hoya del Mediterráneo, comenzó á establecerse y á poblar las regiones de Asia, de Africa, de Europa, y á navegar las costas del mar Índico.

La palma figura en las pagodas del pueblo de Buda, en los archipiélagos asiáticos, cuna de la civilización indostánica. Así, en los más antiguos pueblos de la tierra como en los más modernos, la palma ha presenciado la historia del hombre, desde los pueblos bíblicos hasta la conquista de América, desde los mares de Grecia y de Egipto, de Persia y del Indostán, hasta las columnas de Hér-

cules, desde las costas del Atlántico y del mar Índico, hasta las del dilatado océano de Balboa.

La palma dátil tiene su patria: á orillas del Mediterráneo, ella es la palma histórica por excelencia. La palma del coco tiene la suya en los archipiélagos asiáticos, de donde ha pasado á todas las costas de la Zona Tórrida. Representa ella los antiguos pueblos del Asia, cuyos descendientes yacen sumidos en la ignorancia. Simboliza la palma moriche la llegada de Colón á las costas de Paria, las bocas del Orinoco, patria de los Guaraúnos, el descubrimiento del Continente americano. No puede comprenderse el oasis en los desiertos de Africa, sin la palma dátil; no puede admirarse la pagoda del malayo, sin el cocotero; no puede recordarse la pampa venezolana, sin el moriche. A la sombra del moriche vive el hombre, porque el moriche es pan de vida, como lo llamaron los primeros misioneros castellanos, y á sus pies está el agua potable, la cabaña, la familia.

Refiere Schomburgk que los indios Macousí, en las regiones del Esequibo, creen que el único sér racional que sobrevivió á una inundación general, volvió á poblar la tierra cambiando las piedras en hombres. Este mito, añade Humboldt, fruto de la brillante imaginación de los Macousí y que recuerda á Deucalión y Pirra, se produce todavía bajo diferentes formas entre los Tamanacos del Orinoco.

Debemos la tradición de los Tamanacos, sobre la formación del mundo, después del diluvio, á un célebre misionero italiano, el padre Gilli, que vivió mucho tiempo en las regiones del Orinoco. Refiere este misionero que Amalivaca, el padre de los Tamanacos, es decir, el Creador del género humano, llegó en cierto día, sobre una canoa, en los momentos de la gran inundación que se llama la *edad de las aguas*, cuando las olas del océano chocaban en

el interior de las tierras, contra las montañas de la Encaramada. Cuando les preguntó el misionero á los Tamanacos, cómo pudo sobrevivir el género humano después de semejante catástrofe, los indios le contestaron al instante: que todos los Tamanacos se ahogaron, con la excepción de un hombre y una mujer que se refugiaron en la cima de la elevada montaña de Tamacú, cerca de las orillas del río Asiverú, llamado por los españoles Cuchivero; que desde allí, ambos comenzaron á arrojar, por sobre sus cabezas y hacia atrás, los frutos de la palma moriche, y que de las semillas de ésta salieron los hombres y mujeres que actualmente pueblan la tierra. Amalivaca, viajando en su embarcación grabó las figuras del sol y de la luna sobre la roca pintada (*Tepu-mereme*) que se encuentra cerca de la Encaramada.

En su viaje al Orinoco, Humboldt vio una gran piedra que le mostraron los indios en las llanuras de Maita, la cual era, según los indígenas, un instrumento de música, el *tambor de Amalivaca.*

La leyenda no queda, empero, reducida á esto, según refiere Gilli. Amalivaca tuvo un hermano, *Vochi*, quien le ayudó á dar á la superficie de la tierra su forma actual; y cuentan los Tamanacos, que los dos hermanos, en su sistema de perfectibilidad, quisieron desde luego arreglar el Orinoco, de tal manera, que pudiera siempre seguirse el curso de su corriente al descender ó al remontar el río. Por este medio esperaban ahorrar á los hombres el uso del remo, al buscar el origen de las aguas y dar al Orinoco un doble declive; idea que no llegaron á realizar, á pesar de su poder regenerador, por lo cual se vieron entonces obligados á renunciar á semejante problema hidráulico.

Amalivaca tenía además dos hijas de decidido gusto por los viajes; y la tradición refiere, en sen-

tido figurado, que el padre les fracturó las piernas para imposibilitarlas en su deseo de viajar, y poder de esta manera poblar la tierra de los Tamanacos. (1)

Después de haber arreglado bien las cosas en la región anegada del Orinoco, Amalivaca se reembarcó y regresó á la opuesta orilla, al mismo lugar de donde había salido. Los indios no habían visto desde entonces llegar á sus tierras ningún hombre que les diera noticia de su regenerador, sino á los misioneros; é imaginándose que la otra orilla era la Europa, uno de los casiques Tamanacos preguntó inocentemente al padre Gilli: "Si había visto por allá al gran Amalivaca, el padre de los Tamanacos, que habia cubierto las rocas de figuras simbólicas."

No fue Amalivaca una creación mítica, sino un hombre histórico; el primer civilizador de Venezuela, que deja su nombre perpetuado en la memoria de millares de generaciones.

"Estas nociones de un gran cataclismo, dice Humboldt, estos dos entes libertados sobre la cima de una montaña, que llevan tras sí los frutos de la palma moriche, para poblar de nuevo el mundo; esta divinidad nacional, *Amalivaca*, que llega por agua de una tierra lejana, que prescribe leyes á la naturaleza y obliga á los pueblos á renunciar á sus emigraciones; y estos rasgos diversos de un sistema de creencia tan antiguo, son muy dignos de fijar nuestra atención. Cuanto se nos refiere en el día, de los Tamanacos y tribus que hablan lenguas análogas á la tamanaca, lo tienen, sin duda, de otros pueblos que han habitado estas mismas regiones antes que ellos. El nombre de Amalivaca es conocido en un espacio de más de cinco mil leguas cuadradas, y vuelve á encontrarse como de-

1 Gilli.—Saggio de historia americana.

signando al *Padre de los hombres* (nuestro grande abuelo) hasta entre las naciones Caribes, cuyo idioma se parece tanto al Tamanaco, como el alemán y el griego, al persa y al sanscrito. *Amaliraca* no es primitivamente el *Grande espíritu* y el *Viejo del cielo*, ese sér invisible, cuyo culto nace del de la fuerza de la naturaleza, cuando los pueblos se elevan insensiblemente al sentimiento de la unidad; sino más bien un personaje de los tiempos heroicos, un hombre extranjero que ha vivido en la tierra de los Tamanacos y Caribes, donde dejó rasgos simbólicos en las rocas, para en seguida retornar más allá del Océano, á países que había antiguamente habitado. (1)

Ningún pueblo de la tierra presenta á la imaginación del poeta leyenda tan bella: es la expresión sencilla y pintoresca de un pueblo inculto que se encontró poseedor del oasis americano, coronado de palmeras, de majestuosos ríos poblados de selvas seculares, de dilatada, inmensa pampa, imagen del Océano.

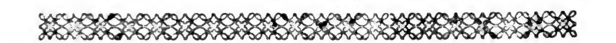
La palma moriche no sólo recuerda la existencia de un pueblo que desapareció y nos dejó su nombre y la traza de sus conquistas, sino también aquellos misioneros que fundaron en la pampa venezolana el cristianismo á fuerza de constancia, de amor y de sacrificios. ¡Cómo viven en la memoria de estos pueblos aquellos ministros del Evangelio! En cada uno, palmeras de diferente porte, al mecer sus penachos á los caprichos del viento, parecen túmulos de verde follaje sobre extinguidos osarios. La palma Píritu recuerda á los padres observantes en la tierra Cumanagota, en las sabanas que bañan afluentes del Orinoco. Recuerda la palma Corozo al Pueblo Chaima, y á los padres capuchinos, en las fértiles dehesas de Maturín. Cha-

(1) HUMBOLDT. Viajes al Orinoco.—ROJAS. Estudios indígenas.

guarama es el nombre de la palmera que desde las costas cumanesas, cautivó á los misioneros catalanes del Guárico: *Oreodoxa* la llaman los botánicos, nombre griego que significa *alegría del monte.* Temiche llaman los guaraúnos, en el Delta del Orinoco, á una de sus bellas palmas; nombre indígena que equivale á *pluma del sol.* Pero ninguna de ellas con más historia y atractivos que el moriche, la palma admirable de cuyo fruto nació el hombre venezolano; la palma que saludó á las naos de Colón, abrigó á los misioneros, dió alimento al conquistador fatigado y agua al herido que, después del sangriento combate, en los días de la guerra á muerte, sucumbía al pie de los palmares.

Tú tienes también tus palmas, tierra de Coquibacoa. Tu pórtico de verdura que saluda al viajero que visita las aguas de tu dilatado lago, está en "Punta de Palmas," y son tus cocales, florones de penachos, cinta de esmeralda que circunda tus costas.

Cuando Amalivaca, el creador de la civilización venezolana, al efectuarse el último cataclismo geológico que levantara el suelo del Orinoco, se paseó sobre las llanuras dilatadas, para que brotaran hombres del fruto del moriche, ya el ramal andino de Itotos guardaba por el Oeste la tierra de Mara, en tanto que la cuenca de Coquibacoa, al llenarse con el agua de sus innúmeros tributarios, se abría paso al mar, después de haberse coronado de palmeras que celebran las glorias de Amalivaca y de su esposa, fundadores de la gran nación Caribe-Tamanaca.



LA PRIMERA TAZA DE CAFE EN EL VALLE DE CARACAS

AL DOCTOR DON TOMÁS AGUERREVERE PACANINS

—

Con el patronímico francés de Blandain ó Blandín, se conocen en las cercanías de Caracas dos sitios; el uno es la quebrada y puente de este nombre, en la antigua carretera de Catia, lugar que atraviesa la locomotora de La Guaira; el otro, la bella plantación de café, al pie de la silla del Avila, vecina del pueblo de Chacao. Recuerdan estos lugares á la antigua y culta familia franco-venezolana que figuró en esta ciudad, desde mediados del último siglo, ya en el desarrollo del arte musical, ya en el cultivo del café, en el valle de Caracas, y la cual dió á la iglesia venezolana un sacerdote ejemplar, un patricio á la revolución de 1810 y dos bellas y distinguidas señoritas, dechados de virtudes domésticas y sociales, origen de las conocidas familias de Argain, Echenique, Báez-Blandín, Aguerrevere, González-Alzualde, Rodríguez-Supervie, Ramella-Echenique, Martínez-Echenique, Marcano-Echenique, etc., etc.

Don Pedro Blandain, joven de bellas prendas, después de haber cursado en su país la profesión de farmacéutico, quiso visitar á Venezuela, y al llegar á Caracas, por los años de 1740 á 1741, juzgó que en ésta podía fundarse un buen establecimiento de farmacia, que ninguno tenía la capital

en aquel entonces. La primera botica en Caracas databa de cien años atrás, 1649, cuando por intervención del Ayuntamiento, formóse un bolso entre los vecinos pudientes, para llevar á remate el pensamiento de tener una botica, la cual fue abierta al público y puesta bajo la inspección de un señor Marcos Portero. Pero esta botica, sin estímulo, sin población que la favoreciera, sin médicos que la frecuentaran, pues era cosa muy rara en aquella época ver á un discípulo de Esculapio por las solitarias calles de Caracas, hubo de desaparecer, continuando el expendio de drogas en la tiendas y ventorrillos de la ciudad, como es de uso todavía en nuestros campos. El estudio de las ciencias médicas no comenzó en la Universidad de Caracas sino en 1763.

La primera botica francesa que tuvo Caracas, fundada por Don Pedro Blandain, figuró cerca de la esquina del Cují, en la actual Avenida Este, número 54, casa que hasta ahora pocos años, tuvo sobre el portón un balconcete. (1)

A poco de haberse Don Pedro instalado en Caracas, unióse en matrimonio con la graciosa caraqueña Doña Mariana Blanco Valois, de la cual tuvo varios hijos: y como era hombre á quien gustaba vivir con holgura, hízose de nueva y hermosa casa que ensanchó, y fue ésta la solariega de la familia Blandain. En los días de 1776 á 1778, la familia Blandain había perdido cuatro hijos, pero conservaba otros cuatro: Don Domingo, que acababa de

1 Ya sea porque los límites al Este de Caracas, llegaban, en la época á que nos referimos, á la esquina del Cují, ya porque los sucesores de Don Pedro quisieron vivir en un mismo vecindario, es lo cierto que las hermosas casas de las familias Blandain y de sus sucesores Blandain y Echenique, Blandain, Báez—Blandain, Aguerrevere, Alznalde. etc , etc., figuran en esta área de Caracas, conservándose aún las que resistieron el terremoto de 1812.

Esta casa destruida por el terremoto de 1812, bellamente reconstruida hace como cuarenta y cinco años, es la marcada con el número 47 de la misma avenida.

recibir la tonsura y el grado de Doctor en Teología, y figuró más tarde como Doctoral en el Cabildo eclesiástico: Don Bartolomé, que después de viajar por Europa, tornaba á su patria para dedicarse á la agricultura y al cultivo del arte musical, que era su encanto; y las señoritas María de Jesús y Manuela, ornato de la sociedad caraqueña de aquella época. A poco esta familia, con sus entroncamientos de Argain, Echenique y Báez, constituyó por varios respectos, uno de los centros distinguidos de la sociedad caraqueña.

A estas familias, como á las de Aresteiguieta, Machillanda, Ustáriz y otras más que figuraron en los mismos días, se refieren las siguientes frases del Conde de Segur, cuando en 1784 hubo de conocer el estado social de la capital de Venezuela. "El Gobernador—escribe—me presentó á las familias más distinguidas de la ciudad, donde tropezamos con hombres algo taciturnos y serios; pero en revancha, conocimos gran número de señoritas, tan notables por la belleza de sus rostros, la riqueza de sus trajes, la elegancia de sus modales y por su amor al baile y á la música, como también por la vivacidad de cierta coquetería que sabía unir muy bien la alegría á la decencia." Y á estas mismas familias se refieren los conceptos de Humboldt que visitó á Caracas en 1799:—"He encontrado en las familias de Caracas—escribe—decidido gusto por la instrucción, conocimiento de las obras maestras de la literatura francesa é italiana y notable predilección por la música, que cultivan con éxito, y la cual, como toda bella arte, sirve de núcleo que acerca las diversas clases de la sociedad."—Todavía, treinta años más tarde, después de concluida la revolución que dio origen á la República de Venezuela, entre los diversos conceptos expresados por viajeros europeos, respecto de la sociedad de Caracas, en la época de Colombia, encontramos los si-

guientes del americano Duane, que visitó las arboledas de Blandain en 1823, y fue obsequiado por esta familia. Después de significar lo conocido que era de los viajeros el nombre de Blandain, así como era proverbial la hospitalidad de aquélla, agrega: "el orden y felicidad de esta familia son envidiables, no porque ella sea inferior á sus méritos, sino porque sería de desearse que toda la humanidad participara de semejante dicha." (1)

En la época en que el Conde de Segur visitó esta ciudad, el vecino y pintoresco pueblo de Chacao, en la región oriental de la Silla del Avila, era sitio de recreo de algunas familias de la capital, que, dueñas de estancias frutales y de fértiles terrenos cultivados, pasaban en el campo cierta temporada del año. Podemos llamar á tal época, época primaveral, porque fue durante ella, cuando se despertó el amor á la agricultura y al comercio, visitaron la capital los herborizadores alemanes que debían preceder á Humboldt, y se ejecutaron bajo las arboledas, al pie del Avila, los primeros cuartetos de música clásica que iban á dar ensanche al arte musical en la ciudad de Lozada. En estos días, finalmente, vienen al mundo en Caracas dos ingenios destinados á llenar páginas inmortales en la historia de América: Bello, el cantor de la Zona Tórrida; Bolívar, el genio de la guerra, que debía conducir en triunfo sus legiones desde Caracas hasta las nevadas cumbres que circundan el dilatado Titicaca.

¿Cómo surgió el cultivo del café en el valle de Caracas? Desde 1728, época en que se estableció en esta capital la Compañía güipuzcoana, no se cultivaba en el valle sino poco trigo, que fue lentamente abandonado á causa de la plaga; alguna ca-

1 Conde de Segur.—Memoirs, Souvenirs, et Anecdotes, 3 vol. Humboldt. Viajes—Daune. A visit to Colombia, 1 vol. 1827.

ña, algodón, tabaco, productos que servían para el abasto de la población, y muchos frutos menores; desde entonces comenzó casi en todo Venezuela el movimiento agrícola, con el cultivo del añil y del cacao, que constituían los principales artículos de exportación. Mas la riqueza de Venezuela no estaba cifrada en el cacao, que ha ido decayendo, ni en el añil, casi abandonado, ni en el tabaco, que poco se exporta, ni en la caña, cuyos productos no pueden rivalizar con los de las Antillas, ni en el trigo, cuyo cultivo está limitado á los pueblos de la Cordillera, ni en el algodón, que no puede competir con el de los Estados Unidos, sino en el café, que se beneficia en una gran porción de la República.

Sábese que el arbusto del café, oriundo de Abisinia, fue traído de París á Guadalupe por Desclieux, en 1720. De aquí pasó á Cayena en 1725, y en seguida á Venezuela. Los primeros que introdujeron esta planta entre nosotros fueron los misioneros castellanos, por los años de 1730 á 1732, y el terreno donde primero prosperó fue á orillas del Orinoco. El Padre Gumilla nos dice, que él mismo lo sembró en sus Misiones, de donde se extendió por todas partes. El misionero italiano Gilli lo encontró frutal en tierra de los Tamanacos, entre el Guárico y el Apure, durante su residencia en estos lugares, á mediados del último siglo. En el Brasil, la planta data de 1771, probablemente llevada de las Misiones de Venezuela.

La introducción y cultivo del árbol del café en el valle de Caracas, remonta á los años de 1783 á 1784. En las estancias de Chacao, llamadas "Blandín," "San Felipe" y "La Floresta," que pertenecieron á Don Bartolomé Blandín y á los Presbíteros Sojo y Mohedano, cura este último del pueblo de Chacao, crecía el célebre arbusto, más como planta de adorno exótica que como planta productiva. Los granos y arbustitos recibidos de las Antillas fran-

cesas, habían sido distribuidos entre estos agricultores, quienes se apresuraron á cuidarlos. Pero andando el tiempo, el padre Mohedano concibe en 1784 el proyecto de fundar un establecimiento formal, recoge los pies que puede, de las diversas huertas de Chacao, planta seis mil arbolillos, los cuales sucumben casi en totalidad. Reunidos entonces los tres agricultores mencionados, forman semilleros, según el método practicado en las Antillas, y lograron cincuenta mil arbustos, que rindieron copiosa cosecha.

Al hablar de la introducción del café en el valle de Caracas, viene á la memoria la del arte musical, durante una época en la cual los señores Blandín y Sojo desempeñaban importante papel en la filarmonía de la capital. Los recuerdos del arte musical y del cultivo del café son para el campo de Chacao, lo que para los viejos castillos feudales las leyendas de los trovadores: cada boscaje, cada roca, la choza derruida, el árbol secular, por dondequiera, la memoria evoca recuerdos placenteros de generaciones que desaparecieron. Cuando se visitan los campos y jardines de "Blandín," de "La Floresta," y de "San Felipe," haciendas cercanas, como lo estuvieron sus primitivos dueños, unidos por la amistad, el sentimiento y la patria; cuando se contemplan los chorros de Tócome, la cascada de Sebucán, las aguas abundosas que serpean por las pendientes del Avila; cuando el viajero posa sus miradas sobre las ruinas de Bello Monte, ó solicita bajo las copas de los bucares floridos, cubiertos con mantos de escarlata, las arboledas de café coronadas de albos jazmines que embalsaman el aire: el pensamiento se trasporta á los días apacibles en que figuraban Mohedano, Sojo y Blandín; época en que comenzaba á levantarse en el Viejo Mundo la gran figura de Miranda, y á orillas del Anauco y del Guaire, las de Bello y de Bolívar.

El padre Sojo y Don Bartolomé Blandín, acompañado éste de sus hermanas María de Jesús y Manuela, llenas de talento musical, reunían en sus haciendas de Chacao á los aficionados de Caracas; y este lazo de unión que fortalecía el amor al arte, llegó á ser en la capital el verdadero núcleo de la música moderna. El padre Sojo, de la familia materna de Bolívar, espíritu altamente progresista, después de haber visitado á España y á Italia, y en ésta muy especialmente á Roma, en los días, de Clemente XIV, regresó á Caracas con el objeto de concluir el convento de Neristas, que á sus esfuerzos levantara, y del cual fue Prepósito. El convento fue abierto en 1771. [1]

Las primeras reuniones musicales de Caracas se efectuaron en el local de esta institución, y en Chacao, bajo las arboledas de "Blandín" y de "La Floresta." El primer cuarteto fue ejecutado á la sombra de los naranjeros, en los días en que sonreían sobre los terrenos de Chacao los primeros arbustos del café. A estas tertulias musicales asistían igualmente muchos caballeros de la capital.

En 1786 llegaron á Caracas dos naturalistas alemanes, los señores Bredmeyer y Schult, quienes comenzaron sus excursiones por el valle de Chacao y vertientes del Avila. Al instante hicieron amistad con el padre Sojo, y la intimidad que entre todos llegó á formarse, fue de brillantes resultados para el adelantamiento del arte musical, pues agradecidos los viajeros, á su regreso á Europa en 1789, después de haber visitado otras regiones de Venezuela, remitieron al padre Sojo algunos instrumentos de música que se necesitaban en Caracas, y partituras de Pleyel, de

1 En el área que ocupó el convento y templo de Neristas, figura hoy el parque de Washington, en cuyo centro descuella la estatua de este gran patricio. Nuevos árboles han sustituido á los añejos cipreses del antiguo patio, pero aún se conserva el nombre de *esquina de los Cipreses*, á la que lo lleva hace más de un siglo.

Mozart y de Haydn. Esta fue la primera música clásica que vino á Caracas, y sirvió de modelo á los aficionados, que muy pronto admiraron el bello ingenio de aquellos autores.

Planteado el cultivo del café, como empresa industrial, los dueños de las haciendas mencionadas acordaron celebrar aquel triunfo de la civilización, es decir, el beneficio del arbusto sabeo en el valle de Caracas; y para llevar á término el pensamiento, señalaron en la huerta de Blandín los arbustos que debían proporcionar los granos necesarios para saborear la primera taza de café, en unión de algunas familias y caballeros de la capital, aficionados al arte musical.

A proporción que las plantaciones crecían á la sombra paternal de los bucares, con frecuencia eran visitadas por todos aquellos que, en pos de una esperanza, veían deslizarse los días y aguardaban la solución de una promesa. Por dos ocasiones, antes de florecer el café, los bucares perdieron sus hojas viose surgir de las peladas copas, florido manto de color de escarlata que las asemejaba á un dilatado mar de fuego. ¡Cuánta alegría se apoderó de los agricultores, cuando en cierta mañana, al cabo de dos años, brotaron los capullos que en las jóvenes ramas de los cafetales anunciaban la deseada flor! A poco, todo los árboles aparecieron materialmente cubiertos de jazmines blancos que embalsamaban el aire. El europeo que por la primera vez contempla una arboleda de café en flor, recibe una impresión que le acompaña para siempre. Le parece que sobre todos los árboles ha caído prolongada nevada, aunque el ambiente que lo rodea es tibio y agradable. Al instante, siente el aroma de las flores que le invita á penetrar en el boscaje, tocar con sus manos los jazmines, llevarlos al olfato, para en seguida contemplarlos con emoción. No es nevada, no es escarcha; es la diosa Flo-

ra, que tiende sobre los cafetales encajes de armiño, nuncios de la buena cosecha que va á dar vida á los campos y pan á la familia. Pero todavía es más profunda la emoción, cuando, al caer las flores, asoman los frutos, que al madurarse aparecen como macetitas de corales rojos que tachonan el monte sombreado por los bucares revestidos.

De antemano se había convenido, en que la primera taza de café sería tomada á la sombra de las arboledas frutales de Blandín, en día festivo, con asistencia de aficionados á la música y de familias y personajes de Caracas. Esto pasaba á fines de 1786. Cuando llegó el día fijado, desde muy temprano, la familia Blandín y sus entroncamientos de Echenique, Argain y Báez, aguardaban á la selecta concurrencia, la cual fue llegando por grupos, unos en cabalgaduras, otros en carretas de bueyes, pues la calesa no había, para aquel entonces, hecho surco ni en las calles de la capital ni en el camino de Chacao. Por otra parte, era de lujo, tanto para caballeros, como para damas, manejar con gracia las riendas del fogoso corcel, que se presentaba ricamente enjaezado, según uso de la época.

La casa de Blandín y sus contornos ostentaban graciosos adornos campestres, sobre todo, la sala improvisada bajo la arboleda, en cuyos extremos figuraban los sellos de armas de España y de Francia. En esta área estaba la mesa del almuerzo, en la cual sobresalían tres arbustos de café artísticamente colocados en floreros de porcelana. Por la primera vez iba á verificarse, al pie de la Silla del Avila, inmortalizada por Humboldt, una fiesta tan llena de novedad y de atractivos, pues que celebraba el cultivo del árbol del café en el valle de Caracas, fiesta á la cual contribuía lo más distinguido de la capital con sus personas, y los aficionados al arte musical, con las armonías de Mozart y de

Beethoven. La música, el canto, la sonrisa de las gracias y el entusiasmo juvenil, iban á ser el alma de aquella tenida campestre.

Espléndido apareció á los convidados el poético recinto, donde las damas y caballeros de la familia Blandín hacían los honores de la fiesta, favorecidos de la gracia y gentileza que caracteriza á personas cultas, acostumbradas al trato social. Por todas partes sobresalían ricos muebles dorados ó de caoba, forrados de damasco encarnado, espejos venecianos, cortinas de seda, y cuanto era del gusto de aquellos días, en los cuales el dorado y la seda tenían que sobresalir.

La fiesta da comienzo con un paseo por los cafetales, que estaban cargados de frutos rojos. Al regreso de la concurrencia, rompe la música de baile, y el entusiasmo se apodera de la juventud. Después de prolongadas horas de danza, comienzan los cuartetos musicales y el canto de las damas, el cual encontró quizás eco entre las aves no acostumbradas á las dulces melodías del canto y á los acordes del clavecino.

A las doce del día comienza el almuerzo, y concluido éste, toma el recinto otro aspecto. Todas las mesas desaparecieron menos una, la central, que tenía los arbustos de café, de que hemos hablado, y la cual fue al instante exornada de flores y cubierta de bandejas y platos del Japón y de China, llenos de confituras, y de salvillas de plata con preciosas tacitas de China. Y por ser tan numerosa la concurrencia, la familia Blandín se vió en la necesidad de conseguir las vajillas de sus relacionados, que de tono y buen gusto era en aquella época, dar fiestas en que figurasen los ricos platos de las familias notables de Caracas.

Cuando llega el momento de servir el café, cuya fragancia se derrama por el poético recinto, vése un grupo de tres sacerdotes, que precedi-

dos del anfitrión de la fiesta, Don Bartolomé Blandín, se acercan á la mesa: eran éstos, Mohedano, el padre Sojo y el padre Doctor Domingo Blandín, que, desde 1775, había comenzado á figurar en el clero de Caracas. (1) Llegan á la mesa en el momento en que la primera cafetera vacía su contenido en la trasparente taza de porcelana, la cual es presentada inmediatamente al virtuoso cura de Chacao. Un aplauso de entusiasmo acompaña á este incidente, al cual sucede momento de silencio. Allí no había nada preparado, en materia de discurso, porque todo era espontáneo, como era generoso el corazón de la concurrencia. Nadie había soñado con la oratoria ni con frases estudiadas; pero al fijarse todas las miradas sobre el padre Mohedano, que tenía en sus manos la taza de café que se le había presentado, algo esperaba la concurrencia. Mohedano, conmovido, lo comprende así, y dirigiendo su miradas al grupo más numeroso, dice:

"Bendiga Dios al hombre de los campos sostenido por la constancia y por la fe. Bendiga Dios el fruto fecundo, dón de la sabia Naturaleza á los hombres de buena voluntad. Dice San Agustín que cuando el agricultor, al conducir el arado, confía la semilla al campo, no teme ni la lluvia que cae, ni el cierzo que sopla, porque los rigores de la estación desaparecen ante las esperanzas de la cosecha. Así nosotros, á pesar del invierno de esta vida mortal, debemos sembrar, acompañada de lágrimas, la semilla que Dios ama: la de nuestra voluntad y de nuestras obras, y pensar en las dichas que nos proporcionará abundante cosecha."

Aplausos prolongados sucedieron á estas bellas

---

1 El Doctor Don Domingo Blandín, Racionero de la Catedral de Cuenca, en el Ecuador, tomó posesión de la misma dignidad, en la Catedral de Caracas, en 1807. El 25 de junio de este año, ascendió á la de Doctoral, y el 6 de noviembre de 1814, á la de Chantre.

frases del cura de Chacao, las cuales fueron continuadas por las siguientes del padre Sojo:

"Bendiga Dios el arte, rico dón de la Providencia, siempre generosa y propicia al amor de los seres, cuando está sostenido por la fe, embellecido por la esperanza y fortalecido por la caridad." (1)

El padre Don Domingo Blandín quiso igualmente hablar, y comenzando con la primera frase de sus predecesores, dijo:

"Bendiga Dios la familia que sabe conducir á sus hijos por la vía del deber y del amor á lo grande y á lo justo. Es así como el noble ejemplo se trasmite de padres á hijos y continúa como legado inagotable. Bendiga Dios esta concurrencia que ha venido á festejar con las armonías del arte musical y las gracias y virtudes del hogar, esta fiesta campestre, comienzo de una época que se inaugura bajo los auspicios de la fraternidad social."

Al terminar, el joven sacerdote tomó una rosa de uno de los ramilletes que figuraban en la mesa, y se dirigió al grupo en que estaba su madre, á la cual le presentó la flor después de haberla besado con efusión. La concurrencia celebró tan bello incidente del amor íntimo, delicado, al cual sucedieron las expansiones sociales y la franqueza y libertad que proporciona el campo á las familias cultas.

Desde aquel momento la juventud se entregó á la danza, y el resto de la concurrencia se dividió en grupos. Mientras que aquélla disfrutaba solamente del placer fugaz, los hombres serios se habían retirado

1 Hace más de cuarenta años que tuvimos el placer de escuchar á la señora Dolores Báez de Supervie, una gran parte de los pormenores que dejamos narrados. Todavía, después de cien años, se conservan muchos de éstos, entre los numerosos descendientes de la familia Blandín. En las frases pronunciadas por el padre Sojo, falta el último párrafo que no hemos podido descifrar en el apagado manuscrito con que fuimos favorecidos, lo mismo que las palabras de Don Bartolomé Blandín, borradas por completo.

al boscaje que está á orillas del torrente que baña la plantación. Allí se departió acerca de los sucesos de la América del Norte y de los temores que anunciaban en Francia algún cambio de cosas. Y como en una reunión de tal carácter, cuyo tema obligado tenía que ser el cultivo del café y el porvenir agrícola que aguardaba á Venezuela, los anfitriones Mohedano, Sojo y Blandín, los primeros cultivadores del café en el valle de Caracas, hubieron de ser agasajados, no solo por sus méritos sociales y virtudes eximias, sino también por el espíritu civilizador, que fue siempre el norte de estos preclaros varones.

Ya hemos hablado anteriormente del padre Sojo y de Don Bartolomé Blandín, aficionados al arte musical, que después de haber visitado el Viejo Mundo, trajeron á su patria gran contingente de progreso, del cual supo aprovecharse la sociedad caraqueña. En cuanto al padre Mohedano, cura de Chacao, nacido en la villa de Talarrubias (Extremadura), había pisado á Caracas en 1759, como familiar del Obispo Diez Madroñero. A poco recibe las sagradas órdenes y asciende á Secretario del Obispado. En 1769, al crearse la parroquia de Chacao, Mohedano se opone al curato y lo obtiene. En 1798, Carlos IV le elige Obispo de Guayana, nombramiento confirmado por Pío VII en 1800. Monseñor Ibarra le consagra en 1801, pero su apostolado fue de corta duración, pues murió en 1803. Según ha escrito uno de sus sabios apologistas, el Obispo de Trícala, Mohedano fue uno de los mejores oradores sagrados de Caracas. "Su elocuencia, dice, era toda de sentimiento religioso, realzado por la modestia de su virtud. La sencillez y austeridad que se trasparentaban en su semblante, daban á su voz debilitada dulce influencia sobre los corazones." (1)

1 Obispo de Trícala.—Crónica Eclesiástica.

Hablábase del porvenir del café, cuando Mohedano manifestó á sus amigos con quienes departía, que esperaba en lo sucesivo, buenas cosechas, pues su producto lo tenía destinado para concluir el templo de Chacao, blanco de todas sus esperanzas. Morir después de haber levantado un templo y de haber sido útil á mis semejantes, será, dijo, mi mas dulce recompensa.

Entonces alguien aseguró á Mohedano, que por sus virtudes excelsas, era digno del pontificado y que este sería el fin más glorioso de su vida.

—No, no, replicó el virtuoso Pastor. Jamás he ambicionado tanta honra. Mi único deseo, mi anhelo es ver feliz á mi grey, para lo que aspiro á continuar siendo médico del alma y médico del cuerpo. (1) Rematar el templo de Chacao, ver desarrollado el cultivo del café y después morir en el seno de Dios y con el cariño de mi grey, he aquí mi única ambición.

Trascurridos catorce años del dia en que se efectuó tan bella fiesta en el campo de Chacao, dos de estos hombres habían desaparecido: el padre Sojo, que murió á fines del siglo, después de haber extendido el cultivo del café por los campos de los Mariches y lugares limítrofes; y Mohedano, que luego de ejercer el episcopado á orillas del Orinoco, dejó el mundo en 1803. Sólo á Blandín vino á solicitarlo la Revolución de 1810. Abraza desde un principio el movimiento del 19 de Abril del mismo año, y su nombre figura con los de Roscio y Tovar en los bonos de la Revolución Venezolana. Asiste á poco como suplente, al Constituyente de Venezuela de 1811, y cuando todo turbio corre, abandona el patrio suelo, para regresar con el triunfo de Bolívar en 1821.

Siete años después desapareció Bolívar, y cinco

1 Aludía con estas frases á la asistencia y medicinas que facilitaba á los enfermos de Chacao y de sus alrededores.

más tarde, en 1835, se extinguió, á la edad de noventa años, el único que quedaba de los tres fundadores del cultivo del café en el valle de Caracas. Con su muerte quedaba extinguido el patronímico Blandain.

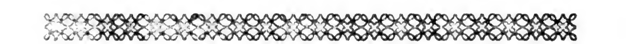
Blandín es el sitio de Venezuela que ha sido más visitado por nacionales y extranjeros durante un siglo; y no hay celebridad europea ó nacional que no le haya dedicado algunas líneas, durante este lapso de tiempo. Segur, Humboldt, Bonpland, Boussingault, Sthephenson, y con éstos Miranda, Bolívar y los magnates de la Revolución de 1810, todos estos hombres preclaros, visitaron el pintoresco sitio, dejando en el corazón de la distinguida familia que allí figuró, frases placenteras que son aplausos de diferentes nacionalidades á la virtud modesta coronada con los atributos del arte.

Un siglo ha pasado con sus conquistas, cataclismos, virtudes y crímenes, desde el día en que fueron sembrados en el campo de Chacao los primeros granos del arbusto sabeo, y aun no ha muerto en la memoria de los hombres el recuerdo de los tres varones insignes, orgullo del patrio suelo: Mohedano, Sojo y Blandín. Chacao fue destruido por el terremoto de 1812, pero nuevo templo surgió de las ruinas para bendecir la memoria de Mohedano, mientras que las arboledas de "San Felipe," y las palmeras del Orinoco cantan hossanna al pastor que rindió la vida al peso de sus virtudes. Del padre Sojo hablan los anales del arte musical en Venezuela, las campiñas de "La Floresta" hoy propiedad de sus deudos, los cimientos graníticos de la fachada de Santa Teresa y los árboles frescos y lozanos que en el área del extinguido convento de Neristas circundan la estatua de Washington. El nombre de Blandín no ha muerto: lo llevan, el sitio al Oeste de Caracas, por donde pasa después de vencer alturas la locomotora de La Guaira; y

la famosa posesión de café, que con orgullo conserva uno de los deudos de aquella notable familia. En este sitio célebre, siempre visitado, la memoria evoca cada día el recuerdo de sucesos inmortales, el nombre de varones ilustres y las virtudes de generaciones ya extinguidas, que supieron legar á su descendencia lo que habían heredado de sus antepasados: el buen ejemplo. El patronímico Blandín ha desaparecido; pero quedan los de sus sucesores Echenique, Báez, Aguerrevere, Rodríguez Supervie, Ramella-Echenique, Martínez-Echenique, Marcano-Echenique, etc., etc., que guardan las virtudes y galas sociales de sus progenitores.

Desaparació el primer clavecino que figuró entonces por los años de 1772 á 1773, y aun se conserva el primer piano clavecino que llegó más tarde, y las arpas francesas, instrumentos que figuraron en los conciertos de Chacao. Sobresalgan en el museo de algún anticuario las pocas bandejas y platos del Japón y de China que han sobrevivido á ciento treinta años de peripecias, así como los curiosos muebles abandonados como inútiles y restaurados hoy por el arte.

Los viejos árboles del Avila aún viven, para recordar las voces argentinas de María de Jesús y de Manuela, en tanto que el torrente que se desprende de las altas cumbres, después de bañar con sus aguas murmurantes los troncos añosos y los jóvenes bucares, va á perderse en la corriente del lejano Guaire.



LOS QUIJOTES DE LA LIBERTAD

—

Á DON MANUEL FOMBONA PALACIO

(DE LA ACADEMIA VENEZOLANA DE LA LENGUA)

—

Quizá sea el vocablo español Quijote, nombre éste del héroe de Cervantes en la inmortal novela que se conoce con el título de *Don Quijote de la Mancha*, el único que, tanto en español como en otras lenguas modernas, haya proporcionado mayor número de derivados; y aunque el vocablo Quijote, corrupción de *coxa*, era conocido en España antes de Cervantes, fue desde que éste publicó su célebre libro, cuando comenzaron á figurar en español, en francés, en inglés, en italiano etc., los derivados de aquel nombre, como adquisiciones de los idiomas modernos. (1)

---

1 Don Roque Barcia, en su "Diccionario etimológico de la lengua castellana," nos dice respecto de este nombre lo siguiente: "El origen de este vocablo, hoy apellido, es en latín *coxa*, y en bajo latín *cossa*, el anca, nalga. cadera ó parte saliente superior del muslo. De *cox*, *cossa*, el italiano *coscio;* el francés *cuise;* el catalán *cuixa* ó *cuxa;* y el castellano antiguo *cuja*, por lo cual tenemos hoy *muslo*. Y de *cuja* se formó *cujote:* Quijote que significa la armadura que cubre y defiende la *cuja*, el muslo. Lo que el catalán llama *cuxok* de las calzas ó de los pantalones, son los quijotes.

"En los animales caballares, mulares y asnales la parte blanda que está encima de las nalgas y descansa sobre la extremidad posterior del hueso izquión."

Los derivados españoles del vocablo Quijote, á saber: *quijote, quijotería, quijotesco, quijotada, quijotescamente*, sintetizan un grupo de acepciones que resumimos así: el hombre serio y grave, enjuto de carnes, de triste apariencia, á semejanza del héroe de Cervantes: el hombre ridículo en sus aspiraciones personales ó sociales: el defensor de causas ajenas, *desfacedor de agravios*, extravagante, quimérico, romántico: el hombre presuntuoso, engreído, exagerado en sus sentimientos caballerescos, el hombre puntilloso.

En el idioma español, por lo tanto, el vocablo *quijote* y sus derivados tienden siempre á la idea de lo ridículo. Así, en España "el que no es Quijote es Sancho" dice un adagio vulgar; lo que indica cierta tendencia á las ideas románticas y quiméricas; y en muchos pueblos de la América española se dice que la cabeza de Don Quijote está sepultada en tal ó cual localidad, como para significar que en ellas sobresalen los hombres ridículos y presuntuosos. En todos los países hispanoamericanos el vocablo quijote y sus derivados están siempre tomados en mala parte, y de ninguna manera sería aceptado como elogio el que de un espíritu esclarecido y civilizador se dijese que era "un ilustre ó noble Don Quijote." Quizá haya influido en esta acepción de quijote y sus derivados la terminación *ote, ota*, que indican el aumentativo de algunas voces; terminación grotesca y ridícula que despoja al vocablo primitivo de gracia y de ligereza. Cuando decimos Manuelote, mujerota, hombrote, gordota, negrote, cabezota, caballote, cuerpote, etc., etc., indicamos algo de exagerada forma; y aunque hay voces españolas que sin ser aumentativos, tienen desde su origen la terminación *ote, ota*, como padrote, monigote, zote, hotentote, tales voces carecen de gracia y de belleza.

No así en ciertas lenguas modernas, en las cuales el vocablo quijote y sus derivados, sin perder las acepciones que tienen en la lengua castellana,

representan igualmente otras de carácter más elevado, como son: el defensor de un partido político, de una causa: el que á todo trance defiende la virtud y las buenas costumbres: el poseedor de sentimientos y propósitos nobles, el que procura el benéfico desarrollo de la sociedad.

> Hechos de quijotesca galantería.
>
> PRESCOTT.
>
> Con un buen corazón, espíritu justo y alma ardiente
> Se ha hecho el defensor del género humano. ***
>
> BESCHERELLE.

Todo propósito noble, toda idea que se abre paso y triunfa, á pesar del tiempo y de los hombres, aparece en los primeros días como *quijotismo;* pero cuando el éxito corona la obra y todos los reveses se tornan en victorias, y surgen los grandes hombres, entonces el quijotismo es genio. Bolívar, por ejemplo, aparece en los primeros años de la magna lucha que trajo la emancipación de pueblos esclavos, como un Don Quijote, como un desatentado que hacía frente á lo imposible; pero en el día del triunfo es cuando sus antagonistas le admiran y la historia le confirma el título que había conquistado: el de LIBERTADOR.

Ciertos lexicógrafos de la moderna España conceden hoy al vocablo quijote y sus derivados, acepciones en consonancia con las ideas que acabamos de expresar. Así leemos en Serrano: "La monomanía de Don Quijote es la de todo reformador mal recibido por su siglo: él es el más sabio y virtuoso de los hombres, pasando por loco en medio de una sociedad viciosa y corrompida: un hombre de bien á quien indigna la injusticia, y entusiasmado con la naturaleza impresionable del poeta, sueña, se compadece del débil, es el amparo del oprimido, el terror del opresor y del malvado."

Y hablando de la segunda parte de la obra de Cervantes, el mismo escritor dice: "En ésta es donde

se deja ver más al descubierto el verdadero pensamiento del autor. No es una parodia de las novelas caballerescas, sino un libro de filosofía práctica, una colección de máximas presentadas, las más de las veces, en forma de parábolas: una dulce y juiciosa sátira de la humanidad." (1)

Ya veremos más adelante cómo juzgó Bolívar la obra de Cervantes, apellidándose, él mismo, uno de los Quijotes de la humanidad.

Un notable talento extranjero de nuestros días ha escrito con mucha propiedad: "En el Quijote, aunque escrito con intención satírica, predomina por completo el verdadero espíritu de la poesía. Con la universalidad que es timbre de los genios superiores, Cervantes supo unir cierto interés humano, universal, á la descripción de caracteres locales y pasajeros. No fue su intención ridiculizar á la antigua caballería errante española, que, como dice M. Ford, había muerto un siglo antes del nacimiento de Cervantes: su objeto fue más bien disipar los absurdos y afectados romances que eran entonces lectura á la moda, juzgados como pinturas verdaderas de la caballería. Otro objeto tuvo evidentemente en mira el autor del Quijote: el de mostrar que un carácter, cuanto más profundo, sincero y bondadoso, tanto más expuesto está en la vida práctica á ser víctima de la burla y del ridículo; pero al mismo tiempo nos enseña que un corazón sincero y un alma elevada, alcanzan un triunfo que ni los reveses ni los errores pueden empañar; porque el buen *caballero*, siempre desinteresado, siempre generoso, siempre levantado y benéfico, "aunque las dulces campanas de su inteligencia estén rotas, según la expresión de Shakespeare, mantiene hasta lo último su sólida posesión en nuestro afecto y en nuestra estima. Carlos Lamb ha dicho con mucha verdad, que los lectores que no ven en el Quijote sino

1 SERRANO. Diccionario universal de la lengua.

un cuento burlesco, no tienen de esta obra sino una apreciación vana."

En un discurso que acerca del Quijote y sobre las diferentes maneras de comentarlo, pronunció en la Real Academia española Don Juan Valera, ahora veinte y más años, este ilustre literato no está muy distante de coincidir en parte con las ideas que dejamos enunciadas. Aunque el orador no considera la novela del Quijote sino como una crítica de las obras de caballería, una parodia del espíritu caballeresco de aquella época, concede, sin embargo, á la obra de Cervantes, el triunfo de la poesía española, poesía naciente entonces, caballeresca también, pero que se opuso á la fantástica, libertina y afectada poesía caballeresca de otros países. Sus héroes, sin dejar de ser extraordinarios é ideales, tienen por raíz exacta la verdad. Hay en ellos algo de macizo, de verdaderamente humano, de real, que no hay en los héroes de las leyendas del resto de Europa. Don Quijote es una gran figura, y su locura tiene más de sublime que de ridículo; su monomanía no sólo es discreta, elevada y moralmente hermosa, sino que es elocuente, porque sintetiza un noble espíritu, el ideal del caballero, es decir, las ideas caballerosas, el honor, la lealtad, la fidelidad, la gloria, la patria. Don Quijote es Cervantes, y el alma de éste es el alma de Don Quijote, exclama el ilustre académico. (1)

Al traer estas diversas apreciaciones de los críticos del Quijote, es nuestro ánimo probar que en puridad de verdad, no es un reproche y sí elocuente elogio apellidar á ciertos tipos de la historia con el título de Quijotes, queriendo sintetizar con este nombre los esfuerzos, las conquistas que alcanzaron, los desengaños y desgracias que los llevaron á la tumba. El recuerdo de un grande hombre, San Ignacio de Loyola,

1 Véase el discurso de Valera, en las "Memorias de la Real Academia Española" Vol. 5º

dos veces noble Quijote, en la historia de su agitada vida, confirma nuestro parecer. Escuchemos lo que respecto de esta grandeza nos dice el insigne historiador Macauly.

"En su juventud, San Ignacio de Loyola llegó á ser el prototipo del héroe de Cervantes, y tuvo por único estudio la lectura de los libros de caballeria. Pasó su existencia cual sueño espléndido poblado de visiones que consistían en princesas redimidas y en infieles sometidos. De antemano había elegido á su Dulcinea, no condesa ó duquesa (son sus palabras) sino mujer de más encumbrado linaje, y se lisonjeaba con la esperanza de poner á sus pies, en cierto día, las llaves de algún castillo morisco ó el rico turbante de asiático monarca. Engolfado estaba en medio de estas visiones de gloria marcial y de amor afortunado, cuando una herida grave le postra en el lecho del dolor; y á poco ya sentida su naturaleza, queda inválido para siempre. Se le ha escapado la palma del vigor y de la gracia, de la destreza en los ejercicios caballerescos, y ve disiparse lentamente la esperanza que le animaba de derribar gigantescos sultanes ó de hallar protección en los ojos de la hermosura. Pero nueva visión cruza por su mente y se confunde con sus antiguas ilusiones, fenómeno que sólo pueden comprender los que conozcan la estrecha unión que entonces existía en España entre la religión y la caballeria. Quiere ser aún soldado y caballero andante, pero soldado y caballero de la esposa de Cristo. Aplastará el Dragón rojo, será el campeón de la mujer vestida de sol, disipará el encantamiento bajo el cual falsos profetas tienen encadenado el espíritu humano. Su carácter inquieto le lleva á los desiertos de Siria, al templo del Santo Sepulcro. Regresa y asombra á los conventos de España y á las escuelas de Francia con sus vigilias y penitencias. La misma imaginación

ferviente que había soñado con innúmeras batallas y con la belleza de fantásticas reinas, poblaba ahora de ángeles y santos la soledad de su vida. La virgen desciende á conversarle, y ve al Salvador faz á faz con los ojos de la carne; palpa la transubstanciación, durante la misa, y estando en oración en la escalera de Santo Domingo, se le aparecen la Trinidad y la Unidad, de tal manera, que llora de admiración y de alegría. Tal fue el célebre Ignacio de Loyola, aquel que en la grande reacción católica sostuvo la misma parte que Lutero en el gran movimiento protestante." (1)

He aquí uno de los más ilustres Quijotes del progreso universal. Déjase fascinar por una idea, quizá degenera en manía: obstáculos insuperables le detienen y nuevas ideas se apoderan de su espíritu, con las cuales lucha, y triunfa para descollar en una de las más brillantes etapas de la historia de la humanidad.

Carlos XII de Suecia fue llamado por sus coetáneos, á causa de su carácter temerario y aventurero, el *Quijote del Norte.* Bolívar se llamó él mismo, *uno de los Quijotes de la humanidad*, y Napoleón bautizó á Miranda con el título de *Quijote de la libertad.*

Tratemos de investigar las causas de estos títulos, al parecer ridículos, pero que sintetizan grandes virtudes.

¿Cuándo fue que Napoleón pudo sondear el alma ardiente y republicana de Miranda para colocarlo á la altura en que el historiador Macauly ha puesto á Ignacio de Loyola?

Napoleón y Miranda no llegaron á conocerse y tratarse sino después del 9 *thermidor*, cuando desaparecieron los días del terror, y la revolución francesa dejó la vía dolorosa para continuar con sus triunfos y conquistas; y aunque Napoleón tenía quince años menos que Miranda, podemos conside-

1 MACAULY.—Ensayo sobre la historia de los Papas.

rarlos como contemporáneos. Miranda vivía entonces en la calle del Monte Blanco, en el hotel Mirabeau, donde se holgaba á sus anchas y con todas las comodidades de un soberano. No amaba Miranda el lujo exterior, siempre chocante, que tiene su séquito de aduladores y también de envidiosos y malquerientes, sino el lujo interior donde el hombre es más libre y menos codiciado. En sus salas, lujosamente amuebladas, sobresalían muchos objetos de arte, regalos unos de potentados y hombres célebres de la época, y otros de cuanto Miranda había podido adquirir en sus variados viajes por Europa. Contemplado por lo más notable de la sociedad de París, no había sala, tertulia ó círculo donde la simpática figura del ilustre y célebre girondino no representara importante papel. Bonaparte, (lugarteniente de Barras) no gozaba entonces de nombre, y sólo se le conocía por la defensa de Tolón. En cierta noche, ambos militares tropezaron por la primera vez, en la calzada de *Antin*, en la casa de una célebre cortesana, Julia Segur, mujer del conocido trágico Talma, condiscípulo y amigo de Bonaparte. Al saber éste que Miranda era el célebre general americano de quien había oído hablar, se hizo presentar á él y comenzaron á departir amigablemente acerca de multitud de temas de interés que entusiasmaron á Miranda, pero sin pasar nunca los límites de la etiqueta. Prolongada la tertulia después de la comida, ambos concluyeron por ofrecerse sus relaciones al despedirse de los esposos Talma.

En aquellos días, Miranda estaba lleno de desencantos. "Le parecían unos traidores todos aquellos que por cálculo ó por temor, habían abandonado las banderas de Francia, causa ésta que le hizo afiliarse en el círculo de los patriotas más definidos; mas entre éstos, nuevas decepciones preocupaban su espíritu. Pero cuál fue la sorpresa del ilustre girondi-

no, cuando tropieza, después del 9 *thermidor*, con hombres tenidos hasta entonces por probos, que abandonaban sus opiniones por temor á una muerte trágica que los hubiera hecho dignos de las antiguas épocas! Juzgando al vencedor en Tolón partidario, como lo era él mismo, de medidas enérgicas, únicas que podían salvar la Convención, y habiéndole visto por segunda vez y escuchado sus frases de odio contra Inglaterra, Miranda le invita á una comida en su vivienda del hotel Mirabeau. "El día en que Bonaparte, refiere Miranda, vino á comer conmigo, noté que se había impresionado al ver el lujo de mis salas. Para esta comida había reunido algunos de los caracteres más enérgicos, entre los restos de la Montaña, los cuales nos expresamos como hombres de convicciones y de idénticos pareceres. Con sorpresa observé que Bonaparte receloso, pensativo, movía la cabeza y pronunciaba monosílabos contra las opiniones que todos habíamos emitido acerca de la necesidad de desplegar cierta energía suprema."

Era que para Napoleón estos heraldos de la libertad no eran sino idealistas soñadores que solicitaban resultados en armonía con la severidad de su doctrina: solicitaban libertad en el Gobierno, en el pueblo, mientras que él la acariciaba, no como deidad, sino como medio que debía poner en juego para alcanzar la corona de los Césares. En hombres del temple de Napoleón, el movimiento de cabeza y los monosílabos, como única contestación al raciocinio, revelan en la mayoría de los casos, grandes planes en gestación que necesitan para madurar, más de táctica, de disimulo y de previsión, que de los arranques de la pasión y de la elocuencia, virtudes de los espíritus esclarecidos que buscan la felicidad de los pueblos.

Poco después de concluida la comida, Bonaparte se despidió, y más tarde supo Miranda que de

él había dicho: *Miranda no es un republicano sino un demagogo.* (1)

Cuando Napoleón con el transcurso del tiempo llegó á definirse, no como protector de la libertad de un gran pueblo, sino como conquistador de la Europa, no pudiendo ya contar con Miranda como uno de los conductores de su carro triunfal, emitió los siguientes conceptos acerca del girondino: "Este criollo ardoroso é inquebrantable es un Don Quijote que corre tras la quimera de la libertad universal, y en cuya alma arde inextinguiblemente un fuego sagrado" Al copiar estas frases un distinguido escritor chileno, agrega: "Aquel proscrito formidable personificaba en sí la Revolución hispanoamericana." (2)

Y cuando veinte y cinco años después de la muerte del mártir de la Carraca, un célebre historiador francés, Michelet, se encarga de defender á Miranda de los falsos cargos que le habían hecho Jomine y sus continuadores, ignorantes de la rica documentación en honra de Miranda, la cual nunca conocieron, apellida á éste el *noble Don Quijote de la libertad.* (3)

He aquí este noble Quijote de la libertad, tan consecuente consigo mismo, tan recto en sus procedimientos. Cuando, después de la muerte de Robespierre, el Gobierno francés le ofrece el mando de un ejército, Miranda contesta con arrogancia: "He combatido de todo corazón por la causa de la *libertad*; pero me repugna ir á pelear para hacer conquistas." Y cuando el Gobierno de Inglaterra le ofrece el mando en jefe de los ejércitos destinados á España en 1808, contra los franceses, Mi-

1 Viars.—L'aide de Camp.—Souvenirs des Deux mondes—Obra atribuida al General Servier, que comenzó su carrera militar en Venezuela, al lado de Miranda, en 1812.

2 Amunategui.—Vida de Don Andrés Bello. 1882.

3 Michelet.—Historia de la Revolución Francesa.

randa contesta igualmente con arrogancia: "He servido en los ejércitos franceses, y aunque Napoleón haya sido injusto respecto de mí, jamás usaré mi espada contra mis antiguos hermanos de armas: tampoco olvido que he sido oficial en el ejército de España. Yo he resuelto consagrar el resto de mi vida á un solo objeto: la emancipación de mi país natal. Es allá, únicamente allá, donde combatiré á los españoles."

No menos elocuente fue Bolívar, este Quijote máximo de los tiempos modernos que alcanzó la cima histórica en las altas regiones del condor y de la tempestad, allá en el dorso del planeta, donde los volcanes andinos, coronados por el coloso Aconcagua, sirven de contrapeso, en la orilla opuesta del Grande Océano, á los colosos del Dawalagiri coronados por el Everest. Cuánta elocuencia y cuánta amargura llenan los últimos días de este grande hombre! Cuando llega á la quinta de San Pedro Alejandrino, con el alma transida de dolor, la hospitalidad española le ofrece tranquilo y dulce asilo. Al entrar en la modesta vivienda que iba á sustituir á los palacios de Bogotá y de la Magdalena, se dirige á la pequeña biblioteca que ve en la sala.

—¿Qué obras tiene U. aquí, señor Mier? pregunta el Libertador á su protector.

—Mi biblioteca es muy pobre, mi General, contesta Mier.

Bolívar echa una hojeada á los anaqueles y exclama:

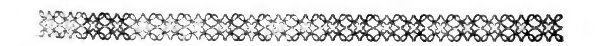
—¡Cómo! Aquí tiene U. la historia de la humanidad: aquí está Gil Blas, el hombre tal cual es: aquí tiene U. el Quijote, el hombre como debiera ser.

Y cuando, agobiado de pesar, bajo la sombra amiga del célebre tamarindo de San Pedro Alejandrino, aquella grandeza siente desmoronarse su

parte física, exclama con dolor: "*Jesucristo, Don Quijote y yo hemos sido los más insignes majaderos de este mundo.*" (1) Poniendo de lado la involuntaria impiedad que sobresale en esta sentencia, hija de un corazón lacerado, comprendemos lo que quiso significar el Libertador. Esta frase sintetiza la obra que perdura, no la personalidad que se destruye: es el espíritu universal en su lucha continuada de perfeccionamiento en sus ideales, en sus quimeras, en sus aspiraciones hacia la meta invisible que solicita, en armonía con las fuerzas misteriosas de la inteligencia. Jesucristo es la meta de luz por excelencia, la obra religiosa siempre en pie, en su constante batallar con los siglos. Bolívar es uno de los tipos del ideal político que, al coronar su obra, desciende al ocaso terrestre, arrastrado por el torbellino de las pasiones humanas. En este orden de cosas, está el ideal perfecto: Jesucristo; y el ideal humano, representado por Sócrates, Galileo, Colón, Miranda, Bolívar, etc. Los actores admirables desaparecen momentáneamente del drama de la humanidad, para surgir más tarde en el desarrollo de la obra. Esta es la historia del hombre, en todos los climas y en todos los tiempos. Entre estas sublimes figuras está Cervantes, el talento creador que ha sabido sintetizar en inmortales páginas la historia del hombre, no como es, sino como debiera ser, según la elocuente frase de Bolívar.

Para nosotros, estos apóstoles, en todos los estados de la vida humana: en el hogar, en la lucha social, política y religiosa, son los nobles Quijotes de la humanidad.

(1) SAMPER. El Libertador Bolívar. 1 cuaderno en 12º 1878.



BOLIVAR Y LA SANTISIMA TRINIDAD

—

CRONICA POPULAR

—

Las avenidas Norte y Sur constituyen la calle de Caracas que se extiende desde el pie del Ávila hasta las orillas del Guaire. En los días de Colombia, y hasta ahora pocos años, esta calle llevó el nombre glorioso de Carabobo, y en la época del obispo Diez Madroñero, de 1759 á 1769, el de "calle de la Santísima Trinidad;" sin duda para conmemorar el hermoso templo del mismo nombre, comenzado desde 1742 y concluido en 1783, época del nacimiento de Bolívar. Destruido por el terremoto de 1812, el cual no dejó sino los muros principales, á poco andar, levantóse, á la izquierda de las ruinas, modesta capilla donde continuó hasta ahora veinte y cinco años el culto al misterio de la Trinidad, y de donde salía la procesión del Domingo de Ramos en pasadas épocas; pero reconstruido el primitivo edificio por la caridad pública, tornó el culto religioso al antiguo templo, hasta 1874, época en que el Gobierno de Venezuela ordenó terminar la fábrica, levantar la torre que faltaba y destinar el nuevo templo á Panteón Nacional. Este es

el edificio de hermosa portada y torres góticas que descuella en el remate de la actual avenida Norte.

Para llegar al Panteón es necesario pasar por el puente de la Trinidad, sobre el río del Catuche. A la izquierda del puente veíase, hasta ahora pocos años, la derruida garita del cuartel de artillería que en este sitio tuvieron los españoles, el cual fue igualmente destruido por el terremoto de 1812; y á la derecha del puente descuella hermoso árbol de dilatada copa, como el patriarca del barranco que está á sus pies, cubierto de salvaje vegetación. Llaman á este árbol, de gloriosos recuerdos, el "Samán de la Trinidad," y también el "árbol del Buen Pastor," en memoria del virtuoso sacerdote Dr. José Cecilio de Ávila que lo salvó del hacha, en remota época. Tras del Samán figura la pequeña capilla de la Santísima Trinidad, de reciente construcción.

Todo es elocuente en esta pequeña área de tierra, en la cual, ruinas, templos, puente, barranco y árbol secular, nos refieren la historia de un siglo, en los anales de Caracas.

El culto al misterio de la Santísima Trinidad data en esta capital desde los primeros años del último siglo, cuando el proveedor Don Pedro Ponte Andrade Jaspe y Montenegro, natural de Galicia y Regidor de Caracas, como nos dice el historiador Oviedo y Baños, labró y dotó la capilla de la Trinidad en la Catedral de Caracas, lugar donde reposan los descendientes del suntuoso Regidor. (1) Y como una hija de éste casase con el Teniente-General Don Juan de Bolívar Villegas, abuelo del Libertador, la familia Bolívar fue la única heredera que continuó el culto al sagrado misterio de la Trinidad en nuestra Metropolitana.

El arquitecto que construyó el antiguo templo

1 Oviedo y Baños, historia de la Conquista de Venezuela.

de la Trinidad, hoy Panteón Nacional, llamóse Juan Domingo del Sacramento de la Santísima Trinidad Infante. El templo comenzó á edificarse de 1742 á 1743, durante el obispado de Monseñor Abadiano, y concluyó en 1783, año del nacimiento del Libertador Bolívar. Este recibió en la pila bautismal el nombre de Simón José Antonio de la Santísima Trinidad. Días después llevaron al parvulito á visitar la capilla de la familia y más tarde el templo de la Santísima Trinidad. Los restos del Libertador entraron á Caracas en la tarde del 16 de diciembre de 1842, y pasaron la noche en la capilla de la Trinidad, á la izquierda de las ruinas del antiguo templo. Llegaban á aquel lugar á los cien años de haber comenzado la construcción del primitivo edificio. Cuarenta años más tarde, el Centenario de Bolívar, en 24 de julio de 1883, es celebrado en el templo de la Trinidad convertido en Panteón, á los cien años de haberse concluido aquella obra y de haber sido presentado ante el altar mayor el párvulo Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar.

De manera que Bolívar por el nombre que recibió en la pila de bautismo, por el culto de sus antepasados á la Santísima Trinidad, por el lugar donde reposa y demás coincidencias particulares, está íntimamente relacionado con el SUBLIME MISTERIO.

Departamos acerca de la construcción del célebre templo y de los pintorescos alrededores hermoseados por el corpulento Samán.

En la época en que se pensó levantar un templo á la Santisima Trinidad, 1740 á 1742, la ciudad de Caracas no llegaba por el Norte sino á los barrancos del Catuche. La última casa que entonces remataba la actual avenida Norte, estaba situada cerca del barranco y pertenecía á Don Fernando Rodríguez, primer Marqués del Toro. La plazuela actual de la Trinidad, era un erial, con una que otra

choza pajiza y algunos solares. No existía por lo tanto el caserío que se extiende desde la plaza mencionada hacia el Este y Oeste, ni tampoco existían el actual cuartel de San Carlos, que fue obra de los doce últimos años del pasado siglo, ni el puente de la Trinidad, que precedió al cuartel por los años de 1775 á 1776.

Figuraba por aquel entonces en Caracas, como alarife entendido, Juan Domingo del Sacramento de la Santísima Trinidad Infante, hombre bueno, de todos amado y de nadie temido. Y tan entendido era, que cuando el fuerte sacudimiento de tierra, en octubre de 1766, deterioró todos los templos de Caracas, en la comisión de maestros alarifes que nombró el Gobernador General Solano, para estudiar el modo de reparar daños que amenazaban ruina, figuraba nuestro buen Infante.

En los días á que nos referimos, 1740 á 1742, el espíritu religioso tomaba creces en Caracas. Habíase concluido la fábrica del templo de la Candelaria y estaba al terminarse la iglesia de la Pastora. Las cofradías de blancos, y aún las de pardos, entre las cuales figuraban libres, libertos y también esclavos, se ensanchaban en las pequeñas parroquias de la ciudad; lo que daba á las fiestas y procesiones religiosas, cierto aspecto de carnaval por la variedad de colores y de insignias. Animado Infante de estas ideas, las acariciaba cuando se le ocurrió que podría levantar una ermita á la Santísima Trinidad, contando, para comenzar la obra, con el valor de cuatro casitas, único patrimonio del modesto alarife, y con la caridad pública, siempre propicia á este género de construcciones. En 1740 se presenta el artesano al Prelado y le comunica el pensamiento, que aplaudido por el Obispo Abadiano, eleva al Rey la petición del pobre industrial. En 10 de agosto de 1741, el monarca pide informes al Gobernador Zuloaga, quien apoya el pensamiento

y lo recomienda. Estaba, por lo tanto, resuelta la primera parte del problema: la licencia de las autoridades civil y eclesiástica, con la venia del Rey. Con fecha 23 de julio de 1744, es concedida á Juan Domingo del Sacramento y de la Santísima Trinidad Infante, licencia en forma para levantar la ermita que deseaba.

Dáse comienzo á la obra en 15 de agosto de 1744, con el producto de las cuatro casas de Infante y su personal trabajo. En 15 de marzo de 1745 Infante dirige una representación al Ayuntamiento, en la cual expone la licencia del Monarca, é impetra del Cuerpo se le concedan, en beneficio de la fábrica, los solares vacíos, de los alrededores pertenecientes á los ejidos de la ciudad. En 23 del mismo mes, el Ayuntamiento cede los solares, al mismo tiempo que Don Fernando Rodríguez, primer Marqués del Toro, cedía al artesano ocho medios solares, que tenía en el mismo sitio de la fábrica. A poco pide Infante al Ayuntamiento le releve de los derechos de propios que pagaba á las rentas, por estos y otros medios solares que de varias personas había adquirido. (1) *Esta será la limosna del Ayuntamiento*, dice; y el Ayuntamiento siempre dispuesto á favorecer al artesano, concede libres de toda contribución, los solares adquiridos, según acta de 20 de diciembre de 1745. En 1747 Infante pide de nuevo al Ayuntamiento le conceda todas las tierras de la jurisdicción de la fábrica que estuvieren realengas, con el objeto de sufragar á las limosnas; y en 3 de julio del mismo año, el Ayuntamiento accede con tal que no perjudicasen á tercero.

Estaba resuelta la segunda parte del problema: contábase con la munificencia y buena voluntad del municipio, y con la asistencia y protección de los ciudadanos.

---

1 *Actas del Ayuntamiento de Caracas, en el Archivo del Concejo Municipal.*

Mas un factor misterioso había para esta fecha entrado en acción; factor necesario siempre que se trata de creencias populares, cualquiera que sea la religión. Este factor es el milagro que habla á la muchedumbre, la estimula, la hace partícipe de todo aquello que se relacione con el culto religioso. Al tratar de levantar un templo al misterio de la Santísima Trinidad, no debía faltar el número 3, y así sucedió; figurando en el incidente que vamos á referir, el tercer mes del año, la tercera semana del mes, tercer día de la semana, la hora de las tres de la tarde y la limosna de tres reales. Es el caso, que Infante refería á sus favorecedores, que desanimado y abatido se encontraba en cierta tarde del año de 1744, cuando recibió la limosna de tres reales de un desconocido que se le acercó y desapareció de súbito. Al pensar en lo misterioso de aquel incidente, el artesano comprendió que el número 3 figuraba, no sólo en la limosna, sino igualmente en la hora, día, semana y mes, como dejamos dicho. He aquí el milagro que acompañó, según refiere la tradición popular, la construcción del que fue templo de la Trinidad en Caracas, hoy Panteón Nacional.

Infante vivía cerca del barranco del Catuche, entre la actual capilla de la Trinidad, y el sitio que ocupa el famoso Samán, el cual, como hemos dicho, ostenta su follaje al Este del puente. Contrariado pasaba los días el constante alarife, que al pensar en el fin de la obra, le abrumaba la enorme distancia que tenía que recorrer. Temía que la muerte le sorprendiera sin terminarla, aunque día por día alcanzaba nuevos triunfos. Al bajar del trabajo en una tarde del año de 1753, Infante tropieza con un tal Hipólito Blanco, arriero que frecuentaba el camino entre Caracas y los Valles de Aragua, quien traía para su amigo Juan del Sacramento una estaca prendida del célebre Samán de Güere. El arriero contribuía á la fábrica del templo con un árbol, y

deseaba al presentar la estaca retoñada, que fuese sembrada en aquellos sitios, tan queridos para él. Infante siembra el renuevo en el mismo lugar que ocupa hoy el Samán, que cuenta ya ciento treinta y siete años de edad.

Y en tanto que el hijo prospera en el barranco del Catuche, el anciano padre sucumbe en las fértiles campiñas que el Aragua baña. Por esto, el cantor de la Zona Tórrida, al verle erguido en los primeros años del siglo actual, le dice:

Dí, ¿de tu gigante padre
que en otros campos se eleva,
testigos que el tiempo guarda
de mil historias funestas,
viste en el valle la copa
desafiando las tormentas?
¿Los caros nombres acaso
de los zagales conservas
que en siglos de paz dichosos
poblaron estas riberas,
y que la horrorosa muerte,
extendiendo el ala inmensa,
á las cabañas robara
que dejó su aliento yermas?
Contempló tu padre un día
las envidiables escenas:
viólas en luto tornadas,
tintas en sangre las vegas:
desde entonces solitario
en sitio apartado reina,
de la laguna distante
que baña el pie de Valencia.
Agradábale en las aguas
ver flotar su sombra bella,
mientras besaba su planta
al jugar por las praderas.
Del puro Catuche al margen,
propicios los cielos quieran
que, más felice, no escuches
tristes lamentos de guerra;
antes de alegres zagales
las canciones placenteras,
y cuando más sus suspiros
y sus celosas querellas.

Antes de que comenzara el obispado de Diez Madroñero, el cual favoreció la construcción del nuevo templo, ya Infante había conseguido del Ayuntamiento nuevos solares pertenecientes á los propios de la ciudad, según leemos en documentos oficiales. Todo lo vencían la buena fe del artesano y la buena voluntad de los caraqueños; y fácil se le presentaba la vía al alarife, cuando creyendo ya realizada la obra, se detiene ante la realidad; y era que el barranco del Catuche iba á impedirle el tránsito de los moradores de Caracas á la ermita, y que por lo tanto, ésta iba á quedar aislada por completo. Levanta entonces dos muros á orillas del barranco, comienzo del puente, y aguarda.

"Alcanzaré protección segura, que todo en este mundo es comenzar," se decía Infante. Y alcanzó protección, pues fue favorecido por el General Solano, Gobernador y Capitán General de Venezuela. Resuelve este distinguido mandatario, de grata memoria, edificar el puente de la Trinidad. En acta capitular de 27 de agosto de 1770, es aprobado el plano del ingeniero D. Manuel de Clemente y Francia, y la obra se pone en ejecución. Como las erogaciones debían hacerse lentamente, después de haber dejado el mando el General Solano, continuó el Capitán General Agüero, quien vino á concluir el puente en 1776.

La proteccion dispensada á la obra de Infante por estas primeras autoridades de la colonia venezolana, recompensaba todos los desvelos del arquitecto. Expedita estaba la vía para que todos los moradores de Caracas visitaran diariamente la fábrica. Al fin ésta llegó á remate y el templo fue bendecido el 15 de julio de 1783, después de haberse empleado cuarenta y tres años en construirlo.

Satisfecho Infante de haber alcanzado la gloriosa meta de sus deseos y desvelos, firmóse desde aquel día así: *Juan Domingo del Sacramento y de la San-*

tísima Trinidad de las Mercedes Infante, fundador de la Iglesia de la Santísima Trinidad, coronación de María Santísima y los nueve coros de ángeles, como leemos en papeles del antiguo Ayuntamiento. (1)

Ocho dias después de haber sido bendecido el templo de la Santísima Trinidad, el 24 de julio de 1783, vino al mundo un párvulo, hijo del coronel Don Juan Vicente Bolívar, el cual recibió en la pila de bautismo el siguiente nombre: SIMÓN JOSÉ ANTONIO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD. A poco, sus padres le presentan ante el altar, en la capilla de familia que existe todavía en la Metropolitana, y después ante el altar mayor del templo recién bendecido. (2)

Para esta fecha, el infatigable artesano llegó á lograr lo que todo el mundo juzgó un imposible, menos él, cuya fe inquebrantable no desmayó hasta el último trance de la vida. Desde 1781 Infante pensaba, y con razón, que aquel templo debía estar bajo los cuidados de una nueva orden, la de los Trinitarios, de la cual él debía ser el primer hermano. No se le ocultaban á Juan Domingo los inconvenientes con los cuales iba á luchar, mas contaba con la buena estrella que hasta entonces le había acompañado. En la fecha indicada, el artesano ocurre al Rey en solicitud de sus deseos y pide las dispensas necesarias para recibir el hábito de la orden;

1 Aludía en esto último á los estucos hechos de su mano que representaban la Trinidad coronando á María, y diversos grupos de ángeles, con los cuales exornó el altar mayor del templo.

2 Respecto de la construcción del templo de la Trinidad y puente del mismo nombre, así como de la historia del artesano Juan Domingo del Sacramento de la Santísima Trinidad Infante, se ha escrito en varias épocas. Olegario Meneses públicó en *El Liceo Venezolano* de 1842, un estudio acerca del puente de la Trinidad. Nicanor Bolet Peraza dijo algo sobre el templo de la Trinidad y de su fundador, en el *Museo Venezolano* de 1865; artículo reproducido en *Las Tradiciones populares* del Doctor Teófilo Rodríguez, con notas de éste. Ultimamente, el Doctor Diógenes A. Arrieta escribió tres artículos sobre los mismos temas con el título de "El Panteón Nacional," en LA OPINIÓN NACIONAL, de 1886.

pero ni el Ayuntamiento de Caracas, ni el Gobernador, ni el monarca accedieron por el pronto. En repetidas reales cédulas los reyes de España habían concedido licencia para la creación de cofradías, en las que figuraban libres, libertos, y aun esclavos; mas como se trataba de la creación de nueva orden religiosa, en la cual iba á chocarse con la tradición, con las preocupaciones y con necesidades políticas, el caso era más grave. A pesar de todo, el artesano hubo de insistir hasta vencer. Accede Carlos III á exigencia tan justa, y Juan del Sacramento de la Santísima Trinidad Infante viste, aunque por corto tiempo, el sayal de trinitario; después de su muerte fue enterrado al pie del altar mayor en el templo que había fabricado. *Labor omnia vincit.*

Refiere el historiador español Díaz, al hablar de los estragos del violento terremoto del 26 de marzo de 1812, que en este templo, y en el pilar de una capilla llamada de "Los Remedios," destinada al servicio eclesiástico de los militares, estaba pintado el escudo de las Reales Armas de España: que el templo cayó sobre sus mismos fundamentos: que ni una pequeña piedra salió fuera de su área, y que sólo un gran pedazo de uno de los pilares saltó con la violencia de la caída, rodó por la plaza, en dirección á la horca, tropezó con ella y la derribó. Sólo quedó en pie el pilar de las armas que se descubrían desde todas partes por sobre aquel montón de ruinas. (1)

Cómo el tiempo condena y disipa todas estas fanfarrias de los partidos políticos, cuando éstos se yergen con la victoria! Para los españoles triunfantes en 1812, la salvación del escudo real que sobresalía en las ruinas, indicaba la justicia de Dios en beneficio de la realeza; y la roca que echó por tierra el suplicio de la horca, como castigo al Gobierno patriota que, un año antes, había mandado á

1 *Díaz.* Recuerdos sobre la rebelión de Caracas.

ejecutar en el mismo sitio á unos pocos canarios revoltosos. Hoy el criterio es otro, y debemos aceptar que donde quedaban las armas españolas, era el sitio des inado para mausoleo de Bolívar; y donde figuró la horca, aquel en que debía levantarse noble y generosa la efigie de Miranda, ese mártir de la Carraca, víctima, no de la noble nación española, sino del protervo Gobierno de 1812 que contra todas las leyes de la justicia y de la moral, aprobó y permitió la infame conducta del General Monteverde en Venezuela.

....

En la mañana de un domingo de junio de 1827, la Metropolitana de Caracas celebraba con solemne pompa la fiesta de la Santísima Trinidad, fiesta que patrocinaba la familia del Libertador, quien presidía la ceremonia acompañado de distinguido cortejo. Pontificaba Monseñor Méndez. El templo estaba repleto de adornos y animado por un concurso que llenaba todas las naves. Cuando el orador subió á la cátedra sagrada, hubo cierto movimiento de curiosidad y de satisfacción en la concurrencia. Era que un anciano venerable, de elocuente palabra, y de un espíritu tan ilustrado como era bueno su corazón, aparecía ante el público. Venía figurando desde mucho antes de la Revolución de 1810, ora como profesor, ora como rector del seminario, ora como orador de aliento que suspendía siempre al auditorio. Aquel anciano era el Doctor Don Alej ındro Echezuría, cuyas virtudes no han olvidado todavía las generaciones que llegaron á conocerle.

Después de haber tratado del *misterio* del día, tema de la oración, el orador quiso dedicar algunas frases á la familia Bolívar, y dijo: "Esta fiesta solemne, á la cual asiste concurrencia tan selecta, ha sido costeada por el Libertador. Este culto al misterio de la Santísima Trinidad, es prenda de inestimable valor, rico legado que tan preclaro va-

rón heredó de sus antepasados. Así se trasmiten en el curso de los siglos las magnas virtudes del hogar, y pasan de padres á hijos para continuar en el espacio y en el tiempo. ¿Y qué extrañar, señores, que de Bolívar hable, cuando hablo del Santísimo Misterio de la Trinidad? El grande hombre está representado en ésta, pues Bolívar es el PADRE DE LA PATRIA, EL HIJO DE LA GLORIA Y EL ESPÍRITU DE LA LIBERTAD." El orador iba á continuar en el desarrollo de esta proposición, cuando suena la campanilla en la mesa del solio pontifical. Al oírla el orador enmudece, dirige sus miradas al Pontífice, después al Libertador: éste endereza las suyas á la cátedra sagrada y al Prelado, y la muchedumbre, sin saber lo que pasa, mira hacia todos lados con solícita curiosidad. El orador, que comprende ser aquello un reproche y una orden, desciende lentamente de la cátedra sagrada.

Por la noche de este día fue público en Caracas que el Prelado había amonestado con acritud al orador y le había suspendido de sus funciones durante dos meses, prohibiéndole la publicación del discurso.

Tres años más tarde, á orillas del mar antillano, el Libertador era lanzado ignominiosamente por sus compatriotas del suelo patrio. El hijo de la gloria confesaba públicamente que había arado en el mar, y pronosticaba que el último período de la América española sería el caos primitivo, en tanto que el espíritu de la libertad, apacible y luminoso, entraba en el seno de Dios.

¡Qué suceso tan elocuente!

Cuando Bolívar visita á Caracas en 1827, entra á su cuna natal como un potentado y á poco sale como un viandante. Todo el delirio y entusiasmo de la población caraqueña por el Libertador y creador de cinco repúblicas, se había disipado, apoderándose de los espíritus el más completo indiferentismo. Bo-

lívar deja á Caracas, acompañado solamente de sus edecanes. Al pasar por el puente de la Trinidad, Bolívar llama la atención del Coronel Ferguson, y le exclama:

—Recuerda usted, Coronel, los primeros días de mi entrada á Caracas?

—Jamás había presenciado entusiasmo semejante, contesta el edecán.

—Hoy salimos como derrotados, repuso Bolívar, y agrega: "Todo es efímero en este mundo."

El grupo siguió silencioso, y al encontrarse el Libertador frente á frente de las ruinas de la Trinidad, detiene el caballo y dice:

—"Estas ruinas me traen recuerdos de mi niñez. "El culto de mi familia al Misterio de la Trinidad, "data de mis abuelos. ¡Cuántos años pasarán todavía "antes que estos escombros vuelvan á su antiguo es- "plendor!" (1)

No pasó por la mente de Bolívar en aquel instante, que quince años más tarde, al siglo de haber comenzado la fábrica del templo, sus restos mortales pasarían la noche del 16 de diciembre en la capilla que había sustituído al derribado templo, para entrar triunfantes por las calles de Caracas, en la mañana del 17 de diciembre de 1842. No sospechó que el monumento que levantara el arte á su inmortal memoria, como homenaje de sus conciudadanos, figuraría en el centro de aquellas ruinas, donde sería festejado su primer centenario, en los mismos días en que se completaba una centuria de haber sido bendecido el templo de la Santísima Trinidad, convertido en Panteón Nacional.

El artesano y el Libertador, separados por un siglo, iban á encontrarse juntos á los cien años de

1 Estas frases de Bolívar al dejar á Caracas en 1827, las obtuvimos de uno de sus parientes cercanos, edecán del Libertador, quien nos las repitió en el mismo sitio de las ruinas, por los años de 1843 á 1844.

haberse concluido el templo. El monumento de Tenerani que guarda los restos de Bolívar, reposa sobre una plataforma, tres metros más elevada que la base del antiguo altar. Al pie de éste están los restos mortales del arquitecto del templo. Arriba, á la luz, está la gloria, magnificada por el arte y celebrada por los clarines de la fama: abajo, á la sombra, está la labor humilde, el industrial sufrido y contento confundido con su propia obra. Arriba está José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar: abajo está Juan Domingo del Sacramento de la Santísima Trinidad de las Mercedes Infante.

SUAZOLA

SILUETA DE LA GUERRA A MUERTE *

—

Á DON PEDRO MARTEL LARRUSCAIN

Redactor de *La América Ilustrada y Pintoresca*

Entre A y Z, estos extremos del alfabeto, como si dijéramos, entre el Coronel Aldama y el Comandante Zerberis, cabe la lista de aquella legión infernal de monstruos, actores y ejecutores de *la guerra á muerte*, que desde 1812 hasta 1824, talaron, incendiaron, destruyeron los pueblos venezolanos, en las costas, en los valles, en la dilatada pampa, en las alturas de los Andes, y llevaron su sed de sangre y exterminio hasta el seno de las familias y hasta las gradas del altar, donde fueron ejecutados los más horribles crímenes que guarda la memoria de los hombres.

¿Quiénes fueron estos espectros del Averno, ar-

* Bajo el nombre genérico de SILUETAS DE LA GUERRA Á MUERTE, comprendemos en esta obra, una serie de cuadros históricos referentes á los años aciagos, conocidos en nuestros anales con el nombre de GUERRA Á MUERTE: fue la época del TERROR de nuestra magna revolución, la cual alcanzó su meta lúgubre de 1812 á 1815. Narraremos en estos cuadros, los variados é interesantes episodios de aquellos días de triste recordación, cuando ofuscada la razón en ambos beligerantes vióse á los pueblos de Venezuela y de casi toda la América española, envueltos por el torbellino de las pasiones humanas, devorarse en charcas de sangre, de fuego y de exterminio que ellos mismos rellenaron con los despojos de sus venganzas.

pías en forma humana, engendros del chacal y de la hiena? Expósitos de la historia, sin familia y sin patria, ni hay nación que los reclame ni sociedad que los defienda; y sólo la tradición se ha encargado de trasmitir á la posteridad nombres que sintetizan todos y cada uno, aquella prolongada noche llena de crímenes, con sus piras, orgías y venganzas; con sus víctimas, bacanales, carnicería y algazara; con sus lágrimas, ayes lastimeros, hambre y sed y prolongadas agonías; y con sus cadáveres mutilados en las aldeas y valles desolados, á orillas de los ríos y hasta al pie de los altares, donde fue impotente la plegaria de los ministros de paz, al Dios de las misericordias.

Aldama, Antoñanzas, Boves, Ceballos, Calzada, Dato, Enrile, Fierro, Gabazo, García Luna, los López, (1) Martínez (Pascual), Millet, Mollinet, Monteverde, Morales, Moxó, Pardo, Puy, Quijada, Rosete, Suazola, Tíscar, Urbieta, Urristieta, Ñáñez, Zerberis, etc., etc. etc; he aquí los actores y ejecutores de este sangriento y prolongado drama de sangre.

Con cinco de ellos, con Ceballos, Antoñanzas, Monteverde, Suazola y Boves, comienza la carnicería desde 1812; con Morales, que se ve en la necesidad de aceptar honrosa capitulación en las aguas del dilatado Coquibacoa en 1823, concluye la guerra

---

1 Páez tuvo tres antagonistas de apellido López. Rafael López, Coronel al servicio de los españoles, hijo de Barinas, militar valiente y cruel que murió en la sorpresa del Rincón de los Toros: Francisco López, Coronel español que figuró como teniente de La Torre y de Morillo; fue militar valeroso, activo y cruel. Cogido prisionero, quiso Páez salvarle, pero fue víctima de los moradores de San Fernando que lo sacrificaron en premio de sus tropelías á los patriotas. Ultimamente, el Coronel venezolano Narciso López, de distinguida familia caraqueña, militar valeroso, de virtudes aquilatadas. De carácter independiente abrazó la causa española desde sus comienzos y salió con los restos de Morales en 1823. Después de haber figurado en primera escala en la isla de Cuba, patrocinó la emancipación de esta colonia en 1850 á 51. Cogido prisionero fue pasado por las armas en la Habana. Fue por lo tanto una de las víctimas de la idea republicana. Ya hablaremos de estos militares en la leyenda titulada, Los tres López.

en el occidente de Venezuela, mientras que un año más tarde, otro de ellos, Calzada, capitula también con honra en el Castillo de Puerto Cabello. Muchos de ellos se retiraron oportunamente, y muchos fueron víctimas de la guerra, pero los más desaparecieron como sombras. Miranda, el precursor de la sangrienta revolución venezolana, es la más ilustre víctima de la *guerra á muerte*. Logra Bolívar salvarse de las hornallas del incendio, para continuar, después de Carabobo, la serie de victorias que le conducen hasta las alturas de Cuzco y Potosí. El ejército español, entre los muros de Puerto Cabello, recibe en tanto al vencedor, á Páez á quien le estaba reservado obtener los honores del grado que había sabido conquistar en presencia del pabellón histórico de Castilla. Más allá, en el dorso de los Andes, deparaba la suerte al Heraldo de la causa americana recibir las llaves de las fortalezas y de las ciudades, las banderas de los ejércitos españoles y las que hacía tres siglos que habían clavado sobre las altas cumbres los tenientes de Pizarro y de Almagro.

No hay ya testigos que nos relaten los tristísimos episodios de la *guerra á muerte*. Desaparecieron los actores é igualmente las madres que supieron trasmitir á sus nietos la historia de aquella época luctuosa. Tras de las víctimas cayeron en la fosa los victimarios, acá y allá; y todos descansan en la paz de los sepulcros, cubiertos de abrojos, sobre los cuales se asoma cruz derruida ó la modesta flor de los campos, para la que guarda también la aurora luz y lágrimas, que no hay en el vasto campo de la naturaleza desheredados de la vida y del amor.

Cuanto pasó, está en la tradición de los pueblos, en las historias del hogar, en los boletines y gacetas de la magna guerra. Murieron todos los actores y testigos, y quedaron los templos

derruidos, los árboles, los viejos campanarios, la vereda escabrosa, el valle, los ríos, la pampa dilatada. Espléndido aparece el paisaje por todas partes, y sin embargo, cada roca, cada risco, cada hilo de agua nos relata hechos conmovedores. Todavía el Manzanares y el Neverí llevan sus aguas tranquilas al mar antillano, y en las praderas de las Araguas orientales reverdece la yerba, después de haber sido la tierra abonada con sangre humana. Los morros de San Juan, orillas del antiguo mar geológico, se yerguen todavía y parece que maldicen las atrocidades de Antoñanzas, de Boves y de Suazola. Aun ve la imaginación en los campos de Bobare aquellos mutilados de piernas y brazos, bañados en su propia sangre, y contempla la piedad á los desgraciados de Araure y de Guanare coronados por la palma del martirio. Todavía blanquean los osarios de Ocumare, de Güere, de Ospino......

¿Qué pluma podrá describir las orgías de Boves y de Morales, los degüellos de Santa Ana, aquellas saturnales de la muerte en que desaparecían á un tiempo el último de los danzantes y el último de los músicos? Tras la noche poblada de sombras se asomaba la aurora con luces indecisas, veladas, como si se avergonzara de presenciar tantos crímenes.

La muerte, es decir, la desaparición de los seres, no es lo que constituye lo horrible de este drama de sangre y de exterminio en la historia de Venezuela. Comprendemos la muerte por asfixia en las prisiones, á causa de la falta de aire vital en estrecho recinto; comprendemos la horca, el banquillo, el garrote vil, la guillotina y aun los castigos de los pueblos bárbaros, porque todos ellos están apoyados por legislaciones especiales, hábitos y costumbres de cada nación. Pero no comprendemos en la guerra, la tortura, la mutilación, los atroces sacrificios dictados por el odio, la envidia,

la venganza, en una palabra, el crimen con todos sus horrores y con todas sus voluptuosidades. Lo que pasma y detiene la pluma del historiador al narrar tan monstruosos hechos es la variante de la maldad llevada al refinamiento y acompañada de la burla, del escarnio, de la orgía. En esta historia las personalidades casi desaparecen para dar puésto á las agrupaciones infernales de *los azotadores*, de *los desorejadores*, de *los degolladores*, de *los descuartizadores*, de *los desolladores*, de *los herradores*, de *los incendiarios* y de *los caníbales*, que no perdonaron las gracias de la edad, ni las flores del pudor, ni la santidad de los templos, para llevar á término los más abominables crímenes de que es capaz el hombre monstruo.

Hijos del mal, anduvieron siempre armados de los instrumentos del crimen: el látigo, el puñal, la cuchilla, el garrote, la aguja, la soga y la marca P. ó R., hierro candente que dejaba surco fatal en el rostro de la víctima. En estas orgías de *la guerra á muerte*, no realzaba la lobreguez del cuadro, el amontonamiento de cadáveres mutilados, cosidos por las espaldas, que llenaban los campos, aldeas y hasta los altares de los templos: era el deleite de los asesinos, la voluptuosidad del crimen, la insaciable gula de sangre, y la algazara, la burla, la bacanal como corolarios infernales de las tempestades humanas. Así, la atmósfera del dolor, representado por la desesperación de las madres, la súplica de los padres, el llanto de los hijos: el pavor de las familias, por los ayes y gesticulaciones de los moribundos: las palpitaciones del feto, en fin, en su lucha por la vida al sentir la ausencia del calor materno, contrastaban con la atmósfera de gritos y amenazas, de imprecaciones, de carcajadas y de burlas sangrientas de aquellos monstruos del Averno.

Entre las diversas agrupaciones de caníbales, cuyos nombres dejamos consignados en estas pági-

nas, descuella en primera línea Suazola. He aquí el monstruo por excelencia que sintetiza todos los horrores de *la guerra á muerte*, y la ausencia completa de todo sentimiento generoso, de toda virtud. *Fue Suazola uno de esos delirios ó frenesís sanguinarios que solo una ó dos veces han degradado á la humanidad.* Así lo definió Bolivar, y así pasará á la posteridad la memoria de este aborto de la naturaleza. (1)

Antonio Suazola, de origen vascongado, fue uno de esos oficiales improvisados del General Monteverde, en su incursión desde Coro hasta Caracas en 1812. Cuando el segundo de éste, Eusebio Antoñanzas se separó de su Jefe para invadir los pueblos del Guárico, con él iba Suazola que, según parece, hacía poco que estaba en Venezuela. En la toma de Calabozo, Antoñanzas y Suazola, perfectamente unidos, tropezaron con Boves, y al frente de un cuerpo de bandoleros, cometen todo género de atrocidades en el pueblo de San Juan de los Morros. El triunfo de Monteverde lo anunciaban tres acontecimientos imprevistos: el terremoto del 26 de marzo, la desmoralización del Gobierno patriota y las pandillas de asesinos que á nombre de España y de su Rey, comenzaban á infundir espanto y á talar y destruir pueblos indefensos. La marcha de Monteverde tenía todos los caracteres de un paseo fúnebre.

Después del triste tratado de La Victoria, firmado en 26 de julio de 1812, partidas del ejército republicano se pasaron al ejército español presentándose á Monteverde, en su cuartel general de Valencia. A cuarenta de aquéllos acogió el invasor con bondad, accediendo al deseo que tenían de servir al Rey en Caracas; y para que su oferta tu-

1 Contestaciones del General en Jefe del Ejército Libertador de Venezuela al Gobernador de Curazao. Caracas, 1 folleto en 8º de 12 páginas.—1813.

viera cumplido efecto, Monteverde nombra al Comandante Suazola á fin de que acompañado de una escolta condujera á Caracas á los cuarenta patriotas, en calidad de soldados.

Propicia se le presentó á Suazola aquella ocasión para desplegar sus instintos de hiena y servir á su patria y á su Jefe. Es el caso que, armado de saña, Suazola se hace de una escolta en la cual no tenía sino obediencia ciega, y con ella sale para Caracas, llevando su buena presa No pasaron muchas horas sin que las tropas hicieran alto en un lugar cercano á Va'encia, donde fueron sacrificados sin compasión los cuarenta patriotas. A poco estaba de regreso en Valencia.

—¿Y cómo fue ese regreso tan rápido? pregunta Monteverde á Suazola, al verle de nuevo.

—Oh! mi General, contesta el monstruo, lleno de sonrisa. Encontré un medio excelente de acortar mi viaje,—dando á comprender á Monteverde, por reticencias oportunas, que había degollado á los soldados.

—Oh! muy bien, muy bien, responde Monteverde; pero yo ignoraba esto, que ha sido admirablemente dispuesto. (1)

Monteverde y Suazola acababan de definirse; pero no era el sacrificio de cuarenta hombres que se ofrecían espontáneamente al servicio militar, lo que iba á realzar á los ojos de Monteverde el mérito singular de su famoso teniente. Sucesos más trascendentales, el sacrificio de poblaciones indefensas, el incendio de los campos, la muerte de ancianos, de niños y de mujeres en camino de maternidad, escenas hasta entonces desconocidas en Venezuela, nos aguardan.

---

1 Ducoudray-Holstein.—Memoirs of Simón Bolívar etc. etc. 1 vl. en 8º Boston 1829. Historia de Bolívar etc. etc. traducción francesa continuada por Viollet 2 vols. en 8º París, 1831. La historia de este suceso la tenemos de testigos de los hechos de Monteverde en 1812.

Cuando Monteverde, en su furor de exterminio, envió á Cumaná al famoso Comandante Zerberis y tras éste á Antoñanzas, para sustituir al Coronel Ureña, distinguido oficial español, tan caballeroso y recto como humano, que obraba con la conciencia del hombre de criterio sano, hízose necesario, para que la hoguera de *la guerra á muerte* prendiera en la sección oriental de Venezuela, la presencia de un hombre como Suazola. Así sucedió, y cuando Antoñanzas lo juzgó oportuno, apareció en Cumaná Suazola al frente de 300 soldados, dispuesto á poner por obra todo género de crímenes. No había ya ejércitos que combatir, pero sí pueblos indefensos que sacrificar; no había victorias que alcanzar, pero sin embargo, las torres de los pueblos echarían á vuelo sus campanas, en tanto que en las gradas del altar sacerdotes impíos elevarían sus preces al Dios de los ejércitos por los triunfos del asesinato. Tal fue *la guerra á muerte* que creó Monteverde é ilustraron los seides de este mandatario.

Allá va Atila montado en el caballo de Nerón, en camino de la Aragua de Maturín. Trescientos caníbales le acompañan animados de promesas y sedientos de sangre y oro. Apenas deja las costas cumanesas, cuando las chozas, los graneros de pobres campesinos son presa del incendio, y la muerte comienza á lanzar á la fosa centenares de víctimas. Atila ha trazado un surco de fuego y de sangre!

La variante en el crimen, el *modus operandi*, era lo que caracterizaba y distinguía á Suazola de sus conmilitones. Siempre gozoso y satisfecho del deleite que le proporcionaba la presencia de sus víctimas, el delirio de la voluptuosidad recibía su complemento al ser testigo de cierta tortura que él prefería á otras, quizá porque ella le proporcionaba un placer más prolongado: era el desorejamiento de los pacíficos moradores de un pueblo: sentar en el

banquillo víctima tras víctima, hasta que desapareciera la última; mofarse de cada una, apostrofarla, para en seguida hacerle cortar las orejas, y con éstas en las manos hacerlas sufrir nuevos escarnios, mandarlas al fin hasta decapitar, tal procedimiento era para Suazola placer indecible. Con falsas promesas, con esperanzas de perdón, con insana perfidia, Suazola reúne á los pacíficos habitantes de los campos de Aragua de Maturín, y al verlos en sus manos, todos son sacrificados. (1)

Desde que las tropas dejaron á Cumaná, Suazola había ofrecido á cada soldado pagarle un peso fuerte por cada oreja de insurgente que le presentasen. Debe suponerse, en virtud de tal oferta, cuál sería el número de orejas cortadas, pues la codicia no tiene conciencia. Antoñanzas, Gobernador de Cumaná, recibía, después de la carnicería de Aragua, cajones llenos de aquéllas, que le sirvieron de cucardas, en tanto que ciertos catalanes de Cumaná las compraban para adornar con ellas los frentes de sus casas, regalarse con su vista, y acostumbrar sus esposas é hijas á la rabia de sus sentimientos, como con tanta verdad escribió entonces Muñoz Tébar. (2)

Refieren los historiadores de la revolución francesa que los soldados de la Vendea regresaban después de cada victoria, con sus fusiles llenos de sartas de orejas cortadas á los muertos. Suazola fue más allá, pues todos los desorejados presenciaron la operación para después ser decapitados. Leemos

---

1 Véase el manifiesto del Brigadier Mariño acerca de sus operaciones en la Restauración de las Provincias de Cumaná, Margarita y Barcelona.—1 folleto en 8º, 1813. Este manifiesto fue traducido al francés en la misma época.

2 Manifiesto que hace el Secretario de Estado, Coronel Muñoz Tébar, por orden de S. E. el Libertador de Venezuela. 1 folleto en 8º, Caracas, 1814.

En el proceso levantado acerca de estos atentados por la Audiencia de Caracas aparece, según lo describe el historiador español Urquinaona, que ninguno de los soldados recibió la recompensa ofrecida.

en la Biblia que Herodías pidió á su padre la cabeza del Bautista y que se recreaba punzándole con un alfiler la lengua. Esto se comprende como vil venganza de aquella mujer liviana, ejercida contra dicho mártir. Y en los tiempos modernos, la hija del famoso Rosas, pidió á su padre las orejas de uno de sus enemigos, las cuales figuraron en el tocador de Manuelita. El corazón humano es y será siempre ruin.

Cuando Suazola quedaba satisfecho del desorejamiento de sus víctimas, variaba de capricho y escogía á su arbitrio el modo de sacrificar á cuantos tenía presos en oscura mazmorra. A unos mandaba desollar en su presencia, y si no morían, los hacía llevar á una laguneta vecina de Aragua, donde les cortaban la cabeza antes de arrojarlos al agua; á otros les despalmaban las plantas de los pies y los hacían correr sobre terreno pedregoso. A éstos les cortaban los cachetes con la barba y los obligaban á que los tuvieran en las manos antes de sacrificarlos; á aquellos los unían por la espalda traspasando las carnes con puntas de hierro y cosiéndolas con un látigo, como dicen las crónicas de aquellos días. Llevaban á los más al cepo para tenerlos de pie ó de cabeza, pero después de haberlos mutilado. Para todos estaba listo el látigo, la befa, el golpe, y si alguno resistía le desollaban el pecho hasta el estómago y á vista de la víctima le clavaban el colgajo en una de las paredes de la prisión.

¿Cuál era la fosa común que debía recibir tantas víctimas? La laguna vecina, esta Estigia de aguas ensangrentadas, sobre las cuales flotaban millares de despojos humanos. El Tártaro de los griegos fue el lugar donde Júpiter precipitó á los titanes, escaladores del Olimpo. En el Tártaro venezolano reposan las víctimas mutiladas por Suazola.

Pero no pára todo en ésto: la sed de sangre exige las variantes del sacrificio. Si Suazola no

respetaba jóvenes, ancianos y niños; si para él las madres no tenían fueros, la mujer, en camino de maternidad, era igualmente temà de escarnio y víctima de su ira. Hable por nosotros Muñoz Tébar, el Ministro de Bolívar, al relatar los principales episodios de la guerra á muerte de 1813 á 1814. "Jamás se efectuó carnicería más espantosa que la de Aragua de Maturín. El feto en el vientre de la madre irritaba aun á los frenéticos: lo destrozaban con más impaciencia que el tigre devora su presa.... El feto encerrado en el seno maternal era tan delincuente al juicio de Suazola y sus compañeros, como las mujeres, los ancianos y los demás habitantes de Aragua.... Romper el vientre que lleva el germen de un nuevo sér, dar martirios inauditos á infantes, á vírgenes, sólo estaba reservado á estos hombres." (1)

Suponed después de tan horribles escenas, abierto el templo del Señor y á los victimarios que lo llenan. Adentro está el sacerdote que celebra el triunfo de los ejércitos españoles; pero afuera están la orfandad, los mutilados, las cenizas aún ardientes, y las madres escapadas de la muerte que elevan sus plegarias al Dios de las misericordias.

Tales fueron las causales de aquel decreto de *la guerra á muerte* firmado por Bolívar en Trujillo á 15 de junio de 1813.

A los pocos meses de haberse verificado estas carnicerías, Bolívar, vencedor, entraba á Caracas en agosto del mismo año. Uno de sus primeros deseos al volver á la capital fue poner sitio á Puerto Cabello, donde se había refugiado Monteverde, después de repetidas derrotas. Con Monteverde estaba el famoso Suazola, que mandaba el mirador de Solano. Tomada por los patriotas esta avanzada del Castillo, entre los presioneros fugitivos aparece Suazola que, conducido á presencia de Bolívar, tiene

1 Muñoz Tébar.—Manifiesto citado.

el cinismo de proponer á éste que le canjeara por el Coronel Jalón, que estaba preso en el Castillo.

Con rara extrañeza escucha Bolívar semejante proposición hecha por un hombre de tan bajas condiciones como Suazola; pero ante la desgracia de Jalón, la necesidad se hacía deber y Bolívar ordena á su Mayor General Urdaneta entablar la correspondencia con el jefe del Castillo, á fin de obtener la libertad del Coronel patriota. Con fecha de 3 de setiembre, Urdaneta remite al General Monteverde el siguiente oficio:

"A las cuatro de la tarde del día de ayer, ha sido hecho prisionero, por las tropas de la Unión el atroz Suazola, cuyo nombre puede apenas pronunciarse sin horror. Este hombre ó monstruo degolló innumerables personas de ambos sexos en el pacífico pueblo de Aragua, de la provincia de Cumaná: tuvo la brutal complacencia de cortar las orejas á varios prisioneros, y remitirlas como un presente al Jefe de la División de que dependía: atormentaba del modo más bárbaro á los desgraciados presos que gemían en las mazmorras de La Guaira; de modo que por todas razones debió ser pasado por las armas en el acto de su prisión, mucho más cuando sus hechos forman una parte de los motivos que hemos tenido para declarar la guerra á muerte; pero la humanidad que nos caracteriza mueve al General en Jefe á acceder á la proposición que acaba de hacerle el referido Suazola, y es, que sea canjeado por el C. Coronel Diego Jalón, á pesar de la diversidad de graduación, principios y circunstancias que distinguen incomparablemente uno de otro.

"También propone y acepta el General, canje de cuatro españoles más por otros tantos prisioneros; pues nunca el Jefe de la República retendrá en prisión á los americanos, como supone Suazola, cuando aquellos, sean cuales fuesen sus extravíos, son recibidos por nosotros con las demostraciones de amistad y unión que hemos proclamado.

"Se espera la contestación definitiva en el término de tres horas, pasadas las cuales no tendrá lugar el canje propuesto por los prisioneros y admitido por la bondad del Jefe de las armas de la Unión, como advertirá US. por los oficios que incluyo.

"Todo lo que tengo el honor de decir á US. de orden del mismo General en Jefe.

"Cuartel General de Puerto Cabello, 3 de setiembre de 1813, tercero de la Independencia y primero de la guerra á muerte.—*Rafael de Urdaneta*, Mayor General.

"*Señor D. Domingo Monteverde, Comandante de las fuerzas españolas de este Puerto.*"

No se hizo aguardar la contestación de Monteverde, que dice:

"El señor Capitán General, cuya humanidad ha sido bien conocida en Venezuela, se halla horrorizado de las crueldades cometidas contra los europeos por D. Simón Bolívar: por tanto se ve en la dura necesidad de valerse de la recíproca, y ha resuelto que por cada uno que en lo sucesivo sea sacrificado ahí, lo hará con dos de los que se hallan en estas prisiones; y por ningún caso accede á dar á Jalón por Suazola y sí cambiar persona por persona de igual carácter. Todo lo que de su orden hago presente á U. en contestación de su oficio de este día. Dios guarde á U. muchos años.—Puerto Cabello: 3 de setiembre de 1813.—*Juan Nepomuceno Quero*, Mayor General.

"*Señor D. Rafael de Urdaneta.*"

A un oficio tan amenazante, Bolívar contestó por medio de su Mayor General, la siguiente nota:

"Horrorizado el C. General del Ejército Libertador de Venezuela de las perfidias, traiciones, crueldades, robos y toda especie de crímenes cometidos por Domingo Monteverde, ex-Gobernador de Caracas, ha decretado la guerra á muerte para tomar en parte la re-

presalia á que el derecho de la guerra lo autoriza, cuando el de gentes ha sido violado tan escandalosamente. Si el intruso ex-Gobernador Monteverde está pronto á sacrificar dos americanos por cada español ó canario, el Libertador de Venezuela está pronto á sacrificar seis mil españoles y canarios que tiene en su poder por la primera víctima americana. En cuanto á la desproporción que existe entre el ilustre y benemérito Jalón y el infame asesino Suazola, á nadie es desconocida; y sin duda el mártir de la libertad C. Diego Jalón preferirá primero perecer en las aras del despotismo de Monteverde, á ser canjeado tan vilipendiosamente por un monstruo. Dios guarde á U. muchos años. Cuartel General de Puerto Cabello, 3 de setiembre de 1813, tercero de la independencia y primero de la guerra á muerte.—*Rafael de Urdaneta*, Mayor General.

"*Señor Mayor General de las tropas españolas en la Plaza de Puerto Cabello.*"

Inmediatamente Bolívar dispone que Suazola sea ahorcado, ejecución que tiene efecto á extramuros del poblado y frente al ejército de Monteverde, quien contestó fusilando á cuatro prisioneros patriotas poco conocidos. Llamábanse estos Pellín, Osorio, Pulido y Pointet."

Así desapareció este monstruo, azote de la humanidad. En cuanto á Monteverde, meses más tarde (en diciembre de 1813) concluyó tristemente su papel, pues fue depuesto por sus compañeros y lanzado del Castillo. Un historiador español de sano criterio, al hablar del propósito que llegó á abrigar el Consejo de Estado de España, en 1814, cuando fijó en tales carnicerías el trastorno y obstinación de la provincia venezolana, y pidió en vano al Rey el castigo de los caníbales que la azotaron, agrega: "aunque el Gobierno jamás llegó á ejecutarlo, la Divina Providencia no ha permitido por más tiempo la existencia de estos monstruos que se alimentaron

con sangre humana. Suazola murió ahorcado estramuros de Puerto Cabello, á la vista de Monteverde y de sus parciales, que muy bien pudieron salvarle, aceptando el canje de prisioneros que fue propuesto por los emisarios de Bolívar, en agosto de 1812." (1)

Y los excelentes españoles comisarios de Bolívar, aunque enemigos políticos, el Padre García Ortigosa y Doctor Francisco González Linares, en su manifiesto publicado respecto del encargo noble que se les había confiado, dijeron con referencia á Suazola lo siguiente: "El oficial Suazola fugitivo por las montañas, después de haber abandonado la fortaleza de Solano, fue aprehendido con otros por las partidas que destacaron (los insurgentes) con este objeto. Este miserable, *que después de lo que publicó la fama de su atroz conducta, no debía esperar en su desgracia que Bolívar consintiese en su canje*, halló sin embargo en él todas las facilidades para conseguirlo. Vió empero con asombro en los últimos períodos de su vida *la fría y criminal indiferencia* con que le miraban subir al patíbulo los mismos que tan vilmente le comprometieron, negándose contra todos los principios de humanidad al canje propuesto; y llevó al sepulcro el harto tardío desengaño de que *en la vida social la conducta del hombre es quien decide de su destino.*" (2)

1 Urquinaona.—Obra citada.

2 Nueva misión y manifiesto de la conducta del General Monteverde y sus secuaces, en el sitio de Puerto Cabello.—1 cuaderno en 8º 1813, publicado por el Padre García de Ortigosa y Dr. Francisco González de Linares.



ABORDAJE INESPERADO

—

Era la época en que tomada por los ingleses la isla española de la Trinidad, sirvió ésta de foco á la revolución política que se tramaba en Caracas y La Guaira. Durante los últimos días del mes de mayo y primeros de junio de 1796, cuando los revolucionarios fraguaban la manera de poner en libertad á los reos de Estado que, traídos de España hacía tiempo, cumplían su condena en las fortalezas de La Guaira, dos fragatas inglesas cruzaban las aguas é impedían la comunicación entre dicha rada y Puerto Cabello; pero este bloqueo, que duró pocos días, contribuyó indirectamente á la fuga de los reos. Dos de éstos debían ser trasladados á Puerto Cabello, y por temor á las fragatas bloqueadoras, no había podido salir de aquel lugar la lancha que debía conducirlos. Cuando desaparecieron los temores, siguió para su destino el preso Lax, lo que obligó á los revolucionarios á poner en libertad, en la noche del mismo día, á los compañeros Cortés, Campomanes, Picornell y Andrés. Así comienza la revolución que días más tarde debía ser descubierta.

Una de las fragatas inglesas que bloqueaban La Guaira, la *Hermione*, mandada por el capitán Hugo Pigot, hubo de ser poco tiempo después del

bloqueo, el teatro de una gran carnicería. Por causas que no hemos podido averiguar, las dos fragatas inglesas, después de abandonar las aguas de La Guaira, se separaron, obedeciendo cada una á órdenes superiores. En cierto día del mes de julio, estando la *Hermione* en alta mar, un motín revienta á bordo, y son asesinados todos los oficiales, excepto el cirujano, el contra-maestre y algunos marineros, llegando el número de las víctimas á cuarenta. Pero lo que da á esta revolución un carácter feroz, es que al capitán Pigot le cortó la cabeza, mientras dormía, el segundo de la fragata, que hacía cuatro años le acompañaba, y que fue el autor principal de aquella infernal rebelión. Perdidos los rebeldes, sin triunfo posible, sin horizonte adonde dirigir sus miradas, acosados por el temor de ser apresados por cualquiera embarcación inglesa, y setenciados por su propia conciencia; después de vagar por muchos días sin rumbo fijo, conciben el proyecto de entregarse á las autoridades españolas de Venezuela. El 22 de agosto preséntase la *Hermione* con doscientos tripulantes en las aguas de La Guaira, y al entregarse lo hacen manifestando que, cansados de la tiranía inglesa, querían servir bajo la bandera española y que hacían entrega de la fragata y de sus personas. (1)

Por de contado que los traidores, después de ser bien recompensados, fletaron un buque en el cual zarparon para los Estados Unidos de Norte Amé-

1 En un libro manuscrito de los antiguos franciscanos de Caracas, cuyo título es ARCA DE LETRAS Y TEATRO UNIVERSAL, por *Fray Juan Antonio Navarrete*, en el folio 274 vuelto, número 14 leemos: "Por el mes de octubre da 1797, se presentó en el puerto de La Guaira una fragata de guerra inglesa, acogiéndose á las banderas españolas y sacudiendo el yugo de la misma nación inglesa, por su mal trato, y pidiendo estar bajo el servicio de España, sobre unos doscientos hombres."

Este hecho está igualmente consignado en actas del Ayuntamiento de Caracas de esta misma época, en las cuales se ordena conducir ganado á La Guaira para la tripulación de la fragata inglesa.

rica, tocando en Curazao. Al tener los ingleses noticia del suceso, el almirante Parker condenó á muerte á los desertores y ofreció un premio al que apresara la *Hermione*.

Por el pronto, el Gobernador Mariscal Carbonell no pudo darse razón de lo que aquello significaba; pero como hombre sagaz, hubo de ver en los tripulantes de la fragata individuos protervos y desertores de mala ley. Si la causa española poco ganaba con semejantes hombres, las autoridades de Venezuela tenían por lo menos la satisfacción de echarle en cara á Mr. Picton, el Gobernador de la Trinidad, y á los agitadores políticos de esta colonía, deserción tan vergonzosa y al mismo tiempo tan criminal. En aguas de La Guaira permaneció la *Hermione* por algunos días, y luego siguió á Puerto Cabello, donde el buque fue desmantelado y puesto bajo la custodia de la fortaleza. Bien comprendió el Gobernador de Caracas que, tarde ó temprano, cuando se firmase la paz entre España y la Gran Bretaña, aquel buque sería reclamado.

....

No teniendo el Capitán general de Venezuela, dice Van de Walle, hombres para custodiar la *Hermione*, propuso al Gobernador de Curazao, Mr. Lauffer, pasar á esta fragata la tripulación de los buques de guerra *Media* y *Ceres* que se encontraban desmantelados en aguas de aquella isla. Convino en ello el Gobernador, con la condición de que la *Hermione* llevase bandera holandesa y fuera mandada por el capitán Kikkert, y puesta al servicio de España y de Holanda. Aceptada al principio esta proposición fue rechazada después con la llegada del Comandante Juan de Meza, quien trasbordó algunos de sus marineros á la *Hermione*. (1)

Al comenzar el año de 1798, el General Picton

1 H. A. Van de Walle. Reseña histórica de Curazao.—1 vol.—Curazao.—1881.

y los ingleses de la Trinidad se habían ya hecho odiosos y temibles á las autoridades españolas de Venezuela, sobre todo en las costas orientales. Predicábase la deserción, la desobediencia: lanzábanse á los puertos papeles incendiarios é invitábase públicamente á los venezolanos á sacudir el yugo español. Al mismo tiempo, buques de guerra ingleses, al mando del capitán Dickinson, molestaban los puertos de Río Caribe y Carúpano y las costas de la Margarita, teniendo en constante alarma estos lugares. Ante un enemigo tan constante, las autoridades españolas de Cumaná creyeron que debían emplear las mismas armas de seducción y deserción, y con fecha 28 de enero de 1798, publícase en todas las costas venezolanas el siguiente edicto, que podemos considerar como uno de los documentos más característicos de aquella época:

"Don José Antolino del Campo, escribano de los del número del Gobierno y Cabildo en esta isla de Margarita, y en ella escribano de Real Hacienda.

"Aviso al público: que habiendo dirigido el señor Gobernador de Cumaná una representación á la Capitanía general de este departamento, acompañando copia de la Junta de guerra que tuvo á bien celebrar, con noticia que hubo de que la expedición que se preparaba en la isla de Martinica era con destino de ir contra su provincia; y de otras celebradas en Caracas con el fin de disminuir en lo posible las fuerzas enemigas y aumentar el descontento que se advertía en las tropas al servicio de Inglaterra, de alemanes, emigrados franceses, y aun los mismos ingleses, que son estos:

"A todo soldado que se deserte trayendo sus armas, se le darán 25 pesos fuertes: por cada fusil más que conduzca, 8 pesos; y á proporción por cualquier arma supernumeraria. Al que deserte sin armas, 16 pesos fuertes. A los marineros que contribuyan á la deserción conduciendo los desertores,

sean españoles, alemanes, ingleses ó de cualquiera otra nación, se les gratificará á proporción del número de desertores que trajeren, y á los dichos desertores se le dará todo auxilio y protección, y se admitirán al servicio de España los que sean á propósito.

"Cien pesos á la persona ó personas que justificaren haber aprehendido por fuerza, y presentado ante el Gobernador de Cumaná á cualquier cabo de escuadra. Trescientos por un sargento. Dos mil por un subteniente ó teniente. Cinco mil por un Teniente Coronel ó Coronel. Ocho mil por un Brigadier ó Mariscal de campo. 12.000 *por un General en Jefe y* 20.000 *por el Gobernador de Trinidad don Tomás Picton.* Con advertencia de que estas cantidades se multiplicarán, según el número de las clases de los sujetos que fueren aprehendidos y presentados al Gobernador de Cumaná, y con la que se darán puntualmente estos premios al aprehensor ó aprehensores, sean naturales ó extranjeros; y se advierte que si fueren indios, además de los premios referidos, tendrán, si se les ofrece en el real nombre de S. M., excepción perpetua de tributo personal para ellos y sus descendientes legítimos, y trescientos pesos de gratificación; y si los aprehensores fueren esclavos, se les dará su libertad, y la misma libertad se concede á los esclavos de los ingleses que se presentaren al dominio español. Que todos los españoles que se hallen al servicio de las tropas de mar y tierra de la Inglaterra, que se pasen y restituyan á nosotros, serán indultados del delito de deserción.

"Ciudad de Margarita y enero 28 de 1799." (1)

....

Así pasaban los meses, y el asunto de la *Hermione* llegó á cumplir un año, sin que por parte de

---

1 ANTEPARA: Documents, historical and explanatory. Schewing the Desings which have been in progress and the exertions made by general Miranda for the South American Emancipation, during the last twenty-five years. 1 vol. London.—1810.

las autoridades inglesas se trasparentase ninguna resolución respecto del suceso, y á pesar de que el Almirante de la estación naval de las Antillas lo había comunicado á los capitanes que estaban estacionados en diversos lugares, y aun había ofrecido recompensa al que apresase la fragata *Hermione.*

Para fines de 1799, el General Vasconcellos, que había sucedido al Mariscal Carbonell en la Gobernación de Caracas, viendo que habían pasado ya dos años de la entrega de los ingleses, creyó que el hecho había ya quedado sin correctivo en las páginas de la historia, y que podía disponerse de la *Hermione* como de una embarcación española. Dió, por tanto, las órdenes para que aquélla fuese armada con cuarenta y cuatro cañones y tripulada con cuatrocientos hombres, entre marineros, soldados, artilleros y oficiales, con el objeto de lanzarla al mar con bandera española.

Esto se sabía ya en Puerto Cabello, en cuyas aguas estaba anclada la *Hermione*, bajo los fuegos del Castillo, cuando uno de los caracteres más resueltos de la marina inglesa en aquellos días, el Capitán E. Hamilton, de la fragata *Surprize*, concibe el pensamiento de arrebatar á los españoles aquella presa que sin gloria ni esfuerzos habían adquirido. El hábil marino, después de haber estudiado á distancia las costas de Puerto Cabello, durante los días 22 y 23 de octubre de 1799, que estaba defendida por doscientos cañones; y después de haberse cerciorado de que la *Hermione* estaba custodiada por guardias españolas, resuelve apresar la fragata. Hamilton comunica la idea á sus oficiales y marinos y lo que pensaba hacer á la cabeza de cien hombres. La tripulación contesta con hurras entusiastas, y Hamilton les agrega: "mañana es el día de nuestra gloria: de la prontitud de la ejecución de mis órdenes, dependerá el éxito de esta

empresa: nuestro único norte debe ser recuperar la *Hermione*, arrancarla del poder de nuestros enemigos, y salvar así la honra de la marina inglesa. Os advierto que seremos atacados por todas partes y que aquélla será defendida, no sólo por las tropas, sino por 200 cañones que guarnecen la fortaleza de Puerto Cabello. Obremos compactos, serenos y sin desmayar, que cuando se trata de nuestra patria la victoria nos alienta y el deber coronará el éxito." Un prolongado hurra contesta estas frases de Hamilton; y al amanecer del día 24 las órdenes del Capitán comienzan á ponerse por obra. Cerca del medio día era cuando se desprenden de la *Surprize* tres grandes lanchas que contenían cien tripulantes armados, bajo las órdenes del Capitán Hamilton. Llevaban todo lo necesario para el abordaje que iba á verificarse, no en alta mar, sino al pie de un castillo guarnecido, y en presencia de una población resuelta á defender su bandera.

Cuando desde tierra, los españoles, en constante observación, ven que las tres lanchas repletas de hombres bogaban con gran rapidez hacia el Castillo, tocan alarma, y con celeridad extraordinaria se aprestan soldados y zapadores y oficiales en gran número y suben á bordo de la *Hermione*, mientras que una lancha armada de un cañón de 44, con 20 hombres de tripulación, sale para ayudar á los defensores españoles de la fragata. Las primeras balas lanzadas por los cañones del Castillo rompen las olas, á distancia, y á proporción que avanzan los invasores, truena la artillería: los curiosos del puerto buscan con la vista por todas partes cuál es la armada invasora y sólo divisan á la *Surprize*, impasible en el horizonte lejano, mientras que las lanchas enemigas bogaban tocando apenas las olas y se aproximaban como monstruos marinos, con dirección al puerto. Inmutables

los ingleses en medio de aquella lluvia de fuego que parecía arroparlos, llegan á las aguas del Castillo en los momentos en que toda la población, apiñada en los muelles, balcones y azoteas, entre el temor y la duda, presenciaba aquel duelo á muerte. El primer choque entre ingleses y españoles iba á efectuarse, cuando los veinte tripulantes de la lancha cañonera se tiran al agua y abandonan la embarcación al enemigo. Sin pérdida de tiempo Hamilton da principio por la proa al abordaje de la *Hermione*, y con ímpetu indecible llega á la cubierta. Entonces comienza la carnicería y escúchanse los gritos del combate, y los golpes de las armas, y los ayes de los moribundos; y se ve á los combatientes en todas direcciones sobre aquel campo de batalla que se disputan cuatrocientos héroes. Después de una hora logran los ingleses cortar las amarras de la fragata, y ya libre, comienza ésta á ser remolcada por dos de las lanchas inglesas. A la sazón la pelea se había hecho general, y en todas partes se chocaban hombres y cosas, y se herían, y se mataban, sin saberse cuál de los dos bandos sobresalía en arrojo ni á cuál sonreiría la victoria. Entre tanto era imposible al Castillo tirar sobre los españoles que defendían la *Hermione*, aunque al ser apresada y salir del puerto, le lanzaron muchos cañonazos.

Cuando los españoles de á bordo de la fragata sienten que ésta se mueve y se retira del puerto, redoblan los esfuerzos: pero todo inútilmente. Estaba ganada la batalla por los invasores y sólo en la popa se luchaba todavía con valor indecible. El último pelotón español se rinde al fin en vista de tantos muertos y heridos; y un hurra atronador llena los aires, y el pabellón de la Gran Bretaña es izado en la *Hermione* y ésta, libre de aquellos compatriotas sanguinarios, sigue orgullosa hacia el Norte donde aguardaba la *Surprize*. Por todas partes

de la *Hermione* se veían armas, fusiles, carabinas y los mortíferos instrumentos de aquel abordaje que duró dos horas. En vista de los heridos, prisioneros y muertos españoles que llenaban la *Hermione*, Hamilton promete al Capitán Chala, su prisionero, permitirle regresar á Puerto Cabello, tan pronto como pisase la *Surprize.*

Tan luego como el Jefe inglés llegó á bordo de su fragata, es recibido con un saludo prolongado por sus camaradas que, durante dos horas, habían presenciado la pelea. Hamilton estaba lleno de contusiones, heridas y había perdido un dedo. Entonces hace entrega al Capitán Chala de 228 prisioneros españoles, entre los cuales había 117, heridos gravemente. De los combatientes, 35 se habían arrojado al agua, incluyendo los tripulantes de la lancha cañonera; 3 quedaban prisioneros á bordo, y 7 habían seguido al puerto, en tanto que 119 muertos yacían tendidos sobre la *Hermione.* De los ingleses no se dice el número de muertos, pero por lo menos debió sucumbir la tercera parte. En este abordaje singular entraron 400 combatientes. (1)

Pocos hechos de armas, en la historia de la marina inglesa, pueden igualar á este combate de gladiadores, al pie de una fortaleza guarnecida de 200 cañones, y en presencia de un pueblo que, lleno de emociones, presenció durante dos horas todos los esfuerzos del valor humano, estimulado por el orgullo de dos naciones que llegaron á disputarse hasta el exterminio, como punto de honra, la posesión de un leño flotante.

1 Véase la carta de Hamilton al Almirante, fechada en Jamaica á 1º de noviembre de 1799 en SOUTHEY *Chronological History of the West Indies.* vol. III, pag. 160.



UNA REINA ENTRE DOS VALIDOS

—

En los postreros años del último siglo figuraron, en dos capitales de Europa, dos caraqueños, como validos de dos soberanas célebres: Miranda, que lo fue de Catalina II, Emperatriz de las Rusias, y Manuel Mallo, oficial de secretaría en Madrid, que durante mucho tiempo hizo gala de sus amores escandalosos con María Luisa, esposa de Carlos IV. En la historia de Miranda, son incidentes notables su viaje á Rusia, su presentación á la Czarina, las atenciones y confianzas que recibió de aquella Soberana. Hay hechos, sin embargo, que no podemos explicarnos, como el uso que hizo Miranda, aunque por cortos días, del título de Conde, con que le obsequiara la Emperatriz, error imperdonable en un espíritu que había ya comenzado su gloriosa carrera en defensa de la libertad de América; pero si esto aparece contradictorio con sus ideas de repúblico, sorprende de una manera muy satisfactoria el que Miranda, al abandonar el suelo moscovita, no hiciera uso de las libranzas que le había dado la Czarina para los numerosos agentes del Gobierno ruso, en las diversas capitales de Europa. En los papeles del noble girondino se encontraron estos giros, de los cuales nunca quiso aprovecharse.

Pero si en la historia de Miranda, los amores de éste con Catalina aparecen como un incidente, en la vida de Mallo, su empleo en el Gobierno español, sus entrevistas con María Luisa y amores escandalosos, el nombre é influencias que alcanza el valido, las intrigas de su poderoso rival Manuel Godoy, Príncipe de la Paz, los escándalos que éste provoca, y finalmente, el triunfo que consigue, son acontecimientos que constituyen la historia completa del desgraciado Mallo.

La familia de este nombre era muy conocida en Caracas, desde mediados del siglo último.

Manuel Mallo era no sólo un joven hermoso y elegante, sino un talento lleno de gracia. Esto último contribuyó á que el Ministro Godoy le empleara cerca de su persona, como uno de sus secretarios. Así comenzó la intimidad de Godoy con el joven americano en la coronada villa, á fines del último siglo. (1)

No sólo por su claro entendimiento, sino también por sus modales y cultura social, Mallo llegó á ser un personaje necesario por su influencia en la corte. Llegó á tener círculo de amigos y de aduladores, pues no desperdiciaba la ocasión de favorecer á cuantos ahijados quisieron alcanzar pitanzas, empleos ó favores. Entre la colonia venezolana que figuraba en aquella época en Madrid, Mallo era tenido como el alma de sus compatriotas.

Desde 1780 figuraba en Caracas, como administrador de rentas, Don Antonio Mallo, casado con Doña Benedicta Quintana. Poseía Don Antonio un carácter algo fuerte, con la monomanía de ser celoso, lo que hacía que de vez en cuando la paz domés-

1 Asegura el General Mosquera en sus *Memorias Históricas*, que la famila de Mallo era natural de Popayán, y quizá sea esto cierto, si el historidor se refiere á los fundadores de la familia. Pero Manuel Mallo, el valido de María Luisa, podemos asegurar que era caraqueño. *El caraqueño Mallo*, era como llamaban al valido en todos los círculos de Madrid.

tica fuese nublada por una de tantas sombras chinescas que llegan á ofuscar la razón de los esposos, cuando éstos son de constitución anémica y se enfurecen para en seguida humillarse, y se gritan y se amenazan, para después pedirse perdón, llorar como niños y asegurar el propósito de la enmienda. En cierto día del año de gracia de 1782, reyerta hubo entre los esposos, según se desprende de los documentos públicos que hemos leído. Abandonó Doña Benedicta la casa conyugal, llevándose á sus hijas, que asilo encontraron en amiga compañía, mientras que Don Antonio abandonaba á Caracas. Intervinieron el Provisor y la justicia en la reyerta doméstica, y conocidas del público fueron las cosas, cuando todo concluyó, remitiéndose el expediente á conocimiento del Monarca, quien después de haber escuchado el voto del Consejo ordenó lo siguiente, que firmó el Ministro Don José de Galbes: "Que se llame á Don Antonio Mallo para que conteste la demanda que le hace su esposa, reclamando divorcio: que viva ésta con sus hijas en el convento de las Monjas Concepciones; y aunque existe una real cédula que prohibe la entrada en el convento á mujeres casadas, caduca por esta vez la real orden: que se ponga á Mallo en el ejercicio de su empleo; que se abonen á Don Antonio los meses que haya pasado ausente y que de esta suma se saque lo necesario para la mantención de la familia."

Y después asimismo excita al Obispo para que arregle este negocio y pruebe á Don Antonio que no tiene motivo justo para abandonar á su esposa é hijas. Luego el mismo Ministro, con fecha 2 de octubre de 1784, dice al Obispo: "que úna á los esposos, por no haber habido justa causa para quebrantar la paz y buena armonía en que habían vivido."

Del contexto de estas sentencias se desprenden

las consideraciones que gozaba la familia Mallo de Caracas en el Gobierno de Carlos III.

En efecto, Don Antonio regresó á Caracas, recibió los sueldos atrasados, y tornó á empatar la cuerda del matrimonio, rota en momentos de disturbio. Así continuaron viviendo y educando á sus hijos estos consortes, ya domesticados, porque sentían en los lomos el peso de los años, que de mucho sirven en todos los percances domésticos, dimes y diretes de la vida conyugal; fútiles incidentes de todo hogar, que desaparecen sin dejar huella en la paz de la familia.

Y muy corregidos y aumentados, como cuarta ó quinta edición de una obra impresa, debieron quedar los esposos, cuando catorce años más tarde, tropezamos con cierta orden de Don Gaspar de Jovellanos, Ministro de Carlos IV, dirigida al Obispo de Caracas, escrita en el tenor siguiente: "En atención al mérito y servicios del Tesorero de Ejército Don Antonio Mallo, y en consideración también al lustre de su pobre y dilatada familia, ha venido el Rey en concederle la pensión vitalicia de seiscientos pesos fuertes anuales sobre las rentas de esa Mitra, con la calidad de que si falleciere antes que su mujer, Doña Benedicta Quintana, haya de pasar esta gracia á la referida.

"Igualmente se ha servido conceder sobre la misma Mitra la pensión vitalicia de doscientos cincuenta pesos fuertes anuales á cada una de sus cuatro hijas, Doña Rosa, Doña María Antonia, Doña Josefa y Doña Agustina Mallo y Quintana; y otra de cuatrocientos pesos anuales á su hijo menor Don José Mallo y Quintana, de cuyas gracias ha mandado expedir S. M., por separado, con esta propia fecha, las reales cédulas correspondientes dirigidas á los Ministros de Real Hacienda de esas cajas. De real orden lo participo á US. para su inteligencia y cumplimiento en la parte que le toca.

Dios guarde á US. muchos años. San Ildefonso, á 9 de agosto de 1798.—*Gaspar de Jovellanos*."

Poco tiempo más tarde, se concede por el Rey al señor Don Antonio Mallo, Teniente de Ejército, y á su familia, poderse trasladar á Méjico, con el objeto de servir la Superintendencia de la casa de moneda. En este oficio, firmado por José Antonio Caballero, con fecha de 8 de julio de 1799, en Madrid, se dice al Obispo que las pensiones de que gozaba esta famila se dejasen de pagar en Caracas. (1)

De manera que hasta fines del último siglo, y durante algunos años, la familia Mallo fue favorecida, como pocas, por los Gobiernos de Carlos III y Carlos IV. Ignoramos si en Méjico existe alguno de los descendientes de Don Antonio Mallo.

Había en la familia Mallo un joven de nombre Manuel, no sabemos si hermano ó sobrino de Don Antonio, bastante acomodado. Quiso pasar á Madrid en la época de Carlos IV, para gozar de los placeres que proporcionaba aquella villa. De tono había sido siempre en Caracas, á ciertas familias ricas, enviar á Madrid alguno de sus hijos con preferencia á cualquiera otra de las capitales europeas. Manuel se había instalado en la capital española, en los primeros días del reinado de Carlos IV; y ya porque perdiera su fortuna ó por alguna causa misteriosa, es lo cierto que fue favorecido, primero, con el empleo en palacio de guardia de corps, y más tarde con el de director de una mesa en uno de los Ministerios. Puede asegurarse, por lo que nos enseña la historia de España, que en el servicio del palacio, como guardia de corps, fue donde la esposa de Carlos IV se enamoró del esbelto joven caraqueño.

El valido de María Luisa, en aquellos días, era un joven de veinte y cinco años llamado Manuel Godoy Álvarez de Taría. Nunca la fortuna, soste-

1 Véanse las reales cédulas del archivo de la Obispalía.

nida por el cariño de una Soberana, había acariciado con más éxito á un hombre de talento y de trastienda. Entrar á palacio como guardia de corps, y ser favorecido por la reina, obra fue de pocos días para un espíritu como Godoy. De etapa en etapa llega éste al último grado de la milicia y tras esto á Grande de España, Duque de Alcudia, secretario del Despacho de Estado y últimamente Príncipe de la Paz. Ninguno de sus compatriotas llegó á ejercer tanta influencia sobre el carácter menguado de Carlos IV como este Ministro, que, en hora menguada, entregó su patria, su rey y su honra al extranjero invasor de España, en 1808. Afortunadamente, en la ley de las compensaciones hay siempre cierta nobleza que levanta el espíritu de los pueblos sorprendidos por la fuerza, y los hace sublimes ó inmortales en la defensa. Si mengua es para la memoria de Godoy su conducta infame en 1808, gloria y gloria inmarcesible será simpre para España haber quebrantado la cabeza del coloso de Europa y arrojádole mas allá del Pirineo.

Dice un antiguo refrán, que en la variedad está el gusto, y que amantes á su antojo sólo es permitido á las Soberanas del mundo. María Luisa, cansada quizá de Manuel Godoy, quiso entregarse en cierto día en cuerpo y alma al caraqueño Manuel Mallo. Era el primero un poderoso político: era el otro un arrogante varón, y tenían sólo de común el nombre. ¿Cuál de los dos Manueles vencerá en este torneo amoroso? Sin duda el más galante, el más seductor, el de esbelta gracia y bello porte. Godoy era de pequeña estatura, y aunque astuto y dominante en política, era poco flexible. La ductilidad es para las mujeres enamoradas una fuerza que ellas saben explotar. María Luisa, entre los dos validos, se decidió por el Manuel caraqueño.

No conocemos la época en que Mallo comenzó á ser el valido predilecto de la reina, pero sí sabe-

mos que vivía en casa contigua al palacio real, y que María Luisa le visitaba cuando quería, llegando á la vivienda del valido por medio de pasadizos ocultos que élla conocía, sobre todo á la hora de la comida, en que María venía á cerciorarse de si sus órdenes habían sido cumplidas, pues Mallo comía de la cocina real. En aquella época el palacio real de Madrid no era lo que hoy, un edificio aislado; sino que contiguo á casas vecinas, fácil fue abrir con él una comunicación secreta, aislada y segura. Esta facilitaba á Mallo entrar sin penetrar en palacio y á la reina llegar á la vivienda de Mallo, sin atravesar la calle.

La habitación del valido estaba lujosamente arreglada, y nada le faltaba. Podía reputársele como un Ministro sin cartera, que solía alcanzar lo que no podían hacer los Ministros del Consejo real. Mallo era constantemente solicitado por multitud de aspirantes á empleos y á gracias, y como el público conocía las influencias del valido, sucedía que era respetado de todo el mundo. Y sin duda alguna las gracias que concedió Carlos IV á la familia Mallo de Caracas, no pudieron tener otro origen que la valiosa influencia del afortunado valido. En los paseos públicos, en las tertulias, por todas partes, Mallo se hacía notar porque iba acompañado de sus compatriotas ó de españoles que le dispensaban cariño y honores. Había llegado al Capitolio, desconociendo por completo el sitio de la Roca tarpeya, adonde muy pronto debía conducirle su destino.

La colonia venezolana en Madrid no era á la sazón numerosa, pero sí de buenos quilates. Figuraban en ella el Coronel Freytes, establecido en la capital hacía años, Don Esteban Palacios, tío del Libertador, el guardia de corps Mariano Montilla,

después notable General de Colombia, y los jóvenes Luis Eraso, Simón Bolívar, y Esteban Escobar: estos dos últimos llegaron á Madrid en 1798. Mas, antes de seguir adelante, hablemos acerca de estos compatriotas, sobre todo de los más jóvenes, que fueron muy obsequiados por el valido Mallo.

Freytes, entroncado con la familia caraqueña Elizondo, era un oficial distinguido, siempre servicial y caballeroso. Consistía una de sus manias, y quizás entraba en la condición de su organismo, en ser presumido, no admitiendo en su vestido la más insignificante arruga, debilidad más digna de elogio que de censura, porque está en la índole de muchos hombres sociales. Freytes era un hombre de carácter recto, que le hacía defender la causa de los débiles, á cuyo lado siempre aparecía como un protector improvisado.

Atender á sus compatriotas, servirles, interesarse en que todos fueran felices, fue siempre para Freytes un deber sagrado. En cierta mañana en que el Coronel salió á pasear las calles de Madrid con sus compatriotas los jóvenes Simón Bolívar y Luis Eraso, los tres hubieron de detenerse frente á una venta de mercancías donde comenzaba una disputa entre el comprador y el dueño de la tienda: amenazaba éste á un pobre campesino por haberle molestado haciéndolo bajar la mercancía de los tramos, sin comprarle cosa alguna. Enterado Freytes de lo que pasaba, se abalanza sobre el tendero y le manifiesta que no tiene razón alguna para amenazar al comprador. En esto el catalán, dueño de la casa, salta por sobre el mostrador, amenaza á Freytes, y nueva reyerta llama la atención de los transeúntes; pero Freytes le recibe con una bofetada y le echa por tierra. Los dos jóvenes Simón y Luis, no queriendo ser víctimas del catalán, apuran el paso y se retiran de la escena, para presenciar la batalla desde lejos. A poco los alcanza Freytes que canta-

ba victoria: la de haber salvado á un pobre hombre de las garras de un avaro catalán.

No fue menos curiosa la escena de que fueron testigos los mismos jóvenes, al visitar al Coronel en su casa de habitación, días después. La puerta interior de la casa estaba cerrada, cuando la entreabren los visitantes; pero cuál fue la sorpresa de éstos cuando ven que del interior sale precipitadamente un hombre como si tratara de escaparse y gana la calle. Tras el fugitivo venía el Coronel Freytes que le llenaba de vituperios, diciéndole: "Pícaro, canalla, he de castigarte," y otras frases más ó menos parecidas, lo que indicaba, por lo menos, cierta contrariedad que había ocasionado el fugitivo. Al indagarse la causa de aquella escena tan inesperada, vinieron los visitantes en cuenta de que Freytes tenía como arrestado á su sastre por haberle éste cortado una pieza de ropa llena de arrugas, que no cuadraban al gusto estético del Coronel.

Respecto de la estadía de Mariano Montilla en Madrid, sólo sabemos que acompañó á Godoy, como oficial en el cuerpo de guardias reales de corps, en la guerra de España contra Portugal, en 1799, habiendo sido herido en el sitio de Olivenza, y es de sentirse que nada sepamos acerca de este célebre General, pues él perteneció á una familia en la cual todos los hermanos, varones y hembras, sobresalían por el talento epigramático, el chiste sociable, siempre gracioso, agudo, ingenioso y oportuno: lo que caracterizan los franceses con la palabra *esprit*.

Luis de Eraso, después de concluir estudios filosóficos en la Universidad de Caracas y de haber recibido el grado de bachiller, visitó á Madrid, muy joven. Una visita al palacio real, al cual le llevó Mallo, le deslumbra de tal manera que

desea ser empleado de este alcázar de los reyes de España. Mallo le consigue el empleo de guardia valona y Luis de Eraso entra al servicio. Este cuerpo que gozaba de muchas distinciones, hacía la guardia en palacio. Refiere Eraso que en muchos días le tocó estar de guardia en el comedor del rey. Éste se sentaba á la mesa solo, y un grande de España le debía servir semanalmente la copa de agua, al terminar la comida ó el almuerzo. En uno de los días en que el joven guardia presenció la comida del rey, al concluir ésta, se presenta el Duque de Medinacelli y arrodillándose delante del Monarca, le presenta la copa de agua. Medinacelli era de pequeña estatura, por lo que en el momento de pararse, después de servir al Monarca, llamó la atención de éste.

—¡Qué chiquito eres Medinacelli, dice Carlos IV al grande de España.

—Si Sir, aquí soy muy chiquito, muy chiquito; pero en mi casa soy muy grande, contesta el Duque, con cierto orgullo herido.

—Anoche mis guardias valonas parece que se divirtieron mucho, dice otro día Carlos IV á uno de ellos. En efecto, se divertían con frecuencia, pues por un arreglo que tenían estipulado con el cocinero de palacio, la mesa de Carlos IV, siempre abundosa, aunque destinada para los hospitales, servía á aquéllos para darse gusto en determinadas noches. Cuando estalla la revolución de Gual y España, en 1796, el joven Eraso, que era sobrino carnal de Gual, hubo de soportar las chanzonetas de sus compañeros que no podían comprender cómo el sobrino servía en palacio, y cómo el tío revolucionaba la colonia. Eraso deja á Madrid, con licencia, antes de 1800, para regresar á Caracas, después de la muerte de su madre. Retorna á España con Bolívar en 1803. Cuando los sucesos de 1808 se escapa á Francia, donde es cogido prisionero como oficial

español. En la prisión de la Force es sepultado por pocos días, de donde pudo salir por la intervención de un Ministro extranjero. En esta prisión había estado uno de sus compatriotas, el ilustre Miranda, en 1794. De París regresa á San Sebastián, donde es aprehendido por agentes de Napoleón. Libre, se dirige á Cádiz, que encuentra bloqueado; sigue á La Guaira cuando comenzaba la emigración de 1814; va luego á Puerto Rico, y allí aguarda la llegada de Morillo á Venezuela en 1815. Este amigo íntimo de Bolívar, con quien tuvo correspondencia epistolar, la cual desapareció en el naufragio del historiador Larrazábal, murió en Caracas, en 1842. Fue el jefe de una de las más distinguidas familias de la capital.

Tornemos á ocuparnos en la historia del valido, para seguir con los demás individuos de la colonia venezolana. Ya hemos dicho que Mallo no perdía la ocasión de ser útil á sus compatriotas. Fue él quien presentó en la corte á Don Esteban Palacios y el que más tarde proporcionara al jóven Bolívar la ocasión de jugar volante con el príncipe de Asturias, más tarde Fernando VII. Bolívar había llegado á Madrid acompañado de otro joven venezolano distinguido, Don Esteban Escobar, jefe de la honorable familia de este nombre. Desde que pisaron la coronada villa, Mallo los llevó á su casa, donde con frecuencia pasaban largos ratos. A poco los compatriotas de Mallo se acostumbraron á ver entrar con frecuencia la reina en la sala de éste. En cierta mañana el valido invitó á sus jóvenes amigos á que le acompañaran á cenar en la noche del mismo día. Llegan á la hora indicada, y Mallo les pide que aguarden un tercer convidado, que no debía dilatar. Así pasaron algunos instantes cuando Mallo, lleno de impaciencia exclama: vamos á la mesa, que alguna causa ha impedido venir al amigo que aguardaba. Ya estaban sentados, cuando de repente ábrese la puerta de la vi-

vienda que comunica con el palacio real, y aparece un capuchino. Abandona Mallo su puésto y acude á recibir al convidado, quien echándose hacia atrás la capucha deja ver un hermoso rostro de mujer: era María Luisa que venía á cenar con el valido y los jóvenes compatriotas de éste, Bolívar y Escobar. (1)

Al concluir la cena, la reina no quiso regresar á su mansión por la vía secreta y prefirió hacerlo por la calle. Acompañada del joven Bolívar, por indicaciones de Mallo, siguió al palacio. Este acto de cortesía, fue lo suficiente para que María Luisa ofreciera á su joven acompañante la tertulia de los reyes. "La casualidad,—dice Mosquera,—proporcionó al joven Bolívar hallarse una noche en una casa á donde habido salido disfrazada la reina María Luisa, y la acompañó en su regreso á la corte; circunstancia que influyó mucho en el aprecio que hacía la reina de él, y le proporcionó estar en los sitios reales con bastante confianza. El Príncipe de Asturias, Fernando, le invitó una tarde en Aranjuez á jugar á la raqueta, y dióle al Príncipe con el volante en la cabeza, por cuya razón se molestó; pero su madre, que estaba presente, le obligó á continuar el juego, porque desde que convidó á un joven caballero para distraerse se había igualado con él. (2)

1 Respecto de este incidente, O'Leary escribe en su "Narración" los siguientes conceptos: "Solía Bolívar acompañar á Mallo, pero siempre con repugnancia, á la corte y á los sitios reales en las cercanías de Madríd. En alguna de estas ocasiones fue testigo involuntario de la depravación de María Luisa. Ella hacía con liberalidad los gastos de su favorito, cuya mesa era servida de las cocinas reales; si algún plato agradaba á la reina lo mandaba de su propia mesa á la de Mallo, y con frecuencia entraba en los aposentos de aquél cuando Bolívar se encontraba en ellos...."

2 Mosquera.—Memorias sobre la vida de Simón Bolívar. 1 vol.—Nueva York 1853.—Uno de los descendientes de Bolívar refiere este incidente así: "Un día jugaba con el príncipe de Asturias, después Fernando VII, de funesta memoria, y en uno de los saltos de volante, arrojó la pelota con tan poca des-

Así pasaba el tiempo, y los dos Manueles, aunque disfrutando de las liviandades de la reina, se odiaban cordialmente. Si Mallo contaba con la influencia de María Luisa, Godoy podía disponer del rey, á quien manejaba como un títere. En cuanto á intrigas, los dos favoritos eran hábiles; pero más astuto que Mallo aparecía Godoy, hombre político, de alta posición, á quien pertenecía de hecho y de derecho la pareja real.

Luchaba Godoy por encontrar un medio que le proporcionara deshacerse de su rival, y María Luisa, inconscientemente, hubo de proporcionárselo. En cierta mañana de la bella época de Madrid, desde uno de los balcones del palacio veían pasar á los transeúntes, María Luisa, Carlos IV y al lado de éste el famoso Godoy, cuando de improviso cruza frente á ellos un esbelto mancebo que conducía elegante calesa tirada por dos hermosos caballos. Al saludo distinguido que recibieron los monarcas, fija Carlos IV la atención y pregunta:

—¿Quién es este mozo que gasta equipaje tan lujoso?

—Es un mozo que está sostenido en la corte por una vieja rica, contestó Godoy, con sardónica sonrisa.

Si el rey poco caso hizo de la respuesta, no

---

treza, que en lugar de formar la curva natural, fue en línea recta á la cabeza del príncipe despojándole de su gorra.

Confusos los jóvenes cortesanos del suceso, esperaban el castigo para el niño Bolívar y le aconsejaron que se escondiese; pero contestó con mucha sangre fría:

—Pues no lo hice á mal hacer y Su Alteza nos hace el honor de jugar con nosotros al volante: nada tengo de qué arrepentirme.

Supo el rey el suceso á la vez que la respuesta de Bolívar, y exclamó lleno de bondad:

—Tiene razón el rapaz, y no hay motivo para castigarle; y pues el príncipe se entrega con ellos á juegos infantiles, decidle que en otra ocasión se ajuste mejor la gorra para jugar con esos chicos tan traviesos.

"Recuerdos de antaño" por TEREPAIMA. "Correo de Caracas" de 1859.—RODRÍGUEZ. Tradiciones populares. 1 vol. en 8º Caracas 1885.

sucedió lo mismo con la reina, que por más que quiso disimular las iras que en aquel instante comprimían su pecho, hubo de trasparentar en su semblante, si no temores, por lo menos contrariedades. En este mismo día hubo entre María Luisa y Godoy cierta explicación que fue coronada con la más violenta amenaza de la reina. Refería Mallo á sus compatriotas Bolívar y Escobar, que María Luisa le había referido el incidente y su entrevista con Godoy, la cual no fue muy amigable. "Si esto continúa así, agregó la reina á Mallo, enviaré á Godoy á un país donde no volverá á ver el sol:" temible frase que trasparentada por Mallo, alentó á éste durante algún tiempo, pero de la cual supo aprovecharse Godoy para vencer á su contendor.

Continuaban después de este incidente las liviandades de María Luisa y aparecía Mallo ante el público matritense como el único poseedor del corazón de la reina, cuando nuevos incidentes proporcionaron á Godoy los medios para concluir con su temido rival. Fue el caso que los celos se apoderaron de María Luisa, y en posesión de esta fuerza hubo de dar rienda á sus pesquisas, aumentar el escándalo, ejecutar imprudencias y comprometer á todo el mundo, juzgándole como actor en intrigas imaginarias. El joven Bolívar y Don Esteban su tío, que muy lejos estaban de patrocinar los escándalos de palacio, tenían que aparecer á los ojos de la reina como confidentes de Mallo en los amores supuestos que le había fraguado la Soberana. Para investigar cuanto le sugería la imaginación exaltada, María hubo de apelar á ciertos empleados del Gobierno que debían obrar, no con los deberes que impone la decencia, sino como alcahuetes oficiales de que se valen las reinas corrompidas para satisfacer sus relaciones ilícitas.

Escuchemos el relato que nos hace O'Leary del

percance que tuvo Bolívar, cerca de la Puerta de Toledo.

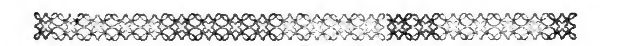
"A poco de la partida de la familia Toro, á fines del año de 1801, sobrevino á Bolívar un acontecimiento que, aparte del gran disgusto que produjo, le obligó á salir también de la capital. Paseando un día á caballo por la Puerta de Toledo, fue detenido y registrado en virtud de orden del Ministro de Hacienda, que alegaba como pretexto de semejante desafuero la infracción de la ordenanza que prohibía usar gran cantidad de diamantes sin permiso; pero fue el verdadero motivo que la reina, acosada por los celos y conociendo la intimidad del joven americano con Mallo, creyó poder hallar en los papeles de Bolívar los indicios de alguna intriga amorosa de su favorito. Lleno de indignación por el ultraje que se le hacía, rehusó someterse á la pesquisa y desenvianando la espada, amenazó castigar al primero que se le acercase. Algunos de sus amigos, que por aquel sitio atinaron á pasar, intervinieron en el asunto que al fin quedó arreglado: después de esto nada pudo inducirle á permanecer por más tiempo en Madrid." (1)

A este triste incidente siguió la prisión de Don Esteban Palacios, víctima inocente de tan escandalosa intriga, y el cual fue á parar al Castillo de Monserrat, en Cataluña. Encerrado estuvo Don Esteban por largos meses, hasta que comprobada su ninguna intervención en los escándalos de palacio, recuperó su libertad.

Así corrían días y semanas cuando llegó á Mallo la hora fatal. Aprovechándose de tantos escándalos, Godoy supo obrar contra su rival, á quien prendieron sin que pudiera sospecharlo. En cierta noche, cerca de la Puerta del Sol, saca su reloj, ve la hora y exclama: "ha llegado el momento

1 O'Leary.—"Memorias," tomo I de la "Narración."

de la cita," cuando es cogido y reducido á prisión: sus imprudencias, su vanidad exagerada y el no haber obrado con la circunspección que se necesita en tan vidriosas intrigas, fueron las únicas causas de su infortunio. Salió de Madrid sin que nadie pudiera sospechar el rumbo de su destino. Dijeron unos que lo habían deportado á Filipinas, otros que iba en comisión palaciega á regiones distantes. Lo único que se supo más tarde, pues que en asuntos de este género las sociedades poseen los cien ojos de Argos, fue que Manuel Mallo, con un linguete al pie, había sido arrojado al agua en alta mar. Así quedó cumplida aquella amenaza de María Luisa contra Godoy: "Le enviaré á un país donde no volverá á ver el sol." Los destinos se habían trocado: el valido español había triunfado del valido caraqueño.



LAS CONVULSIONES DE PAEZ

—

Es un hecho reconocido por las generaciones que se han sucedido desde la guerra de independencia de Venezuela, que Páez sufría, con más ó menos frecuencia, de ataques nerviosos de forma epiléptica, en una que otra ocasión, al comienzo ó fin de los choques terribles que contra las caballerías de López, de Morales, de La Torre y de Morillo, libró en la pampa venezolana. Así, al entrar en acción en Chire y el Yagual, en la persecución del enemigo en los campos de Gamarra y Ortiz, y últimamente en Carabobo, después de espléndido triunfo, Páez fue por instantes víctima de esas horribles convulsiones que le privaban del uso de la razón, pero que al cesar, hacían aparecer al guerrero con tales bríos y con tal coraje sobre las fuerzas enemigas, que la presencia de aquel hombre portentoso era siempre indicio de la victoria. Afortunadamente para Páez y para Venezuela, aquél no llegó á ser presa de tan terrible mal en esos grandes hechos de armas que conoce la historia con los nombres de Mata de la Miel, Queseras del Medio, Cojedes, etc. etc., pues desgracia irreparable hubiera sido la muerte del sublime Aqui-

les, en la homérica lucha que presenció por tantos años la pampa venezolana.

¿Qué causa producía tan triste dolencia en un hombre de fuerzas hercúleas, de espíritu inteligente y sagaz, de voluntad inquebrantable, dominado por el solo sentimiento de la patria, que le hacía sufrido, constante, invencible?

Refieren las crónicas de familia, que Páez, en sus tiernos años, fue mordido, primero, por un perro hidrófobo, y meses más tarde, por una serpiente venenosa, sin que nadie hubiera podido sospechar que en un mozo acostumbrado al ejercicio corporal, hubieran quedado manifestaciones ocultas, á consecuencia de las heridas que recibiera, y que los años corrieran sin que ningún síntoma se presentara en la constitución sana y robusta del joven llanero, hasta que fue presa de cruel idiosincrasia que le acompañó hasta el fin de la vida. Consistía ésta en el espanto y horror que le causaba la vista de una culebra, ante la cual tenía que huír ó ser víctima de prolongada convulsión. A este hecho se agregaba una manía: la falsa idea de creer que la carne de pescado, al ingerirla en el estómago, se convertía en carne de culebra. Había por lo tanto en la constitución del mancebo, una perversión nerviosa de variados accidentes, la cual acompañó al guerrero hasta su avanzada edad, no obstante haber hecho esfuerzos de todo género por librarse de tan cruel dolencia.

"Al principio de todo combate, escribe Páez en su *Autobiografía*, cuando sonaban los primeros tiros, apoderábase de mí una intensa excitación nerviosa, que me impelía á lanzarme contra el enemigo para recibir los primeros golpes; lo que habría hecho siempre si mis compañeros, con grandes esfuerzos, no me hubiesen retenido." Y un escritor inglés de los que militaron en la pampa venezolana, dice: "El General Páez padece de ataques epilépticos

cuando se excita su sistema nervioso, y entonces sus soldados le sujetan durante el combate ó inmediatamente después de él."

Resumamos estos diversos episodios de la vida militar y civil de Páez, exornándolos con datos que no figuran ni en la *Autobiografía* ni en las historias de Venezuela. Y como al narrar estos hechos es lógico investigar la causa que los engendraba, veremos en el curso de esta leyenda que las convulsiones de Páez obedecían en muchas ocasiones á la excitación del guerrero, al sentimiento patrio; y eran engendradas en otras por agentes misteriosos del organismo, ó cierta idiosincrasia que acompaña a muchos hombres, sin que la ciencia haya podido hasta hoy llegar á explicarla.

En el choque de Chire (1815) Páez había recibido la orden de embestir á las tropas de Calzada, pero al comenzar la pelea, entra repentinamente en convulsiones. La causa inmediata de ese percance fue la siguiente: estaba Páez listo, cuando se le ocurre enviar uno de sus ayudantes á retaguardia de su cuerpo, con cierta orden. Al regreso del ayudante, que fue rápido, tropieza éste en la sabana con enorme culebra cazadora, á la cual pincha por la cabeza. Al instante el animal se enrosca en el asta de la lanza y la abraza por completo. Quiere el jinete deshacerse del animal, mas como no puede, con él llega á la vanguardia, en los momentos en que iba á librarse el célebre hecho de armas que se conoce con el nombre de Chire. El ayudante da á Páez cuenta de su cometido y agrega: "Aquí está, mi Jefe, el primer enemigo aprisionado en el campo de batalla" señalándole la culebra que contorneaba el asta. Páez torna la mirada hacia el arma del jinete y al instante es víctima del mal. Por el momento, el Jefe no puede continuar, pero ayudado de sus soldados que le echan agua sobre el rostro, se repone, y al escu-

char la primera descarga monta á caballo. En derrota venían los suyos cuando á la voz de "frente y carguen," los jinetes tornan grupas, recomienzan la pelea y triunfan. Y cosa singular! mientras que los vencedores se ocupan en coger el rico botín, Páez sigue sólo al campo contrario, ya abandonado, en solicitud de enemigos, y en éste pasa todo el día, en un estado casi de sonambulismo. Al llegar la noche, el guerrero divisa una fogata, juzga que es la de su campamento, se dirige hacia ella, y al llegar es victoreado por los suyos que le creían muerto ó perdido.

En aquellos días, á la margen derecha del Apure, Páez ve á su valiente Peña en inminente peligro, en la opuesta orilla, en los momentos en que cumplía con la orden que le había dado. Quiere atravesar el río y salvar á su compañero: pide un caballo, pero no había ninguno, porque las madrinas pastaban á distancia. Consíguese á duras penas una yegua que le traen y en ella se arroja al río, armado de lanza. Como la yegua tenía larga rienda, de esto se aprovechan los llaneros para no abandonar á su Jefe, pronto á entrar en convulsión. Al comenzar á nadar, Páez se despeja, las convulsiones no se presentan, y los llaneros, que habían alargado la soga hasta el remate de ésta, fueron lentamente recogiéndola hasta lograr que el animal tornara á la orilla de donde había salido. El estado de excitación había cesado bajo el influjo del agua.

Cuando llega el momento de la célebre acción del Yagual, (1816) en la cual figura Páez como Jefe Supremo, el General Urdaneta estaba á su lado en el momento de comenzar la batalla, cuando Páez es víctima de fuertes convulsiones. No había más agua sino la que contenía un barril pequeño, la cual estaba destinada para enfriar el único cañoncito que tenían los patriotas. Al saber Urdaneta

por los compañeros de Páez que el ataque desaparecía con el uso del agua, solicita envase para tomarla, y como no encontrara, se vale de su tricornio, con el cual comienza á bañar la cabeza del guerrero. Pocos instantes después estaba Páez á caballo, animado del fuego sagrado de la patria y saludado como vencedor en el glorioso campo de batalla. Aquella exageración nerviosa parecía servir de estímulo á la fuerza física, de aliento al espíritu que triunfaba de las más difíciles situaciones.

Cuando en la batalla de Ortiz, en 1818, casi toda la infantería á las órdenes de Bolívar es destruida por los españoles, pudo salvarse el resto, por la intrepidez de Páez, que cubría la retirada. Después de repetidas cargas de caballería, Páez, al sentirse mal, se desmonta y se recuesta de un árbol.

El Coronel inglés English, que por allí pasaba, al ver á Páez en convulsión y con la boca llena de espuma, se acerca al enfermo, aunque los oficiales le decían que dejase sólo al General. "Ninguno de nosotros se atreve á tocarlo cuando él es víctima de este mal que dura poco tiempo," agregaron los centauros. A pesar de esta observación respetuosa, el Coronel inglés se acerca á Páez, le lava con agua el rostro y aun le hace tragar algunas gotas. Páez recupera el sentido, reconoce al Coronel English, le extiende la mano y le da las gracias más cordiales.—"Me hallaba tan cansado por las fatigas de la batalla, le dice, y ya había dado muerte á treinta y nueve de los enemigos, cuando al traspasar con mi lanza uno más, me sentí indispuesto." A su lado, dice el historiador inglés, estaba la lanza ensangrentada, la cual tomó Páez y la presentó al Coronel English, como un testimonio de la amistad que le profesaba. Páez monta al instante á caballo, se pone al frente de su legión de centauros y cuando llega el momento en que el legio-

nario británico se despide, le obsequia con tres bellos y hermosos caballos. (1)

En la derrota del trapiche de Gamarra, en 1819, donde los batallones de Bolívar fueron destruidos, Páez obró prodigios con su caballería, á pesar de lo accidentado del terreno; prodigios, según confesión de los historiadores españoles. En uno de los choques, le ataca la convulsión y sus compañeros tienen que sacarlo del campo. Días de contrariedad le proporcionó esta derrota; mas ella fue el origen de las Queseras del Medio.

"Mi lanza! ¿dónde está mi lanza? Venga mi caballo!" tales eran las primeras palabras de Páez, después de pasar uno de los violentos ataques convulsivos; es decir, cuando recuperaba el uso de la razón. Estas mismas frases las repetía el General, cuando á poco de haberse roto una pierna en Nueva York, en 1858, fue acometido de convulsiones: "Dónde está mi caballo? Mi lanza dónde está?" preguntaba.

Últimamente, Páez es acometido de su mal crónico después del brillante triunfo de Carabobo. El vencedor continuaba la persecución, cuando es presa del mal, y se hace recostar al pie de un hermoso cañafístolo, en la sabana de Carabobo. Al restablecerse, al abrir los ojos, se encuentra con Bolívar que viene á abrazarle á nombre de Colombia y á ofrecerle el mayor grado de la milicia.

Ni el tiempo, ni los viajes, ni los esfuerzos de la voluntad más firme, lograron extinguir en Páez, el mal convulsivo que se apoderó de su organismo desde los días de su fogosa juventud. Durante su permanencia en Nueva York, por repetidas instancias de una familia compatriota, se aventuró á gustar de ensalada de pescado, en dos ocasiones, y en ambas fue víctima de horrible malestar, al cual

1 Hippisley Esqr.—A narrative of the expedition to the rivers Orinoco and Apure etc. etc. in 1817. London 1819.

sucedieron violentas convulsiones. La manía que le dominó en la infancia, no le abandonó en la vejez.

Superior á estos incidentes es la escena que, años más tarde, tuvo Páez, ya á los ochenta años de edad, por haber asistido á la Exhibición de enormes boas en el museo de Barnum. Uno de sus amigos, creyendo obsequiar al General, le invitó en cierta tarde á que le acompañara al museo, donde iba á sorprenderlo con algo interesante. Páez, al ver los animales, se siente indispuesto y se retira; llega á su casa, ya á hora de comer, se sienta á la mesa, cuando al acto pide que le conduzcan á su dormitorio. Como nunca, se presentan las convulsiones, y de una manera tan alarmante, que el Doctor Beales, célebre médico de Nueva York, amigo de Páez, es llamado al instante. Sin perder el uso de la razón, Páez aseguraba que muchas serpientes le estrangulaban el cuello. A poco siente que bajan y le comprimen los pulmones y el corazón y en seguida la región abdominal. Y á medida que la imaginación creía sentir los animales en su descenso de la cabeza hasta los pies, las convulsiones se sucedían sin interrupción. El Doctor Beales quedó mudo ante aquella escena y no podia comprender cómo una monomanía podía desarrollar en el sistema nervioso tal intensidad de sintomas. Páez que había revelado los diversos síntomas que experimentaba, á proporción que los animales imaginarios pasaban de una á otra región, pedía á gritos que le salvaran en tan horrible trance. El Doctor habla y hace varias preguntas al paciente y éste le responde con lucidez.

—General, le dice el Doctor ¿me conoce usted? ¿quién soy?

—Sí: usted es el Doctor Beales, uno de mis buenos amigos.

—Pues bien, como tal, le aseguro á usted que no hay ninguna culebra en su cuerpo.

No había acabado de pronunciar la última palabra cuando las convulsiones toman creces, llenando de espanto á los espectadores. El médico se había olvidado de que en casos semejantes, cuando un paciente es víctima de una monomanía, lo más certero es obrar sin contrariar la idea dominante y aun apoyarla si es necesario, para poder obtener mejor éxito sobre la imaginación exaltada. A poco todo desapareció, y Páez continuó en perfecta salud. Si esta idiosincrasia de Páez hubiera sido conocida de los españoles, por de contado que lo hubieran vencido arrojando sobre él vasijas repletas de culebras, como en la antigüedad griega lo había hecho Aníbal (el almirante) contra las embarcaciones de sus contrarios.

¡Cuán variadas aparecen las idiosincrasias en los personajes históricos de todos los tiempos! Hace más de cuarenta años que en cierta noche, en el pueblo de Maracay, estaban reunidos tres veteranos de la Independencia: eran Páez, Soublette y Piñango, que departían amigablemente en un dormitorio de la casa del primero. Después de haber departido sobre varios temas y tras un momento de silencio, Soublette se incorpora en la hamaca en que estaba acostado y dice, dirigiéndose á Páez:

—Mi General, ¿hay algo que le haya infundido á usted en la vida miedo, temor ó espanto?

—Sí, contesta Páez, poniéndose en pie.—Hay algo que me produce, no sólo miedo, sino que me aterroriza de tal modo, que tengo que ser víctima: es la vista y presencia de una culebra.

Entonces pregunta Piñango á Soublette.

—Y usted General ¿qué es lo que más teme?

—Yo no temo á la culebra, dijo Soublette, pero sí al toro. Cuando militaba en los llanos, me llenaba de terror al pasar delante de estos animales, sobre todo si fijaban en mí las miradas.

—A mí, dijo Piñango, cuando los compañeros á

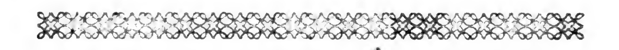
un tiempo le hicieron la misma pregunta: á mí no me asusta la presencia de la culebra, aunque esté armada, ni me preocupan las astas del toro. Yo no temo sino á las seguidillas del poeta Arvelo.

Y en efecto, el poeta lo había vapulado en aquellos días, 1846 á 1847.

He aquí una de tantas idiosincrasias de los hombres preclaros. ¿Quién en este mundo está libre de estas imposiciones del organismo?

Que la ciencia llame estos variados fenómenos *histerismo*, *sonambulismo*, *excitación nerviosa*, *etc.*, poco importa; si en unos es el miedo que domina, en otros el exceso de valor; en éstos la monomanía, en aquéllos la contrariedad; en unos la plétora, en otros la anemia.

Si en Páez obraba el miedo á la presencia de una culebra ú otro animal, puede asegurarse que en la pelea él obedecía al sentimiento generoso de la patria libre, á la ambición de vencer á sus contrarios, al ímpetu guerrero, al éxito feliz de sus inspiraciones, al valor sublimado, á la gloria, de quien podía llamarse hijo predilecto.



EL PRIMER BUQUE DE VAPOR EN LAS COSTAS DE PARIA

—

Ninguna región tan espléndida en la historia de América, ninguna más digna de recibir en sus costas la primera nave de vapor en los mares antillanos, que la célebre de Paria. Uno de los majestuosos ríos del Nuevo Mundo, el Orinoco, que se abre paso por entre numerosas bocas, y vacía sus aguas en el Atlántico, cuyas olas huyen á gran distancia de la costa americana, lejos del hermoso delta, coronado de islas y de palmeras, y del dilatado golfo, ya manso, ya temido, desde cuyas costas saludaron los parias á las carabelas de Colón, en 1498; la brisa que embalsama los montes, la perla que ocultan los escollos de las islas, los mang'ares, entre cuyas raíces aéreas, se rompe la ola que lame las orillas; ruinas seculares que nos recuerdan la lucha sangrienta entre dos razas, y el sepulcro de los primeros mártires en las costas del Nuevo Mundo; la colina siempre verde, porque la acaricia primavera eterna; las rocas, los árboles, los ríos, las grutas y, últimamente, los descendientes de aquellos parias vencidos por la fuerza, hoy vencedores, después de sangrienta lucha: he aquí los factores de esta sublime región de Paria,

en cuyo Golfo la imaginación de Colón creyó ver el Paraíso terrenal.

La península de Paria, limitada al Este por el golfo del mismo nombre, lo está al Oeste por el de Cariaco, cuna y tumba de los primeros misioneros cristianos, sacrificados por la humana codicia. En toda la costa, entre uno y otro golfo, están los sitios de Maracapana, Cariaco, Cumaná, Río Caribe, Carúpano, Güiria y otros más, todos célebres en los días de la conquista castellana, más célebres aún cuando la guerra á muerte hizo de cada hombre un centauro y de cada roca un baluarte. Hermosas islas descubiertas por Colón, coronan la costa del Norte, en tanto que la isla inglesa de Trinidad cierra el Golfo de Paria por el Este. Al Sud está el pintoresco delta; después, el Orinoco, con sus numerosos tributarios, y la tierra que se prolonga hacia el austro. Ya hemos dicho, en otro escrito, que Paria es el pórtico oriental del Nuevo Mundo.

Desde el cabo Galera, hoy Galeote, al Sudeste de la graciosa Trinidad, contempló Colón el dilatado Delta del Orinoco, en la mañana del 31 de julio de 1498. El 2 de agosto siguen sus carabelas á la punta del Arenal, hoy Icacos, hacia el Sudoeste, donde anclan. Al instante puede conocer á los moradores de la comarca, que, en gran canoa, se adelantan á contemplar las carabelas: eran esbeltos, simpáticos, más blancos que cuantos indios se habían conocido hasta entonces, y de ademanes cultos y graciosos. Cargaban escudos, y en la cabeza pañuelos de algodón llenos de labores, por lo que juzgó Colón que eran más civilizados que los indios de las Antillas. Manda el Almirante á los marinos castellanos que dancen al són de la música; pero los parias, tomando ésto por comienzo de hostilidades, retroceden á la costa, después de lanzar sobre las carabelas abundantes flechas.

Eran dos civilizaciones que al acercarse, no podían de pronto comprenderse.

Tranquilo estaba Colón en su carabela, cuando durante la noche del 2 de agosto escúchase hacia el austro ruido espantoso. El Almirante sube á la cubierta y ve elevada montaña de agua que se precipita sobre el bajel. Por instantes, la embarcación, zozobrante, queda suspendida sobre la espantosa ola, y Colón se cree perdido; pero al momento todo vuelve á la calma: era la corriente impetuosa de uno de los caños del delta que buscaba salida por la boca situada al Sud del golfo. Esta impresión de un peligro inesperado, así como las contorsiones del agua, entre numerosos arrecifes, dió motivo para que Colón bautizara aquel estrecho con el nombre de *Boca de la Sierpe.*

Al nacer la aurora del 3, y favorecido por la brisa, sigue Colón hacia el Oeste, donde aparece á sus miradas mar tranquila de agua dulce, con sus bellas costas exornadas de palmas: era el célebre Golfo de Paria que saludaba al hombre europeo. Desde aquel momento estudia Colón la topografía de la localidad, da nombre á los cabos, á las islas y á las puntas; descubre la salida al Norte del golfo, y hace que uno de sus tenientes, acompañado de tropas, tome posesión de aquella tierra, en el puerto de Amacuro, cerca de Irapa. (1) Armados de penachos, los indios Parias de las costas occidentales del golfo, salen en canoas y se dirigen hacia la carabela de Colón. Cogidos por sorpresa algunos de ellos y conducidos á presencia del Almirante, éste los agasaja y después de adquirir noticias de la localidad, deja cuatro á bordo y despide á los restan-

1 Lamartine, en su "Vida de Colón," asegura que éste durmió una noche en la costa de Paria, al abrigo de una tienda de campaña. Esta es una mentira, hija de la inspiración de este gran poeta. Mal podía Colón, enfermizo como estaba, dejar las comodidades de que gozaba á bordo, por dormir en una playa húmeda y poblada de hombres desconocidos. Colón no pisó jamás el Continente.

tes: acababan de entenderse las dos civilizaciones que momentos antes no habían podido avenirse. A poco comienzan los obsequios por ambas partes. Regálalos el Almirante, y son por los caciques de Paria festejados los marineros, después de saborear los frutos y vinos de la costa de Irapa. Agasájanlos igualmente las mujeres parias con graciosas sartas de perlas procedentes de la isla de Cubagua. Colón, en presencia de la belleza de aquella costa, la bautizó con el nombre de *Los jardines*.

Después de dar nombre á muchos sitios y de contemplar los manglares de Paria con sus raíces aéreas, entre las cuales se crían perlas, las carabelas siguen al Norte del golfo buscando salida. Al presenciar el choque de la corriente contra los arrecifes, el Almirante duda si debe seguir; pero marino experto, lánzase resuelto, cuando de repente cesa el viento. Ya van las carabelas á precipitarse sobre los escollos, pero la corriente de agua dulce que viene del Oeste, las levanta y las conduce victoriosas al mar Caribe. El temor que le infundiera tan inesperado peligro, causa fue de que bautizara el estrecho al Norte del golfo con el nombre de *Boca del Dragón*. Se había salvado de Scila para vencer á Caribdis.

Al llegar á la mar libre, Colón tropieza con las diversas islas que coronan la costa oriental de Venezuela. Detiénese en la de Cubagua, se pone al habla con los indios, regálales platos de Valencia, y las mujeres, agradecidas, obsequian á los marineros con abundantes sartas del aljófar que llevaban al cuello. Colón acababa de descubrir la existencia de la perla en las costas de Cubagua y de otra isla, á la cual dió el justo nombre de Margarita. He aquí el punto de partida de los más horrorosos crímenes y de la más escandalosa irrupción de aventureros que surgieron en los primeros años de la conquista castellana.

Y dejando aquellas islas y la dilatada costa de la península de Paria, comienzo de la porción Sud del Continente americano, parte Colón para no volverlas á ver más.

Vieron los parias partir las carabelas que pronto iban retornar á aquellas regiones con hombres feroces, los cuales debían exterminar una gran porción de la raza indiana, incendiar los poblados, talar los campos y dejar, como recuerdo de victoria, el suelo empapado en sangre y sembrado de cadáveres.

Pero de aquel montón de ruinas debía surgir el cisne de la fábula. El paria, que no había conocido por embarcaciones sino el cayuco y la curiara, llegó á contemplar la carabela que le anunciaba el progreso de la náutica. Años más tarde, conoce la goleta y luego el bergantín. A poco, aparece en los mares de Paria el navío y tras éste la fragata. Asiste el indio á la lucha del castellano contra filibusteros franceses, ingleses, holandeses: feroces buitres que se disputan la presa americana. Contempla el indio á sus antiguos perseguidores en la defensa del suelo patrio, y tórnase su odio en admiración. Así continúan los parias, y con éstos sus hermanos los Chaimas, Cumanagotos y Guayqueríes, hasta el día en que de las mismas cenizas de razas mezcladas debía renacer, por segunda vez, el cisne de la fábula. Cuando llega esta época, ármanse todos ellos en defensa del patrio suelo, y á los clarines bélicos de Margarita, de Cumaná, de toda la región de Paria, asisten á la pelea, vencen, luchan, mueren y renacen para asistir de nuevo á la lid. Presencian la carnicería de la guerra á muerte, afilíanse en los batallones de Mariño, Bermúdez, Gómez y Arismendi, é impasibles ven llegar la bella escuadra de Morillo, para ser á poco testigos del incendio del navío *San Pedro*, en las aguas de Coche. Habían luchado contra la naturaleza y con-

tra los hombres, y nada les había arredrado, porque ignoraban el progreso de la ciencia y no habían conocido los prodigios de la náutica; es á saber, el monstruo marino, la máquina que rueda sobre las olas embravecidas y deja tras sí blanca cabellera de espuma, y avanza y se aleja, ó se acerca; brama, ronca, muge, silba, lanza á los aires sus bocanadas de humo, tachonadas de chispas, y celebra ella misma sus triunfos sobre el salado elemento. Lo que habían hecho sus antecesores hacía tres siglos, huír delante de la carabela de Colón, debían hacerlo sus descendientes en presencia de la obra de Fulton, cuando por la primera vez visitó ésta las costas de la América del Sud. En una y otra época eran dos civilizaciones que de pronto no podían comprenderse.

Corrían los días en que Bolívar, después de prolongados años de sacrificios y de desventuras por la emancipación de Venezuela, alcanzaba triunfos brillantes en las pampas del Apure y del Arauca. En este entonces, fines de 1818, llega á las costas de la isla inglesa de Trinidad, frente al Golfo de Paria, el primer bote de vapor que iba á recibir los saludos del Continente americano, en las costas orientales de Venezuela. El primer ensayo de Fulton en las costas de la América española no podía efectuarse sino en el Delta del Orinoco, en el célebre golfo que vió zozobrar la carabela de Colón, y donde tierras y aguas, y pampas y cordilleras, soles y estrellas, cantaron *hosanna* al descubridor del Nuevo Mundo.

El Gobierno revolucionario de Angostura se ofreció á secundar esta primera empresa de comunicación rápida entre el Orinoco y las costas de Trinidad; empresa que por el pronto solo exigía veinte novillos gordos y baratos, como carga, y el combustible necesario para alimento de la máquina. El bote caminaba 6½ millas por hora, salvando en tres la dis-

tancia que antes exigía nueve; suceso que hubo de llamar la atención de toda la comarca. Refiérese á esta época el hecho de que cuando el Gobernador de la Trinidad, señor Woolfor, paseaba en el bote de vapor las aguas de Paría, y salía de Río Caribe una goleta con pasajeros que iban á la vecina isla, los tripulantes, al encontrarse con el *monstruo flo tante*, como llamaron los guayqueríes y parias al bote, y ver las ruedas que cortaban las olas, y la chimenea, de la cual salían en confusión espesas bocanadas de humo, gritan, se desesperan, claman misericordia. Los unos acuden, en su dolor, á la Virgen de su devoción, otros á los penates protectores de los marinos, y creyéndose perdidos, se lanzan al agua, y con rapidez, ganan á nado la costa, no dejando á bordo sino un pobre cojo que, por no poder huír, se resigna á ser víctima del *monstruo marino.* (1) El Gobernador Wooffor, testigo de suceso tan imprevisto, viendo abandonada la goleta, la hace romolcar por el bote y la conduce á la casa consignataria de Trinidad. Refería el cojo que cuando la tripulación de la goleta vió de cerca el monstruo, fue tanto el pavor que éste le infundiera, que él mismo olvidándose de su cojera, iba á lanzarse al agua, cuando cayó y no pudo levantarse; tal fue la impresión que entre los descendientes de los primitivos parias produjera el primer bote de vapor en las costas de la América del Sud.

En 1822, los señores Alfredo Seton y Juan Bautista Dallacosta, de Angostura, (Ciudad Bolívar) solicitan privilegio del Poder Ejecutivo de Colombia, por ocho años, para navegar en aguas del Orinoco en un bote de vapor. El Gobierno, no encontrándose con autoridad suficiente para firmar el contrato, manifestó á los interesados que la concesión del

1 La noticia de este suceso corre inserta en *El Correo del Orinoco*, Angostura, 1818—1819.

privilegio competía solamente al Congreso de la República.

En 1823, el Coronel James Hamilton obtiene del Congreso de Colombia privilegio para navegar el Orinoco y otros ríos, en buques de vapor, á cuyo efecto se comprometía á pagar la suma de veinte mil pesos si al cumplirse el plazo de un año no había dado comienzo á los trabajos. Llegado el plazo fijado, el Ejecutivo de Colombia quiso cobrar la multa á Hamilton, por no haber llenado los requisitos del contrato, pero el contratista probó lo contrario, esto es, que había dado cima al proyecto antes de vencerse la fecha fijada.

En 1849 es cuando llega á Angostura el primer buque de vapor que saludaba de antemano á la ciudad histórica que debía tener y tiene el nombre glorioso de Bolívar. Este primer vapor fue llamado *Venezuela:* su capitán E. A. Trupin.

En la misma época en que nacía en las aguas del Orinoco la navegación por vapor, fracasaba en la región opuesta, en las aguas del dilatado lago del Coquivacoa. Leemos en *El Zulia Ilustrado*, notable revista mensual de Maracaibo, lo siguiente:

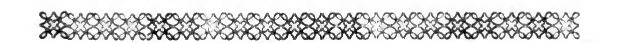
"Diez y nueve años después de haber botado Fulton á la corriente del Hudson su primer buque de vapor, los habitantes de nuestras poblaciones ribereñas contemplaron maravillados una de aquellas misteriosas máquinas azotando con sus aspas la tranquila superficie de nuestro hermoso lago.

"El *Steamboat*, buque de ruedas traído en 1826 por el norteamericano Samuel Glover, fue destinado á la navegación del río Zulia, y lo mandaba el teniente de fragata de la armada colombiana Don Tomás Vega. El Libertador bajó el río en este vapor, cuando vino de Cúcuta, en diciembre de aquel año. Se perdió en la Ceiba el año de 1828. Hacía viajes al puerto de La Horqueta y á El Pilar.

"A ese primer *steamboat* lo llamaba el pueblo en un inglés sui-géneris *el estimbote.*"

Trascurridos algunos años, en 30 de noviembre de 1841, anclaba en aguas de La Guaira, el ***Flamer***, primer paquete de vapor que abría el tráfico entre Europa y los países de la América del Sud.

Ninguna región más célebre y meritoria para saludar la ciencia de Fulton en Sud América que aquella de Paria, donde está el célebre golfo que saludó á Colón, la primera tierra que contemplaron sus miradas en 1498, y donde tres siglos después creó Bolívar la primera Asamblea de Colombia. La ciencia de Fulton saludó á Colón en las aguas de Paria en 1818: seis años más tarde, la primera idea de una locomotora al través de los Andes, debía surgir en el espíritu de Stephenson, en presencia del pico de Naiguatá, y en la cuna de Bolívar, en los días en que el triunfo de Ayacucho coronaba la libertad del Continente en 1824. Así, los grandes sucesos en el mundo político, coinciden con los fecundos descubrimientos del mundo científico. Bolívar, Fulton y Stephenson no podían ser sino contemporáneos. Sí: á proporción que los pueblos se emancipan, el espíritu de la ciencia viene al encuentro de las nuevas nacionalidades, como para probar que la libertad del hombre y la luz de la ciencia son emanaciones de Dios.



LAS PRIMERAS PRISIONES DE MIRANDA

—

Entre los varones esclarecidos de la historia, aquellos que en toda época han dedicado sus esfuerzos y aun la vida á la realización de nobles ideas en beneficio de la humanidad, pocos, muy pocos, son los que, como Miranda, han sido sostenidos por heroica constancia y sufrido tantas y tan hondas amarguras. La vida de este apóstol de la idea, de la patria y de la libertad, constituye prolongado sufrímiento; con razón dijo de él Michelet: "que tenía el trágico aspecto de un hombre predestinado más bien al martirio que á la gloria: que había nacido desgraciado."

Apenas deja el servicio militar, después de figurar en las filas españolas, auxiliares de la emancipación Norteamericana, cuando se ve en la necesidad de huir de Cuba, y sustraerse así de los odios y persecuciones de espíritus vulgares que obraban contra él y contra su jefe el General Cajigal; y necesario fue que corrieran diez y ocho años de continuo batallar contra la calumnia, para que la justicia, la justicia de los hombres, absolviera á estos personajes y reconociera en ellos lo que nunca pudieron arrancarle sus gratúitos perseguidores, la honra y el

buen nombre. Recorre á Europa, y si por todas partes Miranda es celebrado, por todas partes sabe que le espía algún agente secreto del gobierno español; y hasta en la corte de Catalina de Rusia, el ministro español Macanás le interpela acerca del grado de Coronel que entonces llevaba; pero Miranda, más levantado que nunca, supo contestar con arrogancia al intruso diplomático. Brilla á poco en la Revolución francesa, y desde entonces queda Miranda sentenciado á vivir de prisión en prisión; y aunque en Francia siempre fue absuelto, fue igualmente perseguido hasta ser expulsado del territorio. Si abandona á Europa es para alcanzar de nuevo glorias en América, y también persecuciones y tropelías. Así pasa sus últimos años, de prisión en prisión, hasta que de nuevo cruza el Atlántico para ir á morir en las mazmorras de Cádiz, después de haber prestado desinteresados servicios á la libertad de ambos mundos, durante el espacio de cuarenta años.

Seis prisiones soportó Miranda: seis cárceles le tuvieron por huésped ilustre, allende y aquende el Atlántico: la Conserjería y la *Force*, en París: las fortalezas de La Guaira y Puerto Cabello, en Venezuela: la fortaleza del Morro, en la Antilla española de Puerto Rico; y últimamente la prisión de la Carraca, en España. Digno, sereno, generoso, siempre grande, á la altura de sus méritos, aparece Miranda en todas estas mazmorras. Sus defensas por escrito y de palabra, arranques generosos de su alma; su conversación siempre ilustrada y luminosa; la pureza de sus intenciones templada por el infortunio; aquel carácter altanero y tenaz en el cumplimiento del deber: suave, sociable y magnánimo en el trato familiar; todo esto levantó á Miranda á cierta altura, á la cual es muy difícil llegar á la mayoría de los hombres, cuando suena para ellos la hora de la desgracia. Por todas partes le rodean perseguidores armados de pasión y siempre sabe

mantenerse por sobre todos los infortunios. En ciertas ocasiones tropieza con espíritus ilustrados, que ven en él un Mecenas, y entonces aparece la fraternidad que acerca los corazones. En otras, la soledad lo rodea, y el espíritu del preso tiene que reconcentrarse: la conciencia es entonces la confidente del infortunio. En otras, finalmente, cuando suenan las cadenas, y gritos desenfrenados de la soldadesca llenan los aires; cuando el hombre teme más por su dignidad que por su vida, el cautivo, armado de la honra, sabe desarmar los más temidos adversarios. En cualquiera de las prisiones que presenciaron los infortunios de Miranda, buscad al hombre digno y lo hallaréis. Por esto, es en la prolongada noche de la desgracia donde deben estudiarse ciertas grandezas de la historia. En la desgracia está para ellos la última cumbre, que es la cumbre luminosa que alcanzan, no con el éxito, sino con el dolor, con el amor, con la dignidad y con el carácter.

La primera prisión de Miranda fue la Conserjería, si no estamos equivocados, cuando acusado de traidor por Dumouriez, fue llamado por la Convención y entregado al tribunal revolucionario. El pueblo de París que pidió la cabeza del prisionero, al comenzar el proceso, lo condujo en triunfo el día de la absolución. Los sinsabores de esta primera prisión desaparecieron ante el triunfo de la inocencia. Hecho admiradle! Miranda había vencido y salía ileso, cuando el partido político á que pertenecía estaba caído, y ninguno de sus corifeos podía abogar por aquél. En pocas ocasiones, dados antecedentes semejantes, es posible triunfar de las pasiones humanas de manera tan elocuente. El traidor no era ya el acusado sino el acusador, y Francia absolvió al extranjero, en tanto que el criminal, juzgado por sí mismo, huía lejos del patrio suelo.

Al entrar de nuevo en la escena pública, no como agente activo, sino como espíritu pensador, las condiciones personales de Miranda, su amor á la república, sus gloriosos antecedentes, servían de obstáculos á todos aquellos que no podían avenirse con carácter tan independiente. Era necesario perseguirle de nuevo, y nuevas calumnias cayendo sobre Miranda le proporcionaron nueva prisión. En las sociedades corrompidas, donde dominan las medianías, los espíritus verdaderamente ilustres tienen que desaparecer. No es el crimen lo que aquellas persiguen en estos, sino la probidad, la conciencia serena, el carácter sostenido.

Por sospechas, Miranda fue conducido á la prisión de la *Force* á mediados de 1793. En este nuevo retiro Miranda tropieza con dos de los girondinos, sus compañeros y amigos Vergniaud y Valazé, con el joven General Duchatelete, herido en la toma de Gandi; con el Convencional Chastelain, con el grave historiador Daunou y otros más, todos ellos hombres notables de la época. A poco fue conducido á la prisión el amigo de Mad. Roland, Champagneux, Secretario del Ministro Garat. Por una de tantas casualidades le cupo á éste ser vecino de Miranda, lo que contribuyó al desarrollo de cierta intimidad, que á entrambos proporcionó sabrosas horas de amena é ilustrada conversación. (1)

Elocuente es la opinión que acerca de Miranda nos ha dejado su compañero de prisión Champagneux, quien coincide en ello con cuanto se había escrito antes y después, por los hombres más competentes de ambos mundos. Y de igual manera juzgaban á Miranda sus compañeros de prisión, entre los cuales descollaban tántas celebridades de aquellos días.

Había un grupo, entre los presos de la *Force*

1 CAHMPAGNEUX—Introducción á las "Memorias de Mad. Roland."

que parecía inseparable. Componíase de Miranda, Champagneux, Aquiles Duchatelet, Chastelain, Daunou, y entre otros, los girondinos Valazé y Vergniaud. Las inteligencias ilustradas, los caracteres independientes se encuentran casi siempre sin solicitarse. Era imposible que tales hombres, escritores, oradores, historiadores, no se reunieran en torno á Miranda, la espada favorita de la Gironda, como con tanta verdad lo llama el historiador Luis Blanc. Los acercaba la fuerza moral, los afianzaba la fraternidad, los fortalecía el deber. Así, si Duchatelet sufría á consecuencia de las heridas que había recibido, sus compañeros se sucedían en el deber de curarlo cada día, y de distraerlo: si uno faltaba á la reunión, la inquietud se trasparentaba en el rostro de sus compañeros. El amor á la libertad era para todos lazo de unión, y la nobleza de sentimientos fuente perenne de comunes consuelos.

Uno de los historiadores de las prisiones francesas, nos pinta á lo vivo una de estas escenas en la cual los presos se entretenían jugando partidas de *boston*.

"Sería el 6 de octubre de 1793, cuando reunidos ya Miranda, Champagneux, Daunou y Chastelain, aguardaban á Vergniaud, quien de antemano había sido invitado.

—No llega, dice Miranda con impaciencia, y el tiempo corre. Ya habríamos jugado muchas partidas.

—Paciencia, respondió Daunou. Sabéis que Vergniaud nunca se levanta antes de las 11 de la mañana.

—Hemos comisionado á Valazé para que lo traiga, dice á su turno Champagneux. Nos hemos equivocado: estoy seguro de que ellos se ocupan en hablar acerca de algo importante.

—¿De qué queréis que ellos hablen? preguntó Chastelain.

—Vaya, de su negocio, respondió Champagneux.

—De su negocio? Ellos no tienen tiempo que perder, replicó Chastelain.

—Sin embargo, Valazé me ha prometido, contesta Champagneux, conseguir en definitiva de Vergniaud que entable su defensa ó publique una memoria. Este es el único medio que tiene de salvarse.

—Sin duda, agrega Miranda; pero Vergniaud pensará en ello, cuando esté en el cadalso.

En esto se presenta Valazé acompañado de Duchatelet. Cuando los presos ven á éste, todos se levantan y salen al encuentro del distinguido herido para saludarle con efusión y cerciorarse de cómo estaba.

—Estoy mejor, les dice, y como no puedo resistir al deseo que me anima de jugar una partida de *boston* con mis amigos y compañeros, aquí vengo á ocupar el asiento de Vergniaud.

—Nunca está á la hora señalada, dice Miranda.

—Escusadlo, por ahora, dice Valazé, pues acaba de comenzar á escribir su memoria.

—Así sea, contesta Champagneux; dejémosle trabajar, con tal que la lleve á remate.

—Temo que no sea así, contesta Valazé.

—En tal caso no le interrupiremos, agrega Miranda. Vamos, hénos aquí en la mesa de juego: sentémonos.

Champagneux, Valazé, Duchatelet y Chastelain se colocaron en la mesa, unos frente á otros. Miranda se colocó tras de Duchatelet para ayudarle, pues no tenía libre el movimiento de una mano, mientras que Daunou, sacando de su bolsi-

llo un pequeño ejemplar de Tácito, se entregó á la lectura." (1)

La conversación se animaba á proporción que el juego seguía. Variados fueron los temas hasta que llegó á tratarse de la diosa libertad. "Para todos apareció ésta como coqueta que cuenta con millares de amantes, y cuyos caprichos son tan funestos. como mortales sus caricias.... Ella hiere, mata, devora: todo esto es cierto; pero no engaña, jamás se prostituye."

—"Ciudadanos, nada de política, lo suplico, dice Miranda, al sentir que la conversación chispeaba en sentido picante y metafórico.

Poco á poco el interés del *boston* fue haciendo enmudecer á los jugadores, y sólo se percibía una que otra frase aislada, cuando de súbito aparece Vergniaud, loco de contento, y dice al grupo, mostrándole una paloma blanca, á la cual acariciaba:

—Héla aquí, héla aquí. Él acaba de cederme la tórtola.

—¿Qué es eso? preguntó Valazé.

—¿No la ves? contestó Vergniaud: es la tórtola que acaba de venderme el portero.

—¿Y esto te hace abandonar el trabajo? pregunta Valazé.

—¿Qué quieres tú? amo tanto á esta avecilla!

—Pero sabéis cuán importante y necesaria es la memoria que habéis comenzado á escribir, replica Champagneux.

—Mañana la continuaré, responde Vergniaud. Dejadme hoy entregado á los dulces pensamientos que me inspira esta blanca paloma.

—¿Y si mañana es tarde?

1 ALBOIZE ET MAQUET.—Les Prisons de l'Europe. 4 vols. Paris 1845.

—De nada tendré que arrepentirme. Habré recibido algunas caricias más de mi bella tórtola.

Y sentándose en el suelo se puso á jugar con la paloma, como si fuera un niño." (1)

¿Y cómo extrañar que aquel corazón que palpitaba al fuego de la libertad y se llenaba de entusiasmo con la elocuencia de la tribuna, jugase con tímida paloma en los momentos de salir para el cadalso? ¿No nutría á aquellos seres una misma savia, no respiraban un mismo aire, no los sostenía una misma fuerza? En aquellos días, apoteosis del terror, á proporción que la ignominia confundía al hombre feroz con la bestia, levantábanse sobre la odre social los espíritus fuertes, para ascender en pos de solemnes y misteriosos destinos. Por esto fraternizaban para aparecer todos en conjunto, sublimes en lo que tiene el espíritu de celeste: la probidad, el amor, la dignidad, el sentimiento, la fe sostenida por la conciencia pura, lo etéreo, lo inmortal.

En aquellos mismos días, Latreille se recreaba en su calabozo, estudiando cierto insecto que había venido á posarse sobre la ventana de su prisión. A este huésped alado le debió la libertad el célebre entomologista, y la ciencia agradecida, al bautizar el coleóptero con el nombre de *Salus Latreille*, quiso conmemorar al insecto que dió la vida al prisionero, y al sabio que dió su nombre á su salvador. Antes de dejar la prisión para subir las gradas del cadalso, el poeta Chenier escribe sobre los ennegrecidos muros, aquellos versos inmortales que comienzan así:

Cual rayo postrero,
Cual aura que anima
El último instante
De un hermoso día,
Al pie del cadalso
Ensayo mi lira
.... (2)

1 ALBOIZE ET MAQUET. Obra citada.
2 Traducción de Don Andrés Bello.

Y días antes de correr igual suerte, el poeta Roucher escribía en las paredes de la *Force* estas tristísimas estrofas, como adioses á la vida:

Vestir no veré más nuevo atavío
A los castaños ricos en follaje,
Ni cogeré otra vez del soto umbrío
Ya las flores amantes del boscaje

No, para mí, del céfiro las alas
Oro, púrpura, azul darán al blando
Césped de la ribera, á quien dió galas
La ŏnda rumorosa suspirando.

....

....

Amigos, perdonadme los colores
Que los cuadros enlutan de mis cantos;
No quiero, no me déis alegres flores
En medio de los públicos quebrantos.

....

....

A vivir me enseñó mi hogar querido,
Y á morir con honor aquí he aprendido: (1)

La actividad intelectual tenía que ser el alma de los presos. Si Lavoissier se empeñaba en resolver un cálculo y para ello pedía plazo breve antes de subir al cadalso, Chastelain se entretenía diariamente en estudiar la fisiología de las hojas, y el usado cortaplumas de algunos servía á otros de cincel para esculpir figurillas de madera; pero el grupo de los filósofos y hombres letrados era quizá el más feliz. Aquiles Duchatelet había logrado que se le permitiera traer á su prisión lo principal de su rica biblioteca de clásicos antiguos, y esto fue para ciertos espíritus ilustrados un gran triunfo. En derredor de estos libros se reunían Miranda, Duchatelet, Daunou, Champagneux y otros más; y cuando el concurso exigía que alguno leyera en voz alta, generalmente los lectores eran Daunou y Miranda.

1 Traducción de Don Heraclio Martín de la Guardia.

Cuando el conde de Charney, últimamente, fue encerrado en la prisión italiana de Fenestrella, en los días del imperio, un arbustillo de alelí que á la ventura medraba en el patio de la fortaleza, fue lentamente llamando la atención del ilustre prisionero, hasta que logró cautivarlo por completo, contribuyendo á su libertad. Un literato francés de grande aliento nos ha dejado en capítulos admirables la historia de esta planta de Fenestrella que proporcionó la libertad á Charney. (1)

Volvamos á Vergniaud, que engolfado en sus caricias á la blanca tórtola, la llama con el nombre de *roucou, roucou*, cuando de repente un gendarme avanza hacia el grupo de jugadores y dice:

—Ciudadano Valazé, te llaman de la Notaría.

—Un momento, ya voy, responde Valazé.

—Pero esto urge, es para ir al tribunal revolucionario.

—Razón demás, contesta el girondino. Puesto que es esta la última jugada de mi vida, dejádmela ganar en paz, replica Valazé, y continuó jugando.

—A tí te llaman igualmente, dice el gendarme, dirigiéndose á Vergniaud.

—Sin duda por igual causa, dice éste, sin abandonar la bella tórtola.

—Sí.

—Bien, muy bien, contesta Vergniaud, dirigiéndose al gendarme. Ya que concedes á Valazé el tiempo necesario para terminar la partida, concédemelo igualmente para dar mis adioses á mi blanca paloma.

De repente, sin que nadie lo previera, he perdido, exclamó Valazé.

—Partamos, agrega el gendarme.

—Un instante más, contesta Valazé. No sé si regresaré, pero debo pagar: las deudas de juego son sa-

1 SAINTINE PICCIOLA.

gradas. Quiero arreglar mis cuentas en este mundo y partir sin deber á nadie.

Y al concluir esta frase, paga con la mayor sangre fría á sus compañeros, cuenta el dinero de su bolsillo, y exclama: está completo, ni pierdo ni gano. Puedo por tanto dejar el juego, y hacerme reemplazar como si de nada se tratase.

—Para eso estoy aquí, dice Daunou, que se había levantado, y toma asiento á la invitación del girondino. Valazé examina su bolsillo, siente que está en éste el puñal que cargaba, y sonriéndose se dirige á Vergniaud y le dice:—¿Vienes?

—Es necesario, contesta Vergniaud, levantándose. ¡Qué lástima, añade, el primer día en que poseía esta tortolilla!

—Sin adioses, señores, dice Duchatelet, desde su asiento. Espero que nos volvamos á ver.

—Si nos permiten hablar, contesta Vergniaud: si no, adios para siempre.

Roucou, roucou, agrega Vergniaud, acariciando de nuevo la blanca paloma. Vamos á separarnos mi bella; pero voy á pensar mucho en tí: adiós.

Y acompañado de Valazé sigue Vergniaud al gendarme. Los pasos y las palabras fueron desvaneciéndose, á proporción que se alejaban. A poco ne se escuchaba sino la conversación de los jugadores.

¡Qué hombres aquellos! La idea de la muerte no los atormentaba. Despedíanse como si fueran á dormir, á pesar de que todos ellos tenían la mirada fija en el cadalso. Con la idea de la muerte estaba la idea de la inmortalidad.

A poco de haber partido los girondinos, Duchatelet deja su asiento á Miranda, y otro de los presos ocupa el de Champagneux. Estos, llenos de tristes presentimientos comprendieron que Valazé iba á suicidarse antes de llegar al cadalso. La idea del suicidio era para todos ellos necesidad moral,

y por esto cargaban unos el veneno y otros el instrumento mortífero, que debían servirle para quitarse la vida. Miranda llevaba consigo buena dosis de opio: Duchatelet llegó á compartir la suya con Champagneux, y así los demás. Lo que ellos temían no era la muerte sino la dignidad ultrajada, los gritos y rechiflas de la muchedumbre, y abandonar el mundo á los lúgubres reflejos de horrible bacanal.

Al siguiente día de la partida de Vergniaud y Valazé, los presos conocieron los pormenores de la triste suerte que cupo á los veinte y un girondinos sacrificados por la Revolución. Valazé se había suicidado, con estoico valor, en el tribunal revolucionario, rodeado de sus compañeros; y su cadáver conducido á la Conserjería debía aguardar en ésta la hora en que salieran al cadalso sus compañeros. Conocida es aquella frase, en que cada uno de los veinte restantes, tomando la mano yerta del compañero, le dice: *hasta mañana.*

Lamartine nos ha dejado escrito el cuadro inmortal que conoce el mundo con el nombre de la *Ultima Cena de los Girondinos.* La elocuencia de Vergniaud levanta en aquella sublime noche los corazones abatidos al recuerdo de las madres, de las esposas, de los hijos; y el alma de los que van á morir toma vuelo antes de abandonar la tierra. La muerte viste el manto de la aurora, porque la aurora del último día es como la sonrisa del cielo á la llegada del justo. La elocuencia de Vergniaud llegaba á su apoteosis, á proporción que la elocuencia sostenida por la fe, le conducía á las regiones de la verdad. El niño amoroso atraído por los arrullos de una tórtola horas antes, se había sublimado sobre todas las ruinas y sobre todas las miserias, y había llamado á las puertas luminosas que no ve la muchedumbre automática, pero que presiente el alma justa y creyente.

Al salir en pos de la muerte todos los girondinos se despiden de nuevo del cadáver de Valazé, entonan en coro la *Marsellesa*, y serenos suben las gradas del cadalso. El canto de gloria y de muerte continúa á proporción que la cuchilla corta la cabeza de cada uno: y cuando llega el turno al último, á Vergniaud, éste entona de nuevo el canto de la patria y muere. La tórtola, la blanca paloma del preso, había perdido su amo.

Miranda, Daunou, Champagneux, Chastelain, Duchatelet, hicieron el más cumplido elogio de aquellas víctimas del terror. La imagen de Brissot no se apartaba un momento de la memoria de Miranda, y tamaña desgracia le hacía pensar en otro amigo igualmente querido, Petión, destinado á ser víctima, en aquellos días, no del cadalso, sino de lobos hambrientos en las campiñas burdelesas.

Habían desaparecido las eminencias del partido girondino; pero quedaba "la espada favorita de la Gironda": quedaba Miranda.

Después de la triste suerte que cupo á los girondinos, tema de conversacion entre los presos de la *Force*, durante muchos días, escenas de otro género ocuparon la atención del grupo en que sobresalía Miranda. Con estos estaba un joven extranjero, Adam Lux, diputado que había sido enviado á la Convención por la ciudad de Mayensa, cuando ésta quiso anexarse á la República Francesa. Por su talento, por su amor á la libertad y sus esfuerzos por sostenerla, Adam era querido de los franceses, y sobre todo de los girondinos que acababan de morir. Puede decirse que este joven había nacido destinado al cadalso, pues conociendo que la muerte debía ser la recompensa de sus nobles afanes, ni la temía ni la evitaba, y antes bien, noble idea le hacía pensar en ella, como necesidad de su alma enamorada.

Es lo cierto que Lux había concebido loca pasión: el amor inspirado por el infortunio, lo ideal y lo material al borde de la tumba, le hacían feliz, y su felicidad irradiaba en su semblante y en sus frases, en sus aspiraciones y hasta en la idea del sacrificio, como complemento de la pasión que sublimaba aquel corazón entusiasta. Había concebido cierto amor de circunstancias por Carlota Corday, cuando por primera vez la contemplara en el tribunal revolucionario, manchada con la sangre de Marat; y hora tras hora, día tras día aquella pasión fue exagerándose hasta que hubo de contemplar al objeto amado, á Carlota, por la segunda y última vez, sobre la carreta que la conducía á la guillotina. El amante sigue á la víctima, la acompaña, la ve subir las gradas del cadalso, la ve colocada sobre la tabla fatal, y en seguida se estremece, al ver caer la cuchilla que corta el cuello de la heroína. Lágrimas silenciosas bañan el rostro de Lux, pero á poco su semblante está plácido. El corazón enamorado ha seguido á aquella atracción misteriosa que le llama desde el sepulcro. Cuando el sér material desaparece queda el sér ideal en la sombra, como luz fosfórica en lontananza.

Lux se entusiasma y canta la libertad: el hombre público habla y maldice á los verdugos de la heroína. Ha desafiado á los victimarios, y la fuerza le ha reducido á prisión. En las noches solitarias Adam Lux se deja arrastrar por dulces sueños. Su espíritu cree remontarse á los espacios, una imagen plácida le atrae, á ella se dirige, la llama con nombres queridos, le extiende los brazos y sólo encuentra el vacío; y así pasan días y noches, y la pasión del joven no se extingue.

El amor exige la confidencia. Lux y Champagneux se han ligado en la prisión como dos hermanos: Champagneux ha soñado con cierto drama que desea

escribir, y Lux le ha dado el tema: Carlota Corday. Está aceptado, y aquellos dos espíritus, sin perder tiempo, van á realizar la obra. ¿Qué falta? El desenlace.—Almorzaba Lux con su amigo, en cierta mañana, cuando de improviso aparece un gendarme, y llama á Lux, de parte del tribunal revolucionario.

—He aquí el desenlace del drama, esclama Lux, dirigiéndose á su confidente. Llevo la esperanza de que lo acabaréis.

Y aquellos dos hombres se estrechan fuertemente y por largo tiempo: el uno lleno de dolor, mudo: el otro sonreído, satisfecho, radiante.

A poco Adam Lux subía contento las gradas del cadalso. Ninguna de las víctimas de la revolución había llegado á la guillotina con más resolución y garbo que aquella. "Miserables, dice á los verdugos, pido á Dios por la felicidad de esta Francia que me es querida, y le pido que en este mismo lugar recibáis el merecido castigo de tantos crímenes."…. Y así sucedió en efecto: tras de las víctimas fueron los victimarios.

El ideal había alcanzado la meta invisible del amor.

El mito griego nos ha trasmitido la muerte de Hero en presencia del cadáver de Leandro. En la última noche en que el amor pasión cree vencer la ola encrespada del Helesponto, es vencido. En las orillas de Abidos, Hero, al ver exánime á su amante, se inmola.

En el cuadro de Carlota hay algo más elocuente. El amor no ha tenido crepúsculo, los corazones no han podido acercarse: al uno solamente lo alimenta la llama: su confidencia es con la sombra; el otro está en la muerte. Pero el ideal persigue la sombra, tras ella va con las alas del pensamiento y poco le importa la muerte. Adam aspira á estar tendido en la misma tabla que recibió el cuerpo

de Carlota, y se deleita al ver la cuchilla que va á cortar su cuello, porque es la misma que tronchó el cuello de su amada. La guillotina debía ser á un tiempo lecho nupcial y tumba de tan romántica pasión.

Tras de la muerte de Lux, amante de un sér incorpóreo, espíritu que revoloteó en derredor de la guillotina, como la mariposa en derredor de la llama, vino la de Duchatelet, alma que se agostaba como la fuente, como la flor abandonada por la onda sonora de la vida. Ni los cuidados de Miranda su íntimo amigo, ni los de Champagneux y demás compañeros, bastaban para levantar aquel ánimo abatido, no por falta de entereza sino por exceso de amor. En cierta mañana, 20 de mayo de 1794, Chastelain que había pasado la noche en vigilia cerca del ilustre paciente, sale en solicitud de Miranda y de Champagneux, y les comunica los presentimientos que en aquel momento le preocupaban. Juntos se dirigen entonces al lecho de Duchatelet, á quien llaman con las frases más amorosas; pero el esbelto joven no responde. Entonces le tocan, le examinan con interés, le llaman de nuevo; el corazón late aún, pero el silencio reina por completo. Duchatelet se había envenenado: á su lado estaba el vaso que había contenido la elevada dosis de opio que guardaba. Poco á poco fué cesando el ritmo de aquel corazón de treinta y tres años, que vivió poco para el amor y mucho para la gloria. En su testamento dejaba á Miranda su rica biblioteca y sus muebles.

Meses más tarde Miranda recobra la libertad por orden de la Asamblea Nacional. ¿Quién le hubiera dicho entonces que cuando llegaran los días del Directorio, este mismo Champagneux, que tanta amistad le había tributado en los prolongados meses de prisión, le comunicaría la orden del Ministro

de lo Interior, para que abandonase el suelo de Francia?

De los hombres que constituyeron el grupo de los presos á cuya cabeza figuraba Miranda, dos se habían suicidado: Valazé y Duchatelet. Dos habían ascendido con valor singular las gradas del cadalso: Vergniaud y Adam Lux. A Daunou le aguardaban días de triunfo en las letras; á Champagneux, amargas decepciones; á Chastelain, la pobreza y el abandono; á Miranda la lucha, nueva lucha aquende el Atlántico, y nuevas prisiones, para en seguida llegar á la última, á orillas del mar gaditano, donde le destinaba el hado á contar unas tras otras las horas del más grande de los pesares, en ese flujo y reflujo de la vida que se llama infortunio.



LOS NIÑOS ADMIRABLES

SILUETA DE LA GUERRA A MUERTE

En los días bíblicos el hombre á los veinte años, era reputado como niño; así, David, al derribar al famoso Goliat, gigante de los Filistinos, apareció ante la historia, como el niño Salvador del pueblo de Israel. De la misma edad debió ser en los tiempos antiguos de Grecia y Roma, aquel hijo de Creso, mudo de nacimiento, que recobra la palabra, al ver á su padre en peligro, próximo á ser víctima de un asesino, y que, sostenido é inspirado por el amor filial exclama: "soldado, no mates á Creso": frase admirable que salvó al padre y que inmortalizó al hijo.

No hay región del globo, no hay pueblo, cualquiera que haya sido su origen, donde algún niño no se haya inmolado á nombre de la familia ó de la patria. La causa de la libertad, como la del Cristianismo, tuvo siempre sus mártires jóvenes: ahí está la historia. No son solamente los adalides que surgen de cada revolución civilizadora que se lanzan al campo de batalla, ó que llenos de valor cívico, se

inmolan en aras del deber, los únicos que proclama la musa de la historia como heraldos del triunfo ó mártires de toda conquista: también las madres han sabido inmolarse por sus hijos en toda época, y también los niños, poseídos de sublime entusiasmo, y armados de esa fuerza que guía al corazón infantil en sus aspiraciones ideales, han sabido armarse con las arreos de Marte, para batallar con la constancia de los espartanos y sufrir y caer con la fe de los misioneros del Evangelio.

En los anales de la revolución francesa figuran hechos admirables de niños célebres, poseídos del fuego sagrado de la patria. Refiérese en las crónicas de aquellos días, que Alari, niño que apenas alcanzaba quince años, figuró con brillo en los ejércitos de la República, contra los realistas de la Vendea en 1793. Cuando el porta-estandarte de su regimiento cae herido, Alari recupera la bandera que había sido tomada por los realistas. De nuevo la pierde y por segunda vez la recupera. Años más tarde, inspirado por las desgracias del patrio suelo, resuelto, intrépido, vence las olas á nado, para llegar al campo patriota é imponer á los suyos de lo que pasaba en la lejana costa. A poco estaban salvos los trescientos marinos franceses que precipitados por una tempestad y perseguidos en las costas inglesas, no tenían por única perspectiva sino la muerte.

No menos admirable es José Viala, niño de cortos años, que después de salvar á los suyos en terrible trance, en aguas del Durance, en 1793, cae herido al cantar victoria. Antes de morir, grita con entusiasmo: "¡muero contento, viva la libertad, viva la República!"

Grita, "Viva el Rey," le dice al joven tambor José Barra, niño de doce años, al servicio de la República francesa, en 1792, uno de los Jefes que le rodea, cuando aquel es hecho prisionero. "Viva

la República," contesta con toda sus fuerzas el valeroso tambor. Al instante rueda por tierra, derribada de un sablazo la cabeza del joven repúblico. Entre las admirables creaciones de David (de Angers) figura la estatua de este imberbe gladiador. El amor á la patria le sublimó en la muerte: el arte lo ha inmortalizado.

Y ¿dónde están todos aquellos niños, descendientes de Pelayo, que acompañan á sus madres y se inmolan, desde 1808 á 1814, en los días de la magna lucha, cuando después de cruentos sacrificios que hacen surgir héroes, soldados, ingenieros, tácticos, eminencias del patrio suelo, la venganza, la noble venganza, apoderándose de un pueblo altivo, arroja más allá del suelo ibero á las huestes del nuevo Breno y sus galos?

En la prolongada guerra que ocasionó la independencia política de Venezuela, y la creación de algunas de las repúblicas sudamericanas, después de sacrificios sin cuento, jóvenes imberbes, de doce á catorce años, formaban las legiones de Miranda, de Ribas, de Bolívar. Una gran porción de la juventud estudiosa de Caracas, sacada de las aulas, es sacrificada en los campos de Ocumare y de Aragua, en 1814. La flor de los tenientes de Bolívar que alcanzó la meta gloriosa del Cuzco, salió de las escuelas y del regazo de la familia; los niñes entusiastas que celebraron á Miranda, cuando este patricio, con la elocuencia de antiguas épocas, enardeció al Constituyente de 1811, se hicieron hombres en los campamentos, en las charcas de sangre de la guerra á muerte, en la dilatada pampa y en los riscos y despeñaderos de las montañas andinas.

Las escenas que vamos á narrar pertenecen á los días de la guerra á muerte, y son dignas de la pintura y de la estatuaria: tal es la admiración que inspiran. El amor, ennoblecido en me-

dio de las borrascas sociales á orillas del sepulcro; este sublime consorcio de los padres y de los hijos, en la época luctuosa de Venezuela, trae á la memoria las más sublimes escenas de los mártires del cristianismo.

Cuando en 1813, Suazola sacia sus instintos de hiena, presenciando las carnicerías de Aragua de Maturín, entre los grupos de mártires que traen á presencia del monstruo, aparece un niño de pocos años.

—Señor, os ofrezco la vida por la de mi anciano padre que está preso y sentenciado á morir.

—Ambos morirán, contesta Suazola, con sonrisa.

—Mi excelente padre es la columna de mi querida mamá y de ocho hermanitos, muy niños todavía. Aceptad mi vida por la de mi padre: os lo suplico, señor.—Y el niño, lleno de angustia, se arrodilla á los pies de Suazola.

—Que conduzcan aquí al padre, manda Suazola á uno de sus seides.—Y aparece el padre, sereno y digno. El niño dobla sus súplicas, y Suazola, después de entretenerlo con falsas esperanzas, manda á degollar al hijo en presencia del padre. Pocos instantes después el cadáver del padre yacía al lado del cuerpo mutilado del gallardo mancebo.

La musa poética de aquellos días, dedicó á este sacrificio los siguientes versos, cuyo autor ignoramos.

Corren luctuosos tiempos
para la patria amada;
aún en su alborada
se ve la libertad.
Suazola, el leon sediento
de sangre independiente,
las tierras del Oriente
devasta sin piedad.

Con fuerte cuerda atado
se ve un viejo guerrero:

su porte es altanero,
terrible su mirar.
Morir por su bandera
como valiente jurá:
tres años con bravura
le han visto batallar.
Suazola le contempla
con ira y le escarnece:
su cuerpo se estremece
de bárbaro furor,
al ver ante sus ojos
al viejo combatiente
que lleva en la ancha frente
los sellos del valor.
De pronto un tierno niño
de cándida mirada,
de boca sonrosada,
de cuerpo de mujer,
ante el terrible Jefe
detiénese jadeante,
que de lugar distante
llega en fugaz correr.
"Quién eres," indignado
le grita el tigre ibero.
"Señor, de aquel guerrero
el único hijo soy.
Perdido ya á estas horas
le cree mi pobre madre;
perdón para mi padre,
y yo la vida os doy."
Del español los ojos
despiden llamas de ira
y al bravo niño mira
con su crueldad feroz.
"Maldita raza, grita
con ruda voz tonante:
soldados, al instante
matadlos á los dos."
Y á poco roja bala
el débil pecho hiere,
y el bravo niño muere
sin exhalar un ay!
Y el padre con los ojos
en el cadáver fijos
"Oh patria! aún más hijos
que te defiendan hay;"

exclama, y: "fuego!—ruge
el bárbaro Suazola:—
que ni una bala sola
se pierda: disparad!"
Y con acento olímpico,
al caer gritó el guerrero:
"América, yo muero,
mas no tu libertad." (1)

Otro joven se presenta á poco delante de Suazola, demanda á éste el perdón, y con súplicas lastimeras le pide la vida.

—Te la concedo,-responde el asesino,-si aceptas las condiciones que te imponga.

—Acepto por la vida el castigo que queráis imponerme.

—Bien, te concedo la libertad, si no te mueves ni te quejas al cortarte las orejas.

—Lo prometo-contesta el joven con entereza.

Sufre el imberbe patriota la mutilación con estoico valor y constancia, como escribe el cronista: sostiene con Suazola larga conversación, teniendo en las manos las orejas, y cuando aquel espíritu admirable aguardaba el cumplimiento de la promesa dada, no recibe sino la muerte. (2)

El caso de Boves eriza los cabellos y pone de relieve la crueldad de este monstruo. Refinado en la maldad, escribe O'Leary, este malvado obligaba al padre á sacrificar á su hijo, y al hijo á servir de verdugo del autor de sus días, cuando la desdichada suerte los llevaba á su presencia. Un día le presentaron un anciano enfermo y descarnado, único habitante del pueblo de donde habían huído todos los demás, al saber su aproximación. Después de algunas preguntas, á las que el anciano respondió con dulzura y veracidad en lo que sabía, le mandó decapitar. Al instante salió de entre las

1 Debemos esta copia á la bondad de nuestro joven amigo Dn. Delfín A. Aguilera.

2 *Mariño.* "Manifiesto" *Gaceta de Caracas* de 1813.

filas un bello joven que rayaba en los catorce, postrándose de rodillas ante el caballo que cabalgaba el jefe español: "os ruego," exclamó "por la santísima Virgen, perdonéis á ese pobre hombre, que es mi padre: salvadle y seré vuestro esclavo." "Bien," dijo el monstruo, sonriéndose al oír las súplicas fervientes del joven: "para salvar su vida, ¿dejarás que te corten la nariz y las orejas sin un quejido?"—"Sí, sí," respondió generosamente el mancebo, "os doy mi vida; pero salvad la de mi padre."—El desdichado sufrió con admirable serenidad la horrible prueba: visto lo cual, el inhumano Boves mandó que le matasen juntamente con el padre; por ser éste un insurgente, y aquél demasiado valiente para permitir que le sobreviviera y se convirtiera más tarde en otro tal." (1)

En presencia de este acto de tan bárbara insidia, el lector creerá que no puede haber más allá; pero nuevas emociones van á trasparentarle nueva monstruosidad.

Cuando Rosete, aquel famoso Rosete de las carnicerías de Ocumare, en 1814, se extasiaba en presencia de centenares de cadáveres mutilados en las calles, plaza y templo de Ocumare, uno de sus compatriotas, de Canarias, Bartolomé Trujillo, se le presenta, simulando iras, y le dice:

—Aquí traigo á mi hijo para que usted lo mande á fusilar por insurgente, por patriota. Era un joven de catorce años, pálido, enfermizo, abatido, el cual escuchó la sentencia del padre con estoica impasibilidad. Sospechaba quizá cuál iba á ser su suerte, y juzgó que con la serenidad la realzaba ante la presencia de su verdugo. Rosete, al escuchar aquellas frases terribles, se sobrecoge, é indi-

1—Las relaciones que tenemos de este hecho no discrepan de lo que escribe O'Leary—Según parece el suceso tuvo efecto en uno de los pueblos del alto llano.

cando al joven á que entrara, evade la contestación. ¿Le sacrificó? Nó: el crimen tiene también su lógica inexorable. El muchacho, al hallarse como perdonado, trata de escaparse y alcanza los montes vecinos.

Cuando días más tarde el General Ribas toma á Ocumare, destruye á Rosete, quien huye dejando al vencedor sus efectos de guerra y las numerosas víctimas que llenaban las calles del pueblo. Un joven descarnado se presenta á los vencedores: era el hijo de Bartolomé Trujillo que buscaba amparo entre sus conmilitones. Uno de los testigos de este hecho lo describe de la siguiente manera:

"Un joven de catorce años, pálido, macilento y descarnado, se presenta á mi vista.

—"¿Quién eres infeliz? le pregunté.

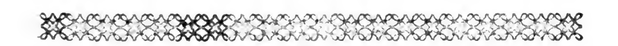
—"Yo he escapado del suplicio, me responde: he vivido de troncos de árboles, escondido en los montes. Mi padre me entregó á Rosete para que me diese muerte por ser adicto á la causa de mi Patria. El monstruo se sobrecogió de espanto á tal demanda y me dio la vida: yo la he salvado en medio de los bosques." (1)

Cuando le presentaron al General Ribas al hijo de Trujillo, le dió colocación en el cuerpo de carabineros patriotas.

En las tempestades de la naturaleza, tan necesarias al sostenimiento de la vida, tras la noche caliginosa vienen la luz y la sonrisa de los cielos. En las tempestades sociales no siempre impera la virtud. Comprendemos á Creso estrechando á su hijo contra su corazón, después que éste le salva la vida. Y comprendemos también al monstruo que

1 Gaceta de Caracas, de 28 de febrero de 1814. Montenegro. "Historia de Venezuela"

entrega á su hijo al sacrificio, en obedecimiento á odios políticos. El amor filial que se había exaltado en un caso, en presencia del peligro, recibía la luz del cielo y las bendiciones de Dios: en el otro, el amor paternal era dominado por el odio y rechaza o por el mismo crimen.



UN INTENDENTE ESCALADOR

—

CRONICA POPULAR

—

En el ángulo Noroeste de la Plaza Bolívar figuró, hasta ahora pocos años, un cuerpo de guardia que databa de tiempo muy remoto, lo que originó que á dicha esquina se la llamara del *Principal*, nombre que conserva aún. Lindando por el Sud con la Casa Amarilla y por el N.·ciente con la Dirección General de Correos, hay una casa que perteneció á la antigua familia Ibarra y es hoy propiedad de uno de sus descendientes. Dilatábase esta casa antes del terremoto de 1812 hasta la actual del Ministerio de Obras Públicas, en la cual estuvo, á fines del último siglo, la Intendencia.

Después del terremoto, la casa de Ibarra vino casi toda al suelo, conservándose solamente el muro que mira al Sud; lo que ha motivado que el interior del edificio esté reducido, no guardando proporción con la fachada, y que aparezcan en su prolongación al Norte tiendas de triste aspecto, que se extienden hasta la antigua oficina de la Intendencia; sólido edificio éste que resistió al terremoto, y fue

fundado á mediados del último siglo por un noble empleado de la Compañía Guipuzcoana, Don Tomás de Francia, Jefe de la conocida familia de este nombre.

Vivía en aquel entonces—1797 á 1799—en la casa de la señora Ibarra, Doña Mercedes Ponte de Galindo, matrona de espíritu sociable, de amena conversación, madre del célebre patricio que figuró más tarde en la revolución de 1810, Don Martín Tovar Ponte. Entre los visitantes de Doña Mercedes sobresalía su vecino, que era un joven de simpático talante, travieso, soltero, amigo de aventuras, Don Antonio Fernández de León, Intendente, á la sazón; lo que equivalía á ser considerado como uno de los altos empleados de la colonia venezolana. Pero como en todos los vecindarios, cualquiera que sea la calle, está el diablo, siempre con ojos de lince, curiosos é investigadores, y con lengua de lanza, movible y venenosa, sucedió que en cierta mañana, al asomarse Don Antonio á un balconcito de la Intendencia que miraba á uno de los patios de la casa vecina, hubo de cautivarlo una mestiza de bello rostro, color acanelado, graciosa, impresionable, y con ojos chispeantes capaces de encender una hornaza sin carbón. Al tropezar con tesoro tan valioso, Don Antonio hizo lo que en tales casos aconseja la prudencia, á saber: moderar la fogosidad, hacerse entender por medio de pantomimas, hablar en monosílabos, descender del alto rango social, y tomar la escopeta del cazador para comenzar á andar por esos trigos de Dios en busca de María, que tal era el nombre de la joven mestiza.

Declararse y ser correspondido, todo fue obra de pocos días; mas imposibilitada María para salir, tuvo al fin el Intendente que aceptar el papel de escalador nocturno. A proporción que éste tomaba sus posiciones en el campo de batalla y obraba con sigilo para no dejarse sorprender por celada ene-

miga, los criados compañeros de María, cuchicheaban, se hablaban al oído, dejaban escapar frasesitas del género común de dos, y se sonreían con esa sonrisa que llama Ripalda, el espejo en que se retrata la tristeza del bien ajeno.

En cada ocasión en que Don Antonio visitaba á María dejaba tras del balconcete dos criados, los encargados de guardar la escalera colgante que con frecuencia bajaba y subía el Intendente. Vigilaban éstos cual centinelas alertas, mientras que Romeo y Julieta departían. ¿ Qué se decían estos jóvenes al claro de la luna? Lo que se dicen los corazones que se aman:—Hace calor, qué bella está la noche!—Ya creía que no venías.—Escucha, ¿ no sientes ruido?—No, es el ladrido de un perro en la calle. De repente se escucha como un grito—Me voy, dice Romeo.—No, no hagas eso, no hay nada, esa voz es el alerta del centinela en la esquina del Principal. Todavía es temprano.

Si María era una pobre muchacha, el Intendente, como hombre de lectura, no debía ignorar aquellas frases de Shakespeare que han repetido incesantemente todos los escaladores en los angustiosos momentos que preceden á la aurora.

"Irte, irte ya! tan pronto! Si el día tarda todavía en venir. Tu oído ha creído oír la alondra de la mañana, y es el ruiseñor el que canta. Él viene todas las noches á cantar cerca de mi ventana, ocultándose bajo el ramaje de este granado. Amor mío, amor mío, créeme, estoy segura, es el ruiseñor."

Así continuaban las cosas, cuando llegó el momento en que la felicidad de los amantes debía nublarse. A proporción que corrían los días, el cuchicheo de los criados había llegado al punto de ebullición: las lenguas se habían aguzado, los ojos se salían de las cuencas, y las espumas del odio y de la envidia llenaban las bocas del servicio de

Doña Mercedes. Háblase en público de una sombra que se descolgaba de la casa de la Intendencia, y la cual desaparecía, después de pasar algunas horas en el jardín. Decía una de las criadas que la tal sombra podía ser el alma del tirano Aguirre, y aseguraban otras que era un ladrón pacífico, porque apenas se sentían los pasos. Entre burla burlando todo fue conocido de Doña Mercedes.

No se inmutó la matrona al saber que todo un Intendente se descolgaba con frecuencia del balconcete á uno de los patios de la casa, y preparándose al efecto, tuvo listos faroles, hachones resinosos y las bujías de las arañas de la sala y corredores. En cierta noche, cuando uno de sus espías le notificó que ya la sombra se habia descolgado, Doña Mercedes hizo encender los faroles y hachones mencionados y con toda la astucia de una mujer resuelta á dar una lección á su atrevido visitante, se presentó de repente en la puerta del jardín, sin dar tiempo al Intendente para huír.

—Vos por aquí, señor Intendente? parece que habéis olvidado la puerta de esta casa, dijo Doña Mercedes, con la sonrisa en los labios.

—Señora, por Dios, os suplico.... contestó el Intendente, todo turbado.

—Calmaos, señor, pues no vengo en són de guerra. He hecho iluminar toda mi casa para recibiros, y como este jardin está oscuro vengo acompañada de mi servicio para conduciros á la sala.

—Señora, os suplico por lo más santo....

—No, Intendente, nada de extraño tiene esto. Es tan fácil equivocarse y trocar el jardín por el zaguán! La juventud sufre con frecuencia estas equivocaciones voluntarias, y por eso nos pertenece á nosotras, las ancianas, guiarla en estos trances difíciles. Venid, tened la bondad de ofrecerme vuestro brazo, que yo os conduciré. El deber de una señora como yo es rendir homenaje á vuestro ran-

go.... y á vuestra respetabilidad. A ningún caballero le será permitido al entrar en mi casa salir de ella por trascorrales. ¿Qué diría el Rey?

—Por Dios, señora, por vuestros hijos, no me espongáis á tanta humillación.

—No, Intendente, no temáis.

En este momento se siente un ruido. Los dos criados del Intendente, al ver lo que pasaba levantaron la escalera con precipitación y se ocultaron.

—¿Qué ruido es ese? pregunta con asombro Doña Mercedes á un criado viejo que la acompañaba.

—Me parece, mi ama, que es una escalera que izan del balconcete de la Intendencia.

—Ya lo veis, señor, exclama con gracia Doña Mercedes: salgamos de aquí, Intendente, no sea que nos ataquen por retaguardia.

El Intendente, confuso, sin poder hablar y lleno de despecho, bajó los ojos, y ofreciendo maquinalmente el brazo á la señora, pasó por en medio de dos alas de sirvientes, quienes con sus hachones y faroles, simulaban un entierro nocturno en el interior de una casa de familia.

Cuando el Intendente llegó á la puerta del zaguán, sin perder sus modales distinguidos, inclinóse con reverencia delante de la señora, la cual, con gran serenidad y sonriéndose todavía le dijo:—"Hasta mañana, señor Intendente: buenas noches."

Días más tarde, al relatar el Intendente lo que le había pasado, á uno de sus íntimos amigos, agregó:—"No sabía yo que en estos países tropicales pudieran encontrarse mujeres de tantos quilates." A lo que contestó el venezolano:—"Las hay y sobre todo, para castigar sin palo y sin piedra á ciertos escaladores nocturnos."

EL LIBERTADOR Y LA LIBERTADORA DEL LIBERTADOR

—

De pronto parece que el título de esta leyenda es un retruécano, y que de nada serio va á tratarse; mas al leerla se comprenderá que son hechos que se corresponden, y que si Bolívar, el Libertador, tuvo un amigo que en momentos angustiosos lo salvó de la muerte en los campos de batalla, tuvo igualmente una amiga que lo libertó de ser víctima del puñal parricida. Está por lo tanto muy bien dicho: el Libertador y la Libertadora del Libertador. Son dos episodios admirables en la vida de Bolívar: el uno en que figura bizarro adalid de la guerra magna: el otro, aquel en que descuella una mujer tan liviana como heróica.

¿Quiénes fueron el libertador y la libertadora del Libertador?

La historia nos lo dice cuando relata el incidente de Barcelona, en 1817, entre Bermúdez y Bolívar; y nos pinta á Manuelita Sáenz, la favorita del Libertador, en la fatídica noche del 25 de setiembre de 1828.

Eran los días en que la desobediencia, los celos y la desunión, factores de completa anarquía, se habían apoderado de los hombres de la revolución

venezolana, tomando cada uno la vía que le sugerían sus ideas. La primera expedición de los Cayos había fracasado, y las tristes escisiones que presenció Güiria, á fines de 1816, entre Bolívar, Mariño y Bermúdez, habían contribuido á separar el ejército oriental del mando inmediato del Libertador. Aislado y casi sin tropa obraba éste en Barcelona á principios de 1817, cuando Mariño, al frente de columnas compactas, atacaba á los españoles, dueños de Cumaná.

Todo parecía llevar mal camino para la causa republicana, é irreconciliable aparecía Bermúdez con el Libertador, cuando el curso de los acontecimientos presentó al gallardo Jefe oriental, el General Mariño, y á su segundo Bermúdez, la ocasión de deponer rencores del momento y aparecer generosos y grandes. La segunda expedición de las Antillas había fracasado como la primera. Bolívar y Arismendi habían sido derrotados en Barcelona, al comenzar el año de 1817, y sólo quedaba al Libertador por retirada el derruido edificio de la llamada Casa Fuerte, donde atrincherados con sus pocos bisoños, no podía aguardar sino muerte segura, pues se acercaban ya numerosas fuerzas enemigas.

En tan triste situación, Bolívar apela á la generosidad y nobleza de sus compañeros disidentes y escribe un oficio al General Mariño, oficio razonado y digno, que envía con el subjefe de Estado Mayor, Soublette, quien verbalmente debía exponer la situación del Libertador y el peligro que corría la causa republicana, si la unión de todos, y un común esfuerzo, no contrarrestaban el empuje de las huestes españolas que se acercaban á Barcelona.

Mariño, que estaba en su Cuartel General de las Sabanas de Cantaro, no acaba de escuchar al comisionado de Bolívar, cuando se dispone á mar-

char á Barcelona para protegerle. Reúne los jefes de sus tropas y les manifiesta la situacion del Libertador. No debemos permitir, les dice, que sea víctima de la ferocidad de sus enemigos, que son los nuestros: preparémonos todos para auxiliarle. (1)

Los historiadores están acordes al decir que fue admitida la noble manifestación de Mariño por todos sus tenientes, menos por Bermúdez, que mal inspirado en aquel instante, por recuerdos ingratos y resentimientos no extinguidos, murmuró, apareciendo como opuesto á la opinión general. Mariño, que le escuchaba con calma, le dice entonces: "No te conozco. ¿Con que abandonaremos á Bolívar en el peligro, y consentiremos que sobre él triunfen los godos? ¿Y perecerán también Arismendi y Freites, y los demás amigos patriotas que con él están? Eso no puede ser."

Bermúdez, al escuchar estas frases que estimulaban en él lo que ciertos hombres tienen como dones del cielo: la dignidad, la clemencia, el valor sagrado de la patria, contestó á su jefe con la arrogancia del militar pundonoroso: *Estoy de marcha.* En aquel momento se extinguía en el valeroso atleta la llama del rencor, desaparecían de la memoria recuerdos ingratos, y aparecieron en el hombre el soldado de la patria, armado de la lanza de Aquiles, y el patricio generoso, dispuesto al sacrificio.

Hay en la vida de los hombres como en la de los pueblos multitud de circunstancias fortúitas ó casuales, siempre ignoradas, que traen felicidad ó desgracia. Cuando las tropas españolas al mando del Brigadier Real se mueven sobre Barcelona, los españoles en ésta cubren con piquetes todas las avenidas; pero dejan libre el camino de Barcelona á Cumaná, por donde debían entrar las fuer-

1 Larrazábal. Vida del Libertador.

zas de Mariño y de Bermúdez, que venían por mar y por tierra. Casualidad elocuente! El mismo día en que arribaban á Barcelona las fuerzas españolas, llegaban los patriotas á Pozuelos. Refiere la tradición y confirman los historiadores, que al saber Bermúdez que las avanzadas de Real atacaban á Bolívar en la Casa Fuerte, dirigió al enemigo la siguiente fanfarronada: "Digan á Real que se retire porque Bermúdez ha llegado." Y en efecto, Real se retira al Juncal y de ahí á Clarines, donde comienza á sufrir deserciones y miserias.

Frescas entran las tropas orientales á Barcelona. En las cercanías del puente, Bolívar, que venía á encontrarlas, ve á Bermúdez, aligera el paso, tiéndele los brazos y le dice: VENGO Á ABRAZAR AL LIBERTADOR DEL LIBERTADOR. En efecto se abrazan cordialmente, dice uno de los historiadores de este incidente, y sin hablarse una palabra en muchos minutos, las lágrimas que derramaban ambos, representaban bien cuán sincera y útil era aquella reconciliación. Al fin rompió Bermúdez el silencio y dijo como para desahogarse: VIVA LA AMÉRICA LIBRE!

¡Arcanos del destino! Bolívar se había salvado de ser víctima de los españoles. Nuevo triunfo le aguardaba, la toma de Guayana, centro de operaciones, base de gobierno de donde debían salir los rayos de la guerra y de la paz, y la creación de Colombia. Estaba escrito que los defensores de la Casa Fuerte sucumbirían, después de lucha sangrienta y de esfuerzos inauditos.

Doce años más tarde, la noche del 25 de setiembre de 1828, Manuela Sáenz, la favorita de Bolívar, salva á éste del puñal asesino, y alcanza por galardón el sobrenombre de LIBERTADORA DEL LIBERTADOR.

Refiere Garibaldi en sus "Memorias autográficas" que, cuando en 1850 navegaba por aguas del

Pacífico, desembarcó en Paita. "En este puerto, dice, nos detuvimos un día y nos hospedamos en la casa de una generosa señora del país, la cual estaba en el lecho hacía algunos años, á consecuencia de un ataque de parálisis en las piernas. Parte de aquella jornada la pasé al lado de aquella señora, sentada en un sofá, pues aunque mejor de salud, tenía que estar recostada y sin hacer movimiento.

"Doña Manuela Sáenz es la más simpática matrona que he conocido. Había sido muy amiga de Bolívar, lo que la hacía recordar los más minuciosos pormenores de la vida del gran Libertador de la América, cuya existencia estuvo enteramente consagrada á la emancipación de su patria, y cuyas virtudes no fueron bastante para librarse del veneno de la envidia y del jesuitismo que amargaron sus últimas horas. Es la eterna historia, la de Sócrates, de Jesucristo, de Colón! ¡Y el mundo ha de continuar siempre presa de estas miserables nulidades que lo engañan!

"Después de aquel día que llamamos delicioso, comparado con las angustias del pasado, casi todo él dedicado á acompañar á la interesante inválida, dejé á ésta verdaderamente conmovida. A ambos se nos humedecieron los ojos, presintiendo sin duda que aquel día sería para los dos el último. Me embarqué de nuevo en el vapor, y llegamos á Lima, siguiendo la bellísima costa del Pacífico." (1)

Al leer ahora meses estos conceptos de Garibaldi acerca de la favorita de Bolívar, y en la seguridad de que había pasado en Paita los últimos años de su vida, vino á nuestra memoria el nombre de Ricardo Palma. Sólo éste, nos dijimos, sólo Palma que ha sabido desentrañar los archivos peruanos para regalar á los pueblos de origen español las bellísimas

1 GARIBALDI.—Memorias autográficas

lucubraciones que él llama *Tradiciones*, cuadros en los cuales campean las galas literarias de tan distinguido escritor y académico; sólo Palma puede suministrarnos notas acerca de Manuelita Sáenz. Y dudábamos molestar á tan caro amigo, y dudábamos todavía más al suponer que era imposible que aquél no se hubiera ocupado en describirnos á la bella *diva* de Bolívar, durante su mansión en Paita, cuando el escritor, representado en nueva publicación, llegó á la mesa redonda de nuestro desván, y después de saludarnos con galante dedicatoria, nos dice, así lo presumimos, estas frases: "Abre la página 101 de este nuevo libro de tradiciones que quiero llamar ROPA VIEJA, y en él hallarás lo que solicitas."

En efecto, Palma visitó en repetidas ocasiones á la *favorita*, dialogó con ella, obtuvo datos; y estudiando los caracteres de las favoritas de San Martín y de Bolívar, doña Rosa Campusano y doña Manuela Sáenz, nos acaba de trazar un estudio paralelo acerca de estas americanas, hija la una de las campiñas del Guayas, y del valle que iluminan las cimas encendidas del Cotopaxi, del Sangai y del Pichincha, la otra. (1) Fueron estas dos señoras dos caracteres admirables que sintetiza Palma así: la una fue la mujer mujer: la mujer hombre la otra.

Dejemos á Rosa en la leyenda de Palma, y sigamos con Manuela, pues ésta nos pertenece más de cerca. Unamos á los materiales que hace tiempo conservamos, los que nos suministran Palma, O'Lea-

1 En cada ocasión en que hablamos de los volcanes del Ecuador, viene á nuestra memoria el nombre del distinguido poeta español que supo hacer de América su segunda patria: Don Fernando Velarde. Una de las más elevadas inspiraciones de este sublime vate es la pieza que lleva por título: *En los Andes del Ecuador.* Es una composición tan llena de verdad y de belleza que, al leerla, se siente la necesidad de releerla: tal es el imperio que ejerce el poeta en las descripciones que nos ha dejado de la naturaleza americana.

ry en el tomo 3° de su *Narración Histórica*, que no ha visto todavía la luz pública, y además los historiadores de Colombia, y presentemos á Manuelita en todo su conjunto de luz y de sombra, de miseria y de grandeza.

Por dos faces podemos estudiar á esta célebre favorita de Bolívar: la heroína de la patria, y la mujer; y ya que de una heroína de la libertad vamos á hablar, diremos que de éstas no conocemos sino dos grupos: la mujer sufrida, abnegada, sublime en el cumplimiento del deber, que lleva por escudo la dignidad, por fuerza su fe inquebrantable, y que acepta la muerte como sacrificio que le impone la patria; y la amazona, la mujer varonil, resuelta, valerosa, que lleva en la cabeza el casco de Belona y en la mano el alfange de Judith, con el cual troncha la cabeza de Holofernes, ó el puñal vengador de la libertad con que Carlota Corday traspasa el corazón de Marat.

A este último grupo perteneció la quiteña Manuelita Sáenz, que desde sus juveniles años se afilía en el bando patriota y levanta el grito contra la dominación española. Los sacrificios de sus compatriotas y las matanzas de Quito en 1809 habían templado su alma. En 1817 se casa con el Doctor Thorne, y en 1822 aparece el nombre de Manuela Sáenz de Thorne entre las ciento doce caballerosas de la Orden del Sol. No ha aceptado la Orden republicana por mera vanidad, pues en el mismo año se la ve lanza en ristre y á la cabeza de un escuadrón de caballería, sofocar un motín en la plaza y calles de Quito. Y años más tarde, cuando se subleva la tercera división colombiana contra Bolívar, Manuela penetra, disfrazada de hombre, en uno de los cuarteles, con el propósito de reaccionar un batallón. Frustrado el intento es expulsada del Perú. (1)

1 Palma.—Ultima serie de tradiciones. *Ropa Vieja*.

Manuelita, nos refiere Palma, cabalgaba en Lima á manera de hombre, en brioso corcel, escoltada por dos lanceros de Colombia y vistiendo dormán rojo con brandeburgos de oro y pantalón bombacho de cotonía blanca. Mujer fuerte, sabía dominar sus nervios, apareciendo serena y enérgica en medio de las balas y espadas tintas de sangre, ó del afilado puñal de los asesinos.

" Manuela leía á Tácito y á Plutarco; estudiaba la historia de la península en el Padre Mariana, y la de América en Solís y Garcilaso; era apasionada de Cervantes; y para ella no había más allá de Cienfuegos, Quintana y Olmedo. Se sabía de coro el *Canto á Junín* y parlamentos enteros del *Pelayo;* y sus ojos un tanto abotagados ya por el peso de los años, chispeaban de entusiasmo al declamar los versos de sus vates predilectos. En la época en que la conocí, una de sus lecturas favoritas era la hermosa traducción poética de los *Psalmos* por el peruano Valdez. Doña Manuela comenzaba á tener ráfagas de ascetismo, y sus antiguos humos de racionalismo iban evaporándose." (1)

¡Cuán cierto es que los corazones mundanos, á proporción que envejecen, solicitan la última meta en el recinto del santuario, á las horas en que las antorchas del templo chispean á la luz velada del día! Aman la penumbra y se sumergen en ella, al comenzar á realizarse el eclipse total de la vida!

Antes de contemplar á Manuela, serena, imponente en la noche fatídica del 25 de setiembre de 1828, su cumbre histórica por excelencia, compadezcámosla en su papel de esposa liviana, de amante y amada de un grande hombre. Tendría la favorita veinte ó veinte y cinco años de edad cuando contrajo matrimonio en Quito con el médico inglés Jaime Thorne, vecino más tarde de Lima. Era éste un cumplido caballero y de buenas condiciones sociales, pero pe-

1 PALMA. Obra citada.

sado y flemático para un espíritu fogoso. La mujer de la Zona Tórrida no se aviene bien, en la generalidad de los casos, con el carácter taciturno, reservado y ceremonioso de los hijos del Norte; por lo que podemos colegir, en vista de documentos fehacientes, que el amor en Manuela fue acomodaticio, mientras que en Thorne fue apasionado. La naturaleza nos presenta estos contrastes en el gorro de nieve siempre hermanado á la cima ardiente de los volcanes andinos. Thorne era además celoso, y por lo tanto impertinente, molesto, maniático. En los corazones jóvenes, atraídos por el amor pasión, los celos avivan la llama de los afectos, que se extingue en los caracteres antitéticos. Apenas llega el Libertador á Quito en 1822, después de Pichincha, Manuela tropieza con el hombre afortunado que de cima en cima era conducido por el genio de la guerra. Se ven, se acercan, se aman, pudiendo decirse de ambos lo que se ha dicho de César: *Vini, vidi, vici.* Manuelita estaba entonces en sus días primaverales y se había dado á conocer por sus caprichos guerreros: la Amazona cautiva á Marte. Bolívar carecía de los atractivos de Apolo, pero poseía imaginación oriental, talento claro, palabra fácil, que realzaban modales cultos, la práctica en fin que le daban las conquistas de amor; todo engrandecido por la gloria y por la fama. Bolivar había conquistado el corazón de Manuelita, pero la Amazona había conquistado algo más: el dominio absoluto, el trono sin corona, en derredor del cual iba á figurar el séquito brillante de los tenientes de Bolívar, representado por las principales nacionalidades de Europa y de América. El corazón fervoroso de la bella quiteña había encontrado al fin su centro de atracción.

Entre tanto, Thorne, más enamorado que nunca, piensa en Manuela, después que ésta voluntariamente le abandona. El marido había perdido sus

fueros en el corazón de la esposa, no así el amigo que á su amiga escribía con frecuencia y le enviaba elocuentes regalos, que consistían en doblones de buenos quilates. El inglés se había tornado de hombre serio en niño llorón. Era por tanto más digno de babador que de corbata.

Y vaya una prueba al canto. A una de tantas cartas que Thorne escribía á su esposa, ésta le contesta en los siguientes términos:

"¡No, no, no, no más, hombre por Dios! ¿Por qué hacerme usted escribir faltando á mi resolución? Vamos ¿qué adelanta usted, sino hacerme pasar por el dolor de decir á usted mil veces, no? Señor, usted es excelente, es inimitable, jamás diré otra cosa sino lo que es usted; pero mi amigo, dejar á usted por el General Bolívar es algo: dejar á otro marido sin las cualidades de usted sería nada.

"Y usted cree que yo, después de ser la predilecta de este General por siete años y con la seguridad de poseer su corazón, prefiriera ser la mujer del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo ó de la Santísima Trinidad? Si algo siento es que no haya sido usted algo mejor para haberlo dejado. Yo sé muy bien que nada puede unirme á él bajo los auspicios de lo que usted llama honor. ¿Me cree usted menos honrada por ser él mi amante y no mi marido? Ah! yo no vivo de las preocupaciones sociales inventadas para atormentarse mutuamente.

"Déjeme usted, mi querido inglés. Hagamos otra cosa: en el cielo nos volveremos á casar, pero en la tierra no. ¿Cree usted malo este convenio? Entonces diría yo que era usted muy descontento. En la patria celestial pasaremos una vida angélica y toda espiritual, (pues como hombre usted es pesado) allá todo será á la inglesa, porque la vida monótona está reservada á su nación (en amores, digo, pues en lo demás ¿quiénes más hábiles para el comercio y marina?) El amor les acomoda

sin placeres, la conversación sin gracia y el caminado despacio, el saludar con reverencia, el levantarse y sentarse con cuidado, la chanza sin risa: estas son formalidades divinas, pero yo, miserable mortal que me río de mí misma, de usted y de estas seriedades inglesas etc. ¡qué mal me iría en el cielo! tan mal como si fuera á vivir en Inglaterra ó Constantinopla, pues los ingleses me deben el concepto de tiranos con las mujeres aunque no lo fué usted conmigo, pero sí más celoso que un portugués. Eso no lo quiero yo: ¿no tengo buen gusto?

"Basta de chanzas: formalmente y sin reírme, con toda la seriedad, verdad y pureza de una inglesa, digo que *no me juntaré más con usted.* Usted anglicano y yo atea es el más fuerte impedimento religioso: el que estoy amando á otro es mayor y más fuerte. ¿Nó ve usted con qué formalidad pienso?

Su invariable amiga,

"*Manuela.*"

Manuela dirige esta carta al Libertador con la siguiente nota:

"Hay que advertir que mi marido es católico y yo jamás atea: sólo el deseo de estar separada de él me hacia hablar así."

Mannelita se fotografía en esta carta al mismo tiempo que se condena. ¿Qué le importan las consideraciones sociales y que las damas de Lima y Bogotá le esquiven el trato, si ella está considerada por el séquito de Bolívar como esposa del grande hombre?

Manuela envió á Bolivar copia de la carta que precede, y el Libertador le contestó con la siguiente esquela:

"La Plata: 26 de Noviembre.

"Mi amor: ¿Sabes que me ha dado mucho

gusto tu hermosa carta? Es muy bonita la que me ha entregado Salazar. El estilo de ella tiene un mérito capaz de hacerte adorar por tu espíritu admirable. Lo que me dices de tu marido es doloroso y gracioso á la vez. Deseo verte libre pero inocente juntamente; porque no puedo soportar la idea de ser el robador de un corazón que fue virtuoso; y no lo es por mi culpa. No sé cómo hacer para conciliar mi dicha y la tuya, con tu deber y el mío. No sé cortar este nudo que Alejandro con su espada no haría más que intrincar más y más; pues no se trata de espada ni de fuerza, sino de amor puro y de amor culpable, de deber y de falta: de mi amor, en fin, con Manuela la bella.

"BOLÍVAR."

He aquí á Bolívar que igualmente se condena y no sabe conciliar la dicha de dos seres con los deberes de ambos. Luz y sombra, grandeza y miseria, la conciencia en tortura, es cuanto se desprende de la lectura de esta correspondencia amorosa. (1)

Saquemos ahora á Manuela de la Roca Tarpeya para conducirla al Capitolio. Hablemos de la noche del 25 de setiembre de 1828.

....

Por una casualidad, Manuela, que con frecuencia vivía en palacio, estaba algo indispuesta en la tarde del 25, y no había salido de la casa que habitaba. Sintiéndose el Libertador enfermo manda á llamarla, al anochecer, pero ella se excusa por no hallarse bien. Instada por aquél, y juzgando que podría

---

1 Estas cartas las hemos copiado del volumen 3º de la "Narración" de O'Leary, volumen impreso hasta la página 513, en 1883, y secuestrado por el Gobierno de Venezuela por causas que ignoramos. Háblase en estas páginas de los sucesos de 1826, 1827 y 1828. Debemos al señor Dr. Alejandro F. Feo, la atención de habernos proporcionado la lectura del volumen secuestrado. Reciba este amigo nuestro agradecimiento. No creemos pasen de tres los ejemplares salvados de tan rico acopio de documentos referentes á los años de 1826, 1827 y 1828.

serle útil, se abriga, y como había llovido se pone doble calzado, queriendo evitar la humedad. Al llegar á la mansión del Libertador se impone de que todo el mundo estaba indispuesto, comenzando por Bolívar y continuando por su sobrino Fernando, el edecán capitán Ibarra, el mayordomo Palacios, y ausente, por estar igualmente indispuesto, el edecán Coronel Ferguson. Fuera de la pequeña guardia de ordenanza, nadie más estuvo de facción al cerrarse la puerta de palacio, ni temores inmediatos abrigaba el Libertador, quien después de un baño tibio durante el cual le leía Manuela, se entregó al descanso. Bolívar no había dado oído á las repetidas denuncias de una conjuración, aunque creía que iba á reventar una revolución, y contando quizá con su buena estrella no tomó precauciones.

Las doce de la noche serían cuando los perros de palacio ladran, y tras éstos se sienten ruidos en la puerta del edificio. Era el momento en que los conjurados, en posesión del santo y seña y contraseña, después de engañar á los centinelas, bregaban por la entrada. Manuela despierta á Bolívar, y le instruye de lo que presiente. Bolívar se arroja del lecho, toma su espada y una pistola, y se encamina á la puerta de la sala para abrirla. Manuela le contiene y le aconseja vestirse, lo que ejecuta con denuedo y prontitud, y no encontrando de pronto las botas se calza los zapatos dobles de la favorita.

—Bravo, dice Bolívar á la favorita; vaya, pues, ya estoy vestido ¿y ahora qué hacemos? Hacernos fuertes?

Dirígese por segunda vez á la puerta, hacia la cual se aproximaban los conjurados. Manuela lo detiene y le señala el balcón bajo del palacio que cae á la calle lateral.

—¡Al cuartel de Vargas! exclama Manuela.

—Dices bien, contesta Bolívar, y avanza hacia el balcón.

Pero Manuela le detiene por tercera vez, pues siente qus pasa gente; y tan luego como queda la calle silenciosa, abre el balcón y sin tiempo ya para ayudarle á salvarse ni para cerrar las hojas de aquél, sale al encuentro de los conjurados que, sedientos de sangre, la agarran y la interpelan.

—Dónde está Bolívar? preguntan los invasores.

—En el Consejo, responde Manuela con serenidad.

Lánzanse sobre el primer dormitorio, pasan al segundo y al ver el balcón abierto, exclaman "huyó, se ha salvado."

—No, señores, no ha huído, está en el Consejo, dice Manuela con voz clara y con ademán resuelto.

—Y por qué está abierta esta ventana? replican los conjurados.

—La abrí, contesta Manuela, porque deseaba conocer la causa del ruido que sentía.

La heroína comprende que ha pasado ya tiempo suficiente para que Bolívar se escape y alimentando la esperanza de los conjurados, los interna, les habla de la casa nueva llamada el Consejo, donde estaba Bolívar, mito con el cual pudo entretenerlos. Chasqueados y enfurecidos los conjurados agarran á Manuela, se la llevan, cuando el grupo tropieza con el edecán Ibarra que al abrir la puerta de su dormitorio, ya armado, avanzó sobre los invasores y fue herido por uno de éstos.

—¿Con que ha muerto el Libertador? preguntó el joven edecán á Manuela.

—No, no, contesta Manuela imprudentemente, el Libertador vive.

Al escuchar esto, uno de los conjurados toma por el brazo á Manuela, la interroga de nuevo y no

pudiendo saber nada, la lleva á las piezas interiores; y después de situar centinelas en las puertas y ventanas, todos huyen.

Entretanto, Manuela acompaña á Ibarra y lo hace acostar en el lecho del Libertador, donde iba á ser atendido por los médicos. En esto se escuchan pasos de botas herradas por la calle: era Ferguson que, á pesar de estar enfermo, quiso venir en solicitud del Libertador. Manuela abre el balcón, y el edecán la reconoce á los rayos de espléndida luna.

—¿ Dónde está el Libertador ? pregunta Ferguson á Manuela.

—No sé, contestó ésta (quizá por no informar á los centinelas.) No éntre, Ferguson, porque lo sacrifican, agrega la favorita.

—Moriré cumpliendo con mi deber, contestó el valeroso inglés.

A poco suena un tiro: era el pistoletazo que descargaba Carujo sobre su íntimo amigo Ferguson en los momentos en que éste llegaba á las puertas del palacio. Como por encanto las guardias abandonan entonces sus puestos, y soldados y jefes huyen. Tras éstos sale Manuela en solicitud del doctor Moore para que curara al edecán Ibarra. El doctor, salvando peligros, llega á la alcoba del Libertador, en tanto que Manuela llama á Fernando, el sobrino de Bolívar, y acompañada de él toman el cadáver de Ferguson y lo conducen al dormitorio del Mayordomo José que se hallaba gravemente enfermo. (1)

¿ Dónde estaba el Libertador en aquellos instantes en que sus tenientes, unos tras otros, le buscaban por todas partes ?

1 Datos tomados de la descripción del suceso del 25 de setiembre, escrita por Manuela Sáenz para el General O'Leary.

Escuchemos el relato que nos ha dejado el General Posada en sus MEMORIAS.

"El Libertador, que al arrojarse por la ventana, dejó caer su espada, tomó la dirección del Monasterio de las Religiosas Carmelitas, oyendo tiros por todos lados y el grito de "murió el tirano!"—En tan imponderable agonía tuvo un auxilio providencial: un criado joven de su confianza se retiraba al palacio y oyendo el fuego y los gritos corría resuelto á donde su deber lo llamaba, y viendo un hombre que á paso acelerado caminaba en la dirección que he indicado, le siguió y conociéndole él, llamó, nombrándose. (1) Bolívar con esta compañía consoladora, procuraba llegar al puente del Carmen para tomar la orilla izquierda del riachuelo llamado de San Agustín, que toca con el cuartel de Vargas, á fin de incorporarse á los que por él combatían; pero al llegar al puente, el criado le hizo observar que aunque los tiros se oían en diferentes direcciones, el fuego era más activo en la plazoleta del convento por donde habrían de pasar. En efecto, Bolívar llegaba al puente en momentos en que los artilleros se replegaban y los de Vargas salían del cuartel. Una partida de artilleros en retirada, seguida por otra de Vargas y tiroteándose, se replegaba precisamente por la orilla del riachuelo que Bolívar se proponía seguir; se oían mezcladas las voces de "murió el tirano" y de "viva el Libertador," y perseguidos y perseguidores se acercaban, sin poderse juzgar quiénes serían los primeros y quiénes los segundos. El momento era crítico, terrible: "mi General, sígame; arrójese por aquí para ocultale debajo del puente," dijo el fiel criado; y sin es-

1 El nombre de este oficial, tan fiel como noble, es JOSÉ MARÍA ANTÚNEZ, hijo de Maracaibo. Acompañó á Bolívar desde 1821 y le dejó al morir en Santa Marta, en 1830. Pobre y abatido tornó á Caracas, donde encontró generoso asilo y protección en la familia del señor Ramón Azpurúa. Cargado de años murió en 1868.

perar la respuesta se precipitó de un salto y ayudó al Libertador á bajar, casi arrastrándolo tras sí.—Un minuto después pasaron artilleros y Vargas por el puente, continuando el tiroteo, hasta que alejado, quedó todo en silencio por aquel lado." (1)

¡Qué noche! Toda la ciudad se puso en vigilia desde el momento en que los conjurados se apoderaron del palacio. Por todas partes se escuchaban gritos y disparos. Las compañías del batallón Vargas perseguían á los artilleros sublevados, y eran las calles de la ciudad el dilatado campo de batalla. A las repetidas voces de los conjurados, *muera Bolívar*, *muera el tirano*, contestaban los sostenedores del orden con las de *Viva el Libertador*, *viva Bolívar*. Poco á poco van extinguiéndose los gritos sediciosos, y sólo uno que otro tiro se oye en lontananza. La conjuración estaba vencida. Grupos de oficiales y ciudadanos á pie y á caballo recorren las calles, y aclamaciones atronadoras de *Viva el Libertador*, *viva Bolívar*, herían los aires. Han pasado una, dos y tres horas de angustia: la conjuración ha sido vencida, pero el Libertador no parece. ¿Dónde está Bolívar? es la pregunta que sale de todos los labios. Sólo éste y el criado fiel que le acompañaba lo sabían. La angustia se apodera de nuevo de los defensores. Entonces el General Urdaneta, Ministro de Guerra, dispone que partidas de infantería y de caballería saliesen en todas direcciones en solicitud del Libertador. Explendida luna iluminaba aquel campo de desolación.

"Bolívar, entre tanto, dice Posada, agonizaba en la más grande incertidumbre bajo el puente protector: partidas de Vargas pasaban gritando: ¡viva el Libertador! y temía que fuese una aclamación alevosa para descubrirlo.

---

1 Posada.—Memorias histórico políticas.

"Después de casi tres horas de ansiedad, oyendo los pasos de unos caballos que se acercaban, y los gritos que se repetían de "viva el Libertador," mandó al criado que le acompañaba que saliese con precauciones, arrimándose á una pared, á ver quiénes eran los que venían: eran el Comandante Ramón Espina, hoy General, y el Teniente Antonio Fominaya, Edecán del General Córdova, que conocidos por el muchacho, le anunciaron que estaba salvo. Salió, pues, con dificultad de la barranca, se informó de lo que pasaba, y en aquel momento, llegando el General Urdaneta con otros Jefes y Oficiales, el reconocimiento y el hallazgo hicieron derramar lágrimas á todos. En pocos instantes supo la ciudad la fausta noticia, por mil gritos repetidos en todas direcciones. El Libertador, mojado, entumecido, casi sin poder hablar, montó en el caballo del Comandante Espina y todos llegaron á la plaza, donde fue recibido con tales demostraciones de alegría y de entusiasmo, abrazado, besado hasta del último soldado, que estando á punto de desmayarse, les dijo con voz sepulcral: ¿queréis matarme de gozo acabando de verme próximo á morir de dolor?"..

....

Cuando Bolívar, ya en el palacio, después de haber recibido numerosas felicitaciones de nacionales y extranjeros, quiso reposar y conciliar el sueño, como lenitivo á tantas angustias, quedó acompañado de la favorita, pero ni el uno ni la otra pudieron descansar: ambos estaban febricitantes y bajo el peso de horrible pesadilla. En estos momentos fue cuando Bolívar dijo á la favorita: TU ERES LA LIBERTADORA DEL LIBERTADOR: título de gratitud con el cual ha pasado á la historia esta mujer original.

Antes de que el Gobierno de Colombia, en vista y conocimiento de cuanto acababa de suce-

der, tomara medidas enérgicas como lo demandaban las circunstancias del momento, la primera inspiración de Bolívar fue noble y generosa: deseaba el perdón de los conjurados; mas tan elocuentes ideas no tuvieron el resultado que él deseara. La política tiene sus necesidades; es exigente, para lo cual apela en la mayoría de los casos al cadalso.

El proceso de la conjuración fue abierto, y víctimas y persecuciones fueron la recompensa de los principales culpables. La ley se impuso y condenó: no así la favorita que supo desplegar nobleza de alma á la altura de la obra meritoria, de la cual descollaba como heroína. Aun faltando á los fueros de la verdad, Manuela arrancó víctimas al cadalso, y devolvió la paz y el contento á muchos hogares.

En la mayoría de los infortunios humanos está el triunfo del corazón. Los odios, las rivalidades, la envidia, la venganza; todo, todo desaparece ante la noble generosidad que inspiran el dolor, la miseria, el infortunio, que siguen al desborde de las pasiones tempestuosas; y es la generosidad en estos casos como el iris después de la borrasca, nuncio de paz y de perdón. Bolívar y Bermúdez lloraron al abrazarse. Los jefes, oficiales y soldados al ver salvado á Bolívar, en la noche del 25 de setiembre de 1828, después de victorearlo y aun besarlo desde el último soldado hasta el primero de los Tenientes, lloraron también, y todavía á los veinte y más años de estar en el sepulcro las víctimas y victimarios de aquella noche terrible, Garibaldi y Manuela Sáenz se enternecen al despedirse á orillas del grande Océano en 1850. El llanto tiene mucho del cielo, porque tras la lágrima está el corazón plácido y el espíritu inspirado por las grandes virtudes, dón de Dios á la criatura.

¿Cómo podremos hoy juzgar á la mujer que se

conoce en la historia con el título de *Libertadora del Libertador?*

Como mujer, como esposa, la justicia ha fallado y la condena. Como heroína generosa, la historia la admira.



LA SANTA RELIQUIA DE MARACAIBO

A DON EMILIO MAURI

(DIRECTOR DE LA ACADEMIA NACIONAL DE BELLAS ARTES).

El nombre árabe de Gibraltar lo llevan hoy en la superficie de la tierra dos localidades: el Gibraltar europeo, tan celebrado, y el Gibraltar venezolano, pueblo situado en el extremo Sud del lago de Maracaibo.

Para los que conocen un poco la historia y la geografía antigua del Mediterráneo, el nombre de Gibraltar trae á la memoria los de Calpe y Ávila, las columnas de Hércules del mundo fenicio, la última Tule por el Noroeste de los navegantes antiguos.

Todo en Gibraltar es marcial, desde su origen, grandiosidad de la naturaleza y tenacidad del hombre. Gibraltar es corrupción del nombre árabe Djebel al Tarik que equivale á Montaña de Tharik, nombre éste del primer general moro que desembarcó en aquellos lugares en 711. En cuanto á su naturaleza, Gibraltar es un peñón de cuatrocientos metros de altura, baluarte de rocas, aborto titánico, cuando en remotas épocas surgieron las montañas

hespéricas que luchando con las de Atlas y de los Apeninos, formaron la cuenca del Mediterráneo, que después debían conquistar las aguas del Atlante. Desde entonces éste pasea sus olas sobre las costas, y lame los pies de las montañas, en tanto que las aguas del Mediterráneo, vergonzosas y pesadas, se escapan por debajo y van al Océano, subiendo escalas á manera de salteadores que surgieran de los tenebrosos abismos.

Cuando se dice Gibraltar, viene á la memoria no sólo la obra de la naturaleza, sino también la de los hombres, la fortaleza ciclópea erizada de cañones, llena de fosos y de galerías subterráneas, armada á maravilla y custodiada por soldados invisibles.—¡Santo Dios! qué monstruo tan dispuesto siempre á vomitar toneladas de metralla sobre los pobres barquichuelos que atraviesan el famoso estrecho! Hace ciento ochenta y seis años que Albión se ha incrustado en el cuerpo de la madre España, y hasta hoy no ha habido poder humano suficiente para sacar de las carnes de la señora esta garrapata, este pólipo, esta escrecencia que ha resistido á todos los cauterios y disolventes más poderosos. Inútil ha sido la diplomacia, é inútil será la sorpresa, porque Gibraltar es campo volante, avanzada donde jamás se duermen los centinelas, ni se abandona la custodia del cañón. El día en que este volcán de metralla estremezca las aguas del Mediterráneo. será el día de la *última ratio regum*, es decir, la Europa victoriosa contra John Bull.

No puede al pronto comprenderse por qué se le puso el nombre de Gibraltar, que implica las ideas de roca, de montañas, de alturas, de escarpas y abismos, á una costa de Maracaibo, baja, anegadiza y cubierta de bosques. Tal contraste tiene que haber obedecido á causa desconocida. Los castellanos bautizaban las más de las regiones ameri-

canas por los recuerdos que les despertaban las provincias españolas. De ahí, que pusieran el nombre de Nueva Andalucía á las bellas regiones bañadas por el Magdalena y el Orinoco, con su cielo azul, su vegetación esplendente, sus noches pobladas de estrellas, que hacían recordar las costas andaluzas bañadas por los tibios rayos del África. Los mismos recuerdos tuvieron cuando fundaron á Nueva Cádiz, Nueva Córdoba, Mérida, Trujillo, Nueva Segovia, Valencia, etc., etc. Pero si mayormente el recuerdo de la patria fue la idea dominante, en el nombre de Gibraltar no entró como actor principal sino la guasa de la soldadesca. Es el caso, refiere la tradición, que cuando el conquistador Gonzalo de Piña Ludueña merodeaba á orillas del Lago de Maracaibo, por los años de 1599 á 1600, en persecución de los indios motilones, hubo de pernoctar, por acaso, en los lugares donde aquél fundó la villa de Gibraltar. Los soldados, sin esperarlo, fueron sorprendidos por un eclipse total de luna que les trajo recuerdos gratos del patrio suelo. Todos se extasiaban en la contemplación del fenómeno, cuando uno de ellos, á quien habían despertado, apareció entre sus compañeros y exclamó:—"Este lo ví yo en Gibraltar, cuando estuve de guarnición."—"Cómo!—le interrogaron sus compañeros—cómo es posible que hayas visto este mismo?—Sí, sí—exclamaba el palurdo—es el mismo, el mismito."

La guasa que se apoderó de la soldadesca contra el ignorante soldado, fue tal, que Piña Ludueña, al fijar el lugar en que debían establecerse para dominar á los motilones, le bautizó con el nombre de *San Antonio de Gibraltar*, en memoria de este suceso y de Gibraltar, cuna de su nacimiento.

Posesionados los castellanos de esta localidad comenzaron á edificar casas y templos, á desmontar las costas para formar haciendas de cacao, y á

traer á la villa cuantos recursos podían haberse de Maracaibo y España. Y á tal grado llegó el entusiasmo de los pobladores, que familias ricas de la nobleza de Maracaibo, juzgaron como meritorio fundar haciendas en Gibraltar, introducir esclavos y pasar en la nueva villa algunos meses del año. La competencia entre las dos llegó á su colmo, cuando hubo de concederse á la de Gibraltar más riquezas y comodidades que á la de Maracaibo, y más porvenir por la fertilidad de sus tierras, abundancia de sus cosechas, y las importaciones que hacía para su comercio en los pueblos andinos.

La Gibraltar venezolana tiene, como la Gibraltar española, su historia, en la cual no faltan episodios interesantes, aventuras que nos trasportan á la época romana del rapto de las sabinas y también rasgos sublimes de generosidad y de barbarie, dignos del drama y de la leyenda. Antes de que Piña Ludueña fundara el pueblo de Gibraltar en 1599, hacía muchos años que estas costas eran el azote de los indios Quiriquires, tribu feroz de la nación Motilona. Hábiles marinos, los indios atacaban siempre á los castellanos que aportaban sus mercancías á estas regiones del Lago de Coquibacoa, y con tanto éxito, que regresaban siempre á sus escondites con géneros de seda, de los cuales se servían para hacerse mantas; de pasamanos de plata y de oro que empleaban en cuerdas de hamacas; de leznas que colocaban como púas en sus flechas, y de mil objetos más de los cuales sacaban provecho. Al fin, después de mil piraterías, fingieron paz con el Encomendero Don Rodrigo de Argüello, aparentando cierta sumisión momentánea. Después de haber partido Piña Ludueña para la gobernación de Caracas, donde murió en 1600, en la madrugada del 22 de julio de este año, el día de la Magdalena, fue Gibraltar atacado por los Quiriquires unidos a los Eneales

y Aliles, quienes en ciento cuarenta canoas y en número de 500 hombres cayeron como recio vendabal sobre la indefensa población, que no los aguardaba. La mayor parte de sus habitantes es víctima de la muerte, y los pocos que, inspirados por valor heroico, tratan de contener á los invasores, desaparecen al fin en medio de espantosa carnicería. El fuego cunde al par que la matanza, y de tanta desolación y espanto sólo escapan los moradores que pudieron correr y ampararse en las vecinas haciendas. Al saqueo y la matanza siguió el incendio que por todas partes destruyó las pajizas chozas. "Y queriendo los vencedores, dice el cronista castellano, que pasara por el mismo rigor la iglesia, entraron en ella, y estando unos robando sus ornamentos, otros se ocupaban en flechar con las flechas de puntas de lezna un devotísimo Crucifijo de bulto que estaba encima del altar, fijado en un tronco de nogal, de las cuales cinco quedaron clavadas en el Santo-Cristo, una en una ceja, dos en los brazos, otra en el costado y en una pierna y señal de otras en muchas partes del cuerpo. Lo cual hecho, y acabado de robar lo que hallaron en élla, le pegaron fuego, que por ser también de palmiche como las demás del pueblo, con facilidad se abrasó, y cayó ardiendo gran parte de la cubierta sobre el Cristo: pero de ninguna manera se quemó ni el cuerpo ni la cruz donde estaba, ni aun una pequeña imagen de la Concepción de papel que estaba pegada en la misma Cruz bajo de los pies del Cristo con haberse quemado, hacerse carbón el tronco ó cepo donde estaba fijo, de suerte que se halló casi en el aire la Cruz con el devotísimo Cristo; sólo en una espinilla tenía pequeña señal del fuego como ahumado sin penetrarle." (1)

1 Fray Simon. Noticias Historiales de tierra firme. Primera Parte, 1625.

Agrega la tradición que cuando los indios vieron al Cristo en el aire, se llenaron de pavor y huyeron, mientras que otros pidieron perdón. Sea de esto lo que se quiera, el historiador Oviedo y Baños, el hablar de Maracaibo, nos dice: "Venérase en la iglesia parroquial una devota imagen de un milagroso Crucifijo, á quien los indios Quiriquires, habiéndose levantado contra los españoles el año de 1600, y saqueado y quemado la ciudad de Gibraltar, en cuya iglesia estaba entonces esta hechura, con sacrílega impiedad hicieron blanco de sus arpones, dándole seis flechazos, cuyas señales se conservan todavía en el santísimo bulto, y es tradición asentada y muy corriente, que teniendo antes esta imagen la cara levantada (por ser de la espiración), como lo comprueba el no tener llaga en el costado, al clavarle una de las flechas que le tiraron sobre la ceja de un ojo, inclinó *la cabeza* sobre el pecho, dejándola en aquella postura hasta el día de hoy." (1)

Pero lo que da á este asalto de los Quiriquires á Gibraltar cierto interés novelesco es el *rapto de las sabinas.* Entre las mujeres cautivas de los indios estaba la esposa del Encomendero Argüello, Doña Juana de Ulloa, con sus hijas Leonor, casada, Paula, soltera, y otra hermana de cortos años á la cual llamaremos Elvira, por ocultarnos su nombre el cronista. Llenos de odio y de venganza los indios ahorcan á Doña Leonor, la cual espiró colgada de la rama de un árbol. Sobre el cuerpo desnudo comienzan entonces los Quiriquires á lanzar numerosas flechas que fueron clavándose en las carnes de aquella desgraciada mujer; y tal fue el número de proyectiles, que cuando á poco los castellanos que regresaron al pueblo destruido, cortaron la soga de la cual pendía del árbol el cadáver de

1 Oviedo y Baños. Historia de la Conquista y Población de la Provincia de Venezuela.—Madrid 1724. 1 vol. en 4º

la señora, éste cayó de pie, sostenido por las flechas que simulaban un erizo de aspecto repelente. Las tres cautivas fueron conducidas por los vencedores á sus escondites, situados en los remansos y ciénegas del río Zulia. Despojadas de sus vestiduras castellanas hubieron de aceptar la denudez indígena y las costumbres que les fueron impuestas. Dos de ellas, Leonor y Paula, fueron aceptadas como esposas de dos de los principales caciques, quedando Elvira para cuando tuviera la edad, según la costumbre indígena, de tener marido ó dueño.

Por una y dos veces más regresan los quiriquires á Gibraltar reconstruido, y en ambas ocasiones roban á la población, llevándose nuevas cautivas, tanto castellanas como americanas. Entre los castellanos que se habían salvado de tantas desgracias, estaba el hijo del Encomendero Argüello, hermano de las cautivas, quien no tenía otro pensamiento que librar á éstas del poder de aquellos hombres feroces. A los seis años de triste cautiverio es salvada Leonor, la casada, la cual tenía ya una hija de cuatro años. Desnuda y no llevando por vestido sino el guayuco indígena, aparece la castellana ante sus compatriotas, quienes se apresuran á vestirla con las mantas que llevaban. Ruborízase la esposa al verse libre del yugo que le había impuesto la suerte, pero se humilla y reálzase ante los decretos del Altísimo. Reconócela á poco su marido, tiéndele los brazos, compadécela, admírala, ámala de nuevo al verla desgraciada, y acepta como suya la nueva hija que le traía. A poco aparece Paula trayendo dos hijos. Años más tarde, en 1617, los castellanos, al verse saqueados por tercera vez por los indios, acometen á éstos en sus mismas guaridas, y rescatan á Elvira. Frisaba ésta en los veinte y un años y estaba acompañada de dos varones y de una niña preciosos. Como prisionero estaba

el cacique que le había tocado de marido y al cual le esperaba la horca como á todos los prisioneros habidos. Elocuente es la escena que nos aguarda.

Van á sacrificar al cacique cuando el llanto se apodera de Elvira. Repréndela el hermano, que era uno de los vencedores, y ella contesta:

—Es el padre de mis hijos, es también mi padre, pues desde muy niña he estado en su compañía diez y siete años. Suplica, llora, pero todo es inútil; el cacique es inmolado con los demás prisioneros.

Este acto de barbarie tuvo á poco su corolario. Después de haber confinado á diversos lugares dentro y fuera de Venezuela, á los prisioneros inocentes, el hijo de Argüello toma á Elvira, á sus tres hijos y á otras personas y los conduce en una canoa á Maracaibo. En el camino cercano á la costa toma con disimulo los tres ángeles, los lleva á tierra, y con un puñal los sacrifica, alegando que no admitía el que su hermana tuviese hijos de un indio. Y la pobre viuda, la madre en su dolor, encontró lenitivo á su desgracia en el corazón de las otras hermanas que continuaron amando á sus hijos: los hijos de la desgracia, no de la deshonra. A los quince días de haber llegado el hijo de Argüello á Maracaibo, sucumbió de cruel dolencia.

¡Cuántos contrastes en estos hechos! Leonor al recuperar el amor de su esposo encuentra al protector de su hija: Paula bendice á Dios porque le conserva los suyos, en tanto que Elvira ve sacrificar á su padre adoptivo y al padre de sus bellos ángeles, por la venganza y ruindad de su hermano. La nobleza del esposo corona la desgracia de Leonor, y en Paula triunfa el amor de madre, tan desgraciado en Elvira. El grupo de las tres hermanas lo real-

zan el deber, la maternidad, el sentimiento que sublima el infortunio.

Preguntados los indios, por qué sus predecesores habían flechado al devotísimo Crucifijo en 1600, contestaron que todos los actores de aquel suceso habían tenido muy triste fin, y que por esta razón no habían saqueado el templo en las otras ocasiones en que habían destruido el pueblo.

Al abandonar las ruinas de Gibraltar los pocos de sus moradores que sobrevivieron á tanta desgracia, llevaron consigo el Santo-Cristo que depositaron en el templo principal de Maracaibo. Pero á poco hubieron de retornar, obligados por la fuerza, con el objeto de restablecer á la segunda Gibraltar, que fue reconstruida de una manera tan sólida como duradera. De nuevo apoderóse de los habitantes de esta comarca el espíritu de comercio con los pueblos de la cordillera andina, apareciendo Gibraltar rica, poblada y sin temores respecto de los indios motilones, que no se atrevieron á sorprenderla. En posesión de nuevas riquezas y construida la ermita que iba á servirles de Templo, los gibralteños reclaman el Santo-Cristo á los moradores de Maracaibo, quienes se niegan á entregarlo. Guardianes de una efigie que había resistido al fuego y á los instrumentos mortíferos de los indios, se resisten por repetidas ocasiones á la entrega del tesoro piadoso que se les había encomendado, prefiriendo que se les hiciera el reclamo por los tribunales, antes de ver salir la santa reliquia, de la cual no poseían ningún título de propiedad.

Enojosa cuestión iba á ventilarse, y, como en casos semejantes, dos partidos surgieron, reclamando iguales derechos. De un lado aparecían los moradores de Gibraltar, compactos y firmes, acompañados de muchos habitantes de Maracaibo, y del otro, gran porción del pueblo de esta ciudad. Competencia tan absurda, después de engendrar disgustos persona-

les, hubo de atravesar el Atlántico, como todas las que se ventilaban en las diversas capitales de la América, en solicitud de una solución real. Según dice la tradición y asegura Fray Juan Talamaco en la novena de la Santa Reliquia, escrita ahora años "los señores del Consejo de Indias remitieron la resolución al mismo Cristo, ordenando que la imagen fuese embarcada cuando soplase el viento hacia Gibraltar, y que el lugar de la costa del lago adonde llegara el divino Pasajero, *sería el dueño* de tan deseado tesoro."

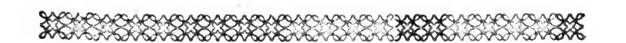
Después de sentencia tan peregrina, los dos partidos deseando concluir cuestión tan enojosa, quisieron tomar parte en la ceremonia que iba á efectuarse, y la cual consistió en colocar la Santa Reliquia en una embarcación, en medio de las aguas, distante de Maracaibo, y dejarla á la ventura, desde el momento en que soplara el viento hacia Gibraltar. Pero como el resultado final no podía conocerse sino después de hechos repetidos, establecióse que debía hacerse el ensayo en tres ocasiones. Dispúsose que ambos partidos, en embarcaciones de todo género, formando alas separadas, fueran tras de la nao conductora del Santo-Cristo, y á distancia. En la primera vez, después que se inflaron todas las velas de las naos en dirección á Gibraltar, condújose al lugar designado de antemano la nave misteriosa, la cual fue entregada al capricho de las olas. Con gracia surca las aguas y es saludada por los vivas de ambos partidos, cuando de repente se detiene frente á la *Punta del chocolate*, de donde no continúa ni con el viento, ni con el remo. Al segundo día se efectúa la segunda prueba y lo mismo acontece. Cuando al tercer día, todo el mundo aguardaba igual resultado y colócase el Cristo en un cayuco, los ánimos quedan de pronto sorpendidos por un milagro. El Cristo seguia los impulsos del viento, cuando éste cesa, y el cayuco retrocede al puerto de Maracaibo,

saludado por los gritos de ambos partidos. De esta manera tan misteriosa como inesperada, pudo la sociedad de Maracaibo entrar en posesión completa de la Santa Reliquia de Gibraltar.

Gibraltar que había perdido su Cristo á poco de comenzar el siglo décimo séptimo, debía perder su grandeza á fines del mismo siglo. Saqueada fue por el pirata francés El Olonés, en 1666, por el pirata inglés Morgan, en 1669, y por el Capitán Gramont, en 1678.

Las tres primeras Gibraltar desaparecieron bajo el fuego de los motilones; la cuarta, quinta y sexta bajo el saqueo de los filibusteros; la séptima, montón de casas pajizas, sin población, sin riquezas, es una triste reminiscencia de su pasada grandeza. Entre los viejos escombros de piedra y en medio de las espaciosas salas de la nobleza maracaibera, vegetan árboles seculares, mientras que á orillas del lago, graznan las aves acuáticas, y el boa duerme entre las raíces cenagosas de los manglares, al soplo ardiente de temperatura tropical:

Lo que va de ayer á hoy,
Ayer maravilla fuí
Y hoy sombra de mí no soy.



VALENCEY *

A DON DOMINGO OLAVARRIA

De como Morales se burló de España y del General La Torre, tal pudo ser el título de la leyenda que bautizamos con el glorioso nombre de Valencey, justo título éste, que cuando va á tratarse de un militar de los quilates del General español La Torre, el antagonista de Bolívar en el célebre campo de Carabobo, el historiador justiciero no se detiene en la rota inesperada, en la cual pueden haber obrado quizá intrigas, perfidias ó manejos insidiosos, sino en los episodios brillantes en

* Valencey es corrupción del francés Valençai, nombre éste del soberbio palacio, en el departamento del Indre, donde, por orden de Napoleón I, residió el príncipe de Asturias, después Fernando VII, desde 1808 hasta 1814.

El nombre de Valencey lo llevaron en Venezuela dos batallones. El uno, compuesto de españoles, llegó con Morillo en 1815, trayendo el nombre de "Unión" que cambió por el de "Valencey." El segundo se compuso de criollos y militó en los días de Carabobo, bajo las órdenes del Brigadier Pereira. Mientras que los restos del primero se salvaron en Puerto Cabello, después de Carabobo, las tropas del segundo, en su mayor parte, se embarcaron en La Guaira para Puerto Rico, con su Jefe el Brigadier Pereira, después de honrosa capitulación.

que figura el vencido que se retira con honra, conserva el honor de su bandera y se levanta sobre todas las miserias del humano linaje. Valencey es un nombre tan glorioso para España como para Venezuela, y sin este sublime episodio, Carabobo sería un cuadro sin horizonte. Vencedora de los españoles la primera división del ejército patriota, porque así lo impuso la suerte de la guerra; vencidos, dispersos y destruidos los célebres batallones españoles y en fuga la caballería de Morales; la persecución de Valencey, único cuerpo que pudo resistir á los repetidos choques del ejército patriota que no había podido conseguir las primicias del triunfo, era nueva batalla que exigían, no los ardides de la guerra, sino las necesidades de la honra y de la gloria republicanas. Valencey es el corolario histórico de un gran triunfo. Cuando en la la tarde del 24 de junio de 1821, la silueta de Valencey se divisa en el horizonte de la pampa carabobeña, iluminada por los rayos de un sol de ocaso, después de haber resistido los más terribles embates de los centauros de Páez y de los batallones patriotas, el corazón republicano se llena de entusiasmo al contemplar aquel pelotón de héroes que, después de lucha admirable, siempre en retirada, durante nueve leguas, aguarda la sombra para descansar en torno á la bandera gloriosa que representaba para ellos el valor desgraciado, la honra, la gloria del patrio suelo.

El nombre de Valencey está hermanado al de Carabobo, sitio de dos batallas célebres en los fastos de nuestra historia. Y si la Carabobo de 1814 nos recuerda los nombres de Cajigal, de Ceballos, de Correa, de Calzada y otros Jefes españoles que pudieron escaparse después del desastre, la Carabobo de 1821 nos habla de García, y de La Torre, Jefes valerosos y dignos del ejército español, vencido en la inmortal pampa.

Al dejar Morillo á Caracas, después del armisticio de 1820, quedó como primer Jefe del ejército español en Venezuela, el General La Torre, y como segundo el General Morales, que venía figurando desde 1812. La Torre y Morales eran dos tipos diametralmente opuestos, tanto en lo militar como en lo social y moral. Lo que tenía La Torre de caballeroso, de honrado, de pundonoroso y culto, de distinguido y apuesto, siempre en el camino del deber y de la patria, lo tenía Morales de ruín, de envidioso, de insubordinado, de cruel, de codicioso.

Sin educación y sin ninguna de las virtudes que distinguen al hombre de buenos quilates, Morales no carecía de algún talento militar. Oriundo de las islas Canarias había llegado joven á Venezuela, estableciéndose en Barcelona como regatón, y á poco como sirviente del Comandante Don Gaspar Cajigal, que murió en 1810, primo-hermano del Brigadier del mismo nombre que figuró en las filas españolas. Cuando un grupo de peninsulares se alzó en Barcelona contra el Gobierno patriota, en junio de 1812, el joven sirviente acompañado del Padre Márquez y de otros venezolanos, dió comienzo á su carrera militar. Desde entonces apareció Morales en nuestra historia como Capitán, Comandante, Coronel, y últimamente como General en Jefe, descollando en toda ocasión como uno de los militares más activos, tácticos y temidos, entre el grupo de monstruos que representaron, en el bando español, la devastación, el terror, la *guerra á muerte.*

Vengativo, rencoroso, arbitrario y ensimismado, para Morales no habían españoles ni venezolanos, si se trataba de satisfacer una venganza, de conseguir algo que llenara la copa de sus deseos. Ni patria ni Rey existían para él, pues solo su persona, su gloria, su satisfacción le bastaban. Si valor y talento desplegaba, cuando de ello iba á conseguir mando ó pitanza, de indiferentismo se revestía

cuando, por su inacción, podía dejar en la estacada algún militar que le hiciese sombra ó aquel á quien juzgase inferior á él en servicios, opinión y méritos; (1) y de seguro que al indiferentismo unía un trabajo de zapa en el cual desarrollaba el canario toda su astucia y maldad, las cuales sabía encubrir con la piel del cordero.

Roto el armisticio, y obligado La Torre á continuar la guerra, juzgó que era llegado el momento de reconcentrar todas sus fuerzas y oponerse al ímpetu de los patriotas, deseoso de dar remate á una guerra devastadora que se prolongaba. Bolívar, que abrigaba estas ideas, llamó á su lado las principales divisiones del ejército patriota, al mismo tiempo que ponía en jaque los cuerpos más distantes del ejército español, para evitar así que llegaran al campo de La Torre. En la mente de los beligerantes se proyectaba la pampa de Carabobo, como sitio propicio, donde podrían obrar con libertad los diversos cuerpos de infantería y caballería de ambos ejércitos.

Bolívar y La Torre obraban pues, con cordura, y solicitaban un hecho de armas que pusiera fin á tan prolongada contienda. Pero Bolívar no tenía en esta ocasión sobre sus contrarios, la ventaja de 1814, en que fue dueño de la pampa carabobeña y pudo aceptar una batalla en buen terreno, sino todo lo contrario; Bolívar tenía ahora que atacar á los españoles por los puntos más difíciles, y abrirse paso por los lugares más escabrosos, teniendo antes de entrar en batalla, que vencer la quebrada, el

1 Refieren los paísanos del General Morales, que cuando ahora cincuenta años, fue Gobernador de las Canarias, dejó su nombre bien puesto, por haber contribuido al ensanche y progreso de aquella provincia. Esto nos es satisfactorio, y quiere decir que si hay hombres que figuran, durante su juventud, como hienas, en las revoluciones sangrientas, al llegar á la edad provecta se domestican, se civilizan y tratan de borrar con su buena conducta, si cabe, el recuerdo de épocas luctuosas en las cuales figuraron.

desfiladero y los accidentes del terreno que oponían fuerte barrera al libre paso de sus infantes y caballerías. Terrible iba á presentarse la lucha; mas un agente secreto y al mismo tiempo ostensible, iba á obrar en beneficio de los patriotas: la protección indirecta del segundo Morales, indiferente á las glorias de España y á su propia gloria.

Es el caso que Morales, juzgándose superior á La Torre, á quien Morillo encargó del mando en Jefe del ejército español, comenzó, desde muy temprano, á desquiciar á su Jefe, de cuantas maneras le sugería la mala voluntad y saña que contra aquél se acrecentaba cada vez más.

Cuando se acercaron los días en que todo presagiaba una batalla, ya Morales se había ganado la voluntad de muchos oficiales del ejército, y daba consejos con los cuales iba envuelta la más negra per fidia. Así, cuando llegaron los precisos momentos, vióse á La Torre, por insinuaciones de Morales, fijarse en la pampa de Carabobo adonde tenía que traer, desde distancia, forraje para las caballerías y alimento para las tropas. Más tarde vese á Morales saquear las poblaciones vecinas con el objeto de proporcionarse vituallas, lo que contribuía en descrédito de La Torre. Por consejos de Morales, desmembró La Torre parte de su ejército, para atender á Barquisimeto y resguardar el camino de Nirgua, operaciones que dieron el más triste resultado. (1) Por último, La Torre abandona su avanzada de Buenavista para que á ésta llegara Bolívar en la mañana del 24 de junio de 1821.

Al frente de buenas caballerías, Morales había sabido sacar partido de ellas, adiestrándolas en el manejo de las armas y haciéndose obedecer con la mayor prontitud. Infatuado con tener una hoja de servicios que databa desde 1812, vivía haciendo el elogio de su vanguardia, á la cual consideraba in-

---

1 MONTENEGRO.—Historia de Venezuela.

vencible, y ponderando la opinión con la cual le favorecían los pueblos de Venezuela, pues en todos había militado. Estas fanfarronadas eran muy naturales en un hombre que se había levantado de la nada y alcanzado alto grado en la carrera militar. Ya lo veremos en la pampa de Carabobo.

No describiremos la llanura á la cual se dirigía Bolívar por el Sud, punto difícil de atacar por lo escarpado de las colinas, veredas y quebradas. En esta dirección estaba el ejército español compuesto de los siguientes cuerpos: Batallón de Valencey, y tras éste, los de Hostalrich y Barbastro: un poco á retaguardia, estaba el de Infante, teniendo de reserva al de Burgos: atrás figuraban los 1.500 lanceros á las órdenes de Morales. Llegaban estas fuerzas á 5.000 combatientes. El ejército de Bolívar constaba de 6.000 infantes y caballerías distribuidas en las siguientes divisiones: 1ª Batallones Bravos de Apure y Británico, con 1.500 caballos, á las órdenes del General Páez: 2ª los batallones Tiradores, Boyacá y Vargas, y el escuadrón sagrado del Coronel Aramendi, á las órdenes del General Cedeño: 3ª los batallones Rifles, Granaderos, Vencedor en Boyacá y Anzoátegui y la caballería de Rondón, al mando del Coronel Plaza. Con tan espléndido contingente, era de esperarse que la Carabobo de 1821 sería hermana de la Carabobo de 1814; pero no sucedió así, porque siendo la primera división la que conquistó la pampa, á ella cupo la gloria de desbaratar por completo todo el ejército español, no habiendo podido entrar en acción nueve cuerpos, pero sí algunos de los Jefes que llenos de entusiasmo conquistaron fama y honra con muerte gloriosa.

Días antes de la batalla de Carabobo, el ejército español había recibido una triste nueva: la fuerte avanzada de La Torre en el camino de Tinaquillo había sido pulverizada por el Coronel Laurencio

Silva, de tal manera, que la noticia de este suceso cayó como una bomba en el ejército enemigo. Esto motivó el que La Torre retirase las fuerzas que cubrían la altura de Buena Vista, adonde llegó Bolívar en la mañana del 21 y vió á su frente el Ejército español. Este á su turno vió al ejército patriota que comenzó la bajada á la pampa. Llevaba Bolívar un guía tomado en Tinaquillo, joven práctico de aquellas regiones, quien consultado, indicó que había una pica por donde podía continuar el ejército sin ser visto del enemigo, al que podía atacarse por el flanco derecho. Necesitábase marchar bajo el amparo de un bosquecillo y atravesar una quebrada escabrosa para entrar en seguida á la pampa. Al dictado de Bolívar cambióse de rumbo, y el ejército patriota ocultóse á las miradas del contrario. (1)

Todo estaba listo en el campo español cuando Bolívar se presentó en la altura de Buena Vista. Entonces La Torre, viendo llegada la hora de la batalla, hace avanzar su caballo hacia el estado mayor de Morales y dice á éste con voz acentuada:

—General, esta es la oportunidad en que se necesita sacar todo el partido que se pueda de la grande opinión de que usted disfruta en los pueblos. La vanguardia de usted puede proporcionar un día de gloria á las armas españolas.

---

1 Alejandro Febres fue el nombre que tuvo el guía de Tinaquillo que dió Bolívar á Páez, cuando la primera división se internó en la pica y quebrada de la Mona, en dirección de la pampa de Carabobo. "Con una pistola sobre la sien," dirigió este guía la marcha de la vanguardia al invicto Páez," escribe un testigo colombiano. Este hombre á quien la naturaleza no concedió belleza alguna, tuvo la dicha de juzgarlo todo bonito, lo que le trajo el sobrenombre de *Yo bonito* ó simplemente *Bonito*. El mismo adoptó el apodo por apellido, y quizá á honra lo tuvo.

Favorecido por Páez, nuestro guía se estableció en la sabana de Taguanes, al Norte de la de Carabobo, donde fundó una posada rústica, circundada de árboles y la cual fue visitada por dos ó más generaciones. Páez llegó á ser el tema predilecto de las conversaciones de *Bonito*, hombre bueno, de carácter chancista y servicial.

—Ya no hay opinión, General, todo ha sido perdido.—Tal fue la contestación de Morales á La Torre.

He aquí frases de desaliento, precursoras quizá de una vergonzosa derrota.

En este momento recibe el General La Torre un parte en que se le decía que por el camino del Pao se avistaban fuerzas enemigas, lo que le obligó á partir en aquella dirección, juzgando que todavía había tiempo de qué disponer. Quedaba, por lo tanto, el General Morales, como segundo del ejército, en disposición de atender á los sucesos imprevistos y de obrar en consecuencia. Pero Morales aprovechando la salida del Jefe, quiso huír de cualquier incidente y se contentó con decir al Coronel García, Jefe del batallón Valencey, lo siguiente: *Me marcho á ponerme á la cabeza de la caballería, porque si no estoy allí, nada se hace: es necesaria mi presencia, y cuanto se ofresca avisaré á usted, pues ya está la cosa para romper.* Y picando el caballo partió.

Había entre los oficiales españoles uno muy distinguido, espíritu observador y militar celoso de llevar un buen nombre: era el Teniente-coronel San Just, segundo del batallón Valencey. Habiendo observado el movimiento del ejército patriota y notando la dilación de éste, sube á una de las alturas del terreno y nota que los patriotas se habían ocultado tras un montecillo, para salir al flanco derecho de las tropas españolas.

Comprende San Just que debía operarse un cambio en la disposición de la batalla, y no sabiendo cuándo llegaría La Torre, sigue en pos de Morales á quien alcanza.

—*Mi General,* le dice, *el enemigo se dirige á atacarnos por el flanco derecho de nuestra línea ; y el Comandante general de la primera división me ordena que así os lo manifieste, por si tenéis á bien cambiar la línea de batalla, puesto que la que ocupamos es*

espuestísima, según el movimiento de los enemigos, y en particular la del batallón Valencey, por ser ya inútil la situación que tiene, y el cual, al moverse, nos daría la victoria.

—*Yo no soy quien mando, busque usted al General en Jefe que es quien debe disponerlo*, contestó en tono grave el General Morales.

—*El caso urge, al General podré ó no encontrarlo con tiempo y oportunidad para esta medida, pues se está batiendo con el enemigo; y cuando quiera remediarse el daño ya estaremos envueltos. Aquel cuerpo debe moverse*, replica San Just.

—*Busque usted al General que es el responsable*, contestó Morales, en tono más grave, y picando el caballo desapareció velozmente. (1)

He aquí nuevas y expresivas frases que auguraban cierta ruindad premeditada.

El Teniente-coronel San Just retrocede á su cuerpo, participa al Coronel de Valencey lo ocurrido, y envía un oficial adicto al Estado mayor, en solicitud del General La Torre. En seguida trata de variar la línea de batalla, cuando ésta cambia, en obedecimiento á órdenes superiores. Desde lejos, La Torre que había observado el movimiento de Bolívar, deja cubierto el camino del Pao, con cuatro compañías, del batallón Infante, retrocede con los restantes, desciende á la pampa, toma el batallón de Burgos y continúa al flanco derecho del ejército español. Llega en los momentos en que ya han pasado la quebrada de la Mona y se asoman á la pampa las primeras columnas del batallón Bravos de Apure, á las órdenes de Páez.

Lo que aquí va á efectuarse tiene algo de la

1 Defensa ó impugnación de un panfleto del General Calzada contra el General La Torre, instruída por don Ramón Hernández de Armas, Auditor de guerra de Marina del apostadero de Puerto Cabello. etc., etc. 1 vol. de 72 págs. en 8º Puerto Rico, 1823.

fábula del combate de los hypántropos contra los dioses del Olimpo. Es un ejército libre, dueño de dilatada pampa, contra la individualidad estrechada por los riscos, sin formación ni defensa posible, que solicita la salida: es el torrente impetuoso que ruge y estremece el estrecho cauce y vence los diques de granito para espandirse por la llanura. La individualidad va á convertirse en pelotón, en columna, en batalla; el torrente va á vencer el dique erizado de ballonetas, y á continuar triunfante por la llanura. La hidra de Lerna, va á recibir el terrible golpe; pero de cada herida brotarán los heraldos de la victoria.

Páez ha aceptado el reto, y los dos púgiles se han ido á las manos. El batallón de Burgos se ha precipitado sobre el Bravos de Apure que ha pasado la quebrada. Terrible ha sido el choque, y ya éste cede, avanza de nuevo para en seguida retroceder: ya se desorganiza, ya pierde el terreno; pero en su ayuda están las primeras compañías del Batallón Británico que reciben los fuegos de las alturas erizadas de tropas. Sobre el nuevo batallón caen las fuerzas frescas de Barbastro y Hostalrich. Muere el Jefe inglés y sustitúyelo el segundo: muere éste y sustitúyelo el tercero. Los sajones se suceden y á las órdenes de Páez han hincado rodilla en tierra para continuar serenos, invencibles. Al grito de Páez el batallón Británico se levanta, da un ataque á la bayoneta á sus contrarios: eran los momentos en que rehecho el Bravos de Apure, con nuevos bríos apoyaba á los hijos de Albión, al mismo tiempo que entraban en batalla los tiradores de Heras y realzaban el entusiasmo de los patriotas. (1)

1 Rafael Heras fue hijo de la Habana. Puede reputarse como uno de los primeros atletas de la guerra de nuestra independencia, por sus méritos y servicios prestados á la causa republicana, desde 1811 hasta 1822, pues figura en los principales sucesos de este período, y siempre en primera escala.

De manera que en nuestra magna revolución figuran dos hijos de Cuba: el Doctor Francisco J. Yanes, nacido en Puerto

Al instante La Torre abandona las eminencias y retrocede hacia el centro de la pampa. Ya para este momento habían vencido la quebrada los primeros centauros de Páez, bajo las órdenes de Muñoz y de Bravo, los cuales se interponen entre la infantería española y la caballería de Morales. La Torre mueve contra ellos el escuadrón de Húsares de Fernando VII y el de Carabineros, bajo las órdenes de los Coroneles Calderón y Narciso López, los cuales se precipitan sobre los jinetes patriotas. Recházanlos éstos y los persiguen los lanceros de Bravo. La caballería española corre en espantoso desorden. En aquel momento entraban en la pampa los batallones Granaderos y Rifles al mando de Sanders y de Uslar, los cuales se precipitan sobre el del Infante y lo envuelven. (1)

La primera división á las órdenes de Páez es dueña del campo de batalla: la victoria le pertenece. Ha llegado la hora en que La Torre, en presencia de la huída de su caballería y la destrucción de sus primeros cuerpos, después de lucha encarnizada, se reconcentra en los batallones de Barbastro y Valencey. Estos dos cuerpos no habían entrado todavía en acción: reveses y triunfos les aguardaban.

¿Qué pasaba en aquellos momentos en la pica

Príncipe, que surge desde 1810 y desaparece siempre meritorio en edad octogenaria, y Heras que estuvo siempre con Bolívar, Ribas, Bermúdez, Rondón, Páez, Urdaneta, etc., hasta su fin glorioso en la campaña de Coro, en 1822.

Figuró igualmente en Carabobo, un español, hijo de Cádiz, Vicente Martínez que abrazó la revolución venezolana desde 1811 al lado de Baraya, y siguió con Bolívar, etc. Formó familia distinguida en Cali (Colombia) donde murió.

1 En una de las obras inglesas referentes á la *Legión Británica*, y servicios de ésta en Venezuela, desde 1817, publicada en Londres en 1819 y traducida en el mismo año al francés, el autor, después de ponderar el mérito de los soldados y oficiales ingleses, y hacer justicia á Páez y á Mariño, dice del Coronel Uslar lo siguiente: "Debe esperarse mucho de la energía y experiencia militar del Coronel Uslar, si son apreciados sus méritos y llega él á conquistar alguna confianza, etc. etc."

y quebrada de la Mona, donde estaba casi todo el ejército patriota sin poder avanzar? ¿Qué en el campo español, con batallones diezmados y rendidos, con la caballería de Morales desorganizada y fugitiva? Desde el momento en que la primera división se adueñaba de la pampa, fue fácil á las divisiones patriotas entrar en la llanura. Tras éstas aparece Bolívar con su lucido Estado Mayor, y al ser testigo cercano de cuanto pasaba, exclama lleno de entusiasmo: *La victoria se debe al General Páez.* Aquella frase inesperada enardece el patriotismo de los Jefes de la segunda y tercera división; y al instante vese al General Cedeño, al frente de un escuadrón, que avanza sobre el cuadro de Valencey que iba en retirada. Logra llegar hasta la segunda fila del inmortal cuadro, cuando á los bayonetazos de un sargento español, cae exánime. Desaparecía este notable militar, en los instantes en que el Coronel Ambrosio Plaza, Jefe de la tercera división, se avanzaba acompañado de Páez, sobre el batallón Barbastro. "Rendir armas á tierra," les grita, cuando una bala de fusil que le dispara un sargento le derriba. En estos momentos aparecen trescientos centauros por el camino real, y con ellos arremete Páez á Barbastro, que rinde las armas. En seguida sigue el vencedor sobre Valencey que estaba ya distante; pero Valencey rechaza el impetuoso ataque de Páez. En el ardor del entusiasmo, éste se siente acometido del mal convulsivo de que sufría, ya circundado de jinetes enemigos. Hecho providencial! Uno de los jinetes de la caballería de Morales, un tal Antonio Martínez (venezolano) se apresura á salvarlo, hace que un Teniente de los patriotas, llamado Alejandro Salazar, monte en el anca del caballo de Páez y sostenga á éste, y ambos se ponen en salvo.

He aquí un brillante corolario de las muertes gloriosas de Cedeño y de Plaza. Un venezolano

en las filas españolas, ayudado de otro venezolano en las filas patriotas, contribuyen á salvar la vida del adalid de Carabobo! ¿Para qué? Para que un nuevo episodio viniera á coronar los triunfos de de aquella jornada. Bolívar, que aun no había felicitado á Páez, sigue al centro de la pampa, y llega en los momentos en que el vencedor de Carabobo, proclamado por el Libertador, volvía á su estado normal, después de breves instantes. Bolivar se avanza sobre el grupo de Páez, echa pie á tierra y abraza á su compañero de armas, diciéndole públicamente: "A nombre del Congreso de Colombia, os doy el grado más elevado de la milicia, premio de vuestro extraordinario valor y virtudes militares." Brillante remate fue éste. grito de gloria, saludo á los muertos ilustres que habían caído con noble orgullo cubiertos por el iris de Colombia. (1)

¡Cuán diferente de la situación del ejército patriota, dueño por todas partes de la pampa de Carabobo, era la del ejército español, en completa anarquía! Destruidos ó prisioneros los batallones

1 Se ha escrito que cuando Bolívar abrazó á Páez en el campo de Carabobo, pronunció estas frases: *Tú eres el brazo fuerte de la patria, tú eres Aquiles, tu presencia en este campo es la victoria, y la victoria es la República.* Tenemos motivos para juzgar que esto no es cierto. Lo único que se asemeja á estas frases, es lo siguiente: Dias antes de Carabobo, Bolívar salió de su Cuartel General de Tinaco, en dirección de la vía de San Carlos, con el objeto de encontrar á Páez que con su ejército se dirigía al Cuartel General. Después que ambos Jefes echaron pie a tierra y se abrazaron. Bolívar dice á Páez: "Usted sabe que yo nunca he permanecido largo tiempo al frente del enemigo sin combatirlo; pero en esta ocasión, no he querido librar esta batalla, que será la decisiva para la República, *sin esperar el brazo fuerte de la Patria y á sus bravos del Ejército de Apure.*"

Páez entusiasmado al oír estas frases tan lisonjeras, pregunta.—¿A cuánto asciende el ejército español, mi General?—A seis mil combatientes, responde el Libertador.—Con mi división basta para vencerlo, replica el arrogante llanero.—La vanguardia os pertenece, replicó inmediatamente el Libertador.

Bolívar había ya dado al General Cedeño el mando de la primera división y al Coronel Plaza el de la segunda; pero después de la entrevista quedaron estos dos Jefes con la segunda y tercera división y Páez al frente de la primera.

Hostalrich, Burgos, Barbastro, La Reina, El Infante; dispersa y aterrorizada la caballería de Morales, todos los esfuerzos del General La Torre fueron impotentes. En vano el pundonoroso Teniente–coronel San Just trata de reunir los diversos grupos de jinetes y les suplica acompañen al batallón Valencey que altanero y firme se abría paso en campo enemigo, teniendo que luchar en retirada contra los centauros de Páez. Todo era desunión en el campo español, y aun los Jefes más temidos permanecían inactivos é indiferentes, bajo el letargo de la derrota. Sólo La Torre y García, al frente de Valencey, seguían serenos, imperturbables, activos y valerosos en torno á la bandera que simbolizaba para ellos las glorias del patrio suelo.

Repuesto Páez de su dolencia, Bolívar ordena la persecución de Valencey, y viendo que todos los esfuerzos de las caballerías llaneras se estrellaban contra aquel muro viviente, manda que sobre el anca de los caballos vayan soldados de los batallones patriotas. Paez torna de nuevo á la persecución, pero Valencey rechaza jinetes y soldados. á proporción que avanza por el camino de Valencia. Una quebrada de la pampa se interpone entre los combatientes. Valencey la ha pasado y los patriotas la aprovechan para tirotear sobre los cansados soldados de García. En esto, orden superior manda á parar los fuegos en el campo patriota: escena imponente, de alta sinificación, va á tener efecto. En el campo patriota yace por tierra el cadáver de uno de los más esforzades adalides de Valencey. Páez le había contemplado en sus repetidas cargas, cuando de repente le ve tendido, exánime. Envía Páez un parlamentario con bandera blanca al Coronel García y le exige una tregua de veinte minutos, para hacerle los honores al valiente español que ha caído en campo republicano coronado por la gloria. García accede y envía un piquete con bandera y cor-

neta, el cual va á asistir á nombre de España, á rendir los últimos honores al valor desgraciado. El piquete atraviesa la profunda quebrada: españoles y patriotas se han mezclado, y las banderas de España y de Colombia se inclinan ante el yerto cuerpo del oficial español. Los centauros en formación, los soldados de los diversos batallones patriotas, Páez con su Estado Mayor y con éstos el grupo de Valencey, acompañan á una fosa abierta sobre pequeña y solitaria eminencia de la pampa, un cadáver descubierto, conducido por españoles y americanos. Terminados los honores militares, las banderas de Colombia y de España se cruzan; Páez saluda con su espada á Valencey que presenciaba esta escena á poca distancia. El grupo español se retira, y algunos lloran, cuando de pronto se escucha la voz atronadora del Coronel García que saliendo al borde de la quebrada, en el campo español, dice: *Gracias, generosos vencedores, no lo olvidaremos.* (1)

Y los contendientes, después de concluida la tregua, vuelven á la carga. Lluvia copiosa comienza á caer entonces sobre vencedores y vencidos.

Cuando llegan á Valencia, donde Valencey abandona su artillería y resiste los ataques de Páez con ardoroso denuedo, el vencedor exclama: "Basta de persecución; esos valientes son dignos de salvarse." En efecto, la lluvia imposibilitando el ataque de los centauros, por haber humedecido un suelo arcilloso, donde no podían sostenerse los caballos, vino como socorro oportuno á los vencidos, vencedores, porque huían con honra y con gloria.

Allá va Valencey, el batallón sagrado de Carabobo, en solicitud de la sombra y de la cuesta de Puerto Cabello, á cuyo pie encontrará grato reposo. Allá va, entre las luces indecisas del cre-

1 Estas frases figuran en un interesante artículo titulado AL GENERAL PÁEZ, (Recuerdos personales) publicado en Colombia por el conocido escritor Salvador Camacho Roldán, reproducido en "El Fonógrafo" de Maracaibo en julio y agosto de 1890.

púsculo de la tarde. Lleva su bandera, no ya como mortaja, sino como enseña de gloria.

¿Quién está á la cabeza de esa muralla viviente, de esos héroes de la derrota, vencedores porque huyen con honra y con gloria?.... "Un oscuro oficial, un simple Coronel manda aquel regimiento: su nombre, que apenas lo registra la historia, no tenía precedentes gloriosos: llamábase Don Tomás García: fue en Carabobo donde se dió á la fama: empinado sobre aquella derrota, nuestra victoria le prestó fulgores y lo hizo visible. Aquel desconocido de la víspera, gritó su nombre en la insigne jornada, y, todos los que asistían á ella lo escucharon y hoy lo repite la posteridad. Sus compañeros le apellidaban el *moro*, por lo bronceado de su tez, y es fama que le respetaban y temían por su carácter áspero y altivo: la tradición apenas dice poco más: empero, para brillar como brilló en medio á tanta claridad, era indispensable ser astro, y astro de luz propia. El sol de España en el ocaso, tuvo un momento, antes de desaparecer de nuestro cielo, la esplendidez del mediodía: lanzó un rayo de luz que á todos deslumbró: fue aquel rayo García, su disco, Valencey." (1)

A la siguiente mañana Valencey estaba seguro en el castillo de Puerto Cabello. Pocos días después, el General La Torre realzaba aquellas frases de García, el Jefe del Valencey: "Gracias, generosos vencedores, no lo olvidaremos," con la siguiente esquela á Bolívar, fechada en Puerto Cabello, á 6 de julio.

Excelentísimo señor:

Ha llegado á mi noticia que por V. E. han sido tratados con toda consideración los individuos

(1) Blanco.—Venezuela Heróica.

del ejército de mi mando, que han tenido la desgracia de ser prisioneros de guerra. Doy á V. E. las debidas gracias por este rasgo de humanidad que me hace disminuir el sentimiento de la suerte de dichos individuos; esperando que continuará de este modo dando pruebas nada inequívocas de que hace renacer las virtudes sociales que habían desaparecido por el enardecimiento de las pasiones, que han desolado estos fértiles países.

Dios guarde á V. E. muchos años.

Cuartel General de Puerto Cabello, 6 de julio de 1821.

MIGUEL DE LA TORRE.

¿Carabobo había sellado por completo la independencia de Venezuela? No: había necesidad de que se realizaran ciertos hechos: era natural que la ola tempestuosa se desvaneciera al llegar á la lejana orilla. Estaba escrito que en los años que siguieran al triunfo de Carabobo, el famoso Coronel García, digno de Jenofonte, muriera con honra en las ciénegas de Sinamaica, y que Valencey, diezmado por la guerra, por los contratiempos, desapareciera de la escena: estaba escrito que el caballeroso La Torre dejara el mando de Venezuela con honra y apareciera como Jefe de una colonia española en las Antillas: estaba escrito que Morales, infatuado, asumiera el mando supremo en Venezuela, no para vencer, sino para ser vencido; no para imponerse con la fuerza, sino para acogerse á la generosa capitulación del vencedor.

Todavía más: estaba escrito que Páez, después de sorprender á Puerto Cabello, tendría en 1823 que imponerse al ejército español encerrado en la fortaleza. Páez, vencedor en Carabobo, al pasar el puente del castillo de San Felipe y recibir los

honores militares, en presencia de la bandera de Castilla, por el ejército español en Venezuela, después de haber desaparecido Morillo, La Torre, García y el batallón sagrado de Valencey, es el brillante corolario de la jornada de Carabobo.



DE COMO LOS FRANCESES HUYERON DE CARACAS SIN SAQUEARLA

—

Dice la tradición y confirman los geógrafos é historiadores de Venezuela, que Caracas fue saqueada en 1679 por piratas franceses. El jesuita Coleti así lo asegura en su *Dizionario Storico-Geografico dell' America Meridionale*-1771, y también Alcedo en su *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales ó América*, que fue publicado años más tarde, en 1789. A éstos siguen Yanes, en su *Compendio de la Historia de Venezuela*, publicado en 1840, y Baralt en su *Resumen de la Historia de Venezuela*, que vio la luz pública en 1841. Y si los primeros citan el hecho, Baralt agrega á la aseveración de sus predecesores, "que los piratas se llevaron gran botín á bordo."

Pues bien, nada de esto es exacto, aunque lo hayan escrito cronistas, historiadores y geógrafos de ahora cien años, y confirmado Yanes y Baralt, y se repita en Manuales y Compendios de la Historia de Venezuela. Todo esto es un mito, pues Caracas nunca fue saqueada por filibusteros franceses.

He aquí una cuestión, al parecer embrollada, y sin embargo muy sencilla. Caracas no fue saqueada por los franceses, y no obstante, los franceses huye-

ron de Caracas: Caracas no fue saqueada por filibusteros franceses, y sin embargo, éstos se llevaron á bordo un rico botín. Y lo más curioso de todo esto es, que los únicos perjudicados con motivo de la entrada de los franceses en Caracas, fueron los miembros del venerable Cabildo eclesiástico, á quienes costó el percance la suma de seis mil pesos.

Ahora parece la noticia más intrincada, pues entra un nuevo factor, el Cabildo eclesiástico. De manera que Caracas fue y no fue saqueada en 1679; y los franceses entraron y salieron, llevándose hasta las gallinas; y además, los capitulares de nuestra Catedral, fueron los únicos que tuvieron que pagar rescate á los invasores.

Referían nuestros antepasados y lo sabían sin duda alguna de sus padres y abuelos, que un tal Don Jaime Urrieta, hombre muy acaudalado, que figuró allá por los años de 1608 á 1610, tuvo el capricho de llamar á sus hijos varones con un solo nombre y á las hembras con otro. Hubo dos hembras y éstas se conocieron con los nombres de Francisca y de Paquita. Hasta aquí todo va en orden; pero como Don Jaime llegó á tener seis varones, al primero le llamaron Pablo, á los dos que siguieron se les bautizó con los derivados de Pablito y Pablote. Al llegar al tercero, Don Jaime, sin querer contrariar su resolución, limitóse á estudiar los defectos físicos de sus nuevos hijos, antes de bautizarlos, para darles un distintivo que pudiera acentuar el nombre que todos debían llevar. Así, se le puso al cuarto el nombre de Pablo el tuerto; y al quinto, Pablo el zurdo; pero el último, por haber salido algo zote, obtuvo el nombre de *El gallo pelón*.

He aquí en qué paran las manías de dar un mismo nombre á una serie de hermanos. Y esto mismo puede decirse respecto de los nombres geográficos. La Caracas saqueada por los filibusteros franceses en 1679 ¿fue la Caracas de Pablito ó de Pablote,

la de Pablo el zurdo, la de Pablo el tuerto, ó finalmente, la Caracas de *El gallo pelón ?*

Caracas es el nombre que lleva no sólo la capital de Venezuela, sino también un riachuelo en la costa, á barlovento de Naiguatá, que se desprende de la Cordillera y desagua en el mar. La *ensenada de los Caracas* figura en estos lugares, y *los Caracas* es el nombre que tienen, igualmente, las ricas haciendas en la misma costa. El valle en que está construida la capital de Venezuela se llama *valle de Caracas*, y *Caracas* dicen también del grupo de islas de la costa, á sotavento de Cumaná. En los primeros años de la conquista castellana, no se conoció con el nombre de *Provincia de los Caracas* ó *de Caracas*, sino la porción de costa vecina á las cimas del Avila, y tierras interiores despobladas.

Por los años de 1678 á 1680, el conocido filibustero francés Francisco Gramont, después de haber saqueado varios lugares de la costa venezolana, se apoderó en 1680 del puerto de La Guaira, del cual tomó lo que quiso y se llevó prisioneros al Jefe y á la guarnición del puerto que alcanzaba á 150 hombres. Y no se limitó á pillar este lugar, sino que arrasó con los animales y objetos que hubo en la costa de los *Caracas* y haciendas de este nombre, para las cuales fue terrible azote. Este es el hecho que confirman las frases del historiador Baralt, cuando, al repetir lo que habían dicho sus predecesores, respecto del saqueo de la capital de Venezuela por filibusteros franceses, agrega: "llevaron á sus bajeles gran botín." Este botín no salió de la capital Caracas, ni menos fue conducido por el camino y veredas que comunican á ésta con el puerto de La Guaira; sino tomado en las costas *Caracas* y haciendas de esta comarca, que fueron saqueadas en 1680 por el célebre pirata Francisco Gramont. (1)

1 Southey.—Chronogical History of West Indies.—3 vls. en 8º 1827.

Esta es la *Caracas del gallo pelón*, teatro de las fechorías de los franceses, y no la capital de Santiago de León de Caracas, que no ha sido saqueada sino una sola vez. (2)

En los días de que hablamos, los moradores de Caracas eran víctimas á cada momento, de alarmas que infundían el pánico en las familias. Era la época del filibusterismo, cuando Inglaterra, Holanda y Francia, armadas contra España, trataban de arrancarle á ésta su conquista de América. Y aunque Caracas, por su pobreza, no despertaba la codicia de los aventureros extranjeros, sus habitantes temblaban cuando se anunciaba en la costa alguno de tantos buitres rapaces, conocidos entonces con el nombre de filibusteros.

Por uno de estos sustitos pasaron los moradores de Santiago, en los días en que Gramont se llevó hasta las gallinas de las costas de los *Caracas*. Figuraba como Gobernador de Venezuela en ese entonces, Don Diego Melo Maldonado, hombre activo, que en presencia del peligro que podía correr la capital, hizo abrir fosos en las cuadras cercanas á la plaza mayor, donde pensó atrincherarse y defenderse. A la realización de esta idea contribuyeron los pobres con su trabajo personàl y los ricos con sus caudales. En la lista de magnates de la capital se inscribió el Cabildo eclesiástico, voluntariamente y sin ninguna coacción, con la cantidad de seis mil pesos. Grande se despierta el entusiasmo en el momento del peligro, y menguado aparece cuando cesa el temor. Al partir los piratas, después de pillajes repetidos, Caracas respira, huye el pavor, y los moradores se entregan al regocijo religioso, pues la Providencia los había libertado de la miseria. Creía el Cabildo que, por no haber Gramont bajado á Caracas, se libertaba de la suma que había suscrito,

2 Véase más adelante la Leyenda intitulada: *El pirata Francisco Drake y los historiadores de Venezuela.*

cuando el Gobernador, después de recoger la suscrición en totalidad, recuerda á los capitulares la obligación á que se habían comprometido. Es curiosa la correspondencia que se entabla entre el Gobernador que apremia y ellos que tratan de escaparse por la tangente, como con frecuencia se dice. Después de idas y venidas, de vueltas y revueltas, el Cabildo, en fin, de buena ó de mala gana, con sonrisa ó con lágrimas, entrega los seis mil pesos. (1)

Y tan escarmentados quedaron los canónigos después de este chasco, que cuando más tarde el monarca quiso comprometerlos en caso semejante, es decir, con contribución espontánea, pero forzosa, por la manera de pedirla, el Cabildo logró irse de veras por la tangente.

Está probado que Caracas jamás fue saqueada por los franceses; pero como es cierto que los franceses tuvieron que huír de Caracas, departamos acerca de este hecho, para que así desaparezcan los mitos y triunfe por completo la verdad histórica.

En los días de la segunda expedición de Miranda y del arribo de éste á las costas de Coro, 1806, fue tal el espanto que este suceso infundió en el ánimo de los caraqueños, que el Gobernador Guevara Vasconcellos, á pesar de haber desplegado grande actividad, juzgó que era oportuno pedir un auxilio á la isla francesa de la Guadalupe, de donde enviaron á Caracas, en el término de la distancia, doscientos soldados al mando de un oficial, cuyo nombre no hemos podido averiguar. Es lo cierto que los doscientos franceses fueron instalados en el Cuartel de San Carlos, donde permanecieron hasta fines de 1808.

Muy lejos estaba de la mente de Vasconcellos suponer que aquellas tropas iban á salir de Caracas, dos años más tarde, empujadas por un motín popu-

1 Archivo del Cabildo eclesiástico.

lar contra los franceses, y más lejos aún, prever su muerte, acaecida en 1807.

Muerto el Capitán General, sucedióle en el mando el segundo designado por la ley, el Coronel teniente de Rey Don Juan de Casas, español de buena índole aunque de carácter débil para afrontar las difíciles circunstancias que iba á atravesar su gobierno. (1) Sabía Don Juan los sucesos de Bayona, en mayo de 1808, cuando á mediados de julio fueron aquéllos conocidos de la población de Caracas de una manera inesperada. En aquellos días, dos comisiones habían sido enviadas al Gobierno de Venezuela, con encargos diametralmente opuestos: la una era francesa, inglesa la otra. El gobierno de Napoleón encargaba á su representante que entregara al Gobernador y Capitán General de Caracas los documentos referentes al cambio político que acababa de verificarse en España, é invitar á la Colonia á hacer parte de la nueva monarquía. El gobierno inglés encargaba al suyo que alertara al mismo gobierno de Caracas, para que no fuera víctima de las perfidias de Napoleón, y le ofreciera todo género de protección como aliado que era de España. Ambos delegados, que llegaron á Caracas casi á un tiempo, fueron recibidos por el gobierno y pueblo de la capital de diferente manera, de acuerdo con las ideas que representaba cada uno.

El 15 de julio se sabe en Caracas que había llegado á La Guaira el bergantín francés *Le Serpent*, que tenía á bordo al comisario francés, el que en el término de la distancia se presentó ante el Coronel Casas y le entregó los pliegos de que era portador. No habían corrido breves instantes, cuando se trasparenta en el público la comisión que

1 Este honorable mandatario dejó en Caracas descendencia. Su hija fue la esposa del respetable comerciante francés, Mr. Cabannas, padre de nuestro amigo Don Luis Cabannas, el único que ha podido sobrevivir á sus hermanos mayores, amigos nuestros y compañeros de escuela.

traía el emisario francés, y grupos de curiosos llenan las calles principales. En esto, uno de los oficiales de la comisión, Mr. Lamanois, que estaba alojado en la posada del Ángel, se pone á leer las noticias que acerca de los sucesos de Bayona contenían las *Gacetas* francesas. Escuchábanle algunos curiosos y entre éstos el oficial ingeniero Diego Jalón, que indignado con procedimientos tan bajos como los empleados por Napoleón contra España, prorrumpe en dicterios contra el gobierno francés. Comienza lo polémica, exáltase el patriotismo, es secundado Jalón por oficiales venezolanos, y la posada se convierte en campo de Agramante, cuando se escuchan los gritos de:—"¡Viva Fernando VII y muera Napoleón con todos sus franceses!"—Por instantes la concurrencia se hace más numerosa, más entusiasta, y, en menos de una hora, como diez mil personas, escribe un testigo presencial, se hallaban al frente del palacio de gobierno y gritaban con furia: —"Viva Fernando VII y muera Napoleón." (1)

En esto se reúne el Ayuntamiento en la sala capitular y envía una comisión dé su gremio al Capitán General, con el objeto de que se reconociera á Fernando como Rey, y se le jurara públicamente la obediencia debida. Por tres ocasiones el Gobierno quiere evadir el deseo popular, y por otras tres veces se presentan los diputados del Ayuntamiento, el cual triunfa por completo. Momentos después el Gobierno, acompañado de todos los cuerpos oficiales y de numeroso concurso, proclamaba á Fernando VII.

Entre tanto, los comisionados de Napoleón que almorzaban tranquilamente en la casa del comerciante Don Joaquín García Jove, para quien habían traído cartas de recomendación, se alarman al

1 La posada del Angel, destruida por el terremoto de 1812, estuvo en el sitio que ocupa la actual casa de dos pisos, número 9, en la Avenida Norte, cerca de la Metropolitana.

conocer las proporciones que tomaba la asonada contra los franceses. Así lo participan al Gobernador Casas y éste les envía á su secretario, el joven Don Andrés Bello, quien al ponerse al habla con el principal, oye la siguiente bravata del bonapartista:

"Sírvase usted decir á Su Excelencia que ponga á mi disposición media docena de hombres, y no tenga cuidado por lo que pueda hacerme la turba que está vociferando en la calle." (1) A pesar de esta fanfarria, los comisionados franceses hubieron de salir de Caracas en aquella misma noche, protegidos por el Gobernador, que les facilitó una escolta por vía de seguridad.

En la misma tarde en que se verificaba en Caracas el suceso que acabamos de narrar, llegaba á La Guaira la fragata inglesa *Acasta*, á cuyo bordo estaba el Capitán Beaver, comisionado del gobierno inglés para manifestar á los venezolanos que los pueblos de la Península se habían levantado contra los invasores. Y mientras los franceses bajaban á La Guaira, muy bien escoltados, el Capitán inglés subía á Caracas, donde fue recibido con frialdad por el Gobierno y con entusiasmo por las familias, lo contrario de lo que había pasado con los franceses. Esto contribuía á que la situación se definiera y el horizonte se despejara. De todos modos, estos sucesos de 1808, fueron los precursores de la revolución de 1810.

Antes de dejar á Caracas, el Capitán Beaver quiere apoderarse del bergantín francés, en aguas del puerto, pero el Gobernador Casas le amenaza con hacerle fuego si intenta tal proyecto. Sin poder contar, por lo tanto, con una protección decidida de parte del gobierno de Caracas, Beaver baja á La Guaira, se reembarca y párte. Días después, el Go-

1 Amunátegui. Vida de Don Andrés Bello. Santiago de Chile, 1 vol. en 4º 1882.

bernador Casas mandaba salir, en dos porciones, á los soldados franceses que desde 1806 estaban en Caracas, con el objeto de que permanecieran en Puerto Cabello y en La Guaira, de donde debían seguir á Guadalupe en la primera ocasión. Mientras esto pasaba con los franceses de 1806, ya los comisionados de Bonaparte y el bergantín *Le Serpent* había sido buena presa del Capitán inglés Beaver.

Así fue como los franceses que, en remotos tiempos, según los cronistas é historiadores de Venezuela, saquearon á Caracas, huían de ésta dos siglos más tarde sin haberle causado perjuicio alguno de tal naturaleza.



LAS PATRICIAS VAPULADAS

—

(SILUETA DE LA GUERRA A MUERTE)

—

Sin el uso del látigo aplicado en pasadas épocas, como correctivo y estímulo á los hijos de familia, á los escolares y aprendices de todo género, á los esclavos y ciudadanos, no hubo enseñanza posible: tal es la traducción que hacemos del extinguido adagio castellano que dice: "*la letra con sangre entra.*" De España nos vino tal procedimiento, y ante los hechos que registra nuestra historia, tenemos que confesar que el uso del látigo produjo en Venezuela admirables resultados. Tan obedientes fueron los antiguos esclavos á la férula de sus Reyes, que sólo los desastres de la guerra y la constancia inflexible de Bolívar lograron vencerlos. Sacrificábanse por la causa española, y tan sumisos aparecían á la más insignificante insinuación de sus mandatarios que, á proporción que los jefes patriotas concedían la libertad á sus esclavitudes, éstas desertaban de las filas republicanas para morir ó vencer, como nuevos esclavos, en las filas peninsulares. El látigo los había hecho sumisos, obedientes, ágiles, valerosos

y hasta heroicos en pro de España, durante tres siglos.

Y por lo que toca á los magnates de la colonia, todos confesaban públicamente con orgullo y sin ningún rubor, que sus padres, al educarlos, los habían tratado con mucho rigor, es decir, que los habían vapulado cuando niños traviesos, siguiendo el impulso general. Así pasó el uso del látigo de abuelos á padres, de padres á hijos, hasta que surgieron los hombres de la revolución de 1810, ya como militares, ya como patricios y como mártires, ya como héroes, para continuar rindiendo culto á los famosos azotes que tantos bienes proporcionaban á la familia venezolana. De manera que el uso de tan oprobioso instrumento, durante trescientos años, produjo dos resultados diametralmente opuestos: por un lado el esclavo, máquina animada, sér embrutecido, que obedecía, no al deber, sino al hábito, á la fuerza, al mando; y por el otro, el sér pensante, educado, capaz de arrostrarlo todo por conquistar la libertad, antes que soportar una esclavitud tranquila.

Ya no se escucha el chasquido del látigo, ni en nuestros campos, ni en los talleres de obreros, ni en las escuelas, ni en el seno de las familias. Desde el día en que fue abolida la esclavitud, ahora treinta y cinco años, cesaron las dos fuerzas que la sostenían: la codicia favorecida por la religión y por la autoridad civil, y el látigo, agente aéreo, sonoro, ondeante, inexorable, siempre dispuesto á dejar repelente llaga en el desnudo cuerpo de la víctima.

Dos naciones, que sepamos, han aceptado en su legislación criminal el uso del látigo contra los ladrones rateros: Inglaterra y Chile; y si debemos creer en la estadística de estos pueblos, el famoso flagelo ha producido y produce admirables resultados. En muchos lugares de la América española, el látigo fustiga á los rateros de profesión y también á los revolucionarios políticos; y cuan-

do en ciertas cárceles se quiere conocer la trama de un complot, de algún robo misterioso, con aplicar la vapulación, las víctimas de ésta revelan cuanto saben. El látigo tiene en estos casos carácter inquisitorial, y obra á manera de instrumento de tortura.

Al fin el látigo casi ha perdido su antiguo prestigio en los pueblos americanos. Pasó la moda, y al desaparecer el antiguo error elevado á la categoría de necesidad social, vino al suelo aquel temido

Pedro Moreno,
Que quita lo malo
Y pone lo bueno.

Y aquella correa de cuero, siempre colgada, cuando en reposo estaba, y siempre sonora cuando fuerte mano la ponía en movimiento, pasó para no volver más. No se comprende cómo sociedades enteras, desprovistas de toda razón ilustrada y de todo sentimiento noble, hayan podido patrocinar y aun envanecerse de poseer el más infamante de los castigos inventados por la humana naturaleza.

La revolución de 1810 que encontró el uso del látigo en todo su esplendor, no se atrevió á abolirlo: tal es el imperio que ejerce sobre el criterio de la sociedad el uso continuado de un error; y así fue como ambos beligerantes, al comenzar la lucha armada, se vapulaban sin compasión. Conocidos son los hechos del oficial Zerveris, en La Guaira, en los días de Monteverde. Amarraba de un cañón á sus víctimas y las hacía sucumbir á latigazos, como nos lo asegura un historiador español. (1) En las campañas de 1813 y 1814 el uso del látigo fue general en las cárceles, en los poblados y campamentos. Cítanse todavía los nombres de aquellas

1 *Urquinaona.* Relación documentada del origen y progresos del trastorno de las provincias de Venezuela, etc. etc. 1812.

familias notables (godas y patriotas) que al tropezar en las calles de Caracas se lanzaban latigazos, ó se valían de las criadas que las acompañaban para vapularse mutuamente, obedeciendo á los impulsos de la causa política que cada una representaba.

Pero si el látigo llegó á embrutecer y degradar á muchos seres durante el período colonial y los años que siguieron al triunfo de la revolución, el látigo llegó también á electrizar ciertos caracteres en todas las condiciones sociales. ¡Cuántas muertes lentas, cuántas desgracias misteriosas, incomprensibles, se verificaron en el seno de muchas familias; sucesos cuyos orígenes tuvieron por punto de partida el infamante azote infligido al esclavo, al prisionero, al oficial pundonoroso, al hombre libre! Y para no citar sino un ejemplo, entre las variadas historias que se conocen, recordemos lo que pasó á aquel célebre adalid de la independencia Sudamericana, á Hermógenes Maza, "terrible vengador de los mártires colombianos," como lo apellidan sus biógrafos. Maza formó parte de aquella interesante pléyade de jóvenes arrogantes y valerosos que acompañaron á Bolívar, desde Cúcuta, en 1813. En este grupo de gallardos guerreros estaban con Maza, Santander, Jiraldot, Delúyar, Vélez, Ortega, Ricaurte y otros que surgieron más tarde. Maza sobresalía por su carácter admirable, siempre dispuesto á las acciones rectas y generosas, por su arrojo, impavidez, espíritu aventurero, y hasta por sus calaveradas, hijas de sus cortos años. Maza pertenecía á esos centros juveniles, para quienes las revoluciones sociales son una gran necesidad moral y social. Sin éstas sucumbirían por inanición, por anemia, á semejanza de ciertos árboles que necesitan para poder desarrollarse, de condiciones especiales. Así, al escuchar por la primera vez el sonido estridente de las cornetas, se lanzan á la aventura, porque tienen necesidad de

abrirse paso por entre el torbellino de las pasiones, para satisfacer necesidades del pensamiento y del corazón. La plétora de vida exige en ellos la plétora del movimiento, la lucha y también trabajos, desgracias, martirio, heroísmo, y hasta la muerte, si la victoria no los saca de entre charcas de sangre para presentarlos ilesos á los genios alados de la Fama.

Durante los primeros meses de 1814, Maza llegó á ser, en días muy aciagos, Gobernador de Caracas, apareciendo en tan elevado puésto como hombre probo y justo. Tuvo la virtud de no perseguir á las familias españolas en época tan desastrosa; pero á poco, cuando el huracán deshecho de la guerra á muerte dio victorias al bando español que triunfó en Urica, Maza tuvo la desgracia de caer prisionero. Bajo duro cepo pasó el distinguido mancebo meses tras meses, siempre con la mirada fija en el cadalso. En repetidas ocasiones es puesto en capilla y en otras tantas salvado por la intercesión de familias españolas que, agradecidas, querían premiar la buena conducta del joven cuando se encargó de la Gobernación de Caracas. En tan crítica situación Maza es flagelado en el rostro por el oficial español Brito, y á tanto ultraje el prisionero llegó á ambicionar la muerte como necesaria recompensa, cuando por la última vez es definitivamente sentenciado á morir.

Era uno de los días de 1816. Desempeñaba en Caracas el cargo de verdugo un patriota llamado José Luis Moreno, á quien habían conmutado la pena de muerte por aquel empleo. En la víspera del día fijado para la ejecución, Maza logra que Moreno éntre á la capilla, y al verle le habla con entusiasmo, enaltece en el compañero los sentimientos del honor y de la humanidad, le hace tornar al ideal de la Patria, quizá ya amortiguado en él, y le convence. A poco, torna el verdugo y ayuda á Maza

á romper sus prisiones: ármase el uno con el palote de los grillos, mientras el otro empuña vieja bayoneta. (1) Caer sobre los centinelas principales á quienes derriban, armarse con sus fusiles, atropellar el cuerpo de guardia, abrise paso y salvarse, obra fue de cortos instantes.

A poco Moreno es aprehendido y decapitado, en tanto que Maza estaba ya oculto en la casa de una señora caraqueña de apellido Curvelo, viuda del patriota Manuel Antonio Rachadel.

En este asilo hospitalario, Maza ve transcurrir meses tras meses hasta que, resuelto á afrontar nuevas desgracias, lo abandona, y siempre disfrazado, emprende viaje por entre campos enemigos hasta que llega á la tierra de sus afectos. Cuando suena la hora de Boyacá, Maza vuelve de nuevo á la vida militar. Multitud de notables incidentes le acompañan en sus correrías por los campos y pueblos, únese á los vencedores, abrázase con Bolívar y sigue á Bogotá. El 10 de agosto, al entrar el ejército patriota por las calles de la capital de Colombia, de improviso Maza se separa de la comitiva: ha alcanzado á distinguir en una puerta de tienda, en la plaza de San Francisco, al español Brito, al oficial que en la prisión de Caracas en 1816, quiso en repetidas ocasiones infamarle, vapulándole el rostro. Ambos parece que se reconocen: Brito trata de huír, cuando Maza, al cerciorarse de que tiene á su frente al infame carcelero, le traspasa de un lanzazo. El oficial pundonoroso había vengado de una manera elocuente los ultrajes inferidos á la altivez del hombre digno.

Entre muchos de los militares españoles el látigo no fue escogido como instrumento de muerte sino de corrección. Moxó, Gobernador de Caracas en 1816, Morales, Aldama, Real y otros jefes más, lo

1 Baraya. Biografías militares é Historia militar del país en medio siglo. Bogotá, 1874, 1 vol.

emplearon siempre, en obediencia á propósitos políticos. Todos ellos eran partidarios del antiguo adagio que dice, *la letra con sangre entra*, y todos alardeaban de haber recibido de sus padres y maes tros muchos azotes.

—Es cosa que hasta hoy no he podido comprender, decía en cierta ocasión Morales á su compañero Aldama. Todas las esclavitudes de Venezuela están por la causa del Rey, y los amos nos hacen la guerra. Los miserables insurgentes libertan sus esclavos, los hacen soldados, y éstos desertan para tornar á nuestras filas. ¿Cómo se explica esto?

—Esto consiste, compañero, respondió Aldama, en que los jefes insurgentes no estuvieron en las escuelas, y en que sus esclavos tienen más inteligencia que ellos. *La letra con sangre entra*, agregaba Aldama.

Admirable y variado es el grupo de las heroínas venezolanas que figuraron en la época terrible de nuestra guerra magna. En unas descuella la frase elevada, inspiración del carácter altivo: en otras, la constancia en el sufrimiento, la fe inquebrantable en la lucha. Para unas la fuerza física: fueron las espartanas al pie del cañón, dispuestas á lanzar la onda mortal sobre los ejércitos enemigos: para otras el deber de esposas, que les hacía aceptar la muerte junto con sus maridos en el mismo cadalso. *No hay que comparecer en mi presencia si no volvéis victoriosos*, así les dice á sus hijos, en el momento del peligro, la altiva matrona Doña Juana Antonia Padrón de Montilla. *Vencedores ó vencidos, pero siempre con honra*, dice á los suyos aquella otra distinguida señora Doña Ana Teresa Toro de Ibarra. Y cuando el jefe español Morillo, por insinuaciones de Bolívar, después del armisticio de 1819, envía uno de sus edecanes á Doña Josefa Palacios, viuda del General Ribas, para que saliera del encierro voluntario que se había impuesto, ésta

no tiene en repetidas ocasiones, sino la siguiente frase: *Digan ustedes á su General que Josefa Palacios no abandonará este lugar mientras que su Patria sea esclava: no lo abandonará sino cuando los suyos vengan á anunciarle que es libre, y la saquen de él.* (1)

Sobre todas estas frases y desgracias, sobre todas las mujeres mutiladas y sacrificadas por la soldadesca, en los días de la guerra á muerte, se cierne aquella noble figura de Doña Luisa Cáceres de Arismendi, este ángel plácido de las prisiones. Y cuando el ánimo, sublimado al recuerdo de tanto heroísmo, se levanta á las regiones ideales de la historia, el corazón justiciero llora y se humilla ante las patricias vapuladas, en pleno día y en pública espectativa.

Durante la gobernación de Moxó, Doña Bárbara Blanco, de lo más respetable de la sociedad caraqueña, estuvo á punto de ser azotada públicamente, por haberse alegrado de los triunfos de Mac-Gregor en 1816. Un venezolano muy meritorio, el Coronel Feliciano Montenegro y Colón, al servicio de los españoles, pudo salvar á tan digna señora de semejante oprobio, y dándole oportuno aviso pudo arrancarla de tan triste situación. (2)

El mismo Moxó tenía igualmente destinadas á recibir azotes en las calles de Caracas á dos matronas célebres: Doña Josefa Antonia Tovar de Buroz y Doña Manuela Aresteiguieta de Zárraga. Era la una madre de aquellos paladines de la revolución, Lorenzo Venancio y Pedro Buroz, vícti-

1 García del Río.—Biblioteca americana. De la influencía de las mujeres en la sociedad; y acciones ilustres de varias americanas.

2 Montenegro. Historia de Venezuela.—Geografía general.—Tomo 4º, página 248.

mas ilustres de la guerra á muerte: era la otra, madre de los Generales Zárraga, uno de los cuales había comenzado su carrera desde 1814. A los esfuerzos de un noble español, entroncado con esta última familia, Don José Francisco Heredia, Oidor de la Audiencia y factor, por lo tanto, del Gobierno español en Caracas, debióse el que no fueran azotadas aquellas nobles señoras, á las cuales encerró Moxó en una de las bóvedas de La Guaira, para en seguida expatriarlas. El Heredia salvador de estas matronas, fue el padre de aquel célebre poeta cubano que pasó años de su juventud en Caracas, y á quien la América conoce con el nombre de "El Cantor del Niágara."

Aun no ha desaparecido de la memoria del pueblo cumanés el nombre de aquella distinguida Doña Leonor Guerra, joven heroína de la guerra magna, tipo admirable en la historia de los fastos venezolanos. Si hay algo que sobreviva á los cataclismos de la naturaleza y de la sociedad, es el sacrificio, la mujer que se inmola en aras de la familia ó de la Patria. La corta y elocuente historia de Leonor Guerra es el honroso legado que se van dejando las generaciones cumanesas. Esta heroína admirable, tan noble de sentimientos como de familia, había abrazado desde sus primeros tiempos la causa de la independencia, sin prever que ella simbolizaría en cierto día una de las coronas de ciprés que se unirían á las coronas de laureles, para sintetizar el dolor y la dicha, el martirio y la victoria en sus conquistas ideales, en el constante combate de la vida.

Estaba el Coronel Aldama de Gobernador de Cumaná cuando los triunfos de Mac-Gregor en 1816. En aquellos días los patriotas habían adoptado por divisa política la cinta azul. Las señoras patriotas acostumbraban llevarlas en sus peinados, aunque con estudiada precaución. En las colonias, donde tenían

las emigradas más libertad, ostentábase con alegría la azul divisa. Así, al visitarse en los días de Navidad, se saludaban las familias con los siguientes versos:

Las cintas azules
Son el estribillo:
Que viva la Patria,
Que muera Morillo.

Doña Leonor se asomó á la ventana en cierto día en que Aldama estaba de mal humor. Sea que Leonor ostentase en su peinado un lazo de cinta azul, ó que la ojeriza del Gobernador necesitase, para estallar, de alguna víctima, una delación fue hecha y una condena fue pronunciada. Ordenábase que Leonor Guerra, sentada sobre un burro enjalmado, recibiese públicamente doscientos azotes, por insurgente y revolucionaria; que se la amonestase en cada esquina por donde debía pasar y se la excitase á revelar los nombres de sus cómplices, y de no hacerlo así, se cumpliese con lo dispuesto por la autoridad, teniendo que acompañar á la acusada sus compañeras las insurgentes de Cumaná. Colocada la heroína sobre un jumento enjalmado, con la espalda casi desnuda, comienza aquella procesión, infame aborto del corazón de Aldama. *Confiesa tus cómplices*, le dicen los verdugos, antes de cada descarga: *Viva la patria, mueran sus tiranos*, contesta Leonor. Al instante caen sobre la espalda de la admirable víctima repetidos latigazos y así va repitiéndose el castigo hasta que Leonor, casi exánime, es conducida á su hogar. Un testigo presencial de este horrible suplicio, el capitán inglés Hardy, del buque *Mermaid*, escribe en su diario las siguientes frases:

"Cumaná: 12 de junio de 1816.

"He aquí el hecho bárbaro de que acabo de ser testigo. Una señora perteneciente á lo más respetable de las familias de Cumaná, por haber

hablado contra el gobierno español y en pro del partido patriota, fue colocada sobre un asno y paseada por las calles, seguida de una guardia de diez soldados. En la esquina de cada cuadra, y frente á las casas de los parientes más cercanos de la víctima, recibía ésta cierto número de azotes sobre la espalda desnuda, disponiendo el mandato que debía llegar á doscientos el número de aquéllos. La pobre víctima que llevaba los ojos vendados, soportaba tan inhumano tratamiento con admirable valor. Sus gritos me parecieron débiles, pero á pesar del pañuelo con el cual ella se cubría el rostro, pude ver las abundantes lágrimas que corrían de sus ojos. No presencié sino los primeros doce latigazos.... Algunos de mis soldados que estaban á la orilla del mar, vieron ejecutar la sentencia por completo: mi sensibilidad había sido muy herida para que yo pudiera dejarme vencer por la curiosidad. Por informes particulares que tuve, dos días después, acerca de la suerte de la desgraciada, supe que ésta había rehusado toda especie de alimento y de asistencia médica, y más tarde se me dijo que había muerto, y que su modestia y gran delicadeza le habían impedido sobrevivir al castigo con que habían querido humillarla." (1)

¡Adverso hado! En su agonía, aquel corazón virgen y entusiasta, lacerado, transido de dolor, se siente como despojado de los atributos celestes de la mujer: la dignidad, el pudor, el sentimiento; y entregada á su infortunio sueña con las claridades

---

1 PALACIO FAJARDO. (Bajo el nombre de un *Americano del Sur,*) Outline of the revolution in Spanish America: etc., etc. 1 vol. en 8º Londres, 1817. La misma edición 1 vol. en 12º New York, 1817. *Revolutions* de l' Amerique Espagnole etc. traducción francesa de la misma obra, 1 vol. en 8º París, 1817. Segunda edición 1819. Palacio Fajardo, hijo de Venezuela, orador, escritor, diplomático, hombre de estado, etc. es uno de los caracteres más conspicuos, una de las más puras celebridades de la Revolución de la América Española.

de la tumba. La muerte, solo la muerte podía devolver á aquella alma juvenil los ideales del amor.

En la región opuesta á la de Cumaná, á orillas del lago de Maracaibo, nos aguarda el compañero de Aldama, aquel famoso General Morales cuyo nombre tiene que ser eterno en Venezuela, como es eterno en la humanidad el de Caín. En Maracaibo se había refugiado Morales vencedor, en 1823, cuando por todas partes la causa española tocaba á su fin. Estaba escrito que en las aguas del dilatado Coquibacoa, debía librarse el combate que pondría término á la encarnizada lucha; y que con Morales, el último de los Capitanes Generales, iban á salir del territorio venezolano los restos mutilados y vencidos de las cansadas legiones es pañolas.

Morales, que en Gibraltar había hecho azotar en aquellos días, montada sobre un asno, á la señora Matos, supo en Maracaibo que la señora Doña Ana María Campos se había expresado fuertemente contra los españoles, vencedores en aquel entonces. Fue el caso que Doña Ana, mujer fuerte y resuelta, patriota á toda prueba, había dicho públicamente de Morales, entre otras cosas, la siguiente frase: *si no capitula monda*, queriendo significar con ello, que si no capitulaba tendría que soportar las consecuencias. Sabedor Morales del dicho, ordena que sea la Campos traída á su presencia.

—¿ Es cierto que usted habla contra mí ? pregunta Morales con grosería.

—He dicho y repito que si usted *no capitula monda*.

—¿ Y por qué afirma usted semejante dicho ? preguntó Morales.

—Porque los patriotas son ya vencedores en toda

Venezuela, y dentro de muy poco lo serán en Maracaibo, por agua y por tierra.

—Retráctese usted, mujer insolente, de haber dicho tal expresión, pues de lo contrario la haré castigar.

—No me retracto, contestó la maracaibera con aire jaquetón. No me retracto, y repito que si usted *no capitula monda.*

Morales enfurecido, ordena que sea azotada la Campos y paseada sobre un burro por las calles de Maracaibo. Y los verdugos descubriéndole la espalda á la señora, la montan sobre el jumento, y dase comienzo á la procesión.

Retráctate insurgente, de lo que has dicho, profiere el verdugo.

—No me retracto y repito que si Morales *no capitula monda.*

Entonces comienzan los azotes y de esquina en esquina, va la víctima recibiéndolos hasta que se cumple por entero la sentencia. A poco de haber comenzado el suplicio, llena de dolor y agobiada de sed, la víctima pide y suplica á los verdugos que le concedan un vaso de agua; pero éstos, en repetidas ocasiones, se niegan á ello. Lentamente la señora fue enmudeciendo, y cuando la apearon del jumento, estaba casi exánime. A los cuidados de su familia y de los médicos pudo en breve aquel carácter varonil restablecerse, para asistir con júbilo á la salida de Morales y sus tropas del lago de Maracaibo, después de honrosa capitulación que les concedieron los vencedores patriotas Padilla y Manrique.

Al instante la musa popular, deseosa de celebrar las glorias de la heroína maracaibera, lanzó al público las siguientes coplas que se cantaron en los corrillos, con acompañamiento de guitarra, durante muchos años:

Morales con su escuadrilla
á Maracaibo tomó;
pero luego al Diablo vió
en el General Padilla,
que á Laborde hizo tortilla,
y á sus marinos osados,
la mayor parte ahogados,
y muertos más de ochocientos,
que de tibrones hambrientos
fueron sabrosos bocados.

—

Tomó la barra Padilla
¡maravilla!
y quizá nuestra escuadrilla
si en su poder estará.
¡Ajá!

—

El año de veinte y cuatro
comimos coco y patilla,
y nos hubiéramos muerto
si no nos llega Padilla.

—

Morales capituló
con el agua á la garganta:
si no capitula monda,
como lo dijo la Campos.

—

Morales capituló
con el agua á la rodilla:
si no capitula monda,
como lo dijo Padilla.

—

Diga Zulia á boca llena
quién lo libertó de males,
cuando el General Morales
lo apresó con sus cadenas.

—

Santa Marta, Cartagena,
Río-Hacha y el Mampós,
digan, respiren por Dios
por quien gozan libertad.

—

Por él, como lo dirá
toda Colombia á una voz,
está Padilla llorando

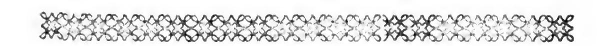
y su muerte está clamando
ante los ojos de Dios.

—

A Doña Ana María Campos,
señora muy distinguida,
la azotaron en un burro
porque victorió á Padilla.

Ya el pueblo Maracaibero no canta estas coplas, pero sí conserva, como refrán, la frase de la Campos: *Si no capitula monda;* queriendo significar con ella que en todo litigio humano *vale más una regular transacción que el triunfo de un ruidoso pleito.*

¡Cuántos contrastes admirables! La Campos, mujer fuerte, sobrevive á las vejaciones de la soldadesca: triunfan en aquélla la voluntad, la fuerza, su naturaleza, en armonía con sus sentimientos republicanos; mientras que Leonor, al sentir heridos los grandes atributos de la mujer, sucumbía en ella la parte material, en tanto que el espíritu se remontaba á regiones superiores sin darse cuenta de la envoltura corpórea, perecedera. El espíritu inmortal aspira siempre á regiones luminosas, porque en ellas es donde existe la recompensa, única aspiración de los corazones nobles que sucumben por la familia, por la patria.



MAS MALO QUE GUARDAJUMO *

CRONICA POPULAR

"¡Sépase quién es Calleja! y "Es más malo que Calleja!" son dos refranes que pertenecen el uno á Méjico, y el otro á Lima. Si estos dos Callejas fueron hermanos, á lo menos por el nombre, hay otro refrán que fraterniza con ellos, y es venezolano, á saber: "más malo que Guardajumo!" Aceptemos que si Guardajumo no fue de la parentela de los Callejas, pertenece á los bastardos de la familia, y sigamos con el refrán.

Abrimos á Palma, en su célebre libro de *Tradiciones peruanas*, y leemos:

"En Méjico es popularisma esta frase: ¡Sépase quién es Calleja!

"En la guerra de independencia hubo en el ejército realista un General don Félix María Calle-

* Los llaneros no dicen Guarda humo, como debe escribirse, sino que aspirando la h, pronuncian Guadajumo, uniendo las dos voces. Hoy Guardajumo es el apodo del famoso salteador, tema de esta crónica.

ja, al cual dieron un día aviso de que los *guachinangos* ó patriotas habían fusilado con poca ó mucha ceremonia, que para el caso da lo mismo, cuatro ó cinco docenas de pirineos.

"El General español montó á caballo y se puso á la cabeza de sus tropas diciendo:—ahora van á saber esos *pipiolos* quién es Calleja!

Veremos de los dos cual es más bruto
Si Roldán eres tú, soy Farraguto

"Y sorprendiendo á los insurgentes, cogió algunos centenares de ellos, los enterró vivos en una pampa, dejándoles en descubierto la cabeza y mandó que un regimiento de caballería evolucionara al galope. Cuando ya no quedaron bajo los cascos de los caballos, cráneos que destrozar, aquel bárbaro se dió en el pecho una palmada de satisfacción exclamando: Sépase quién es Calleja. Y en seguida, para quedar más fresco, se bebió un canjilón de horchata con nieve." (1)

He aquí el origen del refrán mejicano ¡Sépase quién es Calleja! Respecto del peruano, Es más malo que Calleja!, Palma nos hace un historial de aquellos célebres *talaverinos*, del batallón "Talavera," compuesto de ochocientos angelitos "escogidos entre lo más granado de los presidios de Ceuta, Melilla y la Carraca en 1814. Uno de los oficiales de esta pandilla de presidiarios, el Capitán Don Martín Calleja, vestido de gala, tropezó, en cierto domingo, al doblar una esquina, con un pobre negro que cabalgaba en un burro. Que el Capitán no supiera sacarle la suerte al animal ó que el jinete, por torpe en el manejo del asno, no pudiera evadir el percance, es lo cierto que el talavetino metió el pie en un charco, y el lodo le puso el pantalón en condiciones de inmediato reemplazo, como nos dice Palma.

Ya supondrá el lector lo que sucedió y debía

1 Palma.—Tradiciones peruanas. Tercera serie

suceder: el Capitán desenvainando la espada se fue sobre el burro y lo atravesó. En seguida acometió al infeliz jinete, quien lloró, suplicó, imploró, á cuyas plegarias fue sordo el Capitán, pues le clavó el arma en el pecho, acompañando el lance con sapos y culebras que salían de la boca de tan valeroso militar.

¡Qué nos importa la suerte del jumento y la del pobre esclavo! La justicia humana es elástica, y á ella debemos someternos. Pero si no hubo justicia, por lo menos surgió el refrán que dice: ¡Es más malo que Calleja!

Pues señor, estos dos Callejas no valen un bledo al lado del famoso Guardajumo, cuyo nombre es conocido en la dilatada pampa del Guárico, desde fines del último siglo. Guardajumo es uno de los pocos hombres que han sabido poner por obra los siete pecados capitales: amó á Dios y al prójimo sobre todas las cosas: codició lo ajeno, y todo fue suyo: sacrificó hombres mujeres y niños: satisfizo todos los apetitos, infundió pavor, y desapareció, alcanzando lo que tantos hombres ambicionan: un nombre ruidoso, la gloria.

En el pueblito de los Ángeles, antiguo lugar de misión al Sud de Calabozo, nació por los años de 1780 á 1782 el indio Nicolás, descendiente de aquellos feroces Guamos, que en remotas épocas asolaron las comarcas del Guárico. Desde muy niño, Nicolás había dado indicios de rapacidad, pues robaba á la madre cuanto objeto podía para venderlo al primer muchacho con quien tropezara. Mal acompañado siempre, Nicolás continuaba dando pruebas de lo que sería algún día, cuando sufre el primer carcelaje, al cual siguieron otros más; pero como mozo astuto y ágil, hubo de sustraerse á poco andar, de las persecuciones de la autoridad, burlando toda vigilancia. Adulto al comenzar el siglo, Nicolás da comienzo á su carrera de crímenes atro-

ces: ya atrae á los viajeros y los sacrifica, ya azota los hatos cuyos animales destruye; ya roba á los arrieros conductores de mercancías. Si desaparece por algún tiempo es para hacerse olvidar, volver resuelto á la carga con nuevas fuerzas y cometer todo género de atentados. Siempre estaba acompañado de hombres perdidos que obedecían á sus órdenes y siempre se presentaba con su infernal gavilla de manera tan inesperada, que no dejaba tiempo para la defensa. Su ligereza, su agilidad y su manera de aparecer y desaparecer, motivaron que los pueblos le tomasen por brujo, y por esto huían de él como del espíritu maligno. Llamábale el vulgo Guardajumo y con este nombre era conocido en muchas leguas á la redonda de la zona de los llanos de Barcelona, del Guárico, de Aragua, etc. Nombrábanle así porque cometía un crimen, y tras éste otros, sin que las autoridades pudieran apresarle. Se creía, y él lo aseguraba, que sabía transformarse en tronco de árbol cubierto de humo por todas partes, para reírse de cuantos le buscaban. Decían otros, que debía tal nombre al no formar una sola fogata en el lugar de la pampa donde almorzaba, sino varias muy limitadas, para que así no pudiera la columna de humo verse desde lejos. Tal fue la opinión del vulgo, respecto del temido bandolero.

En los días en que Guardajumo, acompañado de su gente, talaba los llanos y era el espanto de los viajeros y pobladores de hatos, comerciaban con la vecina isla inglesa de Trinidad dos jóvenes, español el uno y venezolano el otro. Las mercancías entraban por el puerto de Güiria, y en recuas eran conducidas á los diversos pueblos del Guárico. Para salvar el producto de su trabajo de la codicia de la turba de asesinos á cuya cabeza sobresalía Guardajumo, los dos comerciantes se pusieron al frente de su caravana, acompañados de peones valerosos. En cierta

noche, al pasar del abra de los llanos barceloneses á la pampa del Guárico, la caravana fue acometida por los salteadores. El choque fue muy rápido porque los jóvenes se lanzaron sobre los bandidos, derribaron á cuatro de ellos é hicieron poner en fuga á los restantes, entre los cuales iba herido el famoso Nicolás.

¿Quiénes eran estos esforzados mancebos que con tanto brío habían vencido á tan temida pandilla de salteadores? Ya lo diremos más adelante.

Después de repetidas aventuras, siempre sangrientas, en las cuales el célebre Nicolás satisfacía sus pasiones insaciables, fue delatado por uno de sus compañeros, su tío Chepe Gune, tan malo como el sobrino. Sentenciado á muerte, no hubo en Calabozo verdugo que lo llevara al patíbulo, teniendo que pedirse uno á Caracas. El vulgo, que se hace siempre eco de todas las patrañas imaginables, asistió á presenciar la ejecución de Guardajumo, creyendo que iban á efectuarse las promesas del criminal, cuando aseguraba que de la horca iba á escaparse, porque conocía los medios que debía poner en juego para que el cordón no le tocara el cuello. Mil y más mentiras fueron creídas, y no faltaron personas que se encerraron en sus casas el día de la ejecución, temiendo que se realizaran los vaticinios de Guardajumo.

Vuelta la paz á los llanos del Guárico y con ella la confianza y el contento, los llaneros tornaron á sus bailes y recreaciones favoritas. Un poeta calaboceño, Gil Parpacén, perteneciente á un grupo de hermanos que más tarde figuró con brillo en la guerra de independencia, compuso el siguiente *corrido*, canto popular, para celebrar la memoria del célebre bandolero descendiente de los Guamos. (1)

1 Este apellido nos recuerda los cuatro distinguidos hermanos Parpacén, hijos del Guárico, los cuales figuraron en la época de independencia. Gil Parpacén fue el poeta de la familia y de la patria: Nicolás militó desde un principio con los

Aceptaron la poesía los cantores llaneros, y durante muchos años fue la canción más celebrada de la pampa. A proporción que nos alejamos de aquella época, 1800–1806, los versos van desapareciendo, porque nuevos cantores suceden á los que mueren: no así el refrán, pues en muchos pueblos y ciudades para fotografiar á ciertos tipos se dice todavía: MÁS MALO QUE GUARDAJUMO.

He aquí un fragmento del corrido de Parpacén:

En nombre de Dios, comienzo,
autor de todo lo creado,
y su patrocinio invoco
para morir arreglado.
Sepa el mundo y sepan todos
que esto que voy declarando
es mi final voluntad:
que se guarde y cumpla mando.
Yo, Nicolás Guardajumo,
cuyo apellido me han dado
mis ruidosos procederes:
descendiente de Los Guamos.
En la misión de los Angeles
casado y avecindado,
viéndome, como me veo,
á la muerte muy cercano,
No por achaque ni mal
que mi Dios me haya mandado,
sino por que mis delitos
me han reducido á este estado:
Y, por muy justa sentencia,
á muerte estoy condenado,
y á que en manos de un verdugo
públicamente sea ahorcado,
Y mi cabeza se ponga
en un eminente palo,
donde sirva de escarmiento
y de freno á los malvados.
No pidan misericordia
ni hagan ningún alegado,

republicanos, y fue una de las víctimas de Mosquitero en 1813; y Dionisio y Diego figuraron en primera línea en las campañas de Páez. El último, como teniente, fue uno de los ciento cincuenta centauros de las Queseras del Medio.

pues yo, que soy el paciente,
con todo me he conformado.
Luego que yo, con mi vida
haya mi culpa pagado,
á Dios remito mi alma
y á su tribunal sagrado.
De mi cuerpo no dispongo
ni después de ajusticiado.
¡Que la justicia disponga
y obre según he mandado!

....

A una enamorada mía
le dí un fuerte machetazo,
del que pienso que murió,
según noticias me han dado.

....

¡No me contuvo la unión
ni el parentesco inmediato!
¡Dios perdone tantas culpas
y tan atroces pecados!
La muerte que yo más siento
y la que más he llorado
fue la que yo mismo dí
en el caño del Caballo
á uno nombrado Loreto,
con quien estaba cenando:
Pues con su propio cuchillo
(que él me lo había prestado)
le dí varias puñaladas
solamente por robarlo.

....

Y supuesto que del mundo
la justicia me ha juzgado,
falta ahora la del cielo
que es caso más apretado.
¡Sufre Dios al pecador
hasta el tiempo prefinido,
y luego que le ha servido
de tiernísimo amador
se vuelve Dios juzgador!
De la nada, polvo y humo
se ha formado aquel Dios Sumo.
La última hora ya presumo
que ha llegado á Guardajumo.

Y ya el Todopoderoso
quiere que de aquesta suerte
pague tanta y tanta muerte
el infame Guardajumo.
Ya determinó el Dios Sumo,
omnipotente é inmenso,
que de tres palos suspenso
satisfaga Guardajumo.

Tornemos ahora á la noche en que el bandido fue herido. ¿Quiénes fueron aquellos mozos comerciantes, resueltos, valerosos, hombres de pecho al agua, que pusieron en fuga á los asaltadores? Ambos frisaban en los veinte y cinco años, y ambos ignoraban que iban á desempeñar importantísimo papel en el drama sangriento que á poco iba á conmover la América española. Para ambos había llegado el momento de separarse para seguir rumbos opuestos: el venezolano se quedaba á la sombra del hogar paterno, en tanto que el español iba á desplegar en el comercio nuevos instintos y á sufrir justas persecuciones. ¿Quiénes eran? La historia los conoce con los nombres de Jacinto Lara el uno, y el otro con el de José Tomás Rodríguez, que se cambia por el de José Tomás Boves. Qué dos tipos! No tenían de común sino el arrojo, el valor, la resolución inquebrantable, que por lo demás no admiten paralelo. El uno, Boves, iba á aparecer como el azote de los campos y de las ciudades, el monstruo de la guerra á muerte, el hombre feroz, implacable, en el caballo de Atila; la hidra de mil cabezas, retorciéndose en charcas de sangre. El otro, es el tipo del militar apuesto y distinguido, del patricio que, después de conquistar laureles desde las orillas del mar hasta las nevadas cimas del Cuzco, alcanza victorias, grados, honores y recompensas,· y acompaña á Bolívar en su caída, para después ir como Cincinato á reposar de largas fatigas y por largo tiempo, bajo la sombra de los árboles amigos del hogar, al lado de la esposa y de los hijos.

Cuando llegan los días de 1810 á 1811, Lara se había ya afiliado en el bando patriota. A poco aparece Boves en la pampa venezolana, como el trueno que en lontananza anuncia la tempestad. Había llegado la época tenebrosa. ¿Quiénes serán los vencedores, quiénes los vencidos? Lara comienza con Miranda, y cuando estalla la catástrofe de 1812, busca á Bolívar y le acompaña con éxito feliz al comenzar por Occidente la campaña de 1813; pero á poco el joven guerrero, después de mil peripecias desgraciadas, logra salvarse, para aparecer en la región opuesta, á las órdenes del Jefe oriental, General Mariño. La guerra á muerte estaba en todo su esplendor. El esforzado mancebo de los años de 1804 á 1806, va á tropezar con su antiguo compañero de la pampa del Guárico: van á chocarse frente á frente y quizá sin reconocerse. En Bocachica está Lara afortunado, desgraciado en el Arador; y tras de victorias y derrotas, llega á Carabobo, al lado de Bolívar y Mariño. Carabobo fue un gran triunfo al borde de un abismo. De repente reaparece Boves y frente á él Lara en la Puerta, en Aragua, en Maturín y en Urica, sepulcro de aquél. La derrota ha perseguido por todas partes á los patriotas; pero el vencedor había sido vencido. Atila, en las convulsiones de la muerte, se había asido de la misma yerba tostada por el casco de su caballo.

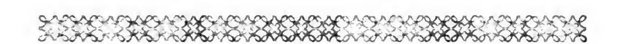
A poco reaparece Lara en la pampa venezolana á orillas del Orinoco y del Apure, con Piar y con Páez. Desde esta época, 1816-1817, el esforzado campeón no sufre interrupciones, que prolongada serie de victorias le acompaña. Con Bolívar trasmonta en 1819 los Andes de Cundinamarca para participar de los triunfos de Bonza, Gámeza, Vargas y Boyacá. Aparece en seguida al frente de los batallones "Rifles," "Pamplona" y "Flanqueadores," y en tierra neogranadina se corona acá y

allá de inmarcesible gloria: continúa con Bolívar en la campaña del Ecuador y entra después en el Perú al frente de los batallones "Rifles," "Vargas" y "Vencedores." Las legiones de Colombia, los jinetes venezolanos dominan los Andes y siguen en solicitud de las ciudades indígenas y de la cuna de Manco-Capac.

> Con su MILLER los "Usares" recuerdan
> el nombre de Junín: Vargas su nombre,
> y "Vencedor" el suyo con su LARA
> en cien hazañas cada cual más clara. (1)

Adelante, que en Ayacucho está Lara mandando la retaguardia y contribuyendo al brillante éxito de esta gran jornada. Había llegado á la elevada meta de su carrera, después de haber militado por todas partes y dejado nombre preclaro en los anales de tantos pueblos americanos.

OLMEDO.—Canto á Bolívar.



RESOLUCION DE UN MITO BIBLIOGRAFICO *

La existencia de un libro impreso, ahora ciento sesenta y siete años, continuación de la obra cuya primera parte, con el título de *Historia de la conquista y población de la Provincia de Venezuela*, dió á la estampa en Madrid, en 1723, Don José de Oviedo y Baños, vecino ilustre que fue de Caracas; volumen en el cual se da el origen de las antiguas familias que fundaron esta capital y otras ciudades venezolanas, haciendo aparecer muchas de aquéllas como descendientes de presidiarios y galeotes que durante la época de la conquista de América se establecieron en Caracas; tal es el tema de la tradición que, desde tiempo atrás, viene repitiéndose y comentándose por cada generación.

¿Quién no conoce el nombre de Don José de Oviedo y Baños, historiógrafo de la antigua Provincia de Venezuela? Si muchos habrán sido los lectores del I volumen de la obra cuyo título dejamos escrito, publicado primeramente en Madrid en 1723, reimpreso en Caracas en 1824, y últimamente en Madrid en 1885, muchos serán también los que hayan repetido inconscientemente el tema

* El II volumen de Venezuela por Oviedo y Baños.

de la tradición, y adicionádolo con frases y conceptos ofensivos á la honra ajena.

La crítica de esta tradición, que nos es conocida desde temprana edad, y el estudio de las tendencias del autor y de la época que se propuso escribir, nos servirán de argumento para estas páginas.

Como en todas las cuestiones de interés histórico que aparecen veladas por el misterio y hermoseadas por la fábula, opiniones encontradas se chocaron desde el momento en que surgió la tradición en el campo de la sociedad caraqueña. Aseguraban unos que el II volumen había sido recogido por las autoridades españolas, á poco de haber visto la luz pública, mientras que otros decían que las personas aludidas por el autor fueron las que, á precio de oro, lograron agotar la edición, de tal manera, que era ya imposible haber á la mano un ejemplar. Para unos y otros, lo que daba grande interés al volumen eran las genealogías de cada familia y los conceptos picantes ó infamatorios con los cuales las aderezaba del historiador. Pero, en contra de tales opiniones aseguraban otros, y éstos eran los más, que el volumen II de la obra de Oviedo y Baños nunca fue publicado y que los materiales, á la muerte del autor, quedaron manuscritos. Agregaban que la tal fábula había nacido de la ojeriza secreta que se guardaban ciertas familias del último siglo, la cual se había despertado con la creación de la República de Colombia, que reconocía nuevos títulos: los adquiridos en los campos de batalla, en las asambleas, en la prensa y en el ostracismo, por servicios hechos á la causa de la independencia americana. Por remate de cuentas, se hablaba de una monja que había sido azotada por el Obispo Mauro de Tovar, durante el pontificado de este prelado, lo que daba á la tradición aspecto sombrío y repugnante.

Es de advertirse que en cada oportunidad en

que hemos tropezado con algunos de tantos que se ufanaban de haber tenido en sus manos el referido volumen, nunca pudimos recabar de ninguno siquiera que se nos enunciaran los títulos de los capítulos y se nos diese, en síntesis, una idea general del plan seguido por el autor. Este hecho repetido, y el no haberse publicado, hasta hoy, noticia alguna referente á los diversos materiales de interés histórico que debieron figurar en la obra, nos confirman con otras razones que expondremos más adelante, de que la publicación del II volumen de la *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela por Oviedo y Baños*, es una de tantas fábulas que han ocupado la espectativa pública durante cierto lapso de tiempo.

Pero si el volumen en cuestión jamás llegó á las prensas tipográficas de Madrid, no por esto dejó de conservarse manuscrito, como ya verán nuestros lectores. Nos cumple desde luego demostrar: primero, que el II volumen de la Historia de Venezuela por Oviedo y Baños no fue impreso; y segundo, que conservóse manuscrito durante ciento y más años en Caracas, en poder de uno de los descendientes del historiador, siendo al fin devorado por las llamas.

Entremos en materia.

En remotos tiempos la averiguación de un hecho era empresa algo difícil, pues el espíritu investigador no había alcanzado los medios de que hoy dispone para la resolucion de los más intrincados problemas, ora en el orden de la naturaleza, ora en el de la historia y desarrollo de la sociedad humana. El ensanche de las conquistas científicas por una parte, y el comercio y comunicación de los pueblos por la otra, han cambiado por completo la faz del mundo actual. Después que la tradición referente al II volumen de la obra de Oviedo y Baños pasó los

mares y se hizo conocer de ambos mundos, el interés de los bibliófilos americanos entró en acción, dando nuevo interés á la fábula caraqueña. Cuarenta años de diligencias, tanto en Europa como en América, han dado un resultado negativo respecto de la existencia del mencionado volumen. Americanistas tan acomodados como activos, después de haber solicitado la obra con singular constancia en las bibliotecas públicas y privadas de España, de Alemania, de Francia, de Inglaterra, de las Antillas españolas y de las Repúblicas hispanoamericanas; es decir, de los principales centros de la bibliografía española, han llegado á convencerse de que la publicación del referido volumen pertenece á las fábulas bibliográficas, y que es por lo tanto inútil continuar en este género de investigaciones. Por lo que diremos más adelante se verá confirmada esta opinión.

El patronímico Oviedo y Baños data en Caracas desde fines del siglo décimo séptimo. Del ilustre Oidor de Santa Fe de Bogotá, Don Juan Antonio de Oviedo y Rivas, descendiente de noble estirpe y de Doña Josefa de Baños y Sotomayor, de igual linaje en Bogotá, vinieron al mundo los hermanos Diego Antonio, Juan Antonio, y José Oviedo y Baños que han dejado en varios países de la América española nombres célebres por haber sido espíritus tan rectos como doctos y escritores de ilustración y nombradía.

Por muerte, en 1672, del Ilustrísimo Obispo de Caracas y Venezuela, fray Antonio González de Acuña, de grata memoria, el Monarca español nombró para sucederle al Obispo de Santa Marta, Don Diego de Baños y Sotomayor, tío de Oviedo y Baños. Al instalarse el nuevo Prelado en Caracas, en 1684, trajo consigo al menor de los sobrinos, á José, joven ilustrado, quien al lado suyo continuó la educación que desde Nueva Granada había comenzado á recibir. Muerto el Obispo en 1706, Don

José quiso permanecer en su nueva patria, donde ya figuraba no sólo por sus talentos sino también por sus excelentes condiciones sociales y morales. Desde 1700 sobresalía Don José como Regidor del Ayuntamiento, y más tarde, de 1710 á 1715, como Teniente general de la provincia de Venezuela. Casado años antes con la señora Doña Francisca Manuela de Tovar y Mijares y Solórzano, viuda del provincial y alcalde mayor de la Santa Hermandad, don Juan Jacinto Pacheco y Mesa, dió origen á una de las principales familias del siglo décimo octavo. De este enlace nacieron Juan Antonio, Francisco Javier, Rosalía, María Isabel y Rosa de Oviedo y Tovar, de donde entroncan las actuales familias de Escalona, Monasterios, Blanco Ponte, etc. etc. etc. y Clavijo y Mora en el Perú. El patronímico Oviedo y Baños está extinguido en Venezuela.

Inclinado desde muy joven al estudio de la historia americana, don José quiso registrar desde su llegada á Caracas, los archivos, comenzando así, á reunir los materiales que debían servirle de basa para alguna obra de interés histórico. En efecto, después de haber estudiado las diversas épocas de la historia de Venezuela y los cronistas que le habían precedido; después de establecer la cronología de los sucesos, tanto en el orden civil como en el eclesiástico, y redactado dos libros que le sirvieron de pauta y de consulta, escribió la primera parte de la conquista y población de Venezuela, la cual vió la luz pública en Madrid, en 1723, con el siguiente título: *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela, escrita por Don José Oviedo y Baños, vecino de la ciudad de Santiago de León de Caracas, etc. etc.* 1 vol. en 4°, impreso por Don Gregorio Hermosilla. De esta edición se encuentra con dificultad uno que otro ejemplar, tanto en Venezuela como en el extranjero.

Creada la República de Colombia en 1821, era natural que la imprenta se ocupara en propagar cuantas obras se conexionaran con la historia de Venezuela, pues que había comenzado la enseñanza sin restricciones, y la más completa libertad del pensamiento daba vuelo á la juventud de aquella época y trabajo á los establecimientos tipográficos. En 1824 las prensas editoriales de Navas Spínola dieron una segunda edición de la primera parte de la historia de Venezuela por Oviedo y Baños, 1 vol. grueso en 4º menor, de 630 páginas, la cual tuvo brillante aceptación. Con dificultad se encuentra en el comercio alguno que otro ejemplar de esta edición.

Ultimamente, en 1885, el Capitán de navío Don Cesáreo Fernández Duro, de la Real Academia de la Historia, acaba de dar á la estampa en Madrid, en la casa editorial de Navarro, una nueva é importante edición de la Historia de Venezuela por Oviedo y Baños. Consta de dos gruesos volúmenes en 4º menor, de más de 400 páginas cada uno, precedida de notable introducción. El ilustre académico, después de enaltecer los méritos del patronímico Oviedo, tanto en España como en América, nos habla en primer término de las fuentes que dieron al autor rica copia de materiales, y después, de los nuevos documentos con los cuales enriquece su edición; explayándose en frases conceptuosas, respecto de España y América, de la conquista castellana y de la fraternidad que debe unir á pueblos de un mismo origen ligados por víneulos indisolubles. Las justas apreciaciones que hace el docto académico, respecto de las fuentes en las cuales se inspiró Oviedo y Baños, concuerdan con las que ahora años dimos á la luz pública, en Caracas, cuando disertamos acerca de los primitivos historiadores de Venezuela, y fijamos el lugar que corresponde á Oviedo y Baños. Satisfactorio es para

nosotros semejante coincidencia, por que da interés palpitante á lo que escribimos en época no remota. El trabajo del señor Fernández Duro nos parece por otra parte digno de los mejores elogios; y es de esperarse que todos los amantes de Venezuela posean un ejemplar de tan ilustrada como nítida edición de una obra ya extinguida.

Es de extrañarse que Navas Spínola no hubiera precedido su reimpresión de un prefacio, en el cual nos diera noticias de lo que entonces se decía respecto del II volumen de la obra y de su paradero. El silencio del editor caraqueño nos confirma en la opinión de que los materiales de la segunda parte de la obra de Oviedo y Baños, nunca llegaron á las prensas de Madrid. En apoyo nuestro léase lo que Fernández Duro nos dice: "Es posible que para la segunda parte, que Oviedo destinaba á las ocurrencias del siglo XVII, reservara capítulo especial en que tratar con buen desempeño, de las naciones bárbaras sometidas por los españoles: desgraciadamente esta parte, la de mayor interés, la que con vista de los documentos anteriores había de redactar, su revelación de sucesos ignorados, *no se dio á la estampa, sin que se conozca el paradero del manuscrito, muy adelantado ya á juzgar por sus propias indicaciones. Únicamente se imprimió la parte primera en Madrid.*"

Por cuanto dejamos escrito queda probado que el II volumen de la Historia de Venezuela por Oviedo y Baños nunca fue publicado, y que cuanto se ha dicho, acerca de su existencia en Caracas ó fuera, no pasa de ser una fábula que se ha estado repitiendo inconscientemente por las generaciones que nos han precedido.

Investiguemos ahora cuál fue la suerte que corrieron los manuscritos del historiador.

Es un hecho que Oviedo y Baños asentó en

dos gruesos volúmenes manuscritos, los principales sucesos de la historia de Caracas, así como las reales determinaciones y cosas notables, desde la fundación de esta capital hasta el año de 1702. Este fue el trabajo preparatorio, resultado de prolongadas investigaciones en los archivos públicos y privados, trabajo que le sirvió para redactar los dos volúmenes de la Historia de Venezuela. Publicada la primera parte en Madrid, en 1723, llegó á concluir la segunda, y en víspera de salir para Madrid estaba aquélla, cuando el autor tropezó con inconvenientes de familia. Opinó ésta por dar el trabajo á la publicidad más tarde, pues el historiador, sin darse cuenta de que estaba emparentado con la familia Tovar, escribió con espíritu recto y con pluma serena los principales acontecimientos del apostolado de Mauro de Tovar, 1640-1653. Así fue retardándose la publicación del II volumen, cuando el historiador, de edad avanzada y achacoso, murió por los años de 1732 á 1735, dejando á sus hijos, como rico legado, sus lucubraciones históricas.

Muerto Oviedo y Baños, la familia comenzó á enaltecer su memoria, mucho se habló de sus manuscritos, y aunque fue muy limitado el número de personas que los leyeron, en el público llegó á trasparentarse la opinión del autor sobre los principales sucesos del siglo décimo séptimo. Aunque con sigilo, desde entonces comenzó á hablarse de esta materia, haciendo cada uno los comentos que sugiera la fantasía, cuando la malicia interviene en cuestiones enigmáticas.

¿Dónde están los libros manuscritos, importante resumen cronológico de los materiales que sirvieron á Oviedo y Baños para redactar las dos partes de la Historia de la conquista y población de la antigua provincia de Venezuela? ¿Dónde están los manuscritos originales del II volumen que nunca llegó á publicarse? El hijo mayor de Oviedo y

Baños, Francisco Javier, nos va á resolver la primera pregunta.

En el libro de actas capitulares del Ayuntamiento de Caracas, correspondiente al año de 1765, en acta de 22 de abril, leemos: "En este Cabildo, el señor Conde de San Javier hizo presentes dos libros que dijo haber adquirido del señor Regidor Don Francisco Javier de Oviedo que se los franqueó para el uso del Ayuntamiento, el cual habiéndolos reconocido y hallado utilísimos para su archivo, y como una clave de él, en la que se conserva la memoria de las reales determinaciones y cosas notables desde la fundación de la ciudad; y teniendo presente que el primero con facultad para el registro de sus papeles, dio este mismo Ayuntamiento al señor Regidor Don José de Oviedo y Baños, formó este sabio vecino y benemérito historiador de la provincia, digno de la memoria de ella por sus grandes y conocidas prendas y por sus acreditados talentos de sabiduría y virtud, corriéndolo hasta el año de mil setecientos dos. Y que el otro, hasta el de mil setecientos veinte y dos, lo siguió con el celo é inteligencia que le asiste el señor Regidor Don Juan Luis de Escalona, y que sería cosa lastimosa que no se conservasen y continuasen los índices que contiene; mandaron que así se haga y que para este efecto se copien y *reservadamente* se guarden en el archivo capitular y que se procure su perfección é integridad hasta el tiempo presente, y para ello se forme un índice alfabético, para que en los casos ocurrentes se busquen y encuentren con facilidad los antecedentes de cualquier asunto; todo lo que se puso al cuidado del señor Regidor Don Francisco de Ponte que de ello se encargó." (1)

He aquí un documento comprobatorio de que

1 Actas del Ayuntamiento de Caracas, correspondientes al año de 1765.

estuvieron en el archivo del Ayuntamiento los apuntes cronológicos de la Historia de Caracas y de Venezuela, que sirvieron de basa á la obra de Oviedo y Baños. Empresa de romanos sería proponernos averiguar en cuál época, documentos tan importantes fueron sustraídos de este archivo; y más difícil aún, saber quién los guarda.

Respecto del paradero del II volumen manuscrito de la Historia de Venezuela, que á la muerte de Oviedo y Baños quedó en poder de su familia, por muerte de los varones pasó al señor Regidor Don Juan Luis de Escalona, casado con una nieta del historiador. Finalmente, vino á manos del señor Deán Don Rafael de Escalona, quien lo conservó hasta ahora cincuenta ó sesenta años. El precioso manuscrito, artísticamente copiado por uno de tantos pendolistas que existieron en Caracas durante el último siglo, y empastado con solidez, después de haber sido leído por muy pocas personas, de las cuales aún existe una muy respetable, lo obtuvo el historiador Yanes. (1) No sabemos si el volumen desapareció antes ó después de la muerte del doctor Yanes; pero es lo cierto que fue quemado por un personaje de la familia Tovar. Censurable nos parece este hecho, pues despojó á Venezuela de un trabajo histórico escrito con conciencia recta, obra de un patricio cuyo nombre es timbre de América y de Venezuela. Por otra parte, los sucesos escandalosos del pontificado de Mauro de Tovar, debidos á un abuso de autoridad y al carácter intransigente del Prelado, en nada, absolutamente en nada, han tildado el buen nombre de la familia Tovar. Los hombres públicos pertenecen á la historia.

1 Después de la muerte del Doctor Yanes, en repetidas ocasiones, comisionados especiales se han acercado á la familia de éste, ofreciendo dar por el volumen manuscrito lo que se exigiera; pero inútiles han sido los ofrecimientos, porque el volumen no existe.

Reconstruyamos ahora el volumen perdido de la Historia de Venezuela por Oviedo y Baños, pues que conocemos los sucesos verificados desde 1600 á 1703. Atrevimiento parecerá para alguno, el que osemos acometer empresa semejante; pero como abundantes en datos de todo género han sido para nosotros los archivos públicos y privados de Caracas, estamos en un campo que nos es familiar. Daremos, en síntesis, una idea general de la época que abarcó el autor, de los diversos capítulos de la obra, y sin detenernos en pormenores, llegaremos á resultado satisfactorio.

La sociedad caraqueña, al comenzar el siglo décimo séptimo, se hallaba en estado rudimentario. Treinta y tres años antes se había fundado á Caracas y ésta no pasaba de ser una miserable aldea, cuyos moradores, que apenas llegaban á 1,500, carecían de las cosas más indispensables. Cinco años hacía que el Gobernador Osorio había dado vida política y social á este caserío cuyos principales habitantes vendían carne, curtían cueros, fabricaban jabón ó cultivaban el trigo que daba á la ciudad el pan cotidiano.

Desde tiempo atrás, Carlos V, con el objeto de que la población de Venezuela se desarrollara, había creado la aristocracia venezolana, haciendo nobles á las hijas de los caciques. De esta manera los soldados castellanos que habían entrado en la conquista, sin títulos, sin antecedentes de familia, al contraer matrimonio con las indias, comenzaban á participar de ciertos fueros y privilegios. Esta alianza de los castellanos con las indígenas fue lo que constituyó desde remotos tiempos el *mantuanismo* (1)

1 El vocablo *mantuano* (y de este *mantuanismo*), podía derivarse de los mantos que acostumbraban llevar los caciques indígenas y las hijas de éstos. Sábese que una de las cosas que más llamó la atención de Hernán Cortés, fueron los mantos que llevaban los embajadores de Montezuma. Hay otro origen, que viene de que las señoras de Caracas que pertenecían al mantuanismo, se cubrían la cabeza con la no-

Mas al lado de la nueva aristocracia figuraron también las familias españolas que con antecedentes nobiliarios más antiguos y bienes de fortuna, vinieron del Tocuyo, de Valencia ó de alguna provincia de España á fijarse en Caracas.

Desde luego se comprende, que se crearon en la sociedad caraqueña dos círculos: el de los mantuanos americanos y el de los nobles de más allá del Atlántico que se juzgaban superiores, aunque ambos figuraban, desde un principio, al frente de la administración pública, adquirieron las tierras que quisieron, tuvieron encomiendas, se hicieron dueños de la riqueza territorial, ensancharon el culto religioso, coadyuvaron á la creación de templos, y defendieron la Patria americana contra el extranjero, contribuyendo así al ensanche y prosperidad de la colonia venezolana.

Durante el siglo décimo séptimo, el desarrollo de cada círculo, dio motivo á multitud de ridiculeces, puesto que cada familia creía valer más que la vecina, no obstante que la miseria cundía por todas partes, que el comercio con la madre patria no existía, ni la agricultura tomaba vuelo, ni se asomaban vislumbres de instrucción pública. Era una sociedad que se alimentaba de mentiras y de preocupaciones. De aquí nacieron las competencias escandalosas, cuestión de vanidades, que durante ciento cuarenta años, existieron entre las autoridades civil y eclesiástica.

Tal materia debió ser el tema de uno de los capítulos del II volumen de Oviedo y Baños, y en él debió darse noticia de la genealogía de los principales conquistadores, así como de la de las fami-

ble falda del camisón trayéndola de atrás hacia adelante; privilegio que sólo gozaban ciertas familias Este uso venía de España, pero tenía en Venezuela sus rectriciones donde era considerado como signo de nobleza. Hasta ahora cuarenta ó cincuenta años se veía en las calles de Caracas una que otra señora así cubierta.

lias españolas que se establecieron en Caracas, desde comienzos del siglo décimo séptimo.

Dos órdenes de ideas deben haber abrazado los capítulos del autor: las que se refieren al progreso material de la provincia, durante un siglo, y las que se relacionan con la lucha que existió entre dos círculos sociales y entre las autoridades que se disputaron derechos de jurisdicción.

Al primer orden de ideas pertenece el ensanche de la población, conquista y pacificación de las tribus indígenas, fundación de pueblos y desarrollo del culto católico. La obra de los misioneros que sometieron las tribus indígenas de las dehesas del Cojedes, Portuguesa, Guárico, Apure, Meta, etc. contribuyendo á la fundación de tantos pueblos que aún existen, debió mover la pluma del historiador. La cronología de los obispos y gobernadores, la narración de los ataques á las costas de Caracas por filibusteros extranjeros, así como la de aquellos que saquearon á Trujillo, Maracaibo y otros lugares, durante el mismo siglo, ocuparían sin duda páginas del volumen mencionado. El terremoto de 1641, y la influencia que tuvo sobre la construcción de los nuevos templos y edificios; el estado rudimentario del comercio que trajo la necesidad del contrabando; y el de la agricultura que ensanchó el detestable comercio de esclavos; el laboreo de minas, entre las cuales, figuraban en aquel entonces las ricas de Cocorote cedidas por el Monarca español á la familia Marín Narváez; las primeras basas, en fin, de la instrucción pública, con la creación del Seminario Tridentino, son otros tantos asuntos que no pudieron escaparse á la sagacidad del historiador Oviedo y Baños.

Pero la lectura de ninguno de estos temas relacionados con el progreso de la provincia venezolana tuvo aliciente para los pocos ó muchos que hojearon el volumen manuscrito. El capítulo de

las competencias y de las disputas entre los cabildos civil y eclesiástico, que estuvieron á punto de venirse á las manos en repetidas ocasiones; la narración de los escándalos que llenaron el pontificado de Mauro de Tovar, y sobre todo, el castigo de azote infligido á una señora de notable familia, suceso que trajo un pleito ruidoso, en el cual intervino el Monarca, sacando al Prelado de Caracas para Chiapa y obligándole á que un miembro de su familia se casase con la señora ofendida; estos y otros hechos parecidos era lo que solicitaba la mirada curiosa de los lectores, y ésto lo que por muchos años, fue comentado por los diversos círculos de la capital. Oviedo y Baños debió haber narrado tales sucesos con todos los pormenores que le fueron conocidos, aunque estaba emparentado con la familia del Obispo: pero escritor justiciero y fiel no quiso dejar en la sombra casos que fueron públicos y que concluyeron por el entroncamiento de dos de las más distinguidas familias de Caracas, ambas establecidas en esta ciudad desde principios del siglo décimo séptimo.

Cierto cronista refiere que algunos miembros de la familia Tovar pudieron arrancar de los libros del Ayuntamiento y del cabildo eclesiástico gran parte de las actas, en las cuales quedaron consignados los hechos principales del Apostolado de Mauro, despojando así á la posteridad de la historia de tan borrascosa época; pero por mucho que se haya perdido, mucho queda todavía. (1) Nosotros hemos tropezado con documentos que nos hablan de aquellos días, de las competencias, cuando Ruiz Fernández y Marcos Gedler y Calatayud, gobernadores de Caracas por una parte y el Obispo Mauro por la otra, se indilgaban todo género de insultos; lo que nos presenta la capital para entonces, como un pueblo sin elementos de civilización.

1 Véanse las *Crónicas Manuscritas* del P. Ferreros.

Por cuanto dejamos asentado se comprende que sobran materiales para reconstruir el volumen de la Historia de Venezuela por Oviedo y Baños, ya que el precioso trabajo del autor fue devorado por las llamas.



UN LAZARETO AMBULANTE

El viajero que contempla, desde cualquiera de las colinas que circundan, por el Este, Sud y Oeste, el panorama de Caracas, tiene que posar las miradas sobre un montón de ruinas que en la dirección del Noreste, se levantan al pie de la cordillera del Avila. Desde el terremoto de 1812, que destruyó gran porción de la ciudad, figuran estos escombros por el tiempo ennegrecidos, cubiertos de yerbas silvestres y llenos de grietas que sirven de asilo á animales rastreros, dueños feudales del terreno. De seis años á esta parte, las ruinas han perdido mucho de aquella originalidad que caracteriza á los edificios derruidos, abandonados por el hombre, pues ha sido techada la porción izquierda, donde mora el excelente italiano que, en aquel sitio pintoresco, cultiva el árbol de la morera y el gusano de seda.

El pueblo de Caracas llama á aquellos escombros San Lázaro nuevo, para distinguirlo de San Lázaro viejo, el primitivo hospital de lázaros que estuvo en el remate de la calle Este 6, en el sitio llamado Hoyada de San Lázaro. En efecto, al pie del Avila, por los años de 1780 á 1781, estuvo el hospital de San Lázaro nuevo, por haber sido rasportado del lugar que ocupaba en la H*oyada*

desde 1753. Tornó de nuevo á este lugar desde 1795, quedando el viejo hospicio para casa de huérfanos, con el título de Real Asilo de Niños Huérfanos; título que heredó igualmente el nuevo edificio, al ser desalojado. Mas, como ni en una ni en otra ocasión pudo realizarse el deseo del Monarca, San Lázaro nuevo, con el sobrenombre de Casa de Real Asilo, fue convertido en lugar de recreo y de parranda de los primeros mandatarios de la colonia venezolana. A los veinte y nueve años de haber sido destruido, en parte, el edificio, por el cataclismo de 1812, se establece en esta área de manera transitoria, el cultivo de la morera, el cual vuelve al mismo lugar cuarenta y un años más tarde. ¡Cosa singular! Regresaban la morera y su gusano á los seis años en que, por segunda vez, los pobres lázaros dejaban su sitio predilecto de la Hoyada, para fijarse, no en el lugar de las ruinas, sino á poca distancia, en la dirección del Este.

Departamos acerca de la historia de estas ruinas, de este lazareto ambulante, que pasa de la Hoyada al pie del Avila, y vuelve á la Hoyada para tornar de nuevo al pie de la montaña. Departamos acerca de esta casa de Real Asilo, lugar de recreo y de orgía de los antiguos gobernadores españoles, asilo en dos ocasiones del árbol de la morera y de su rico gusano. ¿Qué nos dicen esos muros sobre los cuales prosperan arbustos silvestres? Nos hablan de la grandeza y de la miseria de generaciones que reposan en la tumba, de revistas militares, de banquetes y festines, á los cuales asistieron sabios y viajeros, y la juventud caraqueña, aquella que dió á la revolución redentora mártires, y á la victoria el triunfo de la idea. Aquellas ruinas nos hablan de Bolívar, de Bello, de Ros de Olano, de Humboldt y Bonpland y también de Miranda. Departamos, que al recordar la grandeza caída y las vanidades humanas, si trope-

zamos por un lado con lo frágil y lo efímero, del otro nos encontraremos con la desgracia y el dolor, con los desheredados del mundo sostenidos por el amor de Dios.

Lastimosa, muy lastimosa, fue la suerte que cupo á los lázaros de Caracas en pasadas épocas. Sin pan, sin asilo, sin autoridades que los protegieran en el triste desamparo en que estaban, vivían á la ventura, sin más caridad que la que les proporcionaba la mano invisible de la Providencia. Fugitivos, porque de todas partes los lanzaban como plaga maldita, dormían, cuando les sorprendía la noche, acá y allá, al pie de edificios arruinados, de alguna cabaña cerrada, bajo la sombra de árbol protector ó á la puerta de algún templo. Retirados de todo poblado, vagaban, huyendo no de la suerte, sino de sus semejantes, que si con la una mano les daban triste mendrugo de pan que en algo podía mitigarles el hambre, con la otra, en ademán repelente é imperativo, los obligaban á solicitar sitios salvajes donde pudieran albergarse. Así corrían los días de estos recluidos de la sociedad humana, cuando el Brigadier Don Felipe Ricardos se encargó de la Gobernación de Caracas en 1752. Si este mandatario fue tenaz y hasta perseguidor de los venezolanos, quienes con justas causas clamaron contra los abusos de la célebre Compañía guipuzcoana, es cuestión que no trataremos en este lugar. Es un hecho que en casi todos los gobiernos de la tierra, el interés individual ahoga al interés general. Ricardos favoreció los intereses de la corte española y sus propios intereses: bien cabían en este caso las medidas extremas, la fuerza extrangulando la justicia. A pesar de la mala nota de que gozaba nuestro gobernador, es un hecho que se ocupó en el desarrollo material de la capital, y sobre todo, en el socorro oportuno de la porción desvalida de la sociedad caraqueña: los lázaros.

Propúsose crear un lazareto y lo llevó á remate, en 1753, en el sitio llamado la Hoyada. Y para sostenerlo con decencia y de manera constante, le creó una renta segura, el derecho que proporcionaban el juego de gallos y la venta de la bebida llamada *guarapo*, de consumo popular. Ricardos, por lo tanto, á pesar de sus malos antecedentes, formó el primer lazareto de Caracas, el cual ha continuado y es hoy favorecido por la caridad pública. (1)

Muy satisfechos quedaron los caraqueños al ver que los desgraciados lázaros habían, al fin, encontrado protección, y generosos aparecieron, desde aquel entonces, en el ejercicio de la caridad; pero como la inconstancia es la enemiga más sutil que tiene la criatura, y la murmuración es desahogo de la lengua, sucedió que, á los pocos años, comenzaron los habitantes de Caracas á censurar cuanto se había hecho y á lamentarse de que existiera un lazareto á orillas de la ciudad. Y á tal extremo alcanzaron las quejas, que hubieron de llegar en repetidas peticiones al pie del trono. Quiso el Monarca complacer á sus humildes súbditos, y mandó que el lazareto fuera trasladado al sitio que escogieran los caraqueños. Se deciden éstos por el lugar donde figuran las ruinas, y el nuevo lazareto, comenzado en los días de la Gobernación del célebre

1 Cuando al comenzar la calle Este 6, se continúa al Este, á poco se tropieza con un edificio reconstruido, que lleva el nombre de "Escuela de artes y oficios." En la primera ventana del taller de carpintería que mira al Oeste, estuvo la puerta del templo de San Lázaro, y en el fondo de la sala figura todavía el arco del presbiterio. Aunque el antiguo lazareto ha sido reconstruido, todavía no se ha perdido el carácter del primitivo edificio. Frente á la extinguida puerta del templo, figura la plazuela de los lázaros, pequeña alameda donde van á figurar las estatuas de Giraldot y de Ricaurte, estos célebres tenientes de Bolívar. La reconstrucción del primer lazareto de Caracas, data del año de 1873, época en que fue rematado, al Este de las ruinas de San Lázaro nuevo, el actual hospital de lázaros.

General Solano, en 1766, fue concluido por los años de 1776 á 1778; y al nuevo edificio, los lázaros, con beneplácito de la población, fueron trasladados. Ordenó el Rey que el primer lazareto fuese destinado, con el título de Real Asilo, para niños huérfanos y expósitos, crianza y enseñanza de oficiales; noble disposición que no aceptaron los caraqueños.

La población celebró este nuevo triunfo, y todo el mundo se felicitaba de él, cuando la inconstancia, esta amiga veleidosa del corazón humano, y la censura, siempre armada de viperina lengua, volvieron á apoderarse de los pobladores de Caracas. Nuevas peticiones fueron dirigidas al Monarca. Decíase en ellas que estando bañada Caracas por el viento del Este, el caserío recibía las emanaciones de los lázaros, y por lo tanto, estaba expuesto á un aire viciado y enfermizo. Accedió el Rey, por segunda vez, al deseo de sus súbditos; mas en esta ocasión no los dejó en libertad de elegir sitio para el tercer lazareto, sino que ordenó que regresasen los lázaros á su antiguo lugar de la Hoyada, y que el abandonado edificio quedara de Real Asilo de niños huérfanos y expósitos, crianza y educación de oficiales; disposición que por segunda vez rechazaron los caraqueños.

Desde el momento en que los lázaros abandonaron su mansión, al pie del Avila, el entusiasmo tornó al corazón de los caraqueños. Habían conseguido la realización de dos aspiraciones: emanciparse del viento del Este que juzgaban enfermizo, y poseer una casa de campo que, con el elocuente nombre de Casa de Real Asilo, iba á servir de centro de diversiones. En efecto, el lazareto comenzó al instante á recibir ensanche. Una prolongada calle, compuesta de ciento diez y ocho árboles, desde la puerta del edificio hasta el camino de Quebrada-honda, apareció á poco, al mismo tiempo que

los cuadros de los espaciosos jardines se presentaron exornados de bellas rosas y variados arbustos. Surtidores de agua, bancos, kioscos y blancos cisnes en pequeños estanques, abrigados porla sombra de árboles frutales, dieron al espacioso recinto nueva y graciosa fisonomía. Cuando todo estuvo en condiciones de ser visitado por las caraqueñas, el Mariscal Carbonell, Gobernador de Caracas, inauguró la Casa de Real Asilo, con todo el esplendor posible, por los años de 1794 á 1796. Esta fiesta fue el origen de los *pic-nic* caraqueños. En aquellos días de Carbonell había sido creado el Real Consulado, centro de reunión que adiestraba á los caraqueños en el ensanche y progreso material del país. Desgraciadamente Carbonell murió en 1799, pero le sucedió un hombre superior, el General Vasconcellos, quien supo dar impulso al adelanto de la sociedad caraqueña. Vasconcellos fue no sólo un hábil mandatario, sino también un espíritu altamente progresista. Unía á su talento y cultura social, el arte de agradar, tan necesario en el gobernador de una capital, como lo era Caracas en aquel entonces, centro de hombres notables y de mujeres tan bellas como agraciadas. Vasconcellos supo continuar el embellecimiento de la Casa de Real Asilo, y hubo de pasar en ésta ratos de amena tertulia. Así, en 1799 fueron obsequiados, en repetidas ocasiones, los célebres Humboldt y Bonpland, que han dejado sus nombres con gloria por donde quiera que se habla el idioma de Castilla. En 1804 fue igualmente obsequiado, con una parada militar, al pie del Ávila, el Almirante Hillaret-Soyeuse, quien, agradecido á la sociedad caraqueña por las atenciones que de ella recibiera, obsequió á la Metropolitana con un cuadro original de Rubens (la resurrección de Cristo), cuadro que aun se conserva.

Con frecuencia bailaba en el Real Asilo la juventud de Caracas, y con frecuencia Terpsícore y Cupido tenían sus íntimas confidencias en los

hermosos jardines, ó bajo la sombra de los ciento diez y ocho árboles frutales que unían el camino de Quebrada-honda con la portada del bello edificio. Desde la visita á Caracas del Conde de Segur y sus compañeros, en 1783, la sociedad de la capital se había acostumbrado á esa galantería francesa que encuentra en los pueblos de origen español más adeptos é imitadores que en los pueblos del Norte. Por otra parte, las repetidas visitas á Carácas de viajeros notables, tenían que ejercer, como en todas partes, cierta influencia en el desarrollo de una sociedad bien constituida.

Al concluir el siglo décimo octavo, figuraba, entre lo más distinguido de la capital, una señorita que unía á su educación y gracia los atractivos de la belleza. Manuela Olano era uno de esos tipos escogidos de la mujer esbelta, bella y seductora, que sabe cautivar á cuantos la admiran, sin estudio y sin esfuerzos. Donde quiera que estuviera, Manuela se llevaba la palma por su belleza física, que sabía realzar con sus prendas sociales. En el templo, sobre todo, el Jueves de Corpus, el Jueves Santo, en las fiestas del Real Asilo, en el teatro, á pie ó á caballo, que sabía conducir con garbo, Manuela atraía todas las miradas y recibía todos los aplausos, llegando á hacerse la mujer á la moda. Vivía más al Sud de la casa de los Gobernadores, en la avenida Sud, número 26, cerca de la esquina llamada de Camejo, donde aquella reina del hogar tranquilo sabía recibir á sus distinguidas amistades. Numeroso era el círculo de sus admiradores, entre los cuales se afilió el Gobernador, desde buena hora. Esto motivó el que, al enterarse el público que Vasconcellos visitaba á la bella caraqueña, con malicia ó sin ella, le pusiera á ésta el sobrenombre de la *Capitana*. Así, cuando se hablaba de las fiestas rumbosas de Caracas, donde habían figurado las beldades de la capital, siempre se decía: "la Capi-

tana fue la reina de la fiesta," aludiendo con esta frase al triunfo de Manuela Olano sobre sus competidoras ó rivales. Con el nombre de la *Capitana* continuó el público queriendo molestar á Manuela, pero ésta, más erguida que nunca, supo despreciar las hablillas del vulgo.

A ella le cuadraban aquellos bellos conceptos que puso el célebre poeta Quintana en boca de Isabel de Valois:

"¡ Ay infeliz de la que nace hermosa !
¿qué le valdrá que en su virtud confíe,
si la envidia en su daño no reposa
y la calumnia hiriéndola se ríe ?"

Entre los oficiales civiles que tenía Vasconcellos en la Gobernación, figuraba uno de toda la confianza del Capitán General: era el Comandante del batallón de pardos, Don Lorenzo Ros, hombre ya de edad provecta y apartado del mundo social por carácter, pues vivía retirado del poblado, al fin de la avenida Este. Vasconcellos pertenecía á ese grupo de hombres públicos, que poseen la monomanía de los matrimonios, es decir, la de escoger esposas á sus empleados, tenientes, edecanes, etc.; manía en la cual descolló años más tarde, Napoleón el Grande. Sea que el Comandante Ros, por una de tantas casualidades, se enamorara de la bella Manuela, ó que Vasconcellos, juzgando á su subalterno de oficina digno de poseer á la nueva Elena, lo insinuara como buen esposo, es la verdad que en cierta mañana del año de 1801, circuló por Caracas la noticia de que Don Lorenzo Ros se casaba con Manuela Olano, y de que el Gobernador patrocinaba el enlace. Y no hubo ni tiempo para que los mor daces de profesión sacaran de las bocas las lenguas de víbora, pues cuando nadie lo aguardaba, apareció el Comandante Ros ofreciéndose á sus relaciones en su nuevo estado, en la casa número 26 de la Avenida Sud. Meses más tarde, en julio de 1802, el primer hijo de Ros fue bautizado en el tem-

plo de a estinguida parroquia de San Pablo, siendo padrino del párvulo, por poder, el General Vasconcellos. (1)

En aquellos mismos días, Manuela, que siempre había sido caritativa y protectora de la desgracia, amparó bajo sus alas de madre á un parvulito que había perdido á sus buenos padres, á los pocos meses de nacido. Dióle Manuela su patronímico, noble acción que realzó su esposo dándole el suyo. He aquí el origen de Antonio Ros de Olano, una de las más puras y brillantes celebridades españolas del siglo actual.

En los jardines del Real Asilo, en aquella planicie inclinada cubierta de yerba, pasó Antonio su niñez. Lugar predilecto de sus padres, con frecuencia los acompañaba el niño, que desde muy temprano comenzó con el auxilio de maestros particulares á desarrollar su espíritu. (2) Cuando Vasconcellos abrió, al entrar el siglo, desde 1802 á 1806, las veladas literarias en las cuales se hizo conocer Bello por sus inspiraciones poéticas, y más tarde Bolívar por sus críticas oportunas, el niño Antonio asistió á estos torneos del espíritu que abrían para Caracas nueva época, la que debía preceder á la revolución sangrienta que trajo la emancipación política de la América española.

Así corrían, entre juegos y estudios, los infantiles años de Antonio Ros y Olano, cuando, casi de repente, muere el Gobernador Vasconcellos en 1807.

1 En uno de los libros parroquiales que pertenecieron al demolido templo de San Pablo, aparece que el 17 de julio de 1802 fue bautizado un párvulo, nacido el 6 del mismo mes, quien recibió en la pila bautismal el nombre de Lorenzo Manuel José, hijo legítimo del Comandante Don Lorenzo Ros y de Doña Manuela de Olano. Fue su padrino Don Pedro Ponce, á nombre del Presidente y Gobernador, Capitan General Don Manuel de Guevara y Vasconcellos.

2 Ignoramos si Lorenzo Manuel José Ros, tuvo corta existencia: suponemos que fue así, pues en las crónicas de principios de siglo encontramos sólo á Antonio que juega con sus compañeros en los jardines y valles del Real Asilo.

Desaparecía, después de haber triunfado de la expediciones de Miranda en 1806, contra las costas de Venezuela, y de haber contribuido al adelanto social é intelectual de Caracas. La desaparición de este mandatario y el nuevo orden de ideas que á poco preocuparon los ánimos de los hombres pensadores, contribuyeron á disminuir en mucho el entusiasmo con el cual asistía la juventud de Caracas á las frecuentes fiestas que tenían efecto en las salas del Real Asilo. Sin embargo, con el Gobernador Don Juan de Casas, y más tarde con el Geral Emparan, el edificio del ex-lazareto continuó llamando la atención de la sociedad caraqueña; y referían algunos de los hombres de aquel entonces que cansado el monarca español de los repetidos gastos que proporcionaba al erario el sostenimiento del famoso Real Asilo, llegó á decir que concedería un título de Castilla al que comprara á la Corona tan costosa finca. Ignoramos cuanto hubo sobre este particular.

Al llegar la revolución de 1810, el Real Asilo cambió de aspecto, no en lo social, pero sí en lo político. Los patricios de la República tuvieron también en las salas del extinguido lazareto sus reuniones y obsequios hasta 1812, en que Caracas vino al suelo en sus dos terceras partes.

La política española impera de nuevo en Venezuela desde fines de 1812, hasta fines de 1813. Entre los servidores peninsulares que figuraron en el Gobierno de Monteverde, encontramos á Don Lorenzo Ros, como Comandante del batallón de pardos. Dos años más tarde, en 1814, en la lista que publica el historiador Díaz de los españoles que huían de Caracas por causa de la guerra á muerte, tropezamos con Don Lorenzo Ros y con su señora, Manuela Olano de Ros, que abandonaban la capital y emigraban á Curazao. El no encontrar en esta lista á Antonio Ros y Olano, nos hace sospechar

que este niño había dejado su patria años antes, y seguido á España. Nos inclinamos á creer que Antonio dejó á Caracas de edad de diez á once años, antes del terremoto de 1812. En las conversaciones de este hombre preclaro con los compatriotas que le visitaron en Madrid, ahora treinta años, el distinguido General recordaba de Caracas cuanto se relacionaba con los diez primeros años de su vida. Hablaba con placer de los campos, de los ríos, de las flores, de la nativa patria, y aun de alguna que otra de las familias de aquellos días. El amor á su hogar y á su patria, se reflejó siempre en todas sus conversaciones. En el ocaso de la vida, al desaparecer el hombre físico, el espíritu parece que evoca las primeras impresiones de la cuna; la patria se refleja entonces en el horizonte del pensamiento, cual plácida estrella que viene á derramar luz sobre el corazón, en sus horas postrimeras.

Solitarias yacían las ruinas de San Lázaro nuevo, después del terremoto de 1812, cuando en 1841 se presenta en Caracas un anciano de noble aspecto y de gloriosos servicios á la patria venezolana, con el proyecto de cultivar el árbol de la morera y beneficiar el gusano de seda. ¿Quién era el ilustre importador de la nueva industria? El General Gregorio Mac-Gregor, aquel joven de buenos quilates que abraza los principios proclamados por la revolución de 1810, y entra desde luego en la lucha, con bríos, y con la noble esperanza de vencer. Mac-Gregor, con el espíritu que siempre anima á los aventureros de noble origen, que se lanzan con fe en todas las conquistas civilizadoras, comienza su carrera militar con Miranda en 1812, la continúa con Bolívar desde 1813, se hace conocer por sus virtudes y talento, llega á su gloriosa meta en 1816, en la internación de Ocumare, al lado de Soublette, vence en el Juncal, y desaparece de Venezuela. Nuevas aventuras le aguardaban más tarde,

en Portobelo y otros lugares de la antigua Cundinamarca. Cansado de la guerra, regresa á su patria y desde sus costas felicita á sus compañeros de armas y saluda el nacimiento de Colombia. Al sentir sobre sus espaldas el peso de los años, torna á la patria adoptiva, con la idea de ser cultivador del gusano de seda.

Acójenle con cariño el Gobierno y el pueblo de Caracas, cédenle el terreno del Real Asilo, y el viejo prócer, con fe y esperanza, siembra centenares de árboles de morera, cosecha el gusano y saca las primeras madejas de seda, que regala á las familias. El entusiasmo por el cultivo del gusano de seda prende en Caracas y la prensa periódica anima al empresario. Fabrican algunas señoritas trenzas, bolsitas, tirantes, etc. con la seda que ellas mismas cosechaban, pues en muchas casas se cultivaban los gusanos, cuando á poco el entusiasmo, á imitación de los fuegos fatuos, se desvanece y nadie vuelve á hablar del árbol de la morera. Lentamente van desapareciendo los plantíos que prosperaban, San Lázaro vuelve á estar cubierto de maleza y de arbustos salvajes, y por remate de cuentas, el anciano del Juncal, Mac-Gregor, sucumbe en 1845.

Años después de la muerte de Mac-Gregor, el Gobierno de Venezuela quiere sacar los lázaros de su viejo sitio de la Hoyada, y con tal propósito hace construir un nuevo lazareto al Este de las actuales ruinas. En 1875, los lázaros se instalan por la segunda vez, al pie del Avila. Regresaban á este sitio á los cien años de haberlo habitado. ¡Cómo se repiten los sucesos y las coincidencias! A los seis años del regreso de los lázaros, vuelve á instalarse la morera en el campo de ruinas. Nuevos plantíos llenan el terreno, el gusano prospera, el éxito sonríe, y la seda rica y bella logra pasar el Atlántico, para brillar en

la última Exposición de París. (1) Y como complemento de estas coincidencias, en 1885 muere de avanzada edad aquel Antonio Ros y Olano, que pasó los bellos días de su niñez é infancia entre los poblados jardines del Real Asilo. Cargado de años y de glorias desapareció del mundo, después de dejar inmortal hoja de servicios, timbre de España y de América.

Las ruinas del Real Asilo, la dilatada área del antiguo lazareto, hoy cubierta de arbustos de morera, el hilo de agua que se desprende de la montaña, todo, todo nos habla de Ros de Olano, y la memoria evoca, al visitar este sitio, el nombre del célebre militar, literato y hombre público que, durante sesenta años, conquistó glorias y honores y dejó su nombre en páginas imperecederas. San Lázaro nuevo, resume la infancia de Ros de Olano, así como las rientes orillas del Anauco la de Bello, y las del manso Guaire la de Bolívar. A Miranda le tocó en suerte el sitio solitario y agreste de Catia, pero vecino del mar. La ola, en cuyo vaivén quizá vio en su infancia aquella alma viril las vicisitudes de la vida, debía ser la única compañera de los postreros años del anciano girondino, cuando el hado le arrastró á orillas del gaditano mar.

Estas cuatro celebridades del suelo patrio han alcanzado ya las regiones de la historia, de la poesía, de la pintura, de la estatuaria. El Néstor de ellos nos ha dejado su nombre en las páginas inmortales de la Revolución francesa, en las galerías

---

1 Por segunda vez desaparece de los terrenos de San Lázaro nuevo el cultivo de la morera y del gusano de seda. Nueva casa se levanta en la sección derecha de las ruinas, y dentro de poco habrá desaparecido el último de los escombros. El cultivo del maíz invade la dilatada área, y de los centenares de arbustos de morera que la llenaban no quedará uno. El excelente italiano señor Redaelli, que con constancia admirable ha estado en este sitio al frente de una empresa que él deseaba aclimatar en Caracas, ha dejado la capital, al cesar la protección que recibía del Gobierno de Venezuela, hacia como ocho años.

de Versalles, en la bóveda del célebre *Arco de triunfo* de la nueva Lutecia. Su estatua figura en la ciudad natal; y su nombre lo llevan aldeas, Municipios y un Estado. Bolívar ha dado su nombre á una calle de París y á centenares de pueblos en el continente de Colón: y estatuas surgen en las capitales americanas á proporción que crece la fama de sus conquistas. La de Bello se yergue en Santiago de Chile, á orillas del grande Océano, y pronto descollará en alguna plaza de Caracas. En Madrid se elevará la del inmortal Ros de Olano. El canto se ha encargado de celebrarlos á todos; pero solo uno de ellos, Ros de Olano, nos ha dejado en sentidos versos, antes de morir, el recuerdo de sus dos patrias: aquella en que vió la luz y se deslizó su niñez: Caracas; y aquella que le proclama durante sesenta años como uno de sus grandes hijos y á la cual él ilustró con sus talentos y servicios: España. Para ambas tuvo el célebre patricio recuerdos y lágrimas, cuando escribió, con el título de Caracas, el siguiente soneto:

¡Oh límite del suelo en que la vida
latió al ambiente del hogar nativo,
tras dilatada ausencia siento altivo
amor filial hacia la Patria huída!
Si es madre al corazón en la advertida
memoria, en dulce encanto es incentivo
su espléndida riqueza al fulgor vivo
del sol que esmalta la región querida.
Nací español en la ciudad rïente,
rodó mi cuna entre perpetuas flores,
besé las aves de plumaje ardiente;
Trajéronme de niño mis mayores:
Hoy, en mi Patria histórica, la muerte
las junta en un amor con dos amores.

ARAMENDI

—

Entre los llaneros de Páez, aquellos hombres ágiles, fornidos, hercúleos, siempre dispuestos al combate personal y á la pelea en el campo de batalla, para quienes no había fuerza de la naturaleza que se opusiera á sus ardores bélicos; entre aquellos hombres semejantes á los dioses-bestias, los antiguos hipántropos, escaladores del Olimpo, puede decirse que no había qué escoger. Tan valeroso y hábil aparecía Aramendi, como Carmona, Rondón, Mina, Paredes, y como éstos, Mujica, Infante, Figueredo, Camejo, Angulo, etc., etc., que cada uno de ellos y todos parece que habían sido fundidos en un mismo molde, formado del bronce de los héroes. Sólo uno, á quien todos reconocían como Jefe, descollaba, cual nuevo Centauro, en medio de estos adalides que hubieran podido rivalizar con los héroes de la antigua Grecia.

No hay pluma que pueda describir esta legión mandada por Páez. Era la tromba, el alud, el rayo eléctrico, fuerzas de la naturaleza en su desorden vertiginoso obedeciendo á una sola voluntad. Para descollar entre ellos, Páez había tenido que vencer á cada uno y á todos en conjunto, apareciendo su-

blime, ya en defensa personal contra el jaguar y el caimán, ya luchando contra el toro indómito; ora salvando el río desbordado, soportando el hambre y la inclemencia del clima, ora venciendo cuerpo á cuerpo á sus rivales; ya descollando en el manejo del corcel y de la lanza, ya, finalmente, con la astucia, con la inteligencia, con los hechos fabulosos que relata la historia de este portentoso hombre.

Semejante figura tenía que ser el ideal de sus tropas, siempre dispuestas á obedecerle sin titubear, cualquiera que fuese el peligro. Y si por una de tantas flaquezas del corazón humano, en un momento de duda, aquella falange retrocedía ante fuerzas superiores, un grito del Jefe bastaba para que los fugitivos, cambiando de dirección, tornaran á la pelea y aparecieran entusiastas, valerosos, invencibles.

Entre los centauros de Páez figuraba Francisco Aramendi, que llegó al grado de Coronel, después de haber conquistado brillante hoja de servicios. Pelea en Chire, Mata de la Miel, Yagual, Achaguas, Banco Largo, Santa Catalina, Barinas, Pedraza, Calabozo, Queseras del Medio y en mil acciones más al lado de Páez. Cuando llega la trasmontada de los Andes, en 1819, acompaña á Bolívar y brilla en Paya, Bonza, Gámeza, Vargas y Boyacá, para después sobresalir en Carabobo, siempre valeroso, siempre afortunado.

Páez y Aramendi comenzaron su carrera casi en una misma época, en las guerrillas de la pampa venezolana; pero Páez por sus méritos llegó á ser Jefe, mientras que Aramendi se quedó como subalterno. Era Aramendi un hombre alto, bien formado, de fuerzas hercúleas, de carácter altivo y dominante, el primero en la pelea, y más que todo, decidido por la causa republicana que había aceptado con entusiasmo.

Para conocer el temple de este oficial de Páez, basta referir el siguiente hecho que es la fotogra-

fía del hombre de carácter, de audacia y de resolución. En uno de tantos encuentros que tuvo Páez con las tropas de López, de Calzada, de La Torre, de Morales y de Morillo, sufrió Aramendi la desgracia de ser sorprendido en las filas enemigas. Por supuesto que á un hombre tan valeroso, conocido y admirado de los españoles, no podían estos sacrificarlo, sino tratar de atraerle por cuantos medios pudieran ponerse en juego. Esto mismo sucedía con los hombres de valor que caían prisioneros en las filas patriotas; y Páez refiere en su *Autobiografía* cómo hizo para que el venezolano Peña, decidido realista, se convirtiera en terrible defensor de la causa americana.—Sólo militares como Monteverde, Morales y Boves sacrificaban á los prisioneros, dignos de general admiración.

En el campo español, Aramendi fue agasajado con promesas, si aceptaba la causa del Rey; pero como el llanero era hombre astuto, hacía concebir tales esperanzas, agregando que era obra del tiempo y que de ninguna manera podía hacerlo inmediatamente, porque ellos mismos le verían con desprecio. Este modo de raciocinar Aramendi le conquistó la amistad de los españoles, quienes le regalaron un hermoso caballo y un sable de filo cortante, pues le querían como jefe y no como lancero.

Llegó al fin el día de la prueba, en que Aramendi debía, según los españoles, aceptar el siguiente dilema: ó destrozaba á sus compañeros y amigos y se afiliaba en la causa del Rey, ó resolvía pasarse á los patriotas, y, en este caso, iba á ser víctima de aquéllos. En una de las ocasiones en que de antemano se anunciaba uno de esos encuentros terribles entre los lanceros de Páez y los peninsulares, Aramendi fue colocado en la primera fila, entre dos oficiales que montaban buenos caballos y manejaban buenos sables. Bien comprendió el prisionero que aquellos hombres iban á sacrificarle si no atacaba,

como ellos deseaban, á los lanceros de Páez. En vista del peligro, Aramendi concibe su plan, y al divisarse los ejércitos, los dos bandos se precipitan uno contra otro. Al grito del jefe español "¡adelante!" Aramendi grita igualmente, "¡adelante, compañeros, adelante!...." Ya van á chocarse los combatientes, cuando gritando á toda voz "¡adelante!" y con velocidad increíble, Aramendi derriba de un sablazo la cabeza de uno de los oficiales é instantáneamente la del otro, y grita: "¡Viva América libre!" en el momento en que los suyos gritaban también: "¡Aramendi, Aramendi!" y se confundían en la pelea. Voltear grupa y caer Aramendi sobre los lanceros españoles, derribando cabezas é infundiendo el espanto, fue obra de momentos. Así pudo el célebre llanero salvarse de un sacrificio al cual estaba de antemano destinado. Al llegar al campamento es felicitado por sus compañeros, por la manera como se había salvado de las garras del tigre, según la frase de Páez.

Todos estos guerreros estaban ya tan acostumbrados á estos episodios variados y repetidos, que juzgaban como hechos muy naturales luchar contra el toro y el caimán, tomar embarcaciones á caballo y á nado é introducirse en el campo enemigo y salir después de producir espanto y confusión.

Celillos ocultos que con frecuencia se transparentaban, abrigaba Aramendi contra Páez. Es siempre la superioridad una fuerza de tal prestigio, que si la mayoría de los hombres la acepta y la admira, es para la minoría una pesadilla constante. De aquí esas rivalidades ocultas que estallan cuando menos se las aguarda. Aramendi se manifestaba reacio á obedecer las órdenes de Páez, en tanto que los otros oficiales de igual graduación, servían con espontaneidad y placer. Necesitaba por lo tanto aquél una ó más leccioncillas de su jefe, que le amellaran el carácter altivo y voluntarioso; y Páez, que venía

estudiando á su subalterno hacía tiempo, velaba el momento oportuno en que debía domar á su inconsciente rival.

En cierta mañana, cuya época y sitio no podemos fijar, pues los beligerantes cambiaban con frecuencia de localidad, juzgó Páez que había llegado el momento. Preséntase Aramendi en el campamento estrenando una camisa de fuerte cotonía, de la cual hacían mucho uso los llaneros, en tanto que Páez tenía una muy galana y fina de la tela que se conocía entonces con el nombre de *purciano*. En una lucha personal, Páez se hubiera salvado de su contendor porque su camisa, sin resistencia, no ofrecía apoyo á la mano que la asiera, mientras que la de Aramendi, de tela tramada, podía ser agarrada y ayudar á su contrario á sacudirle y echarle por tierra.

—Salgamos á la sabana—dice Páez á Aramendi—tengo necesidad de tus servicios.

Y ambos, bien montados y acompañados de tres ayudantes caminaron largo trecho. Páez, conociendo el carácter del oficial que tenía á su izquierda, dobla la pierna derecha sobre la cabeza de la silla como en disposición de desmontarse sin dificultad en un momento dado.

—Te necesito, Aramendi—dice Páez—lleva este oficio á su dirección, sin pérdida de tiempo, pues es urgente.

—Yo no llevo oficio de ninguna especie.

—¿Cómo que no llevas oficio? Inmediatamente te pones en marcha para estar de regreso dentro de cuatro horas.

—No obedezco; no voy á ninguna parte—contesta Aramendi.

Y Páez, dejándose caer del caballo, agarra á Aramendi por la pechera, le derriba y le imposibilita todo movimiento. Y sacando su daga para amagar á su contendor, le dice:

—Voy á matarte, insubordinado.

¿Y que supone el lector que contestó el valiente llanero?

—Máteme—contestó Aramendi—con la mayor sangre fría..

Al instante Páez se pone en pie, guarda la daga, y volviendo atrás, le dice á Aramendi que se había erguido al verse libre de los hercúleos brazos de su contendor.

—¿Cómo matarte? No, no; los hombres de tu temple, de tu valor, de tus servicios, no se sacrifican así. Venga esa mano.

Aramendi le extiende la mano, que Páez estrecha.

—Obedezco, mi Jefe—dice Aramendi—iré adonde me habéis indicado. Podéis darme la vida que quiero; yo sabré emplearla.

Aramendi sigue á desempeñar su encargo, acompañado de un ayudante, en tanto que Páez regresa al campamento.

Pero si esta primera lección había sido elocuente, pues Páez había probado á su contendor que podía vencerle con la fuerza, Aramendi, á poco andar, gruñía á solas, indicando que aún necesitaba de otra.

En efecto, llegó el momento de recibirla. Un día, antes de la célebre batalla del Yagual, en el camino que media entre este sitio y Banco-largo, marchaba aquel ejército de llaneros, infantes, emigrados, militares de todas graduaciones, abogados, clérigos, médicos, hombres notables arrojados por la suerte de la guerra al campamento de Páez y entre los cuales descollaban como militares y jefes de la infantería Urdaneta, Santander y Servier.

Páez había puesto al frente de la retaguardia á Aramendi que venía en esa mañana algo pesado y bamboleante. Cuando Aramendi estaba excitado por alguna gota de licor, se hacía impertinente, amenazante y todo el mundo le temía. Viendo Páez

que la marcha se retardaba, envió dos ó más edecanes cerca de Aramendi para que apurase el paso; pero el jefe de la retaguardia se contentó con dirigirles algunas chuscadas.

En esto se presenta Páez y apremia á Aramendi á acelerar el paso.

—Que marcha ni marcha—contesta el llanero.—Yo ando como me acomoda y los otros que anden como quieran. Yo á nadie temo. Soy hombre para todos, y soy también hombre para usted, señor General. Y al acabar la última frase, echa pie á tierra, como en són de atacar á Páez.

Este se desmonta, avanza sobre el atlético llanero, le mete una zancadilla y le arroja á distancia.

—Inmediatamente, le dice Páez, con voz de mando, levántate, monta, y sígueme.

Y Aramendi se levanta, monta á caballo y sigue la marcha sin proferir una palabra.

Al siguiente día, tenía efecto la célebre batalla del Yagual. (1)

Pero no por esto se extinguieron en Aramendi los celillos, pues de vez en cuando se daban á conocer, aunque ya debilitados. La gloria de Páez se agigantaba, después del Yagual. Los antiguos militares y los hombres de la ciencia habían fallado sobre el héroe que había salvado con gloria los restos admirables de las campañas de 1813 y 1814. Los hechos eran más elocuentes que las luchas de los pujiles. Aramendi iba á ser vencido con un acto de generosidad.

1 Cuantos pormenores referentes á la vida de Aramendi, figuran en las páginas de esta leyenda, nos fueron suministrados, desde los días de nuestra primera juventud, por muchos de los compañeros de Páez en las campañas de este célebre caudillo de la pampa del Apure y del Arauca. Muchos años más tarde, cuando visitamos á Páez en Nueva York, en 1858, tuvimos la satisfacción de oír al venerable anciano el relato de muchos episodios de su agitada vida militar. Entonces vimos confirmadas la anécdotas que conocimos referentes al Coronel Aramendi. á Pedro Camejo (Negro I,) á Peña, Genaro Vázquez, etc. etc.

Recordarán nuestros lectores aquel diálogo que tuvieron Bolívar y Páez, cuando éste promete al primero que tomaría con sus lanceros las flecheras españolas ancladas en el río Apure. (1) Ha llegado el momento en que Páez, escogiendo cincuenta de sus centauros y á la cabeza de éstos Aramendi, va á dar cima á una empresa desconocida. Ya las monturas han rodado por tierra sin que los ginetes hayan tenido que apearse de los caballos y sólo se aguarda la orden de Páez, cuando éste dice á sus compañeros:—"Debemos apoderarnos de esas flecheras ó morir. Sigan á su *Tío*." (2)—Al instante salen del monte ginetes y caballos y se lanzan al río y nadan en dirección de la escuadrilla española.

Al ver la velocidad con la cual Páez se lanza al agua, Bolívar, que desde la orilla asistía á todos los preparativos de la empresa, sin poder darse cuenta de si era realidad ó sueño lo que pasaba, exclama dirigiéndose á Páez:—" Usted es un loco, usted es un loco."—Y abriendo los ojos y fijando toda su atención, observa cómo los llaneros llevaban las lanzas en la boca, nadaban con un brazo, mientras que la mano con que sostenían la rienda, acariciaba los cuellos de los corceles, animándolos á vencer la corriente, al mismo tiempo que, según el relato de un escritor inglés testigo de este suceso, ahuyentaban con gritos la muchedumbre de caimanes que poblaban las aguas. Bolívar escucha el disparo de los cañones españoles, ve levantarse las espirales de humo y dispersarse los marinos de la escuadrilla, en el momento en que los centauros, conducidos por Páez, desde el anca de los caballos, brincan á bordo de las flecheras. Antes de llegar, Aramendi, que seguía á Páez, dice á éste, en el momento de acercarse á la primera embarcación:

1 Véase "Autobiografía de Páez," vol. I, pág. 145.

2 Nombre que daban los llaneros á Páez.

—Mi General, si usted pone la mano sobre la flechera, primero que yo, se la corto.

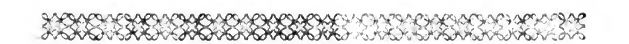
—A tí te pertenece esa gloria—contesta Páez.—Ninguno más meritorio que tú.

Y Aramendi, parándose sobre el anca de su caballo, se agarra del borde de la flechera y brinca. El capricho de Aramendi estaba satisfecho. Bien podía concedérselo quien era el autor de aquel pensamiento que al realizarse, deja atónito á Bolívar y causó espanto á Morillo.

¡Inexcrutables destinos del mundo! Este hombre, que había alcanzado tanta gloria, que había figurado en tantos choques y batallas; este hombre que se hubiera sacrificado por Venezuela y por Páez, á quien había acompañado por todas partes, fue villanamente asesinado en el pueblo de Guasdualito en 1822.

Dormía Aramendi acompañado de su esposa, en una hamaca colgada en el corredor exterior de la casa, cuando en oscura noche llegan los asesinos que iban á sacrificarle. Acércanse á la hamaca, pero viendo que el llanero tenía al lado á su señora, cortan uno de los hicos de aquélla, y la pareja cae en tierra. Aramendi, que comprende al instante lo que pasa, se levanta como un león, y sin tiempo para defenderse, porque los asesinos le acribillan y le circundan, siente que le falta el brazo derecho, que ha quedado colgando al sablazo de uno de los conjurados. Haciendo entonces uso de la otra mano, logra cojer por el pescuezo á otro de los conjurados y le extrangula, en tanto que los restantes acaban de asesinar el atlético llanero que cae exánime.

Así murió aquel corazón de hierro, aquel célebre adalid de los centauros de Páez, que había salido triunfante de los más crudos lances, y había sabido esculpir su nombre en los anales de la patria colombiana.



COMIENZO Y FIN DE UNA AUDIENCIA *

—

En cierto día del año de gracia de 1769, el Ayuntamiento de Caracas impetró de Carlos III el establecimiento en esta capital, de una Audiencia, y en defecto de ésta, de una sala compuesta de cuatro oidores y de un fiscal, la cual dependiese de la de Santo Domingo. Apoyábanse los señores del Ayuntamiento en la necesidad que había de resolver los numerosos y grandes asuntos de importancia que ocurrían en la Provincia. Manifestaron que ésta tenía once ciudades, varias villas, muchos pueblos etc. etc., y no había en ella sino dos jueces asalariados, y tan solo un letrado; sacando por deducción, los inconvenientes que esto traía, sobre todo, el tener que ir á Santo Domingo, cuando se presentaba oportunidad, en ocasiones muy señaladas. Y después de asentar otras razones de conveniencia, concluyeron por manifestar que en nada se oponía la Audiencia de Caracas á la de Santo Domingo, y menos aún á la de Santa Fe, de la cual dependía Maracaibo.

En aquellos días figuraba de Gobernador el General Solano, espíritu recto, independiente y sagaz que

* La audiencia de Caracas fue instalada en 1787

puso á raya á los magnates de Caracas, pudiendo sustraerse del influjo que éstos habían llegado á ejercer sobre los Gobernadores débiles y pacatos. Habían encontrado en Solano un hombre que, á cada momento, les salía al encuentro, y no podían, por lo tanto amarle. Creyéndose suficientes y bastante autorizados, los señores del Ayuntamiento quisieron obrar en el caso citado, sustrayéndose por completo del Cabildo eclesiástico y demás cuerpos políticos, y sobre todo, del Gobernador, primera autoridad de la Provincia.

Ya verán, se decían los infatuados del Ayuntamiento, ya verán como el Rey establece una Audiencia en Caracas, sin necesidad de que el Cabildo eclesiástico y el Capitán General, tengan que emitir opinión; y creyendo que habían colocado una pica en Flandes, aguardaban resolución favorable del Monarca para estrujársela en la cara al inflexible Solano. Pero no salió el negocio como aguardaban los cabildantes, quienes olvidándose de pasadas caídas, juzgaron que podrían sostenerse de nuevo. Cuando Carlos III fue enterado de la petición de los caraqueños, exclamó: "Estos señoritos de Caracas se han propuesto ocupar por completo la atención de mi real consejo, por medio de acusaciones, chismes, peticiones y cuanto les dicta una imaginación tropical. Ahora veo que *per saltum* se introducen en mi real alcázar, sin anunciarse, saltando por sobre todas las fórmulas, requisitos y usos establecidos. Ya los *señorinos* tendrán de qué arrepentirse." A poco llegó á Caracas un regañito firmado por *Yo el Rey*, en Aranjuez, en 15 de junio de 1770, el cual entregó Solano á su Secretario Paúl con las siguientes frases: "Ponga usted en manos de los señores del Ayuntamiento esta disposición de S. M." Y agregó con entusiasmo: "quizá sea una pescozada con la cual contesta el Monarca á las impertinencias de estos majaderos."

En efecto, era un regañito del siguiente tenor: "Desestimo vuestra pretensión, no por hallarla infundada, intempestiva y destituida del apoyo que por su naturaleza y magnitud exige su gravedad, sino porque tomáis la voz de la Provincia (ó de alguno de vuestros capitulares), sin tener poder de los demás, y sin contar con el Gobernador, que es superior á toda ella, y otras personas de autoridad, como son el Reverendo Obispo y el Cabildo eclesiástico. Os prevenimos que no propongáis ni promováis semeja tes proyectos, sin la noticia, consentimiento y aprobación del enunciado Gobernador, y esto después de preceder maduras deliberaciones y acuerdo de éste y demás personas competentes, según la materia conocida y pública de que se trata. Por último, todo debéis representarlo por conducto del mismo Gobernador, mi representante, á quien tengo encomendada esa Provincia, pues de lo contrario, se organizarían movimientos que podrían ser turbativos y sediciosos, por ser así mi voluntad." (1)

Y corrieron después de esto diez y siete años, sin que los magnates de Caracas se atrevieran, por segunda vez, á pedir la instalación de la Audiencia en esta capital, hasta que Carlos III tuvo á bien, según su leal saber y entender, mandarla á establecer, no porque así lo exigieran sus súbditos, sino porque así se lo dictaba su voluntad.

Al fin, llegó á La Guaira el sello real, que hizo su entrada en Caracas el 19 de julio de 1787. En el sitio de las Pilitas, al Oeste del templo de la Trinidad, se había levantado un solio y colocado sobre él el *sello real*, guardado en rico cofre. Habíase dispuesto que la procesión saliera del sitio indicado para continuar por la actual Avenida Norte, cruzar por la calle Este 2 hasta la plaza de San Jacinto, seguir por la calle Sud 1, llegar á la esquina actual de los Traposos, entonces esquina de Arrechedera,

1 Papeles del archivo del antiguo Ayuntamiento.

tomar á la derecha por la calle Este 4, y entrar al edificio destinado para la Audiencia, casa de alto, actualmente refaccionada que lleva el número 11. Empavesada estaba la carrera, desde el templo de la Trinidad hasta la casa de la Audiencia. Por dondequiera ondeaban banderas y estandartes, cortinas de damasco de diferentes colores que pendían de los balcones y ventanas, donde sobresalían graciosas damas, representantes de la belleza caraqueña de aquellos días, que no le iba en zaga á la de hoy, aunque según los viejos los tiempos antiguos son siempre superiores á los modernos, lo que no pasa de ser una solemne tontería. Quédense unos y otros con sus ideas y sigamos con el itinerario de la procesión. Muchas de las casas de esta carrera están más ó menos como existían entonces, y muchas más elegantes, con hermosos frentes, por haber sido construidas sobre las ruinas que dejó el terremoto de 1812. Han desaparecido en el espacio de una centuria todas las familias de entonces, muchas se han extinguido, y otras están representadas por sus decendientes. Sobresalían en aquella época sobre la puerta exterior de muchas casas sellos de armas, de titulados y de caballeros de alguna orden militar, de los cuales sólo se conservan hoy los de la familia Obelmejías y Ponte, habiendo desaparecido los de las familias Toro, León, Plaza, Veroes, Quintana, Aresteigueta, Miyares, Bolívar, Palacio, y otros más.

Cuando llegó el momento de la procesión, salieron á caballo los miembros de la Audiencia, de golilla y vestiduras negras, acompañados del caballo secular, y de lujosa comitiva de caballeros y empleados, todos á caballo y vestidos de gala, los cuales se dirigieron al templo de la Trinidad, donde habíase conducido el sello real, instantes antes. Al llegar la comitiva al templo, aparecieron en la puerta de éste dos caballos ricamente enjaezados;

sobre el uno fue colocado un cofre forrado en terciopelo sostenido con cintas sobre lujosa gualdrapa. Este caballo fue conducido por dos personajes de la época: el alcalde de primera elección Don Lorenzo de Ponte, caballero cruzado, y el Regidor decano Don Esteban Otamendi, ambos á caballo. El segundo caballo de la procesión fue colocado entre el Presidente de la Audiencia y el Regidor, quienes lo conducían por medio de cordones.

Abrían la marcha los cuerpos de infantería, á los que seguían las diversas Corporaciones oficiales, por orden de rango. Aquello fue una exhibición de uniformes, insignias y personas, en la cual cada uno se creyó un Adonis, ante el numeroso concurso que llenaba las ventanas de la carrera. Tras de tan hermoso séquito de empleados á pie, iba el segundo caballo y tras de éste el que conducía el Real sello. Después la comitiva á caballo, donde lucían sus espuelas de plata y oro y sus ricos vestidos de la época los nobles de Caracas.

Al llegar á la casa designada, veinte pasos antes de la entrada, los oidores de la Audiencia, toman el cofre y lo conducen á la sala alta. Tras de los oidores seguían, bajo palio, el Presidente de la Audiencia y el Regente, los cuales se sentaron tan luego como el lujoso cofre fue colocado en el lugar que se le tenía designado. Rompe al instante una banda de música y al concluir ésta, dase comienzo á los discursos, abrazos, felicitaciones, rematando el acto por acompañar el concurso á su casa á los respectivos miembros de la Real Audiencia de Caracas.

No asistieron á la procesión el clero y las comunidades religiosas, tampoco la Real y Pontificia Universidad. ¿Y por qué no asistieron estas Corporaciones? Las unas alegaron que la invitación había llegado tarde, es decir, pocos minutos después

que salieron los repartidores; y la otra, por la eterna cuestión de este YO; *yo* lo quiero; *yo* lo mando; primero que todos *yo;* y mi *yo* primero que todo el mundo; y antes de mi *yo* ni *yo* mismo; porque es necesario que todo el mundo sepa que no admito gerarquías, ni las del cielo, y que lo que no esté en armonía con mi *yo*, que es el *yo* por excelencia, tiene que sufrir mis desprecios, mis venganzas, y hasta la muerte, si mi *yo* lo ordena.

Leemos en unos apuntes referentes á la historia de la Universidad de Caracas, los siguientes hechos, ocurridos en 1797: "A su debido tiempo, el Capitán General participó á la Universidad la erección de la Audiencia y la invitó á solemnizar la entrada á Caracas de los reales sellos.

"Diputa el Claustro, en sesión permanente, una comisión para inquirir del Capitán General qué puésto se otorgará á la Universidad en las fiestas.

"Contesta el funcionario que 'el primer lugar despnés de la Audiencia.'

"La Academia, celosa de su dignidad, resuelve: 'Que en atención á la particularidad de los privilegios y preeminencias de que goza esta Universidad y por su misma real designación, no es para ella aceptable, ni propio el estar en segundo lugar; por lo que se limitará su acción á un repique de campanas en la Universidad á la hora de la llegada de los sellos, y á la concurrencia de los universitarios como simples particulares al *Te Deum*. Pero que el 20 la Universidad hará cantar por su cuenta, en su capilla, un *Te Deum* por la vida y prosperidad del Monarca; que el día 25 celebrará una sesión pública solemne en la que se pronunciará por el señor don Fernando Aristegnieta un discurso en latín en elogio de la piedad y munificencia del Rey, tras el cual habrá un certamen público; y que á todos estos actos serán invitados los señores de la Real Audiencia y otros prelados

y caballeros que se elegirán.'—Así se hace saber al Capitán General." (1)

En el libro de los sucesos humanos estaba escrito que aquel Cuerpo respetable, que no por haber sido compuesto de españoles, admite censuras y sí elogios, debía desaparecer á los veinte y tres años de haber sido creado. Maleado desde los acontecimientos de 1808, porque todo tiene que sufrir cuando comienza en la sociedad el fermento de las revoluciones, hubo de desaparecer, ser víctima de la nulidad del Gobernador Emparan, que dejó la escena política de la manera más ridícula y bochornosa.

Estaba reunida la Audiencia en aquel día, 19 de abril de 1810, en la Gobernación, y dispuesta á acompañar al Presidente y Gobernador General Emparan, cuando éste, conducido por los revolucionarios á la sala del Ayuntamiento, hubo de ser depuesto. Escuchemos la narración que nos ha dejado uno de los individuos de la Audiencia, el oidor Martínez, de los sucesos del 19 de abril de 1810, escrita en Filadelfia en 20 de junio, dos meses después de haberse verificado los acontecimientos:

"Por nuestro mal se cumplieron las profecías hechas al Gobierno: el despotismo de Emparan, la desconfianza que todos tenían de sus operaciones, y su necedad, han causado la pérdida de Caracas. El jueves santo llegué á su casa para ir á las fiestas de iglesia, me encontré á Rivero, quien me informó, que una diputación del Cabildo había venido á buscar al Presidente: ni éste, ni el insigne Rivero tuvieron entendimiento para ver el lazo, y así éste no le puso estorbo, y aquél se fue inmediatamente adonde lo llamaban. Tuvieron con él un gran debate sobre la pérdida de la Península y necesidad de establecer un Gobierno; pudo Emparan contenerlos, y dilatar para después el

1 Ponte. Apuntes para los fastos de la Universidad Central de Venezuela.—Estudio publicado en 1885.

examen de los papeles que había recibido el día anterior por un correo de España: salió para la Catedral con el cuerpo de Cabildo; pero al llegar á la puerta de ésta, le agarró del brazo un Salias, que acompañado del pueblo, y con gritería, le obligaron á volver á la Sala capitular. En seguida se aparecieron, titulándose Diputados del pueblo, el Canónigo de Chile, el Pro. Rivas, el Doctor Roscio, y el Doctor Sosa: se agolpó más gente, comenzó la gritería y el insulto, se apoderaron del espíritu de Emparan, le hicieron poner órdenes firmadas, entregando el mando de las tropas al Mayor Castro, y á los Comandantes de las plazas para que las entregasen á las personas que llevaban la orden y compareciesen en la capital. De orden suya, ó con color de tal, condujeron á la Sala capitular, y con escolta, á don Agustín García, á Fierro, al Teniente-coronel Osorio, portador de ésta, al Comandante de la Reina, Ponte y otros Jefes. Junta la Audiencia en casa del Presidente, y noticiosa del primer bullicio, envié al escribano de cámara diciendo al Presidente, viniese á unirse con la Audiencia que lo esperaba; pero el escribano volvió manifestando el mal estado de la cosa, y la gran conmoción que había. Envié inmediatamente á buscar al Mayor Castro, quien contestó estaba indispuesto: llamé á todos los Jefes de los cuerpos, y no aparecieron, alguno por estar ya preso y desarmado en la Sala capitular, y otros por lo que se verá. Apareció Ros, el Comandante de pardos, y le ordené fuese inmediatamente á su cuartel, recogiendo al paso las guardias que había en las iglesias, y pusiese su batallón sobre las armas; pero en la calle fue preso, y conducido á la Sala capitular: se me aparecieron un Capitán y un Cadete de la Reina, y dispuse fuesen al cuartel y pusiesen sus gentes sobre las armas; pero al llegar al cuartel fueron arrestados por el Oficial de pre-

vención y tropa del veterano: también se me presentó un Capitán de milicias de Paraguaná, europeo, llamado Palmero; le envié á la artillería para que se aprestase, y fue igualmente preso á su llegada.

"El escribano Ravelo, que suplía por el del Ayuntamiento, se apareció con un recado del Cabildo, diciendo fuese á su Sala el Acuerdo: estuve por dejarlo preso; pero le contesté, que el Cabildo no podía mandar al Acuerdo, y antes éste le mandaría en todo, y así, que no iba adonde le llamaba: apareció luego otra comisión compuesta del Auditor Anca, del Alcalde segundo Tovar, y varios Oficiales disculpando al Cabildo del anterior recado y atribuyéndolo al escribano, pues no el Cabildo, sino el Presidente era quien convocaba al Acuerdo, y reiterando en su nombre y por orden suya el llamamiento: contesté en cuanto al Cabildo lo mismo que antes, que pues el Presidente llamaba al Acuerdo iría; y al efecto se llamaron los fiscales: vinieron éstos; y se apareció con tercer recado el Doctor Roscio titulándose Diputado del pueblo, y con orden por escrito del Presidente, para que fuera el Acuerdo: á Roscio acompañaron un Capitán de pardos de Aragua con sable desnudo, algunos soldados y gran tropel de pueblo: como ya nada había que esperar de la tropa, fue forzoso ceder, y fuimos á la Sala capitular entre clamores y vivas del pueblo. Nada diré de las ocurrencias por menor que aquí hubo; ni una palabra siquiera proferimos, ni era posible. Hicieron lo que quisieron: se preguntó á voces por el Canónigo desde el balcón, si el pueblo quería continuara la Audiencia: gritó todo el mundo que sí; él mismo dijo que ninguna queja se tenía del tribunal, se acordó su permanencia y nuestra continuación, y cuando se leyó el Acta, nos vimos todos depuestos: nombró el Canónigo de Intendente á Berrío. Toda la obra

fue tramada la noche anterior por la oficialidad del veterano y algunos del pueblo: sesenta mozos arrestados hicieron la mudanza: mejor diré, la torpeza y falta de entendimiento, con la falta de espíritu, dieron lugar á que sucediese lo que ni aun creían los que lo intentaron; y la falta de un hombre que acaudillara los europeos, que estaban ya aparejados, dio lugar á que se pusiera en planta lo que nunca creyeron los mismos que lo deseaban. No echaré la culpa al pueblo, sobrada ocasión se ha dado para que suceda. Usted está impuesto de los antecedentes; bien claro lo anunció la Audiencia al Rey en sus últimas representaciones: ningún derecho tiene á mandar, ni obligación de obedecer el pueblo, á quien no se sujeta á las leyes, que ha jurado cumplir, y hacer observar.

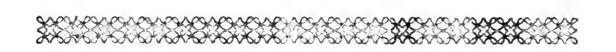
"El Ayuntamiento y varios Diputados del pueblo se constituyeron, y erigieron en Junta Suprema Gobernativa de aquellas provincias, y conservadora de los derechos del señor Don Fernando VII, reconociéndole por legítimo Soberano de España é Indias; mas no al Consejo de Regencia, de cuya instalación recibieron el aviso oficial, comunicado al Gobernador y Capitán General Emparan." (1)

Así concluyó la primera Audiencia de Caracas, sin haberlo previsto; y con su Presidente el Gobernador Emparan, salieron todos sus miembros por el puerto de La Guaira, algunos días después del 19 de abril de 1810. En atenderlos, pagarles á dos de ellos sus deudas y embarcarlos con todas las comodidades apetecibles, gastó el erario diez y ocho mil y más pesos. Y se fueron, para no volver más.

La cesación de la primera Audiencia de Caracas, por causa de los sucesos del 19 de abril de 1810, es un hecho que nos llama la atención, pues

1 Poseemos la copia original de esta narración que fue dada á conocer al público de Caracas en la biografía de Ribas por González. Revista Literaria de 1865.

pone de manifiesto un axioma de buen gobierno, á saber: "Ningún derecho tiene á mandar, ni obligación de obedecer el pueblo, á quien no se sujeta á las leyes que ha jurado cumplir y hacer observar." La caída del Presidente de la Audiencia, general Emparan es un hecho vergonzoso é indigno. Pusilánime, sin fe política, torpe y vulgar aparece ante los actores de la revolución de Caracas. Va de caída en caída, hasta que se exhibe como actor de sainete: su salida al balcón del Ayuntamiento, y consulta al pueblo, lo despoja de toda dignidad. No así el oidor Martínez, que trata de salvar la respetabilidad del cuerpo augusto donde figuraba. Hombre inteligente y astuto comprende, al enterarse en la casa del Gobernador de cuanto pasaba, que éste es víctima de una celada, y levantándose á la altura de sus deberes, obra entonces con cierta dignidad y altivez que le enaltecen. Él solo es la Audiencia en la mañana del 19. Con actividad trata de salvar la situación ridícula en que se había puesto el Presidente de aquélla; quiere penetrar por cuantas vias enenetra á su disposición, y cuando ve que todas estaban cerradas, y que el fermento revolucionario aparecía por todas partes, pronuncia aquellas frases que revelan en él un gran carácter: "el Cabildo no puede mandar al Acuerdo." Al convencerse de que todos sus esfuerzos son inútiles, cede, y cede con dignidad. La entrada de la Audiencia al Ayuntamiento, victoreada por la muchedumbre, apoyada por la voluntad popular, al consultarle Madariaga, desde uno de los balcones del Ayuntamiento, y confirmado por los mismos revolucionarios que dijeron que ninguna queja tenían del augusto Tribunal, es la sentencia más elocuente que podía dar la misma Audiencia contra su Presidente Emparan.



VILLAPOL

Á LA SEÑORA DOÑA FELICIA VILLAPOL DE HERNÁNDEZ

Cuando se estudian en sus pormenores los cataclismos sociales que tienen por único objetivo la emancipación de pueblos oprimidos, llama la atención cómo espíritus jóvenes y entusiastas, con varonil aliento se afilian en los ejércitos improvisados. Aventureros del momento, aparecen después con las virtudes del patricio, esforzados paladines animados de los más nobles deseos, en solicitud de triunfos y de gloria. Admirables y sublimes descuellan en su ardimiento bélico que los empuja en medio del torbellino revolucionario, para dejarlos tendidos en el cadalso, ó en el campo de batalla, ó para conducirlos en triunfo á la deseada meta donde los aguarda el genio de la gloria.

Estos zapadores voluntarios de las grandes causas, casi siempre caen en el torbellino de la pelea, apareciendo como nuncios que auguran éxito brillante. Llorados en el momento de la muerte, surgen después radiantes y sonreídos el día del triunfo :

el sacrificio los ennoblece, el valor desgraciado los realza, y como hijos del sacrificio, la historia los saluda y corona sus sienes, en tanto que el arte, ya en canto inmortal, ya con el cincel de Fidias ó con el pincel de Apeles, deja sus hechos representados en el lienzo, en la piedra, en el bronce ó en los mágicos cuadros de la epopeya.

Al sonar la primera hora del sacrificio en la emancipación de la América del Norte, los milicianos improvisados de Lexington, en 1775, animados del sublime sentimiento de la patria, salen al encuentro de los veteranos ingleses, y después de lucha desigual, triunfan, dejando en el campo de la gloria las primeras víctimas de la gran causa: Parker, Muzzay, los dos Hamilton, Monroe, Hadley, Brown, Porter, que abrían con su ejemplo el camino de la victoria: eran los precursores de Washington y de Franklin y al morir señalaban en el horizonte de la patria el águila que debía arrebatar el "rayo al cielo y el cetro á los tiranos." Un monumento de bronce, exornado de ricas alegorías, recuerda en las alturas de Lexington, á estos primeros adalides de la independencia de la América del Norte.

Años después, en la guerra exterior de la revolución francesa, una figura joven, admirable y radiante descuella por todas partes: es la de Marceau, el voluntario de 1789, que de etapa en etapa conquista todos los grados de la milicia con su talento, heroísmo y abnegación, y vence en batallas campales á los enemigos de la patria. Cuando aquel joven de veinte y siete años se sublima, acariciado por la gloria, la muerte le sorprende. Un suceso único tiene entonces cabida: los ejércitos contendores suspenden las hostilidades para celebrar juntos los funerales del sublime campeón. Así rendían homenaje al espíritu recto, al corazón de espartano, al héroe que al caer, sostenido por la Fama, debía ser

conducido á la tumba por los ejércitos unidos, con todos los honores debidos á tan grande infortunio. (1) En el Arco de la Estrella, suntuoso monumento con el cual Francia eterniza la memoria de sus grandes militares, y entre los que descuella aquel Miranda, orgullo de ambos mundos, uno de los grupos esculturados representa la muerte de Marceau. Como á las víctimas de Lexington, el arte solicitó al joven héroe para presentarlo al mundo en el instante en que el gladiador cae exánime en la arena del Circo, coronado por la gloria.

No pueden separarse de la historia de Bonaparte aquellas dos figuras del Consulado: Kleber y Desaix. El uno es víctima del puñal musulmán, y con su muerte desaparece la colonia francesa en Egipto: el otro, tras la rota de Bonaparte en Marengo, alcanza la victoria del mismo nombre, trocando los cipreses en laureles. Conocidas son las célebres palabras del vencedor: "Decid al primer Cónsul que muero con el sentimiento de no haber hecho más por la patria." Y la patria agradecida ha inmortalizado con el arte la memoria de estos zapadores, nuncios de las glorias militares de aquellos días de libertad que pronto debían trocarse en días de bárbaras conquistas.

Cuando favorecido por espíritus depravados, el coloso de Europa se precipita en 1808 cual desconocido huracán sobre el suelo español, el León de Iberia, al sentirlo,

"Sacude con noble bizarría
Sobre el robusto cuello la melena."

Dos víctimas inmoladas en el altar del deber abren entonces aquel drama de sangre y de gloria. A la muerte de Daoíz y de Velarde en la fatídica noche del 2 de mayo, hilos invisibles tocan á un tiempo todos los corazones, exáltase el entusiasmo, sublímase el amor sagrado de la patria; y adultos, niños, an-

1 Este hecho tuvo su eco en Venezuela, en la batalla de Carabobo, en 1821. Véase la leyenda titulada: VALENCEY.

cianos, mujeres, la nación en masa, se arma y se apresta á la defensa. Y en tanto que en las aldeas y ciudades manos misteriosas echan á vuelo las campanas de los templos, las comunidades religiosas y los ministros del culto se afilian en los ejércitos, y las madres animan á sus hijos y los bendicen y lanzan á la defensa del patrio suelo. Todo aparece en los primeros días dilatado campo de devastación; pero de los muertos surgen los héroes, y de la sangre los nuevos ejércitos siempre listos á la defensa. No se hizo el arte aguardar por mucho tiempo para celebrar las primeras víctimas, nuncios de la hispana grandeza; y en versos inmortales dejó su tributo la musa del canto, mientras que en el bronce descuellan hoy en su sublime ardimiento las figuras de Daoiz y de Velarde, estos adalides que abrían con su muerte la sublime defensa nacional.

¡España, sublime España, con cuán elocuente ejemplo animaste á tus colonos de América á sacudir, en la misma época, el yugo que los oprimiera!

Numerosa es la lista de los heraldos que al abrazar la revolución venezolana en 1810, caen en las primeras batallas como espigas tronchadas al soplo del huracán. Las damas de Caracas, llenas de júbilo, reciben en 1811 al joven oficial Gabriel de Ponte, miembro del Constituyente de Venezuela, herido en el primer ataque de Valencia. Con el fervor que inspiran las nobles causas, señoras y niñas salen al encuentro del voluntario que acababa de recibir su bautismo de sangre. Y cuando llegan los días de la *guerra á muerte*, Bolívar, sereno é impasible, ve desaparecer unos tras otros los jóvenes entusiastas que desde los primeros días de la revolución se habían afiliado en el ejército patriota.

Girardot sucumbe en 1813 al clavar la bandera tricolor en la cumbre de Bárbula. Los hermanos Buroz son víctimas casi en una misma época: Lo-

renzo muere en el primer ataque á Valencia en 1811: Venancio en el glorioso campo de Araure en 1813, y Pedro, finalmente, de quince años, es una de las ilustres víctimas de San Mateo, en 1814. Señalaban con noble ejemplo el camino de la gloria á los hermanos que debían sobrevivirles y acompañar á Bolívar hasta la lejana meta.

No menos meritorios fueron los hermanos Salias, tan decididos y entusiastas por la revolución, y tres de ellos fueron víctimas de su amor á la República. A Francisco le pertenece la honra de detener al Gobernador Emparan en la puerta mayor de la Metropolitana y de obligarle á que retrocediera á la casa del Ayuntamiento, en la mañana del 19 de abril de 1810. Juan, después de brillar en varias acciones, sucumbe en la sangrienta batalla de Aragua en 1814; y Pedro, con iguales méritos, es pasado por las armas en las llanuras de Pore en 1816. Pero ninguno como Vicente, el espíritu ilustrado y epigramático, uno de los poetas de la revolución. Cuando en Puerto Cabello es conducido al cadalso, en 1814, pide á sus ejecutores permiso para hablar y pronunciar aquellas memorables frases, dirigiendo las miradas hacia lo alto: "Dios mío, Sér Omnipotente, si en el cielo tú consientes á los españoles, renuncio al cielo." Un redoble de tambores le imposibilita continuar; y el gallardo mancebo, tan sereno como altivo, presenta el pecho á las balas que le derriban.

Rivas Dávila muere en la sangrienta defensa de La Victoria en 1814. Al caer bañado en sangre, dice á sus soldados: "Avancen y combatan, que yo muero gustoso al ver el triunfo de las armas de mi patria." Y cuando se le extrajo la bala que le había derribado, al tenerla en las manos, dice á uno de sus soldados: "Llévala á mi esposa y dile que la conserve y se acuerde siempre que á ella debo el momento más glorioso de mi vida; aquel en que he

perecido defendiendo la causa de mi suelo." Antes de espirar, escucha los clarines de la victoria acompañados de gritos de entusiasmo, trata entonces de incorporarse y dice: "Muero contento, viva la República!" Jalón, tan lleno de méritos y de glorias como de infortunios, marcha sereno al patíbulo en presencia de Boves. Campo Elías desaparece en la defensa gloriosa de San Mateo: Muñoz Tébar, espíritu gentil, sucumbė en el fatídico campo de La Puerta: en este sitio reposa el célebre adalid, pluma y espada de aquella época terrífica de la *guerra á muerte*, llena de tinieblas y de luz, de reveses y de triunfos.

Villapol, finalmente, en la cima del Calvario de San Mateo en 1814, corona con su muerte la victoria.

Manuel Villapol, nacido en Sevilla, de buen solar, por los años de 1769 á 1770, abrazó desde los primeros años de su juventud la carrera de las armas, para la cual parecía destinado, no sólo por sus aptitudes y carácter, sino también por su educación y atractivos personales. Dedicado al estudio de la artillería y organización militar, frisaba en los veinte años, cuando como oficial llegó á Caracas en uno de los batallones que se fijaron en esta capital, por los años de 1788 á 1790. A poco andar se casó con la señorita María del Carmen Rochel y Aponte, de la cual tuvo numerosa prole. Entre Caracas y Cumaná, Villapol alternaba como oficial distinguido, cuando estalló en la primera la revolución de 1810 que le encontró en la última ciudad. De ideas liberales, Villapol acepta sin titubear el nuevo orden de cosas y acompaña á los patricios cumaneses. En el grupo de peninsulares que entran de buena fe en la revolución venezolana, grupo de que forman parte Isnardi, Barona, Moreno, Solá, Campo-Elías, etc. etc., sobresale el Coronel Villapol por su talento y conocimientos militares, reconocidos por todos sus conmili-

tones. Nombrado por el Gobierno de Caracas en 1811, en unión de los Coroneles Moreno y Solá, para obrar sobre Guayana, afortunadas fueron las primeras operaciones; mas, una serie de sucesos imprevistos, hicieron fracasar la expedición. Cuando llega el día de la prueba, Moreno y Solá, casi sin tropa, abandonan la empresa y huyen, mientras que Villapol, hombre decidido, salva su división, se abre paso y llega á Maturín donde sabe sostenerse. Esto pasaba á fines de 1812.

Vencida la revolución de 1810, á causa de los desgraciados sucesos de 1812, y asegurada la vida y la libertad de los comprometidos en aquélla, por la capitulación de San Mateo, los patriotas de Cumaná encontraron en el recto y caballeroso Gobernador español, el Coronel Ureña, todo género de protección, cuando el vencedor Monteverde, rompiendo tratados, despreciando los fueros del honor y obrando bajo el dictado de pasiones bastardas, ordenó á Ureña que prendiera á todos los políticos de 1810, comenzando por don Manuel Villapol. Ureña rechaza semejante atentado y protesta cuando Monteverde envía á Cumaná á su Teniente Zerveris, quien pone por obra cuanto pueden sugerir las bajas pasiones del corazón humano. Villapol y otros ciudadanos son perseguidos, atropellados y reducidos á prisión. Ureña comunica á la Audiencia de Caracas cuanto pasaba contra aquellos hombres pacíficos, y el tribunal manda á ponerlos en libertad. A continuación de lo resuelto por la Audiencia, Monteverde estampó el decreto siguiente: "Apruebo la libertad de estos individuos, menos la de don Manuel Villapol, que debe subsistir preso en un castillo, para ser extrañado de estas provincias, por no convenir su residencia en ellas." (1)

He aquí el elogio más completo que Monteverde podía hacer del distinguido patricio.

1 URQUINAONA, Relación documentada etc. etc. Madrid, 1 vol., 1820.

Cómo se escapó éste de la prisión y persecuciones de Zerveris y de Antoñanzas, tenientes de Monteverde, es hecho que ignoramos; pero lo único que podemos asegurar es que en Maturín tropezaron después los patriotas de Oriente con los elementos de guerra que había podido salvar la sagacidad de Villapol. Sábese que Mariño, el fundador de la Independencia en la región oriental de Venezuela, sirvió de comandante á las órdenes del Coronel Villapol en 1811, y que éste, al verse libre en 1812, se unió á Bolívar cuando comenzó la campaña de 1813. Acompañóle Villapol hasta Caracas y después al sitio de Puerto Cabello. Admirable descuella Villapol en todos los actos de esta campaña, cuando en Vigirima, á cuyo triunfo contribuye en primera escala, desaparece del campo de batalla. Al no tropezar con su cadáver que buscaban los compañeros, todos le suponen muerto, y le lloran.

Al siguiente día, al continuar la batalla, aparece Bolívar en el campo, y el entusiasmo se reanima. Al enterarse de que Villapol no aparecía y de que las tropas de éste estaban entristecidas, á ellas se dirige acompañado de su estado mayor y del Coronel granadino Ortega. "Es preciso reanimar á las tropas ó somos perdidos, le dice á este Coronel.... pero triunfaremos.... es indispensable. Va usted á ser el jefe de la división Villapol, y ya se sabe á lo que compromete semejante título."

"Mientras que Bolívar le dirigía á su teniente estas palabras entrecortadas, porque á cada instante se detenía para observar algún movimiento del enemigo, llegaban al lugar donde los soldados de la división, exasperados y entristecidos por la desgracia de su jefe, aguardaban órdenes.

"¡Soldados! exclamó Bolívar, para tener derecho de lamentar á vuestro jefe, id á vengarlo." (1)

1 Baraya—Biografías militares, ó historia militar del país en medio siglo. 1 vol. 1874, Bogotá.

"Hemos tenido la desgracia de perder al benemérito y valiente coronel Villapol que ha llenado su carrera gloriosamente. Los servicios de este digno oficial son conocidos en Venezuela y hacen sensible su muerte." Así se lee en el *Boletín* del ejército patriota de 23 de noviembre de 1813; y así se hablaba en aquellos días de deber, sin hipérboles y sin exageraciones.

Pero Villapol no había muerto. Despeñado en medio del ardor de la pelea, hubo de pasar tres días sin alimento y sin agua, herido, contuso y desamparado. Al cabo de este tiempo, logra hacerse oír de sus tropas que pasaban por las cercanías del precipicio donde estaba, y éstas le conducen casi exánime al campamento de Bolívar. Cuando éste le ve llegar, en brazos de sus compañeros, se adelanta, le tiende la mano y le dice: "¡Oh, Villapol! habéis resucitado para la patria. Grande fue la pena que me proporcionó vuestra muerte: más grande la satisfacción que me da vuestra resurrección! La gloria os reserva nuevos triunfos, Coronel, pues sois una de las fuertes columnas de la libertad."

En efecto, después del brillante triunfo de Araure, en el mismo mes de noviembre, Villapol recibe en el propio campo de batalla, de manos de Bolívar, la venera de honor de los libertadores de Venezuela, y el dictado de uno de los vencedores de Araure.

A poco, en febrero de 1814, tiene efecto en Caracas aquel acto en virtud del cual la Asamblea popular reunida en el templo de San Francisco, acordaba á Bolívar el título de Libertador. Bolívar, al declinar las glorias conquistadas sobre sus compañeros, dice: "Vosotros me honráis, compatriotas, con el ilustre título de Libertador. Los oficiales, los soldados del ejército, ved aquí los libertadores; ved aquí los que reclaman la gratitud nacional. Vosotros conocéis bien los actores de vuestra restaura-

ción: esos valerosos soldados; esos Jefes impertérritos; el General Ribas, cuyo valor vivirá siempre en la memoria americana, junto con las jornadas gloriosas de Niquitao y Barquisimeto; el gran Girardot, el joven héroe que hizo aciaga con su pérdida la victoria de Bárbula; el Mayor General Urdaneta, el más constante y sereno oficial del ejército; el intrépido D'Eluyar, vencedor de Monteverde en Las Trincheras; el bravo Comandante Campo-Elías, pacificador del Tuy y Libertador de Calabozo; el Coronel Palacios, que en una larga serie de encuentros terribles, soldado esforzado, y jefe sereno, ha defendido con firme carácter la libertad de su patria; el Mayor Manrique, que dejando á sus soldados tendidos en el campo, se abrió paso por entre las filas enemigas, con sólo sus oficiales Planas, Monagas, Canelón, López, Fernández, Buroz y pocos más cuyo nombre no tengo presente, y cuyo ímpetu y arrojo publican Niquitao, Barquisimeto, Bárbula, Las Trincheras y Araure." Y al hablar de Villapol, dice: "el bizarro coronel Villapol que desriscado en Vigirima, contuso y desfallecido, no perdió nada de su valor que tanto contribuyó á la victoria de Araure."

Después de Araure, Villapol alcanza nuevas glorias al frente de su numerosa división, en campos de Barquisimeto, dejando así satisfechos los planes de Bolívar. Pero estos triunfos, por brillantes que parecieran, no podían oponerse al torrente devastador. Un círculo de fuego estrechaba las distancias. Bolívar vencerá de nuevo en Carabobo, en La Victoria, en San Mateo, pero el torbellino irá tras él. Ribas, Villapol, Campo-Elías y Palacios, á su turno, serán también víctimas. Así, de los ocho adalides que constituyen el pedestal de las glorias de Bolívar, en los días más crudos de la *guerra á muerte*, sólo dos, Urdaneta y Manrique, llegarán con él á la cima gloriosa de la revolución. De los demás, cinco

van á quedar en el campo del honor, y uno solo será decapitado, el vencedor en Niquitao. (1)

Asistamos ahora á la muerte de Villapol en el Calvario de San Mateo. Era la mañana del 28 de febrero de 1814, cuando Boves al frente de un ejército de siete mil combatientes, la mayor parte de caballería, avanza sobre el campo patriota donde le aguardaba el Libertador. Con grande algazara, á la antigua usanza de los indios, cuando eran atacados por los castellanos, en la época de la conquista, las huestes de Boves se precipitan sobre las trincheras colocadas en el centro del campo. Bolívar y sus principales tenientes, entre éstos Villapol, defienden con heroicidad el centro de la batalla sobre el cual se estrellan los soldados del temido Jefe español. Después de ocho horas de pelea continuada, Boves comenzaba á titubear, cuando Bolívar ordena á Villapol situarse en la altura del Calvario, para que desde allí divierta al enemigo. Boves abandona entonces el centro inexpugnable y arremete con furia á la división de Villapol, que parapetada tras de unas casas, cubría con buen éxito el ala derecha de la batalla. En esto comienza un duelo á muerte entre Boves, que ataca con fuerzas que se remudan, y Villapol, que pierde y recupera á cada instante la ventajosa posición. En tan duro trance cae herido de muerte Campo-Elías, y tras éste el joven Comandante Pedro Villapol, hijo del esforzado defensor del Calvario. Inmediatamente manda Villapol que conduzcan á su hijo al Hospital de sangre, y cobrando nuevos bríos, solicita por todas partes la muerte ó el triunfo.

---

1 El Gobierno de Venezuela, bajo la Presidencia del Doctor J. P. Rojas Paúl, decretó una estatua á la memoria de Urdaneta y otra á la de Girardot y Ricaurte. Este acto de justicia nacional hacia los adalides de 1813 y 1814, lo aplaude la opinión pública, conocedora de los méritos que distinguieron á estos héroes de la *guerra á muerte*, de quienes Bolívar habló con entusiasmo, en la Asamblea popular de San Francisco, en 1814.

Escuchemos al gallardo escritor Eduardo Blanco cómo describe el acto final de aquella gran jornada:

"Villapol, á su vez, se lanza como el rayo, hiere, destroza, retrocede abrumado por innumerables enemigos, se rehace un instante, y sin flaquear en la demanda, acomete de nuevo con indecible arrojo. Su brazo no desmaya, reconquista la posición perdida, pero una bala le hiere el corazón al proclamar el triunfo; y al pie de la bandera que sostiene en su crispada mano, rinde la vida en brazos de la gloria.

"Nuestros soldados retroceden; en aquel flanco no les queda un solo oficial que los dirija: muertos los más ó heridos cubren el campo que de nuevo ocupa el enemigo. La derrota los amenaza, bien que se oponen á ella sin concierto, y con desesperada resistencia. Pero de pronto, en medio del conflicto, aparece como salido de la tumba, un joven oficial, pálido, ensangrentado y cubierto de heridas: pónese al frente de las revueltas tropas á quienes electriza su presencia, tira de la espada que apenas puede manejar su débil brazo, y restablece entre los suyos la disciplina y el combate. Aquel mancebo heroico es el hijo de Villapol; separado casi moribundo del campo de batalla, algunas horas antes, sabe en su lecho de agonía la muerte de su padre, y se levanta, y le viene á vengar. Intrépido se arroja sobre las casas en que se parapetan los realistas, logra desalojarlos en el primer empuje, y agotadas las fuerzas por la sangre que manan sus heridas, cae desmayado al cumplir su propósito. Empero, tanto esfuerzo decide la jornada. En la última carga, el incansable Boves queda herido, y próxima la noche, suspende la pelea." (1)

"Es digno de los mayores elogios el Coronel Villapol, cuyo valor y conocimientos militares eran

1 BLANCO—*Venezuela heroica.*

bien conocidos en Venezuela, y que ha muerto en el campo del honor con la serenidad que le era característica." Así anuncia el *Boletín* de 4 de marzo, la muerte del esforzado defensor del Calvario de San Mateo.

"Morir en el campo dèl honor, en cumplimiento del deber." Estas frases, en lenguaje sobrio y elocuente, bastaban en aquellos días para hacer la apoteosis de un patricio. ¡Qué tiempos aquellos y qué hombres!

Refiere la tradición que Bolívar, en la noche de aquel triunfo, derramó lágrimas al conocer los pormenores de la muerte de Villapol y al saber que Campo-Elías no daba esperanzas de vida. Y esto debe ser cierto, porque Muñoz Tébar, primer Ministro de Estado, escribía en 28 de marzo lo siguiente, hablando de Villapol: "Como el gran Girardot, hizo llorar un triunfo conseguido á costa de su sangre: espiró como aquél, casi al momento de decidirse la victoria."

Cuando días más tarde, en el *Boletín* del 28 de marzo, desde San Mateo, Bolívar, en elocuente proclama dirigida á los venezolanos, les pinta la situación política, con todos sus triunfos y reveses, "confiad en vuestros defensores, dice, y vuestra confianza no será burlada. Yo os lo protesto por los manes sagrados de Girardot, Rivas Dávila, Villapol y Campo Elías, vencedores en Bárbula, La Victoria y San Mateo. Qué! ¿podéis olvidar que quedan aún á la República los invencibles de Occidente, los destructores de Boves y los héroes de Oriente, tres ejércitos capaces, ellos solos, de libertar á la América entera, si la América entera estuviese sometida al sanguinario imperio español!"

Concluido el sitio de San Mateo después de muchos días de batallas diarias, el joven Villapol, repuesto de la herida que le había hecho sufrir, visita la tumba de su padre, que humedece con

abundantes lágrimas. "Bien hubiera querido, dicen dos historiadores colombianos, llevar sobre sus hombros los restos de su padre para llevarlos al hogar amado, como hizo Eneas con su anciano padre Anquises, cuando lo sacó del campo sangriento de Troya, para conducirlo al suelo de la patria querida." (1) Estaba escrito que este joven que hacía honor á su padre no habría de sobrevivirle. La Providencia le destinaba á morir en el cadalso. Después de figurar en Carabobo, La Puerta, Aragua y otros sitios, abandona el patrio suelo, sigue con Bolívar á la campaña contra Bogotá en 1814, para figurar más tarde en 1815, al frente de una guerrilla, en el pueblo de Nechi, cerca de Cartagena. Sorprendido en una mañana de octubre de 1815, es conducido con otros oficiales al campo del Pacificador Morillo, quien le manda pasar por las armas. "Así comenzó este General, dice el historiador Restrepo, esa carrera de sangre en que había de asemejarse á los monstruos que en el siglo XVI desolaron á la América." (2)

¿Cómo han juzgado los historiadores á Villapol? "Distinguido Jefe y militar de buenos quilates;" así decía Bolívar. "Entusiasta del honor y de los deberes de su noble profesión, ascendiendo por todos los grados de la milicia hasta el de Coronel, Villapol puede ser en todos ellos el mejor modelo de los que quieran servir bien á su patria, llevando las armas. Todas las virtudes militares brillan en él, en sumo grado: valor, franqueza, lealtad, pundonor, nobleza, sed de gloria. Poseía los conocimientos que hacen sostener y conservar los ejércitos, disciplinarlos hábilmente: el soldado le adoraba: el Estado le debía la mayor economía en la administración del ejér-

1 Scarpetta y Vergara. Diccionario biográfico. 1 volumen, Bogotá, 1879.

2 Restrepo.—Historia de Colombia.

cito. Por esto, la subordinación, la alegría, la marcialidad y la destreza eran los caracteres de todos los cuerpos que organizaba ó que militaban bajo sus órdenes." (1) Esto dice de Villapol aquel Muñoz Tébar, hábil Ministro de Bolívar, y figura descollante desde 1810 hasta 1814. No son menos expresivos los historiadores colombianos Scarpetta y Vergara cuando al hablar de Villapol dicen: "Bellísimo adalid republicano en todos los actos del desarrollo político de Venezuela, lujo del ejército y centro de acción de grandes esperanzas. Su valor daba brío á las filas republicanas: era su presencia símbolo de triunfo, y aliento su voz aun para los desfallecidos heridos."

Pero ninguna opinión tan sintética y elocuente como la de Baralt, cuando dice: "ERA EL TIPO PERFECTO DEL CARÁCTER ESPAÑOL EN TODA SU BELLEZA."

He aquí al célebre adalid Villapol, uno de los más distinguidos tenientes de Bolívar.

En el vecino pueblo de El Valle vive una matrona octogenaria, viuda del señor Gabriel Hernández, de grato recuerdo. Huérfana desde la edad de cinco años, ha experimentado numerosas penalidades, desde el triste pan del ostracismo hasta los achaques de avanzados años. Después de haber perdido padre, madre, hermanos, esposo, soporta la pobreza en el ocaso de la vida, con dignidad de carácter y resignacion cristiana, acompañada por tres de sus hijas. Esa matrona es Doña Felicia Villapol de Hernández, la mayor de las dos hijas que quedan del vencedor en San Mateo.

Para vos, señora, hemos escrito estas líneas, en los días en que el sentimiento de la gratitud nacional hacia sus libertadores, se realza á los dictados

1 *Gaceta de Caracas*—de 28 de marzo de 1814.

de la justicia histórica. Aceptadlas como un homenaje que rendimos á las virtudes de vuestro hogar y al nombre preclaro de vuestro ilustre progenitor.



DRAKE Y LOS HISTORIADORES DE VENEZUELA

—

Si el famoso pirata inglés Francisco Drake, aquel titán de los mares cuya tumba es el Océano, resucitara, por de contado que tendría que pedir cuentas, y muy serias, al historiador de Venezuela, D. José de Oviedo y Baños y á los copistas de éste, por haber todos ellos levantado al filibustero la más atroz calumnia, al asentar que saqueó á Caracas en 1595, y esto, después de haber trasmontado una serranía pendiente, escabrosa, y de grande elevación sobre el nivel del mar. Lo fuerte de la calumnia no estriba en el hecho, sino que supone al corsario un imbécil, que dejaba atrás los cuantiosos tesoros españoles en los puertos antillanos, por llegar á Caracas, fatigoso, expiado y malferido, pasar ocho días en el caney que servía de templo á la ciudad de Lozada y en seguida volver á trasmontar la Cordillera sin un fisco en el bolsillo, y más que todo, silvado y apedreado, no por los hombres sino por la realidad; lo que equivalía á decirle al pez cuyo elemento es el agua: sal, anda. brinca, trisca por las veredas del Avila, y después torna al salado elemento.

A pesar de los pesares, Drake no podría vencer

ni á Montenegro, ni á Yanes, ni á Baralt, porque éstos se han agarrado de Oviedo y Baños, quien sus razones tendría para asentar que Drake saqueó á Caracas en 1595. ¿Y qué ganaría, por otra parte, el pirata, con boxear con los historiadores de Venezuela, si más puede para éstos la palabra escrita del historiador que cuanto digan los archivos?

Una de las alegrías de los escolares, en todas las zonas, es la de poder dar jaque al maestro, es decir, poder corregirle y asegurarle que no es así, que está equivocado. Pues bien, á pesar de los pesares, por la última vez vamos á demostrar que Drake nunca visitó á Caracas y que el maestro D. José de Oviedo y Baños, uno de los historiadores de Venezuela, asentó una falsedad de á folio, diciendo del pirata lo que nadie había escrito.

Entremos en materia.

Parece muy difícil que pueda destruirse, de repente, una tradición que ha estado sosteniéndose durante tres siglos, sin que nadie se haya atrevido á dudar de su autenticidad. La tradición ejerce un poder fascinador sobre la imaginación de los pueblos; para éstos, antes de la historia escrita está la narración que se conserva en la memoria y que ha pasado como un legado de padres á hijos y de hijos á nietos. La tradición es propiedad de la familia; es como un recuerdo solemne que imprime carácter á la historia del hogar, y se reviste con el respeto que inspiran las virtudes de los antepasados, más ilustres á proporción que los descendientes se remontan á los orígenes de sus progenitores.

La tradición verdadera, sostenida por la historia, es un complemento de ésta, y sirve siempre en apoyo á la verdad escrita; no así la tradición falsa que se asemeja á esos fuegos fatuos que durante muchos siglos fueron el terror de las pobla-

ciones campestres, cuando la ciencia no había descubierto la explicación de los fenómenos químicos.

La tradición que pertenece á todas las épocas y á todos los países, tiene más séquito en las poblaciones que se han desarrollado fuera del influjo de la prensa y de la instrucción, que en aquellas en que el criterio público se ha formado con la ayuda de las ideas civilizadoras. Cuando escribieron Fray Pedro Simón en Bogotá, y Oviedo y Baños en Venezuela, no había en ésta ni focos de instrucción popular, ni bibliotecas, ni prensa periódica, ni eran los libros artículos de importación. Un relato de estos historiadores debió, por lo tanto, considerarse como una verdad incontrovertible, como una sentencia de la cual hubiera sido desacato apelar, peligro combatirla. Así pasaron los escritos de nuestros historiadores antiguos hasta el momento en que el ánimo debió sublevarse contra todos aquellos que tratasen de desfigurar las narraciones verdaderas. Por esto la filosofía de la historia, siempre alertada, se reserva pronunciar á su turno el fallo basado en sus observaciones, restablecer los sucesos y decir la última palabra. Y lo que al principio parecía una temeridad, se convierte después en una necesidad imperiosa: la verdad vindicada.

Es constante que en 1595 fue Caracas saqueada por una expedición de filibusteros ingleses. Fray Simón relata el suceso sin nombrar el jefe que estuvo al frente de los invasores. Cuando aquél escribió su historia, 1625, hacía veinte y ocho años que se había verificado el saqueo é incendio de Caracas: era un acontecimiento de reciente fecha, y del cual debieron hablarle muchos de los testigos que aún vivían. Pero, un siglo más tarde, cuando Oviedo y Baños escribía su historia, 1723, al ocuparse del incidente de 1595, agrega que los filibus-

teros estuvieron bajo las órdenes del célebre corsario sir Francis Drake.

¿Cuál de los dos historiadores dice la verdad, el que ocultó el nombre del invasor ó el que lo finge? Cualquiera diría que Oviedo y Baños, más hábil en el estudio de los archivos, y más práctico en las apreciaciones históricas, puesto que escribía un siglo más tarde, debía haber hallado documentos en qué apoyarse, ilustrando de esta manera un relato de su predecesor; mas nada de esto sucedió. La aseveración del escritor Don José es falsa y comprueba que el historiador de Venezuela, ó se siguió por dichos de la tradición, ó de propio marte quiso sellar este expediente. (1)

Presentemos las narraciones de ambos historiadores para cotejarlas y demostrar después que lo perteneciente á Drake no pasó de la inventiva de Oviedo y Baños.

NARRACIÓN DE FRAY SIMÓN

1625

"No se nos ofrece otra cosa que nos detenga la historia, hasta lo que sucedió el año de mil quinientos noventa y cinco, en la ciudad de Caracas, ó Santiago de León, por el mes de junio, que fue llegar *un inglés corsario*, con cinco ó seis navíos al puerto de Guaicamacuto, dos leguas de la ciudad y una del de La Guaira al Este. Saltaron en tierra hasta quinientos hombres, sin haber quien les resistiera, y llegando al pueblo de los naturales, que estaba un tiro de mosquete, lo hallaron vacío por haberse los indios puesto en cobro en el arcabuso:

1 Lo más curioso de todo esto es que á los 167 años que tiene de publicada la obra de Oviedo y Baños, el señor Duro, miembro de la Academia de la Historia (en Madrid), que acaba de enriquecer con bastante documentos, la nueva edición de la Historia y conquista de Venezuela, no ha subsanado el error del historiador, quedando Drake como autor del saqueo de Caracas en 1595.

sólo se encontró á un español en una casa, llamado Villalpando, que por estar tullido no había hecho lo que los indios. De éste quisieron informarse de las cosas de la tierra, y para que mejor dijera la verdad, le pusieron al pescuezo la soga para ahorcarle, que viéndose en aquellas angustias, rogó le dejaran, y él los guiara por una trocha escusada á la ciudad, con que la pudieran tomar sin ser sentidos. Esta era una senda de una legua, hasta la cumbre de la Cordillera, y otra desde allí al pueblo, tierra fragosa, que más es apeadero de gatos que camino de hombres. Por aquí fueron marchando bien armados los ingleses con su guía, hasta subir á la cumbre, y dar vista á la ciudad, donde pareciéndoles ya no lo habían menester lo ahorcaron y despeñaron, diciendo merecía aquello quien había vendido su patria, porque se cumpliera el proverbio, que la maldad aplace, pero no quien la hace.

"Habiendo tenido aviso en la ciudad por algunos indios, de haber saltado los enemigos en tierra, no entendiendo vendrían por aquella trocha, caso que se atreviesen á entrar la tierra adentro, sino por la ordinaria del puerto de La Guaira. Tomaron la vuelta los más soldados y capitanes con sus armas, que se hallaron en el pueblo á resistirle la entrada. Pero entre tanto (como camino más breve y sin estorbo) bajando los ingleses de la cumbre á la mitad del camino, que hay desde el pueblo, enarbolaron sus banderas y se pusieron en escuadrón, y con buen orden militar se fueron llegando á la ciudad, que estaba sin defensa, por haberse salido todos los soldados. Y así, sólo salió uno llamado Alonso Andrea con sus armas y caballo á hacer una tan gran temeridad, como era uno solo pretender resistir á cuatrocientos bien armados, y así le hicieron luego pedazos, y entraron en el pueblo que lo hallaron con poca ó ninguna

gente, aun de las mujeres chusma y por haberse dado prisa á huir cada cual por donde pudo á las estancias y arcabuso, con la poca ropilla, joyas y oro, que la prisa les dió lugar arrebatarse: y así hallaron los ingleses bien en que meter las manos, de ropa de mercaderes, vino y menajes de las casas con mucha cantidad de harinas. Fortificáronse en la iglesia, y casas reales, que están cerca de ella, desde donde saltaron á hacer sus robos: aunque no tan á su salvo, que habiendo vuelto sobre la ciudad los soldados y vecinos que habían ido al puerto con algunos indios flecheros, y estratagemas que usaban con el enemigo de noche y día, todavía les hacían pagar con las vidas de muchos el asalto: con todo eso no le pudieron echar de la ciudad en ocho dias, en que derribó y quemó algunas casas, sin atreverse á salir de las estancias, temiendo las venenosas flechas de los naturales, que también las experimentaron bien á su costa en emboscadas que les echaban en el camino, que después de este tiempo tornaron para sus navíos, en que se dieron á la vela, dejando la ciudad al fin, como la que escapaba de enemigos de la santa Fe católica."

NARRACIÓN DE OVIEDO Y BAÑOS

1723

"Recaló á principios del mes de junio sobre el puerto de Guaicamacuto (media legua á barlovento del de La Guaira) aquel célebre corsario Francisco Drake, á quien hicieron tan memorable en el orbe sus navegaciones, como temido en la América sus hostilidades, y echando en tierra quinientos hombres de su armada, ocupó sin resistencia la marina, porque los indios que pudieran haber hecho alguna opugnación para estorbarlo, desampararon su pueblo antes de tiempo, y buscaron seguridad en la montaña: gobernaban la ciudad por la ausencia de don Diego de Osorio, Garci-González de Silva,

y Francisco Rebolledo, como Alcaldes ordinarios de aquel año; y teniendo la noticia del desembarco del corsario, recogida toda la gente de armas que pudo juntar la priesa, salieron á encontrarlo en el camino que va del puerto á la ciudad, resueltos á embarazarle la entrada con la fuerza en caso que pretendiese pasar para Santiago: prevención bien discurrida, si no la hubiera malogrado la malicia de una intención dañada, pues ocupados con tiempo los pasos estrechos de la serranía, y prevenidas emboscadas en las partes que permitía la montaña (como lo tenían dispuesto con gran orden) era imposible que al intentar el corsario su transporte, dejase de padecer lamentable derrota en sus escuadras: pero el ánimo traidor de un hombre infame fue bastante para frustrarlo todo, porque habiendo el Drake apoderádose de la población de los indios de Guaicamacuto, halló en ella á un español, llamado Villalpando, que por estar enfermo no pudo, ó no quiso retirarse, como lo hicieron los indios, y procurando hacerse capaz del estado de la tierra, por la información de este hombre, para que obligado del temor le dijese la verdad, le hizo poner una soga á la garganta amenazándole con la muerte si no le daba razón de cuanto le preguntase: demostración, que conturbó de tal suerte á Villalpando, que, ó sufocado del susto, ó llevado de su mala inclinación, se ofreció á conducir al pirata por una senda tan secreta, que podría ocupar por interpresa la ciudad de Santiago antes que fuese sentido.

"Esta era una vereda oculta, ó por mejor decir, una trocha mal formada, que subía desde la misma población de Guaicamacuto hasta encumbrar la serranía, y de allí bajaba por la montaña al valle de San Francisco, camino tan fragoso é intratable, que parecía imposible lo pudiese traginar humana huella: por aquí guiado de Villalpando, y seguido

de mil dificultades, y embarazos, emprendió el Drake su marcha con tanto secreto y precaución, que antes que lo sospechasen, ni sintiesen, salió con sus quinientos hombres á vista de la ciudad por el alto de una loma, donde irritado por la maldad que había cometido Villalpando de ser traidor á su patria, lo dejó ahorcado de un árbol, para que supiese el mundo que aún han quedado sancos en los montes para castigo digno del iscariotismo.

"Hallábase la ciudad desamparada, por haber ocurrido los más de los vecinos con los Alcaldes al camino real de la marina para defender la entrada, pensando que el enemigo intentase su marcha por allí; y viéndose acometidos de repente los pocos que habían quedado, no tuvieron más remedio, que asegurar las personas con la fuga, retirando al asilo de los montes el caudal que pudo permitir la turbación, dejando expuesto lo demás al arbitrio del corsario y hostilidades del saco.

"Solo Alonso Andrea de Ledesma, aunque de edad crecida, teniendo á menoscabo su reputación el volver la espalda al enemigo sin hacer demostración de su valor, aconsejado, más de la temeridad, que del esfuerzo, montó á caballo, y con su lanza y adarga salió á encontrar al corsario, que marchando con las banderas tendidas, iba avanzando la ciudad, y aunque aficionado el Drake á la bizarría de aquella acción tan honrosa dio orden expresa á sus soldados para que no lo matasen, sin embargo ellos, al ver que haciendo piernas al caballo procuraba con repetidos golpes de la lanza acreditar á costa de su vida, el aliento que lo metió en el empeño, le dispararon algunos arcabuces, de que cayó luego muerto, con lástima y sentimiento aun de los mismos corsarios, que por honrar el cadáver, lo llevaron consigo á la ciudad para darle sepultura, como lo hicieron, usando de todas aquellas ceremonias, que suele acostumbrar la milicia para en-

grandecer con la ostentación las exequias de sus cabos.

"Bien agenos de todo esto se hallaban Garci-González de Silva, y Francisco Rebolledo esperando al enemigo en el camino real de la marina, cuando tuvieron la noticia, de que burlada su prevención estaba ya en la ciudad; y viendo desbaratada su planta con la no imaginada ejecución de la interpresa, echando el resto á la resolución volvieron la mira á otro remedio, que fue bajar al valle con la gente que tenían, determinados á aventurarlo todo al lance de una batalla, y procurar á todo riesgo desalojar de la ciudad al enemigo; pero recelándose él de lo mismo que prevenían los Alcaldes, se había fortalecido de suerte en la iglesia parroquial, y casas reales, que habiendo reconocido por espías la forma en que tenía su alojamiento, se discurrió temeridad el intentarlo, porque pareció imposible conseguirlo.

"Pero ya que no pudieron lograr por este inconveniente el desalojo, dividieron la gente en emboscadas, para embarazar al enemigo que saliese de la ciudad á robar las estancias y cortijos del contorno: asegurando con estas diligencias las familias, y caudales que estaban en el campo retirados, en que se portaron con disposición tan admirable, que acobardado el corsario con las muertes y daños que recibían sus soldados al más leve movimiento que pretendían hacer de la ciudad, se redujo á mantenerse como sitiado, sin atreverse á salir un paso fuera de la circunvalación de su recinto, hasta que al cabo de ocho días, dejando derribadas algunas casas, y puesto fuego á las demás, con el saco que pudo recoger en aquel tiempo, se volvió á buscar sus embarcaciones, que había dejado en la costa, sin que la buena disposición con que formó su retirada diese lugar para picarle en la marcha, ni poder embarazarle el embarque."

Cotejando estas dos narraciones hallamos que en la de Oviedo y Baños se nos manifiesta el nombre de los capitanes que salieron al encuentro del corsario, se dice cuál fue la suerte del intrépido Andrea y se nombra finalmente el patronímico del célebre corsario que estuvo al frente de la invasión filibustera. Por lo demás, la narración de Oviedo y Baños concuerda hasta en las frases con la de Fray Simón.

¿De dónde sacó Oviedo y Baños que el célebre Drake fue el jefe de los filibusteros que saquearon á Caracas en 1595? Probablemente quiso dar brillo á la narración encabezándola con el nombre del temido corsario que fue el terror del Continente americano en los últimos treinta años del siglo décimo sexto. Imposible que hubiese hallado documento alguno en qué apoyarse, á menos que hubiera sido víctima de alguno falso ó apócrifo. Es lo cierto, que cuanto ha aseverado el historiador sobre Drake, y que la tradición ha repetido posteriormente es una fábula vulgar, pues Drake no pisó en la dilatada época de sus aventuras, ninguna costa ni ciudad de Venezuela, como vamos á probarlo.

Drake comenzó su carrera de corsario bajo las órdenes del capitán Hawkins en 1568, no teniendo en esta expedición sino el mando de uno de los bajeles piratas, la *Judith.* Después de haber saqueado Hawkins la costa de Africa, llegó á las islas de Martinica, Margarita y Curazao con las cuales traficó. Continuó á Río Hacha, y desde aquí hasta las costas de Yucatán, de la Florida y de Veracruz, hizo desembarcos repetidos y robó á su antojo.

Drake había servido más antes en buques mercantes en las Antillas; pero arruinado por los españoles en 1565, les cobró tal odio que juró ejercer contra ellos las más crueles venganzas. Así sucedió, en efecto, y separándose de la flota filibustera de Hawkins, se puso al frente de otra que llegó á

las regiones de Darién en 1572, infundiendo el espanto en todas aquellas costas y despojando la acumulada riqueza del comercio español. Durante los años de 1572 y 1573, Drake saqueó á Cartagena, Panamá y otros lugares de las costas de Nueva Granada y del Istmo. En esta provechosa expedición fue cuando el célebre corsario se propuso continuar más tarde á las aguas del grande Océano. Refiérese que favorecido por los indios del Istmo, éstos le condujeron á la cima de una montaña sobre la cual se levantaba un árbol muy elevado. Los indios con la ayuda de una escalera, subían al árbol que era como para ellos una torre de observación. Invitaron á Drake á que subiera, desde el momento en que llegaron á la cumbre, y el marino subió.—¡Cuál fue su sorpresa al divisar desde la cima del árbol los dos Océanos de América, el Atlántico que tenía al Este, y el Pacífico que estaba al Oeste! Lleno de emoción levantó entonces las manos al cielo é imploró la protección de Dios, en favor de la resolución que en aquel momento formaba, de cruzar aquel Océano que ningún buque inglés había todavía puesto á logro.

En 1576 se verificó la grande expedición de Drake contra las costa del Pacífico, tanto de América como de Asia, patrocinada por Isabel de Inglaterra. La historia conoce todos los pormenores de esta circunnavegación atrevida que proporcionó al corsario una celebridad tan justa como notable.

En 1585 á 1586, Drake tuvo por teatro de sus hazañas las Antillas y las costas de Cartagena y de la Florida. Desde esta fecha hasta 1589 figura el intrépido marino en los mares de Europa haciendo frente á la *invencible armada*.

En 1595 se realiza la última expedición del temido corsario. Esta es la fecha que nos concierne,

pues coincide con la expedición inglesa que en la misma época tomó la ciudad de Caracas.

Hay una fecha en la cual concuerdan los dos historiadores de Venezuela, y es la del mes de junio de 1595, en la cual fue saqueada Caracas. ¿Dónde estaba Drake para entonces? La grande obra de Hakluyt sobre la historia de las Antillas, publicada en 1612, nos manifiesta que la última expedición de Drake llegó á Mariagalante (Antilla inglesa) á mediados de octubre de 1595. No podía, por lo tanto, estar el corsario en las costas de Caracas para junio del mismo año.

Veamos ahora cuál fue el rumbo que siguió Drake después de su llegada á Mariagalante: el 28 de octubre ancla en esta isla; el 5 de noviembre está en Monserrat y después de haber tocado en la Guadalupe, llega á Puerto Rico el 12, día en que muere su antiguo jefe sir John Hawkins. El 28 da fondo la flota en Carazao, después de haber recorrido otras Antillas y el 30 ancla en el cabo de la Vela donde pernocta. Este es el único punto de las aguas de Venezuela, donde estuvo la flota inglesa. Desde esta fecha principian los saqueos de Río Hacha, Santa Marta, hasta el Nombre de Dios, cuya ciudad quema en 27 de diciembre. Para el 15 de enero de 1596, Drake se siente muy enfermo y para el 18 del mismo había muerto en las aguas de Puerto Bello. La tumba del temido corsario debía ser el fondo del Océano.

Queda pues probado por la cronología, que cuando Caracas fue saqueada en junio de 1595, Drake se apercibía en Inglaterra para su última expedición, y que no llegó á las Antillas sino en 28 de octubre del mismo año; cinco meses después de haberse verificado el suceso de Caracas. Queda probado igualmente por la historia del último viaje de Drake, que la flota de éste no conoció de los mares de Venezuela, sino el extremo occidental de

su costa del Norte, el cabo de la Vela, donde pasó una noche. La aseveración de Oviedo y Baños es por consiguiente una impostura que la tradicion y la historia han repetido durante tres siglos.

La expedición filibustera que saqueó á Caracas, en junio de 1595, fue la del Capitán Amyas Preston, cuya flota constaba de seis embarcaciones, que salieron del puerto de Hampton, en el Támesis, á comienzos de 1595, y llegaron á Martinica en 8 de mayo del mismo año. Estos datos nos los suministran los célebres cronistas é historiadores ingleses que escribieron acerca de los filibusteros del siglo décimo sexto, entre aquellos dos muy notables, de los cuales tomamos lo que sigue: (1)

NARRACIÓN INGLESA

"El día 8 de mayo de (1595) llegaron á Martinica el capitán Amyas Preston en la *Ascensión*, en compañía de la *Gift*, capitán George Sommers, y una pinaza, y tres buques de Hampton, uno mandado por el capitán Wallace y el *Darling* y *Angel*, mandados por los capitanes Jones y Prowse. A su salida de Martinica el capitán Preston destruyó la principal población en Puerto Santo y varias aldeas, como castigo de la crueldad y traición con que habían tratado al capitán Harvey y á su gente. Después de descansar las tripulaciones en Dominica, se hicieron á la vela el 14, pasaron frente á Granada, tocaron en los Testigos, y fondearon á alguna distancia de la Tierra firme española. El 19 en la noche, enviaron los botes á la isla de Coche, donde capturaron algunos españoles con sus esclavos y pocas perlas. Allí permanecieron hasta el 21 en que siguieron rumbo hacia las costas

1 HAKLUYT.—History of the West Indies, etc., etc.—1612. SOUTHEY.—Chronological history of the West Indies.—1827.

de Cumaná donde tropezaron con dos botes volantes de Middlebourgh, que había prevenido de la aproximación de la escuadra á los españoles Estos enviaron á Cumaná un parlamentario con bandera blanca, para decirles que habían trasladado todas sus riquezas á los montes, y que los ingleses podían destruir la ciudad si querían, sin que los habitantes les hiciezen ninguna oposición; pero que si optaban por no desembarcar ni quemar la ciudad, les darían un rescate razonable y les proveerían de cuanto necesitasen. El capitán Preston convino en ello y después de recibir el rescate el 23 de mayo, se hizo á la vela para Caracas, en cuyas costas desembarcó sin ninguna oposición, cerca de una legua de distancia, al Oeste de la ciudad, tomando posesión de la fortaleza. Entonces subió la montaña con gran trabajo, teniendo que abrirse camino con sus cuchillos, en muchos lugares. Por la noche, hicieron alto cerca de una aguada y á las 12 del día siguiente, 29 de mayo, llegaron á la cumbre del cerro.

"Habiéndose desmayado algunos hombres en el camino quiso el capitán Preston detenerse, para dejar que se repusiera su gente; pero la niebla acompañada de lluvia le obligó á bajar hacia la población de Santiago de León, la cual ocuparon á las tres de la tarde, después de un pequeño tiroteo. En Santiago de León estuvieron hasta el 3 de junio; pero no pudiendo acordarse con los españoles en el rescate, quemaron la población y las aldeas vecinas y retirándose por el camino real, llegaron á sus buques en la mañana del 4, habiendo pasado cerca de una fortaleza del camino, que les hubiera impedido la subida si hubieran intentado hacerla por este lado.

"El capitán Preston preguntó á un español que vino á tratar con él, en León, sobre las condiciones del rescate ¿cómo era que sus compatriotas

dejaban una población tan bella sin rodearla de una fuerte muralla?—á lo que contestó el español, que ellos creían que su ciudad estaba guardada por murallas más fuertes que cualesquiera otras del mundo, aludiendo á las altas montañas.

"El día 5 el capitán Preston se dió á la vela siguiendo el rumbo de las costas de Coro, en las cuales incendió algunas chozas y tres buques españoles y el 9 desembarcó á dos leguas al Este de Coro, donde murió el capitán Prowse. El 10 entró la flota en la bahía y desembarcando de noche los hombres, marcharon éstos sobre la ciudad. El 11 tomaron por asalto una barricada y al siguiente dia entraron en la ciudad; pero no encontrando qué saquear, la quemaron y regresaron á sus bajeles. El 16 se dirigieron á la Española y fondearon el 21 bajo el cabo Tiburón, donde tomaron agua. Para esta fecha habían sucumbido, víctimas de la disentería, 80 hombres y otros más estaban enfermos. El 28 dejaron la isla y el 2 de julio arribaron á Jamaica: antes de la llegada á esta isla se habían separado del convoy los tres buques de Hampton y el *Darling* capitán Jones. El 6 pasaron por los Caimanes; el 12 por Cabo Corrientes, donde tomaron agua; dieron en seguida vuelta al Cabo Antonio y el 13 tropezaron con sir Walter Raleigh de regreso de su expedición á la Guayana, en cuya compañía estuvieron hasta el 20 en que siguieron al banco Terranova, para continuar á Inglaterra donde llegaron al puerto de Milford Haven, el 10 de setiembre."

Queda fijado en vista de esta relación que el verdadero filibustero que saqueó á Caracas en 1595, no fue Drake, como aseguran Oviedo y Baños y todos los historiadores y cronologistas modernos, sino el capitán Amyas Preston, uno de los aventureros de aquella época de fechorías.

Como un apoyo más á cuanto hemos dicho,

léase lo que dice Kingsley al hablar de Amyas Leigh, durante la estada de este marino en las aguas de La Guaira en 1583. "Los capitanes Amyas Preston y Sommers, con una fuerza muy reducida, pero mayor que la de Leigh, desembarcaron donde no se atrevió éste á hacerlo; y al atacar la fortaleza del puerto, supieron como Leigh, que se esperaba su llegada y que el paso de la *Venta*, á 3.000 pies de altura, en el camino de la Cordillera había sido fortificado con barricadas y cañones. A pesar de esto, los aventureros de Preston ascienden á aquella altura, paso á paso, en medio de la lluvia y de la niebla. Llega un momento en que los soldados caen y piden la muerte de manos de sus oficiales, pues era ya imposible continuar. Pero así desmayados siguen, se abren camino por entre los bosques de bijaos silvestres y matorrales de rododendros, hasta que pasan por las faldas de la Silla y se presentan delante de los mantuanos de Caracas, quienes al verlos, quedan atónitos. Después incendian la ciudad por falta de rescate, y regresan triunfantes por el camino real." (1)

No sé si viven algunos descendientes de aquellos valientes capitanes, agrega Kinsley; pero si existieren, pueden estar seguros de que la *historia naval de Inglaterra no relata hecho más titánico, efectuado contra la naturaleza y contra el hombre, que aquel ya olvidado, de Amyas Preston y su compañero Sommers, el año de gracia de* 1595.

---

1 KINGSLEY.—Westeard-ho!



DOS GLADIADORES MARINOS

—

SILUETA DE LA GUERRA Á MUERTE

—

Al Oeste de Cumaná, entre el hermoso puerto de Mochima y el golfete de Santa Fe, en la ensenada que se dice del Tigrillo, existe un grupo de tres islas que, desde muy remotos tiempos, llevan el nombre de Las Caracas. La del centro y la más occidental, las llaman Caracas del Este y del Oeste, mientras que la más oriental del grupo, lleva el nombre de Venados. Sitios históricos llenan esta región de la costa venezolana, desde los días de la conquista, cuando la codicia armada no respetó fueros ni tuvo compasión de los pobres y pacíficos moradores que poblaban aquellos lugares; pero también allí, en las costas del golfo de Santa Fe, levantaron los misioneros del Evangelio, uno de los primeros templos del Catolicismo, al comenzar el siglo décimo sexto. Al Oeste, está la costa barcelonesa, que nos habla del pueblo Cumanagoto, de Cerpa, de Hurpin, de los misioneros Observantes; al Este, aquella Cumaná, la primogénita del Continente, siempre altiva, porque fue siempre

heroica, hasta en su desgracia, y dio á la historia hombres célebres que son timbre de la patria americana.

Cuando el viajero que, por la primera vez, visita estas costas, pregunta á los indios cumanagotos por algunas de las islas de Las Caracas, halla siempre quien le relate la historia de aquel duelo famoso que tuvo efecto en Punta Gorda, al extremo occidental de Venados. Allí lucharon cuerpo á cuerpo dos gladiadores marinos, en abordaje singular. En el momento en que uno de los esquifes se hunde, cae uno de los atletas; mientras que el otro, sin retirada posible, en campo enemigo, se lanza al mar, pero tenazmente perseguido, es asesinado sobre las olas, antes de ganar la deseada orilla. Cayó el uno sobre el puente del esquife vencedor; sucumbió el otro sobre la movible ola: fue la tumba del uno la tierra solitaria de Venados; la del vencedor vencido, la gloriosa Cumaná.

Vamos á relatar la historia de este duelo á muerte, entre rivales que por la primera vez se encontraban, se conocían, y que si no estuvieron unidos en la vida, están hoy hermanados en la gloria. Este episodio constituye uno de los más sublimes hechos de la historia de nuestra guerra á muerte, en las costas cumanesas. ¿Quiénes fueron estos pújiles de la aventura? Llamóse el uno Francisco Javier Gutiérrez; se nombró el otro José Guerrero: poca distancia separa las tumbas de estos heraldos tan desgraciados, tan admirables.

Gutiérrez, hijo de una modesta familia de Cumaná, había abrazado desde muy temprano la causa de la libertad, en unión de dos hermanos que sucumbieron en las primeras campañas de Bolívar. Dedicado á la marina, continuó prestando sus servicios, distinguiéndose por su actividad, despejo y arrojo. Francisco Javier llegó á ser

conocido y celebrado por sus triunfos, hijos de su juventud y de su fe política, en la causa republicana. Si le admiraban sus compañeros y compatriotas, admirábanle y temíanle sus contrarios, que atisbaban el momento de vencerlo. Guerrero, hijo de Cartagena, americano, por lo tanto, como Gutiérrez, se había afiliado en la causa española, la que supo siempre defender con talento y con arrojo á toda prueba. Gozaba de buen nombre, aunque los patriotas le acusaban de haber sido terrible en sus correrías por las costas del golfo de Paria en 1814. A pesar de esto, reconocían en él las dotes del marino de buena escuela, y la serenidad y denuedo suficientes para arrostrar las más grandes dificultades. En una palabra, estos dos atletas del mar se completaban. Y es hecho muy original que, sin conocerse, se temieran y se buscaran, como rivales que tuvieran algo que vengar. Y tenían en efecto que vengar: la causa política que cada uno representaba; si el uno defendía la República, el otro pertenecía á la Monarquía. El curso de los acontecimientos estrechaba las distancias entre los dos; se hacía necesario, por lo tanto, un encuentro, un choque: ambos debían escribir con sangre la historia del último episodio de la vida.

En aquellos días, 1820, Guerrero montaba el místico *Hércules*, buque muy bien guarnecido y tripulado. Lo acompañaba el esquife *Magdalena*, que de nada carecía. Gutiérrez no contaba sino con la flechera *Flor de la mar* que tenía una sola pieza de artillería; pero estaba tripulada por hombres ya adiestrados en percances marinos, y por esto la llamaban "la flechera corsaria de la República." Tal diferencia en el número y condiciones de las embarcaciones, auguraba desgracias para el jefe patriota, en tanto que el español contaba con la victoria.

La escena que vamos á narrar, habida en

las aguas de Punta Gorda, el 25 de agosto de 1820, es un brillante corolario de los importantes sucesos que tuvieron efecto en las regiones orientales, en el mismo mes. Así, el 18 de agosto se presenta en aguas de Juan Griego un bergantín danés, que venía de Carúpano y conducía multitud de hombres armados, que en la noche del 17 se habían sublevado, en este puerto, contra el gobierno español. Por favor del capitán del bergantín llegan á la isla de Margarita, donde el General Arismendi y el pueblo los reciben con demostraciones de todo género. El 24, Gutiérrez sale de Juan Griego con pliegos importantes para el gobierno de Angóstura, cuando, antes de llegar al lugar de la costa cumanesa que le indicaban sus instrucciones, avista un buque holandés cargado de víveres que se dirigía al puerto de Cumaná, capital que ocupaban las fuerzas españolas. Gutiérrez le da caza frente al puerto, y lo remite al momento á la autoridad de Margarita. En poder los patriotas de casi todos los pueblos de la provincia, los españoles no poseían sino la capital, y uno que otro lugar, donde resistían con admirable constancia, en lucha con el jefe republicano, Coronel Armario, después General, quien por medio de agentes secretos hacía llegar á las estaciones del campo español noticias, proclamas, correspondencia; todo cuanto pudiera obrar en favor de la independencia y desmoralizara la situación de los peninsulares. (1)

1 El General Agustín Armario, fue uno de los jefes más distinguidos que tuvieron los patriotas de Oriente, y una de las más puras glorias de Venezuela. Formó parte de aquel grupo de hombres admirables que, al mando de Mariño, dejan el peñón de Chacachacare, en enero de 1813, y dan comienzo por el oriente de Venezuela á la inmortal cruzada de la libertad venezolana. Ya hablaremos acerca de los jefes distinguidos de este grupo histórico, y de la suerte que cupo á cada uno de ellos, en el curso de la revolución. Armario fue uno de aquéllos. Figura al lado de Mariño, Bolívar, Bermúdez, Ribas, Mac-Gregor, Soublette, Páez, etc., en todos los hechos de armas de esta época, desde los primeros triunfos de Mariño hasta el fin de la contienda. Pero en ausencia de

Al despachar Gutiérrez el bergantín apresado continúa su viaje y deja la correspondencia en el puerto señalado. A poco, sabedor el Gobernador de Cumaná de lo que había pasado, y con la certidumbre de que la *Flor de la mar*, después de haber visitado el Ancón de Araya, seguía en dirección de la costa de Santa Fe, concibe el pensamiento de dar caza á la embarcación enemiga con la escuadrilla de Guerrero, que estaba anclada en el puerto. Había llegado el momento en que los dos rivales iban á encontrarse frente á frente.

Al llegar la tarde, todo estaba listo, y Guerrero, animado de halagüeñas esperanzas, aguardó la noche para seguir rumbo hacia el Oeste, en solicitud del temido enemigo. Horas más tarde, el *Hércules*, acompañado del esquife *Magdalena*, dejaba el puerto de Cumaná. Al amanecer del 23, como á las 9 de la mañana llegaba el convoy á las islas Caracas, sin avistarse con la flechera *Flor de la mar*. En una de las haciendas de la costa estaba Gutiérrez, en solicitud de provisiones, cuando uno de sus marinos, algo conturbado, vino á participarle la presencia de las embarcaciones. Ya lo sabía, fue la única contestación que dio á su subalterno, el impávido marino. No, no lo sabía, lo presentía, porque no ignoraba que la escuadrilla de su rival estaba anclada en aguas de Cumaná. Para hombres del temple de Gutiérrez, acostumbrados al peligro, esforzados y audaces, el presentimiento es como voz de la conciencia, y obedecen á ésta con tal celeridad y precisión, que al tropezar con las más grandes dificultades, las afrontan, con-

---

Bermúdez, en 1820 y 1821, es cuando este patricio y hábil general, desde el pueblo de San Francisco, logra con astucia introducir el desorden entre los ejércitos españoles y desmoralizar por completo jefes, oficiales y soldados, que desertan por montones, dando por resultado la completa pacificación de la provincia de Cumaná.

tando de antemano con el triunfo. El presentimiento es hijo de la práctica.

Apenas fue visto el *Hércules* con sus elevadas antenas, en la región indicada, cuando los pescadores y moradores de aquellas costas, se dijeron: "ahí está Guerrero;" de la misma manera que se habían dicho horas antes, al ver *La Flor de la mar*; "ahí está Gutiérrez." Y unos y otros iban á ser los testigos del combate sangriento que tuvo efecto en las aguas de Punta Gorda.

Al llegar Gutiérrez á la playa y ver hinchadas las velas de las embarcaciones enemigas, exclama: "Sí, es el *Hércules*, ahí está Guerrero;" queriendo decir á los suyos con estas frases: "allí están la fuerza y el valor, y hasta en el abismo lucharemos contra todo por la patria americana." Desde las embarcaciones enemigas, observaba Guerrero á la *Flor de la Mar*, cuando uno de sus oficiales se le acerca y le dice: "Mírelo, es aquél de la esclavina azul, que está cerca del cañón y trae un sable en la mano; él es, él es." Los gladiadores se habían conocido á un tiempo.

Todo estaba pronto á bordo de la flechera patriota, y la enseña tricolor ondeaba á toda brisa. Dispuesto estaba igualmente á bordo del *Hércules*, Guerrero, que se había encasquetado su gorro encarnado de combate y terciado el sable de abordaje. Escúchase el toque de zafarrancho y el *Hércules* infla sus velas. "Viva España," es como voz de mando que alerta á los marinos españoles. "Viva la Patria," responden con entusiasmo los marinos republicanos á bordo de la *Flor de la mar*, que resuelta se apresta al combate. Sobre ésta se precipita igualmente el esquife *Magdalena;* y simulando un reconocimiento, abre sus fuegos contra la piragua patriota, apoyándose sobre el místico. A poco el estruendo de la artillería del *Hércules* llena los aires, y nubes de humo envuelven á los combatientes, mientras que los pes-

cadores y habitantes de la costa, presencian atónitos el reto á muerte de los gladiadores.

La *Flor de la mar* soporta con estoica tranquilidad la lluvia de metralla y de plomo de los bajeles enemigos, y no abre sus fuegos sino en el momento en que se encuentra á medio tiro de fusil de los españoles. Al grito de "Viva la Patria," Gutiérrez da comienzo al combate, y feliz éxito corona los deseos del hábil marino. Parte de la obra muerta del *Hércules* ha quedado destrozada, y oficiales heridos ó muertos han caído. En estos momentos se hace general el combate, y en ambos bando se enardece el entusiasmo y sucumben españoles y venezolanos, cuando á bordo de la *Flor de la mar* se escucha la voz de mando de Gutiérrez que dice, "al abordaje;" y la flechera patriota se precipita sobre el *Hércules*. Las dos embarcaciones forman una sola masa flotante. Con audacia sublimada por el sentimiento patrio, pisa Gutiérrez la cubierta enemiga, acompañado de un grupo de marinos arrojados. Ante semejante hecho, más elocuente que la voz de mando, los sobrevivientes de la *Flor de la mar* quieren seguirle y se cargan sobre la banda de la flechera que estaba en contacto con el falucho, donde gravitaba igualmente el peso del cañón que había perdido su fijeza. Un balazo recibido á flor de agua sobre el mismo costado, en estos momentos supremos, hace zozobrar la embarcación republicana, que al hundirse desaparece sepultando con ella los muertos y heridos que tenía á bordo, y los marinos que aun no habían podido llegar á la cubierta enemiga. Al desaparecer, vióse flotar sobre las olas multitud de cuerpos humanos. Todo fue obra de instantes.

Desde el momento en que Gutiérrez llega á bordo del *Hércules*, Guerrero viene á su encuentro, y ambos comienzan á acuchillarse como lo hubieran hecho en remotos tiempos dos esforzados gladia-

dores del Circo romano. Por todas partes blandean sables y lanzas, y gritos de desesperación y de odio salen de ambos bandos, cuando Guerrero cae derribado por su rival victorioso. Eran los momentos en que el esquife *Magdalena*, ya en huída, viraba de bordo, y venía en auxilio del *Hércules*, con fuerzas casi frescas. Sin retirada posible, sin embarcación y en campo enemigo, Gutiérrez, victorioso, ve la muerte por todas partes, y se lanza al mar, en solicitud de la costa, ejemplo que siguieron muchos de los combatientes patriotas. Al ver los españoles moribundo á su jefe Guerrero, van en canoas hacia los fugitivos, y sobre las olas asesinan á unos y hacen prisio. neros á otros. Gutiérrez llegaba cerca de la playa cuando fue alanceado. Así desapareció el capitán de navío Francisco Javier Gutiérrez.

Los fugitivos que lograron salvarse, y arribaron á las costas de Santa Fe, fueron condenados á trabajos de obras públicas en Cumaná. En ésta se les vió cargados de hierro y de cadenas. Esto sucedía, escribió en aquel entonces *El Correo del Orinoco*, en los momentos en que se daba entera libertad á los prisioneros españoles conducidos á Margarita por los corsarios de la República.

Es muy elocuente el parte que acerca de este hecho de armas dirigió el General Arismendi desde Margarita al Vicepresidente de la República, en Angostura; dice:

"Excelentísimo señor: Después del último correo que á esta fecha debe haber llegado á esa Capital, no ha ocurrido otra novedad digna del conocimiento de V. E. sino la desgracia sucedida á la flechera corsaria particular de la República titulada *Flor de la Mar*, en el combate que tan gloriosamente sostuvo en frente de Barcelona contra un falucho y un esquife enemigos, mandados por Guerrero, que murió de un lanzazo que le dió el Comandante de la

flechera, siendo de advertir que aquéllos estaban rendidos ya con más de 40 hombres muertos, y que al momento de abordarle para tomar posesión de ella, zozobró, con cuyo accidente el enemigo se reanimó, y empezó á asesinar y recoger los que quedaron en el agua; entre los cuales cayó el mismo Comandante de dicha flechera, el benemérito señor Capitán de Navío Francisco J. Gutiérrez, y otros oficiales, á quienes dieron muerte alevosamente después de haberlos tomado nadando desarmados, al mismo tiempo que en esta Isla se daba libertad á más de cien prisioneros españoles introducidos por varios de los corsarios de la República. Omito molestar la atención de V. E. con un detal más circunstanciado de este acontecimiento, porque me hago cargo de que esta fatal noticia habrá llegado ya á sus oídos, mediante que los que se escaparon llegaron felizmente á Cumanacoa, de donde han regresado á esta Isla.

"La República ha perdido en esta jornada uno de sus mejores y más acreditados oficiales, y su muerte se hace tanto más sensible por la felonía con que fue ejecutada: los que cayeron prisioneros permanecen en Cumaná limpiando las calles con cadena y grillete al pie: semejante conducta clama venganza, y yo espero las órdenes de V. E. sobre el particular, para arreglar la mía cuando vuelvan prisioneros á la Isla. Anoche llegaron al puerto de Pampatar cuatro individuos del batallón de Clarines, que desertaron de las banderas del Rey en Carúpano para unirse á las de la Patria. Dios guarde á V. E. muchos años.—Margarita, octubre 10 de 1820.—*Juan Bautista Arismendi*—Excelentísimo señor." (1)

Antes del anochecer de aquel día luctuoso para ambos contendientes, llegaba á las aguas de Cu-

1 Correo del Orinoco de 2 de diciembre de 1820, número 87.

maná el *Hércules* que remolcaba al esquife *Magdalena.* Un trofeo llevaba á bordo: á Guerrero moribundo, que espiró á las pocas horas. Habían desaparecido dos atletas: el uno iba á recibir en Cumaná los honores del triunfo, con inusitada pompa militar: el otro, sacado de las arenas del mar que ya le cubrían, debía tan solo recibir las oraciones del corazón piadoso, los adioses y lágrimas de compatriotas campesinos, que le enterraron no lejos de Punta Gorda, en la isla de Venados.

En efecto, al amanecer del siguiente día, muchos de los testigos del combate, animados por la curiosidad, se dirigieron á Punta Gorda, con el objeto de recoger los cadáveres que flotaban sobre las olas. Después de enterrarlos, quisieron registrar la costa, y tropezaron con uno que casi cubrían las arenas del mar: era el de Gutiérrez. En presencia de tan triste hallazgo, todos oraron en silencio, sin atreverse á pronunciar el glorioso nombre que aquel muerto llevara en el mundo. De pronto uno de los concurrentes se echa á llorar, y cogiendo la cabeza del cadáver la lleva á su pecho, y le dirige frases de fraternal amistad: era uno de los amigos de Gutiérrez que con ahinco le buscaba para darle el último adiós. Entonces, tomando el cadáver, le cargan sobre sus hombros y le conducen á sitio apartado de la costa. Entre lágrimas y sollozos le entierran y elevan sobre la tierra montón de piedras que simulaba una cruz.

¿Qué sucedía horas más tarde en Cumaná con los despojos mortales de Guerrero? Con pompa fue conducido al Cementerio de Santa Inés el cuerpo de tan célebre marino. Entre las variadas ofrendas que tuvo el modesto túmulo que le levantaron sus compatriotas, sólo un epitafio perduró

por muchos años, y fue el siguiente, obra de una hija de Cumaná:

¡Murió Guerrero!.... triste, infausta suerte.
Murió venciendo con la diestra armada....
Acreditando ser hasta en la muerte,
Guerrero, por el nombre, y por la espada.

La autora de este epitafio fue la señora Doña Dolores Sucre, de la familia del Mariscal de Ayacucho. Durante la guerra de la independencia, ambos bandos políticos estuvieron representados en muchas familias venezolanas. El mismo Libertador tuvo en la suya una parienta cercana, Doña Dorotea Palacios, la cual vivió muchos años, siempre firme en sus ideas á favor de España y contra los patriotas. Y tan goda era, que ella misma decía, refiriéndose á su pariente Bolívar, que nunca le había rezado un padre nuestro, porque era de fe que á los muertos que se condenan, no les aprovechan las oraciones de los vivos; y que Simón (así llamaba á Bolívar); no podía menos de estar en los infiernos por haber fundado esta patria. Ya en otra leyenda volveremos á hablar más detenidamente de Doña Dorotea Palacios.

Hoy casi puede asegurarse que la acción del tiempo ha destruido los dos túmulos, que indicaban por muchos años los lugares donde reposan los restos mortales de los gladiadores rivales. Venció la República después que ellos desaparecieron, y nuevos triunfos alcanzó el pabellón tricolor. Sobre aquéllos ondea éste después que la gloria los hermanó en la tumba, porque ante ésta, desaparecen rivalidades, odios y venganzas. La justicia de la historia no brilla en campos sembrados de abrojos, sino á la sombra de laureles y cipreses que se entretejen y prosperan al aire libre de atmósfera pura y vivificante.

En presencia de una tumba, aquella que guarda los despojos mortales de un coloso (Napoleón el Gran-

de); y en los momentos en que éste aparecía ante el tribunal de la historia que iba á juzgarle de una manera inexorable, un autor moderno escribió:

"El tiempo trae consigo la justicia
Deja pasar la tormenta y ve crecer los laureles."

FIN DE LA PRIMERA SERIE

INDICE

ERRATAS

Página.	Línea.	Dice.	Léase.
61	36	Presioneros.	Prisioneros.
177	12 de la nota.	Al Norte de Ca-rabobo.	Al Norte de Ti-naquillo.
204	35	1819.	1820.
208	31	Entregada.	Entregado.
236	la nota.	P. Ferreros.	P. Blas Terrero
239	1ª	1753.	1759.

HISTORIA PATRIA

LEYENDAS HISTORICAS

DE

VENEZUELA

POR

ARISTIDES ROJAS

2

SEGUNDA SERIE

CARACAS

IMPRENTA Y LITOGRAFIA DEL GOBIERNO NACIONAL

1891

Con el presente volumen, que es el segundo de nuestras "Leyendas Históricas de Venezuela," comienza la serie de las diversas obras referentes á la Historia patria que bajo los auspicios del Gobierno Nacional daremos á la estampa, de acuerdo con el contrato celebrado por el Ministro de Fomento con el autor.

INTRODUCCION

Seis meses van á cumplirse de haber dado á la estampa la primera serie de nuestra colección de LEYENDAS HISTÓRICAS DE VENEZUELA. La buena acogida que el público y la prensa, dentro y fuera de Venezuela, han dispensado á este espécimen de una obra que alcanzará á cuatro ó cinco volúmenes más, nos ha animado á llevar á término el pensamiento que precedió á la publicación de ella: el de ofrendar á la patria con cuantos trabajos históricos, publicados é inéditos, poseemos respecto de la historia de Venezuela. Después de haber dado á conocer en la prensa venezolana, durante veinte y cinco años, muchas de nuestras lucubraciones en folletos, revistas, diarios, libros, etc.; de haber visto reproducidas

y con elogio, muchos de aquéllos por la prensa de ambos mundos, y recibido honores y distinciones de las cuales no se hace gala á nuestra edad, juzgamos que había llegado el momento de ofrendar nuestras labores á la patria que nos vió nacer, objetivo brillante de nuestras más nobles aspiraciones.

Para desarrollar nuestro propósito pedimos al Presidente de la República, Doctor Raimundo Andueza Palacio, que nos concediera permiso para explanarle nuestras ideas; permiso que con graciosa galantería nos fue concedido. En presencia del Poder Ejecutivo donde había miembros de la Academia de la Historia y de la Academia de la Lengua, hijos de próceres y hombres de servicios prácticos á la causa republicana y al desarrollo de la instrucción pública, dijimos lo que en síntesis elevamos más tarde al Ministro de Fomento.

Al descender la pendiente de la vida, agregamos, con el corazón en paz y el espíritu libre, nos enaltece el pensamiento de ofrecer al Gobierno de Venezuela, representado por ciudadanos tan conspícuos, y como ofrenda que hacemos á la patria venezolana, todos los trabajos históricos, inéditos y publicados de nuestra laboriosa vida, durante los últimos veinte y cin-

co años, y cuanto más elaboremos antes de bajar á la tumba. Estudios históricos, orígenes históricos, leyendas, crónicas, biografías, noticias críticas, literatura de nuestra historia, rectificaciones, cuanto pueda redundar en gloria del patrio suelo lo ponemos á disposición del Gobierno. Después de haber tratado con una gran porción de los principales próceres de nuestra independencia, estudiado, con constancia digna de elogio, los archivos públicos y privados, adquirido cuanto constituye el tesoro inagotable de la literatura de la historia de Venezuela desde los cronistas hasta las publicaciones del momento, en español y varios idiomas, era natural que antes de ofrendar á la patria, diéramos muestra de tantos trabajos durante el período indicado. (1)

---

1 Aspiramos á dar á la estampa, de acuerdo con el contrato celebrado con el Ministro de Fomento las siguientes obras:

ESTUDIOS HISTÓRICOS—ORÍGENES VENEZOLANOS—2 volumenes

ESTUDIOS INDÍGENAS—2 volumenes.

HUMBOLDTIANAS—1 volumen.

LEYENDAS HISTÓRICAS DE VENEZUELA—5 ó 6 volúmenes.

SILUETAS DE LA GUERRA Á MUERTE—1 volumen.

LITERATURA DE LA HISTORIA DE VENEZUELA—1 volumen.

REVOLUCIÓN DE 1810—1 volumen.

En este camino departimos y desarrollamos nuestras ideas en presencia del Presidente de la República y de su Gabinete.

El Gobierno tuvo á bien aceptar el ofrecimiento y disponer la publicación de los diversos volúmenes, en los términos que constan en documentos conocidos del público. Aplaudió la idea el Gobierno presidido por el Doctor Andueza Palacio; aplaudióla el Consejo de Estado, con elogios que nos enaltecen; aplaudióla la prensa venezolana que siempre nos ha favorecido, y aplaudiéronla igualmente los órganos de la prensa hispanoamericana, que con frecuencia nos saluda desde remotas playas con expresiones de fraternal cariño. Sea éste el momento de manifestar nuestro público agradecimiento al digno Presidente de Venezuela y á su ilustrado Gabinete por tan mar-

---

CORRESPONDENCIA INÉDITA DE BOLÍVAR—con notas ilustrativas—1 volumen.

CARACAS—1 volumen—(Esta obra comprende la historia de la capital, de sus transformaciones, de su desarrollo, costumbres, anécdotas, etc. etc.)

FOLK-LORE VENEZOLANO—1 volumen—(Esta obra abraza la historia del pueblo venezolano desde los remotos tiempos indígenas: familia, creencias, usos, costumbres, tradiciones, supersticiones, sentencias, adagios, refranes, dichos, canciones populares, corridos, etc., etc. etc.)

cada prueba de distinción, y también al Consejo de Estado, á la prensa venezolana y á la extranjera, por sus frases de amistoso aliento. Y sea todo esto timbre de generosa recompensa patria, que aceptamos con orgullo antes de llamar á las puertas de la tumba.

Ya en 8 de noviembre de 1889, el Doctor Juan Pablo Rojas Paúl, á la sazón Presidente de la República, al inaugurar en sesión solemne la *Academia Nacional de la Historia* que creó por decreto de 28 de octubre de 1888; al recorrer en su discurso las diversas publicaciones históricas conocidas en Venezuela, nos obsequió con los siguientes conceptos que nos enaltecen:

"Hay, en efecto, muchos estudios de biografía, de crítica histórica, costumbres y ciencias sociales, hechos militares y administración política y fiscal, de un mérito inapreciable, y sin los cuales no se puede escribir la historia. Y, para no citar más que un ejemplo, diré que las investigaciones del Doctor Arístides Rojas sobre historia patria, orígenes de nuestra literatura y tradiciones populares, lenguas indígenas y antigüedades venezolanas de todo género, son suficientes,

por sí solas, para que la patria se enorgullezca de tal hijo." (1)

En la primera serie de estas leyendas, en los diversos cuadros que aquélla comprende, hemos narrado acontecimientos de varias épocas: la conquista, la colonia, la lucha de la independencia. El mismo método hemos seguido en ésta. Así comenzamos con la historia del filibustero Gualterio Raleigh, de cuya primera expedición en 1595, nada conocieron los cronistas Fray Simón y Caulín, aunque sí la segunda de 1616. En la historia de Bolívar hemos querido detenernos en cuanto se refiere á su niñez, á su primera juventud, para seguir casi un orden cronológico. Los pormenores de la vida íntima de este grande hombre, serán de mucho interés á los futuros historiadores de América, quienes en vista y estudio de interesantes incidentes, podrán apreciar ciertos hechos y juzgar aquella grandeza, sin menoscabar sus glorias, sin empequeñecer su genio.

Nos hemos detenido en relatar sucesos ya políticos, ya religiosos, verificados

(1) Discurso del Doctor Juan Pablo Rojas Paúl. etc, etc.

durante el último siglo. El apostolado del obispo Diez Madroñero que hasta hoy ha pasado inadvertido, lo presentamos á nuestros lectores, con todas las conquistas y propósitos que animaron al célebre pastor. El hombre que dio comienzo á la estadística venezolana, al alumbrado público, que desarrolló el culto católico, enterró costumbres inmorales y acabó con el carnaval de su época, no puede pasar como un espíritu vulgar, sino como un reformador.

En las dos series publicadas de estas leyendas figuran siete cuadros de los que hemos bautizado con el título de SILUETAS DE LA GUERRA Á MUERTE. Estas muestras darán idea del volumen que llevará el título indicado.

En los cuadros ya conocidos que figuran con los títulos de VILLAPOL, LOS HERMANOS MUÑOZ TÉBAR, hemos querido sintetizar hechos que levantan de la tumba á ciertos hombres esclarecidos de una época inmortal. Hoy continuamos con el cuadro de LOS HERMANOS SALIAS, y así llegarémos á enaltecer ciertos hechos, y á realzar nobles figuras, casi olvidadas.

La obra que seguirá á la segunda serie de las Leyendas lleva el título de ESTUDIOS HISTÓRICOS, ORÍGENES VENE-

ZOLANOS, en dos volúmenes, los cuales esperamos que estén impresos para fines de año. Ofrecida por nosotros la dedicatoria de este trabajo al ilustrado Presidente de la República, ha tenido á bien honrarnos con su aceptación.

Caracas: 30 de mayo de 1890.

ARISTIDES ROJAS.

SIR GUALTERIO RALEIGH

—

¡Qué siglo aquél que abre la éra actual con el descubrimiento de América y remata con la muerte del lúgubre monarca que bautizaron sus contemporáneos con el nombre de *El Demonio del Mediodía!* Es una tempestad no interrumpida de pasiones, de intereses, de creencias, donde campean con luces infernales la codicia, la crueldad, tropelías de todo género; resultado de luchas dinásticas y de guerras civiles y religiosas. Y en medio de tanta desolación, dilátanse los mares, surge el Nuevo Mundo con su continente coronado por los polos del planeta, y aparecen las conquistas de la ciencia, del arte y de las bellas letras, como luminarias de esta noche prolongada de las pasiones humanas!

Julio II y León X, magnos pontífices, Mecenas del arte, son como las grandes etapas de aquel campo de alturas ya brillantes, ya sombrías, que conoce la historia con los nombres de Fernando é Isabel, de Carlos V, de Francisco I, de Solimán II, de Gustavo Wasa, de Enrique IV, de Enrique VIII, de Felipe II y de Isabel de Inglaterra. Ta-

les fueron los principales actores de las luchas dinásticas y de las guerras religiosas que llenaron los años del siglo décimo sexto. Acá las familias de los Médicis, Orsini, Farnesio; más allá las de los Borgia y Doria; aquí las de los Guisa y Orleans; allí las de los Estuardos y Tudor. Acá la República de Génova, y más allá las de Florencia y Venecia. Aquí la Reforma; allí la Inquisición; San Quintín, Lepanto, Pavía, la destrucción de la invencible Armada.... son los campos fulgurantes de este cuadro sorprendente del siglo décimo sexto.

Y como tras de lo efímero está lo perdurable, y tras de las conquistas políticas la obra de Dios representada por la ciencia y por el arte, reyes y dinastías, familias y pueblos desaparecen para dar entrada por la luminosa puerta del porvenir á Copérnico, á Miguel-Ángel y á Tasso; á Rafael de Urbino y á Ariosto; á Leonardo de Vinci y á Camoëns; al Ticiano, á Maquiavelo, á Bembo, á La Bruyère y á Shakespeare; á Lutero, á Calvino y á Ignacio de Loyola; á Colón, á Magallanes, á Del Cano; á Cervantes, en fin, y á Garcilaso, San Juan de la Cruz y Santa Teresa, á Herrera y Lope de Vega y á la pléyade de los ingenios castellanos que sobrevivieron y eclipsaron á los políticos de su época, dejando gloria inmarcesible en los anales de la madre España.

Esto pasaba allende el Atlántico, mientras que aquende la devastación arrasaba la dilatada zona que baña los grandes océanos del planeta. ¡Cuántos horrores llenan la conquista castellana, después de la muerte de Colón en 1506! Al surgir el Nuevo Mundo, el equilibrio de la sociedad europea desaparece, y la codicia, apoderándose de los pueblos, los precipita á fatal destino cual aristas lanzadas por el huracán. La honda de sangre comienza á

llenar las costas de la Española y del continente; sigue en solicitud de los valles, de las sabanas, de las mesas; asciende á las altiplanicies hasta alcanzar las cimas nevadas de los Andes. Los hipántropos de Castilla, en su incursión desde las orillas de los océanos hasta los volcanes más elevados de la tierra, no fueron los fundadores de la civilización hispanoamericana, sino los zapadores del continente, inconscientes maniacos, buscadores de "El Dorado," con el corazón y el espíritu sostenidos por la codicia: sólo así pudieron centuplicar sus fuerzas, sufrir hambre y enfermedades, luchar contra la naturaleza. Hombres ó hipántropos, atletas ó héroes; todos feroces, todos sedientos, representan la noche prolongada de América, con sus ejércitos de espectros y fantasmas: los alucinados que sacrifican pueblos indefensos, que asesinan á los reyes y sacerdotes de la civilización prehistórica de América, que saquean los templos y cavan los sepulcros para apoderarse de los ídolos de oro. Y después.... los osarios blanqueados por el tiempo, como deja el temporal en la dilatada playa los despojos de la industria y del hombre, después de la noche de naufragio.

Pero, tras esta noche tan prolongada, ¿no vendrán la ciencia y el arte, y las conquistas apacibles de la industria humana, en su faena constante? Tras esta noche vendrá la Cruz del Calvario, que fecundiza los campos desolados, bañados de sangre; que da aliento á la familia errante, sin pan y sin hogar; que atrae á sus pies á todos los desheredados de la fortuna y extiende sus brazos como amparo y fuerza á todos los que lloran, á todos los que sufren y esperan.

En Venezuela, la epopeya de "El Dorado" comprende los horrores cometidos durante los no-

venta primeros años, después de la salida de Colón de las costas de Paria en 1498. Ordaz, Ortal, Cedeño, Vera, Vides, Zerpa, Berrío, en las regiones orientales; y Alfinger, Federmann, Spira y Hutten en las regiones de Occidente; éstos y otros más constituyen los zapadores, visionarios buscadores de "El Dorado" en la dilatada región que baña el Orinoco y sus numerosos tributarios. Cuando, después de medio siglo de tropelías, la idea de "El Dorado" parecía sepultada para siempre, nuevos hombres, víctimas de la cruel epidemia, aparecen en las costas venezolanas, como otros tantos espectros de la codicia, en solicitud de oro y de aventuras. Los primeros misioneros en las costas orientales de Venezuela desaparecen, víctimas de los conquistadores, durante los primeros veinte años de la carnicería, y los que, muchos años más tarde, como nuncios de paz, asoman en las regiones del Orinoco, son víctimas del odio caribe. Pero al concluir este siglo de aventuras fabulosas y de crímenes inauditos, aparece en aguas de Paria, en los últimos años del reinado de Isabel de Inglaterra, el tipo esbelto de los soñadores de "El Dorado." Historiador, poeta, favorito de poderosa reina, filibustero de grande aliento, RALEIGH, sella á orillas del gran río que guardaba las riquezas de "El Dorado," la época de los soñadores castellanos y alemanes, á la cual debía suceder la azarosa de los piratas, aquellos que iban á saquear los pueblos y la riqueza aglomerada por España en los centros más notables de su comercio, á orillas de los dos más grandes océanos de la tierra.

¿Qué nombre llevará este siglo, á proporción que las conquistas modernas acaben de civilizar los pueblos aun salvajes del África, del Asia y de la Oceanía? Allende el Atlántico, será el siglo de las

luces y del arte, de Carlos V y Francisco I. Será para los ingleses el siglo de Shakespeare y de Isabel, y para los italianos el de Julio II y León X, de Miguel-Ángel y de Rafael. Para nosotros, americanos, será el siglo del descubrimiento de América y de Colón; el siglo de los hipántropos de Castilla y de la conquista de "El Dorado."

En cierto día del mes de marzo de 1595, en la época en que Antonio de Berrío, uno de los visionarios de "El Dorado," gobernaba la Guayana española y se hallaba establecido en la isla de Trinidad, aparece en las costas de ésta una flota inglesa que ancla en aguas de San José de Oruña, lugar donde residía el Gobernador. Impotente la guarnición para defenderse contra los invasores, se rinde al primer embate, cae prisionera con Berrío á la cabeza, siguiendo á este hecho el incendio de San José, después de haberse puesto en libertad á muchos caciques que vivían, hacía largo tiempo, cargados de cadenas. Tanto éstos, como los que horas antes, en diversos lugares de la costa, habían ido á bordo, como aliados de los invasores contra los castellanos, formaban cortejo á los filibusteros. A poco, la escuadrilla siguió rumbo hacia el caudaloso Orinoco. Ya para este día se habían unido á la flota dos embarcaciones más.

¿Quiénes eran estos invasores que entraban á sangre y fuego y se imponían por la fuerza á los débiles pobladores de aquella comarca? Al frente de ellos figuraba un hombre esbelto que frisaba en los cuarenta años. Era el tipo de esos héroes de novela que cautivan la imaginación por el talento,

el valor, la astucia y el atrevimiento. Seductores, ilustrados y en posesión de un carácter que parece levantarlos y aun sublimarlos en la realización de grandes designios, mueren casi siempre, después de alcanzar gloria efímera, en el abandono ó en el cadalso. Era uno de los más esforzados héroes de la aventura, el más constante y agraciado de los soñadores de "El Dorado:" SIR GUALTERIO RALEIGH, que venía á coronar con su presencia en las aguas del Orinoco, las locuras de un siglo. Castilla y Alemania, con sus reyes católicos, y Carlos V habían comenzado la conquista de "El Dorado" en Venezuela; RALEIGH con sus aventureros, remataba la obra.

No soñaron Ordaz, Ortal ni Cedeño; Zerpa, Vides, Vera ni Berrío, estos principales zapadores de la región oriental de Venezuela; ni Alfinger, Federmann, Spira, Hutten, estos otros zapadores de la región occidental; no soñaron que, al rematar el siglo en que ellos rivalizaron con tanto heroísmo en titánica lucha contra los hombres y contra la naturaleza, un nuevo Apolo, el valido afortunado de una reina poderosa, un escritor de aliento, poeta é historiador, marino y hombre de Estado, vendría, aventurero como ellos, y como ellos codicioso, a realzar con su presencia el delta donde iba á resumir un siglo de aventuras, de prodigios, de locuras y de quimeras, para morir más tarde, valeroso como había vivido, y arrepentido ante el infortunio, cuando, sereno y digno, pone sobre el leño fatal la hermosa cabeza, que fué cortada por el verdugo de la Torre de Londres.

¿Quién era este RALEIGH, este hermoso visionario que aparece en són de guerra, en el delta del viejo Orinoco, que impasible admira al loco au-

daz y temerario que quiere forzar el paso destinado á los heraldos que aguardaba el tiempo y tenía en mientes la Providencia? Nunca, en la historia de las Naciones, se había encendido un odio más sostenido que el que se juraron España é Inglaterra, cuando ésta quiso despojar á la primera de su conquista de América y sus posesiones de Europa, durante los últimos años del siglo décimo sexto. Si astucia desplegó Felipe II, con astucia contestó siempre Isabel de Inglaterra. Tan sangrienta lucha debía terminar con la muerte de ambos Soberanos: Felipe muere en 1598 y á poco desaparece Isabel, en 1603.

Los últimos cuarenta años del reinado de esta Soberana constituyen la época terrible de los titanes del Océano: Hawins, Drake, Lancáster, RALEIGH y mil más, los precursores de Nelson, son los temidos piratas que conmueven las islas y costas de ambos mundos. Pero en esta lucha, que pudiéramos llamar oceánica, sólo dos atletas alcanzan triste celebridad: Drake, el filibustero inexorable que aniquila los centros de la riqueza española aglomerada en América, y aquel SIR GUALTERIO RALEIGH, valido de Isabel de Inglaterra. Como Jefe, Drake no tuvo á Venezuela por teatro de sus aventuras, aunque como subalterno del Capitán Hawins, comerció con las costas de Margarita y Curazao en 1568. (1) En cuanto á RALEIGH, éste visitó el

1 El Capitán Hawins que había comenzado el comercio de africanos desde 1563, dejó algunos en Burburata en 1565. En 1568 visitó á Margarita y Curazao y traficó con los habitantes de estas islas. En este viaje le acompañó el jóven Francisco Drake que mandaba la *Judith*. Por lo demás, Drake no figuró durante su terrible carrera en las costas venezolanas. Los primeros marinos ingleses en las costas de La Guaira, cuando no existía por puerto sino Caraballeda, fueron los her-

delta del Orinoco en 1595, llegando, en su segunda expedición, en 1618, hasta Angostura.

GUALTERIO, hijo de distinguida y antigua familia, había nacido para héroe de aventuras. La belleza varonil de su persona, su talento, su gracia en el decir, sus modales insinuantes y cultos, y ese dón que da la naturaleza á ciertos seres, fuerza misteriosa que parece sostenerlos en los trances más difíciles de la vida, todo le daba á GUALTERIO ascendiente no sólo en las conquistas de amor, en las galanterías sociales, sino igualmente en las intrigas políticas. Militar, marino, poeta, escritor galano, viajero, diplómata y legislador, de todo tenía y en todo sobresalía. Su vida fué una serie de triunfos y de reveses, de subidas y caídas, desde su época de estudiante en la Universidad de Oxford, sus primeros triunfos en la marina y sus amores con la reina Isabel, hasta el último de su vida, en que toma con sus manos el hacha fatal y discurre en presencia del mortífero instrumento acerca de las vanidades y miserias de este mundo.

A los diez y seis años deja los estudios y comienza su azarosa carrera, tan variada en incidentes de todo género. Durante cinco años sobresale bajo las órdenes del almirante Coligny, y más tarde bajo las del príncipe de Orange contra los españoles. Comienza sus viajes al Nuevo Mundo desde 1579.

---

manos Leigh, en 1585 ó 1586; viaje que proporcionó argumento al célebre novelista Kingsley para su novela intitulada: *Westward-ho.*

Al regresar del primero, acompaña á las fuerzas inglesas contra la rebelión de Irlanda, y contrariedades del momento le obligan á quejarse oficialmente de cargos injustos que le hacía una de las autoridades de la isla. Por intervención de una parienta suya, amiga de la reina, GUALTERIO obtiene la gracia de defenderse delante del Consejo y en presencia de la Soberana. Aquella osadía de querer defenderse personalmente, arranque fue de su genio y prueba de la conciencia de su fuerza. El día en que tal suceso tiene efecto, GUALTERIO, al presentarse en reunión tan selecta, llama la atención por su garbo y compostura, por su belleza varonil llena de gracia, expresiva y atrayente. Habla, se defiende, relata los hechos con verdad y elocuencia, y todas las miradas se fijan sobre el gallardo oficial. Enamórase la Soberana de GUALTERIO y le nombra uno de los Capitanes de su guardia. El afortunado mancebo había, por una de tantas casualidades, tropezado con la escala que debía servirle para llegar á las altas cimas de la gloria. Desde aquel momento, GUALTERIO quiere probar fortuna, y se aventura á rivalizar con los más renombrados favoritos de la Soberana. Si en el corazón de la reina ardía la llama del amor, en el corazón del poeta la esperanza había nacido con alas.

En cierta mañana de primavera en que Isabel, como lo hacía de costumbre, paseaba por las avenidas del parque real, en compañía de las damas y caballeros de la corte, tropieza con un pedazo de terreno algo encharcado á causa de la lluvia que había caído durante la última noche. La reina se detiene, como temerosa ante aquel obstáculo inesperado, cuando GUALTERIO, en vista de la vacilación de su Soberana, se desabrocha la rica capa, espléndidamente bordada, al estilo de la época, la

cual estrenaba en aquel día, y la extiende sobre el charco para que la soberana de su corazón pasara sin humedecer su delicado calzado. GUALTERIO acababa de declararse en presencia del lucido séquito de Isabel, que supo corresponder con sonrisas y con hechos la galantería del esbelto Capitán.

Y no quedó en esto la declaración de GUALTERIO, que cuando semanas más tarde el amor elocuente le impelía á declararse con más éxito á la Soberana de Inglaterra, supo hacerlo de una manera tan delicada como expresiva.

Hallábase RALEIGH, en cierto día, cerca de una de las ventanas del palacio, cuando percibió que la reina lo observaba. No fue necesario más para que el poeta, ayudado de una punta de diamante, escribiese sobre el cristal de la ventana el siguiente verso:

"Fain would I climb, but that I fear to fall"
"Bien quisiera subir, mas me da miedo"

La reina, llena de curiosidad, quiso leer lo que había escrito el hermoso poeta cortesano, y con otro diamante contestó en el mismo cristal:

"If the heart fail thee, do not climb at all"
"Pues si te falta el ánimo, no subas"

El amor de GUALTERIO había encontrado eco en el corazón de Isabel: ambos se amaban. Pocos escaladores, dice un historiador inglés, fueron tan valientes y afortunados, en su ascenso á la gloria y á la fortuna, como RALEIGH; pues, aunque sus gracias y atractivos podían cautivar la imaginación de la Soberana, no habría alcanzado la intimidad de ésta, si ella no hubiera reconocido los grandes méritos intelectuales del cortesano. (1)

1 *Agnes Strickland.*—Lives of the queens of England—London, 8 vols. in 8º—1851.

Desde aquel instante, RALEIGH entra á figurar no sólo como rival de Essex, de quien triunfa, sino igualmente como militar, político, diplómata y marino: fue una de las eminencias de su época. Isabel le comisiona cerca de algunos personajes ingleses. Más tarde GUALTERIO comienza la colonización de la Virginia y regala al Viejo Mundo dos plantas americanas: la papa y el tabaco. Cuando llega el momento en que fuerzas inglesas deben restaurar en 1589 á Don Antonio en el trono de Portugal, en este triunfo figura RALEIGH, ya aplaudido de las naciones europeas por la excelencia de sus méritos aquilatados, que le proporcionan un puésto en el Parlamento.

Mas llega un día en que RALEIGH, tan favorecido por la fortuna, debía sufrir gran revés. Abusando, en 1591, de la fuerza de sus atractivos y olvidándose de la gratitud que debía á la Soberana que tantos honores le había dispensado, el valido enamora á una de las damas de honor de Isabel y le corta su porvenir; y aunque con ella se casa, la reina lanza á ambos de palacio y encarcela á GUALTERIO, durante dos meses. El valido había perdido la estima de su protectora; peró tal situación no podía ser sino transitoria: el favorito había echado tantas raíces, que difícilmente podían derribarle los más temidos huracanes. No se desalienta GUALTERIO y dejándose llevar de la imagen halagadora de "El Dorado," piensa en la explotación de éste, da riendas á su numen poético, se trasporta con el pensamiento á la ciudad de Manoa que guardaban los mil tributarios del majestuoso Orinoco, y crée contemplar sus ricos edificios y las innumerables maravillas de oro, obra de artífices indianos. Tales ideas encuentran partidarios, la prensa las patrocina, el mito toma grandes proporciones;

en fin, en 1595, aparece el Jefe de los nuevos argonautas: es GUALTERIO RALEIGH, que cruza el Atlántico y se dirige á las costas venezolanas en solicitud de "El Dorado," y de cuyo arribo á las aguas de la isla de Trinidad vamos á hablar.

RALEIGH dejó las costas de Inglaterra el 6 de febrero de 1595. Componíase su pequeña flota de cuatro embarcaciones, que en el caso de separarse por causa de cualquier accidente, debían reunirse en las costas de la isla de Trinidad. El 17 llegan los expedicionarios al grupo de las Canarias, donde GUALTERIO aguarda durante ocho días al Capitán Amyas Preston, que asociado al Capitan Sommers estaba al frente de un convoy compuesto de seis embarcaciones encaminadas hacia las Antillas y las costas venezolanas. (1)

1 Cuando Raleigh llega á las costas venezolanas en marzo de 1595, Preston y Sommers no habían salido todavía de las costas inglesas. Estos llegaron á Dominica el 8 de mayo y durante el mes atacaron á Cumaná y después á Caracas y Coro, en lo restante de mayo y días de junio. El 2 de julio llegan á Jamaica. El 13 tropiezan con Sir Gualterio Raleigh que regresaba de su viaje á Guayana. Le acompañan, durante veinte días, y siguen á Inglaterra, á donde llegan el 10 de setiembre. De manera que, cuando el amigo y compañero de Raleigh, Capitán Amyas Preston, saqueaba á Caracas en los primeros días de junio, y en seguida las costas de Coro, todavía Gualterio no había dejado la región del Orinoco. Si nos detenemos sobre estas fechas es para afianzar más y más, lo que ya en otra leyenda hemos probado: que el famoso filibustero Francisco Drake no fué el que saqueó á Caracas en 1595, sino otro filibustero, el Capitán Amyas Preston, en los días en que Gualterio Raleigh buscaba "El Dorado" en el Orinoco.

Dejamos á GUALTERIO en dirección del delta orinoquense, llevando á bordo al Gobernador Berrío y á un grupo de caciques de Trinidad y del Orinoco, enemigos éstos de España y aliados, por el momento, de los filibusteros ingleses. GUALTERIO se encontraba entre dos fuerzas. Por una parte, Berrío que iba á relatarle la historia de "El Dorado" y lo que habían hecho sus predecesores durante un siglo; y ya se comprende que estaba en el interés del Gobernador exagerar los hechos, describir á lo vivo la ciudad de Manoa, ponderar las riquezas del Orinoco, y aun hablarle de minas de piedras preciosas; logrando así enloquecer al experto Jefe de los expedicionarios. Por la otra parte, GUALTERIO había comenzado á ser el confidente de los caciques indios, al ponderarle éstos las tropelías y crueldades que contra ellos ejercían los castellanos. Mas tras estos relatos de pasadas desgracias, ellos iban á exagerar la abundancia, en todas partes, del rico metal, y la existencia de la ciudad de Manoa, á la cual no podía llegarse á causa del invierno, que desbordaba los ríos é imposibilitaba el tráfico por en medio de las selvas.

Al verse GUALTERIO con todas las embarcaciones de su pequeña flota que mandaban capitanes expertos y entusiastas, llama al intérprete indígena que había traído de Londres, para que tradujera ante los caciques reunidos en la nave capitana, los siguientes conceptos: "Soy el servidor de una poderosa reina, allá en el Norte, que tiene más caciques bajo su mando que árboles esta isla. Enemiga de los tiranos españoles, ella ha redimido todos los pueblos limítrofes y libertado de semejante esclavitud las regiones más remotas del mundo." En seguida GUALTERIO toma el retra-

to de Isabel y se lo presenta á los caciques, quienes, en su ignorancia, lo admiran y besan, y aun quieren rendirle adoración. Desde aquel día, los caciques decían en su lengua: *Ezzabeta cassipuna, Acquerecuna*, lo que equivale en castellano á *Isabel caciquesa, soberana muy poderosa.* (1)

Desde este momento, Berrío comienza á entretener á GUALTERIO con la historia de "El Dorado." Refiérele los más insignificantes incidentes de las expediciones de Ordaz, Ortal y Cedeño; de Martínez, que había conocido la ciudad de Manoa; de Orsua, de Aguirre, de Hernández de Zerpa, de los hermanos de Silva, de Jiménez de Quesada y de otros más que habían buscado oro y diamantes en la dilatada hoya del Orinoco. El inglés escuchaba á su prisionero con atención creciente, cuando Berrío, acentuando más sus frases, le refiere lo que había escrito López acerca de la inmortal ciudad de Manoa, que se levantaba sobre

1 *Raleigh*—The discovery of the large, rich, and beautiful empire of Guiana: with a Relation of the great and golden *Cite of Manoa*, which the spaniars call "El Dorado," and the Provinces of Emeria, Arromania, Amapaia, and other countries, with their rivers adjoining, etc., etc., etc.—1 vol. en 8º de 176 págs.—Londres, 1596.

La traducción francesa de esta obra, figura en la edición francesa de los *Viajes de Francisco Coreal á las Indias Occidentales*—1666-1697.—Edición de Amsterdan, 1772—3 vols. en 12º—2º vol., pág. 153.

Los cronistas españoles Fray Pedro Simón, en sus *Noticias historiales de Costa-firme*, y Antonio Caulín en la *Historia de la Nueva Andalucía*, nada nos dicen acerca de esta primera expedición de Raleigh al Orinoco, la cual ignoraron por completo. Yanes, en su *Compendio de Historia Antigua de Venezuela*, indica solamente la fecha de la expedición (pág. 38); mientras que Baralt, en su *Historia Antigua de Venezuela*, dedica á la dicha expedición de 1595, cortas, pero expresivas líneas.

las ondas de un lago de agua salada. "Todos los utensilios del palacio de Manoa, vajillas, vasos, muebles, estatuas, todo era de oro ó de plata. Hermosas aves, cuadrúpedos, árboles y arbustos, de tamaño natural, todos eran de oro, á los que hacían compañía pescados del mismo metal, en los ríos, lagos y mares de aquella localidad sorprendente. Quiso el príncipe y dueño de tantas riquezas, que hubiera cofres, prendas y objetos del arte indígena; y los escultores, tomando oro de los grandes depósitos, llegaron á construir admirables maravillas que dejaban atónitos á cuantos las contemplaban." Tal fue la imagen mítica de la existencia de "El Dorado," de uno á otro extremo de la América española, durante el siglo décimo sexto.

Así que GUALTERIO quedó instruido y en posesión de cuanto habían hecho sus predecesores acerca de la explotación de "El Dorado;" y en la creencia que tenía de que la Guayana no era una región limitada, sino toda la América del Sud, circundada por los grandes océanos de la tierra y bañada por gigantescos ríos de los Andes, revela á su prisionero los designios que tenía de posesionarse de tanta riqueza para su poderosa y protectora reina. El prisionero se sonríe á tal revelación y le asegura que no podría hacerlo, y entre muchas causas que le da, es la principal el dominio español y luego la llegada del invierno, que sería una barrera que no podrían destruir las más poderosas flotas.

No desmaya GUALTERIO y continúa rumbo hacia el deseado delta, que se presenta á los ojos del poeta con sus cien bocas, sus innumerables islas y sus palmares, poblados de indios guaraúnos. Al llegar la primera noche, el viajero queda sorprendido al contemplar millares de luminarias que ta-

chonan las copas de los árboles, en tanto que los pobladores, sobre la onda movible del Orinoco, vivían en sus canoas, y dormían en sus hamacas aéreas, sostenidas de las ramas de los árboles. Estas luminarias centellantes no provenían de la luz fosfórica, vegetal ó animal; eran las chimeneas de la familia guaraúna, cuyos resplandores tranquilos rielaban sobre las ondas del río y se reflejaban sobre las flexibles hojas de los morichales. Hacía ya meses que la creciente de las aguas cubría las sementeras y les ocultaba la tierra firme donde se levantaba la cabaña; pero previsivos y amaestrados por la sabia naturaleza, habían ascendido á las horquetas de los árboles y cimas de las palmas que les servían de techumbre, mientras que sus numerosas canoas y piraguas, amarradas de los troncos, les servían de suelo sólido, sobre la onda que murmuraba bajo sus pies. Las luminarias que tanto cautivaban la mirada de RALEIGH, representaban una imagen verdadera de la vida nocturna y pacífica de un pueblo salvaje é inofensivo en la región acuática de la Zona Tórrida.

Diríase que el invierno había llegado al encuentro de los filibusteros, sedientos de oro y de riquezas. Los ríos hinchaban sus ondas que se espaciaban á sus anchas por fértiles orillas; caía á torrentes la lluvia, y el rayo eléctrico rompía la nube preñada de tempestad. A la descarga eléctrica seguían prolongados truenos, y selvas y valles, agitados por el viento, parecía que participaban de aquel desequilibrio armónico en las dilatadas regiones del Orinoco. GUALTERIO había penetrado en el gran río por el tributario Amana que cae al Macareo, uno de los principales caños del delta. Caciques de diversas comarcas se le agregan á medida que remonta el río, y numero-

sas tribus indígenas le ofrecen cabaña hospitalaria. Cada colina, cada roca, cada risco llama la atención de GUALTERIO, que sólo aspira á encontrar la *madre del oro*. En posesión de embarcaciones chatas que ha hecho construir y con la confianza de sus capitanes, envía á éstos en diferentes rumbos; promesas de riquezas ocultas, relatos maravillosos, existencia de minas inaccesibles, tales son los temas diarios que estimulan la codicia del filibustero. ¿Dónde está la inmortal ciudad de Manoa? Los caciques hablan de ella con entusiasmo y aun creen que está cercana, á proporción que GUALTERIO continúa; pero hay una causa poderosa que impide llegar á ella: es el invierno ya en posesión del Orinoco y de sus mil tributarios. No hay veredas, no hay caminos, que la onda los cubre en su incursión periódica en las selvas y llanos de la región tropical. GUALTERIO desespera, Berrío sonríe. Éste había sido víctima de la quimera de "El Dorado," hacía poco; y se gozaba ahora, al escuchar los delirios de su carcelero: esta es la eterna burla de los locos, de los visionarios y ambiciosos.

Adelante! Ya han subido como sesenta leguas y nada han conseguido, sino promesas y la presencia de un falso espejismo en cada altura cubierta de rocas. De repente GUALTERIO se detiene al divisar una montaña que le parece torre blanca de grande altura: de la cima se desprende impetuoso salto que cae produciendo ruido extraordinario que se escucha á leguas de distancia. "No creo, escribe GUALTERIO en su *Narración,* que haya en el mundo nada comparable á esto." Eran los raudales del Caroní, en cuyas aguas había penetrado el visionario. Extasiado, mudo ante aquella ma-

ravilla americana, que antes que él habían contemplado todos los visionarios de Castilla que le habían precedido en solicitud de "El Dorado," comprende que no puede continuar por que ha sentido caídas las alas de la esperanza, al verse sin un grano de oro en las manos y distante de la realidad: la existencia de la deseada Manoa. Y retrocede, en tanto que el invierno continúa, y rebosan los ríos, y el trueno, bocina de la tempestad eléctrica, repercute en la soledad de las selvas, asilo de las aves y de los cuadrúpedos, meses antes dueños feudales del Orinoco, más tarde prisioneros sumisos del invierno tropical.

Después de haberse reunido los diversos capitanes que en sitios determinados aguardaban á GUALTERIO, éste se dirige hacia el delta. Había entrado por el caño Manamo al Sud del río Guanipa, y numerosos contratiempos le obligaron á salir por el río Capuri, más al Este. El invierno que le había acompañado en la remontada, debía despedirle en la salida. En la desembocadura del Capuri, una tempestad, durante la última noche, le hace temer por su vida y la de sus compañeros: allí asiste á la lucha constante entre la onda y la ola; la una que avanza, impetuosa, terrible, con fuerzas que se centuplican; la obra fija, que resiste, se retuerce, pierde su poderío y cede. Después de prolongadas horas de peligro, la tempestad calma, apaga sus fuegos la batería eléctrica, asoma la aurora y tras ésta el sol radiante. Era el momento en que los nuevos argonautas de "El Dorado" venezolano, burlados y abatidos, enderezaban sus proras á las costas trinitarias.

¿Qué había proporcionado á la ciencia esta incursión rápida en las aguas del Orinoco? El conocimiento de algunos nombres de lugares, de ríos, de

montañas; el de muchas tribus indígenas pobladoras de una limitada región del Orinoco; y todo ello sin nociones de geografía ni de etnografía. La idea científica no brilla en la narración del viaje de RALEIGH, y sí noticias acerca de los buscadores de "El Dorado," durante el siglo décimo sexto, desde Ordaz hasta Berrío. Es una de tantas producciones fantásticas del espíritu humano, durante una época en que la codicia hubo de exaltar la imaginación de los hombres, y de entregarlos á manos de la aventura para conseguir prosélitos. Tal es la narración de RALEIGH, que si por el lado fantástico puede juzgarse como una bella producción de este espíritu ilustrado, por el lado científico y práctico carece de toda verdad. En la historia de la Guayana venezolana, SIR GUALTERIO RALEIGH no aparece como un filibustero á la altura de su nombre y de sus méritos, sino como un codicioso vulgar. Un escritor inglés, Hume, dijo de esta narración de RALEIGH que "ella contenía las más grandes imposturas con que se hubiera recreado la credulidad del género humano."

Por otra parte, si desgraciado anduvo GUALTERIO al dejarse fascinar por el mito halagador de "El Dorado," su temerario intento no alcanzó sino el más triste desengaño. Más tarde le veremos vencido, arruinado, en anarquía los suyos, y á él fugitivo y avergonzado.

Al tornar á Londres, GUALTERIO se hace reconocer como uno de tantos narradores de "El Dorado," y aunque la minoría ilustrada no encontró

en su *Narración*, sino sueños de poeta ó aspiraciones á futuras glorias, la mayoría, siempre inconsciente, sobre todo cuando se habla de tesoros ocultos y de riquezas explotables, hubo de pensar en la existencia de Manoa y en el mito de RALEIGH; y en prueba de ésto, bajo la protección de GUALTERIO, uno de sus inteligentes tenientes, el Capitán Keymis, emprende, en enero de 1596, viaje á Guayana, con el objeto de explotar la credulidad pública y probar fortuna. La narración de Keymis es casi un extracto de la de RALEIGH, una nueva disertación acerca de los conquistadores de "El Dorado," acompañada de una nota más extensa de lugares geográficos y de nombres de pueblos indígenas. (1)

Ya para esta fecha GUALTERIO había casi recuperado el amor y protección de Isabel, y entraba de nuevo en competencia con sus poderosos rivales, á quienes disputó el corazón de la Soberana. Nuevos méritos le levantaban ante la opinión pública, pues había cooperado bajo las órdenes del Conde de Essex, su rival, á la toma de Cádiz en 1596. En 1597 acompaña al mismo de Essex en su expedición contra las Azores, querella con éste y se retira. Dos años más tarde, de Essex cae en desgracia por el éxito fatal que tuvo la expedición contra los rebeldes de Irlanda, desgracia debida á la impericia del Jefe. Arrojado es de la corte, suspensas las dignidades de que gozaba; lo que contribuye á precipitar al favorito en el camino de la rebelión contra su protectora. Acusado, convicto y confeso es decapitado en 1601. Entre tanto, GUALTERIO afortunado, había desempeñado nuevos empleo, tornaba al cariño de

1 Esta narración, tanto en inglés como en francés, figura al fin de la de Raleigh en las obras enunciadas.

su Soberana y estaba al frente de la Gobernación de Jersey.

Pero GUALTERIO debía caer también en desgracia. Se le acusaba en público de la muerte de su rival, y tan luego como murió Isabel en 1603, ya sin crédito, fue reducido á prisión en la Torre de Londres, por haber querido atentar, según declaraciones, contra la persona de Jacobo I. Durante trece años GUALTERIO dedica su tiempo, en la célebre Torre, á escribir y á estudiar, á enriquecer la literatura inglesa con las variadas producciones de su ingenio. Condenado á muerte, logra por la influencia de uno de los íntimos del Monarca, en 1615, ser puesto en libertad, mas no perdonado. Pero he aquí, que á poco RALEIGH, favorecido por el Monarca, al frente de nueva flota, vuelve á llamar la atención pública. GUALTERIO emprendía su segundo viaje en solicitud de "El Dorado."

Le acompañaba uno de sus hijos, un intérprete indio que le asistió en la Torre de Londres, y su predilecto teniente el Capitán Keymis. Después de algunos contratiempos la flota llega á fines del año á las costas trinitarias, ya resuelto en consejo de guerra lo que debía hacerse. Keymis y el joven Raleigh iban á comenzar la explotación de "El Dorado," mientras que GUALTERIO, algo enfermo, aguardaría el resultado de los primeros sucesos en las costas marítimas del Orinoco. Lo que va á suceder pertenece á los inexcrutables secretos del destino. Keymis y el joven Raleigh atacan á los castellanos en la ciudad de Santo Tomás, donde los pocos hombres que la custodian se subliman en defensa de la patria española. En la reyerta muere el hijo de GUALTERIO, y Keymis, aunque rechazado por los defensores de la ciudad, logra rehacerse, para en seguida abandonar la plaza, después de incen-

diarla y de inferir ultrajes indignos á los habitantes de la comarca. Entre las víctimas figura el Gobernador Palomeque, que muere con gloria y con honra. En su retirada á los montes, Keymis y los suyos tratan de apoderarse de una mina, tema de todas sus ambiciones; pero los españoles los persiguen y los sitian con constancia admirable. Esto pasaba en los primeros días de enero de 1618. (1)

Avergonzado Keymis del triste papel que desempeñaba, después de haber perdido algunos de sus soldados, torna á presencia de su Jefe, á quien comunica la muerte del joven Raleigh y las desgracias de los expedicionarios. GUALTERIO exaltado le hace cargos y le estimula á que retroceda en solicitud de cien libras del mineral de la mina, aunque para obtenerlas, hubiese de sacrificar cien hombres, pues era necesario halagar al Monarca: y amenazando á su teniente con los enojos del rey, le despacha. Keymis, hombre sensible, á semejante reproche se retira lleno de profunda aflicción. Permanece encerrado en su buque durante pocos días. Algunos de sus marinos trataban de investigar la causa de aquel encierro, cuando en cierta mañana se oye una detonación en el camarote del Comandante: Keymis acababa de suicidarse. (2) Acontecimiento tan inesperado trajo la anarquía, la rebelión, y á duras penas GUALTERIO pudo salir de las costas del Orinoco, acompañado de la mitad de su flota.

Había terminado su carrera de filibustero en

1 La historia de la expedición de Sir Gualterio Raleigh al Orinoco en 1617 y 1618, está muy bien relatada por los cronistas Fray Pedro Simón y el misionero Caulín. A las obras de éstos remitimos á nuestros lectores, después de darles noticias de ciertos incidentes que no figuran en las historias españolas.

2 *Harris.*—Colection of voyages. London—2 vols.—1744 á 1764.

América. La defensa heroica de Angostura le probó lo injusto de su designio, pues en lugar de oro sólo encontró la honra española en defensa de su suelo.

Gualterio, abatido y preocupado llegó á Plymouth en julio de 1618. Ya puede suponerse cuál sería la actividad de sus émulos y la influencia del Ministro español, Conde de Godamar, para sepultarle de nuevo en la Torre de Londres, y exigir el castigo que merecía por haber incendiado á Santo Tomás de la Guayana y sacrificado al Gobernador Palomeque, contra las órdenes expresas del Monarca. La estrella de Gualterio se había eclipsado para siempre. Mandada á ejecutar por la justicia la sentencia de muerte pronunciada contra el preso en 1603, Raleigh es conducido al cadalso. El más hermoso y afortunado de los argonautas modernos, iba á morir con la misma altivez, gracia y valor con que había vivido.

Presenciemos los últimos instantes de Gualterio.

Pocos hombres han subido al cadalso con más serenidad que Gualterio Raleigh. Después de arengar á la muchedumbre y de sostener la inocencia que le asistía contra las imputaciones de sus enemigos, concluye por perdonar á éstos. Al oír la orden de despejar el patíbulo, se descubre y entrega su sombrero y unas monedas á los amigos que le acompañaban, y en seguida la casaca. Dirigiéndose entonces al verdugo, le dice:

—Déjame ver el instrumento con el cual vas á cortarme la cabeza. Y creyendo que el verdugo vacilaba, agrega—Permíteme verlo; ¿acaso piensas que me causa miedo?

Al tenerlo entre sus manos, pasa el dedo índi-

ce de la mano derecha por el filo del hacha, y al devolverla exclama:

—He aquí una medicina aguda, pero que vence de todas las enfermedades.

—¿De qué lado queréis recostar la cabeza? pregunta con entereza el verdugo al reo.

—Si el corazón está bien puesto, poco importa el lado en que esté colocada.

Concluyendo este rápido diálogo, GUALTERIO pide á los concurrentes que oren por él, posa la cabeza sobre el tajo en la dirección del Oriente, y á poco da la señal fatal de que estaba listo, levantando una de las manos. Al segundo golpe del hacha rueda por el patíbulo la cabeza de GUALTERIO, la cual fue presentada á los espectadores, y depositada en seguida en un saco de cuero, envuelto con un manto de terciopelo y llevada en coche de familia á la desolada viuda, que la conservó durante muchos años, hasta que fue sepultada con ella y los despojos mortales de su hijo en la tumba de la familia Raleigh. El cuerpo de éste había sido enterrado en el templo de Santa Margarita de Westminster.

Así desapareció este varón célebre, víctima de sus sueños fantásticos de gloria y de aventuras. (1)

La noche antes de morir, GUALTERIO entregó á uno de sus amigos unos versos, que el arzobispo de Sanscroft calificó de verdadero epitafio. La traducción es la siguiente:

"El tiempo es tal, que recibe en depósito nuestra juventud, nuestras alegrías, cuanto tenemos, y nos paga con la vejez, con polvo; y en la oscura y silenciosa tumba, rendida ya nuestra jornada, cierra

1 *Thomson.* Memoirs of the life of Sir Walter Raleigh, of the period in which he lived. Filadelfia—1 vol. en 18°—1831.

por siempre la historia de nuestra terrena vida. Mas espero en el Señor, que ha de levantarme de esta tierra, de esta tumba, de este polvo."

¡Cómo se suceden las épocas en la historia progresiva de los pueblos y se corresponden las diversas etapas de cada civilización! Cuando GUALTERIO RALEIGH, esta gran figura del reinado de Isabel de Inglaterra, sella la época de los argonautas del siglo décimo sexto, y solicita el vellocino de oro en las dilatadas regiones que baña el Orinoco, en los mismos días en que otro filibustero inglés, Amyas Preston, saqueaba la pequeña ciudad de Santiago de Caracas, un vasco llamado Simón de Bolívar, acababa de llegar de España, como comisionado de la colonia ante la Corte de Felipe II, de quien obtuvo numerosas franquicias en beneficio de la Provincia venezolana. Bolívar, el progenitor de esta célébre familia, figuraba en la ciudad saqueada por el filibustero inglés Amyas Preston, mientras que el amigo y compañero de éste, el gallardo GUALTERIO, quemaba á San José de Oruna en la isla de la Trinidad, y se apoderaba de la persona del Gobernador Berrío, para en seguida emprender su expedición en busca de "El Dorado." (1)

1 En cierta ocasión el inglés atacó nuestras costas y devastó nuestras ciudades: fue en la época del filibu-terismo. Más tarde el inglés, lleno de noble orgullo, militó bajo las órdenes de Bolívar y contribuyó á la creación de la República de Colombia: ahí están Vargas, Boyacá y Carabobo, donde la legión británica alcanzó glorias y honores. Hoy, no el inglés, sino el gobierno inglés, quiere imponerse á Venezuela en la cuestión límites: es decir, con la fuerza quiere triunfar de la justicia.

A los doscientos veinte y cuatro años, en las mismas regiones que fertiliza el Orinoco, donde se habían verificado dos expediciones de filibusteros ingleses, bajo las órdenes de GUALTERIO RALEIGH, en 1595 la una, en 1617 la otra, el último descendiente de aquel Simón Bolívar de la colonia, visionario como GUALTERIO, no en solicitud de un mito, sino en la conquista de la libertad en el dilatado continente americano, se preparaba para llevar á remate una de esas empresas que sólo los hombres de grande aliento llevan á término. Es un hecho que durante el siglo décimo sexto, Federmann, uno de los zapadores de "El Dorado," en el Occidente de Venezuela, al verse perdido y acosado por la naturaleza y por los hombres, acompañado de jinetes desnudos, víctimas del desaliento, trasmontó los Andes de Cundinamarca por las regiones de Casanare y apareció de súbito en la altiplanicie de Bogotá, en los momentos en que Jiménez de Quesada, por el Norte, y Benalcázar, por el Sud, soñadores igualmente del fantástico mito, descubrían los tesoros de Sogamoso y se apoderaban de las ciudades y ricos templos de la nación chibcha.

Así, tres siglos más tarde, en pleno invierno, con jinetes al parecer desanimados, pero fortalecidos por fuerza misteriosa, el visionario de la libertad, Bolívar, trasmonta los Andes por la misma región, para entrar victorioso en la célebre altiplanicie conquistada por Federmann, Benalcázar y Jiménez de Quesada, después de haber vencido en los collados, en los riscos y en las cumbres al ejército de Barreiro, acompañado de legionarios ingleses afiliados en los ejércitos colombianos.

Pero, ¡cuántos contrastes entre estas dos épocas de la historia del Orinoco! En 1595 y 1617, los fili-

busteros ingleses son incendiarios y destructores de la riqueza guayanesa: en 1817, 1818 y 1819, la legión británica, después de haber contribuido con sus esfuerzos á la obra de Bolívar, le acompaña en la difícil ascensión á los Andes para brillar en Bonza, en Vargas, en Boyacá. El siglo de la época de los filibusteros que siguió al descubrimiento del Nuevo Mundo por Colón, se corresponde con el siglo de la emancipación de los pueblos de la América española, que siguió al de la república fundada en la América por Washington.

La primera etapa, donde aparece el primer Simón de Bolívar, en Caracas, en 1595, se corresponde con la etapa á orillas del Orinoco, donde descuella el último descendiente de esta familia, que lleva el mismo nombre. Cerca de los lugares donde se detuvo RALEIGH, en la desembocadura del Caroní, está San Félix, lugar de la batalla ganada por Piar en 1817, la cual abrió á Bolívar las regiones del Orinoco. Frente á la vieja Angostura de Berrío, incendiada por los soldados de GUALTERIO, en 1618, hoy sitio en ruinas, está la nueva Angostura, hoy Ciudad Bolívar, porque en ella abrió éste el Congreso de Angostura en 1819, que trajo la fundación de la República de Colombia.

Así se corresponden en el espacio y en el tiempo, las grandes etapas de la historia del progreso humano!

UN PRESIDIARIO DE CADIZ

(SILUETA DE LA GUERRA A MUERTE)

En el puerto de Yaguaraparo, en la costa de Güiria, existió hasta ahora pocos años, un célebre árbol llamado por los pobladores de esta región, el *Totumo de Zerbery.* (1) Atados al tronco, sacrificaba á latigazos, el famoso asesino que conoce la historia patria con el nombre de Comandante Zerbery, á los patriotas fugitivos que caían en sus redes, durante el tiempo en que aquél fue el azote de las comarcas orientales de Venezuela, de 1812 á 1813. En el puerto de La Guaira, primero, y después en muchos de los pueblos de la antigua Provincia de Cumaná, los asesinatos cometidos por tal monstruo le dieron tan triste nombre, que bien merece le dediquemos una de las siluetas de la guerra á muerte que figuran en este volumen. Consultaremos en primer término lo que sobre el presidiario nos dicen los historiadores españoles, para confirmar las aseveraciones de éstos con los relatos de

1 Este patronímico lo escriben de varios modos : unos dicen Zerberis ó Cervéris, otros Cerveris ó Zerbery. Aceptamos el últim .

historiadores patriotas y extranjeros, con los boletines de la guerra á muerte y con las notas que se conservan acerca de este oficial del *conquistador* Monteverde, durante su gobernación, de 1812 á 1813.

Nos dice el historiador español Urquinaona, que Francisco Javier Zerbery, oficial de Monteverde, fue nombrado en 1811, Teniente de una compañía de presidiarios de Cádiz, enviada á Venezuela, y la cual se distinguió siempre en el saqueo de los pueblos venezolanos. (1) Y en estado tan lastimoso llegó á Puerto Rico el miserable presidiario, que aun carecía de una muda de ropa limpia que reemplazara la mugrienta que vestía. Pasa á Venezuela, se une al ejército de Monteverde, y tantos méritos conquistó durante la rápida campaña del *conquistador*, que éste, después de instalarse en Caracas, le nombró Comandante del puerto de La Guaira.

Perdido Miranda, y con éste la revolución de 1810, Monteverde, después de firmado el tratado de San Mateo, recibe los honores del vencedor, sin haber tenido en su paseo desde Coro hasta Caracas, ningún hecho de armas, nada que le presentara ni como mediocre oficial. Los errores del gobierno patriota, el espanto que infundió el terremoto del 26 de marzo de 1812, el fanatismo que se apoderó de los clérigos enemigos de aquella situación política, la contra-revolución atizada por el partido peninsular que supo aprovecharse de tantos incidentes en pro de la causa española, trajeron á Monteverde, sin que éste hubiera

1 *Urquinaona*—Relación documentada del origen y progreso del trastorno de Venezuela, etc., etc.—1 vol. en 8º—Madrid, 1820.

pensado nunca entrar á Caracas como Jefe de un bando político, y mucho menos como Gobernador de la Provincia venezolana, para no representar en ella sino el triste papel de maniquí político y de instrumento necesario de venganzas y tropelías.

Los patriotas, que jamás dieron crédito á la palabra de Monteverde ni al tratado de San Mateo, llenos de temores huían de Caracas con el objeto de embarcarse, cuando fueron víctimas del pérfido canario, hombre desprovisto por completo de toda verdad, de toda honra militar, de todo sentimiento recto y generoso. Preso Miranda, primera víctima de tanta infamia, en anarquía los patriotas, dáse comienzo á la serie de persecuciones que demandaban el odio y la venganza; y Zerbery surge, precisamente, en el lugar donde podía dar rienda suelta á sus instintos feroces y á la educación que había recibido en los presidios de Cádiz, en la Comandancia militar de La Guaira.

Ningún instrumento más á propósito podía elegir Monteverde para atropellar á los hombres de todas las condiciones sociales, que este oficial feroz, desalmado, uno de los más célebres corifeos de la guerra á muerte. En efecto, Zerbery se presenta en el puerto de La Guaira, con todas las campanillas de un gran Comandante, pues quería desplegar en la ejecución, lo que por teoría y práctica conocía desde España: hacer con sus semejantes lo que éstos habían hecho con él; humillarlos, vejarlos, maltratarlos, escarnecerlos, y después robarlos y sacrificarlos. Sabía que Monteverde había mandado cerrar el puerto, y que La Guaira estaba repleta de patriotas acomodados que querían emigrar. Había llegado para el presidiario el tiempo de hacer fortuna, sin esfuerzos de ningún género. Al instante comienzan las tropelías y las

bóvedas á llenarse de presos perseguidos por Zerbery, mientras que Monteverde, desde Caracas, aumentaba el número de los desgraciados, remitiéndole ciudadanos respetables que llegaban sobre enjalmas atados de pies y manos. El 8 de setiembre siguen para España Roscio, el Canónigo Madariaga, Iznardy, Ayala, Barona, Mires, Paz Castillo y Ruiz, que bajo partida de registro y con grillete al pie, enviaba el *conquistador* al Gobierno español. Y éstos fueron sustituidos en las prisiones, por Soublette, Montilla, Muñoz Tébar, Mariano Salias, Luzón, Cabrera, Mendoza, Benis, Gallegos, Salcedo y otros más. Repletas estaban las bóvedas, y rico Zerbery con los equipajes de tantos desgraciados, que desde su llegada á La Guaira quedaron sin hogar, sin pan, sin vestido que reemplazara al que tenían.

Miranda había precedido en las bóvedas á todos los desgraciados que las llenaban....

En cierta mañana, los habitantes de La Guaira fueron invitados por Zerbery para que presenciaran el castigo que iba á dar á un patriota impenitente que había sido delatado por un español: era la víctima un pobre negro, que sin saberlo, se había encontrado en las filas patriotas; pero como Zerbery lo que quería era hacerse conocer como jefe de vapuladores, aprovechóse de la ocasión, que se le presentaba propicia. La muchedumbre llenaba los alrededores del puente de Osorio, donde, sobre un cañón, yacía amarrado el pobre negro aguardando la hora fatal. Cuando Zerbery se presentó, á un gesto de éste comenzó el verdugo á azotar, sin compasión, á la víctima destinada al sacrificio. Gritos y más gritos, y ayes lastimeros lanzaba el desgraciado: "Dios mío, misericordia—decía—"por el Santísimo, por Jesús crucificado—agregaba—que me traigan un

padre para que me absuelva, y después acaben de matarme." Pero nadie respondía á estos deseos, y la vapulación continuó en presencia del infame presidiario, hasta que la víctima espiró. Y del cañón pasó á la sepultura, como nos dice el historiador Urquinaona.

Moría el negro y entre tanto gemían y se afixiaban en las bóvedas centenares de seres desgraciados. Sombrío es el cuadro que trazó la pluma de Miranda, en vista de tantas miserias humanas. Escuchémosle:

"Yo ví entonces con espanto repetirse en Venezuela las mismas escenas de que mis ojos fueron testigos en la Francia: ví llegar á La Guaira recuas de hombres de los más ilustres y distinguidos, tratados como unos facinerosos: los ví sepultar junto conmigo en aquellas horribles mazmorras: ví la venerable ancianidad, ví la tierna pubertad, al rico, al pobre, al menestral, en fin, al propio sacerdocio, reducidos á grillos y á cadenas, y condenados á respirar un aire mefítico, que extinguiendo la luz artificial, inficionaba la sangre, y preparaba á una muerte inevitable; yo ví, por último, sacrificados á esta crueldad, ciudadanos distinguidos por su probidad y talento, y perecer casi repentinamente en aquellas mazmorras, no sólo privados de los auxilios que la humanidad dicta para el alivio corporal, sino también destituidos de los socorros que en semejantes casos prescribe nuestra santa religión; hombres que estoy seguro, hubieran perecido mil veces defendiéndose con las armas en la mano cuando capitularon generosamente, antes que someterse á semejantes ultrajes y tratamientos." (1)

1 *Memorial* dirigido á la Audiencia de Caracas, desde las prisiones de Puerto Cabello, en 8 de marzo de 1813.

Como corolario elocuente á lo que nos relata Miranda, añadamos lo que escribió un viajero francés que fué testigo de las tropelías de Zerbery, ejecutadas en La Guaira, en aquellos mismos días:

"Tratados como viles criminales—escribe—todos los presos cargaban pesados grillos y vivían en la idea de que no tenían otra perspectiva sino la del cadalso. Nada puede superar á los excesos de crueldad cometidos por Zerbery, como Comandante militar de La Guaira. El hecho que vamos á narrar dará idea del carácter feroz de este hombre, que con frecuencia se proporcionaba el triste placer de visitar á sus víctimas, para añadir la mofa al desprecio. Cuando eran abiertas las puertas de las bóvedas, exhalaciones infectas se escapaban de éstas, y se repartían en los vecindarios; eran los momentos en que Zerbery, presentándose delante de las víctimas, se gozaba ante los sufrimientos de los desgraciados prisioneros. El infortunado Coronel Benis, oficial piamontés, fue atacado de fiebre pútrida, á los pocos días de estar encerrado. Después de haberle rehusado todo alivio, al llegar sus momentos postreros, sus amigos suplican al Jefe de La Guaira, les conceda el permiso de llevarle un sacerdote para que le administrase los socorros que la religión concede á los seres más despreciables; pero el feroz Comandante contestó, que los Sacramentos eran inútiles á los hombres que habían abrazado el partido de la Independencia. En medio de tristísimo abandono muere; y cuando los compañeros de prisión suplican que les sacara el cadáver, Zerbery se niega á ello, y da órdenes apremiantes para que lo dejaran por algunas horas más." (1)

1 *Poudenx et Mayer* — Memoire pour servir à la histoire de la Revolution de la Capitainerie génerale de Caracas etc., etc.—1 vol. en 8º—París, 1815.

Tras esta muerte desaparecieron, sin auxilio de ningún género, los venezolanos Moreno, Gallegos, Perdomo y otros más. Y como en los lances angustiosos de la vida, descuella siempre algún carácter que aun exponiendo la suya sobresale por el valor moral, el Coronel Chatillón, francés que había militado bajo las órdenes de Miranda, tuvo la sangre fría necesaria, en cierta mañana en que Zerbery insultaba á los prisioneros, de echarle en cara la derrota vergonzosa que le había dado, poco há, en el campo de Pananemo; frase á la cual no contestó ni una palabra el implacable carcelero, no desprovisto de valor militar.

Con los equipajes de los patriotas que el carcelero juzgó era un botín de guerra, cambió de vestido y comenzó su fortuna. Por esto dijo Bolívar, en su Manifiesto de 20 de setiembre de 1813, los siguientes conceptos que cuadran muy bien al Presidiario de Cádiz:

"El atroz Zerbery entraba en las bóvedas de La Guaira con el objeto de cubrir de dicterios á las mismas víctimas de cuyos despojos se hallaba vestido de los pies á la cabeza."

La actividad y procedimientos de Zerbery en La Guaira, y los méritos que había adquirido como militar español de primera fuerza, motivaron, que tanto Monteverde como su camarilla de canarios, le juzgasen necesario en Cumaná, cual delegado del Capitán General. La Provincia cumanesa estaba tranquila, y figuraba al frente de ella un notable Jefe español, el Coronel D. Emeterio Ureña. Vencidos y desalentados los patriotas, tornó el agricultor á sus campos y el industrial á su taller. Un espíritu recto amparaba á todo el mundo bajo las alas de la justicia; y Ureña llegó á ser amado y admirado por su conducta digna y

protectora. De repente, y sin que nadie lo sospechase, aparece en Cumaná, provisto de facultades extraordinarias, el PRESIDIARIO DE CÁDIZ; y poniedo de lado á Ureña y á su gobierno, Zerbery comienza á desplegar sus instintos feroces. Prisiones, tropelías de todo género, llenan de espanto á los pacíficos moradores de Cumaná. Gritos de venganza y de exterminio turban la paz de las familias, y nuevas aflicciones, cual epidemia contagiosa, cunde por todas partes. Quéjase Ureña de tanto vilipendio, escribe á Monteverde, acusa al invasor desalmado ante la Audiencia de Caracas, reclama el cumplimiento del tratado de San Mateo; pero nadie le contesta. Sólo la voluntad de Monteverde impera, representado en uno de sus seides, el PRESIDIARIO DE CÁDIZ. Este, verdugo implacable, comenzó desde entonces á hacerse conocer en la región oriental de Venezuela por su sed de sangre y de exterminio. Y como él sobresalió siempre por ser el jefe de los vapuladores, durante la guerra á muerte, en Yaguaraparo quedó el célebre árbol á cuyo tronco fueron amarrados y sacrificados á latigazos centenares de víctimas. Este árbol fue conocido durante muchos años, con el nombre de *Totumo de Zerbery*, como queda dicho.

A consecuencia de tantos ultrajes inferidos á las poblaciones orientales por famélica turba de monstruos, entre los cuales figuraban Zerbery, Suazola, Martínez, Antoñanzas, la reacción de los patriotas vino de nuevo á encarnizar los ánimos. Escuchemos á Baralt, cómo nos relata la muerte del Comandante Bernardo Bermúdez, consumada en Yaguaraparo:

"En este lugar estaba Zerbery al frente de 400 hombres, cuando supo la pérdida de Cumaná en agosto de 1813. Forzado á retirarse, se embarcó al punto para Guayana en la escua-

drilla de Echeverría, poniendo antes el sello á sus crímenes con un acto de crueldad que costó después la vida á muchos centenares de españoles. Se recordará que el Comandante Bernardo Bermúdez fue encargado por Mariño de la ocupación de Maturín. Después de aquella feliz expedición regresaba á Güiria por el golfo de Paria en una canoa, y encontrando un buque español, lo abordó y tomó; pero poco más adelante fue atacado á su turno y hecho prisionero por Echeverría. Conducido á Yaguaraparo, le mandó Zerbery pasar por las armas junto con otro compañero. Después de la ejecución se halló que Bermúdez, si bien gravemente herido, no estaba muerto, y cuando los soldados se disponían á acabar con él, se interpusieron varias personas y alcanzaron que Zerbery ofreciera perdonarle. Condujéronle al hospital y allí se hallaba muy postrado, cuando las noticias de Cumaná encendieron de nuevo el furor en el pecho del Jefe español, y por su orden fue Bermúdez asesinado en el lecho.

"Este suceso fué causa de que el otro Bermúdez, destinado por Mariño al ataque de Yaguaraparo, sabiendo en el camino la desastrada suerte del hermano, jurase exterminar á cuantos enemigos cayesen en sus manos. Y de hecho, cumpliendo su amenaza con bárbara exactitud, pasó por las armas en Cariaco, Carúpano y Río Caribe, gran número de personas, acaso inocentes, granjeándose desde entonces el renombre de sanguinario." (1)

En efecto, no perdonó prisionero español desde aquel entonces. El odio que durante muchos años conservó no llegó á extinguirse sino el

(1) *Baralt y Díaz*—Resumen de la Historia de Venezuela.—Vol. I.

día en que terminó la guerra. Lanzado en el camino de la justa venganza llevó su encono hasta pasear su caballo después de la victoria por el campo enemigo, sembrado de cadáveres. ¿Era crueldad, era venganza? Era el sentimiento fraternal que para sobrevivir necesitaba exterminar á cuantos enemigos políticos llegaban á sus manos en los campos de batalla.

Para esta fecha, Ureña, el español pundonoroso, digno y justiciero, había tenido que huir de la orgía de sangre que alimentaban sus compatriotas. La virtud quedaba ahogada por el crimen: el hombre probo había sido suplantado por el bandolero. Así son los abortos de todas las revoluciones sangrientas. Cuando llega el día en que los esforzados campeones de la causa patriota, Mariño, Piar, Bermúdez, Arismendi, etc., dominan la situación y destruyen gran parte de la infernal gavilla, Monteverde había caído en desgracia, y con éste Antoñanzas, Suazola, Martínez, Zerbery y demás tenientes. Entre los papeles tomados después de la rota de Maturín, figura la siguiente carta de Zerbery á Monteverde: es un documento de alta importancia:

"Por el oficio de US. de 4 del corriente, vengo en conocimiento del fatal resultado que ha tenido US. en el ataque contra Maturín, el 25 del próximo pasado, con lo demás que en él me indica.

"Seguramente, señor, desde el momento que se emprendieron las operaciones contra Maturín, principió á subseguir una terrible desgracia á las operaciones proyectadas contra aquél, sea cualquiera su causa, advirtiendo que formalizados como estaban los enemigos en Maturín, debió mirarse dicho punto con el mayor respeto, como asimismo

preveer las fatales consecuencias que se seguirían de un golpe desgraciado, como se están ya experimentando, y por momentos crecerán más y más. US. no debe ignorar que los sucesos de Maturín han encendido un fuego terrible en la Provincia, y así no hay más que no dejar con vida á ninguno de esos infames criollos que fomentan estas disensiones. Los enemigos de nuestro bienestar son los que trastornan á US., y lo separan del camino que debe seguirse por medio de sus intrigas y falacias políticas. Yo creo que en el día conocerá US. quienes son su verdaderos amigos y conceptúo que el primer paso que debe darse es dispersar esa Audiencia que tanto mal ha hecho, creyendo que aquí puede establecerse la Constitución. No hay más, señor, que un gobierno militar; pasar á todos estos pícaros por las armas, yo le aseguro á US. que ninguno de los que caigan en mis manos se escapará. Todo gobierno político debe separarse inmediatamente, pues no debemos estar ni por Regencia, ni por Cortes, ni por Constitución, sino por nuestra seguridad, y el exterminio de tanto insurgente y bandido. Yo bien conozco que no se puede acabar con todos; pero acabar con los que puedan hacer de cabezas, y los demás á Puerto Rico, á la Habana, ó á España con ellos. En fin, señor Capitán General, yo nunca he sido egoísta de mis desvelos, ni menos he pensado en trastornar la obediencia que debo á mis Jefes, y sólo creo que el hablar así sea deber de mi honor.

"Debe US. estar en cuenta que por mi parte voy á hacer el mayor esfuerzo por apoderarme de la costa de Güiria, por cuyo motivo he salido de Yaguaraparo á este punto para ponerme al habla con el comisionado don Antonio Gómez, y sólo espero la contestación del Gobernador de

Cumaná. Todo lo que participo á US. esperando no eche en olvido las expresiones de un oficial que tanto lo ama y que desea derramar la última gota de su sangre en defensa del Rey.—Dios guarde á US. muchos años.—Río Caribe: 18 de junio de 1813.—*Francisco de Zerbery*" (1)

Vencidos los españoles, Zerbery huye de Venezuela. "Emigró á Puerto Rico—nos dice el historiador Urquinaona—equipado de vajilla de plata, relojes de oro, diez ó doce baúles de equipaje, que llamaron la atención de los que poco antes le habían visto llegar desnudo de Cádiz. Se embarcó para España con un negro de su servicio llamado Santiago Sance. En esta corte trató de venderlo, suponiéndolo su esclavo. Este infeliz ocarrió al Rey, y no resultando esclavo de Zerbery, S. M. le dió la libertad, negando á este oficial el grado de Teniente Coronel y la Comandancia de La Guaira que pretendía, sin admitirle el donativo de mil quinientos setenta y nueve pesos fuertes que hacía de todos los sueldos devengados en América, donde se mantuvo sin cobrar sueldo, ni tener patrimonio, comercio ni granjería conocida." (2)

Estos conceptos de un historiador digno y honrado, como lo fue Urquinaona, constituyen el más elocuente corolario que podía tener la misiva del Presidiario de Cádiz á su Jefe Monteverde.

Después del hundimiento de la República á fines de 1814, y la entrada de los ejércitos españoles á Caracas, nada sabemos del célebre Presidiario. Nos inclinamos á creer que figuró en las tropas de Morillo, pues en 1822 aparece su firma al pie de un libelo publicado en la Habana contra el Pacificador Mo-

1 *Gaceta de Caracas* de 9 de setiembre de 1813.

2 *Urquinaona*—Obra citada.

rillo, en el cual le trata con dureza y aun le presenta como un miserable. De la lectura de este documento se desprende que Zerbery fue un instrumento ciego de Morillo, y que despreciado por éste, se presentó haciendo revelaciones de suciedades en las cuales ambos habían figurado. (1)

Ignoramos cuándo dejó el mundo este hombre fatídico, que si no recibió en vida el castigo de sus crímenes, causa fue de que perecieran por él centenares de sus compatriotas. En la historia militar de Venezuela no hay un ejemplo en que el amor fraternal haya vengado un asesinato de manera más terrible que aquella en que lo llevó á término el General José Francisco Bermúdez por su desgraciado hermano el Comandante Bernardo Bermúdez, víctima de Zerbery en 1813.

Tal es la ley de las compensaciones en todas las luchas sangrientas. Durante la brega, todo puede aceptarse, porque la razón desaparece para dar cabida á las pasiones feroces del corazón humano. Mas cuando llega la época de la calma é impera de nuevo la razón y con ella la justicia, entonces el espíritu contristado lamenta los estragos infructuosos de los partidos políticos; el deber sepulta los cadáveres abandonados, lava las manchas de sangre fratricida, restaña las heridas

---

1 Este libelo que fue publicado en el *Indicador Constitucional*" y reproducido por *El Iris de Venezuela* (Caracas), lleva el título de *Retrato del Excmo. General Don Pablo Morillo, ó sea, memorias sobre su administración de justicia en Venezuela, por el Teniente Coronel Don Francisco Javier Zerbery.*

Todos los documentos españoles publicados después del triunfo de la revolución venezolana en 1821, constituyen una serie de acusaciones que se echan en cara la mayor parte de los Jefes españoles que figuraron en Venezuela.

de vencedores y vencidos y llama á todos los necesitados para ampararlos bajo las alas de la caridad. En las tempestades de la naturaleza, tras de la noche caliginosa, asoma la luz de la aurora, siempre plácida: en las tempestades sociales, tras de los odios, de las persecuciones y de las venganzas, están el friunfo y la gloria siempre generosos; homenaje al valor desgraciado.

EDIFICIOS DESCABEZADOS Y VENTANAS TUERTAS

—

(CRÓNICA POPULAR)

—

Refiere la tradición, que al verificarse el gran terremoto de Caracas, en 26 de marzo de 1812, la torre de la Metropolitana, compuesta de tres cuerpos, inclinóse al Norte, después del primer choque, volviendo por otro sacudimiento á su nivel. Desde aquel día la población de Caracas manifestó el deseo de que se rebajase á la torre el tercer cuerpo, temiendo que en caso de otro cataclismo viniese al suelo. El hecho en sí y el no haber sufrido nada el templo, indicaban que este edificio había sido sólidamente construido; pero como es necesario obedecer á las exigencias públicas, las autoridades apoyaron el clamor general. El conocido alarife Francisco Herrera se comprometió á rebajar el tercer cuerpo, sin que cayera en la calle ni un solo terrón; y poniendo manos á la obra, así fue rematada. Todos los materiales demolidos fueron sacados por el interior de la torre, quedando en la calle el tránsito expedito para los moradores de la ciudad. Cuando éstos acordaron, vieron que aquélla había quedado descabezada, apareciendo sobre el segundo cuerpo algo como una mi-

tra ó bonete, coronado de una estatua. La torre había sido descabezada y así ha permanecido desde entonces.

Dos años más tarde, en 1814, á consecuencia de los triunfos de Boves, quien con victorioso ejército avanzaba hacia Caracas, quiso Bolívar sostenerse en ésta, y con tal objeto fijó el sitio de la ciudadela donde debía atrincherarse el grupo de patriotas que guarnecían la capital. haciendo al efecto abrir fósos en derredor de la plaza mayor. Pero á poco tuvo Bolívar que desistir de semejante temeridad, pues hubiera sido una ruina para Caracas; y abandonando á ésta en la madrugada del 6 de junio, siguió con las tropas y muchedumbre de fugitivos por el camino de Oriente. Días después entró Boves con parte de su ejército, y cuando las familias que se habían quedado en la capital temblaban creyendo que el vencedor entraría á ésta á fuego y sangre, resultó que nada hubo, pues Boves no sacrificó sino á dos hombres: á uno de sus soldados que quiso en la plazuela de San Pablo robar en cierta tienda, y al maestro alarife Francisco Herrera, por haber dejado abiertos los fosos de la ciudadela, estorbando así el paso de los transeúntes.

Con excepción de la torre de la Metropolitana, las otras de la capital fueron destruidas por el terremoto de 1812, conservando su primer cuerpo la de San Mauricio, sobre la cual crecieron yerbas y arbustos hasta ahora pocos años, en que fue demolido el vetusto templo y sustituido ventajosamente por la Santa Capilla. Al desaparecer las torres de los templos de Caracas, quedó la de Altagracia con dos cuerpos, por haberse conservado así desde la época en que se fundó el oratorio de las Carmelitas, en 1732. Levantábase el tercer cuerpo de la torre de aquel templo, cuando las madres mon-

jas que estaban en la misma calle se quejaron al Prelado de que los patios y corredores del convento quedaban á merced de los curiosos, que se subían al campanario de Altagracia, lo cual iba á echar por tierra la disciplina de la comunidad y establecer la comunicación visible; por lo que ordenó el Obispo dejar como estaba la torre de Altagracia y tapar las ventanas del campanario que miraban hacia el convento. La torre de Altagracia, por lo tanto, nació sin cabeza, hace ya más de doscientos años.

Descabezado estuvo, hasta ahora veinte y dos años, el frontón de la Metropolitana; descabezado también estuvo el famoso muro de sillería de la Basílica de Santa Teresa, que mira al Norte. Este comienzo del nuevo templo de San Felipe, existía en la época en que Humboldt visitó á Caracas en 1799. Refiérese que cuando los admiradores del sabio viajero preguntaron á éste cuándo volvería á Caracas, sonriendo contestó: "Cuando esté rematado el templo de San Felipe," queriendo significarles que nunca más. Humboldt murió en 1867, y doce años después quedaba concluida la hermosa Basílica de Santa Teresa, demolido el oratorio de San Felipe y convertida el área en parque. En el centro de éste se levanta la estatua de Washington.

Pero entre los edificios descabezados ninguno nos relata una historia tan curiosa como el actual parque militar de Caracas. La Compañía Guipuzcoana, dueña de ciertos solares que existían entre las esquinas de Carmelitas y de San Mauricio, había levantado, á mediados del siglo último, la sólida Casa Nacional donde está el Registro público, y tan sólida, que resistió al violento terremoto de 1812. Concluida la primera casa, continuóse la se-

gunda en el área que ocupa el parque militar. En línea diagonal con la esquina del parque y frente á la demolida ermita de San Mauricio, calles Norte 2 y Oeste 1, había una casa de dos pisos y dos frentes que habitaba su dueña doña María Teresa Ponte, Andrade, Jaspe y Montenegro, Gedler, Bolívar de Jerez Aristeguieta, matrona de grandes campanillas por sus antecedentes, carácter, riqueza y por la austeridad de sus costumbres. (1) De bello porte y de modales muy cultos, doña Teresa, mujer servicial, sabía ser "humilde con el humilde, pero con el soberbio firme;" apareciendo en ciertas ocasiones condescendiente y generosa, y en otras altanera y dominante.

Habíase levantado el primer cuerpo del edificio y fijábanse las vigas que debían formar el entresuelo, cuando advirtió doña Teresa que su casa iba á quedar bajo la vigilancia de los que habitaran la nueva fábrica. Al instante preséntase delante de los directores de la Compañía y les expone las razones que la favorecían para que la nueva fábrica no tuviera dos pisos. La dirección accede por el momento, y la señora queda satisfecha, cuando á poco continúa la obra como se había proyectado. Por segunda vez se presenta doña Teresa delante de los guipuzcoanos, mas no con carácter manso y humilde, sino con arrogancia y majestad. "Os pedí ahora días, señores, un favor—dijo doña Teresa;—vengo hoy á manifestaros mi resolución inquebrantable: la de no permitir la continuación del segundo cuerpo de vuestra fábrica." La Compañía accede por segunda vez, prometiendo que el nuevo edificio no tendría sino un solo cuerpo; pero andando los días aparece en cierta mañana gran número de operarios con escaleras, an-

1 Casa actual del doctor don Eduardo Calcaño.

damios, instrumentos á manera de soldados que quisieran dar un asalto. Al ruido de los albañiles, doña Teresa abre uno de sus balcones, observa los movimientos, y después de cerciorarse de la perfidia y resolución de los vascos, aparenta calma y medita acerca de lo que debía hacer. Si los vascos habían consultado un abogado que los animara á continuar la fábrica y si con razón ó sin ella creyeron vencer á la señora, es cosa que ignoramos, siendo lo único cierto que la obra continuó con mayor número de operarios. Habían corrido los días cuando doña Teresa, muy de madrugada, hace llegar á su casa treinta esclavos de Chacao, los cuales traían zurrones llenos de piedra y estaban al mando de dos capataces. Después de ordenarles lo que debían hacer, aguarda la diez de la mañana para mandar dar el asalto á la fortaleza de los vascongados, como ella llamaba la fábrica. Animada parecía ésta, y el movimiento tomaba creces, cuando á cierta señal de la señora, sale la cuadrilla de invasores, que cual nube de langostas hambrientas arremete á los obreros que comienzan á defenderse de turba tan belicosa. Al instante y en medio de gritería espantosa, vense cruzar los aires piedras, ladrillos, cuernos, martillos, cucharas, reglas y plomadas y hasta tinas llenas de mezclote. Los esclavos, alentados por los capataces, ascienden las escaleras, llegan á los andamios, y echan por tierra cuanto en éstos había, al mismo tiempo que recibían y devolvían tremendos puñetazos. Muchos de los operarios huyen, mientras que otros se refugian en el interior de la fábrica, perseguidos por los capataces de Chacao. Uno de éstos muere en la reyerta, en tanto que el otro logra echar á la calle á los rendidos. A los gritos de la brega acuden

los vecinos, se detienen los transeúntes y la victoria, en alas de la fama, llega á los extremos del poblado. Habíase librado una batalla de treinta minutos, en la cual hubo tres muertos y muchos aporreados de ambos bandos.

Ocupábase doña Teresa en hacer recoger sus heridos y contusos, cuando se presenta en el campo de batalla el Gobernador Brigadier Ramírez. Doña Teresa, desde la puerta de su casa, saluda con dignidad á la primera autoridad y le extiende la mano.

—¿Qué ha pasado en vuestra esquina?—pregunta el Gobernador, en conocimiento ya de los antecedentes del asunto.

Doña Teresa, mujer de talento y de habilidad, comprendiendo que si daba riendas á su venganza podría ameritar un juicio, aparece sonreída en aquel momento y contesta con gracia:

—Una escaramuza, Brigadier, una mala chanza si se quiere. Quise asustar á los operarios de esta fábrica, por causas que no ignoráis: encargué á estos esclavos que lanzaran piedras al aire; pero hay gentes que no admiten chanzas y toman las cosas á lo serio. Yo sola hé perdido, pues ha muerto mi primer mayordomo; en cuanto á los heridos y contusos de ambos bandos, es de mi deber socorrerlos y aun premiarlos, por haber mostrado arrojo é impavidez, condiciones que les servirán algún día en defensa de la Patria y de la honra. Quise jugar con los directores de la Compañía Guipuzcoana, darles una leccioncita por haberme faltado á la palabra empeñada, y creo que seguiré jugando con ellos si persisten en darle á la fábrica dos pisos.

Y cambiando de tono, agregó:

—Se olvidaron, Brigadier, de que hablaban con

una señora de mis antecedentes. Estos hombres son unos miserables plebeyos que ostentan sus títulos de nobleza como la mona su vestido de seda!

Ramírez acompañó á la señora hasta el corredor de la casa, despidiéndose de ella con galantería. En cuanto á los guipuzcoanos, tuvieron á bien dejar el edificio con un solo cuerpo; es decir, lo descabezaron. (1)

En 1640 comenzó el Obispo Mauro de Tovar el Seminario Tridentino de Caracas; pero tan débiles quedaron los cimientos, que fueron destruidos por el terremoto de 1641. Esto motivó el que cuando se dió comienzo á la nueva fábrica, quedaron enormes arcos que iban á sostener los corredores altos. Comprada la casa contigua á la fábrica por el Cabildo Eclesiástico y destinada por éste para Obispalía, resolvieron construirle un segundo piso é igualarla al Seminario, lo que hizo que las arquerías de los dos edificios sean iguales. Las fachadas exteriores de éstos quedaron chocantes y contrahechas; y mientras que la Obispalía ostentaba balcones de mucho vuelo y ventanas tuertas y raquíticas, el Seminario tenía la apariencia de un presidio, por sus rejas cuadradas colocadas á diversos niveles, y las cuales no guardaban simetría con los enormes balcones.

Sábese que el Arzobispo Méndez, primer Prela-

1 Este edificio ha sido modificado hace poco y aparece hoy con cierta gracia, aunque nada podrá despojarlo de su tamaño primitivo y del objeto que tuvieron los guipuzcoanos al construirlo.

do después del triunfo de la Independencia, en 1821, era tuerto, y tuerto igualmente el doctor Suárez, Provisor y Deán que se encargó del Arzobispado cuando Monseñor Méndez fue expulsado de Caracas en 1831. En cierto día de esta época reuníanse en la esquina de las Gradillas notables y dignísimos huéspedes. Habíase colocado en el ángulo exterior de la Obispalía el primer farol de alumbrado, el cual quedó tuerto. Al siguiente día apareció en la pared del Palacio Episcopal un pasquín manuscrito que decía:

Tuerta la ventana,
Tuerto el farol,
Tuerto el Arzobispo,
Tuerto el Provisor.

Y un transeúnte agregó al pie, con lápiz:

Y tuertos los vecinos del rededor.

Aludía esto último al anciano Hernández, que tenía una canastilla frente á la Obispalía, y al respetable comerciante francés M. Próspero Rey, que tenía su establecimiento de modas en la casa de Bolívar. M. Próspero Rey, oficial de caballería de Napoleón, tenía cubierto un ojo que había perdido en la sangrienta batalla de Leipzic, en 1814.

El primero de los comerciantes de la esquina de la Obispalía que leyó el pasquín fue M. Rey, quien al momento llamó al anciano Hernández, y éste, al leerlo, exclamó:

—¿Y esto, qué significa?

—Mon ami, "Mieux vaut monocle qu'aveugle— contesta Rey con su carácter sociable y epigramático.

—No comprendo esa jerigonza—replica Hernández.

—"Au royaume des aveugles les borgnes sont rois"—agrega M. Rey con garbo.

—Por Dios, señor, repito que no comprendo tal jerigonza—dice Hernández.

—Esto quiere decir "que más vale un tuerto que un ciego;" y que "en el país de los ciegos el que tiene un ojo es *Rey*."

—Ah! no, señor, esto no va conmigo, que me llamo Hernández; esto será con usted que se firma Rey.

—Yo no pertenezco al país de los ciegos, sino al de la gloria—replicó Rey.

—Entonces, querido vecino, démonos por vencidos, y sea desde hoy esta esquina la de los tuertos y la de la gloria, por vivir en ella, en la célebre casa de Bolívar, un oficial del grande ejército de Napoleón que pudo salvarse del desastre de Leipzic con un ojo de menos.

Y Hernández, despidiéndose de la turba de curiosos que llenaba la esquina, se dirige á M. Rey y le dice:

—"En el país de los ciegos, señor, el que tiene un ojo es *Rey*."

LAS FLAGELANTES DE MARACAIBO

De las epidemias morales que, en remotas épocas, han afligido á los hombres, ninguna más alarmante que la conocida en la historia con el nombre de "Los Flagelantes." Consistía en procesiones numerosas de penitentes, en ocasiones desnudos, en otras vestidos de sayones blancos y cubierta la cabeza de lóbrego capuz. Poseídos del amor divino, creían éstos, que sin dolor y torturas no podía conseguirse el perdón y por lo tanto, armados de fuertes disciplinas rematadas en sus extremos de puntitas de acero, se infligían numerosos azotes, hasta que de la espalda, que llevaban desnuda, brotara sangre.

Como las procesiones habían de ser públicas, la epidemia ganaba prosélitos, á proporción que atravesaban campos, pueblos y capitales, infundiendo horror al pecado y la necesidad de satisfacer á Dios por medio de penitencia tan escandalosa como repugnante. ¿Cuál fue el origen de esta perversión del sentido común? Sin duda que causas superiores tenían que engendrar semejante monomanía. La intermitencia de la epidemia indicaba

su origen también intermitente; y para solicitar la causa de estas perversiònes del espíritu, debemos buscarla en las persecuciones de los gobiernos, en las guerras religiosas, en las epidemias físicas que, llevando á la desesperación á ciertos hombres, los precipitan á buscar la reacción en nueva serie dè males interminables. Un historiador nos dice que los primeros penitentes aparecieron durante el siglo XI. En 1260, en los días en que la sociedad italiana había quedado aniquilada por las luchas entre güelfos y gibelinos, la reacción religiosa vino como corolario de situación tan precaria. En 1348, durante la peste que azotó á Alemania, conocida con el nombre de la *muerte negra*, la epidemia llegó á su colmo, y hombres y mujeres aparecieron casi desnudos y confundidos en público, y se flagelaron á maravilla. Viejos y jóvenes, nobles y plebeyos fueron víctimas de esta penitencia feroz, en que todos parecían como poseídos de la necesidad de desgarrarse las carnes, de verter sangre y de martirizarse de la manera más cruel que les fuera posible.

Así figuraron estas procesiones de alucinados, durante muchos años de la Edad Media y aun después del descubrimiento de América, las cuales recorrieron la Alemania, el Austria, Italia, Francia, los Países Bajos, España, Suiza y hasta Inglaterra. Censuradas por el sentido común, tales muchedumbres fueron igualmente perseguidas por el clero y comunidades católicas y amenazadas por los gobiernos y Papas, y hasta por la Inquisición, que las sometió á severos castigos, y hubo de lanzar á la fatídica hoguera á algunos de sus promotores.

Poco á poco fue modificándose la epidemia, hasta el punto que las procesiones salían una vez por año,

el Viernes Santo, en que se repetían las mismas escenas repugnantes de pasadas épocas, sobre todo en los priméros treinta años del último siglo.

Un célebre historiador italiano, en el estudio que hace de la epidemia moral, nos dice que los espíritus estaban no sólo dominados por el amor divino, sino también en parte por el terrenal. Y en prueba de ésto, asevera que ciertos fiagelantes, bajo las ventanas de sus pretendidas, redoblaban con vigor los azotes en honor de la dama de sus pensamientos, é indicaban con ello que estaban dispuestos á sufrir por ellas. Una mirada á Dios y otra á la angélica niña; un latigazo para el cielo y otro para la tierra. (1)

Tal hecho está en armonía con la razón. El amor terreno, si es puro, exige también el sufrimiento.— "Toma tu cruz y sígueme," dijo Jesús. La cruz del matrimonio, para ser fructífera, necesita del dolor, de la resignación y hasta del sacrificio.

Los disciplinantes actuales, que se mortifican, ya en el recogimiento del claustro, ya en el hogar, pero sin hacer de ello gala pública, sin ostentación ni fanatismo, han contribuido, animados de una esperanza celeste y apoyados por la fe, á desterrar por completo, hace ya muchos años, las escandalosas procesiones de las turbas de monomaniacos que infestaron la Europa en pasadas épocas.

Fue costumbre en Caracas, desde antiguos tiempos, sacar en procesión por las calles de la ciudad, la imagen de la Virgencita de Copacabana, siempre que la sequía tostaba los árboles, agotaba las fuentes y era causa de malestar y epidemias. La población, llena de fe acompañaba á la imagen, y

1 *Adolfo Bartoli.*—Estudios Históricos.—Roma, 1881.

á poco llovía á cántaros. Este culto á la Virgen indicada, que había comenzado desde los primeros días del siglo décimo séptimo, pudo conservarse hasta ahora cincuenta años.

El culto de los pobladores de Maracaibo por la Virgen de Chiquinquirá llegó á mediados del último siglo á tal grado, y fue tanta la confianza que en ella tuvieron los necesitados, que al fin hubo de ser aquélla la abogada de cuantos infortunios afligían á la comunidad. En efecto, al comenzar el año de 1770, siendo Gobernador de la Provincia don Alonso del Río, preséntase una sequía con caracteres tan alarmantes, que las autoridades políticas se hallaron en la necesidad de tomar enérgicas medidas. Corren los meses sin que cayera una gota de agua, se secan los aljibes, comienzan los árboles á agostarse, á morir los animales y á surgir enfermedades debidas al exceso de la elevada temperatura y á la ausencia de vapor acuoso en el aire.

Entre lamentos y oraciones, acuden los moradores de Maracaibo á los templos, al llegar la tarde, y en ellos lloran y piden á la Providencia que los salve de tan crudo trance. Y como en esta capital es de necesidad urgente apelar á la milagrosa imagen de la Virgen de Chiquinquirá en todos aquellos casos en que haya necesidad de calmar dolores, de satisfacer necesidades, de vencer cón la fe y de esperar en la misericordia divina, la Virgen fue el áncora de todas las aspiraciones.

Durante las noches en que los templos estuvieron abiertos, oradores sagrados ocuparon la cátedra del Espíritu Santo, porque se hacía necesario mitigar la desgracia con la palabra de Dios. Así se sucedieron los días, y el agua no caía, cuando por orden del Vicario de la ciudad, los sacerdotes

anuncian en cierta noche á los fieles, que había llegado el momento de la mortificación, y que para calmar la ira del cielo, los pobladores de Maracaibo debían salir en procesión pública y públicamente azotarse cada uno, como único medio que podría ponerse en acción para que cesara la ira del Señor. Los moradores acogen el pensamiento, y al punto los sacerdotes comunican á los habitantes un extracto del acuerdo, del cual tomamos lo siguiente:

"A fin de aplacar la cólera divina, en las críticas y aflictivas circunstancias en que estamos, ordenamos la salida de seis rogativas públicas que se verificarán así: las tres primeras serán de hombres, y saldrán desde el anochecer por todas las calles del poblado, acompañadas de uno de los sacerdotes de Maracaibo; las siguientes, de mujeres, recorrerán las calles más públicas, desde las nueve hasta las once de la noche, é irán acompañadas de todos los sacerdotes existentes en la ciudad. Además, como la mortificación de la carne y el castigo de sí mismo agradan al Señor, tendrán hombres y mujeres que presentarse provistos de gruesas disciplinas, para que se flagelen públicamente las espaldas, además de llevar, los que quieran, cruces y maderos pesados, cuya conducción sirva igualmente de mortificación al cuerpo, etc., etc., etc."

Al enterarse el Gobernador de tal acuerdo, mandó llamar al Vicario y le manifestó la extrañeza que le causaba el que las mujeres hicieran parte de actos públicos que la civilización había reprobado y condenado hacía tantos años.

—Obedezco, señor, á dictados de mi conciencia, y puedo probaros que la iglesia católica tiene autoridad en qué apoyarse para tolerar y hasta patrocinar estas saludables procesiones.

—Os suplico, señor—contesta el Gobernador—que suprimáis la asistencia de mujeres á semejante acto, que será para ellas causa de corrupción y para la ciudad un escándalo.

—Obedezco á órdenes superiores, señor Gobernador, y no me es lícito separarme de ellas.

A pesar de todo esto, las procesiones comienzan. Si en las de hombres hubo escenas ridículas é inmorales y se oyeron dichos equívocos, pues desde las ventanas, las mujeres de Maracaibo veían pasar las procesiones y se recreaban en presencia de incidentes grotescos, y prestaban los oídos á frases que, cual flechas lanzadas por hábil cazador, llegaban á su destino; en las de mujeres, la delicadeza descendió bajo cero, y las niñas recibieron la primera lección de amor mundanal.

Cuando concluyeron las procesiones de hombres, el Gobernador Don Alonso de la Riva exhortó de nuevo al Vicario á que no llevase á remate atentado tan público contra el pudor de la mujer. El Vicario se hizo en esta ocasión más sordo que en la primera, y el mandatario político hubo de ser testigo obligado del vilipendio inferido á la mujer venezolana.

En el oficio que aquel dirigió al Monarca, leemos:

"Jamás, señor, ciudad alguna de América y de España presenció actos tan inauditos, tan ofensivos á la dignidad y pudor de la mujer. Cuando presencié las procesiones de hombres, nada dije; pero cuando vi que se llevaban á cabo las de mujeres, traté de impedirlas con consejos y observaciones, más todo fue inútil. Ni por cortesía me comunicaron las autoridades eclesiásticas de Maracaibo tan funesta y repugnante innovación en la historia de un pueblo."

Cuando Carlos III conoció los pormenores de

lo que había pasado en Maracaibo, dicen que exclamó: ¡Santo Dios, la mujer vapulándose públicamente, en las prolongadas horas de la noche y en presencia de los hombres de una ciudad! Y dirigiéndose al Secretario de Ultramar, agrega: "Diga usted al Gobernador de Maracaibo, que sea esta la primera y última vez que salgan las mujeres en penitencia escandalosa. Que no haya procesión de ninguna especie, sin la licencia concedida por el Obispo; que cuanto dispongan el Vicario y curas de Maracaibo, tiene que ser sometido al dictamen de su Gobernador. En cuanto á los sacerdotes autores de tamaño escándalo, mando que sean sometidos á juicio por haber desobedecido las sinodales del Obispado de Caracas, pauta que debe observarse en casos semejantes."

Y en otro oficio al Obispo de Caracas, leemos, entre otras cosas: "Ordena S. M. decir al Obispo de Caracas y de Venezuela, que lo sucedido en Maracaibo respecto de las procesiones públicas de mujeres, no es la religión de Cristo, que nada tiene de escandalosa ni de ludibrio." (1)

¿Llovió después de las flagelaciones? Lo ignoramos.

1 Papeles y Reales Cédulas de la Obispalía de Caracas.

CÓMO SE LIGAN LAS REVOLUCIONES Y SUS HOMBRES

—

El año de 1783, tiene para nosotros los venezolanos, no sólo el mérito cronológico de señalar el punto de partida de una época histórica, la cuna de Bolívar, sino también la coexistencia de incidentes que se relacionan con la brillante revolución que trajo la emancipación de la América del Norte, y fundación de la primera república en el continente de Colón, é igualmente con las dos grandes revoluciones que siguieron á aquella conquista del progreso universal: la revolución francesa en el Viejo Mundo, la revolución hispano-americana que tuvo su punto de partida en la patria de Bolívar.

El nacimiento de Bolívar estuvo por lo tanto precedido de la emancipación norteamericana. El cataclismo político que sigue, trajo la creación de la república francesa; y cuando Bolívar, que nace entre uno y otro acontecimiento, llega á la edad propicia, aparece como el director y fundador, después de sostenida lucha, de una gran porción de las nacionalidades sudamericanas. He aquí tres grandes conquistas de la humanidad que se realizan en el corto espacio de sesenta años, y se acercan por sus hombres esclarecidos y por la mancomunidad de

ideas, de esfuerzos y de victorias. Sólo á un venezolano, á un ilustre venezolano, le cupo la gloria de haber figurado en estas radiantes etapas que constituyen la república en ambos mundos; á Miranda que comienza su carrera militar en la legión española que contribuía al éxito de la obra de Washington; que figura en primera escala, en los ejércitos de la república francesa, y crea finalmente, con su palabra ardiente, con sus esfuerzos, la República Venezolana en 5 de julio de 1811. Cuando este máximo fundador de la emancipación sud-americana desaparece en el torbellino de los primeros acontecimientos, Bolívar, el que había nacido en 1783, le sucede: era el llamado á luchar, á vencer, á realizar la obra desde Caracas hasta las orillas del Titicaca, desde la silla del Ávila hasta los altos y nevados volcanes de los Andes.

Pero hay todavía otros hechos, incidentes casuales si se quiere, que acercan las épocas y sus hombres, al través del tiempo y de los acontecimientos sociales.

Eran los días en que una escuadra francesa visitaba á Puerto Cabello, con el objeto de aguardar en aguas de este puerto, el resto de la flota francesa, bajo las órdenes del almirante Estaing, que había salido de Cádiz y debía unirse á la española de la Habana, bajo las órdenes del almirante Solano, con el propósito de atacar unidas á la isla de Jamaica. A bordo de los buques de guerra surtos en Puerto Cabello, estaba el joven conde de Segur, hijo del viejo marqués de Segur, á la sazón Ministro de Guerra de Luis XVI. Cansado de aguardar, obtuvo el permiso de hacer una pequeña excursión hasta Caracas, en unión de algunos de sus compañeros. Resolvióse que unos vendrían á la capital por mar, y otros lo harían

por los valles de Aragua. Los compañeros de Segur eran Alejandro de Lameth, Bozon, Linch, Matías Dumas, Champcenetz, el conde Christiern de Dos Puentes, Desoteux, el Duque de Laval y otros más; todos ellos de la nobleza francesa que regresaban al suelo natal, después de haber servido á la revolución y república de Washington, bajo las órdenes de Lafayette. Eran, por lo tanto, republicanos de corazón los que visitaban á la ciudad Mariana en los días en que estaba próximo á nacer aquel á quien conoce la América española con el título de EL LIBERTADOR.

Nunca viajeros más finos y galantes habían honrado á Caracas. Llegaban en la época del carnaval, y eran por lo tanto, festejados por las beldades caraqueñas, que desde sus ventanas, los saludaban con alegría y hacían caer sobre la cabalgata, puños de grajeas, de nueces y de confites, á la usanza de aquel entonces. En sus *Memorias, Recuerdos* y *Anécdotas*, el conde de Segur, después de dedicarle elocuentes frases á la naturaleza tropical, al paisaje siempre riente y animado de nuestra zona, agrega:

"Éramos aguardados y la cortesía española hizo á nuestra cabalgata, galante recepción. Todos se apresuraban, á cual más, á ofrecernos su casa, mientras que las damas abrían sus persianas, nos saludaban desde sus balcones; en fin, éramos recibidos, como pretenden los cronistas, que lo eran antiguamente los paladines en los castillos á donde llegaban á descansar, después de una corrida de aventuras."

Una escena del carnaval de aquella época llamó la atención de los nobles viajeros. Escuchemos el relato de ella que nos ha dejado Segur:

"Encontramos en Caracas, un juego á la moda, tan agradable como original. Caballeros, matronas y señoritas, ninguno salía de su casa, durante el carnaval. sino con las faltriqueras provistas de confites ; y al encontrarse los grupos en las calles, se lanzaban aquéllos á manos llenas. Nadie podía sustraerse de esta metralla, que no producía sino hilaridad y expansión. Era ésta, seguramente, la más suave é inocente guerra, sin embargo de venir acompañada de algún acontecimiento imprevisto. Invitados á una comida en la casa del Tesorero real, pudimos ser testigos de cuanto dejamos asentado. Figuraban en la mesa algunos reverendos Padres de la Inquisición que honraban el acto con su presencia, celebraban la riqueza de los vinos y participaban con gracia de la alegría general. Al llegar la hora de los postres, la señora Tesorera da la señal del combate, y por todas partes vuela enjambres de confites. Estalla al instante la lisa; pero de repente, uno de los inquisidores, más que animado por su brusca alegría, juzgó que el confite era muy ligero, y tomando una gruesa almendra la lanzó en medio del torbellino. Esta bala fue directamente á caer sobre la nariz del Duque de Laval, quien no gustando de los padres ni de sus chanzas, correspondió con una de á veinte y cuatro: es decir, con una gran naranja, que sin respeto, hirió en la cara al reverendo inquisidor. Al instante los españoles se levantan consternados, las señoras se persignan, cesa el juego, y concluye la comida. Pero el reverendo Padre, afectando cierta alegría que desmentía su fisonomía, hizo que todos tornaran al juego, tan gravemente interrumpido. Creo que si no hubiéramos tenido en un puerto de la costa vecina, cinco mil amigos armados, el inquisidor, menos indulgente, hubiera ofrecido al Duque de Laval, duran-

te algún tiempo, uno de esos calabozos sombríos y húmedos de los que tenía un gran número á su disposición." (1)

Después de prolongada semana de bailes, de paseos, de conciertos, etc, los nobles huéspedes de Caracas, no querían dejarla. Se habían enamorado de nueve beldades á quienes conocía la capital con el nombre de las *Nueve Musas:* era la familia Jerez-Aresteigueta, en la cual descollaban nueve hermanas que llevaban los siguientes nombres: María Mercedes, Josefa, María Rosa, Teresa de Jesús, María Begoña, Manuela, María Francisca, María de Belén y María Antonia; todas ellas admirables por la belleza, por la gracia y por la amenidad del trato social. Si Alejandro de Lameth concedía á Belén la corona del triunfo, De Segur se decidió por Panchita: si el Marqués de Laval, ponderaba los encantos de Mercedes, Matias Dumas, juzgaba á Teresa de Jesús, como la diosa de las fiestas caraqueñas. Linch, el festivo Linch, vagaba, como la mariposa de flor en flor; el Conde de Dos Puentes aspiraba á ser el único Apolo del espléndido grupo de las Musas caraqueñas. Es lo cierto que la interesante pléyade de los campeones de la libertad, en el Nuevo Mundo, salieron más que emocionados, no teniendo por único tema de conversación, durante la travesía de Venezuela á las costas de Francia, como lo escribe el conde de Segur, sino los nombres de aquellas nueve beldades y los gratos recuerdos de los días festivos que habían pasado en Caracas.

Al llegar á La Guaira, debían seguir por la costa á Puerto Cabello, y á este efecto estaban sur-

1 *De Segur*—Memoires, Souvenirs et Anécdotes—París—3 vols—1826.

tos en la bahía, dos botes de la escuadra francesa. En el primero iban el conde de Segur y sus compañeros, y en el segundo el conde de Dos Puentes y un oficial del Estado Mayor, el festivo Linch. Favorable soplaba la brisa y contentos remaban los marineros, cuando de súbito se divisa en el horizonte una fragata de guerra, que hace rumbo hacia los botes costaneros. Aunque el buque enemigo tenía bandera francesa, el conde de Segur, lleno de sospecha, ordenó seguir la costa, evitando las rompientes; esto lo salvó. No sucedió así con la embarcación del conde de Dos Puentes que, juzgando á aquélla como amiga, se retiró de la costa. A poco andar, un tiro de cañón, cuya bala pasa cerca de los viajeros, los alerta, y el bote se rinde al buque enemigo, que recibe á su bordo á los oficiales franceses y marineros. La fragata enemiga era la *Albemarle*, de la escuadra inglesa de las Antillas, mandada por un joven marino que hacía poco había comenzado con brillantez su carrera, por sus aventuras y arrojo, como crucero ó corsario en varios mares. El galante marino recibió á sus prisioneros con tal galantería, que á poco, la resignación fue embellecida por los honores del buen tratamiento y de la más fina cortesía. Cuando la fragata se retiró de la costa y siguió su rumbo en alta mar, el corsario llamó á sus prisioneros y les dijo:

"Concibo perfectamente que debe ser muy penoso para un Coronel de regimiento y para un oficial de Estado Mayor del ejército francés, verse privados de su libertad por una casualidad imprevista, y todo esto quizá, en los momentos de una expedición. Por otra parte, si grande hubiera sido mi honra al haberos hecho prisioneros después de un combate, poco lisonjero es para mi amor propio, el haberme apoderado de dos oficiales que se paseaban á

orillas del mar. He aquí, por lo tanto, mi resolución: —He recibido órdenes de mi Jefe para reconocer, lo más pronto posible, en las aguas de Puerto Cabello, vuestra escuadra, allí anclada; y voy á ejecutarlas. Si se trata de darme caza y es la nave la *Corona* la que sale en mi persecución, os conduzco y os acompaño, sin perder tiempo, porque esta fragata es tan velera que yo no podría escaparme. Cualquiera otra poco me inquieta, y en este caso, os prometo poner á vuestra disposición la pequeña balandra española que mantengo en mí poder, así como dos marineros que os conducirán al puerto y os devolverán á vuestras banderas."

Así sucedió en efecto: el joven corsario al llegar á Puerto Cabello, en que una parte de la tripulación y oficiales franceses estaban en tierra, tiene tiempo para examinar y estudiar la escuadra francesa. Dos horas después, la fragata *Ceres* salía en su persecución. El corsario cumplió su ofrecimiento; y tan luego como la *Ceres* maniobró, el conde de Dos Puentes y su compañero descendieron á la balandra española y siguieron al puerto, en tanto que la *Albemarle* se escapaba y perdía en el horizonte. (1)

¿Quién era aquel joven corsario, héroe de la aventura, tan generoso como hidalgo? Astro de gloria, de los mares había surgido, y en el Océano debía encontrar su ocaso luminoso. Aquel corsario de veinte y tres años, cuyo nombre celebran las olas que bañan los continentes y los archipiélagos, fue el titán de las aguas: el que en Aboukir destruye la flota de Bonaparte, en 1799, y el que levantándose en 1805, en las aguas de Trafalgar, su propio mausoleo, con las escuadras de poderosos rivales,

1 Véanse *Segur*.—Memoires etc. y *Southey*—Life of Nelson.

desaparece entre los estruendos del combate y los gritos de victoria. Aquel corsario que cruzaba las aguas entre La Guaira y Puerto Cabello en 1783, lo conoce la historia con el nombre de Horacio Nelson.

¿Hacia dónde se encaminan estos espíritus juveniles que acaban de iniciar su carrera política en las huestes de Lafayette inmortalizadas por Washington? Ignorantes de los arcanos que guarda el destino, todos continuarán en pos de ilusiones y de quimeras. A unos les aguarda la diplomacia, á otros el campo de batalla; á unos la prensa, la historia, las academias; á otros la lucha parlamentaria, á todos y cada uno, triunfos y conquistas, reveses y desengaños. Cuando llega el día de las terribles venganzas, 1789, en la primera etapa de la libertad, todos están listos á entrar en acción bajo las órdenes de Lafayette; pero el día en que el horizonte se nubla y la revolución exige víctimas expiatorias, aquellos espíritus rectos se separan y ven pasar de lejos el temporal con sus arreos de sangre, de fuego, de exterminio. Lafayette abandona el patrio suelo; de Segur, se entrega á estudios serios; Lameth, después de combatir á Mirabeau, se retira, salvando la entereza de sus principios; acompaña en 1792 á Lafayette y se separa con éste, y así, Dumas, Linch y demás soldados de la libertad americana. Al finalizar el temporal político de 1789, surge el Consulado y tras éste el Imperio napoleónico. Segur vuelve á la vida política: el académico figura en alta escala en la corte de Napoleón el Grande. Dumas, el oficial de Rochambeau, en las praderas de Washington, por sus esfuerzos en los campos de batalla, alcanza el alto grado de la mi-

licia y continúa figurando en las dinastías que sucedieron á la caída de Napoleón. Alejandro de Lameth, en fin, escritor, militar, orador, figura igualmente en las épocas del Imperio y de la Restauración, y es uno de los apóstoles de la monarquía constitucional en Francia.

Antes de llegar esta época de las libertades públicas, en los días en que Lafayette visitaba la América del Norte, en 1826, y era recibido con entusiasmo delirante por un gran pueblo agradecido; en estos días, la familia de Washington comisiona al héroe de York-Town, para que hiciera llegar á Bolívar algunos recuerdos del ilustre fundador de la república. En aquéllos días, el Congreso y pueblo de los Estados Unidos de América, en fiesta solemne, proclaman á Bolívar como el Washington de la América del Sud. (1)

En su *Historia Universal* que concluye en 1822, de Segur no habla de la República de Colombia; pero en sus *Memorias* publicadas en 1826, el historiador le dedica á la obra de Bolívar los siguientes conceptos:

"Al alejarme de este bello continente, 3 de abril de 1783, me acompañó el pensamiento de que su opresión no duraría mucho tiempo y que días de libertad y de prosperidad le aguardaban. Los sucesos han justificado mi previsión. La República de Colombia se ha formado en medio de las tempestades: triunfó el valor de la fuerza, y la paciencia de los obstáculos. Pueda esta nueva República, después de su triunfo, gozar de la dicha interior, que no puede surgir sino del orden y del respeto á la ley. Pueda ella, imitando á los

1 Véase nuestro estudio intitulado: *Washington en el Centenario de Bolívar.*—1883—1 cuaderno.

Estados Unidos de América, tener siempre presente que la libertad tiene más que temer de las pasiones de aquellos que la sirven, que de los enemigos que la combaten."

Como corolario elocuente de los conceptos honrosos de Lafayette por Bolívar, y de las líneas escritas por el conde de Segur respecto de Colombia, pongamos á continuación la interesantísima carta de Alejandro de Lameth al Libertador, en la época en que la fama de éste alcanzaba éxito brillante, en los diversos países del Viejo Mundo. Dice así:

"París: 3 de abril de 1826.

"*A S. E. el Libertador Presidente, Simón Bolívar.*

"General Libertador:

"Arrebatar inmensas comarcas á la superstición, al monopolio y al despotismo, tanto más bochornoso cuánto él mismo se inclinaba bajo el yugo monacal; dar la libertad, llamar á la verdadera civilización pueblos sometidos hace siglos por las artes imperfectas de la Europa; asociarse y saber dirigir las generosas inspiraciones de hombres que no aspiran sino á la igualdad; obtener un éxito completo por la reunión de grandes talentos, de un valor audaz y prudente, de una constancia inalterable, de un desinterés sin límites, del cual todos los corazones generosos podrán dar testimonio en lo porvenir; tal es, General Libertador, el prodigio que ha proclamado á usted como el primer ciudadano del mundo.

"Nosotros hemos mostrado también á la Europa y presentado á la Historia el modelo de uno de los hombres más extraordinarios que han existido. Ha excitado la admiración por la extensión

de sus concepciones, por la energía de su carácter, por una incontestable superioridad de luces. Ha vencido á las naciones, les ha dado reyes que se han prosternado ante él, y leyes que todavía aman los pueblos. Era omnipotente en Europa, pero rechazó la libertad y cayó!

"Todos los reyes, en el exceso de su alegría, se reunieron con la esperanza de comprimir los pueblos. Hace diez años que se esfuerzan en recoger todos los fragmentos del poder arbitrario que derrocaron los generosos principios proclamados en 1789. Hace diez años que el continente europeo gime bajo las astutas tramas de una criminal conjuración contra el derecho de los pueblos. Sin embargo, no durará mucho su triunfo; la gran mayoría de los pueblos, de los franceses, al menos, tiene la convicción de sus derechos, el conocimiento de sus verdaderos intereses, y si un gran número muestra debilidad todavía, nadie entre ellos presta su asentimiento á un sistema subversivo de toda prosperidad pública.

"Si nuestros primeros esfuerzos, ciudadano Libertador, pudieron excitar la emulación de los pueblos de la América del Sud, éstos nos devuelven hoy servicios por servicios, y su constancia heroica por la defensa de su independencia y por el establecimiento de su libertad, es una lección no exenta de frutos para naciones fatigadas por largas y penosas convulsiones.

"Toda Francia honra á usted, ciudadano Libertador, por haber ayudado con sus altas concepciones, con sus generosos sentimientos, con su noble desinterés, con su inquebrantable carácter, á pueblos que, de acuerdo con los Estados Unidos de la América Septentrional, podrían asegurar aun el triunfo de la libertad y su inmortal duración, si,

lo que no es de temer, la vieja Europa consintiese alguna vez en vestir de nuevo la antigua librea del despotismo, en doblegarse otra vez bajo el yugo de las preocupaciones y del privilegio, y en soportar los abusos, los excesos y los vicios, que de tal estado se deducen, como inevitables consecuencias.

"Al lado del aplauso general de una Nación que no carece de glorias, y que busca con notable celo el perfeccionamiento de la civilización, no puede tener gran precio el homenaje de un ciudadano que no cuenta otro mérito que haber consagrado su vida á la defensa de la libertad de su país; si no se dirigiese al ilustre defensor, no sólo de la Patria, sino de todas las comarcas de un vasto continente.

"En tal confianza, ciudadano Libertador, me tomo la libertad de ofrecer á usted dicho homenaje, acompañado de mis más sinceros votos por la conservación de los preciosos días de usted y por el éxito de todas sus operaciones, que son otros tantos beneficios para la humanidad.

ALEJANDRO LAMETH.

"P. S.—Mis hermanos, los Generales Teodoro y Carlos de Lameth, me encargan ofrezca á usted también el homenaje de sus respetos." (1)

Esta carta, desapercibida para la mayoría de los lectores de la correspondencia de Bolívar que no conocen la historia de los extranjeros que escribieron al Libertador, tiene fecha de 3 de abril de 1826; la misma fecha en que cuarenta y tres años atrás, dejaba el autor á Caracas en unión de sus compa-

1 La firma está adulterada, pues no es Lamethy sino *Lameth*. Fueron los hermanos Teodoro, Carlos y Alejandro; todos alcanzaron nombre por sus talentos y virtudes republicanas.

ñeros, y cuarenta y tres años de haber nacido en la misma ciudad Simón Bolívar, el 24 de junio de 1783. Ni Lafayette, ni Segur, ni Lameth, ni la familia de Washington, creyeron jamás que á la Revolución norteamericana seguiría la francesa y á ésta la hispanoamericana, verificadas todas en el lapso de sesenta años. Cuando estas figuras distinguidas celebraban las glorias del Washington del Norte, no podían preveer que ellos mismos celebrarían, á poco, en la misma América, las glorias del Washington del Sud. Así se corresponden las revoluciones provechosas, y se acercan los hombres que las han dirigido, como fuerzas que obran de concierto en cumplimiento de las incontestables leyes de la Historia.

CARACAS FUE UN CONVENTO

—

Nos llama la atención la diversidad de caracteres que distinguieron á los prelados de Venezuela desde los más remotos tiempos, desde Bastidas en 1536, hasta nuestros días. Entre ellos figuran varones eximios por sus virtudes, caracteres intolerantes y díscolos, espíritus progresistas y benévolos, corazones nacidos para el amor y la caridad, verdaderos apóstoles del Evangelio en la tierra venezolana; cada uno en obedecimiento á la educación que había recibido, á la índole de su naturaleza, y al influjo de la época en que figuró. Si Bastidas, joven inexperto, lleno de nobles sentimientos respecto de la iglesia venezolana, se deja arrastrar por las influencias contagiosas de los conquistadores, y favorece la esclavitud del indígena, sus sucesores, fray Pedro de Agresa y fray Antonio de Álcega, representan las más empinadas cumbres del ministerio apostólico. Tan santos varones abrieron, así puede asegurarse, el camino fructífero de la enseñanza y de la práctica de la virtud en los primeros pueblos que fundara entre nosotros el conquistador castellano. Fray Juan de Bohorques fue el iniciador de

aquella lucha secular que conoce la historia de Venezuela con el nombre de *Competencias;* y hombre indigno del sublime encargo de que había sido revestido. Había nacido no para llevar el báculo del apóstol y sí la alfange de los conquistadores. Mauro de Tovar, fue un espíritu intransigente, voluntarioso y aun déspota, pero sumiso ante sus deberes religiosos y hasta humilde en su asistencia á los necesitados. Contagiado por la epidemia de su época, las *Competencias*, é imbuido de las máximas de Hildebrando, según asienta el historiador Yanes, quiso dar á su autoridad tal preeminencia y extensión, que exigía que el poder civil le estuviese subordinado, propasándose á conocer y juzgar de la conducta y hechos domésticos de las familias, so pretexto de pecaminosos. Eran estos errores, hijos de su carácter y de su tiempo, antes que de su corazón. En las épocas de lucha social, de conquistas armadas, los caracteres más humildes se convierten en solemnes tiranuelos.

Fray Antonio González de Acuña y Don Diego de Baños y Sotomayor fueron apóstoles de progreso, y con ellos Don Juan José de Escalona y Calatayud, corazón caritativo y espíritu ilustrado. Celosos defensores de la disciplina eclesiástica, creadores, reformadores, siempre dispuestos al ensanche de cuanto redundara en beneficio de la instrucción eclesiástica; éstos y otros varones del apostolado venezolano de las pasadas épocas, sembraron buena semilla é hicieron cuanto estuvo al alcance de sus facultades.

Mas al llegar á los días en que figuraron los últimos prelados de quienes acabamos de hablar, un carácter, que parece que desconocieron nuestros historiadores modernos, nos llama la atención: nos referimos al Obispo Don Diego Antonio Diez Ma-

droñero, que figuró desde 1757 hasta 1769. Los cronistas venezolanos nos lo presentan como protector de las fábricas del Seminario y del templo de los Lázaros, y creador de los ejercicios espirituales llamados de San Ignacio, que practican los escolares de la actual Escuela Episcopal; pero esto es nada ante la constancia de este reformador de costumbres, de este innovador religioso, monomaniaco pacífico, que supo transformar á Caracas, durante los doce años de su apostolado en un convento, en el cual sólo faltó que los moradores de la capital vistieran todos el hábito talar.

Ninguno de los Obispos y Arzobispos de Venezuela ha dejado en nuestra historia eclesiástica, una estela más prolongada; y todavía, después de ciento veinte y dos años que han pasado, desde el día de su fallecimiento, todavía perdura algo de su obra, á pesar de las revoluciones que han conmovido la sociedad caraqueña. Con su voluntad inquebrantable, con sus edictos, con su constancia supo imponerse y cortar de raíz hábitos inveterados por la acción del tiempo. Y coincidencia admirable! La época de este prelado que hizo de Caracas un convento, es la misma en que figuró, como Gobernador, el General Solano, espíritu recto, liberal, que puso á raya á los nobles y mantuanos de Caracas, sabiendo, desde su llegada, emanciparse de toda influencia española ó americana, pues obraba con conciencia propia, ayudado de un criterio tan justo como ilustrado: así y sólo así, pudo acabar con el contrabando, ensanchar la ciudad, vencer á los caciques tenaces del Alto Orinoco, y dejar su nombre bien puesto en los anales de la patria venezolana.

Quiso el Obispo salvarse del influjo pernicioso de las *Competencias*, y aliándose con el Gobernador,

salvó el escollo como pudo, y obró con su leal saber y entender en la educación del rebaño caraqueño. A los pocos días de su llegada á la capital, conoció la índole de sus moradores, y puso por obra cuanto le sugirió su pensamiento. ¿Qué hizo durante su pontificado? Comprendió que la ciudad necesitaba de una patrona que llevase nombre indígena y creó á Nuestra Señora Mariana de Caracas; y desde entonces llamóse á Caracas, *la ciudad Mariana;* vió que las calles y esquinas no tenían sino nombres de referencia, y bautizó calles y esquinas con nombre del martirologio, é hizo excavar nichos en algunas paredes, para colocar imágenes, é impuso á todas las familias del poblado, á que fijaran sobre la puerta interior del zaguán, la imagen del patrón ó la patrona de la casa. Encontró que el pueblo de Caracas, era partidario de bailes antiguos, conocidos con los nombres de la zapa, el zambito, la murranga, el dengue, etc., etc., y con un edicto los enterró. Quiso el prelado levantar el censo de la capital, y sin necesidad del poder civil, y con sus curas y monigotes, formó el padrón de la capital, sabiendo á poco el número de habitantes de cada casa, edades, condiciones, nacionalidad, y sobre todo, los que se habían confesado y comulgado. Un incidente inesperado, el fuerte sacudimiento de la tierra, en octubre de 1766, lo pone en la vía de exaltar el culto á la virgen de las Mercedes, patrona de la ciudad y de las arboledas de cacao, y la hace reconocer también, como abogada de los terremotos. En conocimiento de que la mayor parte de las propiedades agrícolas, vecinas de Caracas, carecían de oratorios, concede la licencia necesaria, y á poco, se rezaba la misa en todas estas capillas privadas. Excita á la población, tanto de la capital como de los campos, á que rezaran la oración del rosa-

rio, diariamente, y no quedó familia ni repartimiento que no lo hiciera en congregación antes de acostarse. Quiso que la imagen de la Virgen del Rosario se viera con frecuencia en las calles de Caracas, y estableció que la procesión saliese de cada parroquia cada siete días. Y para sostener la fe, hizo que se representara en los teatricos ambulantes, loas y autos de fe en gloria de la Virgen celestial, con preferencia á sainetes necios y ridículos. Por supuesto, que los sexos debían estar separados en estas reuniones de carácter popular. Protegió las cofradías, las procesiones, el culto á la Copacabana y se recreó en la contemplación de de su obra. Finalmente, quiso acabar con el juego del carnaval, y lo sustituyó con el rezo del rosario, en procesiones vespertinas, durante los tres días de la fiesta carnavalesca.

¿Qué consiguió el prelado con todo esto? Fundó la estadística, que no se conocía; levantó los cimientos del alumbrado público, costeado por los dueños de casas, favorecedores del culto católico, y sin que las rentas gastaran un centavo; acabó con el zambito, la zapa y bailes livianos; enterró, durante once años, el juego del carnaval; impuso á toda familia el rezo diario del rosario; acostumbró á los niños y criados á que gastaran sus economías favoreciendo las procesiones nocturnas de cada parroquia, y puso, finalmente, nombre á todas las calles y esquinas de la Caracas de antaño.

La capital fundada por Losada se había convertido en un hermoso convento, como vamos á probarlo.

I

LA CARACAS DE ANTAÑO

—

Nada más curioso en las pasadas épocas de esta capital, *Santiago de León de Caracas*, que las numerosas fiestas religiosas que, durante el año, tenían divertidos á sus moradores. Con fiestas y octavarios comenzaba enero, y con fiestas y aguinaldos remataba diciembre, sin que hubiera tiempo al descanso; que la sociedad caraqueña, en su totalidad, no tenía en mientes otra materia, como elemento de vida, que las fiestas en los templos y las procesiones en las calles, con el objeto de celebrar el día de alguna Virgen, ó el de algún patrono de la capital.

Quince templos tenía Caracas á mediados del último siglo, á los cuales pertenecían algunas capillas contiguas, y cerca de cuarenta cofradías y hermandades religiosas que entre otras, llevaron los nombres de *Dolores*, *San Pedro*, *Las Ánimas*, *San Juan Nepomuceno*, *Los Trinitarios*, *Los Remedios*, *San Juan Evangelista*, *Jesús Nazareno*, *Santísimo Sacramento*, *Las Mercedes*, *El Carmen*, *Santa Rosalía*, *La Guía*, *La Caridad*, *El Socorro* y *Candelaria*, todas compuestas de libres y de esclavos; á manera de sociedades religiosas encargadas del culto de alguna imagen ó de la fábrica de algún templo, y dedicadas al servicio de las cosas divinas. Y como cada una de ellas, según su reglamento, vestía de una manera igual en la forma, aunque distinta en los colores, sucedía que, reunidas todas en días solemnes, daban á la población un aspecto carnavalesco, aunque se presentaban silenciosas y recatadas. Aceptaron unas el color azul, el blanco otras; y las había también con hábitos color de púrpura, mora-

dos, negros y marrones. Ya llevaban al cuello cintas de colores, ya escapularios bordados sobre el pecho, ya, finalmente, escuditos de plata ú oro en las mangas; pues era de necesidad que cada una cargase un distintivo, desde luego que todos los hermanos tenían de común el andar con la cabeza descubierta y con una bujía de cera en la mano.

Si á la pluralidad de las cofradías y hermandades se agregan los frailes de los conventos, con hábitos de color azul, blanco, y blanco y negro, se comprenderá que una fiesta religiosa de los pasados tiempos de Caracas, acompañada de las cruces y guiones de cada hermandad, y de las cruces de la Metropolitana y de las parroquias, debía aparecer como un mosaico de múltiples colores. En los días solemnes, como los de Corpus-Cristi, Jueves Santo, Santiago, etc., etc., y también en el entierro de algún magnate español ó caraqueño, veíanse reunidas todas estas Corporaciones, haciendo séquito al Ayuntamiento, Gobernación y Audiencia, pues en tales casos hacía gala cada Cuerpo é individuo del rango que representaba en la esfera política ó religiosa; de su riqueza y posición social; ó, finalmente, de la vanidad con que quería aparecer inflado, hueco ó sólido, según los méritos que suponía tener ó los que le concedieran sus semejantes.

Sólo una de las hermandades tenía el privilegio exclusivo de pedir limosna el día en que la justicia humana decretaba la muerte de algún criminal: era la de *Dolores*, la cual, horas antes de la ejecución, recorría las calles llevando un crucifijo y un plato, é iba de casa en casa recitando el siguiente estribillo: *Hagan bien para hacer bien por el alma del que van á ajusticiar*. A poco se escuchaban cuatro ó más tiros de fusil en la pla-

za de la Metropolitana ó en la de San Jacinto, y los dobles de las campanas de los templos. Con el producto de la limosna conseguida se pagaban los gastos del entierro, las misas que por el alma del ajusticiado debían rezarse, el regalillo á la pobre familia del reo y algo para los hermanos de la cofradía, pues la justicia entra siempre por casa.

Las cofradías y hermandades vivían por lo general, de las economías que cada una guardaba, y también de la limosna pública, la cual se solicitaba de varios modos. Por lo común, en los días solemnes, á la puerta de los templos, donde cada hermandad tenía mesa cubierta de riquísima carpeta, en la cual sobresalía una bandeja de plata, de plomo ó de latón. Era esta operación una especie de peaje forzado, donde la concurrencia que entraba y salía del templo se veía asediada por la tropa de pedigüeños y limosneros. Y ocasiones hubo en que las diversas cofradías se disputaron la limosna de algún personaje extranjero que, atolondrado por una lluvia de gritos donde se percibían: —*para el Santísimo, para las ánimas benditas, para la cofradía de los Dolores, para la fábrica del templo, etc, etc:*—no sabiendo qué hacer, procuraba salvarse de aquel ataque inusitado.

La costumbre de pedir limosna tenía sus días clásicos y era siempre de carácter doméstico, puesto que no podía pasar de las puertas de cada templo; mientras que había otra, de carácter público, que se extendía hasta las últimas chozas del poblado. Queremos hablar de la compañía de santeros, delegados de las comunidades y cofradías. Eran aquéllos, por lo general, hombres ancianos, cuyo encargo se limitaba á recoger limosna, para lo cual llevaban, como divisa de su oficio, una imagen en

pintura ó escultura, exornada de flores naturales; una cesta ó *macuto* que pendía del brazo, y algunos rosarios, reliquias, escapularios, novenas y otros objetos religiosos que vendían á los fieles.

Con tal industria ganaban los santeros su vida, pues además de la limosna en dinero efectivo, llenábase el *macuto* á cada instante de efectos comestibles. La visita diaria de estos comerciantes religiosos al mercado público, era un hecho curioso: si por una parte los compradores depositaban en manos del santero el centavo de la limosna, después de arrodillarse y de besar la imagen, por la otra, los vendedores depositaban en el pro longado cestillo huevos y verduras, pan y fritadas que pagaba el santero con sonrisas, y también con el permiso de besar la imagen del santo ó virgen que le servía de pasaporte para llamar á todas las puertas y recibir limosna de todos los fieles.

Desde el día de la Circuncisión de Jesucristo, al comenzar el año, hasta el de la Natividad, que lo remataba; y desde el Viernes de las Llagas, primero que anunciaba la Cuaresma en el templo de San Francisco, hasta el del Concilio, en que por la tarde subía el Nazareno de San Jacinto, en peregrinación, á la colino del Calvario, y por la noche la Dolorosa de Altagracia, hasta el Domingo de Resurrección en que remataba la pasión, Caracas vivía en estado de vértigo. Aderezábanse las señoras de pie á cabeza, ostentando las más ricas joyas; llevaban las matronas su cola de esclavas; acompañaban las autoridades las principales procesiones, y gala hacían los batallones de sus limpias armas y bellos uniformes, en tanto que la primera autoridad de la colonia, repleta de vanidades y de ignorancia, atraía la mirada contemplativa de los necios, que en una sonrisa ó en un saludo, encontraban la suprema dicha.

Una de las fiestas que más entretenía á los caraqueños, durante la época colonial, era la dedicada á la *Venta de las bulas*, la cual se efectuaba cada dos años, en la Metropolitana.

Lo que en los días de las Cruzadas llamóse *Bula de la Santa Cruzada*, fue cierta indulgencia ó gracia concedida por el Sumo Pontífice á los que se aprestaban en la conquista de la Tierra Santa. Con el producto de la venta, se contribuía á los gastos de la conquista, patrocinada no sólo por los que en ella figuraban, sino igualmente por toda la cristiandad. Pero tan luego como cesó el espíritu de conquista y remató la guerra de las Cruzadas, el Gobierno de España, después de emprender la destrucción de los moros y la civilización de los indios, hubo de obtener del gobierno de Roma el permiso de continuar con la venta de las bulas de la *Santa Cruzada* contra los nuevos infieles, á la cual se agregaron las de los *vivos*, la *de composición*, la de *lacticinios* y la de los *muertos*, que proporcionaron al Gobierno de España durante tres siglos cuantiosa renta. Cambió así la primitiva idea, con mayor beneficio, pues en la venta de las bulas había gerarquía de precios, desde dos reales hasta veinte pesos; y como las concesiones que dispensaba cada una de aquéllas debían de estar de acuerdo con la renta y posición social del comprador, sucedía que había orgullo en los ricos y pudientes en adquirir las más costosas; que en ellos obraba la vanidad como el principal aliciente.

Por la bula de la *Santa Cruzada* llamada de *vivos* que compraba todo el mundo, se conseguían admirables gracias, entre otras la de ser absuelto de toda especie de crímenes; y por la de *lacticinios* obtenían los clérigos licencia para comer cada uno á sus anchas, durante los días de ayuno. Por la llamada

de *composición* quedaban favorecidos aquellos que poseían bienes pertenecientes á la iglesia, por obras pías, ó dueños ignorados. Si las bulas de *vivos* y *muertos* favorecían á los necios y pobres de espíritu, la de *composición* era el triunfo de los ladrones, usurpadores y avaros.

De todas estas supercherías, de cuya renta disfrutaba el gobierno español, la bula de los *muertos* nos llama la atención. Un viajero francés que visitó á Caracas, al comenzar el siglo, después de hablarnos de las diversas bulas que se vendían en la capital, nos dice, respecto de la de los *muertos*, lo siguiente :

"Es una especie de boleta de entrada al paraíso, pues haciéndonos salvar el fuego devorador del purgatorio, nos conduce directamente á la mansión de los escogidos; pero es necesario advertir que una de ellas no puede servir sino para una alma. Así, desde el instante en que un español espira, sus parientes ocurren á la casa del Tesorero por una bula de *muertos*, sobre la cual se inscribe el nombre del difunto. Si la familia de éste no puede obtenerla por carecer de recursos, entonces dos ó más miembros de ella solicitan en la ciudad limosna con qué comprarla, y en el caso de no poder obtenerla, lloran públicamente y dan gritos escandalosos, con los cuales manifiestan, si poco la pena que les causa la partida del pariente, mucho el que éste no haya ido provisto de un pasaporte tan esencial.

"La virtud de esta bula no se limita á salvar el alma del purgatorio: tiene el poder de emanciparla de las llamas, donde se blanqueaba, á semejanza del amianto en el fuego; más aún, puede designar el alma que quiera salvar. Basta inscribir sobre la bula el nombre de la persona cuyo

cuerpo abandonó el alma, para que al instante las puertas del paraíso se abran para ésta. Por de contado, que es de necesidad una bula para cada alma, pudiendo obtenerse de cuantas bulas se necesiten, con tal que sean pagadas. Con piedad y riquezas es, por lo tanto, muy fácil vaciar el purgatorio, que no permanecerá por mucho tiempo solitario, porque la muerte incansable, remueve á cada instante los habitantes." (1)

La fiesta de las bulas tenía efecto en algunas ciudades de la América española en el día de San Juan, y en otras, en el día de San Miguel. Caracas pertenecía al primer grupo. Desde el amanecer todos los caraqueños se aprestaban á celebrar la solemne procesión, que comenzaba en el templo de las Monjas Concepciones y remataba en la Metropolitana. Al sonar las nueve de la mañana, las autoridades civiles y eclesiástica, acompañadas del pueblo, salían de la plaza mayor y se dirigían á la capilla de las Concepciones, donde se tomaban los paquetes de bulas que procesionalmente eran conducidos á la nave central de la Metropolitana, donde los colocaban sobre mesa ricamente vestida. Por razones de conveniencia no asistía á estas fiestas el prelado, pues hubiera estorbado al canónigo, comisario de la *Santa Cruzada*, que ocupaba el puesto de honor y presidía la ceremonia, que consistía en gran misa acompañada de sermón. Concluída ésta, comenzaba la venta de las bulas, tomando cada comprador la que cuadrara á su riqueza, posición social y nombradía, teniendo todas ellas, se entiende, después de pagadas, la misma virtud.

1 *Depons*—Voyage á la partie orientale de la Terre-Ferme. 3 vols—París—1806

Pero, no se crea por esto que en la Caracas llena de procesiones, durante el año, la humildad estaba á la altura de la devoción. No, que las autoridades civil y eclesiástica vivían como perros y gatos, queriendo cada una aplastar á la otra, pues en cuestiones de autoridad, fueros, prerrogativas y *el yo*, primero que todo, ninguna familia humana es más recalcitrante que la española y sus nietecitos de ambos mundos. Las autoridades civil y eclesiástica de Caracas, después de bombardearse con metrallas de insultos y de cometer sandeces y tonterías, acudían al Rey acusándose como pupilos de escuela. Por esto dijo un monarca de allende los mares, al ocuparse en cierto día en la resolución de una de tantas necedades, que "*no tenía ya tiempo ni paciencia para resolver las tonterías y disputas entre las autoridades de Caracas.*"

La vanidad religiosa, que consistía en favorecer la fábrica de los templos, en asistir á las procesiones, tenía su complemento en los entierros y en el recibimiento del viático en la casa de los ricos. En una capital donde no existían las carretas de la industria, que no comenzaron sino en 1778; donde no figuró el teatro, que no surgió sino en 1784; donde no había alumbrado público, el cual apareció casi al rematar el siglo, 1797; y donde las únicas diversiones consistían en los juegos de toros y cañas y en el de pelota, en los templos y procesiones, en los entierros y bautizos, debía buscarse solaz al espíritu y entretenimiento social.

Notables aparecieron siempre los entierros de los magnates de Caracas, no sólo por las posas que hacían en cada cuadra, sino igualmente, por la asistencia de todas las cofradías, cruces de las

parroquias y los empleados y Corporaciones, desde el último alguacil hasta el Capitán general Gobernador. El espíritu venezolano no podía desarrollarse sin el aliciente de las procesiones.

No existía en Caracas, para aquel entonces, ninguna agencia funeraria, siendo peculiar de las cofradías correr con los entierros, alquilando cada una lo que tenía; y como no había coches mortuorios, los cadáveres se cargaban sobre andas. Cada cofradía tenía ataúdes para ricos y pobres, consistiendo los primeros en urnas abiertas, de graciosa forma, con esculturas doradas, semejantes á las que sirven hoy para el entierro de los canónigos y Obispos. El cadáver iba descubierto ó velado con ligera gasa, y tan luego como concluían los oficios religiosos, la familia lo sacaba de la urna elegante, lo encerraba en un ataúd nuevo y era enterrado en algún sitio del templo.

Al celebrarse, en honra del difunto, los funerales de costumbre, días más tarde, se colocaba al pie del túmulo una media barrica de vino, una cesta llena de pan, y un carnero, como ofrenda á los manes de aquél, según costumbres de las épocas más remotas. Al regresar el acompañamiento á la casa mortuoria, tropezaba con dos filas de pobres de solemnidad que llenaban las aceras de la calle; y como era tanto el número de exequias fúnebres que se verificaban en Caracas, en pasados días, los mendigos más retirados del poblado, tenían que saberlo, por el hábito de solicitar la limosna, que se había hecho una necesidad.

Los muertos gozaban también, como los santos y vírgenes de los templos, de su octavario, consistiendo éste en reunión general de toda la parentela del difunto, con el fin de almorzar y comer, charlar, departir acerca de los asuntos del día, y

convertir el triste suceso en tema de parranda. Era de costumbre y de lujo el que toda la parentela contribuyese á estos días del octavario con obsequios culinarios; y tan mona era la rijidez del duelo, que hasta los pavos y jamones aparecían sobre la suculenta mesa con las patas y el mango llenos de lazos negros. Cubríanse las paredes de las salas con género oscuro, y se cerraban éstas después del octavario. Todos los esclavos participaban del duelo, no en el corazón, sino en los vestidos, y con éstos los retratos de los antepasados, los cuadros al óleo, las arañas colgantes, las mesas y cuanto objeto figuraba en las principales salas de la familia. ¡Cuántos contrastes se veían en estos días! Recogidos y llorosos estaban los allegados del difunto, mientras que la parentela, compuesta en casi su totalidad de epicuristas, se aprovechaba del octavario fúnebre.

En aquellos tiempos los entierros se efectuaban casi siempre de noche, y el duelo se despedía en la casa. Desde lejos se conocía un entierro en las solitarias calles de Caracas, por las dos filas de acompañantes, vestidos de duelo, por el hacha fúnebre que cada uno llevaba y los farolitos blancos de papel que resguardaban la llama del viento. Pero hay un signo distintivo que ha caracterizado en toda época los entierros de Caracas, y es la conversación, que se anima á proporción que el acompañamiento se acerca al templo de la parroquia. El murmullo de la concurrencia es tal, que una persona situada en el dormitorio más retirado de la calle, puede asegurar, por el ruido que produce la conversación, que un entierro pasa.

Los cadáveres de los pobres de solemnidad no pasaban de la puerta del templo, adonde venía el cura á rezar los oficios religiosos. Les estaba ce-

rrada la entrada á la casa de Dios, por carecer de medios monetarios. Esta infame gerarquía entre el pobre y el rico, sostenida por los curas de parroquia, en una gran porción de la América. trajo el más repelente escándalo que presenciaran las pasadas generaciones. La pobrecía, las madres, al verse desamparadas por los sostenedores del culto católica, rechazaron las oraciones religiosas y colocaron sus parvulitos en cestitas llenas de flores, en las puertas de los templos, en los nichos de la fachada de la Metropolitana, en la destruída escalinata al Este de San Francisco. No hubo día en remotas épocas en que no se vieran dos y más cadáveres de expósitos en los sitios indicados.

Los entierros de los párvulos pudientes se efectuaban siempre de tarde, y sólo eran acompañados de niños. Desde remotos tiempos eran conducidos en mesitas bellamente exornadas con flores y cintas; después por medio de cordones. Al regreso del cementerio aguardaba á los niños acompañantes suculenta mesa llena de confituras. Siempre Epicúreo en las casas mortuorias: tal fue la costumbre de pasados tiempos.

En la Caracas de antaño no había comparsas de llorones en los entierros; pero como el llanto, y tras éste el grito, son indicios del dolor, en muchos casos, sucedía que ciertas familias escogían, como hora propicia para manifestar el sentimiento, aquella en que salía el cadáver de la casa. Apenas se levantaban las andas, cuando comenzaba la gritería. Y como el llanto, así como la risa, tienen poder contagioso, sucedía que las familias que estaban ya en la casa y las que llegaban en el solemne momento, comenzaban también á llorar, á gritar, y á participar de tan ridícula como escandalosa costumbre.

La vida caraqueña la sintetizaban, en pasadas épocas, cuatro verbos que eran conjugados en todos sus tiempos, á saber: comer, dormir, rezar y pasear. El almuerzo se verificaba de ocho á nueve de la mañana; la comida de mediodía á la una de la tarde; la siesta hasta las tres, y tras ésta la merienda: á los negocios se le concedían dos ó más horas de la tarde, y seguían los paseos, visitas, etc, hasta las once ó doce de la noche. A las siete de la noche casi todas las familias rezaban el rosario dirigido por el jefe de la familia, pues otras lo hacían á las tres de la tarde.

A la hora de la siesta, desde que comenzaba el almuerzo hasta la hora de la merienda, se cerraban todas las puertas de la población, quedando solitarias las calles y plazas. Y tanta rijidez hubo en el cumplimiento de esta costumbre, que por haber llamado un desgraciado á la puerta de la casa de cierto Intendente general, el Ayudante de éste, abrió la puerta y disparó su pistola sobre el pecho del inconsciente importúno. A la hora de siesta, ni se cobraba, ni se pagaba, ni se vendía.

La vida social no carecía de cierta elegancia, sobre todo, por la variedad del vestido de los hombres, que consistía en casaca redonda de varios colores, chaleco bajo, pantalones cortos, zapatos cortos con hebilla y sombrero tricornio, desde la confección más barata hasta la más rica por la abundancia de bordados y piedras preciosas que brillaban en las hebillas. Respecto de las damas, lo que en éstas sobresalía eran las ricas mantillas españolas y los camisones de brocado, con adornos de oro y plata, de seda los más.

Era curiosa la sociedad caraqueña respecto de las visitas de etiqueta, las cuales se hacían por la tarde. En primer término era necesaria la ve-

nia de la familia obsequiada, con horas más ó menos de anticipación, con lo cual se recordaba que debía prepararse á recibir á la familia obsequiante, con confituras y bebidas, que se servían en platos y platillos de China ó del Japón, y vasos dorados. Al llegar al zaguán la visita, que se componía, por lo menos, de dos ó tres señoras y señoritas, éstas se despojaban de la saya y mantilla que traían, y las entregaban á la criada que las acompañaba. Entonces sobresalía el rico vestido bordado de pies á cabeza, y erguidas entraban, sin que ningún curioso viandante se hubiera detenido en la puerta de la casa, como observador de costumbre tan incomprensible. A la hora señalada por las visitantes tornaba la criada que había conducido en un cesto las sayas y mantillas, trayendo los sombreros, mantos y abrigos correspondientes.

En las clases acomodadas, el uso de la capa fue siempre un distintivo social, y aunque la temperatura no exigiera el abrigo, la vanidad lo necesitaba. Entonces comenzaron los pobres industriales á hacer uso de los capotes de variados colores, los cuales duraron hasta ahora cuarenta años. En los días de la colonia las capas triunfaron siempre; después de creada la república imperaron los capotes. Capas y capotes desaparecieron por completo de las calles de Caracas.

A falta de teatros, la noche en Caracas tenía sus diversiones, de acuerdo con la índole de los habitantes. Eran las procesiones del Rosario acompañadas de mala música y de peores cantantes. Apenas se sentía en cada cuadra, cuando las puertas de las casas se llenaban de niños y de criados, y las ventanas de rostros marchitos y juveniles. De todas partes pedían una Salve, un Ave María, y el canto, música y rezo iba de cuadra

en cuadra haciendo estaciones. Cuando la procesión se recogía cerca de las once de la noche, se habían cantado cien Salves y doscientas Ave Marías, lo que equivalía á veinte y cinco ó más pesos que se distribuían los cantores, los músicos, el lego recolector, los muchachos cargadores de faroles, y el conductor del retablo que representaba la Virgen del Rosario.

Y tan partidaria era la población de estas diversiones de carácter religioso, que lo mismo sucedía al sentirse la esquila del viático que se llevaba á los enfermos y moribundos. Como movidos por resorte secreto, se lanzaban á la calle las beatas de la parroquia, los niños, los criados; abríanse las ventanas y salían á brillar las luminarias de sebo ó de cera, pues la esperma no llegó á conocerse sino mucho tiempo después. ¿Qué solicitaban estos curiosos? Días de perdón, según acompañaran al cura con luces, faroles ó llevaran el paraguas encarnado de pesado varillaje. El sonido de una sola esquila anunciaba el viático para los pobres ó modestos; mas cuando la esquila era doble, se aprestaba el vecindario de la parroquia como para asistir á una procesión de Corpus. Acudían los amigos y parientes del difunto, movíase la muchedumbre, llenábase el templo, barríanse las calles y de flores se esmaltaban para que pasara el viático bajo palio conducido por magnates, al són de la música y seguido de grande acompañamiento. Cuando esta procesión se efectuaba en las silenciosas horas de la noche ó de la madrugada, revestía cierto carácter imponente, pues á las armonías de la música acompañaba el repique de las campanas, que despertaba á los fieles y les hacía lanzarse á la calle en busca de novelerías.

Un mismo alimento nutría á los moradores de

la Caracas de antaño, y ricos y pobres solicitaban la misma comida en el mercado general. No había médicos, ni boticas, ni la química, la química del engaño y de la falsificación, había penetrado en la ciudad de Losada: ni las conservas alimenticias habían turbado la salud de la familia caraqueña. La mayoría de nuestros antepasados, longevos y jóvenes, no llegó á pronunciar el vocablo *dispepsia*, que sintetiza la nutrición perdida, la digestión bajo cero, la salud triturada por este peso de las vanidades, de las mentiras y patrañas, del desbordamiento de las pasiones humanas que se llama CIVILIZACIÓN MODERNA.

II

LOS ANTIGUOS PATRONOS DE CARACAS

—

Caracas, así como las demás ciudades de la América española, tuvo también sus patronos y santos tutelares, y sus vírgenes milagrosas. Antes de ser fundada y desde que se pensó en conquistar la belicosa nación indígena de los Caracas, ya en la mente del conquistador Losada bullía la idea de ofrecer una ermita á San Sebastián, si le libraba de las flechas envenenadas en la empresa que iba á acometer. Y así sucedió en efecto, pues en 1567 se fundó á Santiago de León de Caracas y se colocó la primera piedra de San Sebastián en el lugar que ocupa hoy la Santa Capilla. Pero al mismo tiempo que se levantaba esta ermita, se daba comienzo al templo que debía servir más tarde de Catedral, nombrando por patrón de la ciudad al Apóstol Santiago. ¿Y qué patrón más noble podía am-

bicionarse invocado siempre por el pueblo español, que le reconoció como mensajero de Dios en todos sus aprietos, conquistas y batallas? Desde las orillas del mar hasta las cimas nevadas, jamás santo alguno llegó á alcanzar culto más grande ni proporcionó frutos más copiosos al hombre. La primera fiesta dedicada al patrón de Caracas fue celebrada el 25 de julio de 1568, poco antes de perder Losada la conquista adquirida.

Los conquistadores continuaban con feliz éxito, y vencidas eran las tribus enemigas, cuando en 1574 visitó la langosta los primeros campos cultivados de la triste ciudad. Nueva ermita es entonces construida al Norte de la de San Sebastián, dedicada á San Mauricio, nombrado al efecto abogado de la langosta. Ésta desaparece, pero el pajizo templo es á poco devorado por las llamas, logrando el patrón salvarse del incendio y encontrar refugio en la ermita de San Sebastián.

Tras de Santiago, Sebastián y Mauricio, viene Pablo el Ermitaño, como abogado contra la peste de viruela que azota á Caracas en 1580. El Ayuntamiento de la ciudad dispone levantarle un templo, y antes de que éste comenzara, se ordena que el nuevo patrón fuera festejado con fiesta anual en la Iglesia Mayor, con asistencia de los dos Cabildos. A pesar de esto las viruelas volvieron, y en el cementerio que se construyó contiguo á San Pablo fueron enterradas las numerosas víctimas. San Pablo ha dejado su puesto á Talía.

Tras de San Pablo debía asomarse la primera Virgen de origen indiano: la Copacabana, de la cual hablaremos más adelante.

No debía rematar el siglo décimo sexto sin que Caracas enriqueciera con un santo más la lista de

de sus patronos. Tristes y llorosos andaban los habitantes de la ciudad por los robos que en las costas hacían los piratas, cuando de repente las sementeras de trigo aparecen, en cierta mañana, cubiertas de gusanos que en pocas horas devoran las espigas y despojan á los árboles de sus hojas. Al verse arruinados aquellos pobres moradores, elevan sus oraciones á Dios, y le piden con lágrimas y promesas les salve de aquel ataque destructor. Reúnese el Ayuntamiento, y resuelve que, antes de abrirse la siguiente sesión, escuchen los pobladores una misa dedicada al Espíritu Santo, de quien esperaban les inspirase la manera de salir de tan comprometido trance. En efecto, el Ayuntamiento abre la sesión después de rezada la misa y dispone que se inscriban en tarjetas los nombres de cien santos, y que el favorecido por la suerte sea el patriarca y abogado de las sementeras de trigo. Sale el nombre de San Jorge, y el Ayuntamiento decreta al instante que la fiesta anual de este santo pertenezca exclusivamente á dicho Cuerpo, no pudiendo ingerirse en ella ni el Gobernador ni el prelado. Desde entonces San Jorge fue celebrado anualmente en la capilla de la Metropolitana que lleva su nombre.

Al comenzar el siglo décimo séptimo aparecen en Caracas dos santos varones de mérito relevante: San Francisco de Asís y San Jacinto: y en 1636, la Virgen de la Concepción. Eran tres templos más, con sus comunidades, que venían á aumentar el cortejo religioso de la ciudad de Losada. Y no contenta todavía la población con tres templos, levanta otro en 1656, que dedica á la Virgen de Altagracia, y recibe una Santa americana, Rosa de Lima, que se pone á la cabeza del primer instituto de educación que tenía la ciudad: el Seminario Tridentino, en 1673.

En una ocasión, por los años de 1636 á 1637, los agricultores de cacao vieron desaparecer sus arboledas, devoradas por un parásito llamado entonces *candelilla*, el cual destruía la corteza de los árboles. Deseosos los caraqueños de tener una patrona que protegiera las hermosas siembras del rico fruto en las costas y valles cercanos á la capital, fijan sus miradas en la Virgen de las Mercedes, á la cual levantan un templo en 1638 y le ofrecen una fiesta anual. Rumbosa era ésta y con constancia celebrábase todos los años á la Virgen protectora del cacao, al mismo tiempo nombrada abogada de Caracas, y más tarde en 1766 abogada de los terremotos.

Al rematar aquel siglo, en 1696, Caracas es víctima de la fiebre amarilla, que llega á diezmar la población. En medio de la más triste orfandad, una inspiración se apodera de los pocos que había dejado la epidemia. Piensan en Rosalía de Palermo, á la cual llaman con súplicas y esperanzas. La santa acude á la llamada de los desgraciados, y éstos le levantan un templo. Era una nueva patrona que venía á sentarse en la asamblea caraqueña, donde figuraban Santiago, Santa Ana, Mauricio, Pablo el Ermitaño, Jorge, Jacinto, Francisco, varias vírgenes y Rosa de Lima, que aceptaba la capital donde era venerada su compatriota, la virgencita de Copacabana.

Durante el siglo décimo octavo, una nueva Virgen, la del Carmelo, visita á Caracas en 1732 y se hace dedicar un convento. Casi en los mismos días, aparece en Caracas una Virgen más; la de la Pastora, que se hace construir un templo en los extremos de la capital, y en la misma época,

al Norte de la ciudad, se levanta el de la Santísima Trinidad rematado en 1783, después de 42 años de trabajo. En 1759 llega San Lázaro á socorrer á los leprosos. Últimamente llegaron los neristas y capuchinos, en 1774 y 1783, para levantar dos templos más, á San Felipe y San Juan, y entrar en competencia religiosa con los franciscanos, domínicos, mercedarios, y la colonia isleña que había levantado á la Virgen de Candelaria un templo en 1708.

Hasta la época del Obispo Diez Madroñero, 1757—1769, no se conocía en Caracas una patrona que llevase el nombre indígena de la capital. Ya veremos cuánto hizo el prelado al bautizar á ésta con el nombre de *Ciudad Mariana* y ponerla bajo el patrocinio de Nuestra Señora Mariana de Caracas. Otra Virgen protectora debía surgir igualmente en esta época, la de las Mercedes que llegó á figurar como abogada de los terremotos. Y tanto fue el entusiasmo del Obispo por la creación de vírgenes protectoras de la ciudad, que llegó á pensar en *Nuestra Señora de Venezuela*, bautizando con este nombre la calle que está entre la Metropolitana y la Obispalía, dando el nombre de Nuestra Señora Mariana de Caracas á la que corre de la Metropolitana á la Casa Amarilla.

Pero el culto al cual se dedicó el Obispo con todas sus fuerzas, fue el del rosario. No hubo, durante su apostolado, semana en que no se rezara públicamente, ni casa de Caracas y de los vecinos campos, donde las familias no cumpliesen diariamente, á las tres de la tarde ó á las siete de la noche, con aquel deseo y mandato del Obispo.

III

NUESTRA SEÑORA MARIANA DE CARACAS

—

Desde el día en que fue demolido el antiguo templo de San Pablo, de 1876 á 1877, y con éste la capilla contigua de la Caridad, cesó el culto que desde remotos tiempos rindieran los habitantes de la capital á *Nuestra Señora Mariana de Caracas*, tan festejada durante los postreros años del siglo último. En uno de los altares de la capilla sobresalía cierto cuadro en grande escala, que representaba á la Virgen, la cual recibía con frecuencia la visita de los fieles; mientras que en la esquina de la Metropolitana, un retablo de la misma imagen, fijado allí desde 1766, servía de consuelo y de esperanza á los devotos de la nueva Virgen. Desde el toque de oraciones hasta las diez y doce de la noche, multitud de personas se arrodillaba y oraba delante del retablo, para ganar de esta manera las indulgencias que desde 1773 concediera el Obispo Martí á todos aquellos que comunicaran á la Soberana de los Cielos sus miserias y necesidades.

Durante ciento doce años permaneció el retablo de *Nuestra Señora Mariana de Caracas*, ya en la esquina de la Metropolitana, en la casa del municipio, frente á la puerta mayor del templo; ya en la opuesta, diagonal con la torre, donde los vecinos anduvieron constantes en iluminarlo durante la noche. Al dar las siete el reló de la ciudad, la concurrencia se presentaba numerosa; comenzaba á declinar á las nueve, y desaparecía á las diez; aunque hubo repetidos casos en que corazones peniten-

tes vieron brillar sobre el rostro de la Virgen los reflejos de la aurora.

¡Cuántas generaciones se han sucedido desde el año de 1766, en que fue colocado el retablo en la esquina de la Metropolitana, hasta el de 1876, en que fue quitado de su antiguo sitio para ser colocado en un rincón del Museo de Caracas! ¡Cuántos sucesos se verificaron durante este lapso de tiempo, y cuántas noches borrascosas, con sus horas de angustias, llegaron, en la misma época, á turbar la paz de la familia caraqueña, en tanto que la luminaria de la Virgen, cual estrella de los náufragos, atraía siempre á todos aquellos que con el pensamiento la buscaban en la soledad del desamparo! Ciento doce años de luchas sociales, de cataclismos, de sol y de agua, han pasado por el añejo retablo, que pudo al fin salvarse de la intemperie, para recordarnos la historia de pasadas épocas!

El retablo es un cuadro de 68 centímetros de largo por 49 de ancho, colocado en un viejo marco, cuyo dorado se ha desvanecido. En su parte inferior figura la ciudad de Caracas de 1766, con tres torres de las que entonces tenía: la de la Metropolitana, la de San Mauricio, y más al Norte, la de las Mercedes, derribada por el fuerte sacudimiento terrestre de 1766. En la porción superior descuella, como suspensa en los aires, María, coronada por dos ángeles. Con noble actitud, la Soberana de los Cielos extiende sus brazos hacia la ciudad, como signo de protección. A la derecha de la Virgen figuran una santa y un apóstol, y á la izquierda, dos santas. Grupos de ángeles que llevan en las manos guirnaldas y lemas con frases de las letanías, llenan el conjunto y parece que celebran á María, en tanto que un arcángel aparece frente á Nuestra Señora y le presenta un objeto. Ya ve-

remos más adelante quiénes son los diversos actores que figuran en esta pintura, y cómo el artista sintetizó en ella la historia de Caracas durante los dos primeros siglos de su fundación:—desde 1567, en que fue levantada, hasta 1763, en que surgió la Virgen con el nuevo nombre de *Mariana de Caracas*.

En los días del Obispo Diez Madroñero, contaba Caracas una abogada de la peste, otra de las lluvias, y otra de las arboledas de cacao y de los terremotos. Reconocía, además, un abogado de la langosta, otro de las viruelas, y á San Jorge como protector de las siembras de trigo. Contaba, igualmente, la capital, con su patrón Santiago; la Catedral, con Santa Ana; y el Seminario Tridentino, con Santa Rosa de Lima; pero la ciudad necesitaba de una virgen que, sin figurar en el martirologio romano, fuese, por excelencia, grande abogada y protectora de la ciudad, cuyo nombre debía llevar.

Tales sentimientos abrigaba la población de Caracas: eran ellos el norte de los fieles corazones, motivo por el cual los estimulaba el prelado, que aguardaba el momento propicio en que apareciera sin ruido y sin milagros la Soberana de los Cielos, amparando á la ciudad de *Santiago de León de Caracas;* nombre éste que debía desaparecer ante el de *Mariana de Caracas*.

Los primeros hechos referentes al nacimiento de la Virgen á que nos concretamos, datan del 25 de agosto de 1658, época en que el cabildo eclesiástico, sede vacante, por sí, y á nombre del clero, decretó defender la pureza de la Virgen María, guardar como festivo su día y no comer car-

ne en sus correspondientes vigilias. Era un voto hijo de la gratitud, pues por la intervención de María, Caracas se había salvado de la cruel epidemia que en aquellos días comenzó á destruir la población. Caracas, protegida por María, debía traer á la capital el calificativo de *Mariana*, es decir, que rinde culto á María.

Tan noble propósito continuaba en la mente de los miembros del cabildo eclesiástico, cuando, en 11 de abril de 1763, el Ayuntamiento de Caracas elevó á la consideración del Monarca una petición, que abrazaba los términos siguientes: 1º que todos los empleados públicos de la Capitanía general de Venezuela, jurasen defender la pureza de la Inmaculada Concepción: 2º que el escudo de armas de la ciudad fuese orlado con la confesión de este misterio; y 3º que en las casas capitulares se edificara un oratorio, en el cual figurara la imagen de la Santa venerada, como Madre Santísima de la Luz.

Feliz coincidencia de fechas obraba en el ánimo del Ayuntamiento, al pedir cuanto dejamos escrito; y era que Santa Rosalía, abogada de la peste, venerada en Caracas desde 1696, en que se le dedicó un templo por haber salvado la población de la capital, era celebrada por la Iglesia católica el 4 de setiembre. (1) En 4 de setiembre de 1591 fue concedido un sello de armas, por Felipe II, á la ciudad de Caracas; y, últimamente, en 4 de setiembre de 1759, Carlos III se ciñó por primera vez la corona de España. Estas y otras razones influyeron poderosamente en el ánimo del Ayuntamiento, para suplicar al Monarca que le concediera

1 Sábese que á Santa Rosalía se le apareció la Virgen María.

la orla mencionada, con el lema siguiente: *Ave María Santísima de la Luz, sin pecado concebida.*

El nombre de *Mariana*, dado á la ciudad de Caracas antes de 1763, época en la cual lo decretaron ambos cabildos, data desde la llegada á Caracas del Obispo Diez Madroñero, acaecida á mediados de 1757. Partidario decidido y entusiasta por el culto á María se mostró desde el principio aquel virtuoso prelado, que desde 1760 fechaba sus comunicaciones en la *Ciudad Mariana de Santiago de León de Caracas*, según consta de documentos que hemos visto y estudiado detenidamente.

Por real cédula de Carlos III fechada en San Lorenzo á 6 de noviembre de 1763, y que encontramos en las actas del Ayuntamiento de 1764: "Su Majestad se digna manifestar á la ciudad de Caracas, haber diferido á sus instancias sobre que juren, los que ejerzan empleos públicos, la pureza original de María Santísima; que puede poner la orla que se expresa en su escudo, y erigir oratorio en las casas capitulares, sacándose del caudal de propios el que se necesite para su fábrica, aseo y permanencia."

Los señores del Ayuntamiento dijeron, en sesión de 22 de enero de 1764: "que celebrando, como celebran, la nueva honra que debe á S. M. esta ciudad, y principalmente el que, para gloria del culto y veneración de la Inmaculada y Santísima Madre de la Luz, puede, desde aquí en adelante, con nuevo título, ser y llamarse *Mariana* esta misma ciudad, tan obligada á su piedad, y tan reconocida á sus inmensas misericordias, á la que confiesa deber cuantos progresos ha logrado y de la que los espera en adelante mucho mayores, constituida con nueva, honrosa y distinguida marca, y el más ilustre blasón por su virtuoso pueblo...."

"Desde hoy en adelante—agrega el Ayuntamiento—deberá la ciudad titularse, y se titulará así: *Ciudad Mariana de Santiago de León de Caracas.*"

Ya en diciembre de 1763, el mismo Ayuntamiento, al acusar recibo de la real cédula de 6 de noviembre del mismo año, había dicho: "La amantísima ciudad de Caracas tiene ya, con razón, nuevo título, y con orgullo se llama *Ciudad Mariana*, por haberla dedicado con tamaña honra V. M...." Y á tal grado llegaron el entusiasmo, la humildad y la adulación de los miembros del Ayuntamiento, que en uno de tantos oficios dirigidos por éste al Monarca, llegaron á decirle, que S. M. poseía *un mariano corazón.*

Después de dar á Carlos III las más expresivas gracias con frases más ó menos parecidas á las últimas copiadas, el Ayuntamiento pidió al Gobernador y Capitán general de la Provincia, en vista de la real cédula y de las actas del Cuerpo, se sirviera dictar las providencias que tuviese por convenientes, para la más devota publicidad de las nuevas obligaciones que, para con la gran Madre de Dios, contraía esta su Mariana ciudad.

En 27 de enero de 1764, el Ayuntamiento presenta al cabildo eclesiástico la real cédula de Carlos III, que fue acogida con señales de satisfacción. Ofrecieron los señores del capítulo el sacrificio de sus personas á la Majestad divina, "por la continuación del augusto patrocinio de la Madre Santísima de la Luz sobre esta su *Mariana ciudad.*" Y á nombre del Rector y Claustro del Real Colegio Seminario y de la Real y Pontificia Universidad de Santa Rosa, de esta *ciudad Mariana de Caracas*, "ofrece celebrar las nuevas honras que ha recibido esta misma *Mariana ciudad.*" En los pro-

pios términos se expresaron al siguiente día todas las comunidades religiosas existentes en Caracas. (1)

Nunca concesión alguna llegó á Caracas en época más propicia que en los días de Diez Madroñero. El espíritu religioso dominaba los ánimos; quería el Obispo ensanchar la obra que había comenzado, y todo llegaba á medida de sus deseos. Una virgen que llevara el nombre indígena de la capital de Venezuela, iba á colmar la ambición de los moradores de ésta, acostumbrados á reverenciar á María bajo todas sus advocaciones.

Levantóse el oratorio, y colocaron en él á María Santísima de la Luz; comenzaron las fiestas á Nuestra Señora Mariana de Caracas; discutióse el lema que debía brillar en los pendones de la ciudad, y, después de conciliarse las opiniones, quedó por lema, no el que propuso el Ayuntamiento, sino el que indicó el Monarca; es, á saber: *Ave María Santísima de la Luz, sin pecado original concebida en el primer instante de su Ser Natural.*

Desde esta época aparece, ya en las actas de ambos cabildos y de las comunidades religiosas, ya en los documentos públicos de otro orden, el nombre de *Ciudad Mariana.* En unos documentos leemos, *Ciudad Mariana de Caracas;* en otros, *Ciudad Mariana de Santiago de León de Caracas.*

Hé aquí una nueva Virgen, la que iba á figurar en el sello de la ciudad, la que iba á dar su nombre al pueblo fundado por Losada. Hé aquí á la patrona por excelencia, á la Virgen de nacionalidad caraqueña, que venía á sentarse en la asamblea de los patronos y patronas de Caracas, y también en todos los templos, en todas las oficinas públicas, eclesiásticas y políticas.

1 Véanse las actas del Ayuntamiento y del cabildo eclesiástico, correspondientes á los años de 1763, 1764 y 1765.

Creada la Virgen, ¿cómo figurarla en el lienzo ó la escultura, para que fuese reverenciada de los fieles y reconocida de las generaciones? Desde luego era necesario que descollaran al lado de la Virgen algunos de los patronos y patronas venerados en la ciudad, y que aquélla sintetizara á Caracas en sus diversas épocas. ¿Cómo hacer esto? Opinaban unos por colocar en el retablo que representara á Nuestra Señora, á San Sebastián, á San Mauricio, á San Pablo y á San Jorge, como primitivos abogados de Caracas en sus primeras necesidades: opinaban otros por darle cabida solamente á las santas y sabios doctores de la Iglesia. En esta situación estaban las cosas, cuando el Obispo invita á los devotos y devotas de Caracas, y presentándoles la cuestión en la sala de su palacio, les obliga á escoger el cortejo que debia acompañar á la Virgen bajo la nueva advocación de Nuestra Señora Mariana de Caracas. Debían figurar en el cuadro la ciudad de Caracas, el escudo de armas concedido por Felipe II y reformado por Carlos III, y los patronos y patronas que en diversas épocas la habían favorecido.

Después de una discreta y prolongada discusión, hubieron de triunfar al fin las mujeres sobre los hombres, haciendo que el Obispo aceptara, entre los cuatro personajes que debían acompañar á la Virgen, á tres santas de las protectoras de Caracas, y el asunto del retablo quedó decretado de la siguiente manera: arriba, en las nubes, descollaría la Virgen coronada por dos ángeles; á la derecha de María, Santa Ana, su madre, patrona de la Metropolitana de Caracas; y después, el apóstol Santiago, patrono de la ciudad. A la izquierda de la Virgen estarían Santa Rosa de Lima y Santa Rosalía; la primera, como representante de los estu-

dios eclesiásticos, al fundarse, bajo su advocación, el Seminario de Santa Rosa en 1673; y la segunda, como abogada contra la peste, por haber salvado de ella á la capital en 1696. En derreder de este grupo se colocarían los ángeles de la corte celestial que celebran á María, debiendo llevar en las manos cintas en que estuvieran los diversos versículos de las letanías. Y para representar á la antigua Caracas, en medio de los ángeles debía aparecer un querubín que presentase á la Reina de los Cielos el escudo de armas concedido por Felipe II á la Caracas de 1591. Consistía éste, como hemos dicho alguna vez, en una venera que sostenía un león rapante coronado, en la cual figuraba la cruz de Santiago.

Arriba de todas las figuras se colocaría el lema que dice: *Ave María Santísima*, para recordar la concesión hecha por Carlos III á la ciudad en 1763, mientras que abajo estaría Caracas con la fisonomía que ostentaba en esta época.

Diversos pintores dieron á luz su obras, y fueron aceptadas. El primer retablo, cuyo destino ignoramos, estuvo en la capilla de la Caridad, contigua al derribado templo de San Pablo. El segundo fue colocado en la esquina de la Metropolitana, y está hoy en el Museo.

Así continuó el entusiasmo religioso, con más ó menos intermitencias, hasta que, para fines de siglo, casi había desaparecido el nuevo título de la ciudad. La muerte del Obispo Diez Madroñero, acaecida en 1769, adormeció el entusiasmo por el culto de Nuestra Señora Mariana de Caracas. El Obispo Martí quiso levantarlo y restituirlo á su prístino esplendor, pero todos sus esfuerzos fueron infructuosos, y algún tiempo después el referido culto había desaparecido por completo.

El nombre de *Ciudad Mariana de Caracas* no ha quedado sino en los documentos públicos y en las actas de los cabildos y comunidades religiosas. Igualmente ha desaparecido el de *Santiago de León de Caracas*, que durante tres siglos llevara la capital de Venezuela. Pero si Nuestra Señora Mariana de Caracas no puede ya salir de los archivos, Santiago tiene aun, por lo menos, su día: aquel en que lo celebra la Iglesia Metropolitana de Caracas.

En los tratados públicos, en las leyes, en todos los documentos de Venezuela independiente, la capital de la República no figura sino con su nombre indígena, el de *Caracas*, nombre que llevó aquel pueblo heroico que supo sucumbir ante sus conquistadores.

IV

HABILIDAD DEL OBISPO

—

En una ciudad como la de Caracas durante el último siglo, la cual, sin teatros ni paseos, sólo tenía por única diversión toros y cañas, las fiestas religiosas, durante el año, eran de necesidad imperiosa. Y como ya dejamos asentado, nada más solemne, durante la época colonial, que un día de Corpus, un Jueves Santo ó la fiesta de alguno de los patronos de la ciudad, porque la muchedumbre, inspirada en un solo sentimiento, desplegaba su vanidad ó su entusiasmo aderezando ventanas y puertas con ricas cortinas; ostentando las bellas matronas sus valiosas prendas y sus numerosas esclavas; y los empleados y magnates, sus uniformes y cruces, bastones y espadas. Un octavario lleno

de todo género de diversiones remataba cada una de las festividades de la Caracas colonial, que no tuvo por divisa sino *Dios y el Rey.*

La época del Obispo Diez Madroñero, desde 1757 hasta 1769, puede considerarse de paz, pues había sido vencida, años antes, la revolución del Capitán León; triunfo que había contribuido á sostener de una manera oficial el monopolio de la célebre Compañía Guipuzcoana, amordazando de esta manera la opinión pública. A pesar de estos y otros ataques á la libertad política y comercial, el Gobernador Ricardos había dado comienzo á nuevas obras públicas, tan necesarias al ensanche de una sociedad atrasada: tales fueron un hospicio de lázaros, un cuartel de artillería, un puente y la plaza mayor que sirvió de mercado y comenzó á proporcionar al Municipio renta segura.

La Caracas de la época de Diez Madroñero era una ciudad muy reducida. Acababan de concluir el templo de Candelaria, que dió vida á la parroquia de este nombre, centro entonces de los acomodados hijos de las islas Canarias, y el nuevo convento de las Mercedes en el sitio donde figura hoy la Iglesia de este nombre y la plaza Falcón. Los puentes de la Pastora y de la Trinidad no estaban todavía rematados y la parroquia actual de San Juan era un erial, la mismo que gran porción de las de San Pablo y Candelaria. El templo de la Pastora podía considerarse como una ermita, así como el de Santa Rosalía, ambos en los afueras de la ciudad. La Caracas de aquellos días estaba reducida á un corto número de manzanas.

A los primeros meses de estada en la capital, el Obispo conoció la índole de la población y lo que podía aguardarse de sus moradores. Al instante se propuso civilizar á su manera la sociedad

caraqueña, y propicio anduvo en la obra. Introducir innovaciones en su gobierno eclesiástico, reformar costumbres bárbaras y hacer de la capital un convento, fue obra de poco tiempo. Las calles y esquinas de Caracas no tenían en aquel entonces nombre alguno, y se conocían por los que llevaban los templos más cercanos, por los de algunos personajes, ó por algún suceso notable. En vista de este desorden, el Obispo concibió la idea de bautizar las calles y cuadras de Caracas, con nombres que recordaran la vida y pasión de Jesucristo, poner cada casa bajo la protección de un patrón celestial, colocar en las principales esquinas nichos excavados en la pared, que contuvieran algún santo, santa ó virgen, y bautizar igualmente las esquinas con nombres místicos, para que así toda la ciudad, de Norte á Sud y de Este á Oeste apareciera como una congregación de todas las vírgenes, mártires, protomártires, doctores y confesores del Cristianismo, desde el día en que apareció sobre la haz de la tierra.

Corrían los días de 1765 á 1766 cuando cada uno de los curas de parroquia recibió del Obispo un plano de la ciudad que tenía el siguiente título: *Plan de la Ciudad Mariana de Caracas, dedicado á Dios, su Santísimo Hijo, Santísima Madre, y Santos protectores de sus casas y vecinos.*

Figuraban como calles de Norte á Sud las siguientes: calle de la "Encarnación del Hijo de Dios:" "Nacimiento del Niño Dios:" "Circuncisión y Bautismo de Jesús:" "Dulce Nombre de Jesús:" "Adoración de los Reyes:" "Presentación del Niño Jesús en el Templo:" "Santísima Trinidad:" "Huida á Egipto:" "Niño perdido y hallado en el Templo:" "Desierto y Transfiguración del Señor:" "Triunfo en Jerusalén:" "Cenáculo:" "Santísimo Sacramen-

to:" "Corazón de Jesús:" "Oración del Huerto." Y de Poniente á Oriente figuraban éstas: "Prendimiento de Jesucristo:" "La Columna:" "Ecce-Homo:" "Jesús Nazareno:" "Cristo Crucificado:" "La Sangre de Jesucristo:" "La Agonía:" "El Perdón:" "El Testamento:" "La Muerte y Calvario:" "El Descendimiento:" "El Santo Sepulcro:" "La Resurrección:" "La Ascensión:" "El Juicio Universal."

Como se ve, las calles de Norte á Sud y de Este á Oeste, figuraban la vida y pasión de Jesucristo. Pero como cada calle tenía cuatro ó más cuadras, cada una de éstas llevaba á su turno nombre diferente, multiplicándose así el séquito de las vírgenes y de los santos. Por esto surgían en las cuadras, los nombres de Nuestra Señora del Pilar, de Covadonga, de la Sabiduría, etc., etc. y las vírgenes que bautizó el Obispo con los nombres de Nuestra Señora de Venezuela y de Nuestra Señora Mariana de Caracas.

No contento con dar nombres religiosos á las calles y esquinas, Madroñero pide á las familias que acepten un patrón ó abogado de cada casa; y á poco aparecen sobre la puerta interior de cada zaguán retablos y bustos religiosas de todos tamaños, que llevaban al pie el mote de: *patrono de esta casa*, después de nombrar á la imágen protectora. Al mismo tiempo figuraron en las esquinas, imágenes y bustos en nichos excavados en las paredes.

Sin intervención de la autoridad civil los curas encargados del Obispo inscribían en un libro de matrícula las casas que habían nombrado de antemano su patrón, sacado en suerte, para cuyo efecto llevaban en un bolsillo nombres religiosos, para imponerlos á las casas cerradas ó á aquellas cuyos

dueños estuvieran remisos en corresponder á los deseos del prelado, procurando que no hubiera en la misma cuadra un nombre repetido.

Y la sociedad caraqueña, identificándose con las ideas del prelado y obedeciendo ciegamente á sus mandatos, armóse con todos los santos y vírgenes del martirologio, comenzó á rezar el rosario al toque de oraciones, llenó las esquinas y las puertas de las casas de retablos y efigies religiosas, y entregóse finalmente á la confesión y á la penitencia.

Tras de esto quiso el Obispo obtener el censo de la población, y ayudado sólo de los curas, logró conocer el número de habitantes de Caracas, sus edades, condiciones, oficios, etc., etc. Nunca rebaño más dócil baló tan dulcemente á los mandatos de su buen Pastor. Pero todavía no fué coronada su dicha sino cuando en cierta noche paseó, acompañado de su clero, la ciudad Mariana. Espléndida apareció ésta á las miradas del prelado, pues toda estaba exornada de retablos, de nichos, de letreros y de centenares de farolillos que le daban aspecto veneciano. Los farolillos que iluminaron estos centenares de patronos en las esquinas y zaguanes, fueron la cuna del alumbrado público en la capital de Venezuela, donde no llegó á establecerse aquel sino á fines del último siglo, por los años de 1797 á á 1798.

Después de haber hecho innovaciones importantes en el gobierno de la iglesia y en la reforma de las costumbres; después de haber acabado con el juego de carnaval, convirtiéndolo en procesión del rosario por las calles de Caracas; después de haber exornado la ciudad con todos los santos y vírgenes de la cristiandad, el Obispo Diez Madroñero quiso sorprender á su numerosa grey de una manera agradable y misteriosa. En cierto día, en

esta época de santidad, al amanecer oyeron los habitantes de la capital, toques de campanas en los diversos templos. La población se preguntó lo que aquello significaba y nadie pudo darse de ello cuenta. Era la primera campanada del *Angelus*, que desde remotos tiempos anuncia á los cristianos en tres momentos del día, la llegada del Ángel que anunció á María: ceremonia que el Obispo acababa de introducir en su diócesis. Desde entonces, en el hogar tranquilo y apacible de la familia, más tranquilo y apacible mientras más reinen en él la pobreza y la conformidad, este toque de las campanas, que precede á la luz de la aurora, es como la voz del ángel que anuncia la esperanza á los corazones de buena voluntad.

Para la familia que en esa hora solemne sufre y aguarda, y ve confundirse los dos crepúsculos del día en presencia de la agonía de seres queridos; la voz de esa campana, cuyos ecos se pierden en el silencio de los campos y de las ciudades, es algo más que una promesa: es un eco de Dios que llega al corazón, y anima con celeste claridad la prolongada noche del sufrimiento.

Después de ciento veinte años trascurridos de la muerte del Obispo Diez Madroñero, el toque del *Angelus* no ha podido desaparecer, mientras que están vacíos los nichos de las principales esquinas, no quedando sino una que otra luminaria y uno que otro patrón de los centenares que figuraron en los zaguanes de las antiguas casas. Desaparecieron los nombres religiosos de las calles y cuadras, lo mismo que los de las esquinas, no figurando hoy sino las que llevan los extremos de la población. Aun viven *San Carlos*, *San José*, *San Andrés*, *San Miguel*, *San Cayetano*, *San Casimiro*,

San Pedro, *San Ramón*, *San Rafael*, *San Martín*, *San Roque*, y también *San Francisquito*. Quedan en algunas los nombres de *El Nazareno*, *El Sepulcro*, *Jesús*—que es la antigua esquina de las Cabezas—y *El Cristo*. En otras surgen los nombres de las siguientes vírgenes: el *Carmen*, la *Barbanera*, la *Consolación*, los *Remedios*, el *Rosario*, los *Dolores* y la *Soledad;* mientras que del gran cataclismo—el tiempo—sólo pudo salvarse una santa: *Santa Bárbara*.

V

LA ABOGADA DE LOS TERREMOTOS

—

No hay país de origen castellano donde no exista alguno ó más conventos de Nuestra Señora de las Mercedes. El surgimiento de esta Virgen, Redentora de Cautivos, ha inspirado, desde hace ocho siglos, tal veneración, que el nombre de Mercedes se lleva siempre con orgullo. Sólo en esta orden brilla un sello de armas de los antiguos reyes de España: el de Felipe de Aragón, quien aceptó aquélla desde que fue establecida.

El primer convento de Mercedes que tuvo Caracas fue una hospedería situada, desde los primeros años del siglo décimo séptimo, en tierras de la parroquia actual de San Juan, cuando en ésta no existían pobladores, sino el camino que comunica á los habitantes de Caracas con los valles de Aragua. Estaba, por lo tanto, muy distante de la pequeña capital que constituían limitado número de manzanas, en derredor de la Iglesia Mayor. Más

tarde, en 1638, se levanta el primer convento de las Mercedes en la porción alta de la ciudad, cerca de la represa del Catuche, cuando no existían ni el puente de la Pastora ni el de la Trinidad, que aparecieron cien años más tarde. Patrocinó el Gobernador Ruy Fernández Fuenmayor la fábrica de las Mercedes, quedando desde entonces esta Virgen como patrona de la ciudad, reconocida por voto y juramento de ambos cabildos. Por cuanto dejamos escrito en el cuadro precedente titulado: *Los Patronos de Caracas*, sábese que la Virgen de las Mercedes figuraba desde 1631 como abogada de las arboledas de cacao. Así continuaba, y creces y entusiasmo había tomado el culto á Nuestra Señora, cuando el terremoto de 1641 destruyó en casi su totalidad el gracioso convento. Cuarenta años permanecieron en el arruinado edificio los padres mercedarios, cuando se resolvió por la comunidad trasladarse en 1681 al sitio que ocupó después hasta su completa ruina en 1812.

Nuevo título, el de abogada de los terremotos, aguardaba á la Redentora de Cautivos, al levantarse el nuevo templo en la prolongación Norte de la antigua calle de San Sebastián, hoy Norte 2. En los tres terremotos que ha presenciado Caracas y de los cuales dos de ellos la arruinaron en gran parte, todos han pasado á la historia acompañados de algún incidente extraordinario. En el de 1641 figura aquella piadosa señora María Pérez, que tanto contribuyó al ejercicio de la caridad pública y á la construcción de la Catedral del siglo décimo séptimo: en el de 1812 la idea que domina y se apodera de los pueblos es la política, y el cataclismo verificado en el día Jueves Santo, á los dos años de haber sido derrocado el gobierno peninsular por la revolución de 1810, durante el mismo día, apa-

rece para los enemigos de la causa republicana, como castigo de Dios y como prueba de protección al monarca español, desgraciado en aquella época; la idea religiosa, unida á la idea política, triunfan por completo y la república desaparece. En el gran temblor de tierra de 1766, conocido con el nombre de terremoto de Santa Úrsula, por haberse verificado en el día de esta santa, 21 de octubre, la idea que domina pertenece á otro orden de cosas: se conexiona con lo maravilloso, como es la intervención de la Virgen de las Mercedes, protectora de la ciudad que salva á ésta de inminente ruina.

La época del Obispo Diez Madroñero, tan fecunda en reformas religiosas, debía serlo igualmente en milagros, hijos éstos de los pueblos creyentes. En los archivos de la Obispalía de Caracas aparece aquel prelado, no sólo como reformador de costumbres y pastor rígido en el cumplimiento de su encargo, sino también como espíritu de caridad y abnegación, inspirado y capaz de preveer los más ocultos males á que está sometida la sociedad humana. Más meritorio que el prelado, por su saber, edad y virtudes excelsas, fue el venerable cura de la Pastora, Don Nicolás Bello, varón preclaro que, según la tradición, murió en olor de santidad. En los días que precedieron al gran temblor de Caracas del 21 de octubre de 1766, el padre Bello había escrito al Obispo, quien á la sazón hacía la visita pastoral de los valles de Aragua, que ordenase la traída de la Virgen de las Mercedes á la Catedral, pues abrigaba presentimientos de que algo debía suceder para el día de Santa Úrsula.—Si el venerable anciano expuso al prelado las razones de sus presentimientos, es cosa que ignoramos, mas es lo cierto que el Obispo ordenó la visita de la Virgen de las Mercedes á la Catedral, donde fue recibida por grande concu-

rrencia, como protectora de la ciudad, sin que nadie sospechara el objeto de aquella disposición.

El Padre Bello, que entretenía semanalmente con una conferencia religiosa á sus amigos íntimos, excitó á algunos de éstos á que le acompañaran á orar en el templo de la Pastora, en la noche del 20 al 21 de octubre, manifestándoles que abrigaba muy tristes presentimientos respecto de la población, y que nada era más natural que elevar á Dios el corazón cuando se teme y espera. Dejemos al preclaro varón en el templo, mientras que narramos otros acontecimientos.

Vivía en Caracas, en aquella época, un loco pacífico y locuaz llamado Saturnino, á quien nadie ofendía por su carácter humilde y benévolo. Desde muchos días antes del de Santa Úrsula, Saturnino recitaba por todas las calles el siguiente estribillo:

Qué triste está la ciudad
Perdida ya de su fe,
Pero destruida será
El día de San Bernabé;
Quien viviere lo verá.

Y ya en la víspera del 21 de octubre decía:

Téngolo ya de decir,
Yo no sé lo que será,
Mañana es San Bernabé,
Quien viviere lo verá. (1)

Y echándose á cuestas una pesada piedra, subió la colina del Calvario, diciendo á cuantos encontraba que al raso iba á pasar la noche, porque al día siguiente Caracas debía bailar como un trom-

1 *Ibarra*—Estudio acerca de los temblores de Caracas.

po. Rióse la población tanto de la profecía como del profeta, al cual debía después solicitar é interrogar.

Serían las cuatro y veinte minutos de la mañana del 21 de octubre de 1766, cuando la población de Caracas despierta aterrorizada al súbito estremecimiento que hace bambolear los edificios de la capital. Al acto lánzanse los habitantes á la calle, y los gritos de—"Misericordia. Señor"—se escuchan por todas partes. Nadie sabe qué hacer ni á dónde ir, y todo inspira temor por largo tiempo, cuando al despertar la aurora se sabe que ningún edificio notable había caído, aunque casi amenazaban ruina, sobre todo los templos. Dilatada fue el área de este sacudimiento que causó estragos en la región oriental de Venezuela.

Dos frailes acompañaban á la Virgen en Catedral, en el momento del sacudimiento, mientras que el Padre Bello, con sus amigos, oraba en la Pastora aguardando la hora del *Angelus*, para seguir á la Catedral, donde debía obsequiarse á la Soberana de los Cielos con solemne misa. Inmediatamente fueron abiertas las puertas de la Metropolitana y demás templos, á los cuales se acogió la población atemorizada.

Nombrada por el Gobernador, General Solano, una comisión de hombres entendidos para que informase acerca del estado en que se hallaban los edificios de la capital, después de un prolijo examen, vióse que todos los templos exigían pronta reparación en sus muros, arcos, etc; que era necesario rebajar el tercer cuerpo de la torre de San Jacinto y derribar por completo la de las Mercedes. Medidas necesarias pusiéronse por obra, y á poco la ciudad quedó libre de todo peligro inmediato.

¿Por qué habían sufrido todos los templos, mientras que en las casas de los habitantes no se temía riesgo alguno? Los moradores de Caracas atribuyeron este hecho á la intervención de la Virgen de las Mercedes que, como hemos dicho, estaba de visita en la Iglesia Mayor.

Al amanecer del 21, el loco Saturnino estaba ya en Caracas sano y salvo, después de haber pasado la noche al pie de un árbol en la colina del Calvario. Jamás este pobre se vió tan rodeado de la muchedumbre y hasta de la gente de criterio, que quería saber del loco lo que éste ignoraba y había dicho inconscientemente. Pero Saturnino se limitó á contestar á cuantos curiosos le interrogaban, con una frase:—"¿No se lo dije yo, que algo grande iba á suceder?" Obraba así, como si fuera el hombre más cuerdo.

Calmados los ánimos y realzada por un milagro la Virgen de las Mercedes, los moradores de Caracas nombraron á la Redentora de Cautivos, abogada de los terremotos, dedicándole fiesta solemne el 21 de octubre de cada año. Reparados los estragos que causó el temblor de tierra en los diversos templos, regresó la Virgen al de las Mercedes, acompañada de todos los habitantes de Caracas. Desde esta fecha quedó popuesta, como patrona de los temblores, la Virgen del Rosario, que tenía tal encargo, desde tiempos remotos, como lo asevera el historiador Oviedo y Baños.

Llama el cronista Terreros la atención hacia el hecho de no haber caído en Caracas ni una teja de la más humilde choza, mientras que todos los templos amenazaron ruina. En este suceso ve el cronista el pronóstico de la expulsión de los Jesuitas, que tuvo efecto un año después, en 1767.

Una graciosa tarjeta de plata esculturada, regalo

del cabildo eclesiástico y Ayuntamiento de Caracas, figuró desde esta época al pie de la imagen que fue testigo de la tribulación de la capital en la mañana del 21 de octubre de 1766. En una de las caras de la tarjeta se lee:

SERVATRICE NOSTRÆ

DIE. XXI. OCT. A DMN. MDCDLXVI

Y en la otra las siguientes sentencias:

OMINES, ET JUMENTA SALVASTI DOMINA.

Ex. Psalmo 67

TU CAPTIVORUM-REDEMPTIO, ET OMNIUM SALLUR.

S. Ephren.

TE NOSTRÆ CAUSAM SERVATRICEN QUE SALUTIS.

Ex. Ovidio.

NOSQUE TUOS LIBRA FAMUR ET (ÆTEMAGIS)

Ex. Ovidio.

En medio del fervor religioso que se apoderó de los caraqueños hacia la Redentora de Cautivos, comenzó igualmente á apoderarse de ellos la inconstancia. Aguijoneados por la vanidad, se cansaron de la antigua imagen de Nuestra Señora, á la cual habían conducido en triunfo, desde el sustito que les proporcionó el gran temblor de 1766, y resolvieron poseer una escultura de la Virgen cuyo modelo fuera caraqueño, alegando que la abogada de la ciudad, abogada igualmente de los cacahuales y de los terremotos, no podía ser reverenciada en imagen venida de España ó de Italia, sino en imagen modelada en presencia de una de las más bellas y distinguidas hijas de Caracas. Cúpole la dicha á la bella Mercedes Iriarte Aresteiguieta, quedando la nueva Virgen idéntica al modelo. Descendió del trono la antigua española, y orgullosa subió las gradas la caraqueña, á cuyos pies colocóse la tarjeta de

plata. Esta Virgen es la que recibe anualmente en el templo de las Mercedes la visita de los fieles.

La inconstancia fue apoderándose igualmente de los ricos agricultores de cacao, perdiendo su brillo la rumbosa fiesta anual dedicada á la Virgen, hasta que imperaron el olvido y el indiferentismo Entibiose igualmente la ciudad y poco á poco fue olvidándose de su abogada la Redentora de Cautivos.

En esto llega el famoso terremoto de 1812 que echó por tierra aldeas, villas y ciudades y sepultó diez mil víctimas, dejando número igual de contusos y heridos. Arrasados fueron en Caracas los templos de la Pastora, la Trinidad, San Mauricio, Altagracia y otros más; pero sobre todos el hermoso convento de las Mercedes, tumba de los frailes y de cuantos visitaban el templo en aquella memorable tarde del 26 de marzo de 1812. Así se vengó de la inconstancia de los caraqueños la abogada de los terremotos, la que fue igualmente abogada de la ciudad y de las haciendas de cacao. En el espacio de cincuenta años, sobre las ruinas del antiguo templo, se ha levantado uno nuevo. En el área del convento figuran hoy jardines y la estatua de uno de los hijos de Marte, mientras que en su nicho de flores está la imagen de la bella y distinguida Mercedes Iriarte Aresteiguieta de Ponte.

VI

SALIR COMO LA COPACABANA

—

Salir como la Copacabana es frase muy conocida entre las familias de Caracas, hace siglos, queriendo significar con ello que una persona ó fami-

lia sale poco á la calle, de cuando en cuando y en determinados casos, recordando de esta manera á la virgencita de Copacabana que, desde 1596 hasta ahora cincuenta años, la sacaban en procesión de San Pablo á la Metropolitana para que lloviera, cuando á causa de estío caluroso y prolongado se agostaba la yerba de los campos y morían los animales por ausencia completa de agua; y también cuando la langosta visitaba las sementeras de Caracas.

En la gran nación indígena de los Caiquetías, moradores del actual Estado Falcón, una tribu de aquéllos, los Cuibas, que estuvieron á orillas del Pedregal y en los volcancitos apagados de la Cuiba, cuando se prolongaba la sequía y se agostaban las cosechas por falta de agua, solicitábase la más hermosa doncella de la tribu, la cual, á orillas del río era inmolada, para en seguida ofrecer su sangre al Sol, suponiendo que la virgen era una de las esposas del astro. Tal ceremonia, aunque perseguida por los conquistadores, continuó entre los Cuibas por mucho tiempo de una manera sigilosa, á pesar de la vigilancia castellana.

Los Cumanagotos que poblaron la pampa del antiguo Estado de Barcelona, tenían entre sus animales predilectos, á la rana, á la cual azotaban, si no llovía á tiempo. Sábese que este animal representó el agua en muchas regiones americanas. En el calendario de los muizcas, la rana simboliza el principio, abundancia y decrecimiento de las aguas, durante la estación lluviosa; así como igualmente la época geológica, cuando se rompieron los diques de los lagos andinos y se inundaron las llanuras al Este de los Andes de Cundinamarca.

Después que se estableció el Cristianismo en la América española, apareció en los Andes peruanos

una Virgen, patrona de las lluvias, cuyo culto se ha establecido en algunos pueblos de América y ha cruzado el Atlántico para recibir adoración también en España.

A orillas del majestuoso Titicaca, el más elevado lago de la tierra, en la región de los Andes bolivianos, existe una península que lleva el nombre de Copacabana, voz del idioma quichua.

En ésta existe el pueblecito del mismo nombre, donde sobresale el santuario de la virgencita de Copacabana. Un templo admirablemente pintoresco—describe un viajero moderno—sin estilo determinado, pero formando cierto conjunto que, á pesar de sus pormenores corintios, dóricos, españoles del Renacimiento; á pesar de las hendeduras que recuerdan el Partenón y de las cúpulas que traen recuerdos bizantinos, se destaca con su silueta variada sobre un cielo incomparable produciendo en medio de miserables chozas, cierta impresión llena de gracia y de elegancia que sorprende y cautiva. (1) En este santuario se venera una virgencita que tiene de siete á ocho pulgadas de tamaño, acerca de la cual se ha escrito y publicado un libro que habla de los milagros de esta célebre Virgen y del culto que á ella tributan muchos pueblos de la América española, desde mediados del siglo décimo sexto.

Refiere la tradición y atestiguan los cronistas, que habiendo los copacabanos héchose rebeldes á las insinuaciones de los padres doctrineros que querían establecer entre aquéllos el cristianismo, fueron contrariados y afligidos por el castigo del Cielo. Sopló sobre sus campos viento de fuego y arrasadas fueron las cosechas: vino el granizo y azotando los árboles desoló labranzas y praderas. Surcó de nue-

1 *Wiener.*—Perou et Bolivie—Recit. de Voyage, 1880.—París.

vo la tierra el indio indómito, y al brotar el grano, horrible plaga de langostas dejó yermos los campos y abatidos sus moradores. De repente los copacabanos se dividen en dos partidos proclamando cada uno su genio protector. Aclaman los arinsayas á San Sebastián, mientras que los anasayas se ponen bajo el amparo de la Virgen María. A poco viéronse los campos de éstos libres de toda plaga, reverdecidos por abundantes lluvias, al paso que los campos de los contrarios continuaron estériles y roídos por la langosta. En medio de la alegría de los unos y de la amargura de los otros, las dos tribus se unen y proclaman á la Madre Divina, protectora de aquellas tierras. (1)

Así refieren los cronistas que fué plantado el árbol de la fe cristiana en las regiones del Titicaca, cuna del primer hombre conquistador y civilizador del Perú.

El símbolo de la Cruz fue levantado á orillas del Titicaca, y el sacrificio que ella conmemora, creído de los naturales; pero había necesidad de un busto ó imagen que representara á la Virgen María, la protectora y abogada de los copacabanos. ¿Cómo haberla, si no había medios para realizar tan apremiante deseo? Cierto indio, conocido con el nombre de Francisco Tito Yupanqui, descendiente de los Incas y cristiano fervoroso, quiso construir una Virgen y de barro la formó, pero tan tosca y contrahecha, que fue rechazada por el Doctrinero, produciendo hilaridad en las tribus indígenas. No desmayó por esto el novel alfarero, y repitiendo el ensayo por cuatro ocasiones, fue igual-

1 *Andrés de San Nicolás.*—Imagen de Nuestra Señora de Copacabana, portento del Nuevo Mundo, ya conocida en Europa.—Madrid—1 vol. en 8°, 1663.

mente rechazada la obra. Impelido por secreta fuerza, Yupanqui deja el pueblo de Copacabana y pasa á los de Potosí, Chuquisaca y otros con el objeto de perfeccionar su obra, la cual fue por todas partes desaprobada, recibiendo del Obispo de Chuquisaca la orden de que fuera á cultivar los campos y abandonase el propósito de fabricar vírgenes, porque lo juzgaba más idóneo para pintar monas que para crear imágenes. Con humildad resígnase el indio, y guardando el tosco barro de la Virgen, esperó que llegasen venturosos días. A poco la imagencita, con todo el aspecto de una india rechoncha, se hizo dueña de las voluntades. Exige la muchedumbre la imagen, hácela bendecir, y con pompa inusitada la llevan al templo de Copacabana, donde entra triunfalmente el día 2 de febrero de 1583. Al instante la tosca Virgen comienza á transfigurarse, aparece bella, acabada, radiante, terminando por conquistar con su prodigio, el amor de los copacabanos.

En 1580 los moradores de Caracas, á consecuencia de la epidemia de viruelas que azotó á la pobre ciudad, levantaron un templo á San Pablo, primer ermitaño. Diez y seis años más tarde llegó á este templo una imagen de la virgencita de Copacabana semejante á la de Titicaca, recibiendo desde entonces hasta ahora cincuenta años, fervoroso culto, pues venerada fue como patrona de las lluvias y de la langosta.

Muy diferente de la tradición peruana es la caraqueña. Refiere ésta que un indio al pasar por cierta calle de Caracas se quitó el sombrero y vió caer una moneda de plata. Admirado del hallazgo toma la moneda, sigue al primer ventorrillo y la emplea en bebida espirituosa. Inconscientemente continúa y al sentarse en la

esquina de otra calle, vuelve á sucederse la escena con todos sus pormenores, repitiéndose más tarde y por tercera vez, igual suceso. Entonces el indio examina con acuciosidad la moneda y halla que en ella figura la imagen de la Virgen. Con veneración la coloca en un escapulario, que cuelga del cuello y oculta tras de la camisa. Pero corriendo el tiempo, el indio comete un asesinato, y se le enjuicia y es condenado á ser ahorcado. Al subir el reo al cadalso, el verdugo no le ha dado todavía el lazo á la cuerda, cuando ésta se rompe. Toma entonces otra más fuerte, la cual se rompe igualmente. En presencia del público el indio declara entonces que aquel hecho milagroso se debe á la intervención de Nuestra Señora de Copacabana, y quitándose el escapulario lo hace abrir, encontrándose en él la pequeña moneda de plata que había crecido y con ésta la imagen de la Virgen. El indio pidió en seguida que aquella imagen fuese depositada en el templo de San Pablo y que á ella se apelase para obtener del Cielo lo que se quisiera. El asesino fue ahorcado y la imagen depositada en San Pablo. (1)

Desde este día, el Ayuntamiento de Caracas nombró á la Virgen de Copacabana abogada de las lluvias, y á ella clamaba la población cuando la sequía tostaba la yerba de los campos, se hacía insoportable el calor y todo el mundo pedía á gritos la lluvia. Cuando llegaba el día fijado por el Ayuntamiento, en vista de circunstancias apremiantes, la virgencita salía en procesión del templo de San Pablo á la Catedral, acompañada del Obispo y Capítulo, del Gobernador y Ayuntamiento, de los frailes de los conventos, de-

1 *Depons.*—Obra citada.

más empleados y gran número de devotos; y desde fines del último siglo, también con el Consulado, la Intendencia y la Audiencia Real. Permanecía la Virgen en la Catedral uno ó más días y regresaba á San Pablo después que recibía la visita de todos los habitantes de la ciudad. Tan solemne procesión verificóse en Caracas casi durante tres siglos, desde fines del décimo sexto hasta 1841. (1)

Si la Copa salía para anunciar las lluvias, nada tenía de extraño, pues aquí los almanaques que llegaban de Cádiz, nunca traían noticias sobre la temperatura, etc. Todavía antes de la separación de Venezuela en 1830, jamás los almanaques anunciaron el tiempo. Esto vino más tarde, después de la instalación de la Academia militar en 1831. Pero lo extraño no es que la Copa saliera durante la colonia después de 1606; lo admirable es haber salido después que se anunciaba el tiempo en los almanaques, desde 1837 á 1841.

"Van á sacar la Copacabana para que llueva," era el estribillo general.—"Piensan en sacar la Copacabana."—Hoy nadie dice esto sino se ve el termómetro, se salen los más á temperar, se van al baño, y sufren los pobres desheredados ardiente calor, sequía, escasez de lluvias, etc.

Lloverá cuando deba llover.

Por supuesto la Copa salía cuando el aumento de calor y ciertos síntomas anunciaban la lluvia, á pesar de la aseveración del historiador Oviedo y Baños que asegura que apenas se pensaba en sa-

1 El Obispo Áleega, uno de los varones más piadosos del pontificado de Venezuela, protegió el culto de esta virgen desde el comienzo del siglo XVII, 1607 á 1608. Testigo en esta época de la horrible sequía que hacía sufrir las poblaciones en Venezuela, pensó en la Copacabana de Tititaca, hízose de una imagen de elia y publicó un edicto acerca de sus milagros.

car la imagen cuando se desataban las nubes en aguas.

Desde los primeros años del siglo décimo séptimo, la virgencita de Copacabana comenzó á mostrar á los caraqueños el influjo que ella ejercia sobre la lluvia, nos asegura el cronista Don Blas Terrero; y éste mismo refiere que durante el apostolado de Bohorques, de 1611 á 1617, tuvo efecto uno de los milagros más elocuentes que ha presenciado la población de Caracas. Sacada la Virgen, en procesión, de San Pablo á la Catedral, acompañada del Obispo, Gobernador, empleados y población de Caracas, no faltaban sino pocos pasos para llegar al último templo, cuando se desataron las nubes y cayó el agua á torrentes. Y añade: ante aquel milagro, todo el mundo comenzó á pedir perdón de sus faltas y á confesarse, desde el Gobernador hasta el último de los esclavos.

En la época de Diez Madroñero, decíase que si la Virgen, al salir en los días calurosos, no efectuaba el milagro, modificaba por lo menos el calor, y que esto contribuía en mejora de la situación.

A los tres siglos de haberse levantado el templo de San Pablo fue demolido, 1880, figurando hoy en el mismo sitio el Teatro Municipal. Desde entonces la virgencita de Copacabana fue robada, ignorándose donde estaba hasta há poco, que fue trasladada á la Basílica de Santa Ana. Demolido San Pablo, ha concluido en Caracas el culto de Nuestra Señora de Copacabana, quedando sólo el refrán de "Salir como la Copacabana," que á su turno tendrá también que desaparecer.

La virgencita de Copacabana no volverá á salir en procesión por las calles de Caracas. ¡Cómo cambian los tiempos y las civilizaciones!

VII

EL CARNAVAL DEL OBISPO

—

Cuando fueron anunciadas con mucha anticipación las fiestas del Centenario de Bolívar, en 1883, una de las disposiciones del Gobierno fue que todos los edificios de Caracas debían tener, para el 24 de julio, las fachadas pintadas; es decir, que la capital tenía que exhibirse en el día indicado, vestida de gala, destruyendo por completo los andrajos que llevaba á cuestas, desde tiempo inmemorial, y las numerosas arrugas ocasionadas por los años. De dicha llenos y de entusiasmo se felicitaron los farmacéuticos y pintores, al enterarse de tal disposición, pues se les presentaba á los unos, la ocasión de salir de los vetustos barriles de pinturas que tenían almacenados, y á los otros la de hacerse de algunas monedas por embadurnar paredes, puertas y ventanas, al gusto de los moradores de Caracas.

Al amanecer del 23 de julio, víspera del 24, fecha del nacimiento de El Libertador, Caracas apareció vestida de limpio y ataviada, desafiando al más pintiparado de los numerosos visitantes que llenaban los hoteles, casas de pensionistas, rancherías, ventorrillos, y se presentaban igualmente empaquetados y á la moda, obedeciendo á los impulsos del entusiasmo. Por la primera vez y quizá sea la única, en el espacio de trescientos diez y seis años, la ciudad de Losada ostentaba las gracias de su juventud, como Venus surgiendo de las espumas del mar: por la primera y única vez, en la historia de Caracas, ésta contemplaba al sol cara á cara, y

sonreía y coqueteaba con sus pobladores, al verse limpia, elegante y hasta poética, pues ella se decía:

Ayer maravilla fuí,
Hoy sombra de mí no soy.

Desde esta fecha, Caracas perdió para siempre uno de los distintivos de su pasada historia; dejó de narrarnos á lo vivo, lo que era el carnaval antiguo, desde épocas remotas, cuando la barbarie estableció que había diversión en molestar al prójimo, vejarlo, mojarlo, empaparlo y dejarlo entumecido. Y hasta las paredes de los edificios participaban de este baño de agua limpia ó sucia, pura ó colorida, pues el entusiasmo no llegaba al colmo, sino después de haber ensuciado, bañado y apaleado al prójimo, dando por resultado algunos contusos y heridos, y degradados todos.

A proporción que se deslizaban los años, las manchas de todos colores que dejaba cada carnaval en las paredes de los edificios de la ciudad se multiplicaban, lo que daba á Caracas cierta fisonomía repelente. Dos cosas llamaron la atención de un viajero que visitó la capital, hará como cincuenta años: la yerba y arbustos desarrollándose en los techos, calles más públicas, y aun en los barrotes de hierro de las ventanas y campanas de los templos, y las numerosas manchas, de todos colores, que sobresalían sobre las paredes del caserío. Lo primero le pareció como prueba evidente de la fuerza vegetal, del ningún tráfico de la población y de la ausencia completa de policía urbana: lo segundo, después de conocer la causa, como muestra de una sociedad bárbara que desconocía por completo la cultura de las diversiones públicas.

¡Cosa singular! En la historia de nuestro progreso, el carnaval moderno es una de nuestras bellas

conquistas, porque acerca las familias, da ensanche al comercio, perfecciona el gusto, despierta el entusiasmo, aproxima los corazones y trae el amor, alma del matrimonio. El carnaval antiguo era puramente acuático, alevoso, demagogo, siempre grosero, infamante: el carnaval moderno es riente, artístico, espontáneo, honrado y republicano. Aquél fue siempre amenazante, invasor, terrible. Caracas tenía que cerrar puertas y ventanas, la autoridad las fuentes públicas, y la familia que esconderse para evitar el ser víctima de la turba invasora. Las tres noches del carnaval de antaño, eran noches lúgubres; la ciudad parecía campo desolado. El carnaval de hoy aspira el aire y el perfume de las flores en presencia de la mujer pura y generosa, siempre resplandeciente, porque posee las dotes del corazón y los ideales del espíritu. Por esto Caracas abre puertas y ventanas, y comparsas de máscaras en coche ó á pie, recorren las calles y visitan las familias. La noche no es fúnebre, como en pasados tiempos, sino alegre, bulliciosa, poblada de luces y de armonías. El amor, antiguamente escondido, temeroso, sufrido, es hoy libre, expansivo; espléndido á la luz del día, confidente al llegar la noche.

Dejó de figurar el agua, y con ella aquel famoso instrumento del *Médico á Palos* de Molière, de mango prolongado y punta roma, que tanto llamaba la atención en remotas épocas. ¿Qué mortal se atrevería á llevarlo hoy en sus manos? El antiguo carnaval era una ciudad sitiada; el moderno es una ciudad abierta. Si el primero dejaba por todas partes los despojos del huracán, calles sucias, manchas en las paredes, contusos y heridos; el moderno deposita al pie de cada ventana, como homenaje á la mujer virtuosa, ramille-

tes de flores naturales y artificiales, grajeas, y quizá el billete perfumado de algún galán imberbe. El carnaval de antaño era económico; el moderno es fastuoso. ¿Y qué importa que el crédito tome creces y se aumente en los libros del Comercio la partida de pérdidas y ganancias, si los corazones se unen y la humanidad se multiplica?

No tienen los dos carnavales de común, sino la mala intención: la de lanzarse cada prójimo cuanto proyectil pueda haber á las manos, con toda la fuerza de que es capaz el cuerpo humano. Así son los campos de batalla: el que sale con gloria, no es el muerto, sino el que sobrevive, con un ojo de menos, con dañada intención de más.

Entre los dos carnavales de que acabamos de hablar, está el carnaval religioso creado en los días en que se amarraban los perros con longanizas. En la época del Obispo Diez Madroñero, 1757 á 1769, Caracas no tenía jardines ni paseos ni alumbrado ni médicos ni boticas ni modistas ni cosa que se le pareciera, ni carretas ni coches, sino magnates y siervos. Distinguíase el carnaval de aquellos días no sólo en el uso del agua, en el baño fortuito, intempestivo, que se efectuaba en *ciertas* familias del poblado, cuando el zagalejo entraba de repente en el patio, cogía con astucia á la zagaleja, y ambos se zambullían en la pila como estaban, sino en algo todavía más expresivo, como eran los jueguitos de manos entre ambos sexos, los bailecitos, entre los cuales figuraban el fandango, la zapa, la mochilera y compañía.

En el estudio que hizo el prelado, de la sociedad caraqueña, no dió importancia al uso de los proyectiles de azúcar ó de harina, con los cuales cada jugador quería sacarle los ojos á su contrario; tampoco se ocupó en si se mojaban con betún

ó con agua, ó si se embadurnaban con harina ó pinturas. Lo que llamó toda la atención del prelado fueron los baños de los zagalejos en las casas de *ciertos* moradores de Santiago de León, y los retozos y bailecitos populares, los tocamientos y morisquetas de los sexos, los juegos de la "gallina ciega," la "perica," el "escondite" y el "pico-pico. Que se lanceu balas, si quieren, decía el Obispo; pero que no se acerquen, pues no conviene tanta incongruencia. ¿Qué hacer? Concibió entonces el proyecto de sustituir el juego del carnaval con el rezo del rosario. Invitó á reunión general los magnates de la ciudad, hacendados, comerciantes, industriales, curas de las parroquias, etc, etc, y les dijo: "Voy á acabar con esta barbarie, que se llama aquí carnaval; voy á traer al buen camino á estas mis ovejas descarriadas, que viven en medio del pecado: voy á tornarlas á la vida del cristiano por medio de oraciones que les hagan dignas del Rey nuestro señor y de Dios, dispensador de todo bienestar." Y después de explanar su pensamiento y de obtener la venia de la numerosa asamblea, lanzó á la luz pública cierto edicto con el cual enterró á la zapa y demás bailes populares. En seguida quiso hacer su ensayo respecto del carnaval, y como vió que le había producido admirable resultado, lanzó á la faz de todos los pueblos del Obispado el siguiente edicto, con el cual acabó, durante los diez años de su apostolado, con el carnaval de antaño:

Nos, Don Diego Antonio Diez Madroñero, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Caracas y Venezuela, del Consejo de Su Majestad.

"Entre los muchos y singulares efectos que como favor especialísimo celebramos haber causado en los piadosos ánimos de sus devotos súbditos, la

Madre Santísima de la Eterna Luz, Divina Pastora de esta ciudad y Obispado, son muy notables y maravillosos (si maravilla es, que á los dulces silbos y armoniosas voces de María hasta los efectos, obedientes se sujetan á la razón y la razón á Dios) cuantos admiramos, particularmente en las carnestolendas del año próximo pasado, las semanas precedentes á ellas y en el siguiente santo tiempo de Cuaresma, en que convidados por la Santa Iglesia á penitencia, á una devota tristeza y al ejercicio de las virtudes cuando el mundo ostentando escenas de sus teatros como lícitas, las más vivas y artificiosas expresiones de libertad en juegos, justas, bailes, contradanzas y lazos de ambos sexos, contactos de manos y acciones descompuestas é inhonestas y cuando honestas indiferentes, siempre peligrosas, llamaba á los deleites corporales aquellos nuestros súbditos, fieles siervos de Nuestra Señora, combatiendo y despreciando constantemente hasta los atractivos halagüeños de semejantes diversiones profanas, admitieron gustosos aquel convite espiritual, prefiriendo entre sí mismos con santa emulación por participar de las delicias celestiales preparadas en los sagrados banquetes y espectáculos representados, ya en las iglesias, donde estuvo expuesta Su Majestad Sacramentada, ya en las procesiones de Semana Santa, ya en los rosarios convocatorios, ya en los demás ejercicios piadosos repetidos en los días de Cuaresma, habiendo asistido todos dando recíprocos ejemplos con su más fervorosa devoción y compostura, sin excepción de los niños y párvulos que abstenidos de las travesuras pueriles de que el enemigo común solía valerse para perturbar y retraer de las iglesias á los devotos, no fueron los que menos edificaron, advertidos, sin duda, de sus párrocos, maestros prudentes y devotos, padres de familia de cuido, celo y eficacia en el cumplimiento de sus muchas y gravísimas obligaciones.

pende muy principalmente la universal santificación de este pueblo y Obispado, á que esperamos nos ayuden unos y otros cooperando en cuanto les sea respectivo, perseverantes en la soberana protección necesaria, y en los medios y ejercicios santos practicados el año precedente que haremos notorio, se les facilitaron repitiéndolos, y que nuevamente les invitamos, satisfechos en la constancia de sus santas resoluciones y buenos propósitos, con que desterrados perpetuamente el carnaval, los abusos, juguetes feroces y diversiones opuestas á nuestro fin, se radiquen más y más las virtudes y buenas costumbres, aumenten en los piadosos estilos é introduzcan firmemente como loable el de continuar la custodia de esta ciudad para que, fortalecida con el número inexpugnable de la devoción de María, Señora Nuestra, y quitado embarazo el domingo, lunes y martes de carnestolendas, permanezca defendida y concurran los fieles habitadores de María, sin estorbo á adorar á Su Divina Majestad Sacramentada, en las iglesias, donde se expondrá á la veneración de todos, convocados por sus Santos Rosarios que salgan de las respectivas, donde se hallan situados á las cuatro según ordenamos á todas las cofradías, congregaciones ó hermandades y personas á cuyo cargo están; los dispongan y saquen en las tres tardes en el inmediato carnaval dirigiendo cada cual el suyo por las cuadras que circundan las iglesias de su establecimiento, sin juntarse con otro, volviendo y concluyendo en la misma forma con la plática mensual en que, confiamos del fervor y facilidad de los predicadores, tocarán algún asunto conducente á desviar á los fieles de las obras de la carne y á traerlos á la del espíritu con que templen la ira de Dios irritada por las culpas de las carnetolendas y Semana Santa.—En testimonio de lo cual damos las presentes, firmadas, selladas y refrendadas en

forma en nuestro Palacio Episcopal de Caracas, en catorce de febrero de mil setecientos cincuenta y nueve.—DIEGO ANTONIO, *Obispo de Caracas.*—Por mandato de Su Señoría Illma. mi Señor.—*Don José de Mejorada*, Secretario.—Letras congratulatorias, invitatorias y exhortatorias por las que ordena Su Señoría Illma. la repetición de rosarios en los tres días del carnaval confiando no se manifestarán menos devotos en este año, sus muy amados y piadosos súbditos, que lo ejecutaron en el pasado, hasta los niños." (1)

Así se celebró el carnaval en Caracas, durante el pontificado del Obispo Diez Madroñero. Las procesiones, llevando á la cabeza un cura de almas, recorrían las calles del poblado, sin tropiezos, sin desorden, y con la sumisión y mansedumbre de fieles ovejas. De manera que en aquella época, se rezaba el rosario todos los días, por las familias de Caracas; en procesión cada dos ó tres noches, é igualmente, durante los tres días de carnaval.

¿Era todo esto efecto de una alucinación epidémica, ó debía considerarse á la sociedad caraqueña como un pueblo de ilotas? Sea lo que fuere, en dos y más ocasiones, el Ayuntamiento de Caracas, durante este Obispado, escribió al monarca español diciéndole: "No tenemos paseos ni teatros ni filarmonías ni distracciones de ningún género; pero sí sabemos rezar el rosario y festejar á María, y nos gozamos al ver á nuestras familias y esclavitudes, llenas de alegría, entonar himnos y canciones á la Reina de los Ángeles." (2)

1 Con este edicto comenzó el Obispo Diez Madroñero las reformas que llevó á cabo en la sociedad caraqueña. Al posponer en el orden cronológico este cuadro á los que preceden, se comprenderá que ha sido para dejar coronada de modo más interesante la relación histórica de aquel pontificado.

2 Actas diversas de los Ayuntamientos de esta época.

Así pasaban los años, cuando el Obispo murió en Valencia en 1769. A poco comienza la reacción, y la sociedad de Caracas, á semejanza de los muchachos de escuela en ausencia del maestro, da expansión al espíritu y movimiento al cuerpo. El rezo del rosario, en la época del carnaval fue desapareciendo, hasta que volvieron los habitantes de la ciudad Mariana al carnaval de antaño. Tornaron los bailes populares y los jueguitos de manos, y el zambullimiento de los zagalejos enamorados en las fuentes cristalinas. Resucitó el famoso instrumento de Molière, llenáronse las calles de embadurnadores, recibieron las paredes del poblado innumerables proyectiles, salieron, finalmente, de las jaulas, los pajarillos esclavos, y se comieron los perros las apetitosas longanizas. La reacción es siempre igual á la acción.

VIII

CIENTO TREINTA Y TRES AÑOS DESPUÉS

—

Caen los imperios y derrúmbanse las sociedades, de la misma manera que se desprenden las hojas de los árboles. Todo nace y muere, todo pasa y nada es estable, porque tal es el destino, al cual sometió la Providencia las cosas sublunares.

¿ Dónde están los patronos y abogados de Caracas ? Demolidos fueron los conventos de mujeres y de hombres, lo mismo que los templos de San Pablo, San Felipe, San Lázaro, San Mauricio y la Trinidad. Demolidas fueron también las capillas y ermitas del Calvario, la Soledad, el Rosario y los Dolores; pero han surgido Santa Teresa, la Santa Capilla, San José y las capillas del Calvario, de Lourdes y de la Trinidad.

Con la extinción de los conventos y de las capillas, desaparecieron las cofradías y hermandades, y con éstas, las procesiones nocturnas del rosario, las fiestas de Corpus, los octavarios, las procesiones de Semana Santa y los retablos de las esquinas. Ya los santos no salen por las calles, ni éstas se entoldan ni hay cortinas que engalanen puertas y ventanas. Ya el viático para los enfermos y moribundos, no sale en procesión, bajo de palio, ni bajo de paraguas, precedido de la esquila del templo. Esta ceremonia exige el misterio, para no estar en contacto con el bullicio de las ciudades.

Desaparecieron los santeros que por los cuatro vientos tenía Caracas, siempre en solicitud de los creyentes; pero abundan los petardistas, los pedigüeños, los ociosos y holgazanes.

Ocultóse la Copacabana: dejó de ser esta Virgen la protectora de las lluvias, y tuvo que refugiarse en la Basílica de Santa Teresa, después de haber recibido culto durante tres siglos. Pero si esta virgencita desaparece, la de Lourdes surge y guía á los peregrinos en dirección de Maiquetía. Desapareció el patrono de las flechas envenenadas, y también el de la langosta, la cual se presenta cuando quiere, se ríe de los hombres y de las cosas, y desaparece para volver cuando le place. La Virgen de las Mercedes cesó de ser la abogada de las sementeras de cacao, de los terremotos y la patrona de Caracas. Los agricultores se olvidaron de ella, en tanto que el terremoto de 1812 destruyó el hermoso convento de la Redentora de Cautivos. Desapareció San Pablo el Ermitaño, y se quedó sin templo; San Jorge no tiene ya culto, y gracias que Santiago sea obsequiado anualmente con una misa pontifical, homenaje que recibe, no como patrono de Caracas, sino por ser uno de los discípulos más notables que tuvo el

Divino Maestro. Desapareció, finalmente, *Nuestra Señora Mariana de Caracas*. Ya nadie la rinde culto, ya ninguna corporación firma *Mariana de Caracas*, sino, simplemente, *Caracas*. De la Virgen protectora de la ciudad, con cuyo nombre fueron bautizados tantos párvulos en los últimos años del pasado siglo, sólo queda en el Museo el retablo que figuró durante ciento doce años en la esquina de la Metropolitana.

Los oratorios privados y los que figuraron en los establecimientos agrícolas de las cercanías de Caracas, están cerrados, convertidos los primeros en despensas y los segundos en graneros. Dejó el esclavo de rezar el rosario en comunidad, desde el momento en que recuperó su libertad. Ya no hay siervos en Venezuela.

Ya no figuran expósitos en las puertas de los templos, que hospicio tienen los huérfanos: ya no está cerrada la puerta de la casa de Dios á los cadáveres de los pobres de solemnidad, que sociedades benéficas protejen á todos los desheredados: ya no se afeita á los cadáveres ni se visten, calzan y adornan, sino se amortajan: ya no hay banquetes ni octavarios fúnebres, aunque quieren algunos resucitar las antiguas parrandas epicúreas en los días de duelo. Esta es la vanidad que con forma halagadora penetra en todos los hogares, estimula el amor propio, y trata de nivelar todas las fortunas. Si algo debe tener presente la familia pobre en estos días de tribulación, en los cuales la competencia es causa de ruina, es aquella sublime sentencia del Divino Maestro: *Los primeros serán los últimos, y los últimos los primeros.*

En las solitarias calles de Caracas, ahora ciento treinta y tres años, no se veía una carreta ni un coche ni aun el alumbrado público, porque las

luminarias de los santos patronos en las esquinas y zaguanes de las casas, era suficiente para que los moradores de la ciudad pudieran pasearla en las noches oscuras.

¿Qué queda de aquellos días en que Caracas fue convertida en convento? Los ejercicios de San Ignacio en el Colegio Episcopal. Todavía las campanas de los templos tocan todas las noches la hora de los muertos y la hora de los agonizantes: todavía al nacer y al ocultarse la luz, las campanadas del *Angelus* son las compañeras de los que sufren y esperan.

La civilización en su constante obra de derrumbamiento y de progreso, va cambiando de forma y de ideas, siempre bajo el influjo de intereses mundanos, que cada sociedad sabe revestir con tendencias más ó menos lisonjeras. Cayó la colonia y surgió la República. Si ésta llega á desaparecer, alguien llegará á contemplar el *caos primitivo*, de que nos habló el gran Bolívar.

LOS HERMANOS SALIAS

—

AL DOCTOR DON ELIAS MICHELENA

—

Desaparecieron las antiguas ruinas de la Casa de Misericordia, que desde el terremoto de 1812 llamaban la atención, en el extremo oriental de la calle Este 4: en este sitio figura hoy el hermoso Parque de Carabobo. Desaparecieron, igualmente, las ruinas de la antigua casa del Regidor Ribas, en la esquina de Maturín: allí se levanta hoy un templo masónico. Aun se conserva la vetusta quinta de Bolívar, á orillas del Guaire, pero ya sin el famoso cedro de Fajardo, en cuyo hermoso tronco dos generaciones habían inscrito sus nombres; y se conservan la casa solariega del Doctor Álamo, en la esquina de Santa Teresa, y la que en el rincón de la plaza de San Pablo, perteneció á la antigua familia Salias. En estos y en otros lugares, se reunían los revolucionarios de Caracas, desde que en 1808, fue invadida España por Napoleón y entregado á éste Carlos IV, con su familia, por el Príncipe de la Paz, favorito de la reina.

Existía en aquellos días un fermento que preocupaba los ánimos, una idea en gestación, cuyas formas no se podían delinear; algo noble y generoso que acercaba á la juventud y la ponía en camino de grandes acontecimientos, todavía desconocidos. La juventud en aquel entonces era fuerza, y egida los sentimientos generosos. Pero si en la mayoría de estos círculos familiares sobresalía la juventud masculina, y era la que daba el tono, en una de las casas mencionadas descollaba al frente de los noveles políticos, una matrona llena de gracia, inspirada, de palabra fácil, y orgullosa de poder decir como Cornelia: *mis tesoros son mis hijos.* Esta matrona admirable, fue aquella Margarita de Salias, alma de la tertulia que tenía por concurrentes á lo más distinguido y apuesto de la sociedad de Caracas. Allí, en el rincón de la antigua plaza de San Pablo, estuvo la casa solariega de la familia Salias. (1)

Abrimos las crónicas de la revolución caraqueña, leemos los diversos sucesos políticos que desde 1808 acercan los hombres, y al contemplar el grupo de familias que lanzaron sus hijos á la defensa del patrio suelo, tropezamos con la de Salias. Huérfanos de padre los hermanos Salias, alentados por la madre, forman un cuerpo que no obedece sino á una voz mágica: *Libertad.* Francisco, Vicente, Pedro y Juan Salias, y tras de éstos Mariano y Carlos, los menores de la familia, pertenecen por sus ante-

1 He aquí una plaza de Caracas sin nombre que la caracterice: llamóse antiguamente de San Pablo, por el templo que allí estuvo; y después, plaza del Teatro Municipal. Bien pudiera bautizársela con el nombre glorioso de *Plaza Salias.* En el centro figura la estatua de uno de los más brillantes adalides de la magna guerra. Ningún corolario cuadraría más al guerrero, que posar en el pavimento de la Plaza Salias, que recuerda á sus compañeros de la guerra á muerte, segados en los campos de batalla y en los patíbulos.

cedentes, talentos, servicios militares y civiles, entusiasmo y arranques, á la pléyade de adalides que comienzan el 19 de abril de 1810, siguen los impulsos de la revolución, acompañan á Miranda en 1811 y 1812, y siguen con Bolívar en 1813 y 1814. Cuando llegan los reveses de esta época lúgubre, la revolución pierde muchos de sus atletas segados en los patíbulos. Entre las numerosas víctimas de Pore, sacrificadas en 1816, por orden de Morillo, está uno de los Salias, Juan. Le habían precedido en la muerte Pedro y Vicente, salvándose por uno de tantos milagros el mayor de ellos, aquel Francisco que el 19 de abril de 1810, cuando todo estaba perdido, detiene en la puerta mayor de la Metropolitana al Gobernador Emparan y le hace retroceder á la sala del Ayuntamiento. Muertos tres, quedaban tres para continuar impasibles y resueltos. Escapados de las bóvedas Francisco y Mariano, Bolívar toma al primero para tenerlo á su lado, desde 1813, y deja los menores á la madre, sus compañeros en las playas del ostracismo.

En este grupo de lidiadores, Vicente sintetiza la revolución: Francisco es el patricio inspirado del 19 de abril de 1810; tres de ellos debían ser edecanes de Miranda, uno de Bolívar; dos, víctimas en el campo de batalla; uno en el patíbulo, y sólo el menor debía alcanzar edad nonagenaria para contarnos los sucesos de aquellos días luctuosos y hablarnos de sus hermanos. Refieren las crónicas que durante los veinte y cinco años que siguieron á la guerra á muerte, en cada ocasión en que Margarita, la madre de los Salias, recordaba á sus hijos inmolados, lágrimas silenciosas corrían de sus ojos: el culto maternal fue una de las virtudes sobresalientes de esta espléndida matrona.

En la lista comprensiva de los autores del 19 de abril de 1810, con la cual remata el historiador

español Díaz, su *Rebelión de Caracas*, publicada en 1829, figuran cuatro de los hermanos Salias, así: Francisco, que vivía en aquella época, Vicente, fusilado en Puerto Cabello en 1814, Pedro, que sucumbió en la reyerta sangrienta de Aragua, en 1814, y Juan, fusilado en Pore en 1816. (1)

En el admirable grupo de los hermanos Salias hay uno que descuella por su carácter, inteligencia, ilustración: es Vicente, médico y poeta, uno de esos paladines de las grandes causas, siempre inspirado, desde el día en que sucesos nuevos en el orden social, empujan ciertos corazones en pos de nobles y misteriosos destinos. Vicente, con su espíritu epigramático, con su palabra acentuada, entusiasta, era la parte etérea de esta familia de patricios. Un escritor moderno le ha sintetizado en estas frases elocuentes: "Salias era un griego, amigo de la belleza, lleno de chiste y de sal ática." (2) En efecto, cuando llega el momento en que cada carácter debía definirse, llenos unos de tristes presentimientos, entregados otros á la fuerza del destino, Vicente aparece radiante en medio de sus compañeros: siempre con la cabeza erguida, y siempre con la sonrisa en los labios, esta precursora del chiste y de la bella frase en los espíritus superiores. El hado le tenía, sin embargo, reservado para ser una de las ilustres víctimas de la guerra á muerte.

Ya tornaremos á esta figura de los días épicos.

Había salido el Capitán general Emparan del Ayuntamiento, en la mañana del 19 de abril de

(1) Díaz escribe Mariano en lugar de Juan, lo que es un error de nombre, pues aquél murió en Caracas en 1850.

2 *González*—Biografía de Ribas.

1810, y se encaminaba hacia la Metropolitana, cuando la juventud de Caracas, que aguardaba verlo preso, juzgó el lance perdido. El Gobernador había logrado evadir con astucia la lógica del Ayuntamiento, y libre de la intriga, tiempo tenía para reflexionar. Al pasar con su séquito frente al cuerpo de guardia de la esquina del Principal, nota que el oficial y soldados no le hacen los honores, lo que contestó el Gobernador con una mirada de reproche. Este incidente motivó que la concurrencia que llenaba calles y plaza se apercibiese de algo desconocido, y era que el oficial amenazado por su procedimiento y lleno de temores, después de haber obedecido á la consigna de los revolucionarios exclamara:—"Me han dejado solo, pero sabré comprometer á todo el mundo. Conmigo serán juzgados cuantos me aseguraron que todo estaba listo."—Esto fue lo suficiente para que comenzaran los gritos de "al cabildo," "al cabildo," los cuales se repetían inconscientemente por todas partes. Eran los gritos lanzados por los Salias, Ribas, Montillas, Jugo y demás revolucionarios que, como espectadores, estaban apostados en diferentes sitios, en derredor de la plaza real. En estos momentos Francisco Salias atraviesa la plaza con el objeto de alcanzar al Gobernador, antes de que éste entrara á la Metropolitana. Comprendió el joven patricio de que si Emparan, ya apercibido, obraba con entereza, desde el templo, todo podía fracasar, y por esto quiso detenerlo. Ambos llegaron en el mismo instante á la puerta del templo.

—Os llama el pueblo á cabildo, le dice Salias, impidiéndole la entrada.

—Será más tarde, contesta Emparan.

—Os llama el pueblo á cabildo, señor, y los

momentos son muy apremiantes. Os llama el pueblo á cabildo, repite Salias, con ademán sereno.

Eran los momentos en que los gritos se redoblaban y llegaban á oídos de Emparan, ya preocupado.

—Al cabildo, señor, le repite Salias.

—Vamos, pues, al cabildo, contesta Emparan.

El Gobernador había notado que al acercarse Salias, el cuerpo de guardia situado cerca de la puerta mayor del templo, quiso hacer los honores al primer mandatario, y que el oficial Ponte, había ordenado lo contrario. Este incidente, que se repitió por segunda vez, y el ademán imponente de Salias, le obligaron á retroceder.

De mil maneras ha sido referido este incidente de Salias, causa inmediata de la vuelta del Gobernador al cabildo. Cada historiador lo relata á su modo, lo que amerita estudiar el suceso á los ojos del criterio histórico y de la sana razón, y, despojarlo así, de toda exageración ó calumnia con que hayan querido mancharlo los enemigos de la revolución hispanoamericana.

"Al poner el Gobernador el pie en los umbrales del templo, dice el historiador Díaz, le alcanzó Francisco Salias que había á carrera atravesado la plaza: le tomó por el brazo: le puso un puñal al pecho y le intimó á que volviese al Ayuntamiento."

"Al poner el pie en los umbrales del templo le alcanza el desaforado Francisco Salias, le asesta un puñal al pecho y le intima el regreso al Ayuntamiento." Esto escribe el historiador español Torrente.

"Salió para la Catedral con el cuerpo de cabildo; pero al llegar á la puerta de ésta, le agarró

del brazo un Salias, que acompañado del pueblo y con gritería, le obligaron á volver á la Sala Capitular." Así habla el Oidor Martínez, en la narración que escribió desde Filadelfia, referente á los variados incidentes de la revolución del 19 de abril de 1810.

Ducoudray Holstein, en su *Historia de Bolívar*, pone en boca de Salias dos discursos, uno al llegar el Gobernador á la puerta del templo y otro cuando torna al cabildo, en el cual pide á aquél en términos insultantes, la deposición del Intendente Anca, odiado de la población, y en seguida el arresto de la Audiencia real, etc., etc.

El relato de Baralt y Díaz es muy lacónico: "En este instante varios grupos de conjurados reunidos en la plaza, cierran el paso á la comitiva de Emparan, y un hombre llamado Francisco Salias agarra á éste del brazo y grita que vuelva con el cabildo á la Sala Capitular."

Restrepo, el notable historiador de Colombia, dice: "Estaban ya á las puertas de la iglesia, cuando varios grupos cierran el paso, y avanzándose atrevidamente un hombre llamado Francisco Salias, toma del brazo al Capitán general y le intima que vuelva con el Ayuntamiento á la Sala Capitular."

Otros escritores asientan que Salias despojó al Gobernador del bastón que llevaba; es decir, dejó éste de figurar como primer mandatario, desde el momento en que entregaba á una facción la insignia de mando.

Así se ha ido comentando, desde el 19 de abril de 1810, un incidente que no tuvo nada de ruin, nada de faccioso y descompuesto, y sí mucho de respetuoso y de digno. Salias, ciudadano pacífico y de

familia distinguida, no tuvo necesidad de amagar á nadie con puñal, pues las armas de que se valió fueron el respeto y la compostura. Ni Díaz, ni Torrente, fueron testigos del suceso. Díaz, en su narración no califica á Salias: pero Torrente que copia á su Mecenas, apostrofa á Salias con el dictado de *desaforado*. La narración del Oidor Martinez es más exacta que las precedentes, pues se limita á referir el hecho, sin epítetos y sin puñales. La narración de Dacoudray es una confusión de incidentes. La discusión que tuvo horas más tarde el canónigo Cortés Madariaga con el Gobernador, discusión que dió por resultado la caída de los principales empleados y de la Audiencia, la anticipa aquel historiador y la agrega al incidente de Salias. Confundió los informes que obtuviera.

El relato de Baralt y Díaz que copia Restrepo, sólo tiene de censurable el que de un patricio tan conocido como era Francisco Salias, se dijera *un hombre llamado* Francisco Salias; lo que equivalía á decir, un desconocido. En este particular, el historiador Díaz es más justo, pues coloca á Francisco Salias al nivel de los demás conjurados sin despojarlo de su carácter de revolucionario.

Salias no agarró por el brazo al Gobernador, ni hubo necesidad de esto, ni de amagos. Salias se insinuó, manifestó el deseo general y triunfó, sin necesidad de amenazas ni de tropelías. Tampoco le despojó del bastón de Mariscal, pues Emparan tornó con él al cabildo, con él pasó su detención de cortos días y con él se embarcó. Las frases "arrancó el bastón," "le despojó de la insignia de mando," son figuradas y sólo así deben admitirse.

Dos incidentes providenciales abren la revolución del 19 de abril de 1810: el incidente Salias y

el incidente Cortés Madariaga; sin éstos la revolución habría fracasado.

Con Vicente Salias, Mariano Montilla, los hermanos Bolívar, López Méndez, Bello, y Cortés Madariaga, comienza la diplomacia venezolana en 1810.

Ya en otro escrito hemos departido acerca de este tema. (1) Cada una de estas agrupaciones produjo resultados inmediatos; mas la de Bolivar, López Méndez y Bello trajo un nuevo factor á la revolución: Miranda, que á fines de 1810 tornó al suelo patrio, después de haber dedicado treinta años de su vida á las conquistas de la libertad en ambos mundos. La "Sociedad patriótica" creada por Miranda, trajo las conquistas de la tribuna libre, espontánea, expansiva, y aun turbulenta y demagógica: era la antesala del Congreso que surgió poco después. La creación de la diplomacia venezolana, —la tribuna parlamentaria: he aquí las dos más bellas creaciones de la revolución de 1810.

Con los hermanos Salias, con Ribas, con Soublette, con los hermanos Carabaño, Bolívar, Mac-Grégor y muchos otros, comienzan los heraldos de la guerra, próxima á estallar. El que tenía señalado la Providencia para conducir victoriosos los ejércitos de Colombia hasta las nevadas cimas de los Andes, debía recibir su bautizo de sangre, en unión de sus conmilitones, bajo las órdenes de Miranda. Los hombres son hijos del encadenamiento de los sucesos.

En estos días, fue cuando la familia Salias

1 Véase nuestro estudio histórico titulado: "Orígenes de la diplomacia venezolana"

hubo de estrechar amistad con el Generalísimo. Durante la estada de éste en España, había tratado con alguien de la parentela de aquella, así fue que al llegar á Caracas quiso conocerla. Por otra parte, el padre de los hermanos Salias, Don Francisco, muerto al finalizar el último siglo, era español de buenos quilates. Miranda era partidario de los enlaces de españoles con americanos, pues juzgaba que el elemento hispano era el único que nos haría conservar las virtudes de raza y de familia, que Castilla había sabido plantar en el Nuevo Mundo. La familia Salias y Miranda constituyeron un lazo de intereses políticos y sociales. En Vicente, Miranda había encontrado uno de los más simpáticos caracteres de la revolución; en sus hermanos el sentimiento de la Patria llevado al sacrificio. No pasó mucho tiempo sin que cada uno ocupara el puesto que le indicaba el deber y recibiera por galardón la muerte, la victoria ó el ostracismo.

En efecto, á fines de 1811, revienta la contrarrevolución española, tanto en Caracas como en Valencia. Era el comienzo de la guerra civil, con sus odios, crímenes y hogueras. Más tarde, el terremoto de 1812, vendrá en ayuda de los españoles que se valdrán del fanatismo para apoderarse de los ánimos timoratos y de pueblos incipientes y seguir triunfantes por todas partes. Entre los edecanes de Miranda figuran tres de los hermanos Salias: Francisco, Juan y Mariano. Ya veremos la suerte que cupo al primero. Tenemos ya á Miranda en campaña: lucido ejército en el cual figura la juventud de Caracas le acompaña en dirección de Valencia, donde la contrarrevolución española ha establecido sus reales.

En aquellos días figuraba en los alrededores de Valencia, una partida de salteadores encabezada

por el Zambo Palomo y por Eusebio Colmenares, conocido con el nombre de El Catire. Con el pretexto de encontrar inmunidad, estos hombres de mala ley se habían afiliado en el bando español, que los admitía y protegía como á hombres necesarios. Aparecían y desaparecían, infundiendo por todas partes el espanto, y sin fijarse en cada localidad sorprendida, sino el tiempo necesario para saquearla. En junio de 1811, el edecán de Miranda desempeñaba cierto encargo de su Jefe, cuando es sorprendido y cogido por la partida de El Catire y de Palomo. (1) Quiere éste atropellar al prisionero y el primero se opone con todas sus fuerzas. ¿Quién era este protector de Salias? Sin preverlo, el edecán al verse prisionero, se encuentra frente al antiguo capataz de su familia, en la hacienda "El Hoyo," en los altos de Caracas. El Catire, al reconocer al joven Salias, lo ampara y lo lleva consigo á sus guaridas. Después de algunos días, Valencia fue tomada á fuego y sangre por Miranda, y acompañado de los dos bandoleros se presenta Salias en el campamento patriota, implorando el perdón de aquellos hombres, gracia que le concedió Miranda. El parte dirigido por el Generalísimo al Ministro de la Guerra, fechado en Valencia á 25 de junio de 1812, es el siguiente:

"*Señor Secretario del Despacho de la Guerra.*

"Esta mañana al amanecer, como previne á US. en mi anterior oficio, hicimos un reconocimiento general sobre todos los puntos de la ciu-

1 Este Zambo Palomo es el mismo que más tarde, en 1813, acompañó á Monteverde, después de la rota de Maturín, y pudo salvar á este mandatario, conduciéndolo por veredas ocultas. Después tropezamos con el mismo Palomo, que figura en el ejército de Morales, en San Fernando, en 1819. Mandaba un escuadrón y tenía el grado de Comandante.

dad de Valencia, en que nuestras tropas se hallan en el día establecidas, para cerrar su comunicación con la campaña y bloquearla perfectamente. Observamos que los enemigos perseguidos vigorosamente por nuestra infantería ligera, se hallaban reducidos al centro de la ciudad; habiéndonos abandonado, todos los barrios y cercanías, junto con una pieza más de artillería, y ochenta y cuatro prisioneros de guerra. La buena dirección del fuego de nuestra artillería contra la plaza, y la escasez general de víveres, á que el bloqueo tiene reducido al enemigo, ha producido una deserción bastante considerable, pues pasan de cincuenta personas, las que el día de hoy se han pasado á este ejército; entre ellas, hemos tenido la satisfacción de ver llegar á Don Francisco Salias, que haciendo la función de nuestro edecán, el día 23 del mes pasado, quedó prisionero en Valencia; y ha debido su libertad, según su informe, al famoso Eusebio Colmenares, (alias El Catire,) uno de los principales jefes entre los insurgentes de Valencia, y que igualmente se ha presentado, implorando el perdón de sus pasadas ofensas, en virtud del servicio que, en procurar la libertad de Salias nos ha hecho, y de los que ofrece hacer á su patria, sin solicitar otra recompensa por todo ello que el olvido de su pasada conducta: lo que me ha parecido útil y conveniente el acordarle. El parte adjunto del Ingeniero en Jefe indica los trabajos hechos por éste los días 8 y 9, contra la plaza de Valencia; y aunque hoy se ha observado que el enemigo trabaja con grande actividad en hacer nuevas cortaduras y retrincheramientos en las principales calles que guían á la plaza mayor de esta ciudad, no me parecerá extraño, que la disminución de las tropas que la defienden, reducidas á un corto número, por la gran deserción, que por todas las avenidas de

ellas hacia el campo se observa, la hallásemos evacuada dentro de dos ó tres días.

"Dios guarde á US. muchos años.—Cuartel General del Morro, frente de Valencia, á 10 de agosto de 1811, á las 8 de la noche.

"Francisco de Miranda." (1)

Días más tarde el edecán Salias acompañado del joven Bolívar, traía á Caracas el parte de la toma de Valencia. Bolívar había recibido su bautizo de sangre y acompañado de un edecán del Generalísimo, quiso recibir las felicitaciones de sus amigos. (2)

A poco el vendaval político toma creces, la desmoralización cunde por todas partes, y tras el entusiasmo, en sus últimos espasmos, viene el desaliento. El terremoto de marzo de 1812 fue la fuerza misteriosa que acabó de hundir al bando patriota y abrió el camino de Caracas á los enemigos de la joven República. La estrella de Miranda va á eclipsarse, y tras éste, llegará el carro de la guerra á muerte. Pero con Miranda están sus hombres: Ribas, Muñoz Tébar, Vicente Salias, Soublette, Espejo, Bolívar, Sanz y otros más. ¡Qué grupo éste el que constituye los hombres de Miranda! La correspondencia de todos ellos con el Generalísimo, es un rico tesoro de apreciaciones históricas de alto interés. Esta correspondencia, salvada de la catástrofe de La Guaira, sintetiza una época admirable en la historia de Venezuela. El propulsor de la revolución, al desaparecer en las mazmorras de la Carraca

1 *Gaceta de Caracas* de 13 de agosto de 1881. Es raro tropezar hoy con algún número de la *Gaceta* de la época de 1810 hasta 1815; por esto la publicación de ciertos documentos que no figuran en las *Colecciones*, es de grande interés.

2 Tenemos una leyenda inédita que se intitula: *Bautizo de sangre de Bolívar.*

en 1816, había sido ya precedido de algunas de estas lumbreras que constituyen la constelación histórica de los *hombres de Miranda*: Salias y dos de sus hermanos, Ribas, Espejo, Muñoz Tebar, Sanz y otros más.

Dos épocas caracterizan la revolución venezolana: 1810 á 1812; 1813 á 1825. Miranda y sus hombres sintetizan la época de gestación, incomprensible, indefinida. Bolívar y sus tenientes comprende la época del sacrificio, de la guerra á muerte, de la lucha heroica, del combate constante: el triunfo de la revolución.

Miranda ha desaparecido de la escena política, y la campaña feliz de 1813, ha abierto á Bolívar las puertas de Caracas. Con él han continuado los hermanos Salias: la revolución ha cambiado de conductor, pero no de ideas. Terrible recomienza la lucha; pero el triunfo de toda idea noble exige sacrificios. La guerra á muerte ha comenzado á segar á los vencedores de 1813, y el incendio de 1814 toma proporciones giganteseas. En los boletines militares de esta época sangrienta, aparecen con frecuencia los nombres de los hermanos Juan y Pedro Salias. Ha llegado el momento en que uno de ellos precede á sus hermanos en la gloria y en la muerte. Hay un hecho de armas que conoce la historia con el nombre de degüello de Aragua: es la avanzada luctuosa de Urica, donde todo fue exterminio. Allí desaparece el batallón *Caracas*, compuesto de una gran parte de la juventud de la capital, al mando de su Comandante Pedro Salias. "Todo el batallón *Caracas* quedó tendido, desde Salias hasta el último soldado," escribe Díaz.

Apartemos la vista de este campo de desolación. El sacrificio de Vicente Salias nos aguarda.

Después de la desgracia de Miranda y del triunfo de Bolívar en 1813, Vicente Salias, en unión de Muñoz Tébar, redactaba la *Gaceta de Caracas*. Era ésta un boletín en que se daba noticia, no sólo de los triunfos patriotas, sino también de las tropelías cometidas por los españoles, desde los días de Monteverde. En la *Gaceta de Caracas* está la historia de la guerra á muerte, durante los años de 1813 y 1814, con todos sus gritos y sarcasmos.

La revolución tenía un adversario en Caracas, el famoso gacetillero José Domingo Díaz, médico, condiscípulo de Vicente Salias. Si éste pintaba á su contrario como un hombre indigno de todo crédito, Díaz se contentaba con asociarlo á Bolívar, en cada escrito que, desde Caracas, lanzaba á los pueblos de Venezuela. No hubo para Díaz epíteto injurioso que no endilgara á Bolívar, á quien odiaba de corazón; ,y como el mismo odio profesaba á su condiscípulo Vicente, sucedía que los nombres de Bolívar y de Salias andaban siempre pareados en las crónicas del gacetillero de los españoles. Díaz y Salias tenían cierta cuenta pendiente: éste había, desde 1810, ó antes, escrito un poema joco-serio titulado *La Medicomaquia*, en el cual aparece Díaz como el protagonista principal. En esta obra, que siempre se conservó inédita, si Díaz queda en ridículo, Salias aparece como un espíritu epigramático. Este odio secreto lo amamantaba Díaz, como una necesidad de su espíritu y de su corazón. Animábalo la dulce esperanza de ver algún día á su condiscípulo y enemigo político en desgracia, y el curso de los sucesos hubo de satisfacerle.

Cuando llegaron los momentos aflictivos de 1814; cuando no había ya esperanza de salvación posible, Vicente fleta un buque en La Guaira y se em-

barca en dirección á las Antillas; pero apenas ha dejado las aguas de La Guaira, cuando es apresado por un corsario español que le conduce al castillo de Puerto Cabello. Había llegado para Vicente la hora fatal; pero ante muerte próxima, valor encontró en su pecho el gallardo mancebo, y serenidad en su espíritu ilustrado, que eran ambas virtudes timbre de su raza. En carta de Díaz á Boves, fechada en La Vela de Coro, á 4 de agosto de 1814, leemos los siguientes conceptos:

"Dios se cansó de sufrir los insultos que nos hacían: los castigó por medio de usted, de un modo seguro y enérgico, y su justicia se extendió hasta poner en las manos del gobierno español de Venezuela, al sacrílego é insolente redactor de aquella *Gaceta*, Don Vicente Salias, mi condiscípulo, prófugo en el bergantín *Correo de Gibraltar*, partido de La Guaira el 8 del último mes, apresado por el corsario español el *Valiente Boves*, armado por Don Simón de Iturralde uno de los apasionados de usted, y conducido á este puerto. *Si la justicia es recta como debe ser, su vida terminará poco tiempo después de su Gaceta.* (1)

He aquí, en estas frases terribles, la hiena en presencia de su presa. El gacetillero se gozaba con la idea de la muerte de Vicente, y temeroso, acentuaba el deseo, invocando la justicia. ¡Cuántas monstruosidades encierra el corazón humano!

En el castillo de Puerto Cabello existían algunos presos patriotas, que por grupos iban saliendo al cadalso. El día en que le tocó á Salias, acompañaron á éste, Antonio Rafael Mendiri, que había sido Secretario interino de Guerra, y caído prisio-

1 *Díaz*—Rebelión de Caracas—1 vol. en 8º—Madrid, 1829.

nero después de la rota de Barquisimeto, y otros dos patriotas de poca importancia. Mendiri, hombre de espíritu débil, habló en el cadalso de la siguiente manera:

"Señores—dijo—teniendo más ilustración que mis compañeros, creo deber hablaros antes que ellos. He seguido estudios, y la lección de algunos libros prohibidos es la causa de mi perdición. Me llené de orgullo creyéndome sabio: me inspiraron máximas que ahora conozco detestables, y me han conducido á este caso. Me hicieron apartar de los deberes que cumplieron mis mayores, y buscar la felicidad en un gobierno que me favoreciese en todas mis pasiones. Lo conozco y lloro, mas sin remedio. Señores: no es este el lugar ni el tiempo de enumeraros estos libros peligrosos; vosotros oiréis en el púlpito su catálogo de la boca del Doctor Don Juan Antonio Rojas Queipo, á quien lo he encargado. Huid de ellos si queréis ser felices: obedeced al Rey, y seréis justos. Vamos." Se sentó en el patíbulo, y espiró.

Después de fusilados otros dos patriotas, llegó su turno á Vicente Salias que pidió permiso para hablar á los espectadores. Digno, sereno, sin ninguna muestra de debilidad ó temor, Vicente se dirige al borde del cadalso y elevando sus miradas y brazos hacia lo Alto, pronuncia con voz sonora la siguiente imprecación:

"*Dios Omnipotente, si allá en el cielo admites á los españoles, renuncio al cielo.*"

Iba á continuar, cuando el redoble de los tambores ahogó sus palabras. Entonces se sienta en el banquillo é impávido recibe la muerte. Así desapareció "este griego amigo de la belleza, lleno de chiste y de sal ática;" este paladín de la idea liberal en los días de la guerra á muerte.

Dos años más tarde, cuando llegó el momento en que la crueldad de Morillo hubo de saciarse en Nueva Granada, mandando á sacrificar por todas partes á centenares de hombres ilustres y notables, entre los fusilados en Pore, cupo triste suerte á Juan Salias, el tercero de los hermanos destinados al sacrificio. De los tres sobrevivientes, Mariano acompañó á la familia en su ostracismo; Francisco siguió como ayudante de Bolívar en las campañas de 1817 á 1821; Carlos había huído con la inmigración de Caracas en 1814, únese á las tropas de Bermúdez, antes de Urica, y reaparece más tarde en la campaña del Magdalena, en 1821.

Cornelia no debía tornar á la patria de sus hijos sacrificados en la flor de la edad, sino cuando los sobrevivientes le abrieran con honra la puerta del hogar abandonado, y el menor de ellos hubiera recibido, en campo patriota, el bautizo de sangre!

EL LORO DE LOS ATURES

—

(A DON FRANCISCO DAVEGNO)

—

En el sitio donde las aguas del Orinoco, después de haber seguido al Oeste en numerosas curvas, tuercen bruscamente al Norte y se abren paso al través de los montes y rocas de Parima, está la bellísima región llamada de las grandes Cataratas. Es un anfiteatro de raudales que, en una longitud de seis á ocho mil metros, se precipitan unos en pos de otros, y producen el paisaje más hermoso de los ríos del Nuevo Mundo. Saltos de agua, cabelleras de espuma, islas que tiemblan entre numerosos arrecifes, laberinto misterioso donde la onda líquida se esconde y parece que gime, moriches que coronan de verdura la roca granítica y cobijan á los animales dueños de la tierra y de las aguas; todo parece que celebra á un tiempo las bellezas de la naturaleza americana: y sólo al hombre es dado conocer los peligros de esta región, donde el viejo Orinoco lucha, se retuerce y logra vencer el poderoso anillo de granito que estrangula la corriente. Tales son los diversos actores de la lucha secular entre las aguas y las rocas en la espléndida región venezolana de las Cataratas.

Las ruinas de dos pueblos antiguos fundados por los misioneros jesuitas y capuchinos, se ven todavía al pie de los hermosos raudales de Atures y Maipures, al Norte y Sud de esta región. Recuerdan las unas el sepulcro de los Atures, raza extinguida, que sucumbió gloriosamente en defensa de sus libertades; recuerdan las otras el antiguo golfo geológico á la izquierda del Orinoco, frente á las rocas de Oco y Keri, islotes del primitivo río, cuando el dilatado golfo, coronado de palmeras y gramíneas, era un lago y remanso de las aguas. Recuerdan ambas á los pueblos indígenas, á aquellos misioneros que levantaron templos y casas al pie de las Cataratas, cultivaron la tierra, segaron la selva y cubrieron la fértil dehesa de animales útiles, hasta el día en que hombres desapiadados concluyeron con la riqueza aglomerada por el trabajo, y talaron las campiñas y los poblados, y acabaron con los modernos pobladores del Orinoco, como habían acabado los caribes antropófagos con los primitivos Atures y Maipures, antes que el conquistador castellano hollara con su planta la tierra americana.

¿En qué se parece esta onda del Orinoco que baña hoy los arrecifes, á la onda primitiva, cuando yacían á flor de agua las enormes rocas donde el hombre prehistórico de América grabó las primeras creaciones del arte pictórico? "Del centro de las ondas—dice un célebre viajero—levántanse negras rocas, como el hierro, que parecen torres ya arruinadas. Cada isla, cada piedra, ostenta gran número de árboles de vigorosa producción; espesa nube flota constantemente sobre el cristal de las aguas y al través de este vapor espumoso, asoman las altas copas de los moriches. Cuando ya á la tarde los ardientes rayos del sol vienen á quebrarse en la húmeda niebla, estos efectos de luz producen un panorama mágico. Arcos coloreados apare-

cen y desaparecen sucesivamente y sus imágenes vaporosas se mecen á impulsos de los vientos." (1)

Al Sud del raudal de Atures está situada la caverna de Ataruipa; tumba de una raza extinguida, donde reposan los osarios de pasadas generaciones. Aquí, en este sepulcro de un pueblo valeroso, referían los indios Guarecas, que se refugiaron los Atures perseguidos por los Caribes antropófagos; lúgubre morada donde toda la raza pereció sin dejar indicios de la lengua que hablara. Agregaban que en Maipures existía un Loro viejo que nadie entendía, porque hablaba la lengua de los Atures.

He aquí la tradición referida por los Guarecas á Humboldt, y que dió á conocer en sonoros versos el poeta alemán Ernesto Curtius.

"En las soledades del Orinoco vive un Loro viejo, frío é inmóvil, como si fuera su propia imagen tallada en piedra.

"Las rotas y espumosas olas del río ábrense paso al través de los peñascosos diques, y los troncos de las palmeras inclínanse anegados en las ondas de luz del sol.

"La ola, á pesar de sus esfuerzos, no puede llegar al fin. El sol mezcla jugueteando el reflejo de sus colores al polvo del agua.

"Abajo, en el sitio en que las olas caen rompiéndose, goza un pueblo del eterno descanso; expulsado de los lugares que habitó, refugióse en aquellas rocas.

"Y los Atures murieron libres y orgullosos como habían vivido: los verdes cañaverales de la orilla, ocultan todo lo que queda aun de su raza.

"Allí gime en señal de duelo el Loro, único que ha

1 *Humboldt*—"Tableaux de la Nature."

sobrevivido á los Atures; aguza su pico en la piedra y hace resonar el aire con sus gritos.

"Ah! los niños que le han enseñado los sonidos de su lengua materna, y las mujeres que le han educado, que han construido su nido con sus manos;

"Todos, heridos por la muerte están tendidos sobre el río; sus inquietos gritos no han podido despertar á nadie.

"Solo él llama y en este mundo extranjero nadie puede comprender su voz. No oye más que el ruido de las aguas; alma alguna piensa en él.

"El salvaje que le distingue sobre el río, rema vigorosamente para llegar á la orilla. Nadie ha visto sin extremecerse el Loro de los Atures." (1)

Un distinguido venezolano, cuya amistad nos es grata, el señor Doctor Lisandro Alvarado, ha vertido la misma tradición de los versos alemanes de Curtius, publicados no hace mucho en el número 3 de *La América Ilustrada y Pintoresca*. El traductor dice así:

En el Orinoco agreste
hay un viejo papagayo,
triste y yerto, cual si fuera
de dura piedra tallado.
Entre diques rocallosos,
espumante y destrozado,
corre el río entre palmeras
que al sol le roban sus rayos;
y nunca logran sus olas
traspasar el fiero blanco,
mientras velos esplendentes
son del iris matizados.

1 Traducción del español Giner, de "Los cuadros de la Naturaleza," por Humboldt.

Allá do luchan las ondas
una tribu á esos peñazcos
llegó proscrita y vencida,
y hoy goza eterno descanso....
Sucumbieron los Atures,
siempre libres, siempre osados,
y so cañas ribereñas
yacen sus últimos rastros.

De esa raza el postrimero,
cuenta el ave un hecho aciago,
y en la peña el pico afila,
al aire gritos lanzando.

Ah! los niños que el nativo
dulce idioma le enseñaron
y la mujer que sustento
dióle y nido, busca en vano!
En la playa á duros golpes,
todos cayeron, y en tanto
del ave la ansiosa queja
á ninguno ha despertado.
Solitario, incomprensible,
vocifera en suelo extraño;
oye el rugir de las aguas
y á nadie más el cuitado;
y el salvaje al contemplarle
huye veloz del peñazco....
Nadie vió sin que temblara
ese antiguo papagayo!

"Tan bella tradición simboliza en su poética sencillez—ha escrito el señor doctor Ernst—la historia melancólica de numerosos pueblos y tribus que

1 El distinguido poeta italiano Cayetano Aliardi, nos ha dejado también en sus "Primeras Historias" publicadas en Verona en 1845, la leyenda del *Loro de los Atures*, la misma que motivó los versos del poeta alemán Curtius.

antes habitaban el suelo americano, y que desaparecieron unos tras otros en las sangrientas luchas de su propia barbarie, ó bajo la espada desapiadada y la servidumbre inhumana de conquistadores europeos."

Al hablar Humboldt de la noche en que visitó la tumba de los antiguos Atures, dice:

"Era una de esas noches frescas y serenas de que frecuentemente se disfruta en los trópicos. El disco de la luna rodeado de anillos encarnados brillaba en el zenit, iluminando los extremos de la niebla de purpúreos contornos, que como una nube velaba el espumoso río. Innumerables insectos exparcían sobre la tierra, tapizada de verdura, rojizas fosforescencias, resplandeciendo el suelo como si la estrellada bóveda hubiese descendido á la pradera. Las trepadoras *bignonias*, las perfumadas vainillas y las *banisterias* de doradas flores adornaban la entrada de la gruta, sobre la cual murmuraban los penachos de las palmeras.

"Así mueren y desaparecen las razas humanas! Así se pierde el ruido que su nombre produjera! Mas si todas las flores del espíritu se marchitan, si el tiempo arrastra en sus tormentas las obras del genio creador, del seno de la tierra brota siempre nueva vida. La fecunda naturaleza desenvuelve incesantemente sus gérmenes sin que parezca inquietarse en investigar si el hombre, implacable raza, ha de destruir el fruto antes de su madurez."

No, no; ni las flores del espíritu se marchitan ni el tiempo arrastra en sus tormentas las obras del genio creador. La naturaleza siempre bella, fecunda, armoniosa y sublime, hasta en sus noches tempestuosas, no es tumba sino cuna perenne, pues que todo cambia de forma y nada se pierde.

El espíritu investigador, que ha sondeado las profundidades del firmamento y sorprendido en su composición la onda luminosa; el arte, que ha interpretado el sublime panorama de la vida, no son sino actores que se suceden en el campo de la naturaleza. Sobre todas las ruinas y despojos de la sociedad humana flota el espíritu creador, inmortal, porque simboliza lo perdurable, lo eterno; la verdad, descubierta por la ciencia, por la lucha; la belleza, cantada por el arte; la aspiración celeste concebida por la fe y sostenida por las grandes virtudes de que es capaz el corazón humano.

RETOZOS CARAQUEÑOS

La capital de la provincia de Venezuela, dice el historiador español Don Mariano Torrente, que escribió su historia el año de 1829, ha sido la fragua principal de la insurrección americana. Su clima vivificador ha producido los hombres más políticos y osados, los más emprendedores y esforzados, los más viciosos é intrigantes, y los más distinguidos por el precoz desarrollo de sus facultades intelectuales. La viveza de estos naturales compite con su voluptuosidad, el genio con la travesura, el disimulo con la astucia, el vigor de su pluma con la precisión de sus conceptos, los estímulos de gloria con la ambición de mando, y la sagacidad con la malicia. (1)

He aquí un retrato de cuerpo entero hecho del hombre caraqueño, y no es de extrañarse que, desde el momento en que á Bolívar lo calificaron los escritores españoles de la época de la revolución,—1810 á 1825—con los epítetos de ambicioso, aturdido,

1 *Torrente*—Historia de la Revolución Hispanoamericana—3 vols. gruesos en 8º—Madrid—1829.

bárbaro, cobarde, déspota, feroz, ignorante, imprudente, insensato, impío, inepto, malvado, monstruo, miserable, perjuro, pérfido, presumido, sedicioso, sacrílego, usurpador, etc, etc; no es de extrañarse que si tan injuriosos epítetos sirvieron para calificar el genio que supo emancipar tantos pueblos de la servidumbre de España; que, si ésto se escribió en los días de la magna guerra, otra cosa debía suceder al llegar el iris de la paz. Gracias sean dadas al historiador Torrente que nos concede, siquiera, algo bueno, en medio de tanto malo.

Es lo cierto, que por naturaleza, por inclinación y hábito somos retozones, sobre todo, en asuntos democráticos, en cositas de partidos, en percances de intereses políticos, y por esto hemos podido pasar de una esclavitud tranquila á los contratiempos de una libertad peligrosa. La historia de nuestros partidos políticos es una serie de travesuras, casi siempre, con tendencias á la comedia, á la tragedia, y en determinadas ocasiones, al sainete. Y no se crea que nuestros retozos vienen desde 1810, que ya durante los siglos que precedieron á la revolución del 19 de abril, los caraqueños se metían en el bolsillo á los Gobernadores que de España nos enviaban, salvo en una ó dos ocasiones en que éstos hicieron tascar el freno á los miembros del Ayuntamiento de Caracas. En las disputas acaloradas que tuvieron los cabildos político y eclesiástico, desde remotas épocas, hasta mediados del último siglo, fueron más culpables los caraqueños del Ayuntamiento con el Gobernador á la cabeza, que los españoles del cabildo eclesiástico, sostenido por el Obispo. Si Bohorques, Mauro de Tovar y otros prelados supieron lanzar excomuniones á sus contrarios, insultarlos y acusarlos ante el Monarca, el General Solano, es-

píritu liberal, inteligente y justiciero, supo poner á raya á los retozones del Ayuntamiento de Caracas, desde 1763 hasta 1770, cuando éstos quisieron armarse con el santo y la limosna, como lo tenían de costumbre. Y todavía más atrás, los retozos caraqueños venían repitiéndose, pues todo databa desde que por intervención de los agentes de la colonia en la Corte de Felipe II, recavaron de éste, con diplomacia y astucia, el que los dos Jueces de la ciudad y el Ayuntamiento, por muerte de los Gobernadores, entraran á mandar la provincia.

Departamos acerca de uno de estos retozos caraqueños, en los días en que esta capital, por disposición del Monarca, quedó, en lo civil, dependiente del virreinato de Bogotá. En dos ocasiones ha estado la capital, Caracas, bajo el gobierno de Bogotá; la una, cuando fue creado el virreinato de ésta en 1717, y la otra, cuando fue fundada la República de Colombia, un siglo más tarde, en 1821. La historia conoce cuanto precedió á la disolución de la República en 1830. Entre las causas principales figuran los retozos republicanos de 1826, con sus corolarios de actas y pronunciamientos á favor y en contra de Bolívar en 1828 y 1829. Narremos ahora, lo que trajeron los retozos caraqueños de 1720 á 1726.

En 1716, se encarga de la gobernación de Caracas, Don Marcos Francisco de Betancourt y Castro, el cual duró muy poco tiempo en sus funciones. Para comprender cuanto vamos á narrar, conviene saber que, por uno de tantos capricho que tuvieron siempre los reyes de España, respecto de

los límites entre las diversas secciones de América, desde 1717, Caracas y las secciones de la colonia venezolana, Guayana y Maracaibo, quedaron anexadas al virreinato de Bogotá, que acababa de erigirse, pero sólo en lo político, pues en lo religioso dependían aquellas secciones del obispado de Puerto Rico. Por esta disposición quedaba Caracas despojada de su carácter de capital, é igualmente quedaba bajo el mando no de un Gobernador que en nombre del Monarca se establecía en aquélla, sino como un pueblo secundario, dependiente del gobierno de Bogotá. Los notables de Caracas no vieron con buenos ojos tal cambio; pero como el obedecimiento y fidelidad al Monarca era virtud no desmentida en todo buen vasallo, inclináronse sin murmurar. Una medida tan inesperada respecto de una capital que estaba más cerca de las costas de España que de la ciudad de Bogotá, debía causar disgustos, fomentar intrigas y hasta desacatos, como veremos más adelante.

Por causas que ignoramos, quiso el virrey de Bogotá, Don Jorge de Villalonga, separar del mando al Gobernador Betancourt, para cuyo efecto, vino á Caracas, como interino, á principios de 1720, Don Antonio de Abreu; mas como aquél resistiese entregar la gobernación, por estar próxima su salida, hubo de quedarse hasta que cumplió su tiempo. En esta situación, no queriendo el Ayuntamiento recibir á Abreu, por la mala voluntad que éste había sabido captarse de la población de Caracas, nombraron á los Alcaldes Don Alejandro Blanco y Don Manuel Ignacio Gedler en 1720, y en 1721 á Don Alejandro Blanco Villegas y Don Juan de Bolívar Villegas, nombramientos que fueron comunicados al rey. A poco llega á Caracas el sustituto de Betancourt, Don Diego Portales y Meneses, que se

encargó de la gobernación de la provincia. Tranquilo andaba todo, cuando en 1723 se presentan en Caracas dos comisionados del virrey de Bogotá, Pedro Beato y Pedro Olavarriaga, que habían agenciado más antes la pretendida deposición del Gobernador Betancourt. Traían el propósito de hacer la propaganda entre los magnates ricos de la colonia, acerca de la creación de una compañía de comerciantes de Guipuzcoa, la cual afrontaría grandes capitales en beneficio de la agricultura y del desarrollo de las poblaciones. Lo seductor de esta noticia, las utilidades exageradas que prometían sus autores, las franquicias que debía obtener en el porvenir una compañía tan respetable, la protección que se prometía del Monarca, la riqueza incipiente de Venezuela llamada á grandes destinos, la destrucción, en fin, del contrabando extranjero; estas y otras ideas fue el tema obligado de los criados ó enviados del virrey Villalonga, en su paseo por los pueblos y ciudades de Venezuela. Bien comprendieron el Gobernador Portales y el Obispo Escalona y Calatayud, que desde 1717 se había encargado de este Obispado por ausencia de Monseñor Rincón que había sido destinado para el de Bogotá, todo lo grave y trascendental de semejante propaganda, la cual comenzó, desde sus orígenes, á producir los resultados de todo negocio imaginario: el deseo de lucro, desarrollo de la codicia, en una palabra, el monopolio, fuerza que destruye todas las aspiraciones de los necesitados y da vuelo á la ambición de los poderosos. Advertidos los agentes del virrey por el Gobernador Portales, para que suspendieran el encargo que tan bien desempeñaban, ningún caso le hicieron, lo que obligó á éste á aprehenderlos: disposición que inmediatamente comunicó á la Audiencia de Santo Domingo y

al virrey de Bogotá. Y como por la cesión de Caracas al gobierno de Nueva Granada, habían ya surgido ciertas competencias entre las autoridades de allá con las de acá, de esperarse era un rompimiento entre ellas, después de la prisión de los criados del virrey, sobre todo, cuando ya muchos magnates de la capital, víctimas de las intrigas y exageraciones de Beato y Olavarriaga, no pensaban sino en las inmaginarias ganancias de la proyectada compañía.

No anduvo Portales menos activo que los intrigantes, y lleno de astucia hubo de participar al rey la conducta que había seguido, así como los temores que por el cumplimiento del deber le asaltaban, respecto de las tropelías que contra él podía ejercer el señor de Villalonga ; medida en que obró con pleno conocimiento de los hombres y de las cosas de América. La dependencia de Caracas del gobierno de Bogotá comenzaba á producir lo que era de esperarse: el choque entre dos gobiernos que no tenían por apelación sino la persona del Monarca, no quedando por resultado de toda divergencia, sino desgracias para la sociedad de Caracas, que debía presenciar un prolongado conflicto de intereses bastardos, y del triunfo de la codicia y del monopolio sobre el bienestar de la población trabajadora y sufrida.

En 1721 el virrey Villalonga pide al Ayuntamiento de Caracas testimonio del acta en que constaba la fianza dada por el Gobernador Portales, medida que indicaba el comienzo de las hostilidades que iba á desplegar aquel mandatario; mas dió la casualidad que en el mismo año el rey ordenó al Obispo de Caracas, por real cédula, que en el caso en que el virrey de Bogotá intentase algo hostil contra el Gobernador Portales, lo impidiese ; y que si llegaba á reducirlo á prisión, le

tornase á la libertad y le volviese á su empleo. No comprendemos semejante política seguida por el Monarca; tan despojada aparece de convicciones y de virilidad, que más bien puede considerarse como un juego de contradicciones, que como el desarrollo de un plan gubernativo. Si la gobernación de Caracas estaba subordinada á la de Bogotá, el rey no debía intervenir en hechos que no se habían consumado: si el virrey no obraba, por otra parte, con justicia, el Monarca no debía desautorizarle, interpolando entre ambos Gobernadores la persona del Obispo, que obedeciendo el mandato real, desautorizaba al superior y favorecía al subalterno. Tal será siempre el resultado de toda política personal en la cual impera, no la fuerza de la ley, sino la conveniencia del momento.

Nunca había llegado á Caracas una real cédula con más oportunidad que aquella en que el Monarca ordenaba al Obispo favorecer al Gobernador Portales contra las tropelías del virrey Villalonga, pues poco tiempo después, recibió el Ayuntamiento de Caracas la orden de aprehender al Gobernador, confiscar sus bienes y remitirlo á Bogotá. Apoyábase aquél para emplear un procedimiento tan duro, en variados hechos que manifestaban la ninguna obediencia del Gobernador Portales á las órdenes del virrey, en su falta de respeto á la autoridad superior, y en la altivez con la cual parecía desdeñar las órdenes que se le comunicaban desde Bogotá. Reunido parte del cabildo de una manera sigilosa, y acompañado de un escribano, del maestro de campo, vecinos y guardias, pasa á la casa real en solicitud del Gobernador Portales. Comunícale á éste la orden del virrey, á nombre del Monarca, á lo que contesta Portales, ya indignado: "No obedezco á tal despacho, pues V. E. nada tiene que hacer con los actos de mi gobierno."

Por segunda vez requiere el cabildo al Gobernador la orden recibida, á lo que contesta Portales: "Presentadme esos despachos, que deseo ver, pues yo he recibido otros reales que aun no he abierto." Y fuera de sí al verse intimado, se desata en frases destempladas contra el cabildo y los que le acompañaban.

Éste desciende entonces á los bajos de la casa real, invoca el nombre del rey: acuden al instante los vecinos y transeuntes y todos juntos suben de nuevo y entran en la sala del Gobernador Portales, quien al verlos, lleno de dignidad y de moderación dirige al cabildo frases amargas en que le echa en cara un tratamiento tan inusitado. Por la tercera vez amonesta el cabildo al Gobernador en nombre del rey, y Portales se somete para ser conducido á la casa capitular, donde permanece custodiado. En seguida se apodera el cabildo de los papeles del Gobernador, se toma nota por inventario y confíscanse los bienes. Desde aquel momento aparecían en la escena política dos partidos. Por una parte figuraban el pesquisador Abreu, confidente del virrey, y siempre en asechanza para conseguir sus propósitos los agentes Beato y Olavarriaga, que habían sido puestos en libertad, y el Ayuntamiento, que debía apoderarse del mando. Por la otra, el Gobernador Portales, sus amigos y el Obispo Escalona y Calatayud, que tenía órdenes del rey para restablecer al Gobernador en su empleo, en el caso de llegar á ser depuesto. Entre tanto los magnates de Caracas, unos, los más ilusos, se afiliaban en el bando del pesquisador y agente del virrey, mientras que otros acompañaban al Obispo y al Gobernador. Sin detenernos en la justicia y conveniencia que asistieran á uno y otro bando, hasta cierto punto esta lucha era necesaria. El progreso y ade-

lantamiento de toda sociedad exige el choque de intereses, de aspiraciones, de ideas y propósitos, que se disputan las diversas secciones de la comunidad; y hasta el exacerbamiento de las pasiones puede tolerarse, con tal que no pasen á las vías de hecho. De la lucha pacífica, bajo todas sus faces sale la luz, porque el estímulo desarrolla las fuerzas, y del combate de las ideas, surgen medios de ataque ó de defensa. Alertados los enemigos de Portales, acusaron á éste ante la Audiencia de Santo Domingo, y le expusieron todo lo sucedido, como un desacato inferido á la majestad de la ley, en tanto que por su parte el Gobernador escribía al rey la historia de los sucesos y la poca libertad de que gozaba, bajo la autoridad de mandatarios tan apasionados.

Aprobóse todo lo acontecido por el cabildo de Caracas, y quedaron los Alcaldes ordinarios á la cabeza del gobierno de la provincia, en obedecimiento á reales órdenes.

Ante el cabildo, el Obispo Escalona y Calatayud reclama la persona del Gobernador, pero los Alcaldes se niegan á entregarlo. A poco la Audiencia de Santo Domingo amenaza al prelado con multarlo, si lleva á cabo su pensamiento, lo mismo que á los Alcaldes si no continuaban al frente de la gobernación civil. En 25 de mayo de 1825 logra el Gobernador Portales escaparse de la prisión y se refugia en el templo de San Mauricio. En fuerza de los poderes reales que tenía el Obispo por la real cédula de 5 de mayo de 1724, quedaba el prelado plenamente autorizado por segunda vez, á favorecer al Gobernador. Mientras que esto pasaba llega á Caracas la real cédula de 13 de junio, en la cual mandaba el Monarca al cabildo que obedeciera al Gobernador. Trata el Obispo de impo-

nerse en sus justas pretensiones y es rechazado. Alborótase el partido de los gobiernistas, y no lo esquiva el contrario. El Gobernador es conducido de nuevo á estrecha prisión, donde le cargan de cadenas. Logra evadirse de nuevo, y en esta ocasión refúgiase en el Seminario Tridentino. Ya para este entonces los dos bandos políticos se habían insultado y sus disputas tomaban el carácter de una revolución. Desprestigiado el Gobernador, desatendido el Obispo que, con mansedumbre y tacto pudo moderar en algo estos asuntos, el grito de las pasiones llegó á imperar por todas partes, y los partidarios del Gobernador, abrigando temores, lograron hacerlo escapar por tercera vez y sacarlo fuera de Caracas. Al saberlo los Alcaldes despachan tropas en todas direcciones, como 800 hombres salen para Valencia, y participan á todas las autoridades subalternas de la provincia, que ninguna debía obedecer al tal Gobernador, y que todas y cada una estaban en el sagrado deber de aprehenderlo.

Las cosas iban de mal en peor, cuando llega á Caracas la real cédula de julio de 1725, en la cual el Monarca, instruido por Portales de cuanto había pasado, ordena al Obispo la inmediata reposición del Gobernador y la deposición de los Alcaldes, que fueron unas de las víctimas de este escándalo, precursor de la instalación, poco después, de la célebre Compañía Guipuzcoana, de la cual el tal Olavarriaga, fue su primer director. Por real cédula de enero de 1726, la conducta de la Audiencia de Santo Domingo fue desaprobada, y sus miembros condenados cada uno á pagar doscientos pesos de multa, y á remitir al Obispo Escalona y Calatayud, el proceso seguido á Portales. Los Alcaldes y Regidores de Caracas que se opusieron á resta-

blecer la persona del Gobernador, fueron condenados á pagar cada uno, mil pesos de multa y á ser remitidos á España, bajo partida de registro. (1)

¿Cuál fue el resultado inmediato de estos retozos políticos? La pérdida de la gracia que los caraqueños desde remotos tiempos habían obtenido del monarca español, por medio de comisionados tan diplomáticos, tan hábiles: la de que los dos Alcaldes de la capital pudiesen reemplazar la autoridad del Gobernador cuando éste muriera ó fuese derrocado. Diez años más tarde de estos sucesos, el gobierno español anuló lo que habían hecho sus predecesores, y nombró agentes peninsulares que en todo caso pudieran reemplazar la persona del Gobernador. Todavía, años más tarde, en la época del Gobernador Solano, el Ayuntamiento, por retozos más ó menos apremiantes, perdió uno de los Alcaldes de la ciudad. Hasta aquella fecha ambos eran venezolanos; desde entonces, fue uno de ellos español y el otro venezolano. (2) Los retozos republicanos de 1826, trajeron la caída de Bolívar y disolución de Colombia; los retozos de 1725, la pérdida de una gracia concedida hacía siglos por el monarca de España al Ayuntamiento de Caracas.

Los retozos caraqueños de que hemos hablado, así como todos los retozos de las muchas capitales

1 El viajero Depons, comisionado del gobierno francés cerca de la Capitanía general de Caracas, á comienzos del siglo, trae un ligero extracto de estos hechos. De este autor tomó Baralt, lo que figura en el volumen de su *Historia Antigua de Venezuela*. Nosotros hemos sacado todos los pormenores de este curioso incidente, de las actas del antiguo Ayuntamiento, correspondientes á los años corridos de 1720 á 1726.

2 Ya hablaremos de todo esto cuando publiquemos nuestro estudio inédito, titulado: *Orígenes de los partidos políticos de Venezuela*.

de ambos mundos, son inherentes á los pueblos de la raza latina. Están en la índole de las aspiraciones, de las condiciones sociales, de la lucha constante que trae casi siempre resultados armónicos en en el desarrollo general. Lo que está en las necesidades del cuerpo y del espíritu, hace parte de los triunfos ó decepciones, de las conquistas ó perecimiento del ser pensante y libre. Los pueblos que han pasado largas épocas bajo el peso de alguna tiranía, patrocinan estos retozos como expansiones necesarias de la libertad social reconquistada; y los gobiernos que sostienen la verdadera libertad, ni los persiguen ni los protegen. La tolerancia política por una parte, y la completa libertad de la prensa por la otra, contribuyen siempre á disipar estos gritos del entusiasmo político, religioso ó social, que no pasan de cierta efervescencia transitoria; obra del entusiasmo, de la juventud, y de las tendencias civilizadoras de cada época.

PASQUINADAS

DE LA

REVOLUCION VENEZOLANA

—

Pasquino fue el nombre que llevó un sastre *remendón* de la antigua Roma, cuya tienda estuvo cerca del palacio de los Ursinos. Y como Pasquino era un hombre epigramático, siempre chistoso, satírico contra el gobierno y los magnates de Roma, su tienda hubo de ser el punto de reunión de los charlatanes y conversadores de la capital, y también de ciertos espíritus ilustrados, partidarios de los epigramas, con los cuales fotografiaba el poeta á ciertos personajes de su época, (siglo décimo sexto). A poco de la muerte de Pasquino, apareció en el mismo sitio un torso de mármol, que juzgaron los artistas de Roma representaba á Menelao conduciendo el cadáver de Patroclo. Sobre este torso figuraban constantemente sátiras y epigramas contra los personajes de la época; y de aquí el haberse dado igualmente á la estatua el nombre de Pasquino, en recuerdo del célebre sastre que satirizó á gobiernos, á cardenales y á reyes.

Hoy, en casi todas las lenguas modernas, existen

los vocablos pasquín y pasquinada, con los cuales se significa, escrito anónimo satírico, dicho agudo que se fija en lugares públicos contra alguien, sobre todo, contra gobiernos y hombres políticos.

Cuando Mezzofanti fue creado cardenal, escribe Parisio, Pasquino declaró que era un nombramiento admirable, porque no había duda de que la *Torre de Babel* necesitaba de un intérprete. Sábese que Mezzofanti era un insigne políglota. Durante la visita del Emperador Francisco á Roma, apareció el siguiente pasquín: *Gaudium urbis, Fletus Provinciarum, Risus Mundi.* Y cuando fue elegido el Papa León X, en 1440, figuró este acróstico satírico que fija la fecha MCCCCXL: *Multi caeci cardinales creaverunt caecum decimum (X) Leonem.* El dístico de Pasquino sobre el nombramiento de Holstenius y sus dos sucesores, como bibliotecarios del Vaticano, es de notable interés histórico. Holstenius había abjurado del protestantismo, y fue reemplazado por Leo Allarius, natural de Escio, quien á su turno tuvo por sucesor al sirio Evode Assemani, en vista de lo cual Pasquino dijo:

Præfuit hereticus—Post hunc, schismaticus. At nunc
Turca præest. Petri bibliotheca, vale!

Y cuando Urbano VIII publicó su célebre decreto excomulgando á todas las personas que usaran rapé en las iglesias de Sevilla, Pasquino citó de Job los siguientes conceptos: *¿A la hoja arrebatada del aire, has de quebrantar?—¿Y á una arista seca has de perseguir?* (1)

Las pasquinadas de la revolución venezolana comienzan con los sucesos de 1808. Tan luego como en la madrugada del 15 de junio de este año se

1 *Wells.*—Things not generally known etc., etc. 1 vol.

tuvo noticia en el puerto de La Guaira del encargo que traían los comisionados franceses, enviados por Murat, cierto sentimiento de reprobación se apoderó de los ánimos. Al siguiente día apareció en algunas esquinas del poblado, la siguiente octava:

La entereza, el valor y la constancia
en arrostrar peligros inminentes
ha sido, como sabe bien la Francia,
el distintivo de españolas gentes:
los hijos de Sagunto y de Numancia
fieles siempre á su rey, siempre obedientes,
primero sufrirán verse abrasados
que de un extraño imperio subyugados. (1)

La historia nos relata los sucesos de Caracas que motivaron la jura de Fernando VII y la salida precipitada de los emisarios franceses, en los días que siguieron á la llegada de los emisarios ingleses. En medio del entusiasmo de la capital contra los franceses, la musa de Andrés Bello, á la sazón Secretario de la gobernación, improvisó el siguiente soneto cuando llegó la noticia del triunfo de Bailén contra Napoleón:

Rompe el león soberbio la cadena
con que atarle pensó la felonía,
y sacude con noble bizarría
sobre el robusto cuello la melena:

La espuma del furor sus labios llena,
y á los rugidos que indignado envía,
el tigre tiembla en la caverna umbría,
y todo el bosque atónito resuena.

El león despertó; temblad, traidores!
lo que vejez creísteis, fue descanso;
las juveniles fuerzas guarda enteras.

Perseguid, alevosos cazadores,
á la tímida liebre, al ciervo manso;
¡ no insultéis al monarca de las fieras !

1 *Urquinaona.*—Relación documentada del origen y progresos del trastorno de las provincias de Venezuela hasta la exoneración del Capitán general don Domingo de Monteverde, etc., etc. 1 vol. Madrid 1820.

La imprenta no surgió en Caracas sino tres meses después de estos sucesos, pues la primera *Gaceta de Caracas* vió la luz pública el 24 de octubre de 1808. El primer grito contra el usurpador lo dió por lo tanto en Caracas el predilecto de las musas, aquel Andrés Bello que debía cantar después las glorias del patrio suelo, los hombres de la magna revolución y los variados dones de la fecunda zona.

Cuando más tarde, en 1809, llega á Caracas la noticia del movimiento revolucionario en Quito que proclamaba la independencia de España, no faltó en la capital quien se anticipara al movimiento venezolano del 19 de abril de 1810. En la pared de la casa del Superintendente de Real Hacienda Don Vicente Basadre, que vivió frente á la casa del Capitán general Vicente Emparan, apareció el siguiente pasquín:

Todo está listo
Porque ya Quito dió el grito,
Y este Vicente
Es lo mismo que el del frente (1)

No hemos tropezado con ningún pasquín español contra la revolución de 1810, pero esto se explica porque americanos y españoles fraternizaron con el movimiento; mas desde el instante en que se divide la opinión y comienzan las persecuciones contra los peninsulares, la sátira aparece en el campo de la política. A consecuencia de la expedición contra la provincia de Coro, al mando del Marqués del Toro, en 1811, y la que se proyectó más tarde contra los descontentos de las provincias orientales, los realistas fijaron por todas partes el siguiente pasquín:

1 La antigua casa del Intendente Basadre ha sido completamente reconstruida. Es la hermosa que ocupa hoy la *Compagnie française*. La casa de los antiguos gobernadores, frente á ésta conserva el mismo zaguán y aun porción del vetusto corredor enhuesado al estilo de añejas costumbres.

Ese Toro de Caracas
Ha dado un fuerte bramido,
Y en él nos ha prometido
Que debe acabar con Coro.
Ya prevenido tenemos
Toreador, jinete y silla,
Garrochas y banderillas
Para que al Toro esperemos.
Y así bien puede pitar
Ese Toro cuando quiera,
Que ya está listo el corral
Y prontas las talanqueras.
Ya cada cual desespera
De pelear con ese Toro;
La lengua y los cuernos de oro
Se los hemos de arrancar,
Para que no vuelva á hablar
El que ha de acabar con Coro.

En una carta del Doctor Peña al General Miranda, fechada en La Guaira á 26 de junio de 1812, aquél incluye al Generalísimo, algunos de los pasquines puestos en Cumaná por causa del Marqués del Toro y sus aliados.

He aquí uno de ellos, intitulado *Profecía de un cumanés sobre la venida del Marqués del Toro:*

Que el Dios del cielo me valga
Si aqueste Toro no anda
Escapándole la nalga
A su General Miranda.
Esto dice un cumanés
Que al tiempo da por testigo;
Llévatelo Maiz contigo;
Que los dos y otro son tres.
Y adivina quien te dió:
Si el negro ó la carabina.

¿Con que ha salido en carrera
Un *Toro* que es tan atroz?
Si es así salga veloz
De esta nuestra incauta tierra,
A todos tres les destierra
Nuestro pueblo incorporado,
Y jura por lo sagrado
Si tenaz sigue puntillo
Que el *Toro* saldrá novillo,
Novillo destoconado.

Ya este pueblo se ve ahito
De Marqueses y pelucas,
Y por momentos, Don Lucas,
Se pondrá un solideito
Aunque de Sarga maluca. (1)

Después del terremoto de Caracas el 26 de marzo de 1812, á los dos años de haberse efectuado en el mismo Jueves Santo, la deposición del Gobernador Emparan, mientras que los poetas de Ca-

1 Tomado de la obra *Miranda*, por Rojas (J. M.)—1 vol.—París, 1887.

racas se ocuparon en cantar á las ruinas de la ciudad desolada, los realistas se contentaron con pegar en las esquinas los siguientes versos:

Jueves Santo la hicieron
Jueves Santo la pagaron.

Nunca los enemigos de una causa política pudieron encontrar razones más poderosas para destruir á sus contrarios, que los realistas de Venezuela, cuando supieron influir sobre la muchedumbre ignorante y los espíritus débiles exagerando la coincidencia de la caída del Gobierno colonial con la destrucción de centenares de pueblos sepultados por el cataclismo de 1812, dos fechas clásicas: Jueves Santo de 1810—Jueves Santo de 1812.

Después de la caída de Miranda y triunfo de Monteverde en agosto de 1812, los soldados realistas de Barquisimeto, Coro, etc., cantaban en los ventorrillos de la ciudad el siguiente corrido contra Miranda y los principales factores de la revolución:

Miranda debe morir,
Roscio ser decapitado,
Arévalo consumido,
Espejo descuartizado.

—

A Venezuela intimó
Miranda con imprudencia
A imponer la independencia
Que contra España juró;
A muchos también mandó
Al cadalso conducir:
Hizo la muerte sufrir
A dos sacerdotes santos.
Cometiendo excesos tantos
Miranda debe morir.

—

Deben Castillo y Padrón
Ser en cuatro potros puestos,
Y los Ribas ser expuestos,
A la mayor aflicción.
Contra el rey y su nación
Fue Roscio el más declarado,
A la Corte se ha negado
Como el traidor más aleve,
Por cuyo motivo debe
Roscio ser decapitado.

Los Salias deben sufrir
El castigo más severo,
Y de los Toros infiero
Que todos deben morir.
Trimiño debe existir
En Hunoa sumergido,
Navas en Orán metido
Para un ejemplar futuro;
En el tormento más duro
Arevalo consumido.

—

Los Pelgrones deben ser
En el cañón azotados,
Lo mismo los diputados
De aquel supremo poder;
Asimismo deben ser
Los que á la Corte han negado;
Para siempre desterrado
Todo traidor caraqueño,
Asesinado Briceño,
Espejo descuartizado.

Las bóvedas de La Guaira y los castillos de Puerto Cabello y Maracaibo fueron las principales prisiones que tuvieron tanto los patriotas como los realistas desde 1810. Presenciaron estas mazmorras la muerte de millares de víctimas de uno y otro bando político durante la revolución, y después sirvieron para el mismo objeto en nuestras reyertas civiles.

Cuando las bóvedas de La Guaira fueron refaccionadas para ser más tarde demolidas, todas las paredes estaban llenas de letreros políticos, de versos, sentencias, sátiras é imprecaciones de todo género. Cada preso, según la importancia que se daba, creía que debía escribir en las paredes algún pensamiento alusivo á su permanencia en aquel lugar. Patriotas y realistas se disputaban el placer de dejar algo en los envejecidos muros. Entre los presos políticos de 1812, figuraba el joven Tomás Montilla, más tarde General de Colombia, espíritu epigramático, carácter alegre y sufrido que supo siempre sacar partido de las más difíciles situaciones. Al salir de la prisión dejó escrito el siguiente soneto que ha podido conservarse:

"Bóveda pestilente y pavorosa,
Mansión del crimen, de maldad morada,
A sepulcro de vivos destinada,
Más que la tumba, fría y silenciosa:

Como el averno, ardiente y calurosa,
De insectos y reptiles habitada,
Por el temblor á ruina amenazada,
Y á imitación del caos, tenebrosa:

Tú fuiste habitación del inocente
Al odio y al furor sacrificado,
Víctima de venganza é injusticia;

No guardaste al malvado y delincuente,
Sino al que del contrato más sagrado
Fió sin temor, engaño ni malicia.

Y en el castillo de San Carlos (Maracaibo) un

patriota, víctima del poder español en 1813, dejó escrito en los muros los siguientes versos:

El tigre cruel, sanguinario,
Su propia especie perdona:
Ni por furor se abandona
A capricho imaginario:
Pero el hombre, de ordinario,
Siendo hermano al parecer,
Demuestra siempre placer
En ser loco, caprichoso,
Porque se juzga dichoso
En destruir su propio sér. (1)

Refieren las crónicas de Caracas, que cuando en los días de la guerra á muerte eran conducidos los isleños realistas á los banquillos situados en la plaza de la Metropolitana, el populacho gritaba:

Bárbaros isleños,
Brutos criminales,
Haced testamento
De vuestros caudales. (2)

Y cuando, á poco, fines de 1814, entraron á Caracas las tropas de Boves, se cantaban en los ventorrillos galerones donde figuraban las siguientes cuartetas:

¿Dónde están las tres personas
Del colegio electoral
Que firmaban papeletas,
Roscio, Blandín y Tovar?

¿Dónde están las tres personas
Del Poder Ejecutivo
Que se volvieron palomas
Huyendo del enemigo?

—Bolívar, ¿dó están tus tropas?
—No preguntes zoquetadas,
Mis tropas son de mujeres
Y andan hoy en retirada.

De la época de Boves han llegado á nuestras manos las siguientes coplas patriotas y españolas, las cuales ponen de manifiesto el espíritu epigramático de aquellos días.

1 Esta composición y el soneto de Montilla, fueron publicados por *El Nacional* (Caracas) de 1º de abril de 1834, número 11.

2 *González.* Biografía del General Ribas.

He aquí las patriotas:

Boves se huyó del Cantón
Del pueblo de Guasdualito,
Y se vino á Palmarito
Si son flores ó no son:
Y en tan fuerte retirada
Doscientos mató el canario,
Que aondequiera hizo un osario
Su siempre temida espada.
Yo me quedo cavilando
Este asesinato viendo:
Si doscientos mató huyendo
Cuántos mataría atacando!

—

Dicen que los chapetones
Desde que Boves murió,
Le dicen á sus canillas,
—Para qué te quiero yo?

—

En la batalla de Urica
Boves torció y levantó,
Y apenas llegó al infierno
El diablo lo condenó.

—

A la lanza de un llanero
Le echó Dios la bendición,
Y le dice: mata godo.
Leal á la revolución.

—

En la pelea e las Queseras
Al godo en la retiráa,
Los lancean por las nalgas,
Que no tienen que quebráa.

—

Mientras vivan Aramendi,
Muñoz y el bravo Rondón
Dormirá viendo visiones
En el llano el español.

—

Con las balas que tiran
Los chapetones
Los patriotas se peinan
Los canelones.

Léanse las realistas:

Está del valiente Boves
La victoria enamoráa,
Siempre le lleva la lanza
Aondequiera que va.

—

Victoria en su campamento
Los patriotas cantarán
Cuando remuevan sus manos
El Peñón de Gibraltáa.

—

En la batalla lo libra
De las manos de la muerte,
De velo matá patriota
Llena de amor se divierte.

—

Bolivar en Casacoima
Cuando cayó á la laguna
Le dijo á sus capitanes:
Todas las muertes son una.

Y cuando Bolívar fue contra Bogotá á fines de 1814, circularon tantos dichos con los cuales se le hacía aparecer como un Nerón que sacrificaba sacerdotes, que profanaba templos, etc., etc., que al fin todo el mundo le juzgó como espíritu del mal. El siguiente pasquín atribuido al clérigo doctor Juan Manuel García Tejada, circuló por todas partes, como nos dice Groot:

Bolívar el cruel Nerón,
Este Herodes sin segundo,
Quiere arruinar este mundo
Y también la religión;
Salga todo chapetón,
Salga todo ciudadano,
Salga, en fin, el buen cristiano
A cumplir con su deber,
Hasta que logremos ver
La muerte de este tirano.

El General Morillo triunfa por completo en Nueva Granada, en 1815: al siguiente día del sacrificio de los mártires políticos, Caldas, Torres, Gutiérrez, Villavicencio, Camacho, etc., uno de sus aduladores le obsequió con la siguiente décima:

Maldigamos la vil ley
Que á independencia convida;
Defendamos cetro y vida
De Fernando, nuestro rey.
Que viva nuestro virrey,
Morillo, Enriles, Morales,
Gobernador, oficiales,
Y toda su invicta tropa
Que vinieron desde Europa
A remediar nuestros males.

Pero á la siguiente mañana amanecieron refutados esos versos en este pasquín:

Bendigamos la gran ley
Que á independencia convida,
Destruyamos cetro y vida
De Fernando, intruso rey.
¿Qué quiere decir virrey,
Morillo, Enriles, Morales,
Gobernador, oficiales,
Y toda su indigna tropa
Sino ladrones de Europa,
Que duplican nuestros males? (1)

En los campos de Barinas y de otros lugares de la pampa venezolana, cantaban los llaneros un corrido que data de 1818 en obsequio de Morillo. No conocemos sino la siguiente estrofa:

Mézclese el cacao,
Bata el molinillo,
Rico chocolate
Para el gran Morillo.

Y cuando el ejército de éste, pasaba cruentos

1 *Correo del Orinoco*, número 35, de 31 de julio de 1819.

trabajos en la misma pampa durante las campañas de 1817 y 1818, los llaneros de Páez, al saber las miserias que sufrían los realistas, les hacían llegar coplitas burlescas. De éstas han llegado á nuestras manos las siguientes:

En Cádiz nos embarcaron
En una famosa nave
Para venir á las Indias
A comer pan de cazabe.

Si la ración de galleta
No la dan como en Europa,
Me he de pasar al patriota
Al punto, con mi maleta.

El siguiente corrido patriota apareció contra los realistas en las calles de Cumaná en 1817, después del triunfo de Margarita y aproximación del General Zaraza.

REGINA se está muriendo,
PATRICIA se está casando:
MARGARITA es la madrina,
ZARAZA viene bailando. (1)

Después de restablecida
De un accidente fatal,
Le sobrevino otro mal
Y se halla desfallecida:
El habla casi perdida,
Su testamento está haciendo;
Sus hijos están huyendo,
Por ser un mal contagioso:
De unos cólicos viliosos
REGINA se está muriendo.
.... (2)

Cuánto gusto nos dará
Ver á REGINA casada,
Con Bolívar desposada;
De gozo nos llenará:
Un vestido se le hará
De la *Zaraza* más fina,
De la que nunca REGINA
Pudo vestir un momento;
Y en tan feliz casamiento
MARGARITA es la madrina.

En tan solemne función
¿Qué música habrá por fin?
Si Margarita el violín,
Cedeño toca el violón:
Rojas el flautín sonando,
Y la trompa en conclusión
Mariño la está tocando;
Páez los valses pondrá,
Bermúdez que cantará.
ZARAZA viene bailando.

En los pueblos al Oriente de Venezuela, donde el espíritu revolucionario fue incansable, la musa popular, epigramática no perdió oportunidad de burlarse de los realistas. Como muestra del espíritu que animaba á estos pueblos, insertamos las siguientes endechas:

1 *Regina* es España y *Patricia* la patria venezolana.
2 Falta la 2ª décima que debe terminar con este verso: "*Patricia* se está casando."

Por la calle van cantando
Los indios americanos:
Ya se acabó la Regencia,
Nos alegramos, nos alegramos!

Muchacho, dile á Fernando
Que ya la América es libre;
Que si piensa dominarnos
Que se estire, que se estire......

Patriota, alegres cantemos,
Ya la España se voló,
Y mueran los españoles:
Viva la unión! Viva la unión!
Y ya los pueblos son libres
De la nación, de la nación.

Por la calle van cantando
Los indios cumanagotos:
Ya se acabó la Regencia,
Pues no habrá, pues no habrá otra...

Los catalanes vendrán
En clase de comerciantes,
Pero á gobernar como antes,
Eso sí no lo verán, no lo verán.

¿Cuáles fueron las ventajas
Que el español nos dejó,
Después que mató, y robó
De Méjico las alhajas,

Y al són de sus roncas cajas
Reunía nuestra nación,
Y con dañada intención
Y maléficos estilos
Nos disparan con los filos
Del ciego y dorado arpón?

Quien niega el conocimiento
Del ciego y dorado arpón,
O no es capaz de razón,
O no tiene entendimiento.

Con motivo de la ocupación del castillo de San Antonio de Cumaná por los catalanes antes de Carabobo, los patriotas lanzaron al público el siguiente pasquín:

El dia cinco de marzo
Por intento del demonio,
Cogieron los catalanes
El castillo San Antonio.
El dia cinco de marzo
Este caso sucedió,
Que el castillo San Antonio
Un mal patriota vendió.

En el cerro Colorado
Pusimos una trinchera,
Para moler el castillo
Y fijar nuestra bandera.
Y el Cerro de agua santa
El castillo dominó;
Alón, alón, caminó!
Alón, alón, alón!

En el Cerro colorado
Arreglamos un cañón;
Y en la plaza del puente
Pusimos el Cantón.

A lo que contestaron los realistas con canciones de este género:

¡Muera la maraña
De viles traidores,
Y los seductores
Contra el rey de España!

Fernando sétimo aclama
El Consejo de Castilla
Para que felice viva
Por rey de toda la España.

Fernando estaba tirado
Debajo de una escalera
Y ahora le hemos sacado
Para fijar la bandera.

Las canciones bailadas que más boga tenían en los pueblos de Oriente eran *La Juana Bautista*, *La Conga* y *La Cachupina*:

La conga se viste
Toda de amarillo
¡Que viva la Patria!
Y muera Morillo

Que conga,
Que conga,
Que dale niña á la conga,
Que conga, señó.

En las filas patriotas, desde el principio de la revolución, se habían alistado en el ejército, franceses europeos, y franceses de Martinica y otras Antillas. Esto motivó el que el pueblo de Venezuela llamara franceses á los extranjeros que militaron en favor de la causa republicana. De esta unión fraternal de franceses y venezolanos nació cierta promiscuidad graciosa en las canciones de los campamentos, sobre todo en los orientales. Así, esta canción de *La Conga* nos trae á la memoria la siguiente cuarteta de la época de Miranda en los valles de Aragua.

Veinte y cinco franceses
Cargaban su cañón
Alón, alón caminá
Alón, mozos, alón.

Y cuando vino el fracaso, el abordaje que trabaron en *Punta Gorda* (costa cumanesa) el Comandante español Guerrero y el Comandante patriota Gutiérrez, en el cual perecieron ambos, quedando el triunfo á los españoles, los pasquinistas realistas dijeron:

De la Margarita
Gutiérrez salió
Buscando el chinchorro,
Pero se amoló

Que conga, que conga,
Que conga, señó,
Se amoló Gutiérrez
Por ser un traidor.

Fue tanto el machete
Que aterrorizaba
Y dijo Gutiérrez:
Muchachos, al agua.

En donde pensaban
Encontrar socorro,
Les llegó Guerrero,
Les echó el chinchorro.

Apenas hemos podido conseguir de *La Cachupina*, la siguiente cuarteta:

Cachupín de mi vida,
¿ Por qué estás triste ?
Porque la Cachupina
Ya no me asiste.

Todavía, como una reminiscencia de gloriosos días, se repite entre los ancianos que han sobrevivido á la época luctuosa y prolongada de la guerra á muerte, una que otra letrilla en conmemoración de la desaparición de algún asesino. Así, cuando murió el feroz Ñañez, en la defensa de Ospino en 1814, decían los llaneros:

Si el General Bolívar
Fuera adivino
Ya supiera que *Ñañez*
Murió en Ospino. (1)

Y cuando en Margarita murió el famoso Calvetón, la poesía y la música lo celebraron á un tiempo en la siguiente cuarteta:

Calvetón murió saltando
La *palizá* e Juan segundo:
Ya se acabó en este mundo
Un oficial de Fernando. (2)

Hay una cuartetita más que sintetiza la muerte de tres malvados, factores sobresalientes en los días de la guerra á muerte; es la siguiente:

En Urica murió Boves,
En el Alacrán Quijada,
Y en el sitio del Juncal
Rosete y sus camaradas.

Entre los pasquines picarescos de los patriotas contra los realistas, sobresale el que figuró en algunas esquinas de Caracas en 1818. Había llegado á la capital la noticia, que sólo conocían los patriotas, de que el bergantín *Arrogante Guayanés* había apresado al bergantín *Conejo* que pertenecía á la escuadra realista. Se había recibido un nú-

1 *Lisandro Alvarado.*—Combate de Ospino.
2 *Rojas Lorient.*—Episodio de la guerra de Independencia.

mero del *Correo del Orinoco*, y como nada decía sobre el particular, las autoridades españolas ignoraban por completo el suceso. En aquellos días el pueblo de Caracas hacía mucho caso de una frase vulgar que decía: *Ave María Crispulera*, con la cual celebraban cualquier suceso inesperado, etc, etc. La noticia vino á hacerse pública por el siguiente pasquín que fue colocado, entre otros lugares, frente al templo de San Pablo:

Ave María Crispulera
Que en un deleite profano,
A los godos le han cogido
El Conejo con las manos.

Los gobernantes españoles, al publicar en Caracas la Constitución de 1820, lo hicieron con gran aparato creyendo embaucar así á los necios. Al siguiente día apareció en algunas esquinas la siguiente coplilla:

Se cambió el real en dos medios,
Ya no seré más virote;
Siempre es la misma geringa
Con diferente palote.

Y cuando después de creada Colombia comenzaron á descomponerse los partidos, en las mismas esquinas aparecieron estos versos:

Bolívar tumbó á los godos
Y desde ese aciago día,
Por un tirano que había
Se hicieron tiranos todos.

En el año de 1826, cuando tuvo efecto en Caracas el movimiento que se conoció con el nombre de *La Cosiata*, apareció en cierta mañana, en el portón de la casa de doña María Antonia Bolívar, hermana de El Libertador, que vivía entonces en la esquina de la Sociedad, la siguiente cuarteta:

María Antonia no seas tonta,
Y si lo eres, no seas tanto;
Si quieres ver á Bolívar
Anda vete al camposanto.

En la misma época en la cual el espíritu público era hostil á El Libertador, á quien calificaba de tirano y usurpador, apareció en cierta mañana la siguiente sextilla:

Si de Bolívar la letra con que empieza
Y aquella con que acaba le quitamos,
Oliva de la paz símbolo, hagamos.
Esto quiere decir que del tirano
La cabeza y los pies cortar debemos
Si es que una paz durable apetecemos.

Este es sin duda alguna, el pasquín más terrible lanzado contra Bolívar. Refieren los historiadores Restrepo y Groot que durante la permanencia de El Libertador en el Perú, tanto en Lima como en las otras ciudades, se cantaban estos versos en las misas en acción de gracias, en elogio de Bolívar, en el tiempo que mediaba entre la Epístola y el Evangelio:

De ti viene todo
Lo bueno, señor:
Nos diste á Bolívar,
Gloria á ti gran Dios.

¿Qué hombre es éste, cielos,
Que con tal primor
De tan altos dónes
Tu mano adornó?

Lo futuro anuncia
Con tal precisión
Que parece el tiempo
Ceñido á su voz.

De tí viene todo, etc.

Qué abismo entre los versos de la precedente sextilla y estos cuartetos que recitaban coros religiosos en algunos templos americanos!

COGNOMENTOS

DE LA

REVOLUCION VENEZOLANA

—

Con el nombre de cognomentos comprenden los diccionaristas, los sobrenombres, motes, apodos, títulos que se dan por la generalidad á ciertos hombres, en vista y conocimiento de virtudes ó defectos personales ó condiciones notables en la vida pública. También se comprende bajo aquel vocablo, los dictados, buenos ó malos, que se aplican á determinadas localidades. Así, desde remotos tiempos se dice: Tarquino *el Soberbio*, Arístides *el Justo*, Escipión *el Africano*. *La Ciudad Eterna* equivale á Roma, Jerusalén es conocida con el título de *Ciudad Deicida*. *La Ciudad de las Palmas* fue el nombre dado á Jericó, en tanto que Sodoma y Gomorra son llamadas *Las Ciudades malditas*.

Al hablar de los cognomentos de la revolución venezolana, de los sobrenombres, apodos que se dieron á muchos beligerantes, y de los epítetos que distinguieron á ciertos Jefes, nos trasportamos á una época de triunfos y de reveses, de pasiones desencadenadas, en que todo epíteto, todo mote, tuvo que

obedecer á las tendencias de una lucha sangrienta. Y como la humanidad no está siempre bajo el imperio del odio, y los epítetos y sobrenombres dados á ciertas figuras notables, han obedecido más bien á un sentimiento de justicia y de admiración que al desahogo de pasiones enconadas, disertemos acerca de los cognomentos que desde remotos tiempos sintetizan á los magnos hombres de la historia, para en seguida hablar del mismo tema, en los días de la revolución venezolana.

Muy conocidos son los sobrenombres que alcanzaron ciertas celebridades del mundo pagano: Aristóteles se conoce con el epíteto de *Príncipe de los Filósofos;* Herodoto mereció el título de *Padre de la Historia,* é Hipócrates el de *El Padre de la Medicina.* A Platón le llamaron *El Divino Platón: El Homero de la filosofía;* y á Jenofonte, *Abeja ática.* Virgilio es conocido con el de *El Cisne de Mantua,* y ya veremos más adelante, cómo este cognomento ha sido repetido en el curso de los tiempos. Atila, por sus crímenes, alcanzó el título de *Azote de Dios;* en tanto que Tito, por sus virtudes, lo sintetiza la humanidad con la elocuente frase: *Delicias del género humano. El Retórico,* fue el sobrenombre que llevó Séneca, el padre, mientras que á su hijo llamaron *El Filósofo*; á Marco Aurelio llamaron igualmente *El Filósofo.* Sólo á Zoilo le perteneció pasar á la posteridad con el triste mote de *Homeromástix,* que equivale á *Azote de Homero,* por las críticas sangrientas contra el poeta griego. Y al decirse hoy de un crítico, que es un Zoilo, es lo mismo que si de un conquistador se dijera, que es un Atila, es decir, *Azote de Dios.*

¿Qué nombre más elocuente podía tener Jesús que el de *El Divino Maestro?* ¿No abraza esta frase el hombre sin mácula, el espíritu recto, luminoso,

admirable, sufrido, levantado sobre todas las miserias de este mundo y animado al soplo de Dios? En consonancia con el de *El Divino Maestro*, están los sobrenombres de *El Discípulo Amado*, concedido á San Juan Evangelista; el de *El Apóstol de las Gentes*, dado á San Pablo y el de *El Príncipe de los Apóstoles*, con el cual se llama á San Pedro.

Los epítetos que distinguieron al célebre Santo Tomás de Aquino, abarcan la historia de esta gran lumbrera de la Iglesia: *El Doctor Universal*, *El Doctor Angélico*, *El Angel de las Escuelas*. He aquí en bellísimos y elocuentes conceptos, compendiada la sabiduría, la belleza de doctrina, el influjo celeste de la buena enseñanza en los corazones de buena voluntad; virtudes excelsas de aquel varón inmortal en la historia de las benéficas conquistas del progreso universal. En armonía con estos cognomentos dados á uno de los magnos varones del cristianismo, Bossuet, en los tiempos modernos, es conocido con el título de *El Aguila de Meaux*; y Fenelón con el de *El Cisne de Cambray*. El uno, con el vuelo del águila, supo remontarse á las más elevadas regiones del pensamiento, para cernerse sobre todo lo viviente: el otro fue como la onda límpida, en su murmurio rítmico, al través de las praderas floridas que cantan igualmente la juventud de la gaya naturaleza. A Demóstenes le llamaron los antiguos *El Príncipe de los oradores griegos*: y á Mirabeau le conocen los modernos con el título de *El Demóstenes francés*.

Bacon es *El Doctor admirable*; y Dante *El Poeta divino*. Cuando los españoles dicen Alonso *el Sabio*, se refieren á Alonso X; y cuando los franceses hablan de Luis *el Grande*, recuerdan á Luis XIV. *Corazón de león*, es el título glorioso de aquel

Ricardo I de Inglaterra; Juana de Arco alcanzó el de *La Doncella de Orleans*. *El Caballero sin miedo y sin reproche*, es el título de Bayardo, y *El Gran Capitán* el de Gonzalo de Córdoba. Y cuando los ingleses hablan de *El Demonio del Mediodía*, se refieren al famoso Felipe II de España.

Cervantes lleva el título de *El Manco de Lepanto*: glorioso título es este para Cervantes; pero más elocuente es el de *El Autor del Quijote*, porque sintetiza, no el soldado mártir de un combate inmortal, sino el creador admirable que ha compendiado la humanidad en su obra, no como ella es, sino como debía ser, según la feliz expresión de Bolívar. Cervantes está fuera de todo cognomento. Bien dicen aquellos que sintetizan el siglo XVI con el nombre de *El Siglo de Cervantes*. Tan eminente varón no vino solo al mundo, sino acompañado de León X, de Julio II, de Miguel Ángel, de Rafael y de la pléyade admirable de reyes, de papas, de artistas, de sabios y de conquistadores de toda grandeza.

Al inmortal poeta español del siglo XVI, Fernando de Herrera, le llaman sus compatriotas *El divino Herrera*; y al no menos célebre del mismo siglo, Garcilaso de la Vega, *El Petrarca español*. San Francisco Javier lleva el sobrenombre de *El Patriarca de las Indias*, y Fray Bartolomé de las Casas el de *El Protector de los Indios*. Y todavía con más justicia, Santa Teresa de Jesús es conocida con el nombre de *Doctora de la Iglesia*.

A Sor Inés de la Cruz, la célebre poetisa mejicana, la llaman los literatos españoles *La Musa décima*; al historiador peruano Garcilazo, *El Inca*: sobrenombre que sintetiza á un tiempo la Patria y la Historia. En los tiempos actuales Andrés Bello, es conocido con el título de *El Príncipe de los poe*

tas del Nuevo Mundo, y al célebre Olmedo llaman *El Cantor de Junín.* Hay celebridades que llevan cognomentos conexionados con el título de alguna de sus obras, ó con el nombre de la beldad que fue el tema fecundo de sus inspiraciones. Así se dice: *El Autor del Paraíso perdido; El Autor de Atala: El Autor de Pablo y Virginia, etc, etc;* para recordar á Milton, á Chateaubriand, á Bernardino de Saint Pierre. Y cuando decimos: *El Amante de Laura, El Cantor de Beatriz, El Poeta de Sorrento ó El Amante de Leonor*, se comprende que quiere recordarse con estos cognomentos á Petrarca, á Dante, á Tasso.

Franklin es conocido en ambos mundos, con el sobrenombre de *El buen hombre Ricardo.* Los que no conocen la labor intelectual de este gran filósofo, no podrán formarse idea de la elocuencia que encierra aquella frase: *El buen hombre Ricardo!* A Rossini le llaman *El Cisne de Pézaro*, y á Bellini, *El Cisne de Catana.* Cuatro cisnes constituyen, desde remotos tiempos, la poesía, la música, y entre estas artes, la oratoria sagrada y la bella literatura: Virgilio, Rossini, Bellini y Fenelón.

A Hudson Lowe, el Gobernador de la isla de Santa Helena, durante el cautiverio de Napoleón I, lo conoce la historia con el sobrenombre deprimente de *El Carcelero de Napoleón;* y al Mariscal austriaco Haynau lo llaman *La Hiena de Hungría.* ¡Qué lección tan severa la que recibieron estos monstruos! Después de la muerte de Napoleón, el hijo del Conde de las Cases, fustigó al famoso Gobernador en las calles de Londres, y cuando éste hubo de abandonar á su patria, porque fue despreciado por el mismo gobierno que lo aceptara como instrumento, no encontró por todas partes, sino el desprecio de sus semejantes. En cuanto á Haynau,

este tirano de los húngaros en 1850, pudo escaparse por milagro el día en que visitó cierta cervecería de Londres. Al ser conocido de los obreros el nombre fatídico del visitante, cual tempestad de rayos cayeron sobre él, y fueron las botellas de cerveza los proyectiles de que se valieron aquellos obreros honrados para castigar al insolente criminal.

Carlos XII de Suecia fue conocido con el sobrenombre de *El Quijote del Norte.*

Napoleón apellidó á Miranda: *El Noble Quijote de la Libertad*, y este mismo título le ha dado el historiador Michelet. El historiador Luis Blanc llama á Miranda: *La Espada viviente de la Gironda.* Bolívar se apellidó á sí mismo: *Uno de los Quijotes de la humanidad.*

Napoleón fue conocido primero, con el mote de *El Pequeño caporal*, y así lo llamaba el ejército; y en la campaña de Egipto, los cophtos le llamaron *Sultán de la luz.* El mundo le concedió el nombre de *Napoleón el grande*; pero sus enemigos le bautizaron, desde muy temprano, con los epítetos de *El Ogro de Córcega*, *El Ambicioso*, *El Tirano.* De todo esto se reía; mas cuando la Baronesa de Stäel le apellidó *Robespièrre á caballo* se salió de quicio. El ridículo le hería más que la frase infamante.

Ney fué llamado por el ejército francés, *El bravo de los bravos;* y Latour d' Aubergne con el de *El Primer granadero de la Francia;* título honroso que prefirió al de General ó Mariscal. A Wellington, el vencedor en Waterloo, lo llaman sus compatriotas, *El Duque de hierro;* y á Bismarck le dicen hoy, *El Canciller de hierro.*

Sólo Washington no lleva título ni sobrenombro; pero sus compatriotas lo sintetizan en las

siguientes expresivas frases: *El primero en la paz, el primero en la guerra, el primero en el corazón de sus conciudadanos.*

Dos célebres naciones, dos pueblos ricos, poderosos, llevan igualmente sus apodos, muy conocidos: La Inglaterra que se llama *John Bull*, y los Estados Unidos de América que tienen dos: *El Tío Samuel* (Oncle Sam) y *El Hermano Jonathan (Brother Jonathan).*

Jhon Bull equivale en español á *Juan Toro.* "Dicen que con esta expresión, se indica á un tiempo, la violencia y la fuerza de movimientos, y la indomable obstinación y la independencia de que jamás se ha desprendido el pueblo y el gobierno inglés, lo mismo aceptando èl yugo de la gerarquía feudal, que el mando de la aristocracia hereditaria."

Por lo que concierne á los apodos de *El Tío Samuel*, y *El Hermano Jonathan*, conocemos lo que dicen los historiadores americanos. Cuando Washington, después de haber sido nombrado Comandante general del ejército revolucionario, visitó á Massachusetts, con el objeto de organizar el Estado, palpó que había mucha necesidad de elementos de guerra y de medios de defensa; y en cierta ocasión, parece que no había ni lo más necesario. Jonathan Trumbull, el mayor, era el Gobernador del Estado de Conecticut; y Washington, teniendo alto concepto del sólido juicio de su empleado, dijo: *Podemos consultar, sobre este particular, al hermano Jonathan.* Washington tenía razón, pues el Gobernador fue sucesivamente satisfaciendo las necesidades del ejército. Desde entonces, en cada ocasión

en que se tropezaba con algún inconveniente y las tropas carecían de todo, se repetía la frase: *Podemos consultar al hermano Jonathan.* Así continuó, hasta que llegó á representar la nación y pueblo norteamericano, como lo es *John Bull*, respecto de Inglaterra.

El origen de la frase, *El Tío Samuel*, es más curioso. Inmediatamente después de la última declaración de guerra con Inglaterra, Elberto Anderson, de Nueva York, entonces contratista, visitó á Troy, donde existía abundante acopio de provisiones. Los inspectores de estos artículos en la plaza eran Ebenezer y Samuel Wilson. El último caballero, generalmente conocido con el nombre de *Uncle San* (Tío Samuel), inspeccionaba personalmente y con frecuencia un gran número de obreros que, en esta ocasión, fueron empleados para embalar las provisiones destinadas al contratista. Los bultos fueron marcados "E. A.—U. S." que quiere decir: *Elberto Anderson.—Estados Unidos.* Estos bultos cayeron en mano de un tunante que al estudiar la marca, y no conociendo la firma mercantil de la plaza, tradujo: *Elberto Anderson* y *Tío Samuel*, aludiendo exclusivamente al *Tío Samuel Wilson.* Desde entonces el público de los Estados Unidos comenzó á llamar la nación norteamericana: *Uncle San*, que quiere decir, *El Tío Samuel.* (1).

Departamos ahora sobre los cognomentos de la revolución venezolana, desde el 19 de abril de 1810, fecha en que se inicia la idea republicana. Cuando el Ayuntamiento se reunió en la mañana de este

1 *Wells*—Things not generally known A—1 vol. en 8°—Nueva York, 1857.

día, después que el Gobernador Emparan retrocedió de la puerta de la Metropolitana, en presencia de la agitación que se manifestaba en toda la concurrencia, un individuo del pueblo, escribe el historiador Urquinaona, gritaba á cada instante: *el Pueblo pide: el Pueblo quiere: el Pueblo manda.* Era un ciudadano de apelativo Mujica, el cual quedó conocido, desde aquel entonces, con el apodo de *El Pueblo.* Tal nombre fue dado más tarde en Cumaná, á José Francisco Bermúdez, que figuró como militar de mérito en las filas de la revolución. Escuchemos lo que nos dice su biógrafo sobre este particular:

"El 27 de abril de 1810, dió Cumaná el grito contra los españoles. Allí estaba Bermúdez. En cualquier movimiento popular, José Francisco Bermúdez era el caudillo, arrogándose la voz del pueblo, con cuyo motivo' se le aplicó por otras ciudades el apodo de José Francisco *Pueblo*, que él vió siempre con carácter risueño y placentero, manifestando que esto lo tomaba por divisa de su celo patriótico y vehemente deseo de la libertad é independencia de la patria." (1).

El sobrenombre de *El Diablo* que llevó uno de los corifeos de la revolución, Antonio Nicolás Briceño, miembro del Constituyente de Venezuela en 1811, y después, el que pasó por las armas á ciertos españoles de Barinas en 1813, no era un sobrenombre oprobioso sino familiar. En autos sacramentales conocidos antes de 1810, con el nombre de *Nacimientos*, representados en la casa del Secretario Isnardi, á Briceño le tocó en cierta ocasión desempeñar el papel de *El Diablo*, y de aquí el sobrenombre. Así, cuando Bolívar supo, al comen-

1 *Mejías*—Biografía del General Bermúdez.

zar la campaña de 1813, la ejecución de un grupo de españoles, con los incidentes que la acompañaron, exclamó: "Estas son cosas de *El Diablo*," sin alusión alguna que se rozara con los sucesos de la guerra.

Los Godos: tal fue el epíteto con el cual bautizó Vicente Salias á los españoles, al comenzar la revolución. *Los Godos* dicen todos los documentos patriotas del tiempo de la lucha. Cuando todo llegó á su término, el nombre de *godos* se puso á los que no estaban por la continuación de Bolívar en el poder. Así, en una carta de éste al Doctor Paúl, su defensor en el pleito de Aroa, aquél dice, refiriéndose á su contendor, el Doctor Alejo Fortique: "ese infame *godo*."

A su turno, los *godos* del tiempo de la independencia, llamaron á los patriotas *insurgentes*, y también *chucutos*. El vocabló americano *chucuto* se aplica á los caballos sin cola, y también á los desorejados. De aquí el llamarse así á los soldados patriotas que tenían el pelo cortado á raíz. Un escritor inglés llama la atención hacia la coincidencia de haber aplicado los reclutas, á sus contrarios, en tiempo de Cronwell, el término *Roundheat*, *Cabeza redonda.* Y últimamente, el mismo sobrenombre de *Croppies*, *Los desorejados*, ha tenido el mismo origen.

Cuando Bolívar militó en las campañas del Apure y del Arauca de 1817 á 1819, los llaneros no le conocían sino con el mote de *El Tío porsupuesto.* Esto provino de que la frase favorita de *El Libertador* en aquel entonces, cuando discutía algo, lo apoyaba con el estribillo, *por su puesto*, es decir, *así es—está bien.* Una de las canciones más conocidas, en los terribles días de la revolución francesa, aquella que comienza así: *Ah ça-ira.—Les Aris-*

tocrates à la lanterne, tuvo su origen en la frase favorita que usaba Franklin en su conversación, á saber: *Ça-ira—Ça-ira*, con lo cual quería decir: *así es—está bien.*

El Tío llamaban á Páez sus centauros; y éstos mismos habían llamado á Boves, *el Taita—El Taitica*, de la voz quichua *Taita*, que equivale *al padre—al abuelo, al Jefe de la familia*, entre los antiguos peruanos. *El Tío*, tiene en este caso la misma acepción que *Taita*, es decir, *el Jefe.*

Al General Zaraza le llamaron los llaneros *El Taita cordillera*, aludiendo á la blancura de su rostro; es decir, el *Taita blanco—el Jefe blanco*, como nieve, *El Negro primero* fué el sobrenombre que llevó en el ejército de Páez, Pedro Camejo, aquel centauro invencible. Este cognomento es hoy un título de gloria, cuando se habla de tan pujante atleta. A Carvajal, el famoso lancero de la pampa barcelonesa, se le llama *Tigre Encaramado*, aludiendo á su valor, á su pujanza, á su destreza, pues el que había vencido á un jaguar, agarrándolo por las patas delanteras, en el momento de venírsele encima, y pudo derribarlo de un cabezaso, bien podía tomar las riendas de su caballo con los dientes, y manejar sendas lanzas con las manos.

Durante el espacio de diez y nueve años, desde 1810 hasta 1829, el historiador español José Domingo Díaz, bautiza á Bolívar con los epítetos más injuriosos, ya en panfletos, ya en la *Gaceta de Caracas: El Inhumano, El Sedicioso, El Tirano, El Bárbaro, El Insolente, El Cobarde, El Sacrílego, El Insensato, El Miserable, El Déspota, El Pérfido, El Inepto, El Presumido, El Incapaz, El Feroz, El Ambicioso, El Perjuro, El Impudente, El Tridor, El Aturdido, El Malvado, El Monstruo, El Ignorante, El Usurpador, El Impío.*

Y cuando no encuentra epíteto, porque ha agotado el diccionario, le dice últimamente: "*Ese hombre* de quien hemos referido, en ocasiones, que era un *corazón sin virtudes y el alma más feroz que se hubiera conocido.*" (1)

Lo mismo sucedió con Morillo, quien aplicó siempre á Bolívar los epítetos más deprimentes. Después del armisticio de Santa Ana en 1820, todo cambió, y entonces no hubo epítetos injuriosos, sino frases amigables y respetuosas, como *Su Excelencia el General Bolívar—Mi ilustre y grande amigo.* Así es la humanidad! Cuando en 1815, Napoleón, fugitivo de la Isla de Elba, desembarcó en Canes, la prensa de París decía: ahí viene el Ogro de Córcega, el Tirano, el Usurpador, etc. etc. La víspera de su entrada á París, los periódicos decían: *mañana hará su entrada triunfal el Emperador por las calles de París.*

Los españoles sacaron del nombre Simón de Bolívar, el siguiente anagrama; *Símbolo de ruina;* y de Bolívar, *Obra vil.* Estos anagramas pasaron, y perdura el que obtuvo uno de los compatriotas del Héroe, á saber: *Omnis librabo.* En materia de anagramas, en los días de la revolución, nada más elocuente que el de la sublime heroína Policarpa Salavarrieta:—*Yace por salvar la patria.*

Bolívar dió á algunos de sus tenientes sobrenombres muy honrosos. A Arismendi, llamó *El Astuto;* á Bermúdez, *El Impetuoso;* á Mariño, *El Gallardo;* á Monagas, *El Valiente;* á Montilla, *El Bizarro;* á Páez, *El Bravo;* á Salom, *El Constante;* á Santander, *El Culto;* á Soublette, *El Discreto;* á Valdés, *El Osado:* á Urdaneta, *El Brillante* y á Brion, *El Magnánimo.*

Bolívar apellidó á Cedeño en Carabobo, *el Bra*

1 *Díaz*—Rebelión de Caracas—1 vol.

ro de los bravos, á imitación de lo que había dicho Napoleón del Mariscal Ney; y llamó á Sucre después de Berruecos, *el Abel de Colombia*.

El título de *El Libertador* fue concedido á Bolívar en 1814, por una asamblea popular. Este título glorioso se agiganta con el tiempo; pero ningún título más elocuente, de los que recibiera Bolívar en vida, que aquel, en el cual no tuvieron que intervenir sus compatriotas ni sus amigos y adoradores ni sus enemigos empecinados: EL WASHINGTON DE LA AMÉRICA DEL SUD. Con este cognomento fue aclamado Bolívar, en la ciudad de Washington, en cierta noche solemne de 1826, por el Congreso, representante del pueblo norteamericano, acompañado del Gobierno de la República, y en presencia de Lafayette, legítimo intérprete más tarde, de la familia de Washington, para hacer llegar á manos de *El Libertador* un glorioso recuerdo, á nombre del fundador de la República en el continente de Colón.

JALÓN, SALOMÓN Y MARIMÓN

—

(SILUETA DE LA GUERRA A MUERTE)

—

Jalón, Salomón y Marimón fueron tres distinguidos militares españoles que figuraron en la época de la guerra á muerte. Cultos, insinuantes como hombres de educación esmerada, corrieron casi una misma suerte en los días más crudos del Terror, 1813—1814. Unía á estos militares la nacionalidad, pero los separaban las opiniones políticas. Jalón se había afiliado en el bando patriota, mientras que Salomón y Marimón pertenecían al español.

Jalón, joven de relevantes méritos, domiciliado en Caracas y con amigos caraqueños, acepta el movimiento revolucionario del 19 de abril de 1810, y entra de lleno en el camino de las nuevas ideas, figurando desde muy temprano en los ejércitos improvisados del Gobierno.

Desde muy al principio, se había dado á cono-

cer como espíritu generoso y hombre de inteligencia y de corazón. Recordemos que este fue aquel distinguido ingeniero que, en la mañana del 15 de julio de 1808, se encaró al comisionado de Napoleón, Mr. Lamanois en la posada de "El Ángel," cerca de la Metropolitana, cuando éste quiso elogiar los procedimientos de los franceses contra la nación española y hacerse de prosélitos en Caracas contra la madre patria. Diego Jalón levanta en aquella mañana el entusiasmo con su elocuencia de patricio, defiende los fueros del Monarca desgraciado, apostrofa á los tiranos. A poco la población de Caracas llena de entusiasmo, proclamaba como Rey de las Españas, á Fernando VII. (1)

Cuando se verifica el terrible sacudimiento de tierra del 26 de marzo de 1812, Jalón, que estaba en Barquisimeto, ve desaparecer bajo los escombros de la ciudad casi todas sus tropas con los elementos de guerra que tenía; suceso del cual se aprovecha el General Monteverde, que, en los mismos días invadía á Venezuela, y victorioso se dirigía á la capital. Cuando á poco se libra la acción de de San Carlos contra las tropas de Monteverde, Jalón, sin recursos, sin ejército, sin elementos que oponer al invasor, cae prisionero de éste y es encerrado en el castillo de Puerto Cabello, desde el momento en que esta plaza cayó en poder de los españoles. Un año más tarde, en ella se encerró también Monteverde, cuando hubo de abandonar á Caracas, al aproximarse Bolívar, después de la fructífera campaña de 1813.

El primer deseo de Bolívar al llegar á Caracas fue poner sitio á Puerto Cabello, en lo que anduvo

1 Véase la Leyenda titulada: *De cómo los franceses huyeron de Caracas sin saquearla.* Serie primera, pág. 189.

con tanta fortuna, que hubo de apoderarse de la población y del mirador de Solano, durante los primeros tiempos del sitio. Entre los prisioneros que fueron cogidos, después de tomada esta avanzada de la fortaleza, figuraba un monstruo de figura humana, cuyo nombre goza todavía de triste celebridad: Suazola, uno de los feroces tenientes de Monteverde. Llevado á la presencia de Bolívar, tiene el cinismo de proponer á éste que le canjeara por el Coronel Jalón que estaba preso en el castillo. Monteverde no aceptó el canje, y Suazola fue sacrificado.

Dejemos por un momento al Coronel Jalón sufriendo su desgracia con la fe del hombre fuerte, que nuevos sucesos nos aguardan en el puerto de La Guaira. Figuraban en esta plaza como Comandante de ella el Coronel Leandro Palacios, y como Comandante segundo jefe de la guerra, el General José Félix Ribas. Días hacía que por los espías de la costa, sabíase que el convoy español que había zarpado de Cádiz, favorecido por los comerciantes de este puerto, detenido por vientos contrarios en aguas de Naiguatá, estaba próximo á llegar: lo que despertó en Ribas la ambición de hacerse, sino de toda la escuadra, por lo menos de los principales Jefes, y dando comienzo á su plan mucho antes de que fueran avistadas las embarcaciones, manda que la bandera española sea izada en los sitios en que antes se acostumbraba, y que sus tropas y oficialidad vistan uniformes españoles, y á falta de éstos lleve cada uno las insignias y escarapelas correspondientes. Al saber que todo estaba listo, forma las tropas y en breve pero enérgica arenga, les participa su resolución de apoderarse de la escuadra española, para lo cual necesitaba de hombres valerosos. En seguida manda el Jefe patriota

que traigan á su presencia al ex-Comandante de la plaza y dos ó tres prisioneros más. Cuando el excelente español D. Francisco Mármol y sus compañeros salían de las bóvedas en que estaban, creyeron que había sonado para ellos la última hora, pero al llegar frente al General Ribas, saben que se trata de representar un sainete, lo que les hizo soñar de nuevo con la libertad y con la vida. Consistía la farsa en que dos ó más de los prisioneros españoles, uniformados, debían recibir á sus compatriotas, como si fueran ellos empleados del puerto, y sin que se trasparentara el verdadero estado de las cosas; es decir, debían representar la comedia, aunque nunca hubieran asistido al teatro. Enterados del triste papel que iban á desempeñar, y de que un gesto, una mirada de inteligencia, un signo cualquiera, les podía costar la vida, los prisioneros españoles aceptaron el encargo. Por lo demás el Jefe patriota, hombre astuto y resuelto, movió cuantos resortes hubo á la mano para que la estratagema no fracasara.

Esto pasaba en los días 11 y 12 de setiembre, cuando el 13, á mediodía, se divisa el convoy español, compuesto de una fragata de 40 cañones, una goleta de guerra y seis embarcaciones de trasporte. Venía á bordo el regimiento de Granada, compuesto de 1.200 soldados, mandados por lucidos oficiales. Ignorante el Jefe de la escuadra de lo que había pasado en Caracas, meses antes, se dirige al puerto, creyéndolo en poder del gobierno español. Aguardaba, sin embargo, algo que le indicara el camino que debía tomar. La prudencia le ordenó enviar un oficial á los diversos buques surtos en el puerto, con el objeto de conocer el estado de las cosas; mas ninguno de los Capitanes de aquellos dijo la verdad, pues aterrorizados por las or-

denes del General Ribas, y temiendo por sus vidas, dijeron al oficial español que tanto Caracas como La Guaira estaban bajo el poder de los españoles. Después de este falso informe fue cuando el convoy español ancló en aguas del puerto.

Viendo Ribas que el Jefe de la escuadra no enviaba á tierra ningún oficial, ordena que Don Esteban Moloni, su amigo, hombre astuto, insinuante y resuelto, fuera á bordo de la escuadra, como alto empleado del puerto, é invitara á venir á tierra á los Jefes españoles, á nombre del Comandante de La Guaira, Don Francisco Mármol. Al oír este nombre, algunos recordaron que habían sido sus amigos y compañeros y desearon verle: deseo de que se valió Moloni para enderezarles unas tantas mentiras á nombre del supuesto Comandante. Aunque Moloni hablaba con buen acento el español, despertáronse á bordo de la fragata ciertos temores, que motivaron el que quedaran como rehenes el comisionado de Ribas y sus marinos, zarpando para tierra el Alférez Begoña, con el único objeto de explorar la situación.

Cuando llega éste al muelle es recibido por el ex-Comandante Mármol y sus ayudantes. ¡Admirable apego del hombre por la vida, sobre todo de aquel que gime entre cadenas! Mármol, sabiendo que tenía su cabeza pendiente de un hilo, desempeña su papel con tal precisión, que lo hubieran envidiado los mejores aficionados. Con modales muy cultos y con preguntas oportunas entretiene Don Francisco al joven Alférez, quien retorna á la escuadra, más satisfecho que dudoso. Durante el tiempo de esta conferencia amigable aunque falsa, Ribas, mudo, porque al hablar se hubiera hecho conocer, permaneció cerca del grupo observando hasta las más insignificantes contracciones musculares de cada uno de

los actores de este sainete, que muy pronto iba á convertirse en tragedia.

Apenas llega á bordo de la fragata el Alférez Begoña, cuando se desprenden del convoy dos botes. En el uno venían Moloni y los marineros de La Guaira, en el otro el segundo Comandante del regimiento de Granada, Coronel Don Ignacio Valle Marimón y diez y seis granaderos, habiendo quedado á bordo el primero, Coronel Don José Miguel Salomón.

En los momentos de pisar el muelle el oficial Marimón y sus subalternos, según nos refiere un cronista inglés, fué saludado por el pueblo con los gritos de "Viva Fernando VII" y acompañado en triunfo á la casa de la Aduana, donde el retrato del Monarca se veía exornado de guirnaldas. En la sala fue recibido por el Comandante Mármol que estaba mudo, petrificado, ante aquella farsa impuesta á un jefe tan respetable, tan ofensiva á la dignidad humana. Cuando Mármol recibió los despachos que le fueron entregados por Marimón, los puso sobre la mesa, sin atreverse á abrirlos. El aire de misterio que se trasparentaba en los semblantes de la concurrencia, el cuchicheo que tenían los oficiales patriotas, infundieron, como era natural, ciertos temores al Coronel Marimón, quien comprendió lo crítico de la situación, al llegar á sus oidos la siguiente frase: "*es necesario matarlos á todos.*" Trata entonces de evitar el peligro, desea regresar á bordo; mas al intentar la salida, le rechaza de manera apremiante el centinela que custodiaba la puerta. Marimón acababa de sondear el abismo á cuyo borde le había traído la trama de sus contrarios.

En esto se presenta en la sala de la aduana el General Ribas que vestía el uniforme republica-

no, y con ademán resuelto se dirige hacia el oficial español. Éste, sin inmutarse, inclina ligeramente la cabeza en contestación al frío saludo que le hace el Jefe patriota.

—Debe usted saber, señor, le dice Ribas, que toda Venezuela está en poder de los patriotas, y que usted es nuestro prisionero. En la alternativa en que usted se halla, escoja el partido que quiera: ó el de ser pasado por las armas inmediatamente, ó el de escribir, al instante, al Comandante del convoy á que sin dilación haga desembarcar la tropa que está á bordo.

—Prefiero, señor, morir mil y mil veces, antes que ser el traidor de mis compatriotas, contestó el digno militar, realzado por el sentimiento de la patria. Y dando un paso atrás, agrega: apelo al honor del General patriota que acaba de hacerme semejante proposición, y de la cual debía desistir por no ser compatible con su carácter como oficial, ni con sus sentimientos como hombre.

El General republicano insiste, é insiste con fuerza; pero el militar español contesta despreciando la vida y aceptando la muerte.

—Arrodíllese usted, ordena Ribas al oficial; y montado en cólera llama al centinela que custodia la puerta, y le ordena: ponga usted su fusil sobre el pecho de este hombre.

La concurrencia, al escuchar tan inesperada orden, impelida por el instinto de la conservación, se abre, como queriendo presenciar, sin peligro, aquella ejecución tan violenta, cuando Ribas, en obedecimiento á los dictados de la sana razón, manda á suspender aquella amenaza, que tenía más de sainete que de tragedia. (1)

1 Véase *Flinter*—A history of the revolution of Caracas; comprising and impartial narrative of the atrocities commited by the contending Parties, etc, etc—Londres, 1819—1 vol. en 8º

En esto se oyen ruidos en la calle de la aduana, y los gritos de *traición, traición.* Era el momento en que los granaderos españoles, confundidos con el pueblo guaireño, se defendían al verse atacados por todas partes. A los gritos siguen voces de alarma, desorden, carreras y tiros de fusil. Un choque casual ó preparado entre los oficiales de Ribas y los granaderos peninsulares, de los cuales diez fueron sacrificados, motivó la escaramuza en las calles de La Guaira. Con precipitación deja Ribas la sala de la aduana y con él muchos de los concurrentes, mientras que Marimón, aprovechando aquel momento de libertad, sale al balcón, sacude en repetidas ocasiones su pañuelo, como señal á la escuadra, torna á la sala y quiere salir, cuando oficiales patriotas le detienen. En esto vése á la escuadra que corta las amarras y trata de huir, sin brisa que la favorezca: calma completa dominaba sobre las olas. Por orden de Ribas los cañones de las baterías se descargan sobre los buques de Salomón, y nuevos sucesos llaman la atención de los moradores de La Guaira. Marimón fue conducido á una de las bóvedas de la fortaleza, acompañado de los compatriotas que le habían dado la bienvenida.

Al comenzar el violento cañoneo, el convoy aspira solamente á salvarse no sólo de los proyectiles que recibía y le hacían daño—sobre todo á la fragata, que á consecuencia de esto estuvo á punto de irse á pique—sino también de ser arrojado á la playa, por la ausencia de brisa y el haber levado anclas. Gritos de entusiasmo celebraban desde tierra, la triste situación del convoy, cuya pérdida parecía inevitable, cuando de repente, despierta la brisa, muévese la ola, ínflanse las velas, y el convoy, surcando las aguas guai-

reñas, fuera del alcance de las balas patriotas, sigue á Puerto Cabello.

En el *Boletín del Ejército Libertador*, número 12, leemos:

"Por fin ha llegado de España una pequeña expedición asalariada por el Consulado de Cádiz, para sostener su pillaje mercantil en Venezuela. El 13 se presentó el convoy en La Guaira, compuesto de una fragata, una goleta de guerra y seis buques mercantes; logramos aprehender al segundo de la expedición, el Capitán de fragata Don Ignacio Valle Marimón, con quince soldados y toda la correspondencia: los buques, después de sufrir un destrozo terrible, picaron los cables, y han podido arribar á Puerto Cabello, donde existen sin haber intentado el desembarco."

. . . .

"Llegan tropas de todas partes, se presentan voluntarios, se advierte un entusiasmo general, de modo que se ha aumentado considerablemente el ejército, y éste ansía por ver presentarse al enemigo para atacarlo y vencerlo como acostumbra; si logramos medir nuestras fuerzas, su destrucción es segura, y la paz de la República de Venezuela será la consecuencia del triunfo.

"Cuartel General de Valencia, á 19 de setiembre de 1813, 3º y 1º—*Rafael de Urdaneta*, Mayor General." (1)

Dos días después del suceso de La Guaira Ribas dirigió desde Maiquetía al Gobernador de Caracas, el siguiente oficio:

"A las ocho del día de mañana tendrá V. E. en seguras prisiones á todos los españoles y cana-

1 *Gaceta de Caracas*, de 30 setiembre de 1813.

rios que se hallan sueltos, hasta á aquellos á quienes yo mismo ó el General Bolívar hayamos dado papel de seguridad, sin exceptuar otros que aquellos pocos amigos conocidos de nuestra causa, y que hayan sido perseguidos con nosotros, los cuales son bien conocidos de V. E. Los demás no sólo serán presos sino asegurados con grillos. Dios guarde á V. E. muchos años.—Maiquetía, á 15 de setiembre de 1813, 3º y 1º—*José Félix Ribas.*"

Desembarcado el regimiento de Granada en el castillo de Puerto Cabello, comenzó á ponerse en campaña bajo las órdenes de su Jefe el Coronel Salomón. Para esta fecha, Monteverde, sin prestigio, es la burla de sus compañeros, que le despojan del mando en diciembre de 1813 y le echan fuera del castillo, teniendo que embarcarse para la isla de Curazao, sin prestigio, sin gloria y acoquinado por la suerte. Sucédele el Coronel Salomón, á quien Bolívar propone nuevo canje de prisioneros españoles por el Coronel republicano Jalón; pero el español se niega. Necesitaba Salomón ver con sus propios ojos la destrucción completa del bello regimiento de Granada, que poco á poco fue diezmándose por la ignorancia de su Jefe, las enfermedades y el cansancio de los diversos encuentros que tuvo con las tropas de Bolívar. Así que lo vió destruido, aceptó Salomón el canje de Jalón por su compañero el Coronel Marimón. En el curso de los días, Salomón sufrió la misma suerte que Monteverde y hubo de abandonar el castillo.

Vuelto á sus penates preséntase á Bolívar el Coronel Jalón, con el semblante de los que presienten triste suerte. Parecía un espectro. Después de doce meses de maltrato y vejaciones inauditas, aquella vigorosa naturaleza se sentía decaer física y moralmente. Sin embargo, quiso prestar

de nuevo sus servicios á la causa americana, é incorporóse al ejército. Distínguese al lado del Libertador en Araure, San Mateo, Carabobo, hasta que cae prisionero de Boves, en la desgraciada batalla de La Puerta el 12 de junio de 1814.

Ya habían ahorcado ó fusilado á todos los prisioneros, cuando un edecán, por orden de Boves, se acerca á Jalón y le dice:—"El General le invita á usted á que le acompañe á la mesa."—Jalón es conducido y se sienta, comprendiendo quizás, con el corazón transido de dolor, todo el sarcasmo de aquella invitación. Durante la comida, Boves le dirige la palabra, sin insultarle, mostrando aquella dulzura del carnicero, que acaricia la oveja que va á sacrificar. Al concluir la comida se pone Boves en pie, síguenle los invitados y entre éstos el Coronel Jalón, cuando Boves, sonriendo, llama á uno de sus tenientes, y con la mayor naturalidad le dice:—"Fusilen á este insurgente."—Minutos después, yacía tendido por tierra el Coronel Jalón.

¿Qué había sido de Salomón y de Marimón, de Suazola, de Monteverde, de Jalón y de Boves? ¿Qué de Bolívar, de Ribas, de Palacios y del desgraciado Mármol?

Salomón y Marimón habían huido en aquellos días del Terror, después de haber visto desaparecer el regimiento de Granada. (1) Suazola había recibido en la horca el castigo de sus hechos, en tan-

1 Nos inclinamos á creer que Salomón, Jefe del regimiento de Granada, fue uno de los oficiales españoles muertos en la batalla de Carabobo en 1814, como se desprende del parte de esta acción dado por Muñoz Tébar.

to que Monteverde, que pudo salvarle, había tenido que huir del castillo de Puerto Cabello, lanzado por sus compatriotas que le arrojaron á playas extranjeras, llenándole de anatemas y de improperios. Jalón muere con la serenidad del justo, mientras que su implacable vencedor en La Puerta, en el extertor de la agonía, se ase de la paja de Urica, ya tostada por los cascos de su caballo, que como el de Atila, quemaban la yerba de los campos. Bolívar había huido del incendio y buscaba descanso en el extranjero, en tanto que Ribas, fugitivo de Urica, era decapitado. Su cabeza fue colocada en una jaula de hierro en el camino de La Guaira. Ya los prisioneros españoles en este puerto, y entre ello el excelente Mármol, habían sido pasado por las armas, ejecución que presenció el Coronel Palacios, por orden del Libertador.

En el espacio de pocos meses, casi todos los actores que figuran en los sucesos que dejamos relatados, habían bajado á la tumba. Eran víctimas y victimarios de todos los partidos, que colmaban con sus cadáveres la profunda fosa de la guerra á muerte, siempre ansiosa de sangre y de despojos, sobre los cuales bajaban sin cesar los buitres andinos, que dejaban sus nevadas regiones para hartarse de carne humana.

DOMINGO DE MINERVA

—

He aquí un domingo tan celebrado del mundo católico como lo es el de Ramos, y sin embargo, son muy pocos los que conocen el origen de aquel nombre. Preguntad á la muchedumbre que asiste á las fiestas cristianas lo que significa domingo de Minerva, y os contestará: aquel en que recibe adoración Jesús Sacramentado. Preguntad á la mayoría de los sacerdotes católicos lo que representa el nombre pagano de Minerva en una fiesta dominical, y quizás haya alguno que no pueda resolver la cuestión. Es un hecho que cuando muchas personas dicen que tal día del mes es domingo de Minerva, repiten como el loro, lo que desde la infancia oyen sin comprender lo que significa la frase; mas sin tener que apelar á estudios históricos, podían saber que fue Minerva la diosa pagana de la sabiduría, y también la de la guerra, bajo el nombre de Palas: que en la Roma de los Césares tuvo un templo, y que sobre las ruinas de éste, levantaron otro los frailes domínicos con el nombre de Santa María sobre Minerva. Entonces tal nombre no parece chillón sino más bien armónico y en con-

sonancia con el culto á la Eucaristía: tal es el imperio que ejercen el tiempo y los hábitos sobre el espíritu de la muchedumbre.

Bajo el título de *Domingo de Minerva*, vamos á instruir á nuestros lectores acerca de los dimes y diretes, dares y tomares que hubo en Caracas, entre los dos cabildos, el eclesiástico y el civil, durante muchos años, después de haber sido instituída la fiesta de Minerva en 1617, por el Gobernador de entonces, Don Francisco de la Hoz Berrío.

Es costumbre de los ancianos hablar siempre con entusiasmo de pasadas épocas, y juzgar á la generación que se levanta más corrompida que la que precede ó va á desaparecer; pero ésto es uno de tantos errores, hijo de la vanidad humana y del egoísmo natural de la criatura. Tan malos como nosotros fueron nuestros antepasados, entre los cuales hubo pícaros de á folio, hipócritas, vanidosos y charlatanes de á cinco céntimos, como los hay hoy. Y si nos trasportamos á nuestra dilatada época colonial, en ella tropezaremos con Obispos díscolos y rencorosos, hombres de pelo en pecho y de mala digestión; gobernadores ladrones y tiranos, enemigos del prójimo y de Dios; y asistiremos á la brega que sostuvieron los canónigos del cabildo eclesiástico con los miembros del Ayuntamiento, con sus excomuniones y ridiculeces los unos, con sus tropelías é insolencias los otros; ambos tan fatuos como presuntuosos, que desde el principio de la sociedad, el hombre es y será lo que todos sabemos.

En la Roma imperial figuró suntuoso templo erigido por Pompeyo á la diosa Minerva, y aunque en ruinas, este monumento pudo conservarse durante los primeros siglos del cristianismo. Andando el tiempo, antojóse á los frailes domínicos levantar sobre las ruinas paganas un convento, y surgió durante el siglo X el templo de *Santa María sobre Minerva.* Cuando llegan los días de 1280, Santa María aparece restaurada por Nicolás III, como el primer edificio de la Ciudad Eterna, viéndose todavía en el siglo XVI en el jardín del convento, restos del templo pagano. Durante el siglo XVIII, el Cardenal Barberini embellece á Santa María, restaurada últimamente por los padres domínicos ahora cincuenta años, lo que hace de esta obra uno de los más ricos templos de la Roma moderna. (1)

Todo es grande en Santa María sobre Minerva. Nos habla la fachada de los desbordes del Tíber en 1422, 1495, 1530, 1557, 1558 y últimamente, en 1870. Posee ricas joyas del arte antiguo y moderno, entre las cuales figuran los nombres de Giotto, Felipe Lippe, Miguel Ángel, y los monumentos de León X y de Clemente VIII, estos célebres Mecenas del arte. La Biblioteca del convento es rica en obras importantes, quizá sea la primera de Roma: junto á ella fue procesado Galileo por la Inquisición. Conjunto de hechos y de bellezas, de adquisiciones del arte y de la ciencia realzan las glorias de Santa María sobre Minerva; pero, lo que á nosotros nos enorgullece, es que la segunda capilla del suntuoso templo está dedicada á Santa Rosa de Lima, esta santa americana, cuya vida celebran los lienzos de Baldi, que decoran los altares de aquélla.

---

1 *Guías de Roma.*

"Figuró en Venecia, en el siglo XVI, un dominico conocido con el nombre de Padre Fray Tomás Stella, el cual llegó á ser Obispo de Sustinopoli y uno de los sabios miembros del Concilio de Trento. Al presenciar el abandono en que había caído la fe católica y testigo de los ataques de que era víctima la Iglesia Cristiana en aquella época, se propuso fundar una hermandad que con el título del *Santísimo Cuerpo de Cristo*, sostuviera el culto á Jesús Sacramentado, como nos lo aseguran los cronistas romanos."

Animado de tan cristianos propósitos eleva su pensamiento ya en forma, á Paulo III quien acepta la idea, la ensancha y pone bajo el protectorado del Cardenal Cesarini, uno de los espíritus más ilustrados de aquel pontificado. Y para que la *Hermandad* comprendiera todo el orbe católico, y el espíritu religioso se desarrollara con noble emulación, concedió el Pontífice á la nueva archicofradía gracias é indulgencias que contribuyeron á hermanar y sostener tales aspiraciones y el entusiasmo piadoso en todos los países del globo. Por ser dominico el iniciador de la idea, y como homenaje á la memoria del famoso Doctor de la Iglesia, Santo Tomás de Aquino, que había sido igualmente dominico y una de las fuertes columnas del culto del Santísimo Sacramento, dispuso Paulo III que la nueva hermandad fuera fundada en el antiguo templo de los dominicos llamado *Santa María sobre Minerva*, hoy una de las maravillas de la Roma Católica. (1)

En efecto, en 1539, fue erigida la archicofradía, y quedaron los Padres dominicos como protectores y sostenedores de ella. De aquí el nombre de *Do-*

1 *Wey*—Rome, 1 vol. en 4º—París, 1882.

mingo de Minerva, ó simplemente, *Minerva* dado á la misa dominical, á la fiesta en la cual figura Jesús Sacramentado. Pronto la aceptaron todos los pueblos de Italia, Francia, Alemania, etc, etc. Siguió al Nuevo Mundo, durante el primer siglo de la conquista castellana, y existe actualmente en las diversas regiones del globo; culto, adoración que se ha hecho ya perpetua, durante el día y la noche en casi todos los pueblos y ciudades del orbe católico. (1)

Don Francisco de la Hoz Berrío, hijo de Bogotá, llegó á Caracas como Gobernador de la Provincia de Venezuela, en junio de 1616. Hombre bueno y piadoso hizo lo que estuvo á su alcance en pro de la provincia que le fue encomendada. Por acta del Ayuntamiento de 17 de julio de 1617, Don Francisco funda la fiesta dominical conocida en Caracas con el nombre de *Domingo de Minerva* y fija para las doce funciones del año el tercer domingo del mes. Desde entonces el Ayuntamiento, acompañado del Gobernador, no faltó á esta función en obsequio de Jesús Sacramentado. Sencillas eran las costumbres de aquellos tiempos, pero exageradas las pretensiones de las autoridades civil y eclesiástica, quienes sin quererlo y dejándose arrastrar por necias vanidades, llegaron á constituir dos partidos en los cuales imperaron, á falta de moderación, de probidad y de razones, amenazas, odios y tropelías de todo género, que no dejaron sino ruina y malos antecedentes. Estas acerbas disputas

1 Acerca de esto volveremos á hablar, cuando publiquemos la Leyenda inédita, intitulada: *Lo que nos refiere la Santa Capilla.*

que durante muchos años tuvieron en Caracas los dos cabildos, desde comienzos del siglo décimo séptimo, las conoce la historia con el nombre de *Competencias*. Reclamaba cada Cuerpo ciertos puntos de jurisdicción, como privativos de soberanas regalías, y lo que al comenzar parecía asunto trivial, de fácil resolución, se convertía á poco, en tropelías y persecuciones indignas de toda sociedad bien constituida.

Cuando el Gobernador Berrío fundó la fiesta de Minerva ya habían comenzádo las famosas competencias entre su predecesor, el Gobernador García Girón y el Obispo Bohórquez. Hombre de tuerca y tornillo y también de espada y garrote fue este prelado, de origen catalán, el cual llegó á infundir el espanto en la población de Caracas. Muerto el Gobernador Girón, contra Berrío continuó el Obispo, y sustituido éste á su turno por Gonzalo de Angulo, continuaron las competencias, cual epidemia que necesitaba para concluir de millares de tropelías y de infortunios.

Sobre qué versaban las competencias? Ya se ocupaban en ocultar los escaños y bancos que había en los templos, ó sobre quién ó quiénes debían recibir en la Iglesia Mayor al Gobernador y Ayuntamiento. Ya versaba la materia sobre los cojines que debían tener el Gobernador y los Regidores en sus asientos; ya acerca de los pajes y caudatarios que quería tener el Obispo, ó de los quitasoles con los cuales querían los padres del cabildo eclesiástico resguardarse del sol. Ya eran las pretensiones de los Gobernadores que reclamaban en el templo asientos de cierta preferencia, honores desconocidos; ya figuraba la mujer de alguno de los Gobernadores que aparecía en el templo extravagantemente vestida, ó la falta de etiqueta y de

puntualidad en alguna invitación; ya, finalmente, el saludo oficial dado de tal ó cual manera, en ocasiones solemnes.

El fuego de las competencias se hacia necesario, á proporción que crecía. Era una locura de la cual no participaban, en los primeros días, sino dos cuerpos sociales, los *cabildos*: pero más tarde fueron dos partidos, con sus odios, asechanzas y persecuciones. En ausencia del Obispo quedaba siempre un Vicario encargado de continuar la lucha, y en defecto del Gobernador, los Alcaldes.

Actuaban los Alcaldes por muerte del Gobernador, en los días de 1623, cuando el famoso Vicario Mendoza, hombre audaz é intrigante, queriendo castigar á los señores del Ayuntamiento, en la fiesta de Minerva correspondiente al mes de mayo, los burló de una manera muy brusca. Fue el caso, que en vísperas de la fiesta, el Vicario, que expiaba cuanto hacían y proyectaban los del Ayuntamiento por medio de un agente de su confianza, envió su secretario á los directores de las comunidades religiosas con cierto oficio, en el cual las invitaba para que asistieran á la Catedral á la siguiente mañana.

—Diga usted á los señores directores, agregó el Vicario, que si llega á conocerse en la ciudad el contenido de esta nota, los sepulto en los sótanos de la Catedral.

Cuando llegaron las comunidades al templo, á la siguiente mañana, no faltó uno de los directores que le hiciera al Vicario indicación oportuna.

—No está aquí el Ayuntamiento, señor, dice uno de los frailes, y debe aguardarse, porque ésta ha sido la costumbre en cada Domingo de Minerva, desde 1617.

—Aguarde usted, padre, en la sacristía, contestó Mendoza ya molesto, órdenes que tengo que comunicarle.

—¿Y la procesión señor?

—No se necesita de usted, contestó el Vicario.

Esta advertencia tan justa como oportuna, proporcionó, concluida la función, ratos de amargura al pobre domínico, tan poco conocedor del carácter y condiciones de su superior, el Vicario Mendoza, que representaba al Obispo ausente.

Al instante dáse comienzo á la fiesta de Minerva, como dos horas antes de la acostumbrada.

—"Ya verán estos tunantes del Ayuntamiento, se decía el Vicario, si Gabriel de Mendoza es capaz de dejarlos desplumados."

Cuando á las nueve de la mañana se presenta en la Catedral el Ayuntamiento con sus Alcaldes á la cabeza, se encuentra con la procesión del Santísimo Sacramento, que recorría las naves del templo, acompañada de los frailes de las comunidades, que llevaban las varas del palio. Los bancos del Ayuntamiento habían desaparecido, y los Regidores contrariados con tan ridículo percance, hubieron de partir.

—"Ya lo veréis, se decía el Vicario, al contemplar el apuro en que había colocado á sus contrarios: ya lo veréis, que no somos los de sotana juguete de tanto necio. Volveréis á la Minerva de junio, y os aseguro que encontraréis el templo cerrado."

Al siguiente día, el Ayuntamiento hizo sacar de la Catedral los bancos de su propiedad, los cuales fueron trasladados á San Francisco, donde, por mucho tiempo, se verificaron las fiestas religiosas patrocinadas por el Ayuntamiento. Acusado el ca-

bildo eclesiástico ante la Audiencia de Santo Domingo, ésta contestó:

"Dígase al Obispo de Caracas que se deje de noveleríàs, de mudanzas y variaciones que perturban el orden: que reponga los bancos donde estaban, y aguarde siempre al Ayuntamiento para que pueda efectuarse la procesión de Minerva."

Los dos cabildos se acusaban como niños ante la Audiencia de Santo Domingo y ante el Monarnarca, por cuantas necedades llegaron á ser tema de disensión entre ambos Cuerpos. En 1631 el Gobernador Núñez Meleán asiste con el Ayuntamiento á la fiesta del Domingo de Ramos, y al salir de nuevo á la calle, donde se efectúa la ceremonia de costumbre en la puerta mayor del templo, observa que el Obispo está acompañado de prolongada cola de pajes y caudatarios. Al instante se inmuta, se encoleriza y grita: "á nuestros asientos," y deja á Monseñor con los canónigos. Eleva el Gobernador la queja á la Audiencia de Santo Domingo, y ésta contesta:—"Que el prelado pueda llevar, en las procesiones y actos públicos, cerca de su venerable persona, todos los caudatarios y pajes que á bien tenga."

En cierta mañana de 1728 en que los canónigos tenían que asistir acompañados del Ayuntamiento á Santa Rosalía, se presentaron en la calle llevando hermosos quitasoles de color encarnado, con regatones plateados. Muy satisfechos caminaban los buenos señores y se resguardaban del sol, mientras que los Regidores del Ayuntamiento se calentaban las mejillas á los fuegos del astro rey. Acusan al cabildo eclesiástico los del Ayuntamiento y la auto-

ridad superior contesta:—"Que en actos tan solemnes no deben figurar quitasoles que son incompatibles con la seriedad del acto; y por ir acompañado aquel Cuerpo del Gobernador y Ayuntamiento."

Sería no acabar, si quisiéramos entretener al lector con la historia de tantas puerilidades de los pasados siglos. En los libros de la Metropolitana se relata cada uno de estos ridículos incidentes, desde comienzos del siglo décimo séptimo hasta principios del actual. En las *Crónicas inéditas* del Padre Don Blas Terrero, figura un extracto sacado de los archivos de ambos cabildos. Este cronista nos refiere que fueron tan tempestuosas las *Competencias*, durante el obispado de Mauro de Tovar, que la familia de éste tuvo que romper cuantos documentos hubo á las manos en ambos cabildos, pues no quería que escándalos tan necios, fueran conocidos de la posteridad. Pero nosotros, al estudiar ambos archivos, hemos tropezado con frases sueltas, con dichos agudos; que aun en los mayores incendios, siempre queda algo bajo las cenizas que no puede ser destruido por el fuego. (1)

Ya hoy los cabildos de Caracas no luchan ni se insultan. Si mansos aparecen los canónigos, tolerantes ó indiferentes se presentan los concejales. La diosa Libertad, al cobijarnos á todos, desde 1821, acabó con las *Competencias*, con las Audiencias y con los reyes. La Metropolitana realista dejó su puesto á la Metropolitana republicana. Ésta comenzó por entregar sus ricas alhajas, para sufragar á los gastos de la guerra, en 1814, y aceptó después la emancipación de los esclavos. Los canónigos de

1 Acerca de la historia de Mauro de Tovar conservamos una Leyenda inédita.

hoy no cabalgan en ricas mulas, ni tienen esclavos que los acompañen con farol por las oscuras calles de Caracas, que ya abundan el gas del alumbrado y los carruajes de paseo. Se impuso á la Metropolitana que abandonara las procesiones, y escondió el paraguas del Viático é hizo pedazos la esquila. Los canónigos se han hecho diplomáticos y tolerantes. Ya no se yerguen, porque son republicanos.

Todo lo añejo é inconducente va desapareciendo poco á poco, y el progreso entra por todas partes, no como visitante, sino como invasor. Pero si éste decora los templos y los hermosea, y hecha á la calle los vetustos bancos de la época de las *Competencias*, y levanta capillas, y ha aceptado la adoración perpetua, no podrá mandar arriar la modesta banderilla, el angosto guión blanco con una custodia pintada, que flamea en los campanarios de los templos, hace ya tres siglos. He aquí un recuerdo palpitante que nos habla de la época de Berrío, cuando en 1617 fue fundada en la Metropolitana, la fiesta de Minerva.

LA PRIMERA NODRIZA DE BOLIVAR

—

A fines del último siglo, por los años de 1770 á 1780, figuraba entre los altos empleados de Caracas un distinguido é ilustrado oficial, Don Fernando de Miyares, de antigua nobleza española é hijo de Cuba. De ascenso en ascenso, Miyares llegó al grado de General, siendo para comienzos del siglo, Gobernador de Maracaibo, y aun más tarde, en 1812, Gobernador y Capitán general de Venezuela, aunque por causas independientes de su voluntad, no pudo tomar posesión de tan elevado empleo, pues murió poco después, antes de nuestra emancipación, en la ciudad de Maracaibo, donde tuvo amigos y admiradores. Don Fernando había llegado á Caracas acompañado de su joven esposa, Doña Inés Mancebo de Miyares, de noble familia de Cuba, muchacha espléndida, poseedora de un carácter tan recto y lleno de gracia que, al tratarla, cautivaba, no sólo por los encantos de su persona, sino también por las relevantes prendas morales y sociales que constituían en ella tesoro inagotable. No menos meritorio era su marido, caballero pundonoroso, apuesto oficial, de modales

insinuantes y de un talento cultivado; bellas dotes que hacían de Miyares el tipo del militar distinguido. Don Fernando poseía, como su señora, un carácter recto, incapaz de engaño, no conociendo en su trato y en el cumplimiento de sus deberes, sino la línea recta; pudiendo decirse de esta bella pareja que caminaban juntos en la vía del deber, sin que les fuera permitido desviarse. Y en prueba de esta aseveración, refieren las antiguas crónicas el percance que á Don Fernando pasó, en dos ocasiones, por la rectitud de su esposa.

Fue el caso que Miyares, en la época á que nos referimos, después de haber fijado la hora de las diez de la noche para cerrar su casa, regresó á ella en cierta ocasión cerca de las doce; ya la puerta estaba cerrada. Al instante llama, y como nadie le responde, vuelve á golpear con el puño de su bastón.

—¿Quién llama? pregunta una persona desde la sala.

—Inés, ábreme, es Miyares, responde Don Fernando.

—¿Quién es el insolente que se atreve á nombrarme y tutearme, y á tomar en su boca el nombre de mi esposo? Fernando de Miyares duerme tranquilo, y nunca se recóge á deshora. Y retirábase á su dormitorio, Inés de Miyares, tranquila y digna, sin darse cuenta de los repetidos golpes que sobre el portón diera su marido.

Después de haber dormido en la casa de algún militar, Miyares tornaba al siguiente día á su hogar. Al encontrarse con Inés, el saludo cordial era una necesidad de aquellos dos corazones que se amaban y respetaban.

—¿Cómo estás, mi Inés? Preguntaba Don Fernando.



—¿ Cómo estás, Fernando ? contestaba aquélla. Y ambos, dándose el ósculo de la paz doméstica, continuaban, sin darse por entendidos, sin hacerse cargos de ningún género, y como si hubieran estado juntos toda la noche.

Doce ó quince días más tarde, pues que los buenos maridos son como los niños de dulce índole, que no reinciden después de la primera nalgada que les afloja la madre, sino algunos días más tarde, Don Fernando quiso tornar á las andadas.

Don Fernando había dicho en cierta ocasión, delante de su servicio, lo siguiente: "Mi esposa Doña Inés Mancebo de Miyares, es el alma de esta casa, y sus órdenes tienen que ser obedecidas como las mías." Olvidándose de esto Don Fernando, ordenó un día á su esclavo Valentín que le aguardara en la puerta de la calle, pues tendría quizá que recogerse tarde.

A las diez y media de la noche, Inés manda cerrar la puerta de la calle, cuando se le prenta el esclavo Valentín y le dice la orden que había recibido de su amo. Por toda contestación Inés le ordena cerrar inmediatamente la puerta de la calle.

Al llegar Don Fernando, tropieza con ésta ya cerrada, y creyendo que el esclavo estaba en el zaguán, comienza á golpearla.

—Valentín, Valentín, ábreme—grita Don Fernando.

—¿ Quién es el insolente que da golpes en el portón ?—pregunta Inés desde la sala.

—Ábreme, Inés, ábreme, no seas tonta. Es tu marido Fernando de Miyares.

—Mi marido duerme, insolente—responde Inés—y retirándose á su dormitorio se entrega al sueño, cerrando los oídos á toda llamada. Don Fernando partió.

Al siguiente día, se repite la misma escena precedente, y todo continúa sin novedad. Así pasaban las semanas, cuando Don Fernando le dice á su esposa en cierta mañana:

—Inés, eres una esposa admirable: el método que te guía en todas las cosas domésticas, el orden que observas, la atención que prestas á nuestros intereses, la maestría con que cultivas las relaciones sociales, éstas y otras virtudes hacen de tí una esposa ejemplar. Debo confesarte que estoy orgulloso y contento.

Y variando de conversación, Don Fernando añade:—¿Sabes que mañana estoy invitado por el Intendente Ávalos á un desafío de malilla? El Intendente, creyéndome hábil en este juego, desea que luchemos. Como llegaré tarde de la noche, tengo el gusto de advertírtelo para que sepas que estaré fuera.

—Bien—responde Inés.—Quedará la puerta abierta y el esclavo Valentín en el corredor para que atienda á tu llamada. Celebraré siempre que me adviertas cuando tengas que recogerte tarde de la noche, pues ya en dos ocasiones no sé que tunante atrevido ha osado llamar á la puerta, tomando tu nombre. Todavía más, tomando el mío y tuteándome. Estaba resuelta á que si esto continuaba quejarme al Capitán Gobernador, para hacer castigar tanto desparpajo.

—Cosas de los hombres, hija—contesta Don Fernando—y besando la frente de su señora salió á sus quehaceres.

La familia Miyares vivía cerca de la esquina de San Jacinto, en la casa hoy número 15 de la calle Este 2. A la vuelta y en la calle Sud 1 vivía el Coronel Don Juan Vicente de Bolívar, casado con la señora Concepción Sojo y Palacios. Amigas íntimas, habían de verse diariamente, pues entre ellas existían atracciones que sostenían el cariño y la más fina cortesía. Inés criaba uno de sus hijos, cuando Concepción, en vísperas de tener su tercero, pidió á su amiga que la acompañara para que le hiciera las entrañas al párvulo que viniera al mundo.

Hacer las entrañas á alguno es frase familiar antigua que equivale á nutrir á un reciennacido, cuando la madre se encuentra imposibilitada de hacerlo. Antiguamente se aceptaba esto por lujo, entre familias de alto rango, y entre los pobres, como necesidad. Casi siempre se elegía de antemano una madre que en condiciones propicias pudiera alimentar, no sólo á su hijo, sino también al del vecino, del amigo, ó del pariente.

Concepción quiso que su amiga Inés hiciera las entrañas al hijo que esperaba, y éste nació el 24 de julio de 1783. Apenas vió la luz, cuando Inés le llevó á su seno y comenzó á amamantarle, sirviéndole de nodriza por muchos meses, hasta que el párvulo pudo ser entregado á la esclava Matea. Días más tarde del nacimiento, fue bautizado con los siguientes nombres: Simón, José, Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar.

En el curso de los años, el niño Simón, familiarizado con la amiga de su madre. hubo de tomarle cariño, cuando supo que ella había sido su primera nodriza, lo que contribuyó á que la llamara madre. El Coronel Bolívar murió en 1786 y su señora en 1792, dejando á Simón de nueve años de edad. El niño, aunque travieso y desobediente,.

continuó, no obstante, llamando madre y tratando con veneración y respeto á la que con tan buena voluntad le había alimentado durante los primeros meses de la vida. Doña Inés Mancebo de Miyares, fue por lo tanto, la primera nodriza de Bolívar, á la que sucedió la negra Matea, que obtuvo cierta celebridad y alcanzó larga vida, pues murió en 1886, habiendo el gobierno de Venezuela costeado su entierro. (1)

Ascendido Miyares á Gobernador de Maracaibo, dejó á Caracas y se instaló con su familia en aquella capital, con regocijo de sus compañeros. (2) Amado de los habitantes de esta región por su gobierno paternal y justo, estaba Miyares en posesión de su empleo, cuando estalló en Caracas la revolución del 19 de abril de 1810. Empleado español, opúsose al torrente de las nuevas ideas, sabiendo sostenerse en la provincia de su mando, la cual no entró en el movimiento revolucionario de Caracas. Nombrado más tarde Capitán general de Venezuela, á causa de la deportación del Mariscal Emparan, una serie de obstáculos se opusieron á que llegara á tomar posesión de tan elevado eucargo, sobre todo, la invasión inoportuna del oficial español Mon-

---

1 Una de nuestras leyendas inéditas lleva el título de *La Negra Matea.*

2 No puede hablarse del General Miyares sin recordar su gobierno de Maracaibo, tan patriarcal, tan justo, tan progresista. Han pasado cerca de noventa años, y todavía el nombre de este mandatario español lo recuerdan los hijos de Maracaibo con placer y orgullo. Noble destino el de hacer el bien y dejar tras sí bendiciones que se perpetúan! El buen nombre del General Miyares, que respetaron los hombres notables de las pasadas generaciones, sin distinción de partidos, brillará siempre á orillas del dilatado Coquibacoa. Mora aquí un pueblo inteligente, amante de lo grande y de lo bello, que, al hacer justicia á sus grandes hombres, rinde igualmente veneración á los mandatarios españoles que contribuyeron á su grandeza y á su dicha.

teverde en 1812. Estaba destinado Miyares á ser víctima de este triste mandatario, que de otra manera, distintos habrían sido los resultados al figurar en Caracas un militar de tan notables quilates.

Inútiles fueron los esfuerzos que hiciera este legítimo mandatario español de Venezuela en 1812, para traer á buen camino á Monteverde, que prefirió perderse á ser justo y amante de su patria.

En la correspondencia oficial que medió entre estos hombres públicos, se establece el paralelo: Miyares aparece como un militar pundonoroso, cabal y digno; Monteverde como un hombre voluntarioso, cruel y cobarde.

El triunfo de la revolución de Venezuela contra Monteverde en 1813, encontró á Miyares en Maracaibo. La guerra á muerte comenzaba entonces y con ella las confiscaciones y secuestros de las propiedades pertenecientes á los peninsulares. No por esto se dejó Miyares arrastrar por el vendaval de las pasiones políticas, que justiciero y firme, pudo siempre conservarse á la altura de sus deberes como alto empleado y cumplido caballero. Y si mucho hubo de sufrir el justo mandatario en esta tristísima época de su carrera militar, no fueron culpables de tantos disgustos, los patricios y jefes de la revolución caraqueña, que en nada le molestaron, y sí la conducta pérfida é infame de Monteverde que, poniendo de lado patria, honor, deber y hasta el nombre de la distinguida familia á la cual pertenecía, se hizo instrumento de la pandilla de asesinos que con sus tropelías é infamias, motivaron el célebre decreto de la *guerra á muerte*.

Perdida de nuevo la revolución, tuvo Bolívar que huir de Caracas, en agosto de 1814, para que de nuevo la ocuparan las huestes españolas, á las

órdenes de Boves. Entre tanto el General Miyares, que tantos recuerdos dejó en Maracaibo, Coro y Puerto Cabello, feneció en la primera ciudad, por los años de 1816 á 1817, después de haber celebrado sus bodas de oro. No pudo este militar tan distinguido llegar á la Gobernación de Venezuela, pero sí la obtuvo su hijo político el Brigadier Correa, militar recto y caballeroso, que si como español supo cumplir con sus deberes, supo igualmente dejar un nombre respetado y recuerdos gratos de su gobernación, que han reconocido sus enemigos políticos. (1)

Era la tertulia del Brigadier Correa, en la cual figuraba la incomparable viuda Doña Inés Mancebo de Miyares al lado de sus hijas y sobrinas, centro de muy buena sociedad. Esto pasaba en los días en que la guerra á muerte parecía extinguirse, y los ánimos menos candentes dejaban lugar á la reflexión. Una solución final se acercaba, y Morillo, victorioso, era llamado de España. La parte distinguida de la oficialidad española, con Morillo y La Torre á la cabeza, frecuentaba la amena tertulia del Brigadier, donde era venerada la viuda de Miyares. (2)

---

1 De las hijas del General Miyares, una entroncó con la familia venezolana Pumar, y dos con los españoles Correa y Amadeo. De los hijos, uno, Carlos, entroncó con la familia española, Egui. Las familias relacionadas con la de Miyares, que figuran hoy en Caracas, son: Miyares y sus conexiones, Pumar, Mancebo, Smith, etc.

2 Esta casa es la de alto situada en la esquina de Camejo, donde estuvieron primero los patriotas en 1813, después los españoles, y finalmente el Gobierno de Venezuela desde 1834 hasta 1841.

Vive en Caracas una anciana muy respetable que revela en sus modales, conversación variada y ameno trato, lo que ella fue en los días de su juventud, cuando ahora ochenta años conoció á Miranda y á los hombres de la revolución de 1810, y trató más tarde á Morillo, La Torre, Correa y

No había noche de tertulia, y sobre todo, cuando la *Gaceta de Caracas* publicaba alguna derrota de Bolívar ó de sus tenientes, en que no fuera la política militante tema de conversación. El haber Doña Inés amamantado á Bolívar ó haberle hecho las entrañas, como se dice vulgarmente, era motivo de burla ó de sorpresa.—¿ Cómo es posible, señora, que una mujer de tantos quilates no le diera á ese monstruo una sola virtud ?—Sedicioso, cobarde, ruin, ambicioso, insurgente; he aquí la lista de dicterios que tenía que escuchar Doña Inés con frecuencia.

Pero como era mujer de espíritu elevado, á todos contestaba:—" Para obras el tiempo," decía á unos.—" Hay méritos que vienen con la vejez," contestaba á otros.—" ¿ Y si las cosas cambian ?" preguntaba en cierta noche á Morillo.—" En las revoluciones nada puede preverse de antemano," añadía.—" El fiel de la balanza se cambia con frecuencia en la guerra."—" El éxito corona el triunfo."

De repente llega á Caracas el correo de España con órdenes terminantes á Morillo, marqués de

---

después á Bolívar y las celebridades de Colombia y de Venezuela. Es Doña Inés Arévalo, descendiente de aquel Luis Antonio Sánchez Arévalo, de antigua familia española, que se enlazó en Caracas á mediados del último siglo, con la respetable familia Hernández Sanavia. Fue el padre de Inés el Doctor Don Juan Vicente Sánchez Arévalo, Oidor honorario de la Audiencia de Caracas y caballero que respetaron los partidos políticos de su época.

Cuando queremos refrescar algunas fechas, aclarar algunos nombres, buscar la verdad de hechos dudosos, durante la época de 1812 á 1824, visitamos á esta distinguida compatriota y amiga nuestra, la cual nos deleita con el relato de hechos curiosos, de dichos notables, y nos habla de aquella sociedad española y venezolana en la cual figuró en primera escala. Inés conserva la memoria, á pesar de acercarse ya á los noventa años.

la Puerta, conde de Cartagena, para que propusiera á Bolívar un armisticio y regresara á España, dejando en su lugar al General La Torre. Tal noticia cayó en la tertulia del Brigadier como una bomba, pues sabíase que Bolívar acababa de llegar á Angostura, después de haber vencido á Barreiro y libertado del yugo español á Nueva Granada. El aspecto de los acontecimientos iba á cambiar de frente, y nueva época se vislumbraba para Venezuela.

En la noche en que se supo esta noticia en la tertulia del Brigadier, las conversaciones tomaron otro rumbo. Bolívar no apareció con los epítetos de costumbre, sino como un militar afortunado con quien iba á departir el Jefe de la expedición de 1815. Días después Bolívar y Morillo hablaban amigablemente en el pueblecito de Santa Ana. Bolívar se presenta acompañado de pocos, mientras que Morillo lo estaba de lucido Estado mayor. Cuando se acercaron, ambos echaron pie á tierra.

—El cielo es testigo de la buena fe con la cual abrazo al General Morillo—dijo Bolívar al encontrarse frente de su temido adversario.

—Dios se lo pague—contestó secamente el es-

Retirada del mundo social, y dedicada solamente al amor de sus sobrinos, después de haber visto desaparecer cinco generaciones, Inés ha perdido esa vanidad que alimenta ó entretiene los primeros cincuenta años de la existencia, y ama el aislamiento, aspiración de los espíritus que se acercan á la tumba. Pero como nosotros hablamos en este cuadro de la tertulia del Brigadier Correa donde figuró Doña Inés Mancebo de Miyares, y con ella la amiga que la ha sobrevivido, nos es satisfactorio decir á nuestros lectores que todavía existe una de las distinguidas venezolanas de aquella época: venerable anciana que es honra de su familia y modelo de virtudes sociales y domésticas.

Reciba nuestra distinguida amiga públicamente los sentimientos de nuestra gratitud.

pañol, dejándose abrazar. A poco comenzaron las presentaciones por ambas partes, reinando la intimidad y buena fe que caracteriza, entre hombres cultos, un acontecimiento de este género.

Entre los diversos temas de conversación que tuvieron Bolívar y Morillo, éste hubo de traer al primero recuerdos gratos.

—En Caracas tuve el gusto de conocer y tratar á vuestra bondadosa madre en la casa del Brigadier Correa—le dice:

—Mi madre, exclamó Bolívar, como sorprendido de semejante recuerdo, y llevando la mano á la frente añadió:—Sí, sí, mi madre Inés ¿no es verdad? Qué mujer! qué matrona tan digna y noble! Cuánto talento y cuánta gracia! añadió el Libertador.

—¿No os parece que es una de las más elevadas matronas de Caracas?

—Sí, sí, contestó Bolívar. Más que elevada es un ángel, añadió. Ella me nutrió en los primeros meses de mi existencia.

—Si es cierto—dijo Morillo—que las madres al nutrir á sus hijos les comunican algo de su carácter, en el vuestro debe haber obrado el de tan digna matrona.

—No sé que contestaros, replicó Bolívar.—En medio de estas agitaciones de mi vida, ignoro lo que me aguarda; pero creo que el hombre debe más al medio en que se desarrolla, al curso de los acontecimientos y á la índole del carácter, que á la nutrición de la madre. Éstas influyen mucho en los primeros años de nuestra vida. Después pierden el poderío y la influencia, conservando el amor modificado.

Dos años más tarde, en 1821, Bolívar entraba triunfante en Caracas, después de Carabobo. Hacía ocho años que no la veía. Entre sus necesidades morales figuraba la de hacer una visita á Inés de Miyares, que había dejado la casa de su yerno, en la esquina de Camejo, por una casita modesta y pobre situada en la actual Avenida Este. Allí fue Bolívar á visitarla.

—Simón! Eres tú!.... exclamó Inés al ver á Bolívar en la puerta interior del zaguán.

—Madre querida, vengan esos brazos donde tantas veces dormí, exclamó Bolívar.

Y aquellos dos séres en estrecho abrazo, permanecieron juntos prolongado rato.

—Siéntate, dijo Inés enternecida. ¡Cuán quemado te encuentro! añadió.

—Tal es el resultado de la vida de los campamentos y de la lucha contra la naturaleza y los hombres, contestó Bolívar.

—Y ¿qué te importa, replicó Inés, si tú has sabido sacar partido de todo?

—Sí, parece que la gloria quiere sonreírme.

Bolívar había comenzado á hablar de los últimos sucesos de su vida militar, cuando de repente toma las manos de la señora, las estrecha y le dice:

—Os he recordado mucho, buena madre. Morillo me hizo vuestro elogio en términos que me cautivaron. ¿En qué puedo seros útil?

—Los bienes de Correa están secuestrados!

—Serán devueltos hoy mismo, dijo Bolívar. Vuestro yerno es un oficial que honra las armas españolas. Nos ha combatido como militar pundonoro-

so. Os ofrezco un pasaporte para todos vuestros hijos, agregó Bolívar. Es necesario que ellos figuren con nosotros.

—Eso no, hijo, eso no, exclamó Doña Inés, como herida.—Todo te lo acepto menos eso. Ellos pertenecen á una causa por la cual deben aceptar hasta el sacrificio. Mucho te agradezco este rasgo de tu bondad, pero creo que cada hombre tiene una causa, la causa de la patria. Ellos son españoles y su puésto está en España.

—Muy bien, muy bien, contestó Bolívar.—Así habla la mujer de inteligencia y de corazón.

Al siguiente día Bolívar libraba del secuestro los bienes del Brigadier Correa.

Cuando en 1827, Bolívar tornó al seno de su ciudad natal, uno de los primeros saludos que tuvo fue el de su madre Doña Inés. Recibió el Libertador el saludo de ésta con muestras de satisfacción y le prometió una visita para el siguiente día. Durante los seis meses que Bolivar permaneció en Caracas, conversó en repetidas ocasiones con la respetable matrona que tanto le recordaba la época de su infancia. Y es de suponerse que la sirviera siempre con satisfacción, no tropezando nosotros en este particular, sino con la carta que le diera para el Coronel José Félix Blanco, días antes de salir de Caracas. Dice así:

Caracas: 28 de junio de 1827.

Mi querido Coronel y amigo.

Con el mayor interés me empeño con usted, para que usted se tome la pena de oír en justicia á mi antigua y digna amiga la señora Mancebo de Miyares, que en mis primeros días me dió de mamar.

¿Qué más recomendación para quien sabe amar y agradecer?—Soy de usted el mejor amigo.

BOLÍVAR.

Señor Coronel José Félix Blanco. (1)

Este documento comprueba de una manera satisfactoria cuanto hemos narrado, y pone de manifiesto los sentimientos amistosos de Bolívar por la noble matrona que le amamantó al venir al mundo.

Tres años más tarde moría el Libertador en Santa Marta, el 17 de diciembre de 1830.

Cuando alguno de los descendientes del General Don Fernando de Miyares, escucha á alguien que hace gala de poseer algún recuerdo de El Libertador ó de agradecer algún servicio hecho por éste, hay siempre una frase que ahoga toda pretensión, y es la siguiente: "*Quite usted, que en mi familia fue donde se le hicieron á Bolívar las entrañas,*" queriendo decir con esto, que la primera nodriza de Bolívar fue la esposa de aquel notable militar, Doña Inés Mancebo de Miyares, noble hija de Cuba.

Para la fecha en que murió El Libertador, ya su primera nodriza Doña Inés de Miyares, agobiada de años y de miserias, llegaba al ocaso de la vida. Vivía con lo que le proporcionaba el alquiler de cinco esclavos que la acompañaban, y las dádivas de la caridad pública: no, no diremos de la caridad pública, sino del fruto sembrado por su marido en vida, que lo cosechaba en la muerte para aquella que fue, durante medio siglo, su compañera, el alma de su hogar.

Departamos acerca de ciertos sucesos, hijos de

1 *Cartas del Libertador*, tomo II, pág. 424, "Memorias de O'Leary."

la vida íntima del hogar, que la historia no conoce.

En el testamento del General Miyares, entre las varias cláusulas que se refieren á la familia, figura una más ó menos del tenor siguiente: "Si mañana, la suerte es adversa á alguno de los miembros de esta familia, y la miseria llama á la puerta, bendigamos á Dios, é inclinémonos ante sus decretos; pero os advierto y ordeno también, que si tropezáis con alguno que os quiera proteger, admitid sin escrúpulo el obsequio que os haga. Durante mi vida, he hecho todo el bien que he podido, he aliviado muchas desgracias; y si oculto los nombres de las personas á quienes he facilitado dinero, es porque, bajo la frase de préstamo, lo que he querido es socorrerlas. Así podrá llegar á vuestra puerta alguno que, queriendo retribuirme servicio por servicio, deje en ella el maná del cielo, la caridad, que debe ser recibida á nombre de Dios."

En efecto, así sucedió. Durante los últimos años de Doña Inés, ésta pudo comprender, en su sentido íntimo, la cláusula del testamento de su marido. Inés vivía mudándose, pues ella no habitaba sino las casas vacías, que por ausencia temporal de sus dueños, éstos se la cedían por tiempo determinado. Así fué que hasta en la obispalía, por ausencia del prelado, hubo de vivir la célebre nodriza de Bolívar. (1) Y donde quiera que estuviera, manos invisibles dejaban siempre algo, en dinero efectivo, que llegaba en auxilio de la anciana.

1 Quizá sea este el único caso que se conoce, de una familia viviendo en la obispalía, por ausencia del prelado. Doña Inés recordó hasta el último día de su vida la hermosa cepa de jazmines que cubría la fuente del segundo patio, y aun existe.

Esta protección del cielo fue constante durante los últimos tres años de la vida de Doña Inés. Murió ésta, en la última casa que se le había proporcionado, la de Don Martín Tovar Ponte, cerca de la esquina del Conde. Acostumbraba rezar el rosario diariamente á las seis de la mañana, acompañada de sus cinco esclavos, cuando en cierto día del año de 1833, al llegar los esclavos á la hora de costumbre, la bondadosa ama les dice: "Vamos á rezar el rosario, por la última vez." La señora, sentada en su lecho, guía el rezo, éste concluye, y al ponerse en pie los esclavos que estaban arrodillados, la matrona cae exánime sobre la almohada. Así concluyó la existencia de esta célebre matrona, PRIMERA NODRIZA DE BOLÍVAR.

EL PRIMER TUTOR DE BOLIVAR

—

En la calle Sud 5, número 9, hay una casa de singular fachada, construida en los primeros años del último siglo. Exteriormente es de un sólo piso y su frente está ocupado por tres grandes ventanas sobresalientes, constituyendo cada una de éstas el centro de otros tantos compartimientos formados de pilares fantásticos y arcos de arabescos caprichosos. El conjunto aparece, á primera vista, más grotesco que artístico, sobre todo, cuando se estudia con detención. El dosel ó guardapolvo en que están sujetas las rejas de cada ventana están exornados de labores, del mismo estilo, aunque más vistosos. Sobre la puerta de entrada, que está á la derecha. existe un nicho vacío coronado por el monograma de la Virgen María. Hasta ahora pocos años, figuró en el zaguán de esta casa el antiguo pavimento de hueso, muy de moda en Caracas, durante los dos últimos siglos. De este pavimento sólo se conserva una porción del primer corredor, recuerdo de los antiguos dueños que la habitaban en remotos días.

He aquí una casa célebre, no sólo porque en ella vivió Bolívar, de edad de cinco á seis años, cuando su madre causada de las travesuras del niño, lo entregó al tutor *ad litem* que le había nombrado la Audiencia de Santo Domingo, por fallecimiento de su padre, el Coronel Bolívar, acaecido en 1786, sino también por ser esta casa la que, durante muchos años, ocupó el tutor, aquel célebre patricio de la revolución de 1810, aquel Licenciado Don José Miguel Sanz, amigo de Miranda, víctima de la guerra á muerte, en las sabanas de Urica, en agosto de 1814. En esta casa fue instalada la Academia de Matemáticas, en 1831; y el Colegio de Santa María en 1859, bajo la dirección de los señores Doctor Agustín Aveledo y Doctor Ángel Ribas Bawldin.

Refieren las crónicas de ahora ciento veinte años, que en la Universidad de Caracas cursaba el estudio de ciencias jurídicas un mancebo de suaves modales, de carácter concentrado, pobremente vestido, dedicado en alto grado al estudio. Ya porque fuese tuerto de un ojo, ya porque careciera de la cháchara y atrevimiento que caracterizan en el claustro á ciertas medianías que llegan alcanzar entre sus colegas séquito y amistades, es lo cierto, que el más aprovechado de los estudiantes, en la época á que nos referimos, servía constantemente de tema de burla á sus compañeros, por su carácter retraído y silencioso. Llamábase el estudiante José Miguel Sanz.

Armado de paciencia, escudo de los espíritus superiores, supo José Miguel despreciar las bromas pesadas y repetidas de sus compañeros, no viendo en ellas sino puerilidades, hijas del poco mérito y de la ausencia de buena educación. Sin embargo, cuando José Miguel se veía acosado, abandonando el carácter silencioso, se iba sobre sus adversarios,

los apostrofaba, los hería con frases cultas, y los retaba para los días de examen, seguro de que todos ellos aparecerían ignorantes á su lado. Y en efecto, así sucedía: al llegar la época en la cual cada estudiante debía presentarse con capital propio, José Miguel descollaba por sus méritos, apareciendo erguido, sereno, satisfecho, y con plena conciencia de sus fuerzas. Recreábanse los examinadores al ser testigos de la soltura del estudiante y de la facilidad con la cual resolvía las más difíciles cuestiones. Al concluir los exámenes, la fama pregonaba el talento, aprovechamiento, despejo y demás condiciones del joven; y éste, en presencia de sus compañeros, recibía los premios á que había sido acreedor. La superioridad de Sanz que había comenzado á vencer á sus colegas con el desdén, llegó á imponerse con el talento y con la fama, de tal manera, que las bromas y burlas llegaron á tornarse en admiración. Sanz fue proclamado por sus condiscípulos el primer estudiante de Derecho, el espíritu más luminoso de su época y la gloria más pura del claustro universitario. Años más tarde, el nombre del nuevo abogado resonaba por todas partes. Brillaba en Caracas, en los momentos en que desaparecía de la escena política la Compañía guipuzcoana, se eclipsaba la estrella del feroz Intendente Ávalos, y surgía con medidas trascendentales el gobierno de Carlos III, como una esperanza en los destinos de América.

A poco andar nace, en 1783, el párvulo Simón, hijo del Coronel Don Juan Vicente de Bolívar y de su esposa Doña Concepción Palacios y Sojo. Rico al nacer, lo fue más, cuando á los pocos días, el presbítero Don José Félix Aresteigueta le adjudicó un cuantioso vínculo, legado que llamó la atención pública por la magnificencia del donador.

Dos años más tarde, muere el Coronel Bolívar quedando el huérfano Simón, así como sus hermanos, bajo la tutela de la madre. Pero como la ley española, en casos como éste, favorece los derechos del privilegiado, la Audiencia de Santo Domingo al tener noticia de la muerte del Coronel Bolívar, nombró un tutor *ad litem* al párvulo Simón, recayendo el encargo en la persona del ya célebre abogado de Caracas, Don José Miguel Sanz.

Es una ley de los contrastes, nacer rico y morir pobre; sembrar beneficios y cosechar abrojos; alcanzar nombre preclaro y morir abandonado; imperar, triunfar, ascender al zenit de la gloria y desaparecer silbado y maldecido. El infante Bolívar que, antes de poseer la razón, venía la ley á ampararle la cuantiosa fortuna que poseía, estaba escrito que tendría que ser amortajado con camisa ajena, cuarenta años más tarde. Todo esto no podía pasar por la mente del tutor, quien tampoco podía presumir el trozo de niño que, bajo su amparo, le entregaba la Audiencia de Santo Domingo. Aquel niño de cinco años y el tutor de treinta y cuatro, después de mil peripecias, debían tropezar por la última vez: el uno, el más joven, en el camino de la fuga: el otro, el anciano, en el camino de la muerte.

Insoportable apareció desde su tierna edad el niño Simón Bolívar. No podían con él ni la madre, ni el abuelo, ni los tíos, pues obedecía á sus instintos y caprichos, se burlaba de todo, haciendo todo lo contrario de cuanto se le aconsejaba. Inquieto, inconstante, voluntarioso, imperativo, audaz, poseía todas las fuerzas del muchacho á quien le han celebrado sus necedades, haciéndole aparecer como cosa nunca vista. Ni se le regañaba y menos se le castigaba por sus numerosas faltas; siendo

inaguantable ante su propia familia y extraños. En tan triste situación pensó la madre del niño, cuando éste alcanzó la edad de seis años, que debía colocarlo bajo los cuidados de un director de carácter, de ilustración y de sanas ideas que pudiera salvarle á su hijo de una educación viciosa que sostenía un carácter indomable. Pensó Doña Concepción en el tutor *ad litem*, el abogado Sanz, quien después de repetidas excusas aceptó al fin, llevándose al niño á su casa para que viviera como uno de sus hijos. Le pareció que complementaba de esta manera el encargo que le había conferido la Audiencia.



Entre el pupilo y el tutor mediaban treinta años de edad, lo suficiente, al parecer, para que el viejo, que así llaman á los espíritus serios, tenaces en el cumplimiento del deber, pudiera imponerse á un niño de tan pocos años. Al instalarse Simón en la casa del tutor, de la cual hemos hablado, comenzó el Padre Andújar, capuchino muy instruido de aquella época, á enseñar al niño los rudimentos de religión, moral é historia sagrada, que sabía mezclar con historietas graciosas que tenían por objeto llamar la atención del discípulo y de captarle la mejor voluntad. Pertenecían al tutor las advertencias, los consejos, los castigos y hasta las amenazas, pues Bolívar, niño, se reía de todo el mundo, á nadie obedecía, no aceptando sino los aplausos necios que provocaban algunas de sus muchachadas.

En los primeros días el tutor apareció suave y cariñoso, pero á proporción que este método fue quedando en desuso, el tutor fue acentuando las observaciones y consejos, hasta que llegó á mandar con carácter paternal é imperativo.

—Cállese usted y no abra la boca, le decía con-

frecuencia el tutor, cuando en las horas de almuerzo ó comida, el niño quería mezclarse en la conversación. Y el muchacho, que era muy tunante, aparentando cierta seriedad, dejaba el cubierto y cruzaba los brazos sobre el pecho.

—¿Por qué no come usted? pregunta el Licenciado.

—Usted me manda que no abra la boca.

En cada una de estas chuscadas, el tutor había de reirse, aunque en la mayoría de las veces permanecía serio al lado del pupilo.

—Usted es un muchacho de pólvora, le dice el tutor, en ciera ocasión.

—Huya, porque puedo quemarlo, contesta Bolívar. Y lleno de risa se dirige á la señora de Sanz y le dice:—Yo no sabía que era triquitraque.

—Ya no puedo con usted, le dice el Licenciado, en una ocasión en que el pupilo estaba inaguantable. Yo no puedo domar potros, agrega el tutor, algo excitado.

—Pero usted los monta, responde Bolívar, con impasibilidad admirable. Aludía el pupilo al caballo zaino que montaba el Licenciado, y que de vez en cuando costaba trabajo hacerle subir la rampla que unía el primer patio con el piso del corredor.

Como el Licenciado tenía que asistir con frecuencia á los tribunales, dejaba casi siempre á Simón encerrado en la sala alta de la casa, como castigo que le imponía por sus repetidas faltas; pero como los niños, por traviesos que sean, inspiran siempre conmiseración á las madres, sucedía que la esposa del Licenciado, apiadándose de Simón, le hacía llegar al prisionero, por una de las ventanas, y ayudada de una vara larga, pan y dulces, encargándole que de ninguna manera la



comprometiera con su marido. Al regresar el tutor, la primera pregunta que hacía á la señora era la siguiente:

—¿Cómo se ha portado ese niño?

—Ha estado tranquilo, contestaba la señora.

En seguida subía el tutor á la sala de detención, abría la puerta y ponía en libertad á Simón.

—Sé que te has portado muy bien durante mi ausencia, decía el Licenciado al pupilo.—Saldremos, por lo tanto, á pasear esta tarde.

—¿A qué debo ésto? pregunta Simón.

—A los informes de mi señora.

—Qué buena mujer es su esposa, Don José Miguel, replica Simón, animado de gratitud.

—Sí, sí, muy buena, porque te apadrina y consiente, replicó el Licenciado.

—Ja, ja, ja, contesta el pilluelo, riéndose á sus anchas.

—¿De qué te ríes, tunante? pregunta el tutor.

—De nada, señor, de nada. Me río porque lo apetezco. El muchacho no quiso comprometer á la señora que lo favorecía con dulces en cada ocasión en que el tutor, al salir para la Audiencia, encerraba á Simón en la sala alta de la casa.

Simón y el tutor salían casi todas las tardes á caballo, y retornaban después de horas de paseo. El Licenciado montaba su caballo zaino y el pupilo un burro negro algo perezoso. El maestro aleccionaba al discípulo, durante el paseo, aprovechando cualquier incidente que mereciese darle una lección.

—Usted no será jamás hombre de á caballo, dice el Licenciado á Simón, que no tenía compasión del asno.

—¿Qué quiere decir hombre de á caballo? preguntó el niño. El Licenciado da una explicación satisfactoria, á la cual responde Simón:

—¿ Y cómo podré yo ser hombre de á caballo montando en un burro que no sirve para cargar leña ?

—Así se comienza, responde el tutor, que sabía aprovecharse de todo para departir con el pupilo. (1)

Y fué tan hombre de á caballo que, cuando murió en Santa Marta, en 1830, de edad de cuarenta y siete años, notóse que tenía en cada posadera enorme callo. Había recorrido, durante veinte años, las pendientes, llanuras, valles, costas, las principales ciudades de la América del Sud, y el dorso de la tierra, desde las costas de Paria hasta las cimas de Cuzco y del Potosí y orillas del elevado Titicaca.

Pero esta lucha constante entre el maestro, ya en edad provecta y el niño de seis años, no debía continuar. Se comprende que el jefe de una familia sea incansable, tenaz y hasta cruel en la educación de un hijo de naturaleza refractaria, pero no

1 Podría formarse una colección de los dichos, respuestas, frases irreflexivas, contestaciones oportunas, en ocasiones dignas de elogio, en otras dignas de censura, del niño Simón de Bolívar, durante el tiempo en que estuvo bajo la vigilancia del célebre tutor Don José Miguel Sanz. Doña Alejandra Fernández de Sanz, esposa de éste, que fue para el inquieto pupilo una providencia siempre cariñosa, siempre oportuna, trasmitió á su hija Doña María de Jesús Sanz, después la esposa de Don Cástor Martínez, cuanto conservaba de coro acerca de las frases y respuestas de Bolívar. De labios de Doña María de Jesús, señora de gratos recuerdos para la sociedad de Caracas, supimos muchas de las historietas de Bolívar; y todavía hoy, los nietos del tutor, relatan incidentes que se han ido conservando en esta familia, durante cien años. Nos es placentero dedicar hoy en esta Leyenda algunas líneas á la memoria del célebre tutor, jefe de la tan conocida familia Martínez Sanz; y nos será satisfactorio, porque nos estimula el sentimiento patrio, dar más tarde á la estampa el estudio histórico que conservamos inédito, acerca del célebre patricio de la revolución venezolana, víctima de la guerra á muerte, en los días sangrientos de 1814.



se comprende que un hombre de la seriedad é ideas de Sanz pudiera constituirse en mentor constante de un muchacho, rehacio á todo consejo, y con quien no le ligaban vínculos de familia ni antecedentes sociales. Además, ni tenía tiempo el tutor para constituirse en celador ni estaba en su educación hacerse verdugo de nadie. Así fue que antes de cumplirse dos años, Don José Miguel llevó á Simón á la casa de la madre y allí le dejó para que continuara recibiendo las lecciones de los profesores Andújar, Pelgrón, Vides, Andrés Bello y Simón Rodríguez. Nos inclinamos á creer que éste sustituyó al tutor *ad litem*, en el manejo de la fortuna que fue donada á Bolívar por el Padre Jérez Aresteigueta. Muerta la señora Concepción Palacios de Bolívar en 1791, el padre de ésta, Don Feliciano Palacio, continuó como tutor natural de Simón y después, por muerte de aquél, los tíos Esteban y Carlos, hasta que el mozo Bolívar se emancipó de todo pupilaje en 1796 y salió para Europa en 1799.

¿Qué influencia ejerció el primer tutor de Bolívar en el ánimo y educación de éste? Ninguna, porque Bolívar pertenecía á ese grupo de hombres que se forman por sí, debido á cierta idiosincracia que tiende á emanciparlos de sus semejantes, y los somete al impulso de caprichos y necesidades, en acatamiento á aspiraciones naturales, que se transforman en grandes conquistas sociales. Si es difícil conducirlos en los primeros días, es más difícil comprenderlos cuando en posesión de una claridad intelectual, que los estimula, se empinan, toman vuelo, ascienden y obran sin ser comprendidos, en obedecimiento á leyes misteriosas del organismo. La humanidad juzga siempre á estos hombres luminosos, como locos dignos de conmise-

ración. Son como el álbatros que necesita del huracán para extender el ala poderosa y cernerse sobre la tempestad que le sirve de peaña. La ola enfurecida, el rugido de los vientos desencadenados, todas las baterías del rayo eléctrico en posesión del espacio, he aquí la lucha en el vasto campo de la naturaleza. Pero la fuerza no puede ser vencida sino por la fuerza cuando ésta es conducida por la sagacidad, piloto del espíritu. La pupila del álbatros para dilatarse, exige la tempestad y en ésta encuentra su triunfo, su festín. El día en que estos álbatros de las tempestades sociales vuelven al hogar, después de asomarse la faja de iris en todos los horizontes, es para sucumbir .... El poderío se torna entonces en debilidad, la sagacidad en temores; inflexibles, augustos, olímpicos, se hacen después llorones y quejumbrosos. Pero como el álbatros, siempre encuentran la roca, el escollo, la playa hospitalaria que les sirve de tumba....

A los once años después de la partida de Bolívar, tropieza éste con su viejo tutor. Veíanse de nuevo, anciano ya el maestro, y de veinte y cinco años el antiguo muchacho tronera y voluntarioso. El mismo número de años mediaba entre ellos; pero el respeto había tomado creces. Tropezaban al comenzar una revolución, cuyo desarrollo nadie podía prever, y la cual necesitaba más de calma y raciocinio que de arranques fogosos. El *tutor* y el pupilo estaban juntos. Sanz le juzgó lleno de talento, de imaginación, pero sin juicio sólido. Poseía la locomotividad del cuerpo y del pensamiento, pero careciendo del aplomo que dan los años y la experiencia. Sanz le creyó incapaz de grandes ideas.

Los sucesos de 1810, 1811 y 1812, confirman respecto de Bolívar, la opinión de Sanz. Uno de los espíritus pensadores de aquella época, Pedro Gual, amigo de Bolívar, opinó porque éste no había revelado hasta entonces, las grandes manifestaciones con que apareció más tarde. (1)

En las campañas de 1813 y 1814, Sanz no surge en los campos de la revolución, sino como un espíritu secundario, obrero de poca valía. Con las altas virtudes de un patricio y los talentos de un hombre de Estado, pensador, ilustrado, recto, inflexible en el camino del deber, Sanz no apareció ante Bolívar, en aquellos días azarosos, de triste recordación, sino como el venerable abuelo ante sus nietos belicosos: el hombre de consulta en casos insignificantes; y esto como homenaje debido, más á los años que á la inteligencia del espíritu eminentemente práctico. Es un hecho en la historia que los hombres preclaros, al encontrarse como jefes de situaciones anormales, tienen más confianza en su propio criterio que en el ageno. Rodéanse más del elemento joven, inquieto y aun turbulento, si se quiere, que de los espíritus ya coronados por los años y las conquistas de una vida laboriosa y fecunda, y sobre todo, poseedores del dón de gentes concedido por la Providencia á determinados caracteres.

Sólo en dos ocasiones consulta Bolívar á Sanz: primero, respecto del proyecto de Constitución que deseaba dar á Venezuela en 1813; y segundo, respecto de la pacificación en 1814, de los valles de Barlovento, que Sanz conocía, como el primero.

1 *Gual*—Testimonios del ciudadano Don Pedro Gual, sobre los verdaderos motivos de la capitulación de Miranda en 1812.—Bogotá—1 cuaderno—1843.

Conciso y terminante se presenta el *tutor*, en sus opiniones: "En medio de la anarquía no puede reinar ninguna Constitución: la anarquía exige la dictadura y en ésta deben resumirse todos los poderes." (1) Y respecto de la paz, alterada en los valles de Barlovento por los agricultores españoles y los esclavos sublevados, Sanz dice: "No es posible la autoridad civil, cuando el desorden impera, sino la militar, el campo volante, la ciudadanía armada en defensa de los intereses generales." Con tales respuestas manifestó el *tutor* la virilidad de sus ideas y la rectitud de sus propósitos. Contestaciones como éstas, acompañadas de disputas acaloradas, en las variadas conferencias que tuvieron sobre temas políticos Bolívar y Sanz, fueron causa de que estos dos hombres no se acercaran y se unieran íntimamente, como era natural. La diferencia de edad, de educación, de principios, y cierto antagonismo en el modo de juzgar los sucesos, concluyeron por separar estos dos hombres que nunca llegaron á amarse. Víctima de los sucesos de 1814, acosado por la anarquía patriota más que por las huestes españolas, Sanz abandona en buena hora la tierra caraqueña y sigue á la isla de Margarita. Uno de sus contemporáneos, el General José Félix Blanco, nos dice, respecto del ilustre patricio, lo siguiente:

"Allí, (Urica) con el último ejército de la República, pereció uno de sus más virtuosos é ilustrados hijos, aquel Licenciado José Miguel Sanz, que en una época anterior hemos visto tan consagrado al servicio de su patria. Perseguido por Monteverde, había gemido muchos meses en las mazmorras de La Guaira y Puerto Cabello, hasta que la Audiencia española establecida en Valencia,

1 *Gaceta de Caracas* de 1818.

le puso en libertad. Perdidas las posesiones del Centro y del Occidente por consecuencia de la batalla de La Puerta, emigró á Margarita, y se hallaba allí, cuando su amigo Ribas, deseando oír sus consejos, y aun obtener su mediación para cortar de raíz las disensiones de los jefes militares le llamó á su lado, haciendo valer á sus ojos el bien que de ellos se seguía á la República. La víspera de la acción de Urica se avistaron y conferenciaron largo rato, separándose luego al empezar el combate. Con la muerte del ilustre letrado fueron á manos de Morales sus preciosos trabajos literarios y entre otros, una parte de la historia de Venezuela, para cuya redacción había acopiado inmensos materiales. Todos fueron destruidos." (1)

¿Cómo juzgará la historia de Venezuela á este célebre patricio de los primeros años de la magna revolución? En un cuadro por separado que publicaremos más tarde, trataremos de estudiar esta figura admirable, siempre luminosa de nuestra historia. Tal figura amerita un estudio serio.

1 *La Bandera Nacional*—Caracas—1838.

HOMONIMIA SJNGULAR

—

AL DOCTOR DON JOSE GIL FORTOUL

—

I

En la historia de la independencia sudamericana Simón Bolívar y Simón Rodríguez son dos existencias inseparables. Si de Bolívar, con el glorioso título de *El Libertador* se habla desde las orillas de los océanos hasta las nevadas alturas de Los Andes, en toda la América española, y pueblos y Estados en el dilatado continente americano llevan su nombre; de Simón Rodríguez, con el título de *El maestro de El Libertador*, se habla igualmente en todas las capitales de origen castellano y donde quiera que se conozcan las exentricidades y monomanías del sabio filósofo, maestro, tutor, compañero y amigo de Bolívar.

¿ Ejerció el maestro alguna influencia sobre el discípulo? ¿ Hizo algo en beneficio de aquella naturaleza voluntariosa, impresionable, indómita, atolondrada, exigente, generosa y espléndida de Bolívar, desde sus infantiles años? ¿ Qué tuvieron de común estos caracteres? ¿ qué de antagonistas? He

aquí temas históricos que serán resueltos en el curso de esta leyenda. La historia de los grandes hombres, exige el estudio de cuanto en derredor de ellos ejerció alguna influencia: la familia, el carácter, la época del desarrollo, las fuerzas que contribuyeron á su educación, las dotes intelectuales, las influencias exteriores y las virtudes y defectos hereditarios.

De estos dos hombres, el uno triunfa después de lucha titánica, y alcanza la meta histórica en la flor de los años, para morir en seguida en la playa, como el álbatros después de vencer la tempestad. El otro no triunfa, sino se gasta y extingue á los ochenta y tres años, después de haber luchado con los climas, con los hombres, con la suerte, consigo mismo, sin haber podido alcanzar la deseada cima.

Una gran virtud los caracterizaba: la locomotividad. El distinguido escritor chileno, Miguel Amunátegui, de grato recuerdo para nosotros, al biografiar á Simón Rodríguez, dijo, que el Doctor Gall habría descubierto en el cerebro de aquel filósofo, el órgano de la locomotividad. Esto mismo podríamos asegurar de Bolívar. La actividad del cuerpo y del pensamiento, en imperio de la voluntad al través de todos los obstáculos, la constancia imperiosa, la monomanía, revelación en muchísimos casos de una labor intelectual que busca soluciones armónicas; éstas y otras condiciones sobresalieron en la agitada vida de este grande hombre. Bolívar, después de las derrotas, aparecía más brillante; por esto decía Morillo que era más temible como vencido que como vencedor; y Baralt lo sublima así: "Era hombre Bolívar, hecho como fuego del cielo, para brillar en medio de las tempestades; cuánto más desgraciado, más grande."

Bolívar solicitó la gloria y ésta vino. Rodríguez fué incansable en la solución de un problema, cuya incógnita nunca apareció. Sin embargo, ambos se comprendieron. Quizá fue Rodríguez el único mortal que trató á Bolívar con el dominio de una intimidad ilustrada, y quizá fue Bolívar el único hombre que pudo comprender el carácter y tendencias de su sabio maestro. Así, cuando todo el mundo no veía en éste sino un enigma, una esfinge, un espíritu extravagante, una inteligencia negativa, un monomaniaco en lucha con los hombres; Bolívar le consideraba como un hombre lógico, sin que faltara á su carácter, aspiraciones, tendencias, propósitos, ni por un solo instante.

He aquí porque estas grandes inteligencias podían unirse y apreciarse. Tenían de común, no sólo la locomotividad, talento claro, un objetivo, al cual se dirigían, sino también esos arranques que el mundo llama actos de locura y que no son sino resultantes necesarias de fuerzas desconocidas que obedecen á leyes naturales del organismo.

"Yo no quiero parecerme á los árboles, que echan raíces en un lugar, sino al viento, al agua, al sol, y á todas esas cosas que marchan sin cesar." Así decía Rodríguez, en estas frases que sintetizan al viajero incansable que recorrió el mundo, durante cincuenta y seis años, al espíritu inquieto, en una palabra: la *locomotividad*.

"Yo soy hasta hoy el único americano del Sud que haya ido á Europa á traer dinero: los demás van á dejarlo allí." Así dijo Don Simón al pisar en 1823, las playas americanas, después de veinte años de viajes, desde las Antillas hasta el polo Norte; después de haber vivido entre pueblos diferentes, cuyas lenguas aprendió. Este es el filó-

sofo que había adoptado por divisa: *Economía é Higiene;* es decir, "aglomerar sin ser avaro y cuidarse sin ser beato."

Y cuando comprendió que el estudio de la *Pedagogía*, pesadilla constante de su prolongada vida, no le dejaba sino decepciones y amarguras, se resuelve á ser fabricante de velas, y decía "que en la puerta de su casa podía inscribirse el siguiente mote: *Luces y virtudes americanas*, esto es, velas de sebo, paciencia, jabón, resignación, cola fuerte, amor al trabajo." (1)

En otra ocasión Don Simón, al hablar de su sistema de enseñanza decía: "La meditación y la experiencia me han suministrado luces. Necesito un CANDELABRO donde colocarlas. Ese CANDELABRO es la *imprenta*." Ya más antes había dicho: "Ando paseando mis manuscritos, como los italianos pasean sus *titirimundis*. Soy viejo, y aunque robusto, temo dejar de un día para otro, un baúl lleno de ideas para pasto de algún gacetero."

Estos y otros conceptos bastan para dar á conocer á nuestros lectores á este notable filósofo, amigo y maestro de Bolívar. Ya continuaremos presentándole siempre á la altura de sus méritos y de sus monomanías. Entre tanto recordemos algunas frases de Bolívar, en contraposición á las del maestro.

"Si la naturaleza se opone, la venceremos y haremos que nos obedezca." Así dijo Bolívar al sacerdote que después del terremoto de 1812, hablaba á la muchedumbre entristecida, á la cual quiso probarle que el cataclismo era castigo de Dios contra los republicanos. Bolívar lo hizo bajar del púlpito improvisado en la plazuela de San Jacinto.

1 *Amunátegui*—Biografía de Don Simón Rodríguez.

"Españoles y canarios, contad con la muerte, aunque seáis inocentes. Americanos, contad con la vida, aunque seáis culpables." Este es el hombre resuelto á vencer ó morir en la contienda de la Independencia americana.

En Casacoima, á orillas del Orinoco, Bolívar, desprovisto de todo, discurre acerca de su obra, cuando ella llegue á su meta gloriosa, las cimas nevadas de los Andes. Este es el visionario, primera manifestación del profeta.

Días más tarde, en Angostura, una escena inexplicable tiene efecto. En el convite dado á Irwing, comisionado del Gobierno de los Estados Unidos en Angostura, Bolívar, al llegar la hora de los postres, sin preocuparse de sus botas de campaña, sube á la mesa á la que estaban sentados numerosos invitados. Y sin darse cuenta de la caída de floreros, jarros, objetos de cristal, todo cuanto había en la mesa, va de uno á otro extremo de ella y retorna. Todo el mundo le juzga loco,—cuando dice: "así iré yo del Atlántico al Pacífico, desde Panamá hasta el Cabo de Hornos, hasta acabar con el último español."

Roscio y los hombres pensadores que estaban allí, se cubrieron la cabeza con las manos, como avergonzados. Bolívar había divisado los horizontes americanos, mientras que sus compañeros le juzgaban ademеntado. Estas son las locuras del genio. La historia de la infancia de Bolívar, y la de su primera juventud están llenas de incidentes tan notables, que para juzgar al grande hombre en sus ímpetus, durante la lucha, es necesario recordarle en su voluntariedades ó extravagancias, durante su juventud. Nosotros no profundizaremos este tema, que día llegará en que podamos pre-

sentar á El Libertador de América, tal cual lo concebimos:—un *fenómeno* como dice un historiador. (1)

Eran dos hermanos de apellido Carreño, hijos de Don Cayetano Carreño y de Doña Rosalía Rodríguez, vecinos de Caracas por los años de 1766 á 1770. Antitéticos aparecían en la familia estos dos varones, no sólo en el carácter, sino también en las aspiraciones al trabajo y á la sociabilidad. Pacífico, suave, sin arranques, sin monomanías crecía Cayetano, inclinado desde la niñez al estudio de la música, que en la generalidad de los casos, busca los espíritus apacibles, los caracteres alegres, tratables. Voluntarioso, terco, irascible, dominante se presentaba Simón, que huía de la sociedad para reconcentrarse en la fantasmagoría de su espíritu. Si el uno había nacido para el arte, el otro poseía las condiciones del filósofo alquimista que busca el entretenimiento en el manejo de las retortas, de las hornillas, de los morteros, del metal universal.

Era el joven Simón, aunque de clara inteligencia, de talento, de estudio profundo, un hombre original bajo todos respectos; y más que original

---

1 Para el tercer volumen de estas *Leyendas históricas*, dejamos las intitnladas: *Carácter inquieto y profético — El hombre mito, etc. etc*, referentes á la historia de Bolívar. Al oponer á los dichos de Simón Rodríguez, los de Bolívar, su discípulo, ha sido con el fin de manifestar lo incoherente de ciertas frases en ciertas grandezas de la historia, que no pueden ser juzgadas durante la vida, sino después que desaparecen, y pueda el historiador conocer hasta el más insignificante incidente de la vida privada, de la vida pública.—Hoy referimos á nuestros lectores á la leyenda intitulada: *El primer tutor de Bolívar* y á ésta que dedicamos al maestro con el título de *Homonimia singular*.

en sus hábitos, era molesto á toda su familia, pues se recreaba en importunar á todo el mundo, llegando á engendrar fastidio y enojos. Por muerte del padre habían quedado los dos hermanos bajo la tutela del tío, el presbítero Rodríguez, cuando por consecuencia de disputas pueriles entre los hermanos, por la disparidad de caracteres, sucedió que Don Simón se firmara en lo sucesivo con el patronímico de la madre, Simón Rodríguez. (1) "Por tales antecedentes, escribe Plaza, fácil es de suponer que estos hermanos, aunque unidos por los afectos estaban sin embargo separados hondamente por las inclinaciones y cambios de carácter: así á la continua, las disputas se sucedían y terminábanse por un desacuerdo, que, al extremo llegó la acrimonía de Don Simón hasta variarse el apellido que llevaba, diciendo que de esta manera quedaria en paz con su hermano. Extraño propósito que llevó á término y sostuvo con empeño hasta la muerte. De aquí el que la historia patria haya conservado en sus anales al sabio maestro de El Libertador, el nombre de Simón Rodríguez, cuando Simón Carreño se llamaba." (2)

Parece, aunque nosotros no hemos podido encontrar documento alguno que lo pruebe, que Don Simón fue tutor de Bolívar, por renuncia del Licenciado Don Miguel Sanz, nombrado antes por la Audiencia de Santo Domingo, y que desde 1790 hasta 1796, fue, no sólo su tutor, como veremos más adelante, sino también su maestro.

Hase escrito que Don Simón se vio en la necesidad de dejar á Caracas, porque el Ayuntamien-

1 Estos datos nos los ha suministrado Don Cayetano Carreño, el unico que sobrevive de los hijos de Don Cayetano Carreño, hermano de Don Simón Rodriguez.

2 *Plaza.*—Historia del Arte en Venezuela—1 vol. 1883.

to no aprobó un plan de estudios que le había pedido, y que á causa de ésto y de declaraciones en que se le acusaba de patrocinar la revolución política que se proyectaba, lo habían expulsado. Esto nos parece inexacto, pues Rodríguez disfrutaba de muchas consideraciones en la sociedad de Caracas, desde el momento en que fueron conocidas su ilustración y probidad.

En el Ayuntamiento de 1794, Rodríguez presentó los manuscritos de una obra inédita cuyo título era: *Reflexiones sobre los defectos que vician la escuela de primeras letras de Caracas y medio de lograr su reforma por un nuevo establecimiento.* Después de haber sido estudiado el manuscrito por cada uno de los miembros del Ayuntamiento, éste acordó, en 20 de julio de 1795, aumentar el número de las escuelas y establecer una en cada parroquia; mas como Rodríguez quedara disgustado aun después de acogido su sistema de enseñanza y renunciara la dirección del plantel que regentaba, el Ayuntamiento limitóse entonces á darle un testimonio por escrito de lo mucho en que tenía sus méritos y buenos oficios en pro de la juventud caraqueña. (1) Con esta aprobación y lleno de desengaños, dejó á Caracas en 1796 el maestro de Bolívar, mentor de éste en Europa desde 1803 hasta 1807, y amigo venerado del discípulo reconocido el día en que éste, al llegar al pináculo de la gloria, tropieza con el consejero de su infancia, como veremos más tarde. (2)

Esta es la verdad de los hechos; pero Rodríguez que se juzgaba superior á la civilización de

1 Véanse las actas del Ayuntamiento de Caracas referentes á esta interesante materia—1795.

2 Véase nuestro estudio titulado: *Historia de la instrucción pública en Venezuela.*

Caracas, y lo era en efecto, al comprender que un hombre de sus quilates no podía vegetar en una sociedad tan atrasada, renuncia la escuela que regentaba, y cambiando por segunda vez de apellido, se embarca en La Guaira con dirección á Jamaica, bajo el nombre de Samuel Robinson. Dos años más tarde le seguía á Europa su pupilo y discípulo, Simón Bolívar.

Cuando Bolívar, después de perder á su esposa en Caracas, en 1802, regresa á Europa en 1803, tropieza de nuevo con su maestro. Esta segunda época de la unión de Bolívar con su mentor, está llena de admirables episodios. La intimidad que entre ellos existió tiene algo de esas intimidades de familia que tanto contribuyen al desarrollo de ciertas existencias. Rodríguez se propuso continuar al lado de Bolívar y éste sentía la necesidad de escuchar los consejos de su sabio maestro. Viajaban juntos y juntos estudiaban cada civilización. Rodríguez aspiraba á sacar de Bolívar un hombre de ciencia, aunque éste se sentía refractario á los propósitos de aquél. Llega una noche en que Bolívar siente que la vida se le escapa y quiere morir. Rodríguez le reprocha tal pensamiento, le aconseja, hácele cierta revelación, y Bolívar se salva; vuelve á la vida, para agostarla en medio del boato y los placeres. Todo cuanto pasó entonces entre el maestro y el discípulo, consta en una interesante carta de Bolívar, escrita en 1804, á una de sus amigas predilectas en París. En ella aparece este joven, entusiasta, atolondrado, quimérico, extravagante, en cuyas frases se reflejan las ideas que cruzaban por aquella imaginación volcánica. Es un espíritu que vislumbra lo que le aguardaba en el camino de la gloria y de las grandes conquistas. Tan precioso documento es el siguiente:

Querida señora y amiga.

Si queréis imponeros de mi suerte, lo que me parece justo, es preciso escribirme; de este modo me veré forzado á responderos, cuyo trabajo me será agradable. Digo trabajo, porque todo lo que me obliga á pensar en mí, aunque sea diez minutos, me fatiga la cabeza obligándome á dejar la pluma ó la conversación para tomar el aire en la ventana. ¿Me obligaréis á deciros lo suficiente, para satisfaceros respecto al pobre chico Bolívar, de Bilbao, tan modesto, tan estudioso, tan económico, manifestándoos la diferencia que existe con el Bolívar de la calle de Vivienne, murmurador, perezoso y pródigo? Ah Teresa! mujer imprudente, á la que no obstante no puedo negar nada, porque ella ha llorado conmigo en los días de duelo, ¿por qué queréis imponeros de este secreto?....

Cuando os impongáis del enigma, ya no creeréis en la virtud.

Oh! y cuán espantoso es no creer en la virtud!.. ¿Quién me ha metamorfoseado?....Ay! una sola palabra, palabra mágica que el sabio Rodríguez no debía haber pronunciado jamás.

Escuchad, pues pretendéis saberlo:

Recordaréis lo triste que me hallaba cuando os abandoné para reunirme con el señor Rodríguez en Viena. Yo esperaba mucho de la sociedad de mi amigo, del compañero de mi infancia, del confidente de todos mis goces y penas, del Mentor cuyos consejos y consuelos han tenido siempre para mí tanto imperio. Ay! en esta circunstancia fue estéril su amistad. El señor Rodríguez sólo amaba las ciencias. Mis lágrimas lo afectaron, porque él me quiere sinceramente; pero él no las comprende. Lo hallé ocupado en un gabinete de física y química.

que tenía un señor alemán, y en el cual debían demostrarse públicamente estas ciencias por el señor Rodríguez. Apenas le veo yo una hora al día. Cuando me reúno á él me dice de prisa: mi amigo, diviértete, reúnete con los jóvenes de tu edad, vete al espectáculo, en fin, es preciso distraerte, y este es el sólo medio que hay para que te cures. Comprendo entonces que le falta alguna cosa á este hombre, el más sabio, el más virtuoso, y sin que haya duda, el más extraordinario que se puede encontrar. Caigo muy pronto en un estado de consunción; y los médicos declaran que voy á morir: era lo que yo deseaba. Una noche que estaba muy malo, me despierta Rodríguez con mi médico: los dos hablaban en alemán. Yo no comprendía una palabra de lo que ellos decían; pero en su acento y en su fisonomía, conocía que su conversación era muy animada. El médico, después de haberme examinado bien, se marchó. Tenía todo mi conocimiento, y aunque muy débil, podía sostener todavía una conversación. Rodríguez vino á sentarse cerca de mí: me habló con esa bondad afectuosa que me ha manifestado siempre en las circunstancias más graves de mi vida. Me reconviene con dulzura y me hace conocer que es una locura el abandonarme y quererme morir en la mitad del camino. Me hizo comprender que existía en la vida de un hombre otra cosa que el amor, y que podía ser muy feliz dedicándome á las ciencias ó entregándome á la ambición. Sabéis con qué encanto persuasivo habla este hombre; aunque diga los sofismas más absurdos, cree uno que tiene razón. Me persuade, como lo hace siempre que quiere. Viéndome entonces un poco mejor, me deja, pero al día siguiente me repite iguales exhorta-

ciones. La noche siguiente, exaltándose mi imaginación con todo lo que yo podría hacer, sea por las ciencias, sea por la libertad de los pueblos, le dije: Sí, sin duda, yo siento que podría lanzarme en las brillantes carreras que me presentáis, pero sería preciso que fuese rico....sin medios de ejecución no se alcanza nada; y lejos de ser rico soy pobre y estoy enfermo y abatido. Ah! Rodríguez, prefiero morir!....le dí la mano para suplicarle que me dejara morir tranquilo. Se vió en la fisonomía de Rodríguez una revolución súbita: queda un instante incierto, como un hombre que vacila acerca del partido que debe tomar. En este instante levanta los ojos y las manos hacia el cielo, exclamando con voz inspirada: se ha salvado! Se acerca á mí, toma mis manos, las aprieta en las suyas, que tiemblan y están bañadas en sudor; y en seguida me dice con un acento sumamente afectuoso: Mi amigo, ¿si tú fueras rico, consentirías en vivir? Dí!....Respóndeme! Quedé irresoluto: no sabía lo que ésto significaba; respondo: sí. Ah! exclama él, entonces estamos salvos......¿el oro sirve, pues, para alguna cosa? pues bien, Simón Bolívar, sois rico! Tenéis actualmente cuatro millones!....No os pintaré, querida Teresa, la impresión que me hicieron estas palabras: tenéis actualmente cuatro millones! Tan extensa y difusa como es nuestra lengua española, es, como todas las otras, impotente para explicar semejantes emociones. Los hombres las prueban pocas veces: sus palabras corresponden á las sensaciones ordinarias de este mundo; las que yo sentía eran sobrehumanas; estoy admirado de que mi organización las haya podido resistir.

Me detengo: la memoria que acabo de evocar me abruma. ¡Oh, cuán lejos están las riquezas de dar los goces que ellas hacen esperar!....

Estoy bañado en sudor y más fatigado que nunca, después de mis largas marchas con Rodríguez. Voy á bañarme. Os veré después de comer para ir al teatro francés: os pongo esta condición: no me preguntaréis nada relativo á esta carta, comprometiéndome á continuarla después del espectáculo.

Rodríguez no me había engañado: yo tenía realmente cuatro millones. Este hombre caprichoso, sin orden en sus propios negocios, que se enredaba con todo el mundo, sin pagar á nadie, hallándose muchas veces reducido á carecer de las cosas más necesarias; este hombre ha cuidado la fortuna que mi padre me ha dejado con tan buen resultado como integridad, pues la ha aumentado en un tercio. Sólo ha gastado en mi persona ocho mil francos durante los ocho años que he estado bajo su tutela. Ciertamente, él ha debido cuidarla mucho. A decir verdad, la manera como me hacía viajar era muy económica; él no ha pagado más deudas que las que contraje con mis sastres, pues la que es relativa á mi instrucción era muy pequeña, porque él era mi maestro universal.

Rodríguez pensaba hacer nacer en mí la pasión á las conquistas intelectuales, á fin de hacerme su esclavo. Espantado del imperio que tomó sobre mí mi primer amor, y de los dolorosos sentimientos que me condujeron á la puerta de la tumba, se lisonjeaba de que se desarrollaría mi antigua afición á las ciencias, pues tenía medios para hacer descubrimientos, siendo la celebridad la sola idea de mis pensamientos. Ay! El sabio Rodríguez se engaña: me juzga por él mismo. Llego á los veinte y un años, no podía ocultarme por más tiempo mi fortuna; pero me la habría hecho conocer gradualmente, y de eso estoy seguro, si las circunstancias no le hubiesen obligado á hacérmela

conocer de una vez. No había deseado las riquezas: ellas se me presentan sin buscarlas, no estando preparado para resistir á su seducción. Me abandono enteramente á ellas. Nosotros somos los juguetes de la fortuna; á esta grande divinidad del universo, la sola que reconozco, es á quien es preciso atribuir nuestros vicios y nuestras virtudes. Si ella no hubiese puesto un inmenso caudal en mi camino, servidor celoso de las ciencias, entusiasta de la libertad, la gloria hubiese sido mi sólo culto, el único objeto de mi vida. Los placeres me han cautivado, pero no largo tiempo. La embriaguez ha sido corta, pues se ha hallado muy cerca del fastidio. Pretendéis que yo me inclino menos á los placeres que al fausto, convengo en ello; porque, me parece que el fausto tiene un falso aire de gloria.

Rodríguez no aprobaba el uso que yo hacía de mi fortuna: le parecía que era mejor gastarla en instrumentos de física y en experimentos químicos; así es que no cesa de vituperar los gastos que él llama necedades frívolas. Desde entonces, me atreveré á confesarlo... Desde entonces, sus reconvenciones me molestaban, y me obligaron á abandonar á Viena para libertarme de ellas. Me dirigí á Londres, donde gasté ciento cincuenta mil francos en tres meses. Me fuí después á Madrid, donde sostuve un tren de príncipe. Hice lo mismo en Lisboa; en fin, por todas partes ostento el mayor lujo y prodigo el oro á la simple apariencia de los placeres.

Fastidiado de las grandes ciudades que he visitado, vuelvo á París con la esperanza de hallar lo que no he encontrado en ninguna parte, un género de vida que me convenga: pero, Teresa, yo no soy un hombre como todos los demás, y París

no es el lugar que puede poner término á la vaga incertidumbre de que estoy atormentado. Sólo hace tres semanas que he llegado aquí, y ya estoy aburrido.

Ved aquí, mi amiga, todo lo que tenía que deciros del tiempo pasado; el presente, no existe para mí, es un vacío completo donde no puede nacer un sólo deseo que deje alguna huella grabada en mi memoria. Será el desierto de mi vida.... Apenas tengo un ligero capricho lo satisfago al instante, y lo que yo creo un deseo, cuando lo poseo sólo es un objeto de disgusto. Los continuos cambios que son el fruto de la casualidad, ¿reanimarán acaso mi vida? Lo ingnoro; pero si no sucede esto, volveré á caer en el estado de consunción de que me había sacado Rodríguez al anunciarme mis cuatro millones. Sin embargo, no creáis que me rompa la cabeza en malas conjeturas sobre el porvenir. Únicamente los locos se ocupan de estas quiméricas combinaciones. Sólo se pueden someter al cálculo las cosas cuyos datos son conocidos; entonces el juicio, como en las matemáticas, puede formarse de una manera exacta.

¿Qué pensaréis de mí? Responded con franqueza. Yo pienso que hay pocos hombres que sean incorregibles; y como es siempre útil el conocerse, y saber lo que se puede esperar de sí mismo, yo me creeré feliz cuando la casualidad me presente un amigo que me sirva de espejo.

Adiós, iré á comer mañana con vos.

SIMÓN BOLÍVAR. (1)

---

1 Esta carta no figura ni en la colección de O'Leary ni en la obra titulada: *Correspondencia del Libertador*, 3 vols.—1888. Tampoco hacen mención de ella ninguno de los historiadores y coleccionistas de Venezuela. Esta carta, con otras

En estas líneas están fotografiados el maestro y el discípulo. En la historia de Simón Rodríguez, no existe ningún documento más lleno de interés que el precedente, el cual, en un momento de expansión y de gratitud, dejó Bolívar en manos de la bella baronesa de Trobriand-Aresteigueta.

II

Bolívar deja á Europa en 1807, y desde esta época no tropezamos con Simón Rodríguez hasta 1823 en que los diarios de Colombia anunciaron la llegada del maestro de El Libertador á las playas americanas. Los dos Simones parece que se dieron la espalda, durante diez y siete años—1806 á 1824. Mientras que el uno, en pos de su quimera, su meta invisible, viajaba por Europa, trataba con los sabios y las academias y daba cuanto podía al ensanche del progreso universal; el otro había envejecido en los campos de la revolución; había asistido á los incendios, carnicerías y devastaciones de la guerra á muerte; había luchado contra la naturaleza y contra los hombres. Derrotas numerosas señalan su camino, pero victorias espléndidas coronan su carrera. En Venezuela monta el carro de la victoria, que le conduce al través de los Andes, en cuyo dorso libra batallas, y con-

mas, dirigidas en 1804, á una persona de la familia Trobriand-Aresteigueta, notable familia á la cual Bolívar trató con intimidad, tanto en Bilbao como en París, estaban rezagadas, cuando el nombre de Bolívar fue festejado en Francia por sus triunfos en la América del Sud. Estas cartas que parecieron al principio, como producto de una imaginación delirante, fueron publicadas en el *Journal de Debats* de 1826, (París), como una prueba de lo que son en su juventud ciertos genios, cuando ellos aparecen más como locos que como cuerdos. Ya volveremos á hablar acerca de ellas cuando demos á la luz la leyenda intitulada: *Bolívar y la familia Trobriand-Aresteigueta.*

quista pueblos que le acompañan hasta la cuna de Manco-Capac. Su nombre pasa el Atlántico, y las sociedades antiguas le admiran y aplauden. El muchacho alocado del Pequeño Trianón, el cantor de las coplas de Brunet, en los días del Consulado, el atolondrado y demagogo de la calle de Vivienne, acababa de clavar la bandera republicana en las abruptas cimas de los Andes.... Y el maestro, al conocer la grandeza de su discípulo, quiso festejarlo.

Al comienzo de 1824, cuando se acercaba el término feliz de la guerra, preséntase en Lima el maestro de Bolívar. Hacía diez y siete años que no se veían; pero el uno ya en la cima, había realizado su obra, mientras que el otro no alcanzaba á divisar las alturas ideales de sus quiméricas aspiraciones. Bolívar, que no necesitaba de etiqueta para presentarse siempre grande y generoso, al saber la llegada de su Robinson á las costas de Colombia, le había escrito desde Pativilca la siguiente expresiva carta:

Pativilca: á 17 de enero de 1824.

Señor Don Simón Rodríguez.

¡Oh, mi maestro! ¡Oh, mi amigo! ¡Oh, mi Robinson! Usted en Colombia, usted en Bogotá, y nada me ha dicho, nada me ha escrito. Sin duda, es usted el hombre más....extraordinario del mundo. Podría usted merecer otros epítetos; pero no quiero darlos por no ser descortés al saludar á un huésped que viene del Viejo Mundo á visitar el Nuevo. Sí, á visitar su patria, que ya no conoce.... que tenía olvidada, no en su corazón, sino en su memoria. Nadie más que yo sabe lo que usted

quiere á nuestra adorada Colombia. ¿Se acuerda usted cuando fuimos al Monte-Sacro, en Roma, á jurar sobre aquella tierra santa la libertad de la patria? Ciertamente no habrá usted olvidado aquel día de eterna gloria para nosotros: día que anticipó, por decirlo así, un juramento profético á la misma esperanza que no debíamos tener.

Usted, maestro mío ¡cuánto debe haberme contemplado de cerca, aunque colocado á tan remota distancia! ¡Con qué avidez habrá usted seguido mis pasos, dirigidos muy anticipadamente por usted mismo! Usted formó mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso. Yo he seguido el sendero que usted me señaló. Usted fué mi piloto, aunque sentado sobre una de las playas de Europa. No puede usted figurarse cuán hondamente se han grabado en mi corazón las lecciones que usted me ha dado: no he podido jamás borrar siquiera una coma de las grandes sentencias que usted me ha regalado: siempre presentes á mis ojos intelectuales, las he seguido como guías infalibles. En fin, usted ha visto mi conducta: usted ha visto mis pensamientos escritos; mi alma pintada en el papel; y no habrá dejado de decirse: "Todo esto es mío! yo sembré esta planta: yo la regué: yo la enderecé cuando tierna: ahora robusta, fuerte y fructífera, he ahí sus frutos: ellos son míos: yo voy á saborearlos en el jardín que planté: voy á gozar de la sombra de sus brazos amigos; porque mi derecho es imprescriptible....privativo á todo."

Sí, mí amigo querido, usted está con nosotros: mil veces dichoso el día en que usted pisó las playas de Colombia. Un sabio, un justo más, corona la frente de la erguida cabeza de Colombia. Yo desespero por saber qué designios, qué destinos tie-

ne usted sobre todo: mi impaciencia es mortal, no pudiendo estrecharlo en mis brazos: ya que no puedo yo volar hacia usted, hágalo usted hacia mí: no perderá usted nada. Contemplará usted con encanto la inmensa patria que tiene labrada en la roca del despotismo por el buril victorioso de los libertadores....de los hermanos de usted....No se saciaría la vista de usted delante de los cuadros, de los colosos, de los tesoros, de los secretos, de los prodigios que encierra y abarca esta soberbia Colombia. Venga usted al Chimborazo. Profane usted con su planta atrevida la escala de los Titanes, la corona de la tierra, la almena inexpugnable del Universo Nuevo. Desde tan alto tenderá usted la vista, y al observar el cielo y la tierra, admirando el pasmo de la creación terrena, podrá decir: "Dos eternidades me contemplan, la pasada y la que viene; y este trono de la naturaleza, idéntico á su Autor, será tan duradero, indestructible y eterno como el Padre del Universo."

¿Desde dónde, pues, podrá usted decir otro tanto erguidamente? Amigo de la naturaleza, venga usted á preguntarle su edad, su vida y su esencia primitivas. Usted no ha visto en ese mundo caduco más que las reliquias y los derechos de la próvida madre. Allá está encorvada bajo el peso de los años, de las enfermedades y del hálito pestífero de los hombres: aquí está doncella, inmaculada, hermosa, adornada por la mano misma del Criador. No, el tacto profano del hombre, todavía no ha marchitado sus divinos atractivos, sus gracias maravillosas, sus virtudes intactas....

Amigo: si tan irresistibles atractivos no impulsan á usted á dar un vuelo rápido hacia mí, ocurriré á un epíteto más fuerte....La amistad invoco.

Presente usted esta carta al Vicepresidente: pídale usted dinero de mi parte, y venga á encontrarme.

BOLÍVAR.

¿Cómo fue la primera entrevista entre estos dos hombres? Escuchemos al historiador O'Leary que fue testigo de ella: "No obstante la delicada atención de Bolívar á su maestro, la carta de Pativilca. Don Simón Rodríguez conocía demasiado el mundo para suponer que un hombre, que había hecho tantos prodigios y elevádose de la condición privada á la cumbre de la grandeza humana, dejara de recibirle con orgullosa condescendencia; pero se equivocaba. Yo ví al humilde pedagogo desmontarse á la puerta del palacio dictatorial, y en vez del brusco rechazo, que acaso temía del centinela, halló la afectuosa recepción del amigo, con el respeto debido á sus canas y á su antigua amistad. Bolívar le abrazó con filial cariño y le trató con una amabilidad que revelaba la bondad de su corazón que la prosperidad no había logrado corromper." (1)

El maestro y el discípulo se hermanaban por la tercera vez, mas en ésta, la suerte iba á ser adversa á Rodríguez. Don Simón, sin haber subido, iba á rodar y á ser víctima de su carácter, de su impaciencia y hasta de la edad, que trae siempre consigo el cansancio, las decepciones y el abandono moral.

Quería Don Simón fundar pueblos de republicanos, de ángeles, en la América libertada por su discípulo, y éste admiró y patrocinó el trascendental pensamiento. La primera escuela debía fundarse en Chuquisaca y el Libertador la patrocinaba

1 *O'Leary*—Narración—Tomo II.

con cuantos auxilios hubiera á la mano, bajo la gobernación del Mariscal Sucre. Pero prolongada serie de incidentes, de contrariedades y la falta de espíritu práctico, debían minar la empresa desde sus primeros días. Don Simón estaba sentenciado á ser víctima de la *pedagogía*.

Para un hombre de los quilates del Mariscal Sucre, al frente del gobierno del Alto Perú, después de Ayacucho, una recomendación de Bolívar era siempre una orden; mas al tratarse del venerado maestro, la orden se convertía en imposición. A pesar de la buena voluntad de Sucre, era imposible luchar con Don Simón y con su incógnita, fuera de todo estudio matemático, de toda lógica, de todo sentido práctico. "Confesaré á usted—escribe Sucre á Bolívar—que estoy descontento del sistema de Don Samuel; no hay rentas para pagar la multitud de empleados de cada colegio, según su plan; y se puede aplicar el refrán aquí de que todo el pescado se vuelve cabeza." (1) A poco Don Simón se presentó á los moradores de Chuquisaca con todas sus excentricidades, y aquéllos comenzaron á murmurar y á lanzar á los cuatro vientos cuantos dichos podía inventar la maledicencia. Al fin el Mariscal Sucre pide á Bolívar que le liberte de aquel loco de atar que había ya gastado doce mil pesos antes de comenzar á educar espíritus republicanos.

Amunátegui, el biógrafo de Simón Rodríguez, nos relata un hecho grotesco, percance que desagradó al vencedor en Ayacucho:

"Cierto día había sido invitado el Mariscal por Don Simón para una comida que había prepa-

1 *Memorias de O'Leary*—Correspondencia de Sucre. Carta de Chuquisaca de 27 de mayo de 1826.

rado en su obsequio. Cuando el ilustre General, acompañado de su Estado Mayor, se había presentado en el sitio designado, había notado con asombro que la mesa estaba cubierta, no de fuentes, sino de....esos tiestos que sirven para el uso menos poético de la vida. (Permítasenos que en honor de la decencia recurramos á esa figura de que tanto abusó el abate Delille.)

"Don Simón no tenía vajilla; para proveerse de ella, había ido á una tienda de loza, y habiendo visto una colección de esas cosas que no queremos nombrar, ó que cuando más nombraríamos en latín, si supiéramos cómo las llamaban los romanos, las había encontrado aparentes para su objeto y las había comprado. ¿Por qué se había de dar tanta importancia á la forma de los utensilios?

"Excusado nos parece advertir que Sucre y sus compañeros no fueron en esto de la opinión del dueño de la casa, y que no consintieron en probar bocado, aunque Don Simón les aseguró que aquellos tiestos se estrenaban por la vez primera.

"Este rasgo descubre lo que faltaba á Don Simón. Hombre de naturaleza incompleta, era capaz de concebir lo *útil*, pero no lo *bello*." (1)

Don Simón era ya un imposible en Chuquisaca, y la escuela fue cerrada. De Chuquisaca sigue á Lima. "Al describir á usted todas las locuras de este caballero—escribe Sucre á Bolívar—tendría que ser muy largo. Usted pensará que estoy muy enfadado con él, y no es así. Considero á Don Samuel un hombre muy instruido, benéfico cual nadie, desinteresado hasta lo sumo, y bueno por carácter y por sistema; pero le considero también

1 *Amunátegui*—Vida de Simón Rodríguez.

con una cabeza alborotada con ideas extravagantes, y con incapacidad para desempeñar el puésto que tiene bajo el plan que él dice y que yo no sé cuál es; porque diferentes veces le he pedido que me traiga por escrito el sistema que él quiere adoptar para que me sirva de regla, y en ocho meses no me lo ha podido presentar. Sólo en sus conversaciones dice hoy una cosa y mañana otra." (1)

Pero lo que más nos llama la atención en los pormenores de la peregrina empresa de Don Simón, son sus cartas á Bolívar, escritas en un lenguaje *sui generis* y con una familiaridad original. Una fechada en Chuquisaca, á 15 de julio de 1826, dice:

Chuquisaca: 15 de julio de 1826.

Amigo:

No he escrito á usted 1º: por que esperaba que usted viniese para el Congreso.—2º: porque quiero dejarlo en libertad para que piense lo que le parezca sobre la renuncia que he hecho del encargo que me hizo. Las explicaciones tienen siempre el aire de chismes, sobre todo cuando se hacen de lejos. No sé si usted se acuerda que estando en París, siempre tenía yo la culpa de cuanto sucedía á Toro, á Montúfar, á usted y á todos sus amigos; pues así he seguido desde entonces; ya tengo el lomo duro; y si he de decir lo que siento, me gusta tener la culpa para evitarme el trabajo de justificarme; no hay cosa más pesada para mí.

Mea culpa; el haberme encargado del Hospicio de Bogotá. *Mea culpa;* el haber sido Comisario bizcochero. *Mea máxima culpa;* el haberme metido de Director en Charcas.

1 *O'Leary*—Carta de Sucre á Bolívar de 10 de julio de 1826.

Sáqueme usted de aquí, enviándome con qué irme; lo que había de haber guardado para mí, lo he gastado con los muchachos creyendo que hacía bien; no me quejo; porque creo que he hecho bien, y si usted cree lo contrario, será como siempre, *mea culpa.*

Muriéndome estoy de fastidio aquí porque no tengo qué hacer; lléveme usted á la Costa y déjeme allí; por Dios, ya usted sabe cómo he vivido ¿en qué emplearé mi tiempo?

Aquí no hay un cuartillo; el carpintero francés que enganché en La Paz se ha entendido conmigo, y á mí no más ocurre; no tengo cosa de valor que vender, y le he dado una orden para que usted le haga pagar en Lima; por más que le he instado para que me espere, no quiere hacerlo alegándome (con razón) que le hago perjuicio en su tiempo.

Hasta la vista.

SIMÓN.

El nombre del carpintero francés es *Brutus Simon.*

¡Qué casualidad!....¡tres Simones en un negocio! así irá mi carta-libranza:

Señor don Simón:

Recomiendo á usted el maestro *Simón.*

SIMÓN.

La otra carta fechada en Oruro á 30 de setiembre de 1827, fotografía el carácter del maestro de Bolívar. Es un documento que sintetiza la historia de Rodríguez, desde su llegada á Colombia. Dice así:

Oruro: 30 de setiembre de 1827.

A *Bolívar*.

"Mas vale tener un amigo ilustre que muchos ordinarios" (decía un filósofo) refiriéndose, tal vez, al valor del amigo....á la cantidad ó calidad de protección que se podía esperar de él....Yo, de otro modo no veo, en la nombradía de un amigo, sino una corroboración de las ideas que me decidieron á reconocerlo por tal.

¡Muy sagrado es el nombre de la amistad! los necios lo prostituyen hasta el punto de reemplazar con él los tratamientos ordinarios.

"Señor"....sin ser viejo, "caballero"....sin ser noble *armado* ni *montado*,....se dice en la calle á todos...."Amigo"....reemplaza estos vocativos insignificantes, cuando hay familiaridad, confianza, cariño ó desprecio que mostrar al llamado.

La suma escrupulosidad con que examino el valor de los términos no me permite confundirlos.... *Amigo*, en mi concepto, es el que, simpatizando conmigo física, mental ó moralmente, se me declara afecto. Tengo por consiguiente tres especies de amigos que llamo *simples*, cuando no me los atraigo sino por una sola cualidad, y *compuestos* (dobles ó triples) cuando coincidimos en dos y en las tres.

En usted tengo un amigo *físico*, porque ambos somos inquietos, activos é infatigables—*mental*, porque nos gobiernan las mismas ideas—*moral*, porque nuestros humores, sentidos é ideas dirigen nuestras acciones al mismo fin....Que usted haya abrazado una profesión y yo otra, hace una diferencia de ejercicio, nó de obra.

Llenando para con usted los deberes de la amistad más consistente que pueda existir (que es la triple) he procedido en veinte y un meses de ausencia, desde que usted me dejó en Chuquisaca como procedí en veinte y un años, desde que usted me dejó en París, hasta que nos vimos en Lima....siempre con consecuencia....Invariable como mis principios, *nunca ha dejado Bolívar de ser á mis ojos el mismo.* La fortuna influye en la suerte de los hombres: pero no en su carácter; y los que dicen que *estados mudan costumbres,* por decir que *los hombres varían,* no advierten el error de su sentencia.

No varía el hombre con el estado....el que afirma lo contrario prueba que no lo observó bien en el estado anterior.

Por satisfacer á usted y por satisfacerme á mí mismo, me separé de usted en Bolivia....¡qué mal hizo usted en dejarme....! ¡y yo en no seguirlo! La obra que yo iba á emprender exigía la presencia de usted....y usted para consumar la suya necesitaba de mí.

Jactancia.... estúpida presunción, tal vez, parecerá el decir que la emancipación del Mediodía de América depende, para consolidarse, de la influencia de un hombre tan oscuro como yo....! ¡qué el héroe que pudo *solo* trazar y ejecutar el plan de una Independencia tan contestada por las armas, no puede *solo* establecer las bases de una libertad á que nadie parece oponerse!.... Pero no es jactancia.. . no es presunción. Sólo Bolívar puede dar á mis ideas su verdadero valor, y hacer á mis pretensiones la justicia que merecen, y como es á Bolívar á quien hablo, omito por inútil, alegar lo que para convencer á otro sería necesario.

Dos ensayos llevo hechos en América, y nadie

ha traslucido el espíritu de mi plan. En Bogotá hice algo y apenas me entendieron; en Chuquisaca hice más y me entendieron menos; al verme recoger niños pobres, unos piensan que mi intención es hacerme llevar al cielo por los huérfanos,.... y otros que conspiro á desmoralizarlos para que me acompañen al infierno. Sólo usted sabe, porque lo ve como yo, que para hacer repúblicas, es menester gente nueva; y que de la que se llama *decente* lo que más se puede conseguir es el que no ofenda.

Pueda ser que la fortuna me ayude al fin.... (y usted ha de ser mi reina de España). De Cristóbal Colón se burlaron porque prometió una nueva tierra; por deshacerse de él le dieron unos barcos viejos; después los europeos se disputaron el honor del descubrimiento; y ahora matan á los americanos por quitarles lo que antes llamaron sueño. ¿Quién sabe si después que yo haya presentado á los Congresos de América los rumbos de una libertad que andan buscando en vano, no sale por ahí un Vespucio dando su nombre á mi nuevo mundo!

Viéndome comprometido con usted, conmigo mismo y con Bolivia en la obra que usted me confió.... procedí. Mis conocimientos se descubrieron en las primeras providencias que tomé—mi activad hizo aparecer, en el corto espacio de cuatro meses, el bosquejo de un plan ejecutado ya en sus primeros trazos—y mi prudencia venció las dificultades que opinan, por una parte las gentes con quienes obraba, y por otra las que por sostener sus opiniones ó por ejercitar su malignidad, se empleaban en desanimar, desaprobar, ridiculizar, etc.; llegó el atrevimiento de un clérigo á términos de insultarme groseramente en su casa. Todo lo soporté; pero no pude

sufrir la desaprobación del Gobierno y mucho menos el que me reprendiese en público. ¡A mí, desairarme!....¡reprenderme!....¡A mí!....Ni usted..y digo todo con esto. Me retiré á mi casa, y con la inacción y el silencio respondí. A un sargento que va á buscar forraje se le pone arrestado si en lugar de veinte quintales trae cuarenta.... A mí se me escribe, se me consulta, y si algo parece fuera del orden, se me dice privadamente, midiendo las expresiones para no ofender mi delicadeza. Yo no era un empleadillo adocenado de los que obstruyen las antecámaras; yo era el brazo derecho del Gobierno; yo era el hombre que usted había honrado y recomendado en público repetidas veces; yo estaba encargado de dar ideas, no de recibirlas; yo me había ofrecido á concurrir con mis conocimientos y con mi persona á la creación de un Estado, no á someterme á formulillas, providencillas ni decritillos—en fin, yo no era ni Secretario, ni amanuense, ni Ministro, ni alguacil. Santander y Umaña me comprometieron con la gente de mostrador y de ruana en Bogotá, y porque las evité dijeron que yo *todo lo había echado á rodar*. En Chuquisaca, Sucre me reprende como á un lacayo.... No sé lo que habrá dicho porque me salí de su palacio sin darle ni pedirle cuentas. Es muy regular que la satisfación que haya dado á usted haya sido mi acusación. Me ha tratado de *caprichoso*.... Debo perdonárselo porque no sabe ó no quiere distinguir de sentimientos ni de acciones: *caprichoso* es el *necio*....*firme* es el hombre *sensato*.... el capricho se sostiene con la *terquedad*—la *firmeza* es propia de la *razón*.

No he querido escribir á usted por no dar el menor indicio de que intentaba disculparme. A esta bajeza descienden los súbditos, no los amigos. Vein-

te y un meses he dado de plazo para que me inculpe y acuse quien quiera—á usted para que juzgue—y á mí para hacer una prueba que me interesa infinito....la de la amistad de usted, si por casualidad un momento de olvido ó de viveza ha podido deponerme del rango que tan dignamente he ocupado por tantos años en el concepto de usted. Los mismos veinte y un meses de silencio le habrán sido bastante para ocultar una debilidad; y que no sepa yo que Simón Bolívar pudo, por un instante, posponer mi mérito al mérito más relevante del mundo. El amor es muy delicado—la amistad lo es más aun, y en el hombre sensible estos sentimientos son de una delicadeza extrema—la menor sospecha es una mancha indeleble. Porque soy incapaz de perdonar una injuria, no quiero saber que me han ofendido; es cuanta generosidad puede esperar de mí una amante ó un amigo.

No por dar á usted nuevas pruebas de mi adhesión á su persona sino por llenarlo de satisfacción, le diré que en honor de usted, me he reducido á la última miseria. El sueldo que usted señaló á la empresa lo gasté en ella. No saqué de mi servicio otro provecho que el de comer con la gente que había recogido, y el de vivir en la misma casa por algunos meses.

Estando yo en Cochabamba para establecer las escuelas, un abogado indecente que hacía de Prefecto en Chuquisaca, deshizo cuanto yo había hecho. A la vuelta me sitió una caterva de acreedores por deudas, que el encargado del establecimiento, durante mi ausencia, había contraido para mantener la gente con consentimiento del General Sucre por boca de Infante. Dí cuanto tenía, vendí mis libros, mi poca plata labrada y hasta ropa, y no me alcanzó para cubrir; quise trabajar y no pude por

falta de capital. Infante me prestó 300 pesos, Sucre 500, y la mayor parte fue para pagar; me cojen las aguas en Chuquisaca, y paso mil trabajos por falta de dinero; me presta un abogado 200 pesos para irme á Lima y, al llegar á Oruro, veo el mal estado de los negocios públicos en el Perú; el señor Vidaurre insultando á usted en los diarios y persiguiendo á cuantos le son adictos. Me detengo en Oruro, se me acaba el dinero del viaje, el abogado me demanda por sus 200 pesos, etc., etc., etc. porque sería largo.

En medio de éstos conflictos recibo carta del Coronel Althans llamándome á Arequipa, y ofreciéndome el empleo que quiera en servicio de la república. Ya antes me había llamado Gamarra al Cuzco, y para el viaje me había enviado 500 pesos. A ambos he respondido que no quiero servir á ningún gobierno; y que aunque desearía pasar al Perú para ocuparme en algún ramo de industria y subsistir mientras pueda irme á Colombia, no me resuelvo á entrar en un país, donde estoy seguro de tener disgustos y de acarrearme probablemente extorsiones, si no me incorporo en el gremio de los enemigos de usted. Yo llevo por sistema el nunca desmentir mi carácter; cualesquiera que sean las circunstancias en que me halle, he de obrar según mis principios; evitaré el comprometerme, y sobre todo el sacrificarme inútilmente; pero hacer yo, ó decir algo contra mis sentimientes por complacer.... no lo haré nunca. Tal vez por salvar mi persona me contradiría.... no quiero exponerme á tal deshonra.

Me han propuesto llevarme á Méjico, ¿qué voy yo á hacer en América sin usted? Mi viaje desde Londres fue por ver á usted y por ayudarlo, si podía; mis últimos años, (que han de ser ya po-

cos) los quiero emplear en seguir la causa de la Libertad....para esto tengo escrito ya mucho.... pero ha de ser con el apoyo de usted....si no.... me volveré á Europa, donde sé vivir y donde nada temo.]

Considere usted á un hombre de mis ideas y de mis intenciones paseándose en esta Palmira del Alto Perú meditando sobre las tapias que han abandonado los mineros, sin poder pasar adelante ni volver atrás, sin tener en qué ocuparse ni qué comer....y bendiga usted si quiere la suerte de los hombres de bien.

Aquí soy un cero llenando un vacío; al lado de usted haría una función importante, porque usted valdría diez. Mientras usted conserve algún poder tendrá muchos amigos, y á centenares quienes le sirvan por servirse á sí mismos; no sé, si usted cayese en desgracia, quién sería su Bertrand. Yo no busco en usted protección como poderoso, sino consuelo como amigo. Si usted continúa influyendo en los negocios públicos soy capaz de hacer, y deseo hacer lo que ninguno (sea quien fuere) por el bien de la causa y por honor de usted....y si por desgracia de la América tuviese usted que retirarse á algún Santa Helena, lo seguiría gustosísimo. Más honor habría en desterrarse con un héroe que no quiso ser rey, que con un hombre que, por hacerse rey, dejó de ser héroe.

Sucre y otros me han dicho muchas veces que reclame el sueldo por el tiempo que serví: y yo les he respondido que usted no me había traido consigo para darme títulos ni rentas; que por hacer un gran favor al país me había dejado dirigiendo su economía; que los 6.000 pesos no se habían señalado para mi bolsa, sino para el empleo, que era más dispendioso; no he querido tomar ni

un real. Para pagar, como he dicho arriba, deudas que no eran mías y para mantenerme escasamente me he adeudado:

A Infante le debo......................	$ 300
A Sucre................................	500
A un pintor francés....................	800
Al General Gamarra.....................	500
A un abogado, por el precio corriente de unos billetes....................... (pero éstos suben cada día.)	200
Al carpintero francés que tomé en La Paz por orden de usted para maestro en el establecimiento y que el General Sucre dijo ser muy caro por 5 pesos diarios, cuando él mismo ha pagado después 3 pesos y medio á oficiales muy inferiores para refaccionar el Colegio Junín........................	900
	$ 3.200

No sé lo que deberé de aquí á la respuesta de usted para subsistir, ni lo que me costará el viaje por mar y por tierra. Si usted me envía con que pagar y viajar me iré—si no, me pondrán preso, me soltarán para que trabaje y pague, y la suerte hará el resto. En buenos trapos me veo al fin de mi vida por haberme metido á servir al público sin armas.

El señor Don Lucas de La Cotera se encarga de dirigir esta carta á usted y me ofrece darme aquí lo que usted le mande que me dé bajo su simple orden.

Adiós.

SIMÓN RODRÍGUEZ.

Así corrían los años y Don Simón, de ciudad en ciudad, buscaba sus reyes católicos y sus protectores para la realización de su empresa, cuando muere El Libertador en 17 de diciembre de 1830. Tal acontecimiento fue para Don Simón un golpe mortal. "Murió Bolívar! exclamaba Don Simón: desde entonces yo vivo vagando en el olvido. Murió Bolívar! y el proyecto de República se sepultó con él. Bolívar, el único, según Rodríguez, que hubiese comprendido su sistema, había dejado de existir. El Libertador de Colombia había tenido sucesores en el poder, pero no en la cooperación que había ofrecido á su maestro." (1)

De Chuquisaca había seguido á Lima, de Lima á Oruro y otros lugares, hasta que se establece en Valparaiso, donde vivía en 1840. Aquí abandona la pedagogía y se hace fabricante de velas. En Valparaiso, en cierta ocasión, viene á visitarle un extranjero notable que por casualidad llegaba á aquella ciudad: era el holandés Vandel-Heyl. Después de ilustrada conversación, el extranjero le dice:

—Usted es un ejemplo más de la contradicción que casi siempre existe entre los principios y la conducta de los filósofos.

—Tiene usted razón, replicó Don Simón; yo, que desearía hacer de la tierra un paraíso para todos, la convierto en un infierno para mí. Pero ¿qué quiere usted? La libertad me es más querida que el bienestar. He encontrado entretanto el medio de recobrar mi independencia y de continuar *alumbrando* á la América. Voy á fabricar velas. La profesión de velero es más noble de lo que á primera vista podría parecer. En el siglo de las *luces* ¿qué

1 *Amunátegui*—Obra citada.

ocupación puede haber más honrosa que fabricarlas y venderlas?

Efectivamente, á los pocos días Don Simón Rodríguez, que, según el testimonio de Vandel-Heyl, había aprendido bajo la dirección de los más ilustres profesores de la Francia la física, la química, la geología y tantas otras ciencias, estaba asociado á un fabricante de velas en Valparaiso, y había cambiado por la industria la carrera del preceptorado, como nos dice el biógrafo chileno.

Él mismo se reía de su extraña metamorfosis, y decía que podía inscribirse en la puerta de su casa como en la portada de sus libros:

Luces y virtudes americanas.

esto es, velas de sebo, paciencia, jabón, resignación, cola fuerte, amor al trabajo."

Todavía, después de haber rodado por las costas occidentales de la América del Sud, Don Simón vivió catorce años más, pues murió en Huaymas, (Perú) en marzo de 1854, á los veinte y cuatro años de haber bajado á la tumba su ilustre discípulo, El Libertador Bolívar.

¿Cuál fue el plan de estudios que preocupó durante tantos años, el espíritu de Don Simón, y le acompañó hasta la tumba? De este bello ideal del maestro de Bolívar sólo fueron publicadas la introducción de la obra, en 1828, que él llamó prodromo, y la introducción de la cuarta parte, años más tarde. El texto permaneció inédito é invisible, á semejanza de esos grandes poemas que de vez en cuando anuncian las hojas periódicas, y de los cuales sólo se da á la estampa la introducción. Lo demás es una incógnita.

Soñó Don Simón con la noble idea de formar espíritus republicanos, como complemento á la obra

de su poderoso discípulo, y dió calor á su pensamiento que fue cambiando de forma y de tendencias. Don Simón era kaleidoscopista. Muy bello en la teoría, apareció á todo el mundo el pensamiento de formar ciudadanos ángeles, sobre todo, en países de origen español; pero muy difícil apareció el proyecto al ponerlo en práctica. Don Simón quiso reformar la sociedad moderna con los delirios de una imaginación exaltada, y sólo construyó la roca donde el Nuevo Prometeo debía ser devorado por el buitre de la mentira, de los desengaños, de la realidad, más feroz que el buitre carnicero del mito griego.

Sin embargo, en medio de la fantasmagoría de pensamientos y de propósitos, que llenaron la prolongada existencia del mentor de Bolívar, si hay en esta labor algo ó mucho de incomprensible, hay mucho que admirar, no sólo de cuanto se roza con el estudio de la historia, sino igualmente con el estudio de los pueblos modernos. La siguiente página que comprende la introducción de la obra, podrá dar idea del plan general del autor.

SOCIEDADES AMERICANAS EN 1828

Cómo serán y cómo podrían ser en los siglos venideros.

(EPÍGRAFE)

En esto han de pensar los americanos, no en pelear unos con otros,

TEMA

Las sociedades han llegado á su pubertad: ni pueden ser monárquicas como lo eran, ni republicanas como se pretende que lo sean.

Dedúcese que deben gobernarse sin Reyes y sin Congresos; advirtiendo que.... Monarquía republicana ó República monárquica, no es la resultante que se pretende determinar: no es tampoco el gobierno democrático de algunos pueblos de la antigüedad.

DIVISIÓN DE LA OBRA

1ª *parte—El suelo y sus habitantes.—Estado económico, moral, civil y político—Necesidad de una reforma.*

2ª *parte—Medios de reforma que se han tentado hasta aquí—Su insuficiencia.*

3ª *parte—Nuevo plan de reforma.*

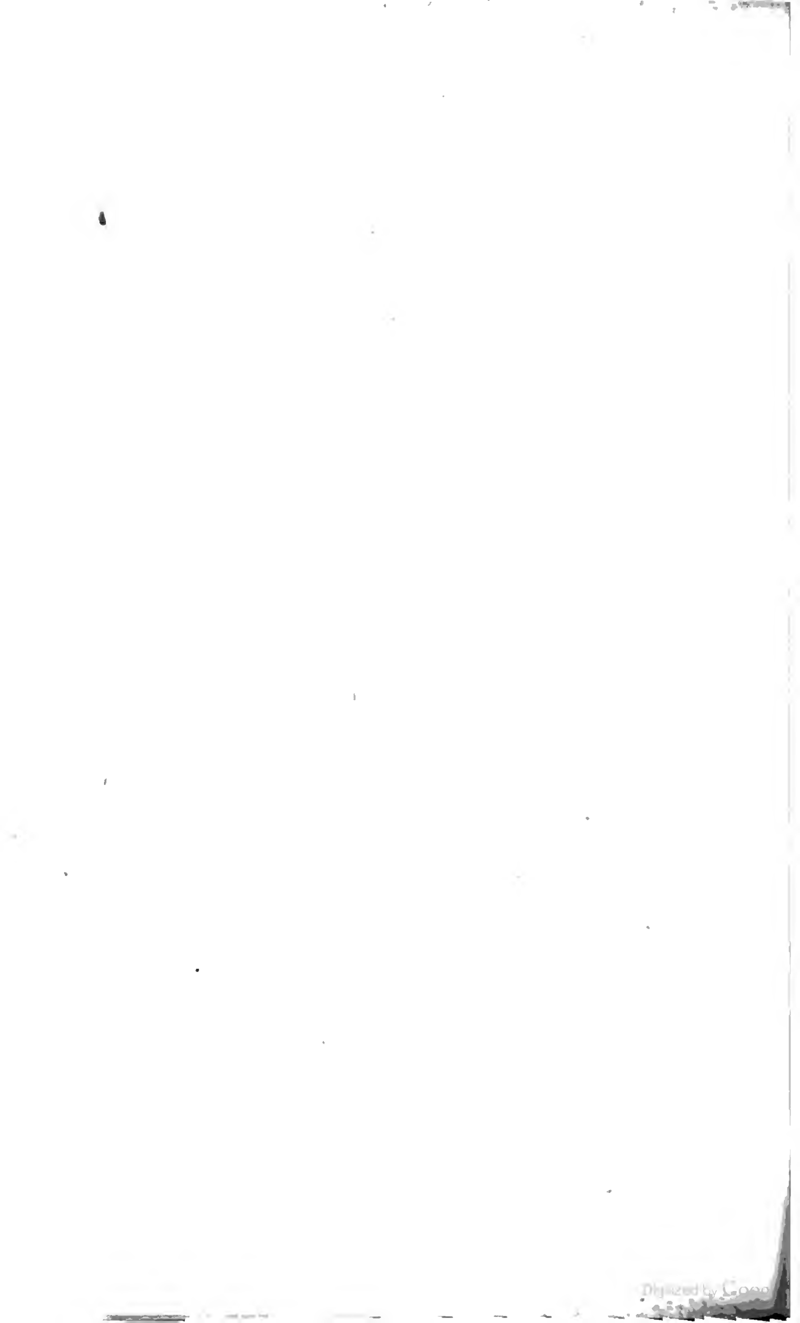
4ª *parte—Medios que se deben emplear en la reforma—Métodos y modos de proceder en los métodos.*

Acerca de este proyecto nos da Amunátegui en las siguientes líneas la opinión que tuvo respecto de Don Simón Rodríguez:

"Muchos de los filósofos de la antigüedad no son más sabios que Don Simón Rodríguez, que nos recuerda á Diógenes por sus costumbres y carácter. Muchos de los socialistas modernos han emitido ideas cuya prioridad pudiera vindicar el pensador americano. Considerado bajo este punto de vista, nos parece que bien pudieran dedicarse unas cuantas líneas á un individuo que puede colocarse sin mengua al lado de tantos otros, acerca de cuyos sistemas se han escrito volúmenes sobre volúmenes."

Cuán profundo el abismo que medió entre el discípulo y el maestro!

Bolívar llevó á feliz remate su bello ideal: fue una obra que necesitó de las fuerzas y virtudes del genio: fundó la República. Don Simón, á pesar de su talento y de su constancia, no pudo pasar de la introducción. Quiso cambiar la faz de la sociedad moderna, formar *ciudadanos*, y fue cogido en sus propias redes. El uno fue genio, visionario, profeta—el otro fue utopista, soñador, monomaniaco.



EL JEFE DE LOS DESOLLADORES

—

(SILUETA DE LA GUERRA A MUERTE

—

En el grupo que constituyen los famosos asesinos de la *guerra á muerte*, durante la época aciaga de 1812 á 1815, al lado de Suazola, Zerbery, Antoñanzas, Puy, Ñañez, Boves, está aquel celebérrimo Rosete que inmortalizó su nombre en los valles del Tuy, en 1814, y dejó su cadáver en el campo del Juncal, en 1816. Como asesino, no le fue en zaga á Suazola, jefe de los desorejadores, ni á Zerbery, siempre al frente de los azotadores, de quienes ya hemos hablado, pues como director de los desolladores á él le cupo la mayor gloria en este género de tortura.

Pero no se crea por esto que el preferir cada uno de ellos cierto género de tortura, de acuerdo con instintos particulares y determinadas inclinaciones protervas, los excluía de la necesidad de ejercer el crimen en todas sus variantes. Para cada uno de ellos, como ya dejamos asentado, la voluptuosidad del asesinato exigía la satisfacción de todos los

caprichos imaginables, en el *modus operandi*, como las mutilaciones, el desorejamiento, el desollamiento y otras torturas, que no extinguían de pronto la vida. Cuando quedaba consumado el deléite, entonces la muerte venía de cualquier manera: era el remate de un acto más ó menos prolongado de sufrimientos y vejaciones inauditas.

Francisco Rosete, hijo de las Islas Canarias, era un miserable pulpero en el pueblecito, también miserable, de Taguay, cerca de Camatagua. Allí estuvo sostenido, escribe Austria, por la beneficencia de los vecinos más que de los productos de su industria. Su calidad de español le brindó la ocasión de que el primer asesino de los llanos, Antoñanzas, en su incursión por allí, el año de 1812, le confiara el mando del pueblo de Camatagua; y desde entonces, este hombre soez y malvado, no pensó más que en distinguirse como el más cruel perseguidor de los patriotas, y á la cabeza de una partida de bandidos, nó cesó de hostilizar bárbaramente á Orituco, Camatagua, Taguay y otros pueblos y vecindarios situados al Sud de la Cordillera. (1)

Antes de esta fecha, ya Rosete había militado como soldado de caballería, en la campaña de Miranda—1811 á 1812. Perdida ésta, tornó á Taguay donde le encontró Antoñanzas y le agregó al grupo de los seides de Monteverde, todos ellos célebres en los fastos del crimen. De esta manera cambiaba la vida incierta y penosa del ventorrillero, por la del conquistador, que le proporcionaba las riquezas del botín y del saqueo.

¿Quién era Rosete? Veamos el retrato que de este monstruo nos ha dejado el historiador González:

1 *Austria*.—Bosquejo histórico.

"Un Jefe indigno de las turbas que guiaba sin mandarlas. Rechoncho, de una blancura sucia, de andar convulsivo, coronábale una calva innoble; dos ojos desiguales y saltados, acechaban desde sus sienes, y arrojaba de los abismos de su pestilente boca, amenazas y blasfemias. El crimen abyecto había encontrado su figura: el delirante, el bufón, el energúmeno, el ebrio, tenía cóleras frenéticas y sanguinarias; los cuervos le seguían por el olor....." (1)

Durante la campaña de 1813, Rosete permanece oculto, siempre temeroso de ser perseguido por los patriotas, á quienes tanto ultrajó durante la época de Monteverde Al presentarse los primeros días de 1814, el bandido cobra bríos y encuentra protección en Boves. No era esto poco en aquella época de exterminio y de sangre, donde para alcanzar protección de un hombre como Boves, se necesitaba haber dado pruebas prácticas de no poseer ninguna virtud, y sí, instintos salvajes y sed de sangre y de oro. Boves le encontró apto para emplearlo como oficial que cumpliera al pie de la letra las órdenes de su Jefe; es decir, azotar los pueblos cercanos á Caracas, infundir en sus familias el espanto, hacerse de los malos venezolanos que militaran con los patriotas; talar, asesinar, incendiar, y reducir á cenizas cuanto estuviera á su alcance. De esta manera, Boves podía llegar á la capital y entrar en ella como vencedor en un momento de sorpresa. Aquél le había señalado á Rosete, como centro de operaciones, los valles que fertiliza el Tuy, que el asturiano consideraba necesario poseerlos antes de avanzar sobre la capital.

Acompañado de bandoleros esclavos que habían

1 *González.*—Biografía de Ribas.

hallado protección en las filas españolas, de lo más soez, vil, infame, de cuanto pudo haber á las manos, Rosete emprende su campaña sobre el pueblo de Ocumare, en febrero de 1814. Tales eran sus tropas, bandadas de espíritus infernales, ante las cuales figuraba él sólo como Jefe, seguido de su segundo, isleño tan malo como él, á quien conocían con el apodo de el *Niño Arico*, el cual, no pudiendo excederle en maldad, se contentaba con igualarle.

La matanza de Rosete en Ocumare, en dos ocasiones, en febrero y en marzo de 1814, constituye uno de los sucesos más horrendos de la guerra á muerte en Venezuela. Es una serie de escenas de difícil narración, por la aglomeración de incidentes y la variedad de horrores que las caracterizan.

Suponeos una turba desenfrenada de hombres desalmados, sin religión, sin familia, sin patria; devorada por los instintos del pillaje, del asesinato, de la lujuria, de la venganza, de la rapiña; armados del puñal y de la tea, al mando de un Jefe que les concede amplia licencia para satisfacer todos los apetitos imaginables. Suponeos esta turba famélica, en posesión de un poblado indefenso, rendido, que clama piedad y eleva sus preces al Dios de las misericordias, al verse entregado á saco y á la muerte. Por un lado vese á los desgraciados, á las madres, á los niños, á los ancianos, á los enfermos que gritan, lloran, suplican, se desesperan al ser testigos y víctimas de la matanza que mancha de sangre, casas, calles, plazas, templos. Por el otro, vese á la turba que sacrifica sin piedad, que grita, se ríe, aplaude; es vencedora. Si el brazo sacrifica víctimas, la boca vomita maldiciones y obscenidades. Al saqueo ha seguido la destrucción, á la destrucción el incendio. Tal fue el triunfo de Rosete.

Pasead ahora la mirada sobre este campo de desolación, y por todas partes, en las casas, ventanas, puertas, calles, plazas, templos, tropezaréis con fragmentos de cuerpos humanos, con manchas de sangre, con despojos informes, con escenas repelentes. Aquí un brazo, allá una pierna, más allá cuerpos descabezados; cadáveres de hombres y mujeres que fueron desollados. La crápula y el asesinato no tuvieron jamás orgía más pavorosa y prolongada. Tal fue el triunfo de Rosete.

Leamos ahora el oficio del Padre Juan de Orta, al Provisor y Vicario general, fechado en Ocumare el 22 de febrero de 1814. Dice así:

"Pongo en noticia de U. S. cómo el 11 del corriente fue atacada esta plaza por una multitud de foragidos, acaudillados por el bárbaro y sanguinario Rosete. Tuvo la desgracia de sucumbir de tal modo que sus consecuencias exasperan el espíritu humano. Sobre trescientos cadáveres de aquellas primeras personas de representación y adhesión á nuestra libertad, cubren las calles, fosos y montes de su inmediación. El clamor de las viudas y de los huérfanos es tan general como irremediable; pues todo el pueblo fue robado y saqueado hasta no dejar cosa alguna útil, necesaria al descanso, conservación y comodidad de la vida. El corazón menos sensible y cristiano no puede ver sin dolor el cuadro triste y pavoroso que dejó trazado la barbarie y rapacidad de unos inauditos, y que serán el oprobio y degradación de la naturaleza racional.

"Pero no es esto solo lo que asombra y horroriza: el Santuario del Dios vivo fué violado con el mayor escándalo é impiedad. La sangre de tres víc-

timas inocentes acogidas á su inmunidad sagrada, riegan todo el pavimento; José Ignacio Machillanda en el Coro; José Antonio Rolo, en medio de la nave principal; y Juan Díaz, en el Altar Mayor. Sus puertas todas cerradas con cuatro Sacerdotes, que unidos á todo el bello sexo dirigían sus votos al Altísimo, fueron desarrajadas con hachas; y en entrando en él, hicieron otro tanto con las arcas que guardaban las vestiduras sagradas.".............

Varias narraciones de estos hechos llenan la *Gaceta de Caracas*, en aquellos días fatídicos:

"Hemos visto despedazados los delicados miembros del infante, hemos reconocido los despojos sangrientos del anciano, un tronco descabezado envuelto en el hábito eclesiástico"........................

"¿Qué habéis hecho de las mujeres del Tuy? Confundidas con los demás, sus cadáveres retratan sus tormentos, los indicios detestables de vuestra brutalidad. La indignación no permite seguiros en la interminable carrera de vuestras atrocidades, de vuestro impúdico desenfreno. No imploro vuestro furor; pero para referir vuestros excesos, necesitaria la insensibilidad que teneís para ejecutarlos"..

"El seno virginal mutilado; el anciano y el sacerdote arrastrados por los cabellos; los ojos y las entrañas del niño arrancados; el labrador desollado; los síntomas del veneno sobre otros: he aquí las crueles torturas que el genio español ha inventado"....................................

"La presencia del crimen y de la desgracia, arroyos de sangre, cadáveres insepultos y mutilados, troncos de niños, ancianos y mujeres; puertas, ventanas, muebles, despedazados; el templo de Dios vivo profanado, sus puertas hechas pedazos con el

hacha homicida, sus naves salpicadas con sangre inocente; sus altares ¡qué horror! ¡qué abominación! el lugar destinado al suplicio de las víctimas que sacrificó con su sacrílega mano el feroz é inmoral Rosete. Tal es el espectáculo horroroso que he presenciado al llegar al desgraciado pueblo de Ocumare." ....

"El corazón palpita; la humanidad gime: la mano tiembla al trazar el sanguinoso, el horrible cuadro de un pueblo infeliz entregado á la llama, al saqueo, á la torpe brutalidad de unos monstruos... para sellar después el crimen con la sangre de las mismas víctimas....El padre oía los gritos penetrantes de la hija sacrificada á su vista y extendía sus brazos paternales para recoger sus últimos suspiros y recibir el golpe funesto que conducía á entrambos al sepulcro. El esposo veía á la esposa entre los brazos del asesino que le arrancaba á un tiempo el honor y la vida. El inocente niño huía despavorido; mas no escapaba á la mano sanguinaria que había jurado el exterminio de los habitantes de aquel pueblo infeliz. En vano huye el anciano inerme y busca un asilo en la casa del Dios de los cristianos: el español Rosete le persigue hasta el pie mismo del Ara sacrosanta. Allí le inmola, y riega el santuario con sangre americana. Infame, detestable español: el Sér Supremo, cuyo templo has profanado, y que ha presenciado tus crímenes horribles, con su dedo inmortal ya ha señalado el momento de tu ruina. Los manes de las víctimas invocan la venganza. Antoñanzas, Suazola, Martínez, expiaron ya sus enormes atentados; y qué ¿podrá escapar á la venganza de los cielos y al furor del brazo americano, el asesino de tantos inocentes? Las espantosas escenas que se vieron en el descubrimiento de América; aquellas escenas de

sangre que presentaban pueblos enteros de indios inermes, sacrificados á la rabia española, se han vuelto á ver de nuevo sobre el teatro del mundo". (1)

Así escribíase en aquellos días, cuando á las matanzas de Ocumare, siguieron la ejecución de los ochocientos prisioneros en Caracas y La Guaira. *Diente por diente y ojo por ojo!*

Al tenerse en Caracas noticia de todos los asesinatos de Ocumare, el General Ribas sale en defensa de aquellas poblaciones: Rosete, al saberlo, se atrinchera en San Francisco de Yare, temeroso al nuevo enemigo. Inútil le fue parapetarse al pulpero ruín, escribe González: cargó sobre él Ribas con impetuosa cólera, y el asesino perezoso y torpe se escapó difícilmente por en medio de los bosques, protegido por la noche. El vencedor pasó por las armas á cuantos prisioneros cayeron en sus manos, y favoreció á los desgraciados que habían tenido que abandonar sus casas.

Tras esta devastación, hay dos juramentos que la historia debe conocer, pues caracterizan aquellos días de sangre y de fuego.

En su parte de 21 de febrero de 1814, el General Ribas dice al Jefe militar de Caracas, General Arismendi, lo que sigue:

"Al participar á US. los horrores que he presenciado en este pueblo, al mismo tiempo que me estremezco de compasión, me hace jurar un odio implacable á la ferocidad de los carnívoros españoles: el nombre de esa nación siempre bárbara, debe grabarse en el corazón de los americanos, para que nuestras futuras generaciones la

1 *Gaceta de Caracas.*—Números de febrero, marzo y abril de 1814.

vean con la execración mayor. Más de trescientas víctimas inocentes han sacrificado á su ambición, entre ellas una tercera parte del bello sexo, y niños: montones de cadáveres y de hombres despedazados es el espectáculo único con que han dejado adornadas las miserables calles y plaza de este pueblo: con troncos y miembros humanos mutilados, han empedrado sus calles, haciendo presenciar al marido la muerte de la esposa; á la madre la muerte del hijo, descargando después el acero sobre ellos, sin permitirles siquiera el recibir los auxilios espirituales por más que los miserables clamaban por este solo bien. Los excesos cometidos en la villa de Aragua, en San Juan de los Morros, y en otras partes de nuestras provincias, solo habían bosquejado en ellos lo que debían poner en ejecución en este desgraciado pueblo.

"La sangre americana es preciso vengarla. Las víctimas de Ocumare claman á todos los que tienen el honor de mandar los países libres de América. Yo reitero mi juramento, y ofrezco que no perdonaré medios de castigar y exterminar esta raza malvada."

A su turno Arismendi hace en Caracas, un día después, el siguiente juramento:

"Os juro, caraqueños, que yo, horrorizado de tantas maldades, no perdonaré jamás á ningún español enemigo: su sangre será vertida por mis órdenes, porque sé que será grata á la sombra de las víctimas americanas inmoladas á su furor atroz, mientras que tenga el honor de mandar á esta ú otra provincia; seguro de que el General Libertador se halla animado de los mismos deseos." (1)

1 Estos juramentos figuran en la *Gaceta de Caracas* de 24 de febrero de 1814.

El 6 de marzo vuelve Rosete sobre el pueblo de Ocumare que estaba entonces bajo el mando del respetable oficial Don Pedro de la Vega. Juzgó éste que no pudiendo oponerse al bandido que arremetía con fuerzas numerosas, era más provechoso para los habitantes entrar en transacciones, y con este objeto propone á Rosete una capitulación que éste acepta. Establecidas las bases, se redacta el documento en el templo del pueblo, y concluido y firmado es colocado bajo la custodia del altar, como para darle al acto cierto carácter sagrado que impusiera al feroz asesino; mas no sucedió así. El señor de la Vega invitó á Rosete á que le acompañara á almorzar en la casa de su familia, y por primera vez, en su vida, éste se encuentra sentado en una mesa de caballeros y de señoras de lo más selecto de Caracas; pero ni la santidad de la custodia, ni la decencia de la familia Vega, pudieron moderar los ímpetus salvajes de aquella pantera de forma humana.

El almuerzo comenzó bien, y todo auguraba feliz resultado, cuando Rosete, dominado por sus instintos, quiso ultrajar á la respetable concurrencia de la mesa. Comienza, desde su asiento, á lanzar sobre el rostro de señores y señoras bolitas de pan, en ademán burlesco. Las primeras fueron aceptadas, aunque el señor de la Vega manifestó repugnancia al juego; mas cuando la chanza continuó con las señoras, una de éstas armada de dignidad, se le encara al asesino, lo apostrofa, y éste se levanta al instante de la mesa, sigue á la plaza y manda formar su tropa. El señor de la Vega huye y trata de escaparse en direccion del sitio campestre más cercano, y los demás invitados le imitan. Desde aquel fatal momento Rosete torna á su carrera de crímenes, sacrifica á Don Diego

Hurtado y á Doña Juana Aresteigueta, hace desollar la espalda y las plantas de los pies á Don Domingo Mancó, le obliga á andar en derredor de la plaza del pueblo, y en seguida le asesina. Eran los momentos en que el venerable Vega, alcanzado por una patrulla de Rosete, era igualmente sacrificado.

Rosete decreta la libertad de los esclavos, degüella, asesina, tala, incendia, que él no podía ser feliz sino dando rienda á sus pasiones depravadas. Eran aquellas escenas de espanto y de desolación, las últimas del horrible drama de Ocumare.

Cuando llega á la capital la triste nueva, el General Arismendi, acompañado de una gran porción de la juventud de Caracas, sale contra el bandido; pero desgraciado anduvo el héroe de Margarita. En estos momentos fue cuando el General Ribas, enfermo, se hizo poner en un coy y acompañado de un médico marchó con tropas entusiastas hacia los valles del Tuy.

"Convenía á Rosete esperarle en la sabana, donde habría podido maniobrar su caballería; pero el soñoliento monstruo se parapetó en el pueblo, é informado del hombre que iba á caer sobre él, pensó en la fuga mucho más que en el combate. Ribas comenzó por sorprenderlos con la música que llevó de Caracas, cuyos ecos guerreros llevaron el terror á sus corazones. Las llamas que rodearon pronto á los bandidos en sus trincheras, los gritos de victoria que los ensordecían, las hábiles disposiciones del heróico Jefe, el valor de la juventud, orgullosa bajo las órdenes del vencedor de La Victoria, pusieron en vergonzosa fuga, á los hijos de la noche y del crimen. El Coronel Mariano Montilla, persiguiendo á Rosete por el camino de los Pilones, se encontrará con la vanguardia del ejército de

Oriente que llega á tiempo al socorro de Bolívar." (1)

Rosete se ha escapado como en la vez primera; pero el cielo reserva la venganza y sabrá oir los clamores de las tumbas. Pronto desaparecerá Boves en Urica, y ginete y caballo caerán por tierra: pronto morirá Rosete en el campo glorioso del Juncal. *Diente por diente y ojo por ojo!*

Imposibilitado Rosete para continuar contra los valles del Tuy, logra unirse al ejército de Boves. Con las tropas de González, avanzada de aquél, entra á Caracas y tiene la osadía de exigir al prelado Coll y Prat el corazón de Girardot, enterrado en la Metropolitana. Tanto descaro fue despreciado por él Arzobispo. Más tarde, éste ampara al famoso asesino, cuando, en una de sus constantes tropelías, estuvo á punto de ser víctima de uno de sus colegas. Muerto Boves, á quien acompañaba Rosete después que aquél dejó á Caracas, se une á las tropas de Morales.

No es el degüello de Ocumare en febrero y marzo de 1814, el hecho más execrable del famoso desollador, lo único que constituye la protervia de este aborto de la naturaleza, que ya figuraba en unión de Ceballos y de Ñañes, en el infernal triunvirato de los herradores. Por los equipajes, correspondencia, elementos de guerra cogidos por los patriotas á estos Jefes realistas, pudo conocerse la idea infernal que dominaba á estos espíritus, en aquella época de sangre y de exterminio. El triunvirato se había propuesto herrar á los prisioneros patriotas, que quedarían, no como tales, sino como esclavos. Así retrocedíamos á los días de la conquista castellana, cuando en las costas de Cu-

1 *González*—Obra citada.

bagua, esta primera colonia castellana en las regiones orientales de Venezuela, los españoles herraban en la espalda á los indios lucayos, guaiqueríes y cumanagotos, que en seguida vendían en los mercados antillanos. Los patriotas debían ser marcados en la cara y después en la espalda. Ñañes había aceptado por hierro la letra R (Republicano;) Ceballos se había decidido por la I (Insurgente;) Rosete se conformaba con la P (Patriota.) (1)

Rosete no sobrevivió, por mucho tiempo, á sus numerosas víctimas. En la batalla del Juncal en 1816, donde Piar, Monagas y Mac-Grégor destrozaron las fuerzas de Morales, entre los numerosos muertos del campo, figuró el Jefe de los desolladores. Por mucho tiempo los muchachos de las poblaciones cantaron la siguiente copla:

En Urica murió Boves
En el Alacrán Quijada
Y en el campo del Juncal
Rosete y sus camaradas.

1 Estos diversos hierros estuvieron exhibidos durante mucho tiempo en la Gobernación de Caracas, en la época de 1813 á 1814. Ignoramos si el diabólico pensamiento fue puesto en ejecución. Dos de los triunviros murieron antes de realizar la idea: Ñañes y Rosete·

LAS DISCIPLINAS DE SANTA ROSALIA

—

(CRÓNICA POPULAR)

—

Refieren las cronicas de ahora ciento cuarenta y más años, que en el área contigua al actual templo de Santa Rosalía, hubo un pequeño claustro; que en él se instalaron las primeras monjas Carmelitas que llegaron de Méjico, en 1731, las cuales hubieron de abandonar el tal sitio. para sustraerse de las visiones imaginarias que las atormentaban durante la noche: que años más tarde, en el mismo lugar, en los días del Gobernador Ricardos, 1753 á 1758, fueron instaladas las tropas veteranas que habían llegado con el Brigadier Gobernador, á las que se unieron las que había en Caracas; que irritada la Santa de Palermo por el ultraje que durante algunos años se le había querido inferir, el de crear un cuartel en su santa casa, lugar de meditación y de recogimiento, se propuso castigar tanta insolencia, y se valió de una epidemia violenta, pues siendo ella abogada de la peste desde

1696, época en que los moradores de Caracas le levantaron un templo á causa de haberlos protegido en la cruel epidemia de fiebre amarilla que desoló en aquel entonces á la capital por espacio de catorce meses, debía valerse de los mismos estragos que sabía aplacar para castigar á los holgazanes que no habían llegado á Caracas, sino con el único objeto de perseguir á todos aquellos que clamaban justicia contra el monopolio de la célebre Compañía guipuzcoana. (1)

Refieren también las crónicas que al prender la epidemia, en la época de Ricardos, morían los soldados de una manera tan alarmante y lastimosa, que el espanto se apoderó de la población. Y lo más notable de todo, era que morían los peninsulares, sin que se presentara un solo caso de defunción en los hijos del país. Añaden las crónicas que todo el vecindario de Santa Rosalía hubo de emigar, y que durante muchas noches, las imaginaciones exaltadas vieron por los aires á Santa Rosalía, armada de unas diciplinas de fuego, con las cuales azotaba sin compasión á los soldados de Ricardos, que huían en todas direcciones y lanzaban gritos lastimeros. Decían los vecinos que se escuchaban los ayes de los moribundos, que se veía á la Santa desde el momento que llegaba la noche, que por todas partes las familias oraban y sufrían, al ser testigos de los enojos de la Santa; y agregaban, últimamente, que tan luego como fueron sacados los soldados españoles del improvisado cuartel, la epidemia cesó como

1 A pesar de las tropelías que ejerció Ricardos en Caracas, es necesario hacerle justicia, pues contribuyó en mucho, durante su gobernación, al ensanche y embellecimiento de la ciudad. El hospicio de lázaros, la reconstrucción de la plaza real, la renta que creó para estas obras, el puente de la Pastora, el cuartel de artillería, varios puentes y otras obras, hacen el elogio de este mandatario español, á pesar de su dictadura y tropelías contra los enemigos de la Compañía guipuzcoana.

por encanto, y que no volvió á verse á Santa Rosalía.

Vamos á relatar los diversos incidentes de una epidemia física que trajo una epidemia moral.

El actual templo de Santa Rosalía, con su graciosa plazuela no es el primer templo de este nombre fundado en 1696, á consecuencia de la primera epidemia de fiebre amarilla de que fué víctima una gran porción de la ciudad, en la época indicada. El pequeño templo pajizo levantado á la abogada de la peste, por ambos cabildos, con obligación de fiesta solemne anual, como agradecimiento de la protección dispensada á Caracas, estuvo cerca de cien varas más al Sud del actual, al comenzar la siguiénte manzana. Destruído por la incuria del tiempo, los moradores de la capital quisieron levantar un templo más al Norte, y escogieron el sitio actual. Comienza la obra, y surgía el modesto edificio, cuando de repente se depierta el deseo de levantar contigno al templo un pequeño convento de Carmelitas Descalzas, pensamiento que patrocinaba desde 1724 Monseñor Escalona y Calatayud. Aislado se presentaba el edificio en el sitio indicado, pues en aquellos días la actual parroquia de Santa Rosalía era casi un erial, con población diseminada, llena de arbustos y de árboles frutales, y á distancia del centro de Caracas. Ésta no había podido extenderse sino muy poco en la dirección Sud.

Desde el momento en que se pensó crear un convento de Carmelitas Descalzas, anexo al templo de Santa Rosalía, la fábrica tomó creces, animóla el entusiasmo público, y todo llegaba á su térmi-

no, cuando en 1728 dejó á Caracas el Obispo Escalona y Calatayud. Muerto éste en 1729, sucedióle Monseñor Valverde, que de Méjico salió para su obispado, trayendo consigo tres monjas para el beaterio de las Carmelitas. Instaladas en la obispalía, aguardaron en ésta que la fábrica del beaterio estuviese en disposición de recibirlas, hasta que á poco fueron conducidas, con gran pompa, al nuevo convento de Caracas. El permiso real que abre la historia de este monasterio, tiene la fecha de 1725. En 1727 se pone la primera piedra en la fábrica de Santa Rosalía, el día de San Miguel, 29 de setiembre, día en que según superstición popular, está suelto el diablo. Valverde llegó en 1728, y el beaterio fue instalado el 19 de marzo de 1732. (1)

Pero el Obispo Valverde, como todo mortal, tenía sus émulos que á la sordina le minaban su reputación, y no perdían ocasión de hacerle el mal que deseaban; porque entre los mortales, el deseo del mal ahoga el sentimiento del bien, y más se satisfacen ciertos corazones dando rienda suelta á sus pasiones feroces, que ejerciendo el apostolado de la caridad. Sucedió lo que era de esperarse y lo que la práctica enseña, donde quiera que se instalen comunidades. Recluidas aquellas buenas madres, por una parte, en un lugar solitario y húmedo, lejano de la población; y por la otra, teniendo constitución anémica y carácter timorato, comenzaron á ser víctimas de multitud de dichos maléficos inventados con el objeto premeditado de alucinarlas. Ya se decía que las madres monjas eran todas las noches amenazadas de hombres de poblada barba que llevaban cuernos en la cabeza y abrían las puertas de las celdas; ya que espí-

1 Véase nuestro estudio sobre los ex-conventos de Caracas.

ritus malignos, en forma de jovencitos llenos de gracia, llamaban á las madres con palabras y frases suplicantes. Con invenciones de este género que tomaban creces, en cada hora, y llegaban al convento de una manera sigilosa y alarmante, todas estas vulgares invenciones de los enemigos del Obispo, exaltaron el ánimo timorato de las buenas señoras. Al instante se presenta la polémica entre las madres que desean abandonar el convento y tornar á Méjico, y el Obispo que trata de disuadirlas de semejante propósito. Al fin vencen las monjas, y nada pudieron las súplicas del prelado y de muchas familias. Al mes de estar en Santa Rosalía, salen de este sitio, se trasladan á una casa de alto frente al de la puerta través de la Metropolitana, y á poco dos de ellas se embarcan para Veracruz. Solo una que no había sido contagiada se quedó en Caracas, para ser primera abadesa del segundo convento de Carmelitas, que debía suceder al primero. Decía que se quedaba porque Dios le ordenaba que permaneciera en Caracas.

Desde aquel entonces quedó en la memoria de los vecinos de Santa Rosalía, la crónica de las visiones de las monjas Carmelitas, y aun al acercarse la noche, las imaginaciones enfermas y también las protervas, al pasar por las cercanías de los solitarios claustros, repetían las mismas inventivas acerca de los hombres de barba poblada y de enormes cuernos en la cabeza. Y á tal grado llegó la oposición de los enemigos del Obispo, que consiguieron que el Monarca mandara suspender la fábrica y ordenara que las monjas tornaran á Méjico. En 1732 el Monarca dispone lo contrario y el nuevo beaterio queda instalado en 1736, en casas que pertenecieron á la señora viuda de Don José de Ponte y Aguirre, que bondadosamente las ce-

dió para el nuevo convento de las madres Carmelitas. (1)

Corrían los años y la parroquia de Santa Rosalía iba lentamente desarrollándose, hasta que llegó el caserío cerca del convento abandonado. Prosperaba, mientras tanto, el nuevo templo. acudían los fieles á los oficios religiosos, visitaban anualmente á la Santa de Palermo los dos cabildos, el eclesiástico y el civil, en obedecimiento á lo dispuesto por estas corporaciones desde 1696, y se desarrollaba el culto á la abogada de la peste, cuando llega á Caracas, en 1752, el Brigadier Don Felipe de Ricardos, como Gobernador y Capitán general de la provincia. Lleno de mala intención, y más celoso de los intereses mercantiles de la Compañía guipuzcoana que de la grandeza de España, da comienzo á su obra de persecuciones premeditadas. (2)

Al instalarse Ricardos dispone que los doscientos veteranos que habían llegado con él y los demás que estaban en Caracas, fuesen acuartelados en los solitarios claustros de Santa Rosalía; y como era natural, los soldados no se preocuparon con el hecho de que allí habían estado unas monjas, menos aun pensaron en Santa Rosalía, la abogada de la peste. Corrían los años unos tras otros y nada indicaba temores en el cuartel, cuando por los años de 1756 á 1757, prende en la tropa una epidemia de fiebre amarilla con intensidad alarmante, tan alarmante que hubo soldados que desaparecieron en cortas horas. Al momento cunde el espanto en los vecinos y á poco en toda la población, que

1 Véase nuestro estudio citado sobre los ex-conventos de Caracas.

2 En el templo de Santa Rosalía conservóse durante mucho tiempo, un fragmento del coxis de la Santa de Palermo. Ignoramos donde está hoy esta reliquia.

recordaba los días calamitosos de 1696, cuando por la primera vez se presentó en Caracas la fiebre amarilla. Notóse que sólo los soldados españoles sucumbían, mientras que no era atacado por la epidemia ninguno de los hijos de Caracas.

El haberse desarrollado la epidemia solamente en los antiguos claustros abandonados hacía años, y el no ser víctimas de ella sino los soldados de Ricardos, fueron suficientes razones para que los moradores de Caracas vieran en el hecho un castigo de Santa Rosalía contra aquellos pobres infelices, que en nada eran culpables de estar acuartelados junto á la casa sagrada de Rosalía de Palermo. De manera que lo que la ciencia enseña, desde remotos tiempos, á saber, que causas físicas, locales ó generales, unidas á marcadas idiosincracias son en la mayoría de los casos las causas de las epidemias, lo tomaba la población de Caracas como un csatigo de Dios. En época tan atrasada no cabían consideraciones de este género, sino la idea mística, la superstición y el fanatismo que tenían que triunfar de todo.

Cuando el Gobernador comprende que había dos epidemias, la física, que le destruía el ejército, y la moral, que le alucinaba la población, manda sacar la mitad de la tropa del cuartel de Santa Rosalía; pero apenas salen los soldados cuando se hace más intensa la epidemia y se aumenta el número de las víctimas, al mismo tiempo que las imaginaciones supersticiosas, iban contagiando el resto de la población. Decíase y repetíase por todo el mundo, que Santa Rosalía, cansada de sufrir las vejaciones de la soldadesca, había resuelto castigarla: que la Santa, armada de

disciplinas de fuego, fustigaba sin piedad á los soldados, los que corrían por los claustros, pidiendo misericordia. A poco todo el mundo veía esto, durante la noche, y oía igualmente los gritos de los soldados y los ayes de los moribundos, lo que motivó el que las familias del vecindario, en constante oración, pidieran á la Santa de Palermo que tuviera piedad de tantos desgraciados. (1)

En una de estas noches lóbregas, ciertas personas algo preocupadas con lo que pasaba, cercaban al Gobernador Ricardos. Éste, que era hombre de mucha serenidad, decía á la concurrencia que temía más los estragos de la epidemia moral que los de la morbosa; pero que no omitiría los medios que estuvieran á su alcance, para extirpar de raíz ambas calamidades; y aprovechando la llegada del encargado del obispado, dijo á éste:

—Necesito de los curas de la ciudad para asistir á los soldados moribundos en el cuartel de Santa Rosalía. Donde está la desgracia debe im-

1 El cronista Don Blas Terrero nos describe á lo vivo la epidemia física, pero nada nos dice de la epidemia moral. Esto tiene sus razones, como veremos más adelante. Lo que nos ha servido para conocer los diversos incidentes de esta historia, lo encontramos en papeles que fueron del Doctor Fernando Quintana, que perteneció al cabildo eclesiástico de Caracas, por los años de 1768 á 1770. En ellos se habla de la muerte del Capitán Capella, de los insultos dirigidos por el Gobernador al Capitán Rosales, de la actividad que desplegó Ricardos contra la epidemia y las invenciones de los ignorantes, etc. Y en un panegírico de Santa Rosalía, manuscrito perteneciente á la obispalía de Caracas, se hace á la Santa de Palermo el debido elogio por haber salvado, en varias ocasiones, á la ciudad de Caracas, y traído la calma á los espíritus que creyeron que la Santa había querido destruir, en la época del Gobernador Ricardos, á los soldados que pacíficos vivían en las celdas del destruido claustro de las primeras monjas Carmelitas.

perar el espíritu de la caridad. Os advierto, agrega, que pululan multitud de dichos absurdos propagados intencionalmente con el maléfico fin de alucinar las imaginaciones enfermizas; pero tomo nota de todo esto, para castigar de una manera ejemplar, llegado el momento, á los que quieran turbar la tranquilidad de las familias.

Entonces Ricardos, con voz imperiosa, llama al Capitán Rosales que pertenecía á su guardia, y le dice:

—Vaya usted al cuartel de Santa Rosalía, observe cuanto pasa, tome nota de los oficiales y soldados enfermos y moribundos, y retorne en el término de la distancia.

El oficial parte. Eran las nueve de la noche, y la ciudad parecía abandonada. Ni un transeúnte ni una voz: todo era silencio de tumbas. El Capitán Rosales llegaba á las cercanías del cuartel, cuando tropieza con un compatriota que le saluda al pasar y le detiene. Al informarse el vecino de Santa Rosalía de que su compatriota iba al cuartel en comisión del Gobernador, le aconseja no seguir, y le relata cuanto pasaba en los claustros de aquél. La imaginación de Rosales comienza á ser víctima de la epidemia, y el oficial vacila si debe ó no continuar.—Entra, le dice el paisano; sube á este árbol, y examínalo todo.—Rosales entra, pasa cerca de varias mujeres que á la sazón oraban, en seguida asciende al árbol y observa, sin articular una palabra. A poco desciende inmutado; y al acercarse con el paisano á las mujeres que oraban, les dice: —He visto á Santa Rosalía con las disciplinas de fuego; he escuchado los gritos de los soldados; y lleno de pavor, ya alucinado, retorna á la casa del Gobernador.

—¿Qué hay, Capitán Rosales? pregunta Ricardos. con altivez.

—Mi General, mi General, contesta Rosales. algo trémulo.... Quiso hablar y no pudo.

—Habla, estúpido; ¿por qué tiemblas?

—Mi General, la vi.... vi á Santa Rosalía con as disciplinas de fuego.

—Alma de Lucifer, grita el Gobernador, en medio de la concurrencia que lo rodeaba.—Voto al diablo, ya este miserable está contagiado. Y llamando dos sargentos, les dice:—Inmediatamente pongan este oficial en el cepo.

Ricardos se dirige al instante al Capitán Capella. joven arrogante y pundonoroso.

—Siga usted, Capitán Capella, al cuartel de Santa Rosalía, para que se informe del estado sanitario de los soldados y oficiales. Le advierto. agrega Ricardos. ya encolerizado. que si usted. al desempeñar su encargo, me habla de Santa Rosalía y de las disciplinas de fuego, le hago pasar inmediatamente por las armas.

El elegante Capitán se inclina, y con despejo. sigue en dirección del cuartel. Capella era joven de valor y de inteligencia clara, pero no estaba exento del influjo que ejercen ciertas impresiones súbitas sobre el corazón humano. La muerte de este oficial, no va á ser producida por el miedo vulgar ni por los temores que infunde una imaginación enfermiza, sino por un conjunto de incidentes inesperados que tuvieron efecto en un mismo instante.

La puerta del cuartel por donde debía entrar Capella, estaba algo en ruinas, y pedazos del muro caían de vez en cuando, por el uso conti-

muado de las hojas. Cerca de la puerta había un dormitorio donde agonizaba un oficial querido de la tropa, cuyo nombre ignoramos. Estaba con él un sobrino que le asistía. Entre la puerta del dormitorio y la exterior del cuartel, se hallaba en pie un grupo de tres oficiales encapotados, pues la noche estaba húmeda. Este grupo aguardaba silencioso la muerte del oficial agonizante. El Capitán Capella, sin detenerse en las calles del tránsito, llega á la puerta del cuartel, la cual conocía. Empuja una de las hojas y ésta no cede, pero á nuevo esfuerzo se abre, y caen á los pies del Capitán dos gruesos terrones de la pared arruinada. Esto sucede en el instante en que los tres oficiales del grupo se mueven y exclaman: "El pobre!" "El pobre!" al escuchar al sobrino del enfermo que desesperado, salía gritando: "Ya murió!" "Ya murió!" Los oficiales, al fijar sus miradas en la puerta en aquel momento, ven que ha caído un cuerpo, y quieren cerciorarse del hecho. Favorecidos con la luz de una linterna, levantan el oficial que acababa de caer, y todos exclaman: "Es Capella!" Es Capella!" Con la esperanza de encontrar en los bolsillos de la levita algún parte del Gobernador los registran, pero nada obtienen. Entonces los tres oficiales resuelven dirigirse á la casa de Ricardos.

—¿Qué hay señores? ¿Qué traen ustedes? ¿Dónde está el Capitán Capella?

—Dos desgracias, General, nos traen á estas horas delante de V. E.: la muerte de nuestro compañero que como sabe V. E. estaba moribundo desde ayer, y la muerte violenta del Capitán Capella al empujar la puerta del cuartel.

—Cómo! Murió Capella? pregunta Ricardos, lleno de sorpresa.

Los oficiales relatan entonces el hecho al Ge-

bernador, quien despues de un rato de reflexión dice:

—Esta noche no dormiremos, señores, estaremos de facción, pues es necesario conjurar la desgracia que nos amenaza.

Y sin pérdida de tiempo, y favorecidos por la actividad de celoso mandatario, todas sus órdenes son atendidas. Antes de las dos de la madrugada del nuevo día, estaban listas las camillas y los peones conductores de los enfermos de Santa Rosalía. Lencería, objetos de uso, muebles y cuanto fue necesario, sin tener que apelar á lo que había en el hospital de Santa Rosalía, fue llevado al hospital improvisado en Catia. Al amanecer estaban los los enfermos en su nuevo hospital, y abandonados por completo los antiguos claustros de las Carmelitas. Cuando los moradores de Caracas conocieron lo que había sucedido, bendijeron al mandatario que sabía obrar con tanta sabiduría. Ricardos había conjurado la tormenta.

Sacados los enfermos de un sitio que alimentaba la epidemia y llevados á otro de mejores condiciones higiénicas, el flajelo desapareció: la confianza tornó al corazón de los enfermos y la reflexion á las imaginaciones alucinadas.

A poco, al comenzar la nave del templo de San Francisco que se llamó más tarde de los Terceros, surgió una capilla dedicada á la Virgen de la Luz. En el altar figuró un hermoso retablo de esta gran Señora, protectora de la ciudad, y á los lados estaban los bustos de Santa Gertrudis y Santa Bárbara. Dos inscripciones en español, con sus correspondientes sentencias en latín, indicaban que aquella obra había sido levantada durante el reinado de Fernando VI, y bajo la Gobernación del



Brigadier Don Felipe de Ricardos. Esta era la capilla donde los oficiales españoles oían la misa dominical, después de haberse salvado de la cruel epidemia.

La epidemia moral de que acabamos de hablar, no llegó á ejercer influjo alguno en el ánimo de la población caraqueña. En aquel entonces, cuanto se dijo, se afirmó y fue creído, sin comentos ni explicaciones, aparecía como un hecho natural. Que la Santa se presentara airada, con sus disciplinas de fuego y azotara á los pobres soldados que vivían contiguos al templo de Santa Rosalía, era un suceso en armonía con las creencias de aquella época y con el espíritu religioso de la población. Y que cada uno, al dudar de ciertos hechos concluyera por aceptarlos y afirmarlos, no podía considerarse entonces como epidemia moral, sino como consecuencia lógica de la educación fanática que animaba á la población.

La epidemia moral de que más tarde fue víctima Venezuela, á consecuencia del terremoto del 26 de marzo de 1812, efectuado en Jueves Santo, á los dos años de haber sido derrocada en el mismo día la autoridad real, tuvo una área muy extensa, y numerosos abogados que la patrocinaran. El estrago que engendran estas epidemias, no es sobre la minoría pensante y civilizada que las patrocina, sino sobre las muchedumbres ignorantes, que se rinden y obedecen ciegamente. Débil el gobierno patriota para luchar contra el Arzobispo Coll y Prat, y poderoso éste, ayudado de su clero, para pintar la catástrofe con sus diversos estragos, como

castigo de Dios contra el partido republicano, éste hubo de sucumbir. Todas las persecuciones de los españoles contra los patriotas, desde el 26 de marzo de 1812, la desmoralización y anarquía del partido patriota, la ausencia de opinión pública que lo patrocinase, la deserción de sus tropas: todos estos tristes resultados fueron debidos al influjo que tuvo sobre los pueblos la epidemia moral, sostenida por el odio de unos, por los intereses de otros, por la acción continuada de una gran porción del clero venezolano. La acción física del memorable terremoto de 1812, y la epidemia moral, tan violenta, que aquél desarrolló, fueron los dos agentes principales de las desgracias sin cuento que afligieron á Venezuela desde comienzos de 1812 hasta fines de 1814.

NOBLEZA DE PATRICIA, INTEGRIDAD DE MAGISTRADO

A DOÑA GERTRUDIS MENDOZA BUROZ

Cuando se quiere recordar una época luctuosa en los fastos venezolanos, se habla de los sucesos de 1814. Pavoroso era el aspecto de Caracas en aquellos días. Persecusiones, tropelías, fusilamientos, pobreza y desolación eran las condiciones normales de aquella atmósfera caliginosa. Sangre y sangre, y más sangre eran los gritos apremiantes de las poblaciones, desde el momento en que ambos beligerantes no concedían cuartel y las represalias comprometían hasta los inocentes. El banquillo en las plazas se hacía entonces más necesario que los bancos del mercado, y la sed de sangre era más apremiante que la sed de agua. Terribles, pero indispensables aparecieron las órdenes terminantes de Bolívar, y hasta los prisioneros enfermos fueron pasados por las armas. El pulpo de la guerra á muerte, constriñendo día por día sus poderosas ventosas, asfixiaba los restos mutilados, hambrientos: los espectros del ejército patriota.

Si el cumplimiento de las órdenes de Bolívar exigía el obedecimiento inmediato de las autoridades políticas, ciertos seres no podían ser indiferentes á los dictados del corazón, sobre todo, cuando se trataba de situaciones excepcionales en las cuales no cabían odios ni bajezas, sino la honra y la dignidad de la familia, y los sentimientos hospitalarios, que son patrimonio de almas privilegiadas. En los más furiosos huracanes brilla siempre una que otra luminaria, tras el manto tenebroso que oculta los cielos estrellados. La caridad resplandece más que nunca, en medio de las sociedades desvandadas y de los horrores de las carnicerías humanas.

En cierta mañana, á comienzos de 1814, en los días en que habían sido sacrificados los prisioneros españoles en Caracas y La Guaira, después de los espantosos sucesos de Ocumare, uno de tantos peninsulares residentes en Caracas destinados al sacrificio, sabe en la calle que le solicitan para llevarlo al banquillo. Llamábase Echarte, joven comerciante, pacífico, respetable, de buena conducta. Sin saber á donde encaminarse llega inconscientemente á una de las calles que limitaba lo que en aquellos días se llamó *la ciudadela*, donde Bolívar pensó en defenderse, hasta el exterminio, contra las huestes de Boves. Entra por la esquina de la Sociedad, sigue á la de San Francisco, y en obedecimiento quizá á una voz secreta, se introduce en la casa del Gobernador Doctor Cristóbal Mendoza, hoy Oeste 4, número 5.

Al pasar el zaguán, Echarte tropieza en el primer corredor con una señora, pequeña de cuerpo, de semblante digno y modesto, de mirada inteligente y benévola. Vestía de duelo y parecía frisar en los cuarenta años. La señora acariciaba un niño de tierna edad, que acostado en una estera jugaba con la nodriza que estaba á su lado.

¿Quién era esta señora con la cual tropezaba el perseguido español que solicitaban para fusilarlo? Era la célebre matrona Doña Josefa Antonia Tovar de Buroz, madre de los adalides de este nombre, víctimas de la guerra á muerte en 1813, y de los otros que militaban con Bolívar y acompañaron á éste hasta el fin de la revolución. El niño era uno de sus nietos, Cristóbal, hijo del Gobernador, yerno de la célebre Patricia, á la cual le deparaba la Providencia, dos años más tarde, pasar días crueles en la cárcel de Caracas, cuando el famoso Moxó, no atreviéndose á sacrificarla en unión de otra matrona, la señora Doña Josefa de Zárraga, se contentó con expatriar á ambas.

—Por Dios, señora, por vuestros hijos, salvadme. Me solicitan para fusilarme. Soy inocente, soy inocente, exclamó Echarte arrodillándose delante de la matrona, lleno de angustia.

Y la matrona, sin conturbarse por la sorpresa, sin perder la serenidad de su espíritu en lance tan angustioso, serena, modesta y sostenida por la fuerza de sus virtudes, en momentos en que el Gobernador estaba ausente, y como orgullosa ante esa satisfacción que realza las almas nobles cuando éstas quieren llevar á término una acción sublime, toma á Echarte de la mano, sigue con él al fondo de la casa, le hace entrar en un grande horno que había en la cocina, y como pudo cubre la boca de éste. Al instante retorna al corredor, y llega en el momento en que la patrulla perseguidora, atravesaba el zaguán, y pedía que se le permitiera buscar al español que se había refugiado en la casa de la Gobernación.

—Puede ser, señores, que por aquí haya pasado, mas yo no le he visto, dice la matrona con satisfacción. Sigamos, no obstante, al último patio

para cerciorarnos de la verdad. Vengan ustedes conmigo; y dejando de lado la cocina, sigue con la patrulla al corral, cuyo recinto examinan y nada encuentran.

—Se ha escapado, dice uno de la patrulla.

—Ahora, agrega la señora, vengan ustedes conmigo á registrar los dormitorios y salas del Gobernador y de la familia, donde puedo asegurar que nada encontrarán.

—De ninguna manera, señora, dice el Jefe de la patrulla, haremos tal pesquisa, y menos en la casa del Gobernador. Dispense usted, señora, agregan los de la patrulla, y parten.

El Gobernador, como hemos dicho, no estaba en la casa, pero á poco regresa. Recibido por la noble suegra, ésta le relata los incidentes que acababan de tener efecto, y se felicita de que se le hubiese presentado un hecho en el cual brillaran los sentimientos de hidalguía y de caridad de la familia. El Gobernador, que la contemplaba al escucharla, aprueba cuanto acababa de hacer su madre política, y arbitra los medios de que podía disponer para coronar, de una manera brillante, obra tan meritoria. A los dos días, con pasaporte del Gobernador, Echarte salía para La Guaira, donde fue, tomadas las precauciones posibles, embarcado.

—Espero en Dios, señor Doctor, que llegará el día en el cual pueda yo corresponder servicio tan importante, dijo Echarte al Gobernador. Y dirigiéndose á la matrona, le dice:—Acabáis de salvarme la vida, pido al cielo que os prolongue la vuestra. Llevo en este corazón joven la gratitud que tarde ó temprano, me hará digno de tanta nobleza, de tanta caridad. Y después de besar la mano de la matrona, emocionado y lloroso, partió.

En la familia Mendoza no se habló más de este incidente, después de la salida de Echarte. Era en ella un hecho tan natural ejercer el bien, que no había tiempo para ponderarlo. Hay familias en las cuales no existe la vanidad, que en la generalidad acompaña á las obras filantrópicas, porque aquéllas están acostumbradas á ejercitarla desde temprana edad. La caridad se hereda—no se aprende.

Dejemos pasar esa serie de años, que desde 1814 hasta 1827, constituyen la lucha más sangrienta de la revolución venezolana. Triunfos y derrotas, esperanzas y desengaños, ostracismo, encarcelamientos, bajezas y tropelías sin número, y grandeza, generosidad sublimada por el triunfo: he ahí, en breve síntesis, esta lucha de Bolívar, desde las orillas del mar antillano hasta las históricas cumbres de Potosí y de Oruro.

Cuando Bolívar, después de alcanzar la meta de la gloria, visitó á Caracas en 1827, esta ciudad hubo de recibirle con las galas del entusiasmo, con las alegrías de la gratitud, con el sentimiento de la gloria. Nada puede compararse con esta fiesta del 10 de enero de 1827, cuando Caracas quiso acompañar á Bolívar desde los afueras de la ciudad hasta el altar, donde descuella la imagen augusta del Crucificado. Las descripciones inéditas que conservamos de esta gran fiesta, nos trasportan á aquel solemne día; pero nosotros no tomaremos de ellas, sino lo que se conexione con el tema de esta leyenda.

La carroza descubierta donde venían Bolívar y

Páez, no podía materialmente dar un paso. Carroza y caballos parecían que eran conducidos por la fuerza del entusiasmo y hacían parte de aquella muchedumbre delirante, con espíritu que bullía al fuego de la gratitud. Una matrona, acompañada de sus hijos, aguardaba la procesión en su casa, situada en la antigua calle de Carabobo, cerca de la obispalía. Con la inquietud del entusiasmo, estimulada por la gloria de la pátria, soñaba con ver á Bolívar; y Bolívar apareció por la esquina de la Sociedad. Pero la carroza no puede dar un paso; la ola viviente parece suspenderla: al fin se acerca. —"Él es! él es!" exclama la matrona emocionada. ¡Viva Bolívar! ¡Viva Bolívar! Gloria á tí, grandeza de América! ¡Viva Bolívar! ¡Viva Bolívar!—Y á cada grito, puñados de rosas lanzadas por la señora caían sobre el héroe.—¡Viva Bolívar! ¡Viva Bolívar! repetía; cuando en cierto momento El Libertador, reconociéndo aquella voz amiga entre la multitud de voces que llenaban los aires, levanta la cabeza, se fija sobre el balcón de la casa Buroz, y lleno de alegría, al recibir nuevas rosas que caen sobre su cabeza desnuda, se inclina ante la matrona, le hace gracioso saludo con la mano derecha, y se sonríe. Apenas sigue, cuando la señora, al dar el último grito de ¡Viva Bolívar! emocionada hasta el extremo, se deja caer sobre una poltrona que le había servido de asiento. ¿Quién era esta matrona entusiasta que presa del delirio y del sentimiento se adormecía bajo el peso de la gratitud?—Aquella célebre Patricia que salvó la vida á Echarte en 1814, que fue después perseguida por Moxó, que comió el pan del ostracismo, supo perdonar á sus perseguidores. . . y dió adalides á la libertad.

En la misma tarde de este día, 10 enero de 1827, entre los obsequios que recibió Bolívar, uno

de los más elocuentes fue la presentación de guirnaldas y de banderillas, con lemas unas, con palabras sintéticas las otras. Bolívar iba distribuyendo y adjudicando cada corona, cada bandera, y al recibir la que decía *Valor*, presentóla á Páez, que estaba á su lado. Tras de esta recibe El Libertador la bandera que decía *Integridad*. Al leer la palabra, con la velocidad del pensamiento llama á un joven Cadete que estaba de guardia en una de las puertas de la sala, y le dice:

—Eugenio, guárdale á tu padre esta bandera en mi nombre. A él le pertenece.

Y Eugenio Mendoza, emocionado y lleno de gratitud, tomó la bandera que dedicaba Bolívar al Doctor Cristóbal Mendoza, su padre. No era solo un recuerdo, era un timbre glorioso para el Patricio que desde 1810 venía sirviendo á la patria venezolana con sus talentos, con sus virtudes, con la austeridad de un Catón.

Cuando el Doctor Cristóbal Mendoza tornó al suelo patrio, en 1828, después de haberse impuesto el ostracismo debido á los tristes sucesos de 1826, Bolívar le nombró Intendente de Real Hacienda. La casa de la Intendencia era en aquellos días, la de la familia Ugarte, en la calle Sud 2, número 20. Confiscada estaba esta finca, pero como su dueño, Don Simón Ugarte, tornó á Caracas, patria de sus hijos, y aceptó el orden político que habían traído los triunfos de las armas republicanas, era natural que aquélla volviera, tarde ó temprano, á manos de su legítimo dueño.

En una mañana de mayo de este año, uno de

los hijos del Intendente, que jugaba en el dormitorio del sirviente de la familia, tropieza con una hendedura en el asiento de una ventana. Lleno de curiosidad escarba y llega á cerciorarse de que allí estaba enterrado un bulto. Comunica á su padre lo que le había sucedido, y por toda investigación, ordenó el Intendente que se cerrara el dormitorio y se le trajera la llave, que colocó luego sobre su mesa de despacho.

—Vaya usted á llamar de mi parte al señor Don Simón Ugarte, dice el Intendente á uno de los porteros de la oficina.

En el término de la distancia, y algo preocupado, se presenta el señor Ugarte. En aquellos días el odio contra los españoles no se había extinguido por completo.

—He mandado llamar á usted, señor Ugarte, para preguntarle si en esta finca que es de su propiedad ha enterrado usted algún dinero ó alhajas.

Y como el español dudase responder de una manera categórica, el Intendente agrega:

—Sepa usted, señor, que está tratando con un caballero, con un hombre de verdad. Mi pregunta no lleva por objetivo el satisfacer intereses personales, sino el satisfacer sentimientos de justicia.

El señor Ugarte habló entonces sin reticencias: dijo lo que tenía sepultado, fijó los sitios, y acompañado del Intendente, éste los conoció. Los sitios eran, uno en el dormitorio dél sirviente, y el otro debajo del fogón central de la cocina.

—Muy bien, dice el Intendente. Cuanto antes trate usted, señor, de sacar este tesoro; nada de esto me pertenece, y sólo usted es el legítimo dueño, porque lo ha trabajado con el sudor de su frente.

El tesoro volvió á su legítimo dueño. He aquí por qué Bolívar había, un año antes, concedido al Intendente la bandera en la cual se leía: *Integridad.*

A los veinte y cuatro años de este suceso, y á los treinta y ocho de haberse salvado de la muerte el señor Echarte en los días aciagos de la guerra á muerte, uno de los hijos del Gobernador de 1814, aquel niño Cristóbal que acariciaba la abuela en los momentos en que un español perseguido buscó amparo en la casa de la Gobernación, vivía establecido en Santiago de Cuba, dedicado á la enseñanza superior, recurso que había aceptado, cuando hubo de emigrar de Caracas, por los sucesos políticos de 1848. Vivía contento, cuando el violento terremoto de 1852 echó por tierra una gran porción de la ciudad, dejando sin pan, sin hogar y oficio centenares de familias. Entregado á la Providencia el Doctor Mendoza sigue con su familia á la Habana en el buque de vapor que había enviado á Santiago el gobierno de la isla, para traer á la capital las familias que habían quedado desamparadas.

Al ser publicada, horas antes, la lista de los que venían en el vapor, figuraba en aquella el Doctor Cristóbal Mendoza y familia. Uno de los comerciantes más acomodados y respetables de la Habana, al leer la lista, se hace de una falúa y en ésta llega cerca del vapor. Sube y al encontrarse sobre cubierta, en presencia de tantas familias que le eran desconocidas, pregunta:

—¿Quién es aquí el Doctor Cristóbal Mendoza?

—Servidor de usted, caballero, contesta Mendoza.

—¿Es usted hijo del Doctor Cristóbal Mendoza, que fue Gobernador de Caracas en 1814?

—¿Soy uno de sus hijos mayores; en esa época apenas tendría un año.

—¿Dónde está el equipaje de usted, Doctor? pregunta el comerciante.

—Nuestro equipaje lo lleva cada uno de nosotros consigo, señor. Nosotros hemos quedado á merced de la Providencia.

—Poco importa. Vengan ustedes conmigo á la casa de mi familia.

—Pero caballero, ¿á qué debo este beneficio? preguntó Mendoza, sin darse cuenta de aquéllo.

—Me llamo, Doctor, Echarte, y ya usted y su familia sabrán el por qué hago ésto. Tengan ustedes la bondad de acompañarme.

La familia Mendoza, fugitiva, después de un terremoto, tropezaba con el español fugitivo que había encontrado amparo en la familia Mendoza en los días terribles de la guerra á muerte, en 1814. Inspirado Echarte al leer la lista de los desgraciados que abandonaban la tierra desolada de Santiago de Cuba, y que guardaba el sagrado cumplimiento de una oferta, vió que había llegado el momento de corresponder nobleza con nobleza, y de ser espléndido en presencia del hijo desgraciado, por los beneficios que había recibido del padre y de la venerable abuela.

Al presentar Echarte á su familia á Mendoza y los suyos, hubo de recordar los más insignificantes pormenores de aquel día terrible, cuyo recuerdo no

podía apartarse de su memoria. El Doctor Mendoza, que ignoraba cuanto le refería Echarte, porque en su familia nunca se había conversado acerca de tal historia, se encontró sorprendido. Estos son los secretos que sólo Dios conoce: el recuerdo de aquel suceso hizo derramar lágrimas á ambas familias.

Mendoza y los suyos habian llegado á la Habana entregados á la Providencia, y ésta les deparaba, por medio del noble Echarte, pan, vestido, casa, cuanto pudiera necesitarse para continuar la vida, después de una noche prolongada de naufragio. Días más tarde, el Doctor Mendoza con su familia se instalaba en una casa pequeña que les habia arreglado el espléndido castellano. Todavía más, el ilustrado profesor comenzó sus nuevas tareas en la Habana, con una clientela productiva que Echarte le habia proporcionado.

Cuando la anciana patricia, Doña Josefa Antonia Tovar de Buroz, supo en Caracas los obsequios que había recibido su nieto Cristóbal, hubo de enternecerse al recordar aquellos días de 1814. Si Dios le habia quitado tres de sus hijos en los campos de la magna revolución, Dios no habia olvidado las obras de caridad que aquélla ejerciera y las que debían tener sublime eco en momentos aciagos cuando muchos de los suyos, en playa extranjera, elevaban sus oraciones al Dios de los desamparados.

Antes de bajar a la tumba, aquella noble anciana comenzó á cosechar el fruto de sus buenas obras. Habia sembrado caridad y cosechaba caridad: habia sembrado nobleza y cosechaba bendiciones. Pero estaba escrito que la célebre patricia contribuyera también con dos de sus nietos á la revolución sangrienta de Cuba. Cuando llega el

día en que la juventud cubana se levanta en sostenimiento de sus derechos, con ella están los dos hijos mayores de Cristóbal Mendoza, dos nietos del Gobernador de Caracas en 1814, llenos de entusiasmo, de virilidad, de talento, que saben inmolarse los primeros. De las asambleas siguieron á los campos de batalla, de éstos al cadalso. Así continuaban, en los anales de la libertad americana, la obra de sus mayores, en tanto que el anciano padre abatido tornaba al seno de la patria venezolona.

Han corrido después de los incidentes de 1814 y de 1852, que dejamos narrados, algunos años. Todos los actores de esta historia han bajado a la tumba; pero quizá en la isla de Cuba quede algún nieto ó descendiente del sublime Echarte. Sea para tí, noble español, el último pensamiento que guía nuestra pluma. El hombre que recibe la caridad y corresponde con la caridad, lleva un nombre digno de perpetuarse en la memoria de sus semejantes.

MARIPERE

A orilla de la carretera del Este, entre los pueblos de Quebrada-honda y Sabana-grande, existe una pequeña zona con casas de campo y poco cultivo, que se conoce con el nombre de Maripere. No hay entre los transeúntes de aquella vía quien no conozca el sitio mencionado, bañado al Este por aguas del Guaire, y al Oeste por la escasa quebrada que se desprende de la cordillera del Ávila. Lugar de doscientas almas, es más solicitado por lo agradable de su clima que por el cultivo de su tierra.

Hace ya como cerca de doscientos cincuenta años que se conoce este lugar con el nombre de Maripere, contracción del de María Pérez, que así se llamó la señora piadosa y rica que empleó sus caudales en el ejercicio de la caridad, fundó cofradías, acompañó al obispo Mauro de Tovar durante la mañana y días que siguieron al primer terremoto de Caracas en 11 de junio de 1641, y contribuyó con mano generosa al socorro de las víctimas y á la reconstruccion de la Catedral de Caracas, arrasada por tan violenta catástrofe.

La actual Metropolitana de Caracas, que resistió el célebre terremoto de 1812, y ha sido modificada en diversas épocas, fue, en los primeros años de los conquistadores y fundadores de esta capital, 1567 á 1600, un miserable caney, simulacro de templo en el cual se albergaron en 1595 los filibusteros ingleses de Amyas Preston, continuando así hasta mediados del siglo décimo séptimo, época en la cual el derruido edificio amenazaba ruina. Concedida por real cédula de 1611 la licencia que del Monarca impetraran los caraqueños para refaccionar la iglesia parroquial, poco se había hecho para conservar el edificio, cuando llegó de prelado en 1640 el obispo Mauro de Tovar. Animado andaba éste y aun había reunido los fondos necesarios para dar remate á la obra ya comenzada, cuando la naturaleza se encargó de echar por tierra la primera Catedral de Caracas, la cual, para la época de que hablamos, contaba cerca de setenta años.

La mañana del 11 de junio de 1641 estaba despejada y ningún signo infundía temores en los habitantes del poblado, cuando á las nueve menos quince minutos violento sacudimiento de la tierra hace bambolear los edificios, llenando de escombros el limitado recinto. Gritos de espanto y de dolor se escuchan por todas partes, y vése á los moradores que despavoridos huyen en todas direcciones. Desde este momento no hubo quietud en la ciudad, sino temores y lágrimas, queriendo huir los que habían sobrevivido á la catástrofe. Pero mientras que unos abandonaban sus hogares reducidos á escombros, otros se ocupaban en salvar á los heridos y contusos que habían quedado bajo las ruinas. Como la ciudad era pequeña, á poco se supo que el número de muertos alcanzaba á doscientos, y á otro tanto el de los aporreados. En los momentos de la

catástrofe, el prelado, que estaba en la obispalía, al sentir bambolear las paredes y crugir los techos, escápase salvando dificultades y sale á la calle, donde tropieza con parte de la muchedumbre que clamaba misericordia. Sin turbarse y en medio de escena tan lastimera, el obispo piensa en salvar la custodia y se dirige á los escombros de la Catedral. Entre las ruinas se abre paso y logra al fin, con trémula mano, abrir el sagrario, saca la custodia y se dirige á la plaza mayor, donde bendice á la muchedumbre aterrada. Horas más tarde se levantó en este lugar una barraca de tablas, que sirvió de templo provisional durante algunas semanas. Sin perder tiempo el obispo comenzó á auxiliar á los moribundos y á socorrer á los necesitados. El dinero que con este piadoso objeto fue conseguido entre los sobrevivientes y el cabildo, sirvió para satisfacer las necesidades de los desgraciados, los cuales continuaron bajo el amparo y amor del prelado. Acompañó al obispo en estos días y ayudóle con constancia y eficacia una señora piadosa, Doña María Pérez, corazón caritativo que dedicó su existencia al alivio de la orfandad y al culto de la religión.

Vinieron al suelo la vetusta Catedral, parte de los conventos de San Francisco y San Jacinto, el nuevo de las Mercedes, que figuraba desde 1638 en la porción alta, despoblada y cerca del sitio donde más tarde se levantaran el templo de la Pastora, y el puente del mismo nombre, que atrajeron á este sitio incremento de población.

Construida la nueva Catedral hubo de durar pocos años, pues para 1664 amenazaba ruina, comenzando en esta época la actual que fue rematada en 1674 y poco á poco ampliándose hasta nuestros días. Desde muy remoto tiempo figuró en la Metropilatana, en la pared occidental del coro

bajo, un retablo de brocha gorda, de regular tamaño, el cual representa el martirio de San Esteban. En el lado izquierdo del lienzo y en el último término, vése al obispo Mauro que conduce la custodia y va acompañado de una anciana. Representa esta escena al prelado virtuoso, tan sublime en los días del terremoto de 1641, y á la señora María Pérez, tan abnegada como espléndida en la misma época. (1) Este retablo que según nuestras observaciones no fue colocado, sino cuando se reedificó por tercera vez la Catedral, 1664 á 1674, trae su origen desde el pontificado de Mauro de Tovar, quien juzgó que era necesario perpetuar en la memoria de los caraqueños la de una mujer tan abnegada y espontánea, tan caritativa y humilde, como lo había sido María Pérez para sus compatriotas. La colocación del tal retablo, está canexionada con un hecho, si se quiere vulgar, pero que exigía cierta reparación de la sociedad caraqueña.

Vivía en Caracas en la época del obispo Mauro cierto gallego, pintor de brocha gorda, insolente y desvergonzado por hábito, pues no había hora en que de su boca no salieran descomunales improperios, que letrado, parecía en el estudio de ciertas frases provinciales de Galicia y también de Cataluña y Andalucía. Por lo demás era Mauricio Robes hombre cumplido y trabajador. Como en el oficio de pintor tenía ya el gallego algunos años, y compradas eran sus obras por mujeres piadosas é ignorantes, creyó que había llegado el momento en que dos de sus pinturas pudieran exornar los muros interiores de la nueva Catedral, y dando la última mano á los lienzos, la huida á Egipto y la

1 Este retablo se conserva en la sacristía mayor de la Metropolitana.

Oración del Huerto, presentóse con éstos en cierta mañana á la obispalía en solicitud del prelado. (1)

—Que solicita D. Mauricio, preguntó el obispo á Robes, tan luego como le vió en el corredor de la obispalía.

—Vengo á suplicar á Su Señoría Ilustrísima me compre estos lienzos que he concluido para adornar con ellos el nuevo templo y que con tanta perseverancia levanta Vuestra Señoría. Y Robes, desenrollando las dos pinturas las expuso á la contemplacion del obispo.

El Pastor, después de recorrer con la vista las obras y de estudiarlas desde varias distancias, soltó una carcajada estrepitosa y dijo al pintor:—"Amigo (2) esto es malo, muy malo, malísimo," y se retiró.

Sin menear los labios Robes enrolló sus lienzos y dejó la obispalía. Al salir á la calle le vino, sin duda, el recuerdo de la piadosa y espléndida María Pérez, pues á la casa de esta, que estaba frente al convento de San Jacinto, dirigió sus pasos. Hasta entonces el gallego estaba como espantado y no sabía darse cuenta de la repulsa del obispo: pero al llegar á la casa de Doña María, el pintor, como queriendo desahogarse, refirió á la señora la escena de la obispalía, coronando su narracion con frases lisonjeras á la matrona, la única

1 Era este hombre seco, enemigo de preámbulos, lacónico y voluntarioso.

2 La primera obispalía entonces era la casa número 13 que pertenece á la Metropolitana y donde está el establecimiento mercantil del señor Ruiz. Todavía se conservan en el patio de esta casa los muros de la capilla provisional que sirvió al obispo después del terremoto de 1641. La segunda obispalía, que es la casa actual, fue vendida al cabildo eclesiástico por el Deán Escoto muchos años después. Era baja y como la reconstrucción comenzó con la fábrica del Seminario que le era contiguo, hubo de ponerse á una y otra, arcadas bajas á prueba de terremotos.

que en Caracas era capaz de conocer el mérito de aquellas dos pinturas. Pero María, ya fuera porque no le era desconocida la estética, ya porque no quisiera discrepar de la opinión emitida por el obispo, después de haberlas estudiado le dijo al gallego:—"Pues amigo, esto es malo, muy malo, malísimo." El pintor, al verse sentenciado en segunda instancia y perdiendo el aplomo que por respeto ó por temor había observado delante del prelado, estalló en esta ocasión dejando libre curso á la lengua, que desató en las más groseras expresiones.

Al escuchar tanto improperio, Doña María, con ademán digno, dijo al esclavo que hacía las veces de portero:

—"Lanzad á ese hombre de la casa, por insolente y atrevido."—Y Robes, más que mohino, furioso, con paso apresurado ganó la calle y llegó á su casa, después de haber conjugado cuantas frases sugirieron la venganza y el despecho.

Dos meses después de esta escena, el pintor llamó á sus vecinos y relacionados para que contemplaran un lienzo que acababa de pintar y el cual lo juzgaba como obra acabada, digna de ser admirada. Robes había ideado un cuadro de ánimas, dividido en dos secciones: en la de la derecha veíanse las almas purificadas que eran sacadas de entre las llamas por ángeles y serafines: en el de la siniestra retorcíanse los pecadores, y todos llamaban la atención por las gesticulaciones de los semblantes y la desesperación que parecía torturarlos. En un rincón del lienzo descollaba una anciana con los ojos salidos de sus cuencas, colgaba la lengua de la boca, brotaban de las ventanas de la nariz chorros de fuego, pendían de su cuello sartas de onzas de oro, mientras que los

brazos enjutos y descarnados se iban retorciendo: lo que daba á esta figura un carácter repelente y monstruoso. Sin que el pintor hubiera dado á nadie explicación de su obra, los curiosos del pueblo creyeron encontrar en el tipo monstruoso del purgatorio, la caricatura de María Pérez; y si se sonrieron al ver la travesura de Robes, en voz baja murmuraron y reprobaron venganza tan injusta como ruín, por ser la piadosa señora amada y venerada de todo Caracas. (1)

Mala salio la chanza al de Robes, pues hubo de salir de Caracas lanzado por el prelado, entonces con más poderío que la autoridad civil. Instalado en un pueblo de los llanos, abandonó el gallego el arte, para dedicarse á la industria de sastre y morir después de haber pasado muchos años de pobreza.

Tan luego como fue colocado en la Catedral el retablo que representa el martirio de San Esteban, con el único objeto de conmemorar los servicios de María Pérez; agradecido el cabildo eclesiástico á cuanto por la iglesia había hecho tan piadosa señora, dispuso desde 1674 que en las fiestas de la Purificación y de la Inmaculada Concepción, así como en la conmemoración de los muertos, en todas ellas se pidiera á Dios por el alma de María Pérez y de sus parientes difuntos. Durante dos siglos así lo hizo la Catedral de una manera ostentoria. Sábese que noviembre es el mes en que la iglesia católica conmemora á los muertos. En Caracas el día 1º de este mes está dedicado á to-

(1) Entre los numerosos lienzos pintados que existen en Caracas, solo uno lleva el nombre de Robes. Le vimos ahora años en la parroquia de Candelaria. Representaba á Jesús echando del templo á los mercaderes: nos pareció la pintura tan monstruosa que no alcanzamos á explicarnos cómo pudo el pintor vender tales obras.

dos los difuntos, sin distinción de nacionalidades; el 2 corresponde á los obispos y arzobispos; el 3 a los canónigos y el 4 á María Pérez. Hasta ahora veinte años esta última fiesta se hacia de una manera solemne, pues se colocaba un mausoleo en la nave central de la Metropolitana, celebraban las altas dignidades del cabildo, y buena orquesta acompañaba á la misa de difuntos. Y á tal grado llegó la veneración á la noble protectora de la Catedral, que entre las mesas que se colocaban el Jueves Santo en la puerta mayor del templo para pedir por las ánimas, por el monumento, cofradías, etc. se distinguía una en la cual se pedía dinero por el alma de María Pérez. Tales hechos motivaron que la gente del pueblo llamara los días 4 de noviembre y Jueves Santo, días de ánimas ricas, para distinguirlo de los de las ánimas pobres que en pelotón entraban en la fiesta del 1º de noviembre.

Lentamente y á medida que la renta que proporcionara el caudal de María Pérez iba menguando, fue cesando también el fervor de la Iglesia en favor de su protectora, sobre todo después que desapareció el Rev. Vaamonde, de grato recuerdo por sus virtudes eximias y nobles antecedentes. Y gracias que se cante una misa el 4 de noviembre de cada año en honor de la que tanto hizo en beneficio de sus semejantes.

No recordamos dónde hemos leido, que en cierta ocasión un hombre algo timorato interrogó á un abate ilustrado acerca del tiempo que las almas que habían cumplido en la tierra con sus deberes, permanecerían en el Purgatorio antes de llegar á la presencia de Dios. El abate contestó con naturalidad: "La purificación de las almas, dijo, puede necesitar de instantes, de horas, de semanas, de días y de años; pero os advierto que los días de la Eter-

nidad son en esta tierra siglos y que el sér purificado necesita serlo más y más, antes de llegar al seno de la Eterna Recompensa." Si María Pérez llevó al morir el rico haber de virtudes que le concedieron y conceden sus compatriotas, es de presumirse que después de haber pasado doscientos y más años de su muerte, y gozado durante este lapso de tiempo de las bendiciones y oraciones de la Iglesia, haya alcanzado la felicidad eterna. No hay pues que extrañar que hayan concluido las fiestas de las ánimas ricas, después que desapareció el capital.

María Pérez se aleja, pero Maripere continúa. ¡Qué distante estaba la señora cuando durante gran porción del siglo décimo séptimo en que vivió en su estancia sembrada de sabrosos frutos, de que tres siglos más tarde pasaría por el frente de su mansión predilecta una máquina humeante, tronadora, la locomotora, en fin, del Este, que al llegar á este lugar deja oir el silbato y el grito del conductor que dice: MARIPERE!

Maripere es el recuerdo constante de un alma virtuosa que dejó en la tierra nombre venerado, luminosa estela.

INDICE

—

Página

Página

ERRATAS

Página	Línea	Dice	Léase
41	13	lo	la
64	18	vuela	vuelan
64	19	lisa	liza
67	15	en que	donde
79	13	de de	de
86	18	civiles	civil
90	8	católica	católico
168	1	imprudente	impudente
220	16	pasado	pasados
250	23	llegan alcanzar	llegan á alcanzar
253	6	salvarle	salvar
257	27	acatamiento á	cumplimiento de
264	11	fior	flor
324	7	as	las
326	13	fiajelo	flajelo
334	18	reconociéndo	reconociendo
334	34	dió	dio
336	24	objetivo	objeto



